SERENDIPIA STARK







SERENDIPIA STARK





Serie Guante de Seda 1

TUS SECRETOS Y LOS MÍOS

Serie «Guante de seda» I

La serie «Guante de seda» está compuesta por **4 novelas autoconclusivas,** ambientadas en el Londres de la **Regencia.**
Si adoraste los Bridgerton, el romance histórico y el mundo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.
GRACIAS por leer.

Te espero a diario en
INSTAGRAM: @serendipiastarkescritora FACEBOOK: Serendipia Escritora

Código ASIN:

LONDRES,
último mes de primavera.
1815

Capítulo 1

Cuando nada importante se hace,
los cotilleos malsanos surgen solos,
y las lenguas aburridas les dan alas.

—Por favor, por favor, hágase a un lado. —lady Evelyn Fowler entró en la sala, congestionada y resoplando, apartando con un codo a la doncella que intentaba anunciarla— ¡Tengo algo importante que contarles!

La animada charla entre señoritas se quebró de un plumazo. Los modales de la joven, bruscos y poco protocolarios, contrastaban con la delicadeza de sus facciones y su figura menuda. La señorita Hagstings, anfitriona de la reunión, se adelantó a recibirla, preocupada por su estado.

—Mi querida Evelyn… Me alegro de que se haya decidido a visitarnos. Precisamente tenía pendiente presentarle a la señorita Julianna; aún no han tenido ocasión de coincidir porque está recién llegada a Londres…

Lady Evelyn estiró una mano frente al sorprendido rostro de Anne.

—Ahora no, querida, se lo ruego, esto es demasiado jugoso.

Con la sola excepción de Julianna, todas se encogieron ante la falta de cortesía. Anne Hagstings ordenó té templado para lady Evelyn. Con urgencia.

—¡Y unas sales! —añadió la afectada desplomándose sobre un diván.

—¿Pero qué ocurre?

—Parece que ha visto un fantasma —se oyó una voz débil al fondo.

—¡Es peor! ¡Mucho peor! Podrán juzgar por ustedes mismas, cuando las haga partícipes de la terrible noticia. Y comprobarán que no exagero ni una pizca.

En labios de lady Evelyn, la palabra «noticia» implicaba, indefectiblemente, chisme suculento. Todas se aproximaron con discreción y muchas ganas.

—¿Qué es? Cuente, cuente…

—Va a darnos un ataque.

—El mismo que estuve a punto de sufrir yo cuando me enteré. Nuestro querido duque de Richmond, el soltero más codiciado de Londres, el hombre más varonil y seductor que conocemos, el que todas ustedes,

solteras no comprometidas, aspiran a cazar…
—¿Ha tenido un accidente? —aulló una de las señoritas.
—¿Se embarca a las Américas?
—¡Peor!
—¡Se casa! —apostó la señorita Hagstings.
—¡En efecto! Parece ser que el duque se desposará en breve.
La voz aguda de lady Evelyn hizo coro con los gemidos de las presentes. De nuevo, todas menos Julianna, que no tenía el placer de conocer al duque, y desconocía la trascendencia de la noticia, se llevaron las manos a la cabeza.
—¿Podemos preguntar…?
—¿Con quién?
—Eso es lo verdaderamente terrible.
Justo cuando iba a revelarles el deseado dato, interrumpieron dos doncellas, con un servicio de té y un frasquito de sales para atender a la agitada joven. El grupo al completo contuvo la respiración hasta que volvieron a quedarse solas.
—¿Quién es la afortunada? —la azuzó Alicia Pettigrew, con su taza suspendida en el aire. Lady Evelyn llenó sus pulmones con brío.
—Lady Rebeca Percy.
—¡¿Cómo?!
—¿La hija…?
—¿… misteriosa y huraña de lady Stone?
—La misma.
—Nadie sabe demasiado acerca de ella, nació y pasó sus primeros años en París —aclaró con tono grave la señorita Waterman, dirigiéndose a Julianna, la única de la reunión que no conocía a ninguno de los implicados en el chisme.
La invitada pelirroja no pareció impresionarse demasiado.
—Y de todos es conocido, que las normas de educación de una joven dama inglesa, nada tienen que ver con lo que se estila en otros países. Mucho menos en Francia.
—Se crían salvajes y asilvestrados, por muy aristócratas que sean —resumió lady Evelyn, con un golpe de abanico. Las otras dos asintieron con las cabezas.
—Bueno, la fama de agrestes de las damas francesas no es más que una habladuría malintencionada —precisó Anne Hagstings —. He tenido ocasión de coincidir con lady Rebeca en varios bailes, como la mayoría de nosotras, y convendrán conmigo en que es una joven exquisita de refinados modales.
—Usted misma lo ha dicho. Ese es su comportamiento en público. A saber… —silabeó Evelyn con retintín.
—Tampoco nadie la ha oído jamás defender los ideales franceses —agregó la anfitriona con timidez. Lady Evelyn le dirigió una rápida

mirada cortante.
—Bueno, de tenerlos, seguramente sea algo que lady Rebeca se guardaría mucho de manifestar en público.
—Hay que ser muy poco patriota para preferir vivir tus primeros años fuera de Inglaterra. Y forzar a la familia a que haga otro tanto —opinó Penélope Waterman, meneando con disgusto la cabeza.
—Todo debió ser por complacer a la hija, ya que lady Stone, que en paz descanse, adoraba la campiña inglesa —añadió lady Evelyn.
—¿Y qué me dicen de su esposo, el conde? Se sentía inglés hasta la médula de los huesos y el pobre tuvo la horrible desgracia de fallecer en tierras hostiles.
—Murió en Francia, señorita Donne —aclaró Anne Hagstings a su confusa invitada.
—Un conde inglés enterrado en tierra enemiga… Qué jovencita tan egoísta —remató lady Evelyn, tomando un sorbito de té.
—Lady Rebeca es una joven agradable, pero debo reconocer que no demasiado accesible —la señorita Hagstings volvió a informar a su invitada italiana.
—Sin embargo, se rumorea que su trato con los criados es muy cercano —apuntó lady Evelyn, con una chispa de malicia. Muchos ojos se abrieron de golpe.
—¿A qué se refiere?
—¿Qué tipo de… trato?
—No de ese que están imaginando —se apresuró a aclarar.
Varios abanicos se agitaron enloquecidos.
—Eso espero, ¡menudo escándalo!
—Pero sí una especie de familiaridad improcedente, de todo punto indigna, teniendo en cuenta la clase a la que ella pertenece. Dicen que trata a su ama de llaves como a una segunda madre.
—Señoritas —como anfitriona, Anne Hagstings entendió que era su obligación poner fin a la malevolencia de los comentarios, que empezaba a desbordarse—, supongo que eso no debería importar demasiado. Lo cierto es que ahora, a todos los efectos, vive como heredera única de toda la fortuna, tierras y colonos de la familia.
—Hasta en eso le ha sonreído la suerte: tras fallecer el conde de Stone, su único heredero resultó ser un lord escocés muy bien situado y poco interesado en mudarse a Inglaterra. Le concedió a lady Rebeca, como única hija de los condes, el usufructo vitalicio de la casa familiar y sus tierras.
—La renta anual de Amschel House es altísima. Y ella recibe una asignación anual absolutamente demencial —apuntó Penélope, con la boca torcida.
—Que ha de sumarse a la fortuna que su padre le adjudicó en testamento. Y otro tanto hizo su madre, lady Stone. En definitiva, es

espantosamente rica, de hecho, podría no casarse si quisiera.
—¿Por qué entonces unirse con el duque? ¿Por qué con él?
—No es justo que dos de las mayores fortunas de Inglaterra, se fusionen sin necesidad alguna —anotó lady Evelyn acercando el frasquito de sales a su nariz—; el duque debería reservarse para otra dama de mejor origen y peores caudales.
—Apuesto a que no es un casamiento por amor.
—¿Pero es que siquiera se conocen? —quiso saber Alicia con ansia.
—¿Acaso los han visto juntos en algún baile? ¿En el campo? ¿De cacería?
Penélope Waterman se abanicó con fiereza y los mofletes como ciruelas maduras.
—¿Cómo es que han intimado hasta ese punto? ¿De dónde sale este compromiso? Si no desvelo pronto tanto secreto, creo que moriré del disgusto.
—La entiendo, querida. Todas estamos igual, es una noticia de lo más inesperada —gimoteó lady Evelyn, algo más serena—. El rumor proviene del área del servicio. —hizo un gesto con las cejas—. Es fiable.
—¿Y para cuándo han fijado la boda? Porque lady Rebeca aún está de luto por la muerte de su madre, y apenas se deja ver.
—Creo que para el año próximo, pero es de esperar que en breve, hagan público el compromiso. Ese luto de los Stone ya dura demasiado —apostilló lady Evelyn, aspirando las sales con tanto arrojo, que sufrió un ataque de tos.
—Es todo tan oscuro…
Lady Evelyn Fowler logró reponerse a tiempo para responder.
—Lady Rebeca es un misterio en sí misma, se prodiga poco allí donde pueda ser observada y juzgada. Y ahora, para colmo… duquesa.
—Hay suertes que no se merecen —sentenció Penélope, con gravedad.
El salón quedó en silencio por unos segundos. Con un suspiro, Alicia Pettigrew, lo hizo pedazos.
—Y dígame, señorita Julianna, ¿en Venecia ocurren igualmente estos hechos increíbles?
Con un respingo, lady Evelyn no le permitió responder.
—¿Es usted veneciana? ¿Cómo no me lo ha dicho antes? ¡Adoro Venecia y todo lo que implica!
—¿La fama de libertinos de sus caballeros? ¿Su estilo de vida disipada? —rio Alicia.
—¿Los trucos de seducción de las cortesanas? ¿Sus métodos de poder? —Penélope Waterman se ahogaba de emoción.
La señorita Julianna se sonrojó hasta la raíz de sus cobrizos cabellos.
—Bueno, no crean todo lo que se cuenta por ahí. Frente a las habladurías, a veces hay que ser cauteloso con aquello que se da por

cierto.

Y sin saber bien el motivo, Anne Hagstings tuvo la sensación de que su invitada no se refería únicamente a los cotilleos acerca de los nobles venecianos y sus pintorescas y… discutibles costumbres.

Capítulo 2

Somos lo que soñamos
o más bien, soñamos lo que
desearíamos ser.

—¡Simon! ¡Para! ¡Para, Simon, no puedo seguirte!
El chico era alto para su edad. Espigado y fuerte, con largas piernas que le permitían saltar de un alero a otro. Se detuvo con un pie en equilibrio. El edificio era muy alto. Y la travesura, recorrer a la carrera sus inclinados tejados, peligrosa. Se giró pero no vio a nadie.
—¡Si te escondes no me detendré! —advirtió sin perder la sonrisa.
De detrás de un torreón y por sorpresa, surgió una jovencita de aproximadamente su edad. Riendo a carcajadas, con las largas faldas arremangadas sobre la cintura para que no le estorbasen al correr.
—Eres una tramposa.
—¡No puedo seguirte!
—Es que de eso se trata. No volverás a conseguir que te espere.
Antes de que Simon terminase la frase, ella había vuelto a correr, en zigzag por el borde de la techumbre, alejándose a toda prisa.
—¡Bribona!
—Esta vez seré yo la que alcance el torreón norte la primera.
Simon la persiguió, guiado por la estela de su perfume. La chica era ágil y rápida pero a él no le costó ponerse a su lado. Ella lo miró, desafiante, sin dejar de saltar. Cuando ya solo quedaban unos pocos metros para alcanzar el torreón de vieja piedra oscura, una sombra enorme planeó por encima de sus cabezas. La muchacha soltó un grito y se agachó, cubriéndose con los brazos. Simon se inclinó sobre ella para protegerla con su cuerpo.
La formidable cigüeña pasó de largo, rozándolos pero sin prestarles atención, directa a su nido. Los chicos, en cuclillas sobre la resbaladiza pizarra, se miraron y se echaron a reír.
Estaban muy cerca el uno del otro. Sus rostros, sus frentes y sobre todo, sus bocas. Hacía frío y el vaho que producían al respirar se mezclaba en suaves volutas. Dejaron de reír, dejaron de hacer ningún ruido o movimiento. Dejaron de jugar para solo mirarse. El corazón de ambos se estaba acelerando de un modo incomprensible. Y no era consecuencia de la carrera.
—Te brillan los ojos —dijo Simon en un dulce susurro—. Siempre te

brillan los ojos, nadie los tiene como tú, del color del cielo en otoño.
Y se aproximó un poco más hasta que sus labios rozaron los de ella. Levemente. Apenas.
La jovencita suspiró, deseando aquel beso desde lo más profundo de su ser.
Pero no ocurrió nada. No sintió nada de lo que esperaba sentir.

Rebeca Percy abrió los ojos con disgusto. Otra vez aquel sueño inacabado que se repetía de modo obsesivo desde hacía unos meses.
—¿Ha dormido bien, milady?
El ama de llaves descorrió los pesados cortinajes de las ventanas y la joven se estiró completa en un perezoso bostezo.
—Buenos días, Amelie. Para ser sincera, no del todo.
—¿Acaso la cena fue demasiado pesada? Puedo encargarle a la cocinera algo más ligero a partir de ahora, o que le preparen una tisana digestiva antes de…
—No, no es eso. Siguen pasando los meses y… no sabemos nada de él.
—Y eso la tiene inquieta, lo comprendo. Pero no debería preocuparse.
—¿Se habrá arrepentido? ¿Lo habrá olvidado? ¿Le habrá pasado algo?
El ama de llaves le tendió la bata de raso blanco y sacudió los almohadones de la enorme cama.
—No le ha pasado nada, siendo quien es, de haber ocurrido una desgracia, le aseguro que hace rato nos habríamos enterado.
—Es que… no entiendo ese comportamiento.
Amelie la miró con un brillo de curiosidad en las pupilas y un asomo de sonrisa.
—¿Desea que la visite?
—¡Oh, no, no, claro que no! No quiero ver al duque, solo saber a qué atenerme. Las esperas me ponen tensa y me provocan pesadillas. Esta ya dura demasiado.
—¿Necesita que la ayuden a vestirse? Enviaré a una doncella, el desayuno espera.
—Comeré algo y saldré a cabalgar un rato. A ver si logro despejar mi cabeza.
—Podría enviar a algún criado a Coventwood a averiguar…
Rebeca se giró alterada, con el cepillo de plata entre las manos.
—¡En absoluto! No quiero que ese hombre piense, ni por un solo minuto, que anhelo su presencia. Tengo que evitar malentendidos, como sea.
—Entonces no veo otra solución más que esperar y ver cuál es su próximo movimiento a partir de ahora.
—Detesto perder el control de mi propia vida, Amelie. Aquí estoy, viendo pasar los días, sin poder hacer planes, solo porque un

desconocido tiene la llave de mi futuro. Si no puedo hablar con él y acordar una opción que me libere, esto va a ser muy fastidioso. ¿Te imaginas? ¡Puedo pasarme esperando años!

Amelie sonrió con ternura. Tomó el cepillo de manos de su señorita, y lo pasó por entre sus largos mechones oscuros.

—No creo que sea el caso. Apuesto a que está más ansioso que usted porque esa entrevista se celebre.

—Pero ¿por idénticos motivos? ¿También quiere ser libre, como yo?

—Eso no puedo asegurárselo, milady. Ojalá pudiera. Sin embargo, si se me permite sospechar…

—Sospecha, te lo ruego —la animó Rebeca. La buena mujer volvió a sonreír.

—Sospecho que no.

Lady Rebeca bufó con desgana y los labios apretados. Su ama de llaves le ocultaba algo, podía adivinarlo en aquella misteriosa sonrisa torcida.

Capítulo 3

Cuando de averiguar se trata,
hay que ponerse en marcha cuanto antes.
Los acontecimientos pueden girar en un día
y el chisme perdería su interés.

Después de la reunión, lady Evelyn forjó un plan y repartió entre las señoritas, las tareas que tan ardua investigación requería. Después de que una de las presentes en la reunión mencionase a lord Joseph Walsh, al que, a diferencia del duque, sí habían visto pretender a lady Rebeca en bailes y diversos actos sociales, y que repentinamente parecía haberse esfumado, decidió que había que buscarlo y sonsacarle toda la información posible; ella misma se encargaría.
La señorita Julianna, en su calidad de recién llegada que visita para presentar sus respetos, era la más indicada para interrogar a lady Rebeca Percy, directamente pero con sutileza. Y finalmente, el duque de Richmond, la fuente de información más inaccesible y placentera, se dejaba a merced de todo el grupo. Cualquiera que tuviese la menor oportunidad, debía intentarlo.

Julianna Donne bajó del carruaje tras la estela de su única conocida en Londres, Anne Hagstings. Apenas llevaba unos meses viviendo en la ciudad, después de que sus padres la enviasen al cuidado de sus tíos, a fin de encontrarle marido, tratando de alejarla del sumidero de perdición en el que se iba convirtiendo Venecia, gracias al libertinaje de sus costumbres y la autoridad encubierta de las cortesanas. La curiosidad de la joven por conocer a lady Rebeca, de la que todos hablaban en términos tan ambiguos, era ya insoportable.
—Recuerde que su madre, lady Stone, falleció hace tiempo pero ella aún mantiene el luto. No olvide mencionarlo cuando le presente sus respetos —la aleccionó la señorita Hagstings en un susurro.
—¿Qué tipo de persona es?
—No sabría decírselo. Distinta a lo que ha conocido hasta ahora, eso por descontado, poco habladora, siempre pegada a su madre y con escaso interés, al parecer, por la vida de sociedad.
—¿Una mojigata tímida y apocada… como yo?
Anne dejó ir una risa cantarina, al tiempo que desplegaba su sombrilla de encaje para protegerse del sol.
—Como nosotras, querrá decir. No, nada de eso. Tiene personalidad y un carácter firme y reservado. Jamás he conseguido arrancarle un solo

chisme acerca de nadie. Es como si la vida de los que la rodean le trajese sin cuidado.
—Considero, querida amiga, que eso es más una virtud que un defecto.
Anne se encogió de hombros. Ya seguían a los sirvientes dentro de la mansión, donde la temperatura se hizo inesperadamente agradable.
—Lady Evelyn estaría en franco desacuerdo. Depende de cómo se mire. Es aburrido. ¿Qué hacer cuando nos reunimos si no es hablar unos de otros? Nos mantiene entretenidos e informados. Ah, olvidé decirle que es hermosa. Insultantemente hermosa.
El ama de llaves se acercó a recibirlas. Una mujer altísima, vestida de oscuro de pies a cabeza, que en un principio, despertó en Julianna la peor desazón. Sin embargo, cuando habló, su voz era suave y estaba llena de ternura.
—Señorita Hagstings, señorita Donne, sean bienvenidas; lady Rebeca está montando a caballo, han ido a darle aviso.
—Sentimos molestarla, que descortesía por nuestra parte, debimos anunciar nuestra visita con anticipación —se excusó Anne Hagstings.
—Estará de vuelta en pocos minutos, y encantada de verla. Últimamente se mantiene demasiado aislada, eso no es bueno. Sean tan amables de esperar en el saloncito —se dirigió a la señorita Hagstings—, les serviremos un té con su acompañamiento favorito.
Las dos damas se acomodaron en la preciosa estancia. Para Julianna, acostumbrada a los excesos de la decoración veneciana, el estilo campestre de los ingleses suponía un remanso de paz. Aquella mansión, siendo imponente, rezumaba calor de hogar. Rebeca y su madre debieron de ser muy felices frente a aquellas chimeneas de piedra blanca, rodeadas por aquellos ventanales de gigantescas vidrieras de colores. Y tantísimos libros.
—Como puede comprobar, la finca es sublime. Las tierras de cultivo, inabarcables, y la rentabilidad de esas granjas, ya la quisiera para sí cualquier conde de los que le presentaré en breve. El heredero escocés del conde permitió que lady Stone escogiera administrador y empleados. Y le confieso que la dama tenía buen ojo: el señor Llorent, el administrador, es de origen español, sagaz y habilidoso con las inversiones. Mi padre trató de contratarlo, pero su fidelidad a los Stone parece ser inquebrantable.
Una doncella cargada con una bandeja de plata interrumpió las cavilaciones de Julianna. Sirvió el té en silencio y abandonó el saloncito tras una breve reverencia, dejándolas de nuevo a solas. Anne se lanzó sobre los pastelillos.
—Olvidaba decirle que el administrador no es lo único valioso en la familia. La cocinera tiene manos de ángel. Pruebe estos deliciosos pastelillos de limón.

No pasó mucho tiempo antes de que la puerta volviera abrirse para dejar paso a lady Rebeca Percy. Estaba claro que venía deprisa, con las mejillas arreboladas, el pelo un poco revuelto. A Julianna le pareció encantador que se hubiese tomado la molestia de interrumpir su cabalgada a causa de una visita inesperada, y una de las jóvenes más bellas que había visto nunca: de regia estatura y silueta cimbreante, espesa cabellera oscura y facciones tan delicadas y decididas como las de una emperatriz.
A Rebeca, por su parte, le había fastidiado bastante que un mozo llegase a caballo, cuando más libre y dichosa se sentía, a anunciarle su obligado regreso. Detestaba las sorpresas, no por lo inadecuado de aparecerse sin avisar, si algo defendía Rebeca Percy era la espontaneidad, siendo como era, enemiga de las rígidas normas de comportamiento, sino por entorpecer uno de sus pasatiempos favoritos. Así y todo, tomó aire y sonrió con amabilidad.
Anne se puso en pie de un salto y la veneciana la imitó.
—¡Mi queridísima lady Rebeca! Cuánto lamento haber venido sin avisar. Me temo que me desbordaron las ganas de verla y de presentarle a la señorita Julianna Donne, tanto, que no pensé que no estaría en casa. Como se prodiga tan poco desde lo de su madre…
Rebeca esbozó una leve sonrisa. Aceptó las manos extendidas de Anne y las apretó con afecto. Todavía llevaba en la mano la fusta, que su ama de llaves se apresuró a recuperar.
—Anne… señorita Julianna…
La muchacha pelirroja inclinó la cabeza a modo de saludo. Era muy bonita, de facciones delicadas, cutis pecoso y fascinantes ojos verdes.
—Encantada de conocerla, lady Rebeca. Lamento enormemente su pérdida.
—Le agradezco la deferencia. Veo que ya están servidas, por favor, Amelie, traiga una jarra de agua fresca con limones.
—Julianne está recién llegada a Londres, vive con unos parientes frente a mi casa en Belgrave, pero nació y creció en Venecia. Exótico, ¿no le parece?
—Mucho. Mi madre vivía enamorada de esa ciudad de hadas. De hecho, la visitamos juntas en varias ocasiones. Enhorabuena, Julianna, goza usted de una cuna realmente mágica.
—Querida, su mirada se ensombrece con los recuerdos. Si me permite decirlo, está prolongando demasiado su luto y su reclusión. Pregúntese si su adorada madre estaría de acuerdo, ella querría que fuera feliz.
—Soy feliz, Anne, no lo dude.
—Pero siempre encerrada en Amschel House, a solas… no ha aceptado las últimas invitaciones que le envié, no crea que no la hemos echado de menos. Tiene que ir reincorporándose a la vida social, querida, poco a poco.

—Poco a poco, usted misma lo ha dicho. Quizá no haya demasiado provecho para mí en esa vida a la que se refiere.
—Suena melancólica. ¿La semilla de un amor incipiente, tal vez? Sería un motivo de alegría entre tanta desgracia…
Por primera vez, Rebeca dejó escapar una risita suave. Seguro que no se equivocaba al apostar que Anne venía en busca de información con la que más tarde, aderezar sus reuniones de sociedad. El asunto del compromiso con el duque, si finalmente se cerraba, no tardaría en saberse, no había razón para ocultarlo, pero tampoco le regalaría a nadie la satisfacción de saberlo de antemano. Anne Hagstings no le caía especialmente mal, pero los chismes y cotilleos, en general, la ponían enferma. Tomó la risa como una pausa con la que ganar tiempo, y directamente, no respondió.
Julianna observaba en silencio y con devoción cada uno de sus contados gestos. De repente, Anne se puso en pie de un salto.
—¡Cielos! Había olvidado que tengo una cita importante, tendrán que disculparme.
Julianna abandonó el sillón de inmediato, sin embargo, Anne le indicó con un gesto que volviera a sentarse.
—No es necesario que venga, señorita Donne, por favor, siga haciéndole compañía a lady Rebeca. Sería imperdonable abandonarla ahora, después de haber interrumpido su paseo a caballo. Así podrán conocerse mejor. Enviaré mi cochero a recogerla en, digamos, hora y media.
Dicho y hecho. Con una despedida un tanto apresurada, Anne Hagstings salió por las puertas de Amschel House, dejando atrás a una tímida Julianna que no sabía demasiado bien cómo comportarse en presencia de alguien tan intimidante como lady Rebeca Percy.
—¿Le gusta Londres? ¿Es lo que esperaba? —quiso saber la anfitriona con gentileza.
Julianna se armó de valor para responder sin tartamudear.
—Creo que prefiero el campo. Hay más espacio y las actividades son más interesantes que las de los salones, donde la gente habla y habla… Lo siento, espero no haber cometido ninguna indiscreción.
La risa de Rebeca fue ahora más audaz y sincera.
—Mi querida Julianna, aquí puede expresarse con toda libertad. Si no me prodigo en ese tipo de actos sociales a los que la señorita Hagstings se refiere, es precisamente por lo mismo. ¿Acaso no hay sugestivos temas de conversación que no versen acerca de la vida ajena? Pareciera que los ingleses no supiéramos hacer otra cosa más que despellejar al prójimo. Si eso es lo que me aguarda en Londres, le aseguro que prefiero quedarme en el campo. Al menos, mis caballos y mis perros no chismorrean.
El tono distendido y amigable de lady Rebeca consiguió que Julianna

se sintiera cómoda. Más de lo que había estado nunca desde su llegada a Inglaterra y, desde que comenzara el rosario de presentaciones, de mansión en mansión, de apellido ilustre, en apellido más ilustre aún. Y eso que aún no había dado comienzo la caza de marido.

—Es usted encantadora; si me lo permite, en solo unos minutos de charla, siento con usted mucha más afinidad de la que me hayan podido transmitir las damas que ya he conocido.

—Intente no juzgarlas con demasiada dureza, nuestra sociedad es complicada. Nada se valora tanto como la apariencia, lo que lleva a muchas damas interesantes a ocultarse tras una fachada de absurda ignorancia. No es que no haya mujeres increíbles, es que no les permiten florecer. Hay que ser un poco rebelde para imponerse y lograrlo, algo que a todas luces está mal visto. Ya lo dicen, la revolución no es para todos.

Julianna asintió y permaneció unos segundos en silencio. Rebeca también empezaba a sentir un inexplicable lazo de simpatía con aquella desconocida, algo que siempre deseó en sus años de solitaria niñez, pero que hasta ahora, la vida no le había regalado.

—¿Puedo serle franca? —preguntó la joven pelirroja.

—Por favor, es lo mínimo que espero de usted.

—Me gusta, milady.

La blanca mano de Rebeca Percy voló hasta posarse en el antebrazo de Julianna. Era cálida y afable.

—Celebro que el sentimiento sea mutuo. Amschel House está abierta para usted siempre que quiera visitarme. Y sería todo un placer que aceptase ser mi huésped durante una temporada.

—No dude que le tomaré la palabra, lady Rebeca. En cuanto mis voluntariosos tíos me permitan ausentarme. Temo que se hayan tomado muy en serio el encargo de mis padres de reeducarme al estilo inglés, y buscarme un marido adecuado.

—Oh. Matrimonio. Palabra maldita.

Julianna volvió a reír, Rebeca la secundó. Era como si se conocieran desde siempre, o fuesen hermanas reunidas tras años de separación forzosa.

—¿Eso cree? Pues también en ese punto estamos de acuerdo.

Rebeca le sirvió una copa de agua fresca con aroma de limón y durante mucho rato, siguieron hablando, de ellas mismas, de sus sueños, de Venecia y sus palacios, de la vida en el campo. No mencionaron a nadie, no analizaron el futuro ni la fortuna de ningún vecino, fue una conversación limpia y sin críticas. Rebeca sabía que la intención de Anne Hagstings dejando allí a Julianna, era sonsacarle la información que por sí misma no había obtenido. Pero la italiana no hizo el menor intento de encaminar la charla en esa dirección. De modo que Rebeca Percy se sintió inmensamente agradecida.

Capítulo 4

El hombre perfecto
no siempre lo aparenta.
Y viceversa.

—Avisa cuando retornes al mundo de los vivos, duque.

Andrew Wellesley se sacudió el sopor y miró al barón de Roe, uno de sus mejores amigos y de los que con mayor paciencia, soportaba sus interrupciones en las cacerías. En efecto, pensando en el destino que, quizá sin querer, había dibujado para él lady Stone, el duque se había desconectado por completo de la realidad.

—Disculpa. Estaba revisando mentalmente unos proyectos futuros.

—Han de ser vitales, a juzgar por la profundidad con la que estabas abstraído.

—Más de lo que imaginas. Puede que el resto de mi existencia dependa de ellos.

—¿Vas a vender alguna propiedad? ¿Acaso planeas abandonar Inglaterra? No lo hagas, amigo, no me partas el corazón.

Andrew rio la broma de Augusto. Ambos compartían ese talante desenfadado que facilitaba, en general, su trato con los demás.

—¿Alguna vez pensaste en casarte? —quiso saber el duque.

—Bueno, no es algo que se piensa, es algo que todos los nobles acabaremos haciendo, tarde o temprano, por obligación. Tú más que nadie.

Ni más ni menos que lo que Andrew pensaba, lo que pensaba todo el mundo. Todo un alivio que su mejor amigo también lo confirmase.

—Pero, ¿en breve? ¿Te lo has planteado? ¿Has elegido a alguien?

—Ya sabes que no. Y cuando el momento llegue —Augusto bajó la voz hasta convertirla en un murmullo confidencial— , no tendré otra cosa en consideración más que su estatus y su posible fertilidad. No nos engañemos, es lo que se espera de nuestros matrimonios, que demos descendencia, abundante y sana.

—Sobre todo abundante.

—¿Acaso tú…? —se sorprendió el barón— El ambicionado soltero de Londres… ¿qué digo Londres? De toda Inglaterra… ¿echa de menos un nido cálido en el que arrebujarse? ¿A dónde irán a parar entonces nuestras correrías?

El duque paseó la mirada por el club de caballeros. El ambiente estaba animado: unos bebían y fumaban, en ruidosa charla. Otros jugaban naipes, ajedrez, dardos o leían. Estaba repleto de casados, allí no se hacía nada escandaloso ni fuera de lo habitual. Y parecían felices.

—Nuestras correrías no sufrirán ningún cambio. Ya conoces mi lema: mientras existan las ausencias por viajes, ¿qué necesidad hay de desmadrarse en Londres? No cuesta nada mantener las apariencias aquí, vidas monótonas y discretas que no dan que hablar. Te aseguro que puedo mantenerla igual, estando casado. Si la unión oficial me mata de aburrimiento, siempre tendré negocios urgentes alrededor del mundo.

—Espera, ¿estás tratando de convencerme de que casarse joven no es tan mala idea, después de todo?

—O de convencerme a mí mismo. —Resopló—. Cielos, me oigo y no puedo creer siquiera que esté planteándomelo.

—En efecto, amigo, no pareces tú. ¿Qué ha cambiado?

—En honor a la verdad, pronto comenzarán las presiones familiares, las grandes heredades precisan de futuros dueños. No podemos vivir siempre de espaldas a nuestros deberes.

—Francamente, esperaba que dijeras que aún falta mucho para eso.

—Con idéntica franqueza, yo también lo pensaba. Sin embargo, es posible que haya llegado el momento de redefinir mi vida. Hice una promesa a alguien que me importa mucho, y la obligación incumplida empieza a pesar.

Andrew Wellesley, duque de Richmond era un poco (o un mucho, dependiendo de cómo se mirarse) de todo, fusionado de un modo tan insoportablemente atractivo, que pocos seres vivientes podían resistirse a sus encantos. Un canalla simpático que gastaba bromas a sus colegas y amigos, y conseguía que nadie le guardase rencor. Las damas suspiraban a su paso, pero sus escarceos, de haberlos, estaban tan habilidosamente escondidos, que nadie podía tacharlo de libertino, aunque tampoco de carácter hosco o huraño. Amaba a los animales hasta el punto de evitar, siempre que podía, su participación en cacerías. De hacerlo, encontraba el momento para estornudar, golpear «accidentalmente» a su compañero de batida, o disparar antes su arma, de modo que cualquier tiro acabase errado, y la pieza escapara con vida. Un caballero peculiar, a juicio de muchos, cuya abultada fortuna le permitía ser excéntrico si así lo deseaba, y comportarse como mejor le viniera.

En eso coincidía con lady Rebeca.

Pero en nada más.

En sus visitas desde niño a Amschel House, Andrew había dedicado mucha más atención a lady Stone que a su hija. Nunca albergó intenciones románticas respecto de la joven y, para ser sincero, ni siquiera se había fijado demasiado en ella: sabía que era alta y esbelta, de cabello oscuro, ojos claros y poco más. Apenas unas palabras educadas al llegar y marcharse; lady Rebeca solía ausentarse de la sala cuando el duque y su madre las visitaban. Probablemente compartían

la misma indiferencia el uno por el otro.
No obstante, todo cambió con la enfermedad de lady Stone. Marian. La mejor amiga de su madre.
Desde que descubriera su gravedad, Andrew encargó a los médicos de su familia que unieran fuerzas con los doctores de confianza de los Stone, en una inútil lucha por mantenerla con vida. Ya muy debilitada, solicitó verlo a solas y le hizo un único ruego: que se ocupara de su hija, ya que tras su muerte, Rebeca quedaría desamparada y sola, dueña y responsable de una extensa heredad y fortuna, que podría atraer ambiciones, envidias, y ponerla en peligro. Y tras un puñado de frases entrecortadas y con su último suspiro, con Rebeca conteniendo el aliento a su espalda, lady Stone le susurró «*cásate con ella*».
Andrew siempre creyó poder permanecer soltero el máximo tiempo posible. Como responsable del título que ostentaba y de su supervivencia, debía engendrar herederos tarde o temprano, pero había decidido que ese futuro fuera lo más lejano posible. La petición de lady Stone lo trastocó todo. Los planes de toda una vida, desbaratados por culpa de su particular concepto de la lealtad.
No conocía a lady Rebeca, no sentía nada por ella y sin embargo, Andrew sabía que la llevaría al altar por encima de cualquier obstáculo. El motivo, que ambos habían dado su palabra, y una promesa hecha a una moribunda es un acto sagrado.
Además, le debía mucho a Marian. Pero el porqué de eso lo guardaría encerrado en el rincón más profundo de su alma.

Capítulo 5

18 meses antes…
La lujuria es mala consejera.

La primera vez que la vio, entrando en aquel salón de baile del brazo de Nathan Rendel, su anciano esposo, algo insólito se retorció en las entrañas de Andrew. Era una mujer madura, aunque muchos años más joven que el marido, y extraordinariamente bella. Segura en el andar, en los gestos, retadora su mirada. Un soplo de aire fresco entre tanta dama apocada y blandengue. Lita despertó su instinto depredador más salvaje, el que por lo general permanecía adormecido mientras visitaba Inglaterra. Por culpa de aquella mujer y de la pasión irrefrenable que sintió por ella, Andrew quebró sus propias reglas y sus promesas más sagradas, desde que se juró que la poseería.

Por encima de todo. Por encima de su esposo, de las habladurías, del riesgo y de todas las normas sociales.

Lita Rendel no fue tampoco inmune a sus encantos, de hecho, la noche del baile donde se conocieron, ya cruzaron miradas encendidas de claro interés. Más que interés, deseo. Violento y carnal. El duque se preguntó cómo una mujer de temperamento tan fogoso se había casado con un carcamal como Nathan Rendel. La condesa de Obercome, anfitriona de la fiesta, fue la encargada de ponerlo al día en cuestión de chismes.

—Él es inmensamente rico ahora, una serie de lamentables desgracias dieron al traste con la fortuna de la familia y cuentan que hasta perdió un título nobiliario menor. Emigró a las Américas y se rehízo con muy buena suerte y grandes plantaciones de algodón y cacao. Las nuevas tierras también le regalaron una esposa, es evidente. En cuanto a ella… me temo que esa joven apenas si tiene otra cosa que ofrecer que no sea su lozanía y su belleza.

Andrew reparó en el tinte malicioso de la voz de la condesa. La envidia la sobrevolaba y por caballerosidad, se sintió obligado a defender a Lita Rendel.

—Se ha casado por interés, como todos en nuestro mundo.

—Duque, en unos casos, el interés y la falta de amor son más evidentes que en otros. Pregúntele a los hijos de Nathan Rendel, si les hace felices el nuevo enlace de su anciano padre con esa cazafortunas. Incluso se han visto obligados a renunciar a la mansión familiar por desavenencias graves con «la señora».

Andrew observó de lejos la imponente figura de Lita, girando en la pista de baile, como una luciérnaga brillante en mitad de la noche,

convirtiéndose, aún sin querer, en el centro de todas las miradas y con certeza, de todos los comentarios malintencionados. El ser arrebatadoramente hermosa, es algo que difícilmente se perdona a una mujer. Y si es de las que saben lo que les conviene y van a por ello sin titubeos, mucho menos.

—Imagino que no dan saltos de alegría, se les complicarían las cosas si Nathan llegase a concebir otro hijo…

—A ese hombre le quedan pocos años de vida y cuando muera, su herencia será un asunto muy discutido. Correrán ríos de sangre entre los Rendel, querido duque, ya verá.

—Por amor del cielo, condesa, Dios no lo quiera, no sentencie sucesos tan funestos.

—¿No se ha dado cuenta de lo oscura que tiene ella la piel?

Hizo lo imposible por sonar desinteresado, cuando lo cierto es que no lograba apartar los ojos de aquella dama que sonreía, felina, a todo el mundo.

—No me he fijado, la verdad, estoy pendiente de otras cosas.

—Pues le aseguro que esa mujer lleva sangre negra en las venas. Es una horrible mestiza que ha engatusado al pobre anciano con sus malas artes.

Sonrió, deseoso de que el despelleje finalizara cuanto antes.

—Suena supersticiosa, condesa, y usted nunca lo ha sido.

—Bueno, ya sabe, se cuentan muchas historias espeluznantes acerca de esas tierras lejanas y de las costumbres de sus gentes. Practican magia con la que doblegar voluntades y con unos cuantos cientos de libras encima, cualquier mestiza bonita puede aparentar ser una señora. Solo aparentarlo.

—Estoy por completo de acuerdo. Si me disculpa, condesa, voy a buscar algo de beber. ¿Le apetece alguna cosa en particular?

El asunto de las bebidas no había sido más que una excusa, así que el duque aprovechó que la condesa volvía a estar acompañada y entretenida, para desaparecer en la terraza y refrescar un poco la mente. El ambiente de aquellos salones de baile, con sus chismes, sus miradas juzgadoras, y sus lenguas desatadas, lo ponía enfermo. Si había asistido era únicamente por la antigua amistad que unía a su familia, y en particular a su difunto padre, con la condesa de Obercome. Pero soportar su afán censurador era toda una proeza que ponía a prueba la templanza de Andrew.

Sintió el roce de la seda de un vestido a su espalda, pero no quiso girarse.

—Creo que no nos han presentado.

Aquella voz melosa, ligeramente ronca, desconocida, no podía

pertenecer más que a una mujer. Comprobó que sus sospechas eran ciertas, al volverse y encontrar a Lita con la mano extendida para que se la besara.
—Lita Rendel. ¿Usted es…?
Tomó la punta de sus dedos y con una ligera inclinación acercó los labios a sus nudillos enguantados. El aroma de su perfume era intenso con un toque oriental.
—Andrew Richmond. Es todo un placer. Tengo entendido que usted y su esposo —remarcó esa palabra— hace poco que se han instalado en Londres.
—En efecto. Aún no hago mucha vida social, estoy algo desconectada.
—Cuestión de tiempo.
Lita giró la cabeza y apuntó al interior de la sala.
—No sé si terminare amigándome con este escenario social. Demasiada rigidez, en todos los sentidos, demasiado escrutinio. Me han dicho que usted viaja continuamente, ¿es cierto?
—Veo que se ha molestado en reunir información acerca de mi persona.
—Por descontado. Siempre lo hago cuando algo me interesa.
Evidentemente, no fue lo que dijo, sino cómo lo dijo. Debajo de aquella frase insignificante se escondía toda una declaración de intenciones, que el duque captó sin dificultad.
—Me gustaría muchísimo que pasara usted a visitarnos algún día; estoy convencida de que con sus vivencias, tendrá mil temas de conversación fascinantes.
—Será todo un honor.
—Hablaré con mi marido y organizaremos un agradable encuentro. Tómelo más como un placer que como un honor, duque. Eso del honor suena demasiado inglés.

En la actualidad

Precisamente… demasiado “inglés” no fue lo que surgió entre ellos.
No podría definirse más que como una explosión de los sentidos. Andrew no lo meditó, se movió empujado tan solo por el instinto más básico, desoyéndose a sí mismo, siempre contrario a dar que hablar durante sus estancias en Londres; cuando quiso darse cuenta, se había enredado en una aventura con Lita Rendel, que no iba más allá de lo erótico, pero que de algún modo controlaba su voluntad. Se encontraban clandestinamente en su residencia durante las ausencias de Nathan Rendel, y en Coventwood siempre que él no viajaba; todo gracias a la gran libertad de movimientos de que gozaba Lita. Su anciano esposo, ni intentaba siquiera vigilarla, ella iba y venía, hacía

y deshacía a su antojo y conveniencia. Y mientras este hecho era criticado por la mayoría de la gente, para el duque era todo un regalo en forma de horas placenteras.

Nunca la amó, es más, su personalidad arrogante y desdeñosa lo enervaba. Estaba convencido de que aquella mujer no guardaba ni una pizca de compasión en su frío corazón y aunque todos esperaban que quedase embarazada de un momento a otro para asegurarse la herencia de Rendel, Andrew siempre sospechó que el instinto maternal era algo que Lita desconocía, y que tal cosa no ocurriría jamás.

Sin embargo, en cuanto rozaba su piel color canela, todas estas consideraciones parecían diluirse como humo en el viento: el duque perdía la razón con tal de morder su boca. Lita era una especie de cárcel de la peor hechicería conocida, que anulaba sus reflejos para convertirlo en un títere. Su exotismo, su fogosa manera de hacerle el amor y de disfrutar, no era comparable con nada.

Y a pesar de todo, Andrew estaba pensando seriamente en cortar con aquel despropósito en forma de relación secreta.

El motivo tenía nombre: lady Rebeca Percy.

Y la palabra dada a una moribunda a la que debía mucho.

Capítulo 6

Una primera impresión,
a través de los años,
se desdibuja y no es siempre cierta.
La memoria altera la realidad.

Rebeca se alisó la falda de seda y pensó: «*Vamos, mantente firme, no eres alguien a quien poner fácilmente nerviosa»*.

Una doncella entró en la biblioteca e interrumpió sus turbias sensaciones.

—El duque de Richmond, milady.

—Hágalo pasar.

«Se ha portado de un modo imperdonable, házselo saber» retumbó la voz en su cabeza.

Se preguntó si estaba lista para aquel encuentro. El primero después del juramento. Y de nuevo, inconscientemente, se alisó la falda. La contrariaba reconocer que había puesto una pizca de esmero en acicalarse. Y que le faltaba el aire al respirar. Un poco.

El duque la cautivaba y al tiempo, la intimidaba. Siempre fue alto, de anchos hombros, andar felino e insufrible atractivo. Sus ojos verdes, sus labios llenos, y el tono de su voz, ronco y acariciador, como si tales cualidades pudiesen mezclarse. Lo recordaba de cuando en el funeral de lady Marian, se acercó a darle sus condolencias. Poco más habían hablado. Frente a la fuerte amistad entre sus madres, ignorarlo todo el tiempo mientras crecieron, fue la mejor opción para Rebeca. Era sencillo enamorarse hasta la locura de un hombre así y eso era algo que ella no se iba a permitir. Sin embargo, ahora estaba prometida, vinculada por una promesa a su madre, de la que no sabía cómo liberarse.

—Buenas tardes, lady Rebeca.

La voz le provocó un estremecimiento. Tan seductor como recordaba. Se le secó la boca al verlo con un precioso ramo de flores en las manos. Rebeca trató de disimular su desazón manteniéndose inmóvil. Rígida como una estatua de mármol.

—Adelante, sea tan amable de tomar asiento.

—Celebro encontrarla en tan buen estado de salud.

—¿Me ha traído… flores?

—Lo siento, no son para usted, son para Amelie.

Lo dijo con una naturalidad ofensiva. Ella se mordió la lengua,

indignada por su falta de cortesía. Él entregó el ramo, el sombrero y el abrigo a la doncella, y su altura y su elegante garbo distrajeron un segundo a Rebeca.
—Ha pasado… mucho tiempo —comenzó ella.
«Dieciocho meses, exactamente».
De inmediato se arrepintió de su frase. Pareciera que lo había estado echando de menos y que le reprochaba su ausencia, cuando la verdad no podía estar más lejos. Andrew tomó asiento en un butacón, demasiado cerca para el gusto de Rebeca.
—Bueno, dadas las circunstancias, creí que sería lo mejor. El luto y el hecho de que las cosas cambiasen para ambos de forma tan radical después de…
—Después de perder a mi madre.
—En efecto. Supuse que ambos necesitábamos encajar la nueva idea de futuro, acostumbrarnos al hecho de que en unos meses…
—Estaremos casados —volvió a adelantarse ella con tono frío y metálico.
Andrew la observó con sus increíbles ojos verdes relampagueando.
—Tiene una costumbre un tanto impertinente de acabar por mí las frases.
—Bueno, sé lo que va a decir a continuación, porque yo misma también lo pienso. No hay necesidad de alargar esta entrevista más de la cuenta.
—¿Tan desagradable le resulta una charla con su futuro esposo?
Rebeca no pudo reprimir un escalofrío al oír aquellas palabras. Y tampoco que sus desobedientes ojos volasen a la boca del duque, para recrearse en el movimiento de sus jugosos labios mientras las pronunciaba.
Esposo. Casamiento. Convivencia. Con todo lo que ello implicaba.
—Deberíamos discutir los pormenores de nuestro acuerdo —sugirió Rebeca en voz baja.
—Nosotros no tenemos ningún acuerdo, salvo que, disculpe mi mala memoria, lo haya olvidado.
—Sabe perfectamente a qué me refiero. Nuestra…
—¿Nuestra boda? ¿Por qué se le hace tan duro de pronunciar? Compromiso, boda, esposo, matrimonio. Todas las damas que conozco sueñan con desposarse algún día, me cuesta creer que usted sea la única excepción viva, lady Rebeca.
—Ese entusiasmo al que se refiere, imagino que debería contener al hombre ideal, escogido libremente.
Los ojos del duque la estudiaron en silencio.
—Así que es eso. Esta unión impuesta la hace infeliz. —Abrió una pausa por si ella quería sacarlo de dudas, cosa que no hizo—. Probablemente porque ya ha entregado su corazón a otro. No me

explico cuándo ha podido ser. ¿Me juzgaría un entrometido si le pregunto de quién se trata?
Era obvio que el duque se estaba divirtiendo de lo lindo a su costa. El brillo en sus pupilas, su sonrisa a medias y la ironía en su voz, todo indicaba que estaba a años luz de la inocencia. Rebeca no podía competir con alguien de su experiencia.
—No saque conclusiones precipitadas. Sabe perfectamente que no…
—No sé nada, Rebeca. Ni perfecta ni imperfectamente. En todos estos años, usted no me ha permitido conocerla.
Ella levantó los ojos y lo miró de frente. Descarado atrevido…
—¿Lo consideró necesario en algún momento?
—La verdad es que no. Usted no es una jovencita con la que se pueda uno divertir. Y por favor, no me malinterprete. Podríamos haber intercambiado impresiones acerca de cosas banales, el tiempo, las costumbres en Europa, los últimos descubrimientos médicos… Ya sabe, temas triviales que acercan a las personas.
—Usted no desea casarse —lo interrumpió la joven.
—Es posible que esté de acuerdo. Usted tampoco.
—¿Entonces?
—Lo prometimos.
—Mi madre lo entendería, estoy segura de que hizo esa petición en un instante de niebla, sin ser demasiado consciente de lo que decía.
—Y yo estoy convencido de que usted no cree eso que afirma.
—Lo único que ella quería es que yo fuese feliz. Y seguramente, que usted también lo fuera, sé que lo apreciaba con sinceridad.
—¿Nunca le contó acerca de ese otro amor?
¿Otra vez con el mismo asunto? Rebeca se ruborizó hasta la raíz del oscuro cabello. No supo bien si por vergüenza o por irritación.
—No insista, no voy a hablar con usted de ningún otro amor.
—No se lo dijo. —El duque chasqueó la lengua—. Me decepciona, pensé que eran ustedes las mejores confidentes.
Lady Rebeca apretó los puños. Aquel arrogante individuo cada vez le caía peor, y verse obligada a disimular estaba resultando una tortura.
—Lo éramos, desde luego, y le consta. Un golpe bajo el suyo, impropio de un duque.
—Un duque se ve obligado a asestar muchos golpes, lady Rebeca, y no todos tienen la fortuna de ser elevados.
La joven sintió que su capacidad de oponerse había llegado a un callejón sin salida. Después de muchos meses en los que su única compañía habían sido Amelie, que jamás replicaba, y el contenido de aquella biblioteca, que solía ser mudo, discutir acaloradamente con alguien que la ponía de los nervios, se le hacía harto complicado. Él, por el contrario, en ningún momento había perdido su sonrisa canalla.
—Fantaseé acerca de cuál podría ser el contenido de nuestra primera

entrevista formal —declaró lord Richmond—. Pero le confieso que jamás pensé que sería tan estimulante.
—¿Estimulante?
—No te callas los reproches, no guardas nada para ti, te defiendes con vehemencia… ¿Quién lo diría? Si llegué a sospechar que no tenías lengua. He de admitir que me alegro, supones un soplo de aire fresco, Rebeca.
—Que yo sepa, no le he dado permiso para tutearme.
El duque se inclinó hacia adelante, tomándola por sorpresa. Hasta que Rebeca fue capaz de reaccionar y alejarse, sus rostros quedaron tan próximos que casi pudo bañarse con su aromático aliento.
«El perfume de los pecados y los placeres por descubrir».
—Deberíamos ir acostumbrándonos. A eso y a otras intimidades.
Ella se puso en pie como impulsada por un resorte, y lo miró con fiereza.
—No le permito que se burle de mí.
En lugar de incorporarse también, como todo un caballero, el duque se arrebujó en su asiento con cierta pereza, aprovechando para recorrerla entera, con sus lascivos ojos. Rebeca se sentó de inmediato.
—Entiendo que su falta de experiencia en estos menesteres le haga sospechar algo tan ridículo. Tiene mi palabra de que no hay mofas, únicamente planteo algo obvio que ha de llegar.
De nuevo, un incómodo silencio se instaló entre ambos. Ella desviaba la mirada para librarse del hechizo que, incluso a distancia, destilaba el maldito duque. Detestaba que cualquier persona, con la sola excepción de su adorada madre, ejerciera tanta influencia sobre su estado de ánimo.
Andrew, por su parte, sin acabar de creerse que pudiera estar teniendo tanta suerte.
—Disculpe que no le haya ofrecido nada para beber —musitó Rebeca, pasado un rato.
—Cierto. Debería relajarse un poco. Pienso visitarla a menudo, considero que es lo que procede, y por el bien de ambos, espero que consigamos llevarnos algo mejor.
Dicho esto, se puso en pie e inclinó la cabeza en una pequeña pero firme reverencia. Su nueva posición permitió a Rebeca comprobar, una vez más, su soberbia figura. Sin más despedidas, se encaminó hacia la puerta. Aquella conversación no podía acabar así, de forma abrupta, sin final, se dijo Rebeca. No, si aquel era el modo en que el duque deseaba acabarla.
—¡Duque! ¿Acaso no me ha oído?
Él se giró a medias, con serenidad y le dedicó una irresistible sonrisa torcida.
—No, no la he oído. En su momento, tan solo escuché a su madre.

Buenos días.

Menuda grosería marcharse de aquel modo, dejándola con los reproches en los labios, sin poder explotar a gusto. Saltó del sofá con los puños apretados.

—¡Duque!

—Venga a almorzar algún día a Conventwood. La estaré esperando.

Capítulo 7

Meditar acerca de las emociones
que otra persona despierta en nuestro corazón
es un modo sabio de profundizar
en lo que puede venir a continuación.

—¿Desea el señor que sirvamos ya la cena?

—Ah, Carson, venga, venga aquí, siéntese, tengo algo que discutir con usted.

El viejo mayordomo arqueó con sorpresa una de sus pobladas cejas blancas.

—¿Sentarme, dice?

—Sí, aquí, en este amplio sofá con espacio suficiente para los dos. ¿Le apetece una copita de licor? Sirva de paso otra para mí.

—Pero señor…

—Vamos, Carson, ahora no nos ve nadie, usted me ha criado y ¿qué hace un joven e inexperto duque cuando necesita consejo?

A Carson no le pasó inadvertido el tono bromista del duque. Así y todo, bastante mortificado, se dispuso a servir una copa.

—Imagino que cualquier cosa menos consultar a su mayordomo.

—Olvídese del lugar que ocupa en esta casa, Carson. Piense en sí mismo como en alguien curtido y sabio con el que mantengo una afectuosa relación desde mi niñez. ¿Quién mejor que usted? He dicho dos copas. La segunda es para que la disfrute conmigo.

Carson reunió toda su paciencia y con un sentido suspiro, se dispuso a obedecer. Tras entregarle al duque su bebida, primero se sentó con las manos vacías, y más tarde, apremiado por su gesto apuntando a la mesita de los licores, accedió a tomar la suya, como si fuera lo más doloroso que podían ordenarle.

—No se siente tan rígido, hombre, relaje esos hombros. Carson, ¿qué opinaría si decido casarme?

El anciano lo miró con adoración y los ojitos brillantes.

—Diría que es algo que todo caballero…

—Hace tarde o temprano. Sí, parece que todos opinamos lo mismo. ¿Conoce a la hija de la difunta lady Stone?

—No tengo el gusto, señor, pero he oído decir que es una joven francamente hermosa y con muchos talentos.

—Y muda. O al menos eso pensé yo hasta hace muy poco. Pero no, todo lo contrario, es impertinente, osada, rebelde, y pretende salirse

con la suya a toda costa. Digna y orgullosa como una reina. Seguro que pondría en tela de juicio todas mis decisiones.
—Si es como usted la refiere, señor, no me cabe la menor duda.
—Discutiríamos mucho. ¿Por qué se ríe?
—No me río, señor.
—Se ríe, lo he visto contener una sonrisa, cosa rara en usted. Que tenga sentido del humor, no que se contenga. De hecho, vive contenido.
—Bueno, acaba de describir la que creo, sería su compañera de vida perfecta.
—¿Habla en serio? ¿Una jovencita fastidiosa y nada sumisa? ¿De verdad que la ve como duquesa?
—Mírelo de esta forma: alguien con esas cualidades llenaría sus días de interés y de seguro, ahuyentaría el tedio y el aburrimiento.
Andrew se quedó pensativo, mirando el color del licor que llenaba su copa. Si no admitía que la entrevista con lady Rebeca Percy no había resultado como esperaba, no estaría siendo sincero consigo mismo. Había dejado pasar casi año y medio tras la muerte de lady Stone, a fin de encajar las consecuencias que en su vida tendría el compromiso adquirido. Y también, por qué negarlo, disfrutando de los placeres de la vida y concediendo tiempo a la dama afectada, para que hiciera lo mismo. En ningún momento se planteó una oposición por parte de Rebeca, ¿qué mujer en su sano juicio rechazaría convertirse en su esposa? Al fin y al cabo, todas querían casarse y no todo caballero podía ofrecerles convertirse en duquesa. No obstante…
Esperaba una joven dócil y callada, alguien que recorre de puntillas los pasillos y no ocupa espacio en los salones. Algo que cuadrase con la idea que se había formado en la cabeza, a raíz de sus visitas a Amschel House de niño. No recordaba que la hija de lady Stone hubiese sido nunca tema de conversación. Cuando se cruzaban, al llegar o al marcharse, él inclinaba educadamente la cabeza, ella hacía lo mismo con un murmullo casi inaudible y Andrew apenas si había podido fijar la vista en sus facciones. Rebeca Percy era como una mancha borrosa difícil de recordar. Si alguien le hubiese pedido describir a la hija de lady Stone, lo habría tenido complicado.
Pero aquella belleza salvaje, aquellos ojos desafiantes, aquel temperamento belicoso y sobre todo, su falta de entusiasmo ante el compromiso, constituyeron toda una sorpresa. Y Andrew no sabía bien si alegrarse o lamentarlo. Conforme pasaban los minutos en su compañía, un instinto cada vez más poderoso de poseerla, había ido minándolo. El que fuese insufriblemente hermosa no era el motivo. No lo habían acorralado sus ojos intensos, sino su atrevimiento y la pasión que latía tras sus palabras.
Si rompía sus planes de mantenerse soltero hasta la vejez por cumplir

una promesa, desde luego, no quería enamorarse. El amor lo volvía a uno idiota y débil, algo nada conveniente cuando se tienen tantas responsabilidades y ahí fuera, en el mundo, quedan tantas aventuras por vivir.
—Bébase el licor, Carson. Es de lo mejor que tenemos en la bodega. Tómelo como pago por sus valiosos consejos.
—Lo que necesite, señor, aquí me tiene.
—¿Mi madre sigue en Londres? ¿Ha dicho algo acerca de venir?
—Sí, señor. No, señor. Tome las respuestas por ese orden. La duquesa viuda no tiene previsto visitarnos de momento, al menos, que yo sepa. Ni tampoco sus hermanas.
—Carson…
—Dígame, señor.
—Invitemos a lady Rebeca a almorzar aquí en Coventwood. Mañana o pasado. Quiero que la vigile de cerca y… luego me dé su opinión.
Con una educada reverencia, el mayordomo se deshizo de la copa y de su amigable charla con el duque, algo que al parecer, lo tenía muy incómodo, porque salió de la sala como alma que persiguen los demonios. Andrew sonrió con ternura. Aquel anciano encantador prácticamente lo había criado, y puede que nunca supiera el profundo cariño que le inspiraba. Un hombre digno, recto, cumplidor con el gobierno de la casa, y el mejor dando consejos.
Y algo le decía al duque, que con lady Rebeca y su inesperada personalidad, iba a necesitar, pero que mucha guía. Dejando claro que no tenía intención ninguna de dejarse embrujar por ella… Pues precisamente. Para cumplir eso a rajatabla.

Capítulo 8

Amiga, divino tesoro.
¿O era la juventud,
de quien tal cosa se cantaba?

Lady Rebeca estaba sentada junto a la ventana, con una taza de té en las manos y una carta sobre la mesa, viendo caer una suave lluvia de primavera. Le habría gustado salir a montar, pero su ama de llaves pondría el grito en el cielo con la posibilidad de un resfriado. Y cuando entró en la sala, Rebeca le alargó la carta que acababa de lacrar.

—Es para la señorita Donne, una invitación a tomar el té. Que se la hagan llegar cuanto antes.

—Me encargaré de que se la entreguen hoy mismo, milady.

—Desde que estuvo aquí el otro día… Bueno, me he dado cuenta de cuánto necesito una amiga.

En efecto, la visita de la señorita Hagstings y sobre todo de la señorita Donne, provocó que un vacío del que hasta el momento Rebeca no era consciente, se destacara. Mientras su madre estuvo viva, para ella fue suficiente. Ahora, pese al cariño de Amelie y el apoyo de todo el servicio de la casa, incluso de los arrendatarios de la finca, Rebeca se sentía abandonada, desolada y triste.

—La noto apagada, milady. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarla?

Rebeca levantó los ojos con agradecimiento pero no respondió.

—No ha vuelto a ser la misma desde la visita del duque. Quiero dar por hecho que se portó con toda corrección y que no hizo ninguna alusión ofensiva…

—Despreocúpate, Amelie, el duque es engreído, arrogante y pagado de sí mismo, pero únicamente me sorprendió por su alegre disposición a cumplir con lo prometido, y casarse.

—¿Eso es algo que lamentar? —se desconcertó el ama de llaves.

—¡Nos ha ofendido! ¡A mí y a la memoria de mamá! ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que ella falleció? Sin aparecer, sin escribir, sin dar señal alguna de que persistía en la palabra dada. Supuse que se habría olvidado, o que no pensaba respetarla. Hasta me había permitido hacer planes alternativos.

Amelie se retorció las manos muy nerviosa.

—Bueno, milady, eso no ha sucedido exactamente tal cual lo cuenta.

«¿Cómo?»

—Ah, ¿no?
El ama de llaves se aclaró la garganta antes de proseguir. Por alguna causa, aquello olía a confesión vergonzosa, y Rebeca no podía imaginar nada vergonzoso alrededor de Amelie.
—Lo cierto es que desde la terrible marcha de lady Stone, no hubo una semana en que el duque no enviase carta interesándose por sus ánimos o su estado de salud.
Rebeca no podía creerlo.
—¿Te escribía a ti y no a mí?
—Tengo la certeza de que no quería presionarla, esperaba que su propia conducta le diese indicación de cuándo avanzar.
La joven se sintió ridícula y diminuta ante la revelación. También engañada, el duque y su ama de llaves maquinando a sus espaldas. Nunca lo habría sospechado.
—De ahí las flores que te trajo… Eras su cómplice. ¿Cómo no me lo dijiste antes?
—Él me suplicó que esas comunicaciones quedaran entre nosotros para no influir en sus ánimos. Milady, estaba usted terriblemente deprimida, yo no sabía cómo… En fin, hablar del duque y de compromisos matrimoniales es lo último que me imagino, querría en aquellos momentos.
Pues no estaba ella del todo segura. Especialmente, porque ahora disponía de un arma menos contra el duque. Ya no podía reprocharle su ausencia y aparente desinterés. Tenía que buscar otro argumento para estar furiosa con él, y rápido.
—Aún así. Desconfío. —Alzó muy digna la barbilla—. Un hombre como ese… ¿tú lo has visto bien de cerca?
La buena de Amelie sonrió con infinita ternura.
—La he visto a usted, milady. Le aseguro que forman buena pareja.
—Me cuesta mucho creerle. Nuestras madres eran muy cercanas, lo admito, pero ¿él? ¿Tan enorme es su sentido del honor y la dignidad? ¿Hasta qué punto sería capaz de comprometer su libertad y su futuro solo por una promesa hecha a una moribunda? Si se tratara de su madre, lo entendería, pero se trata de la mía. Yo sí estoy obligada a casarme si él decide seguir adelante. ¿Pero él? Nadie le reprocharía que no lo hiciera, Amelie. Tan solo los cielos, mi santa madre y yo, conocemos de su promesa.
El ama de llaves la observó en silencio durante un buen rato.
—Dime qué te ronda por la cabeza —exigió Rebeca con impaciencia —. Pareces a punto de echarme una reprimenda.
—¿Podría saber de esos planes alternativos a los que ha hecho referencia?
Rebeca giró la cabeza hacia el ventanal para no sentir la autoridad que sin querer, emanaba aquella mujer. No estaba segura de querer

confesar aquello…
—Sabes que no puedo casarme. En todos estos meses he tenido tiempo de meditarlo con calma. No me explico cómo mamá pasó por alto nuestros secretos de familia. Tal vez, en el delirio de la fiebre, no se dio cuenta de lo que me pedía.
—Lady Stone siempre tenía una razón sabia para todo lo que hacía.
—Es que no concibo un matrimonio que guarde ese tipo de secretos, si me caso, no podría mirar a la cara a mi esposo y seguir ocultándoselo. Y si me sincero… puedes imaginar el desastre. Que el duque me repudiara sería el menor de nuestros problemas.
—Pero milady…
—No quiero casarme porque no quiero contar mi secreto. Quiero llevármelo a la tumba aunque eso suponga quedarme sola toda la vida.
—¿Renunciar a una familia? ¿A tener hijos? ¿Al amor de un esposo? ¿Por qué haría algo tan triste?
Rebeca giró sus ojos húmedos hacia la mujer que le hablaba.
—Porque soy la guardiana de lo que mi familia calla, por eso. El único hombre en el mundo al que le traería sin cuidado esta historia, se llama Simon y se encuentra en París, en alguna parte.
—¡Por todos los santos, milady! ¿Un muchacho de la calle al que no ve desde hace casi siete años?
—Hace meses empecé a soñar con él. Cada noche, de forma obsesiva. Es posible que sea una señal, Amelie, una señal de adónde debo dirigirme.
Por la expresión de su rostro, Amelie parecía horrorizada.
—Pero usted no piensa abandonar Amschel House para ir a buscarlo, ¿verdad que no?
—No. Pero debería. Es eso, o pasar sola el resto de mi vida.
—Tiene usted al duque.
—¿El duque? —Sonrió con amargura— ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho? No me quedaba más familia que la madre que se me fue, no me debía a nadie, era libre en todos los aspectos, tu adorado duque no aparecía, y aun siendo mujer, era lícito preguntarme, ¿por qué no volver a París? No lo considero un mal plan.
El suspiro que se le escapó a Amelie fue tan emocional, tan profundo, que a Rebeca se le clavó en el alma hasta abrir una brecha.
—Milady, créame, quedarse en el que es su hogar y cerrar un matrimonio provechoso, sería un buen modo de honrar su apellido y todo el amor que sus padres sentían por usted.
—¡Mi madre solo buscaba mi felicidad! —gimió la joven, sabiendo que estaba siendo infantilmente obstinada.
—Por eso mismo, de entre todas las opciones posibles, eligió al duque

de Richmond. Hágame caso. Y hágale caso a ella.
Rebeca agotó sus argumentos. Aunque sus planes de huida, ocultos hasta el momento, habían sido una fantasía, una especie de escape con el que entretener su tiempo mientras aparecía el duque, Amelie la conocía casi tanto como su madre, sabía qué resortes pulsar para que sus emociones reaccionaran.
Y estaba en lo cierto: concebir un futuro a su solo beneficio sería egoísta e indigno. Abandonar Inglaterra tras el luto, regresar a la ciudad donde nació, a reencontrarse con su primer y único amor de la niñez, sin pensar en nada más. Arrinconando en el olvido lo que le debía a su madre. La memoria de los Stone no merecía un comportamiento tan deshonroso. Su vida entera se la debía a ellos y a su generosidad.
En cuanto a Simon… Rebeca apenas si recordaba ya su rostro. Buscarlo y encontrarlo seguramente la haría feliz, pero no era el principal objetivo de su vida. Era una excusa, un amor de la infancia del que su corazón ya se había desvinculado, con la sola excepción de aquellos sueños, que curiosamente, habían empezado a producirse conforme la ausencia del duque se prolongaba.
Pero eso, lord Richmond no tenía por qué saberlo.
El duque que de niños la miraba con recelo, la hacía sentir minúscula e insignificante, y jamás le había dedicado ni una palabra amable. El que se había convertido con los años en un hombre insoportablemente apuesto que podría, con toda certeza, hacerle añicos el corazón.
La última petición de Marian antes de morir, no tenía ningún sentido.
—Solo tengo un camino y es contar con la complicidad del propio duque, convencerlo de que desista, que nos libere a ambos de esta promesa. Si consigo hacer creíble la sospecha de que estoy enamorada de otro, eso me salvaría.
—El duque es un buen hombre. —La voz de Amelie era un vínculo frío con la realidad.
—Esperemos que además de buen hombre, sea honorable. Ser interesante e inalcanzable a un tiempo, es una mezcla excesiva que debería estar prohibida.
La atracción. La seducción. La tentación. Detalles que dificultarían sus planes.
Pero un poco más difícil no implicaba imposible. Tenía una misión, no pensaba rendirse. No en vano, Rebeca Percy nació luchando por sobrevivir.

Capítulo 9

Galopando y… espiando.
¡Qué impropio de una dama!

—Amelie, ¿ha respondido la señorita Donne? ¿Vendrá a visitarme?
—Me temo que no, milady, la señorita se encuentra pasando unos días con sus tíos en Escocia. Pero estoy segura de que vendrá a verla en cuanto regrese.
Rebeca se sintió decepcionada. Estaba aburrida y no entendía por qué, inquieta, ávida de aventuras y experiencias emocionantes. ¿Qué maligna semilla había sembrado en ella lord Richmond desde su visita?
—Sin embargo, ha llegado una invitación del duque de Richmond.
Le desapareció el color de las mejillas.
—Para almorzar. Mañana, en Coventwood —prosiguió Amelie—. Enviarán un coche. ¿Qué desea que responda?
No le llevó más de tres segundos meditar la contestación.
—Que no, por supuesto. Inventa cualquier disculpa ¿De qué te sorprendes?
—Pensé que dadas las circunstancias y nuestra conversación de ayer…
—Íbamos a emparejarnos como dos tórtolos a partir de ahora, y hasta el momento de nuestra unión divina —recitó Rebeca con ironía.
—Simplemente pensé que habría suavizado su opinión. Tendrá que tratarlo primero, si quiere convencerlo de que anule el compromiso.
Rebeca volvió los ojos hacia el mortecino sol tras la ventana. Amelie tenía razón.
—Me parece presuntuoso y demasiado seguro de sí mismo.
—Diría que puede permitírselo.
—¡Amelie! ¡No te pongas de su parte solo porque es guapo!
El ama de llaves se cubrió la boca con la mano para disimular una risita.
—Si estoy de parte de alguien, será de la suya, milady, hasta el día de mi muerte. Pero sin lugar a dudas, el duque de Richmond es el mejor partido de toda Inglaterra.
—¡No necesito ningún buen partido! Amelie, por favor… Necesito que me apoyes, que me digas que no estoy loca por querer permanecer soltera.
Amelie la miró sin hablar, vencida por una oleada de compasión. Ciertamente, el peso que lady Rebeca había cargado a su espalda era

insoportable.
—Hará lo que debe hacer. Ya no es aquella niñita desvalida que llegó a la mansión una noche de tormenta, mirando a los rincones con verdadero pánico: es la heredera material de Amschel House. Puede y lo hará.
—Amelie…
—¿Le digo al mensajero que acepta la invitación del duque?
—No. He dicho que no pienso acudir. Todavía.

Y ese «todavía» resultó ser la clave de su plan. Que rechazase su invitación, no significaba que la figura del duque no la intrigara. Como hombre, era el sueño de cualquier jovencita casadera. También debía de ser un caballero noble y honesto, puesto que su madre lo tenía en tan alta consideración. Y sin embargo, su intuición le gritaba que él prefería permanecer soltero, por razones bien distintas a las de ella, y que aceptar aquel compromiso no era más que una carga desagradable que trataba de disfrazar con exquisita cortesía.
Rebeca buscaría hasta debajo de las piedras, cualquier pretexto válido para alejarse del juramento. Y convencerlo a él de que igualmente, lo incumpliera. Ambos se veían envueltos en una trampa absurda que los haría infelices para siempre. Y arriesgarse a que el duque descubriera sus secretos, no era una opción.
Ordenó que ensillaran su caballo favorito. Un día magnífico, la temperatura agradable, y el murmullo de las hojas de los árboles como compañía. Lady Rebeca atravesó al galope los campos en dirección a Conventwood, decidida a descubrir algún aspecto espantoso de la personalidad del duque, que él guardase bajo llave, y que la ayudase a odiarlo.
La heredad de los Richmond era imponente. El edificio principal se elevaba a más de siete pisos de altura y estaba construido con piedra color arena. No parecía tan antiguo como Amschel House, el aire aristocrático de sus esbeltos torreones resultaba chocante en medio del paisaje campestre. Había aparceros aquí y allá, yendo y viniendo, atareados con sus faenas. Algunos ni siquiera repararon en su presencia; los que sí lo hicieron, inclinaron respetuosamente la cabeza y ella les respondió con un ligero pero encantador gesto. No era su propósito llamar demasiado la atención, de modo que adoptó la actitud relajada de quien pasea sin saber bien a dónde se encamina.
Siempre podía decir que había ido a parar allí por casualidad, o que se había extraviado. Todos, con la sola excepción de lord Richmond, la creerían.
Al cabo de una hora larga de paseo por la finca, alcanzó los límites de lo que parecía una granja especialmente suntuosa, dentro de la misma

heredad. Allí había animales de todo tipo, desde gatos, perros, asnos y caballos, hasta vacas, ovejas y muchas aves de corral. Todos convivían pacíficamente en una suerte de hermandad insólita e inmediatamente, Rebeca sintió la tentación de franquear la valla y acariciarlos. Algunos estaban lisiados, pero rollizos y sanos.

Entonces lo descubrió. A él.

El duque en persona, vestido con una simple camisa pegada a la piel por culpa del sudor, y pantalones de faena, limpiando las camas de los animales, hablándoles y sonriéndoles amoroso. Las vacas y las ovejas restregaban sus hocicos contra su ancha espalda, los perros se apoyaban en sus piernas y le hacían alegres cabriolas. Las ocas, gansos y gallinas lo seguían allá donde fuera, como los patitos persiguen a la mamá pato. Resultó enternecedor ver aquella escena, con un duque mucho más atractivo, si cabe, en su rústica vestimenta, en un ambiente donde habría sido difícil imaginarlo.

Rebeca se bajó del caballo, le acarició el cuello para tranquilizarlo y mantuvo sujeta la rienda, aunque trató de acercarse para ver un poco mejor. En ese momento, sus pies resbalaron en el terreno mojado, lleno de hojarasca, y soltando una exclamación de sorpresa, consiguió no caerse, agarrándose a las tiras de cuero. Un reguero de piedras sueltas rodó por el terreno inclinado hasta chocar contra la valla. El duque levantó la cabeza y revisó el espacio alrededor.

—¿Tulio? ¿Tulio, eres tú?

Lady Rebeca contuvo la respiración, escondida tras el grueso tronco de un árbol. ¿Cómo era posible que se hubiera quedado mirándolo embobada hasta perder la noción de la realidad? Hipnotizada como una tonta damisela cualquiera.

—Dígame, señor, estoy aquí.

Esa voz no pertenecía al duque de Richmond. Probablemente era el mozo llamado Tulio, aparecido milagrosamente para salvarle la vida. Suspiró aliviada. Nada habría sido más vergonzoso que el duque la sorprendiera espiando, escondida entre los arbustos, como un conejo asustado.

—Hay que traer un poco de agua fresca para estos bribones, anda, ayúdame.

—Como mande, señor.

Los dos hombres se alejaron, rodeados de animales felices, charlando amigablemente pese a su distancia social, algo que la sorprendió sobremanera. Tal y como era su intención, en tan solo un puñado de minutos había descubierto facetas inesperadas en el carácter del duque; solo que, siendo honesta, en lugar de defectos horribles, parecían cualidades que no dejaban de agradarla.

Eso no iba a pasar.

No permitiría que el corazón se le ablandara, ni que la opinión que se

había forjado acerca de aquel, seguramente vividor con cara de ángel, cambiase. Andrew Richmond, sin duda uno de los hombres más apuestos de Londres, pero también de los más escurridizos. Conocido por ser altamente selectivo a la hora de aceptar invitaciones y no acudir a cualquier acto social. Por divertirse sin escándalos, y por ser el objeto de deseo de todas las damas. Un aristócrata que pasaba mucho tiempo fuera de Inglaterra, viajando por el mundo, y no había que ser demasiado perspicaz para deducir, que lejos de ojos vigilantes, el duque daría rienda suelta a sus instintos más libertinos.

Eso sí, nadie podía asegurarlo. Rebeca solo lo sospechaba.

Era, por tanto, un hombre peligroso porque lo tenía todo a su alcance: todo. Y si se decepcionaba, si descubría cosas de su pasado que bajo ningún concepto debían ser desenterradas, quién sabe cuál podría ser su reacción.

Alejándose de puntillas de la cerca, con el corazón en un puño, montó de nuevo y se alejó al galope, de la mansión y la finca de lord Richmond.

Por un absurdo instante, Rebeca pensó que huía… de la mismísima tentación del diablo.

Capítulo 10

En tanto fuera corre la brisa,
dentro, protegidas por hermosos ventanales,
las señoritas chismorrean.

Anne Hagstings se dejó caer con desgana en el sillón floreado. La doncella terminaba de servirles el té y los bizcochos, a ella y a su visita. Lady Evelyn murmuraba palabras entre dientes bastante contrariada, y la joven Julianna, recién llegada de las tierras altas, miraba obsesivamente la alfombra, como si cargase sobre los hombros algo bochornoso. Anne esperó paciente hasta que el servicio abandonó la sala.

—Menuda calamidad, no puede ser que no haya averiguado nada, señorita Donne, le allané el camino, las dejé a solas para que entablara con ella una relación más cercana.

La señorita Hagstings sujetó su taza de té con la punta de los dedos y dedicó a Julianna Donne una mirada de hondo reproche.

—Y así lo hice. Fue muy agradable, casi podemos decir que asentamos los cimientos de una futura buena amistad…

—Una amistad bastante inútil, permítame decirlo, en tanto no da los frutos que esperamos —intervino cortante, lady Evelyn.

Anne la secundó con un cabeceo.

—De hecho, tengo pendiente una invitación a tomar el té en Amschel House —continuó Julianna, algo ofendida por tanto juicio.

—¿Y qué hace que no la acepta? —aulló Anne Hagstings, incrédula.

—Pensaba ir esta tarde, pero me han llamado ustedes con tanta urgencia…

Lady Evelyn chasqueó la lengua en una mueca que Julianna consideró un poco vulgar, teniendo en cuenta sus exigencias con el comportamiento de las demás.

—Para ser exactos, necesitamos algo lo antes posible, si queremos desentrañar este misterioso romance entre el duque y la hija de lady Stone.

—Lady Evelyn, lo que me pide es demasiado apresurado. Lady Rebeca es prudente, cauta en su hablar. Esquivó con sagaz inteligencia todos mis intentos, ni siquiera me permitió mencionar la figura del duque de Richmond.

—Tiempo perdido entonces —bufó lady Evelyn, malhumorada— ¿Hay más té?

—Por supuesto que sí —La anfitriona se apresuró a servirlo ella misma. Con más interrupciones por parte de las doncellas, no

acabarían de hablar en la vida.
—Sin embargo… —retomó Julianna con timidez.
—¿Sin embargo qué? —se interesaron a coro las otras dos señoritas.
—Sí que hablamos de la vida, sin concretar, de esto y aquello. Y lady Rebeca insinuó que no tenía intención alguna de contraer matrimonio. Al menos, de momento.
—Eso no puede ser. El chisme viene de buena fuente. Por lo visto, procede de una vieja sirvienta de Amschel House, inútil por su edad, pero a quien por alguna razón caritativa, mantienen al cuidado de las cocinas. Las doncellas rumoreaban, y también parece moverse algo en idéntica dirección, entre la servidumbre del duque.
—Podría ser un simple malentendido…
Anne Hagstings sonrió con condescendencia.
—Querida mía… Inglaterra y sus gentes son profesionales de la murmuración, aquí nadie se equivoca jamás.
—Si acaso, cuestión de matices —convino lady Evelyn, con una risita malvada—. Pero de que entre lady Rebeca y el duque hay algún tipo de vínculo, créanme que lo hay. Es nuestra misión, descubrir cuál es.
—Deberíamos confirmar antes de dar nada por cierto —insistió Julianna con pesar.
Sus palabras parecieron irritar a lady Evelyn.
—¡Justo es lo que intentamos! Pero hasta ahora, y por lo que a usted respecta, no hemos obtenido ningún resultado.
—Volveré a intentarlo… lo antes posible.
—Desde luego que lo hará —repuso lady Evelyn con desdén—, solo espero que no sea demasiado tarde. Porque voy a tratar de entrevistarme, del modo que sea, con el señor Walsh. Descubriré por qué dejó de pretender a lady Rebeca, aunque su cortejo no fuera del todo oficial. Y le aseguro que tendré más éxito que usted, Julianna.
Julianna Donne apretó los labios con disgusto, pero no dijo nada.
—Cómo se nota que en Venecia tienen ustedes otros pasatiempos bien distintos.
El tono hiriente de su frase no se le pasó por alto a la veneciana. Y decidió no seguir callada.
—Siéntase libre de señalar lo que guste, lady Evelyn, incluso si resulta ser un comentario inconveniente e insultante contra la ciudad en la que nací. Como tantas veces ha indicado nuestra querida y común amiga, la señorita Anne, entre nosotras hay, o debería haber, total confianza.
Por un par de segundos, ambas mujeres quedaron enfrentadas por unos ojos que ardían en furia. Anne pensó que era la primera vez que veía a la dulce Julianna perder las formas. Desde luego, lady Evelyn se las ingeniaba de maravilla para sacar de sus casillas al más calmado. Decidió intervenir antes de que corriera la sangre.

—Señoritas, por favor, no discutamos. Estamos juntas en esto, que al fin y al cabo no es más que una travesura con la que matar el aburrimiento. No está en juego la vida de nadie, ¿cierto? Sería de lamentar que nuestra amistad resultase dañada por una historia que a fin de cuentas, no nos incumbe. ¿Unos pastelillos de calabaza?

Capítulo 11

Alguien en quien confiar, un corazón abierto que te escucha y te aconseja. Eso es una amiga, una hermana, un alma gemela.

Recibir a la señorita Julianna aquella tarde, hizo inmensamente feliz a Rebeca. Necesitaba comprobar que la conexión que había sentido en su primer encuentro, no había sido un espejismo. Y que era mutuo. Que podía confiar en ella. Alguien de su edad, no Amelie, a la que quería y respetaba como a alguien de su familia, pero con la que a veces se sentía incomprendida respecto a los motivos de su corazón.

En realidad, ni siquiera ella los tenía claros. Por culpa del duque, Rebeca se ahogaba en un mar de confusión.

—Lady Rebeca, le agradezco el detalle de su invitación, disculpe mi tardanza.

Aceptó su mano con todo afecto. Se sentaron frente a frente, mientras las doncellas disponían la merienda.

—Sé que ha estado de viaje con sus tíos. ¿Se ha divertido?

—Digamos que un par de venerables ancianos de la antigua generación no son siempre la mejor compañía. Escocia es un sueño, pero me he sentido algo sola.

Rebeca se inclinó hacia ella, con tono confidencial.

—Me ocurre lo mismo. Por eso seguramente la echaba tanto de menos.

—Me honra con el regalo de su amistad. Debo admitir que también anhelaba el momento de reencontrarnos.

—Dígame, ¿ha vuelto a visitar a la señorita Hagstings?

—La señorita Hagstings es… era, mi única amiga en Inglaterra hasta que la conocí a usted. Su familia y mis tíos son vecinos en Londres, prácticamente nos separa una calle ancha.

—Es agradable, me gustaría conocerla mejor.

Julianna pareció repentinamente animada.

—Anne es extraordinaria y se sentiría tan dichosa si supiera… la admira a usted profundamente. Por desgracia, la permanente influencia de lady Evelyn la mantiene distraída de compañías más interesantes.

—¿Se refiere a la hija del conde de Herrick?

—La misma.

—Apenas la conozco. Solo de oídas.

Por respeto y deferencia a la señorita Julianna, que tanto le agradaba,

Rebeca no mencionó lo poco que sabía acerca de lady Evelyn: chismosa y peligrosa.
—Está muy interesada en usted. En realidad, todas las señoritas que he tenido el gusto de conocer, lo están.
—¿Puedo saber los motivos? No creo ser tan atrayente, ni siquiera hago vida social.
—Es más bien algo relacionado con su… su posible… futuro matrimonio.
—¿Cómo dice?
Quizá fue el ímpetu en el tono de lady Rebeca: Julianna enrojeció violentamente. Sus dedos nerviosos tropezaron con la taza de té, la volcó y el líquido caliente mojó su preciosa falda. Se levantó con atropello, pidiendo mil disculpas. Rebeca avisó a una doncella.
—¿Se ha quemado? Tranquilícese, enseguida la limpian y le traerán otra taza. No se preocupe, no tiene importancia.
—Creo haber dicho una gran inconveniencia, lo lamento tantísimo, lady Rebeca, usted es tan amable conmigo y yo… deshonro las costumbres inglesas, soy una preguntona y una entrometida…
Rebeca consiguió sujetarle las manos, inmovilizarla y mirarla fijamente a los ojos.
—Cálmese. No tiene la menor importancia. Si desea saber acerca de mi compromiso, se lo contaré. De hecho, su opinión me será de mucha utilidad. Eso sí, dígame que cuento con su discreción.
Ella asintió torpemente con la cabeza, antes de volver a sentarse, llena de pesar. Rebeca no quería que se sintiera así. Le sonrió, tomó aire y se dispuso a confesar algunos de sus más íntimos pecados.
—En efecto, podría decirse que estoy prometida. Con el duque de Richmond. Por petición de mi querida madre antes de fallecer. Nuestras madres crecieron juntas como hermanas, y nosotros nos conocemos desde los trece o catorce años. Pero no puedo decir que fuésemos amigos. Para mí, el duque es un completo extraño.
Cuando acabó su declaración, expuesta con más pasión de la que pretendía, giró los ojos hacia Julianna. La veneciana se bebía sus palabras emocionada.
—Dicen que es uno de los hombres más apuestos que se pasean por toda Inglaterra. ¿De verdad lo es?
A Rebeca le costó admitirlo.
—Es galante y seductor, lo reconozco. Pero necesito que me ayude a ahuyentarlo.
Julianna abrió con desmesura los ojos.
—¿Por qué habría de hacer tal cosa?
—No deseo casarme. Ni con él ni con nadie —declaró Rebeca, aferrándose a su alegato favorito. El que mantendría no solo ante Julianna, también ante el duque, ante cualquiera que quisiera saber—.

Hace años prometí mi corazón a otro hombre y si no es con él, que no será, no me casaré con nadie.
Comprobó con satisfacción, que la historia era creíble. También sintió remordimientos por engañar a Julianna de aquel modo. Simon existía, pero no era su amor por él, la causa que lo movía todo.
—¿Aquí en Inglaterra?
—No, en París, Simon Morett, mi gran amigo de la infancia. Y antes de que me lo pregunte, no era aristócrata, era un simple plebeyo. Pero nos amábamos tiernamente y prometimos que nos convertiríamos en marido y mujer, o no aceptaríamos a nadie más en nuestros corazones.
—He de imaginar que han mantenido correspondencia durante este tiempo…
Rebeca sintió bastante bochorno al tener que reconocer que no.
—Llevo más de seis años sin saber absolutamente nada de él. Mientras madre y yo permanecimos en París, nos comunicábamos a diario, empeñados en que nadie nos separase. Pero en cuanto mi familia lo descubrió, nos mudamos aquí de inmediato.
Curioso. Al responder a la pregunta de la señorita Donne, Rebeca reparó en cuan ridícula e infantil sonaba su historia de amor. Esa en la que había creído apoyarse tras el fallecimiento de su madre, mientras el duque no daba señales de vida. ¿En qué había estado pensando? Sintió un calor terrible a la altura de las orejas.
—No sé qué decirle —confesó Julianna Donne, muy apurada.
—Y la entiendo. Yo tampoco sé qué decirme a mí misma.
—Si su hermosa historia de amor de la infancia no ha prosperado hasta ahora… Dios me libre de sonar disparatada pero… quizá debería olvidarla. Quién sabe dónde pueda encontrarse ese muchacho.
—Seguramente ya se ha casado con otra —dijo Rebeca con tristeza.
Y era una emoción del todo sincera.
—Es muy probable.
—Y tendrá siete u ocho hijos. Todos hablando francés.
Julianna asintió con la cabeza.
—Las relaciones entre Inglaterra y Francia son desastrosas —añadió Rebeca.
—Y los hombres olvidan fácilmente sus promesas. Sobre todo si son de amor.
—No hombres como el duque, señorita Julianna. Hizo una promesa a mi madre, y por su honor que contra viento y marea, está dispuesto a cumplirla.
—¿Qué le impide entonces aceptarlo, convertirse en duquesa y ser inmensamente feliz?
Efectivamente, ¿qué se lo impedía? Los secretos de su pasado. ¿Pero qué sentía su corazón? Rebeca estaba más confusa que nunca.
—La desconfianza —mintió a medias—. Porque el lazo que lo unía a

mi madre no era de tal envergadura como para comprometer su destino. Y si lo acepta con tanta despreocupación, es porque no piensa esforzarse lo más mínimo en ser un buen esposo.

—Eso no puede saberlo de antemano —objetó la veneciana con ardor—, está suponiendo muchas cosas espantosas, quizá usted lo haya deslumbrado. Concédase la oportunidad de comprobarlo por sí misma.

Lady Rebeca apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. Sentía unas inmensas ganas de llorar, de abrazar a Julianna, de confiarle la terrible verdad, no solo una parte. Toda. Entera. Descargar su dolor y sus terrores. Pero no podía.

En lugar de eso, la miró con los ojos húmedos.

—No sé, señorita Julianna. Quizá tengo miedo.

Las cálidas manos de la joven pelirroja presionaron su antebrazo.

—¿De qué, mi querida lady Rebeca?

—De que este matrimonio suponga un sacrificio insoportable para el duque. Que se arrepienta cuando sea tarde. Y que cuando eso ocurra, me rompa en mil pedazos el corazón.

Capítulo 12

Y sin querer admitirlos,
los sentimientos se cuelan dentro.
Muy dentro del alma.

La doncella que acababa de anunciar la visita salió, y la puerta de la biblioteca volvió a abrirse. Lentamente, Rebeca se dio la vuelta para recibir al duque. El hombre que estaba, si no lograba remediarlo, destinado a convertirse en su esposo.

La sola idea la turbaba hasta la muerte.

Se mantuvo erguida y firme, sin suavizar el gesto. No quería ser amable. Él tomó su mano como lo hacía todo, sin pedir permiso, y la besó con reverencia. Para disgusto de la joven, su piel respondió erizándose como una ola. Señaló con una mirada antipática, el ramo de flores que sostenía con la mano libre.

—Veo que insiste en congraciarse con Amelie, ¿para tenerla de su parte?

—Estoy convencido de que la querida Amelie me aprecia, incluso sin flores. Esta vez son para usted. Espero que igualmente cumplan su misión y consigan que usted me mire con mayor afecto.

Se las entregó con una sonrisa devastadora. Pero la joven no movió un dedo y el duque frunció el ceño.

—¿No piensa aceptarlas?

Rebeca miró el ramo, la fuerte mano de largos dedos que parecía forjada para acariciar lugares secretos y luego, las flores otra vez.

—Le advierto que he tratado a personas con peor carácter que el suyo —gruñó el duque, antes de dejar el ramo sobre una mesita y adoptar una actitud indiferente—. Tampoco ha aceptado ninguna de mis invitaciones. Varios almuerzos deliciosos se han enfriado sobre la mesa, mientras en Conventwood aguardábamos su llegada. Supongo que hay una razón para tanta descortesía.

—He estada muy ocupada, lo siento.

—¿Y cómo se encuentra ahora, querida? ¿Algo más liberada?

¿Querida? Rebeca reprimió las ganas de estrellarle las flores en la honorable cabeza. Le molestaba sobremanera aquel trato informal que no habían acordado previamente, y que ella no pensaba alentar ni imitar. Para mantener las distancias, decidió recalcar sus palabras cada vez que lo llamaba de usted.

—Le recuerdo que no necesita esforzarse en ser amable conmigo, duque.

—No hará falta señalar que usted no se esfuerza lo más mínimo en

serlo conmigo.
Sus increíbles ojos del color de la hierba mojada se entornaron, molestos de forma imperceptible. Lord Richmond no era alguien acostumbrado a recibir negativas, menos por parte de las mujeres, y esta lady Rebeca Percy estaba resultando un objetivo inesperadamente difícil. Dejó ir una tensa sonrisa torcida.
—¿Le apetece un paseo por el jardín? Así podrá descargar su mal humor con mayor libertad, lejos de los oídos de la servidumbre.
—Mi servidumbre es muy discreta, no sé cómo será la suya —silabeó ofendida—. Y para que lo sepa, no estoy de mal humor.
—Quién lo diría… si esa es la actitud habitual por su parte, la que me espera el resto de mi vida, quizá debería plantearme unas cuantas vías de escape digno.
—Recuerde que mucho mejor que escapar de un matrimonio no deseado, es evitar que suceda. —Ella se detuvo y lo miró directamente a los ojos—. No necesita casarse conmigo, duque, creo que ya se lo he dicho.
Él soltó un bufido suave. Rebeca supo que nunca lograría desanimarlo.
—Cierto, unas cien veces desde que lo acordamos. Innecesario por su parte, si me lo permite, soy un hombre inteligente que capta los mensajes a la primera. De acuerdo —dejó ir una risita condescendiente—, estoy exagerando. En lo que se refiere al número de veces, no a mi nivel de inteligencia.
—Vaya, no sabía que la humildad fuese otra de sus muchas virtudes.
—Y el humor sarcástico, no lo pase por alto; algo que además, compartimos.
Ofreció caballeroso su brazo, inclinándose sobre ella, quedando sus rostros, por un instante, demasiado cerca. La respiración de Rebeca se estranguló en su garganta.
—Insisto en que nos tuteemos, y preferiría que me llamases por mi nombre en lugar de duque. Viniendo de tu parte, suena demasiado formal, lejano y hasta hostil.
Rebeca no alcanzó a despegar los labios, aún azorada por su proximidad. Él aprovechó para tomar su mano temblorosa y posarla sobre su antebrazo, bien sujeta para que no pudiera retirarla.
—Salgamos.
No era una invitación. Era toda una orden.

Amschel House era tan extensa como hermosa. El edificio principal de piedra oscurecida por la humedad y el tiempo, dividido en cinco grandes cuerpos, rodeado de densos bosques. Respetando los deseos de Rebeca como amante de los espacios agrestes, su madre había permitido que los antaño cuidadísimos jardines, se desbordaran a su

antojo, de modo que la mano de los jardineros, aun presente, pasara desapercibida. El duque y ella salieron a la brisa templada del mediodía.
—Siempre me gustó esta casa. Me apetece tomar un café en la terraza, al sol, ¿podría ser? —sugirió Andrew. Ella no se molestó en responder —. En serio, creo que me odias y merezco saber los motivos de tanta aversión.
Rebeca sintió un ramalazo de ternura al mirar sus dulces ojos y el pesar de su tono. Por un instante, casi olvidó su objetivo: ser lo más desagradable y distante posible.
—Yo no le odio, duque, no se confunda. Disculpe si las cosas que no comprendo me desquician.
—¿Cómo por ejemplo?
—Que haya aceptado casarse conmigo. Usted no lo necesita. Yo no lo necesito. Le consta que cumpliría con la promesa hecha a mi madre porque la amaba, era la persona más importante de mi vida. Pero usted… Es posible que hasta ahora no haya sido lo suficientemente explícita en mis argumentos, y que pese a su elevado nivel de inteligencia del que tanto presume, no haya conseguido entenderme.
Andrew recompensó su sutil ironía y su golpe bajo, con una seductora sonrisa.
—Creo que empezaré a no contestar si me sigues llamando de usted.
—Insisto, ¿por qué aceptó su petición?
—Tengo mis razones.
—Eso es evidente, pero dado que las desconozco, permítame desconfiar.
—Tu madre me hizo una solicitud en su lecho de muerte. Una sola. Que te protegiera y te cuidara.
—¿Y desde cuándo algo así implica necesariamente casamiento?
—¿Qué mejor modo de no desampararte que haciéndote mi esposa? Y en eso estábamos de acuerdo lady Stone y yo; lo último que tu madre me dijo fue «cásate con ella».
Rebeca se detuvo en seco. El aire alborotó uno de sus mechones oscuros y los ojos del duque persiguieron el movimiento. Con la tentación de atraparlo entre los dedos y recrearse con su suavidad. Ella retrocedió un paso para sentirse más segura.
—Lo repetiré una vez más —insistió—. No necesita sacrificarse. Usted podría casarse con cualquiera.
—Pero he decidido que sea contigo. Exquisita en tus modales, bella hasta lo insoportable, inteligente y con un lado rebelde que haría perder la cabeza al más temerario. ¿Quién en su sano juicio te rechazaría?
—No intente hacerme creer que soy el mejor partido de toda Inglaterra.

Esta vez fue el duque quien la enfrentó con una mirada demoledora. La potencia de aquellas pupilas intimidantes, fijas en su boca, la hizo temblar.
—De toda Inglaterra quizá no, pero sí, eres un magnífico partido, Rebeca.
Continuaron su paseo, uno junto al otro a pesar de la tensión de la disputa, percibiendo el calor que emanaban sus cuerpos, permitiendo que una neblina dulzona con olor a miel y especias los envolviera lentamente.
—Te niegas a responderme. ¿Entregaste ya tu corazón a otro caballero? ¿Es eso lo que te impide albergar algún sentimiento cálido en mi favor?
—¿Sentimiento cálido? —rio ella—¡Por todos los santos, duque, qué idea tan peregrina! Creí que hablábamos, en todo caso, de un matrimonio de conveniencia.
—Ambos disponemos de una fortuna personal que nos permite vivir sin depender de otro. No podríamos estar más lejos de la idea de conveniencia.
Rebeca sintió que su respiración se agitaba y que el latido de su corazón dentro del pecho, galopaba como su mejor caballo. Ella era buena negociadora, su madre y Amelie siempre alababan su talento para llevar las conversaciones por donde quería y salirse con la suya. Pero discutir con el duque resultaba agotador, ninguno de los argumentos que empleaba en su contra parecía desalentarlo, siempre tenía lista una réplica ingeniosa.
—Por cierto —apuntó cuando ella menos se lo esperaba—, siempre que te apetezca cabalgar por Coventwood, avísame antes; te acompañaré y te haré de guía. Yendo sola te pierdes los rincones más hermosos.
Las mejillas de lady Rebeca se tiñeron de color, y el duque sonrió con la comisura, como el magnífico disoluto que sin duda era.
—Así que me vio.
—Te vi. Hubiera sido un magnífico militar, Rebeca, no se me escapa nada.
—Qué inadecuado por su parte referirlo. Habría sido un detalle pasarlo por alto, evitaría avergonzarme.
—Pronto seremos marido y mujer, no deberíamos ocultarnos nada —recomendó Andrew con sorna.
Ella se giró a mirarlo con fuego en las pupilas. Su insistencia y sus continuas mofas respecto al matrimonio, eran sumamente provocadoras.
—Le repito que está dando muchas cosas por sentado, demasiado pronto.
—Dime que no pretendes incumplir la promesa que hiciste a tu madre.

—No, si usted insiste en seguir adelante. Por eso le ruego que me libere. Que nos libere a ambos.
—No puedo permitir que una joven llena de virtudes, en la flor de la vida, se marchite en soledad.
La ironía y la burla que flotaban en su tono al hablar, la crispaban más aún. Parecía dispuesto a convertirla en la diversión de la temporada. Rebeca rodó sobre sus talones y lo atravesó con sus duras pupilas.
—Puede pensar lo que le apetezca, duque. No va a lograrlo.
—Solo conozcámonos, dame la oportunidad de mostrarme tal cual soy, en lugar de como me ves, sin mirarme —solicitó, repentinamente serio.
Rebeca ahogó un pequeño suspiro.
—Concédeme esa petición en nombre de lady Stone. Por su memoria. No es nada descabellado.
—De acuerdo. Pero sepa —añadió a toda prisa—, que todas las conclusiones a las que haya podido llegar, no son más que fantasías: a Conventwood entré casi por casualidad, nuestras heredades son vecinas.
Andrew sonrió, lobuno.
—Claro, claro, ¿acaso alguien lo pone en duda?

Capítulo 13

Los mejores tesoros
se desentierran por casualidad.
Nadie los buscó nunca.
Menos, cuando aparecieron.

Lady Evelyn no había olvidado su tarea, con más motivo ahora, que la ayuda de la señorita Donne había resultado tan insuficiente. Pasadas unas semanas, surgió su oportunidad, una invitación a casa de Theodore y Carlota Cook, famosos por sus reñidas partidas de cartas, en las que además de muchas libras, se jugaban enemistades familiares, honores rotos y pequeñas venganzas. Lord Joseph Walsh era un habitual de esas contiendas y lady Evelyn imaginó que sería un buen momento para interrogarlo acerca del asunto lady Rebeca Percy.

Se colocó estratégicamente a su lado, cuando empezaron los duelos.

—Lady Evelyn, ¿va usted a participar? —se interesó la dueña de la casa. Evelyn levantó su copa de ponche dulce con un gesto coqueto.

—Nada más lejos de mi intención hoy, querida Carlota. Pero pienso aprender trucos del mejor.

Su comentario sacó al ceñudo Joseph Walsh de su enclaustramiento. Hasta entonces, y a pesar de lo animado del ambiente, sus comentarios se habían reducido a parcos saludos y hoscas reverencias.

—¿Por casualidad me está llamando tramposo, lady Evelyn?

—En absoluto, señor, ¿cómo se le ocurre? Veo que le ha pasado inadvertido el tinte de admiración en mi tono. Hoy seré su pupila más diligente.

—Entonces es que quiere dedicarse profesionalmente al juego de cartas —apostó él, irónico.

Bien, se dijo Evelyn. Si lograba ponerlo de buen humor y además la suerte le sonreía en el juego, estaría más abierto a las confidencias. De lo contrario, mejor dejarlo para otra ocasión. ¿Qué le había impedido pedir la mano de lady Rebeca? Era un hombre decente y de posibles, un buen partido. No tanto como el duque, se forzó a recordar, pero dado el origen francés de la hija de lady Stone, algo que la alta sociedad inglesa parecía excusar, más que digno.

Lady Evelyn no podía controlar su curiosidad desbocada.

—Lord Walsh, no diga tonterías. Limítese a ganar.

El juego dio comienzo, y gran parte de los presentes se concentró en círculo alrededor de la mesa donde el barón se enfrentaba al viejo conde de Cavendish, un poco sordo y corto de vista ya, pero sagaz como el que más, cuando de estrategias militares se trataba. Y los caballeros vivían el enfrentamiento a través de los naipes, con la pasión de una batalla naval. Con tal contrincante era muy probable que el barón perdiese la partida y entonces, lady Evelyn no solo habría malgastado su tiempo: tampoco conseguiría dormir, mortificada por las dudas.

La contienda fue larga y penosamente lenta. El conde precisaba de varios minutos para decidir cada movimiento y en la espera, lady Evelyn vigilaba que la copa de licor de Joseph Walsh nunca estuviese vacía. Finalmente y con grandes complicaciones, remató con la suerte de cara. Todos lo felicitaron con grandes ovaciones, al tiempo que consolaban a Cavendish por una digna derrota.

—Enhorabuena, barón, todos lo consideramos un mago de la baraja —halagó la joven, entornando los ojos— ¿Salimos a la terraza? Aquí dentro el aire es sofocante.

Al colgarse perezosa de su brazo y agitar el abanico, lady Evelyn hizo como si no notase que el barón se tambaleaba. Mejor. Cuanto más ebrio, más suelta la lengua. Aquello iba a ser pan comido.

Lo que no esperaba, ni en sus mejores sueños, es lo que iba a desenterrar.

La fresca brisa nocturna de primavera les acarició la cara. Aunque era muy agradable, el caballero persistía en su grosero silencio, y no parecía tener ganas de celebrar victoria alguna.

—Es usted un hombre inteligente y capaz, además de atractivo, señor Walsh. No entiendo cómo sigue soltero. ¿Acaso su corazón late ya por alguna jovencita? Porque apuesto a que no me equivoco, si afirmo que muchas suspiran por convertirse en su esposa.

—¿Está usted haciéndome alguna proposición personal que deba tener en cuenta, lady Evelyn?

La joven echó atrás la cabeza y soltó una leve carcajada. Ahora que se fijaba bien, el atractivo de lord Joseph Walsh era innegable. Un poco rudo y no demasiado alto, pero perfecto para alguien menuda como ella. Desafortunadamente…

—Imposible, querido amigo, estoy prometida desde hace tiempo.

—Con un celebrado militar que marchó a la guerra y del que no ha vuelto a saberse nada.

Evelyn sintió que un nudo espeso le oprimía la garganta. Cierto. Pasaba sus días como una alegre prometida, cuando lo cierto era que posiblemente fuese viuda ya antes de desposarse. En cuyo caso, su

lozanía se desperdiciaba sin remedio, no tardaría en arrepentirse. Cerró los ojos y apretó los párpados para no pensar.
—Veo que está al tanto de todos los detalles. La mía es una situación francamente difícil de resolver.
—No se complique. Cancele de una vez por todas ese compromiso y vuele a otros nidos más cálidos.
—¿Es lo que planea hacer usted, señor? ¿Se me permite preguntar si es que ya no está interesado en la joven lady Rebeca Percy?
Se diría que un rictus de amarga furia cruzó el pálido rostro de lord Walsh. Su reacción fue visible incluso a la escasa luz de la luna.
—No hubo ninguna historia digna de mención —replicó ronco.
Lady Evelyn se sacudió bajo un espasmo de satisfacción. Iba por buen camino.
—Se les veía juntos en la mayoría de los actos sociales, usted parecía mantener una buenísima relación con la difunta lady Stone y, bueno, ya sabe cómo es la gente, saca conclusiones, comenta... Todos esperábamos que de un momento a otro nos sorprendieran con el dulce anuncio de un compromiso. La edad de Lady Rebeca es perfecta para desposarse.
Cuando el caballero soltó un gruñido como única reacción, Evelyn supo que aquello necesitaba que ella diese un empujoncito a la confesión.
—Dígame, lord Walsh, ¿no está listo para hacerme alguna confidencia? Puede desahogarse conmigo, sabe que su secreto quedará a salvo.
Walsh la miró y por primera vez, pareció verla. Con una sonrisa mordaz entre los labios, ya que de sobra conocía la incontinencia de lady Evelyn y su incapacidad para mantener la boca cerrada si manejaba algún chisme interesante. Y el que él podía facilitarle, merecía con creces dicho adjetivo. Apartó la mirada y de nuevo la hundió en la oscuridad de la arboleda.
—No hay ningún secreto que desvelar.
—Conmigo no necesita disimular, barón. Sé que su intención era pedir la mano de lady Rebeca. ¿Qué ocurrió? ¿Discutieron? ¿Acaso lo rechazó en beneficio de otra proposición más conveniente?
Su disparo acertó en diana, justo como ella quería. Lord Joseph Walsh se retorció al escucharla, tal que si le hubiesen clavado un puñal en el centro de su honor.
—Nadie me rechazó porque jamás pensé en declarar propósito alguno. El ambiente en aquella casa era siniestro, y se me hizo mucho más oscuro tras la muerte de lady Stone, en digamos, extrañas circunstancias.
Los cinco sentidos de Evelyn se pusieron en alerta. Sus ojos se abrieron con desmesura.

—¿Extrañas… circunstancias? ¿A qué se refiere, exactamente?
—¿De verdad podría guardarme el secreto?
—Me ofenderá si lo duda.
—Es un asunto muy grave.
—Las confidencias graves son mi especialidad, señor.
—Bien. Es posible, solo posible, que el fallecimiento de lady Stone no se deba a causas tan naturales como su entorno pretende hacernos creer.
Con una exclamación de horror, lady Evelyn se cubrió la boca con las manos.
—¿Está usted intentando decir… lo que creo que intenta decir?
—Lady Rebeca no se separaba del cabecero de la cama de su madre, tomaba todas las decisiones, controlaba todas sus comidas y bebidas, no permitía que nadie interviniera, ni siquiera los criados más veteranos… Muerta su madre, queda usufructuaria absoluta de esa inmensidad incalculable que es Amschel House. Todo muy conveniente y a muy buena edad, ¿no le parece?
Lady Evelyn jadeó escandalizada, a punto de sufrir un desmayo.
—Me cuesta creer lo que escucho, lord Walsh. ¿Está usted seguro?
—No tengo pruebas, si es eso a lo que se refiere; de tenerlas lo habría puesto sin dudar, en conocimiento de la autoridad competente. Pero como usted bien ha dicho, pasé mucho tiempo en esa casa, he visto cosas, analizado la personalidad de lady Rebeca…
Lady Evelyn se secó el sudor de la frente con la punta de un pañuelito bordado.
—Desde ese punto de vista es lógico y entendible que se apartase.
—Como del diablo, en efecto. Compadezco al pobre desventurado que caiga en sus redes.
El pobre desventurado al que Walsh, seguramente sin saber, se refería, iba a ser, ni más ni menos, que el extraordinario duque de Richmond. ¿Podía ser cierto? ¿Acaso iba, por azar del destino, una asesina a convertirse en… duquesa?

Capítulo 14

2 semanas antes…
Decir adiós
no es nada fácil.

Después de tomar la decisión definitiva, y a su juicio, correcta, acerca de sus responsabilidades para con lady Stone y Rebeca, Andrew se armó de valor para acabar, de una vez por todas, su peligrosa aunque no cabía duda que satisfactoria, aventura con Lita Rendel.

Aguardó impaciente en la sala de la mansión familiar, mientras el criado avisaba a la señora, de que tenía una visita. Según le habían notificado al llegar, el señor no se encontraba en casa, algo que ya le constaba con carácter previo. No en vano, el duque llevaba casi una semana desplegando espías, recopilando información, y esperando una ausencia de Nathan, un viaje suyo al norte, para poder entrevistarse sin riesgos, con la que seguía siendo su esposa.

Siempre había sido un juego arriesgado aunque sumamente divertido, en el que ya tenían cierta experiencia, y para la servidumbre de la casa Rendel, ciegos, sordos y mudos a ese respecto, Richmond no era precisamente un visitante insólito.

—Mi querido duque, qué alegría recibirlo. Como le habrán indicado, mi señor esposo no se encuentra en Londres en estos momentos.

Lita lucía tan hermosa y exuberante como de costumbre, con un vestido de seda verde oscuro demasiado escotado para estar en casa, y más joyas costosas alrededor del cuello, que las que muchas damas guardaban en sus joyeros. Traía la mano estirada para que su visitante la tomase y besara los delicados nudillos, cosa que hizo sin titubeos.

—Es un placer verla. Lamento no poder disfrutar de la compañía del señor Rendel.

—Intentaremos en cualquier caso que su visita sea agradable. ¿Le apetece un coñac?

—Es algo temprano pero sí, de acuerdo.

Lita entornó los ojos, como un ave de presa que acecha a su víctima.

—Para los pequeños placeres de la vida siempre es la hora perfecta, duque. Sírvanos en el saloncito azul.

Con aquella orden despachó a la entrometida criada que no terminaba de desaparecer, y se colgó del brazo de Richmond para salir de la estancia.

—¿Puedo preguntar qué le trae por aquí? Me temo que si son negocios, habrá de esperar mejor ocasión, mi esposo no regresa hasta dentro de tres días.

Ahí estaba, la información en clave que Lita solía darle, estableciendo el lapso de tiempo de que disponían para gozar en el lecho. Tres días implicaban un buen atracón. Pero en aquella ocasión, las expectativas de la dama iban a hacerse añicos.

Hasta que se quedaron solos, el duque se limitó a sonreír con cortesía. Una vez en el saloncito, acomodados en los sofás de satén brocado, miró a Lita directamente a los ojos. Ella parecía embelesada.

—Duque, ¿cómo te las arreglas para lucir más insoportablemente atractivo cada vez que te veo? Dame tu receta.

—Lita… tenemos una importante conversación pendiente.

—Oh, querido, afloja esa rigidez, cuando te pones serio suenas tan aburrido…

—Escúchame, tienes que escucharme y por favor, te ruego que te tomes en serio lo que voy a decirte. Tenemos que acabar con esto…

—¡Oh, aquí llegan nuestras bebidas!

Andrew interrumpió la frase justo a tiempo de que el servicio no escuchara nada inconveniente, con un incómodo nudo en el estómago y la sensación de que razonar con la apasionada señora Rendel no iba a resultar del todo sencillo.

Mientras sirvieron y Lita inventaba más distracciones ordenando una jarra de limonada y algunos pastelillos salados, él miraba su sombrero y se preguntaba qué hombre, que no caballero, despreciaría con tanta frivolidad un regalo placentero en extremo, como el que Lita le obsequiaba cada vez que le era posible. Ninguno. Despachar aquellos encuentros, ponerles fin, era una absoluta estupidez, pero debía empezar a pensar como un caballero de los que bajo ningún concepto tendrían un *affaire* con una mujer casada, en lugar de como un simple hombre que se deja llevar por el ardor de los instintos.

—Lita —recomenzó en cuanto les dejaron solos.

Ella levantó una mano y la agitó en el aire.

—¿No has dormido bien, querido?

—He dormido perfectamente y estoy en pleno uso de mis facultades, si es eso a lo que te refieres —replicó él, empezando a irritarse.

Ella le entregó la copa de coñac con un gesto de coquetería.

—No te enfades conmigo, *mon cherie*. Cuando Nathan no está en casa me siento tan sola y vulnerable…

—Me temo que vas a tener que buscarte otra distracción para cuando tu marido salga de viaje. O acompañarlo y ver mundo, esa sería una magnífica idea de la que no te arrepentirías jamás.

Por el cambio de su expresión, Andrew adivinó que no estaba en absoluto de acuerdo.

—Todo el mundo que estoy interesada en ver se encuentra escondido bajo tu ropa.

—Lita, voy a casarme —la cortó antes de que su osadía caldease sus

ánimos, y en lugar de despedirse, acabaran revolcándose entre sábanas, como fieras salvajes.
El rostro suavemente bronceado de la dama, palideció.
—¡¿Cómo?!
—¿Pensaste acaso que esto duraría para siempre?
—Pero ¿cuándo has tomado esa decisión? Siempre dijiste que…
—Los sabios cambian de opinión cuando corresponde.
—Entonces es que te tienes por un hombre sabio —recalcó, burlona.
Andrew hizo como si no la hubiese oído.
—Son compromisos familiares, no espero que lo comprendas.
—Dices bien, no lo comprendo. Disfrutas de una envidiable posición, soltero y libre, vagabundo millonario, vividor de fantasías por cada rincón del planeta y de vuelta al hogar… yo. Una mujer que nunca te pedirá nada, a cambio de dártelo todo.
—Si no piensas pedirme nada, no me pidas una estabilidad que no puedo darte. De hecho, esta conversación ya dura demasiado.
—¿Cómo osas renunciar a todos esos privilegios?
—¿Aún no te lo he dicho? —le guiñó un ojo, travieso— En nombre del sagrado sacramento del matrimonio.
Lita retiró la mirada, furiosa.
—Qué vulgaridad. Estás siendo cruel.
—Lita, lo lamentaría si sospechara siquiera que tienes corazón, pero no lo tienes. Sé franca, esto nuestro ha sido para ti lo mismo que para mí, un pasatiempo sin importancia y sobre todo, sin vínculos emocionales. Cortarlo no nos costará.
—Salvo por la pérdida de los maravillosos momentos compartidos.
—Los guardaremos bien dentro, donde no puedan dañar a nadie, especialmente a tu pobre marido.
Lita suspiró contrariada y apuró hasta la última gota de coñac de la copa.
—Es un respetable anciano al que no debe quedarle mucho. Siempre fantaseé con la idea de que una vez viuda, tú y yo…
Sus pupilas fogosas se engancharon en las del duque, esperando una respuesta que él se negó a dar.
—En fin, supongo que construí castillos en el aire —suspiró—. Y lo más lamentable de esta historia es que no se me está permitido enfadarme.
Mientras discutían manteniendo bajo el tono de voz, Andrew se dio cuenta de una cosa: deseaba terminar con Lita, aquella excusa a sí mismo del futuro compromiso con lady Rebeca, no era más que eso, una coartada para una decisión ya tomada hacía tiempo, de la que ni siquiera era consciente. El espejismo de su atracción por la señora Rendel se había desvanecido con el paso de los meses y los encuentros, y la emoción de estrecharla entre sus brazos se había

apagado como una pavesa dentro del agua. De modo que agradeció en silencio a lady Rebeca, haber sido el hermoso mecanismo que pusiera en marcha el motor atrofiado de su voluntad.
Lita pareció adivinar sus pensamientos.
—¿Se me permite preguntar quién es la afortunada?
—La hija de una vieja conocida de mi madre; ya te dije que eran ataduras familiares —aclaró él, de mala gana.
Lita dibujó un puchero con sus apetecibles labios.
—Esas alianzas que hacéis los aristócratas, ignoro con qué fin, van a privarme de mi mayor recreo. Aunque pensándolo bien… disponemos de tres días completos. Podríamos… deberíamos despedirnos como corresponde.
La tentación llamando a la puerta. El duque sintió que el pulso se le aceleraba y cuando volvió a la realidad, la mano extendida de Lita, aguardaba.
—Vamos, deja de mentirte respecto a tus auténticas inclinaciones —silabeó con una sonrisa casi perversa.
—Lita, voy a salir por esa puerta… —dijo sin convicción alguna.
Ella ladeó la cabeza mirándolo con mucha intención.
—Nadie cambia tanto de un día para otro, duque; habrás tomado la decisión de sentar la cabeza, pero no dejarás de ser tú tan pronto. Insisto, solo por hoy, si llegó la hora de nuestro adiós, hagámoslo a lo grande.
Permaneció callado, porque no se le ocurría nada lo bastante contundente como para protegerse. Ella sospechó las grietas que empezaban a abrirse en su certidumbre, y presionó un poco más.
—Te lo suplico, duque, una última vez. Regálame una despedida que no pueda olvidar.
—En realidad, se trata de justo lo contrario.
—No hay nada de malo, no volveremos a vernos, acabas de romperme el corazón y tienes mi palabra de que no volveré a molestarte.
—¿La tengo? —preguntó retórico, más que nada, porque notaba la burla en su tono.
—La tienes. Eso sí, contra mi voluntad, que conste. —Estiró la mano— Ven a mi cama.
Sinceramente, Lita Rendel sabía cómo ser persuasiva si le interesaba.
De modo que Andrew acabó cerrando la mente a los remordimientos, aceptó sus dedos juguetones, y juntos ascendieron por la ancha escalera rumbo al dormitorio, en la que se juró, sería la última vez.

Capítulo 15

El amor es algo
que llega y te conquista
poco a poco.

A Rebeca se le acabaron las excusas educadas para rechazar las invitaciones del duque, de modo que aceptó. No eran más que inocentes almuerzos, no le pedía la vida, ni comprometer su virtud. Alguien llamó a la puerta de su dormitorio, y por la forma de golpear, suave pero enérgica, supo que era Amelie.

—Lady Rebeca, el duque la espera en la biblioteca.

Su corazón traicionero pegó un brinco. El duque. Sus labios. El deseo…

—¿Ya ha llegado?

—De hecho lleva esperando casi diez minutos. ¿Aún no se ha vestido?

No. Y ahora que estaba nerviosa, tardaría bastante más.

—No quiero ponerme nada especial, algo con lo que si fuese necesario, pudiera cabalgar. Ayúdame con ese vestido verde oscuro y a recogerme el cabello sin demasiada complicación.

—Avisaré a su doncella…

—No, no quiero llamar a nadie. Ayúdame tú.

Sin protestar, el ama de llaves se colocó a su espalda y sujetó sus mechones con unas cuantas horquillas. Era tan rápida como habilidosa, a decir verdad, mucho más que la doncella.

—Debería prestarle más atención a su futuro esposo.

Rebeca la enfrentó sorprendida a través del espejo.

—¿Por qué todos os referís al duque como si ya estuviéramos comprometidos?

—Porque lo están. Y porque la conocemos y no nos cabe duda de que cumplirá con su palabra.

Rebeca gruñó algo ininteligible.

—Solo deje transcurrir algo de tiempo —continuó Amelie, con dulzura —, hágase a la idea y permita que él conquiste su corazón. Conociendo la reputación del duque, es algo que no tardará en suceder.

—¿Y cuál es su reputación? —quiso saber Rebeca, con un ligero temblor.

—Inmejorable. Jamás en toda su vida ha dado un escándalo. Pero las mujeres de media Inglaterra suspiran a su paso.

—Suspiran porque es apuesto, alto y fuerte —replicó la joven con

disgusto—. Porque tiene unos ojos increíbles y una voz varonil y sedosa. Porque además es fascinante, rico y de apellido ilustre.

—Cuántas cualidades, ¿no le parece?

—Demasiadas en una sola persona.

—Da la sensación que la contraría llevarse semejante joya —agregó, burlona.

De nuevo se encontraron sus ojos risueños a través del espejo. En los de Rebeca brillaban cientos de estrellitas emocionadas.

—Nada tan bueno acaba siendo cierto, Amelie, tenlo en cuenta. Podríamos descubrir telarañas bajo tantas capas de seda. Por ejemplo, el duque viaja mucho, ¿no es cierto?

—No sabría decirle…

—Pues todos los que alaban su intachable reputación deberían preguntarse a qué actividades dedica su tiempo tan insigne personaje, cuando se encuentra lejos de Inglaterra.

Esa reflexión dejó sin argumentos al ama de llaves, y toda su anterior vehemencia defendiendo al duque de Richmond, se apagó en el aire. Rebeca sonrió satisfecha.

—Algunos hacen del aparentar, todo un arte, no lo olvides —apuntó al final.

Amelie agachó la cabeza y Rebeca lo tomó como un sí. Se levantó del tocador y echó un último vistazo a su imagen.

—¿Crees que el verde resulta atrevido en mis condiciones?

Amelie fue inmensamente feliz de poder cambiar de tema.

—En absoluto. Debería ir pensando en abandonar el luto, lady Rebeca, es usted muy joven y ha pasado mucho tiempo.

—Si por mí fuese lo llevaría toda mi vida. Lo que le debo a mi madre no puede expresarse con colores en la ropa.

Las manos de Amelie se posaron en su antebrazo para apretarlo con afecto.

—Ella sigue aquí, entre nosotras, cuidándola como siempre.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—La echo terriblemente de menos. Cada día.

El ama de llaves asintió en silencio. Podía entenderla. Toda la casa parecía haber muerto un poco con la desaparición de lady Stone.

Al entrar en la biblioteca, lo encontró de espaldas, mirando con atención algunos libros. Sus hombros eran anchos y las levitas le sentaban de pecado. Rebeca se odió un poco por examinarlo con tanto interés.

—¿Le gusta la lectura, duque?

Giró sorprendido y la recibió con una sonrisa que, francamente, la desarmó. Rebeca podía imaginar la de cosas que habría conseguido de las mujeres con aquella curva pecaminosa en los labios. Incluso de las casadas.

—Es un placer al que me entrego con absoluta pasión. —Apuntó a las estanterías—. Los libros siempre se las arreglan para regalarme algo que no sabía antes de abrirlos.
—Como una tarde con un abuelo afectuoso.
—Como un abuelo, buena comparación. ¿Tuviste abuelos de los que disfrutar? Yo no.
—Me temo que tampoco —respondió ella con una ligera sacudida en la voz—. Murieron siendo yo muy niña.
—Afortunados los que hayan podido vivir en su compañía, aunque solo fuese un puñado de años. —De repente pareció animarse— ¿Preparada para nuestra visita de hoy?
—Desde luego, duque. Quiero conocer esa especie de granja especial que me han dicho que tiene… —La dolorosa vergüenza le recordó que el duque la había cazado espiándolo en su propiedad, y le frenó la lengua.
—¿Que te han dicho…?
—De acuerdo, lo admito, la granja que vi con mis propios ojos cuando por casualidad —recalcó—, paseaba a caballo por las inmediaciones de su finca. Todavía no me la ha enseñado.
Andrew Richmond soltó una inesperada carcajada. Y el sonido de su risa erizó el vello de Rebeca sin que supiera bien por qué.
—Me rindo, Rebeca, eres imposible. No se trata de una granja, es un santuario animal. Allí van a parar todos los pobres seres sintientes que arrojan a la calle o vagan perdidos o abandonados, sin conocer la seguridad de un cobijo o el amor.
—¿Se refiere a ovejas, vacas y cerdos?
—Y caballos, asnos, y todo tipo de ave de corral. Perros, gatos, hasta ardillas. No hay excepciones en la admisión al santuario. Basta con estar herido, indefenso o solo, y necesitar amor.
—Muchos seres humanos responderían a idéntica descripción.
En contra de lo que ella esperaba, el semblante del duque no se ensombreció.
—Cierto. Sin embargo, para esos casos existen otras instituciones. Además, la experiencia me dice que muchos animales son infinitamente más amables y misericordiosos que nuestros congéneres.
—En eso estamos de acuerdo.
Un simpático pestañeo ocultó un segundo los increíbles ojos verdes del duque. Luego ofreció su brazo con otra amplia sonrisa que contribuyó a relajar un poco más a Rebeca.
—Me hace inmensamente feliz oír esas palabras —apuntó, de buen humor—. Estar de acuerdo es algo grandioso. Y tenemos suerte. He traído el carruaje abierto y el día es magnífico. ¿Tendrás la cortesía de hacerme los honores?

Capítulo 16

Algo que lentamente
se cuela en mi corazón y
a lo que no sé poner coto.

Abandonaron Amschel House y recorrieron la distancia que los separaba de Coventwood, disfrutando del sol y del paisaje. A fecha de hoy, el duque afirma que se enamoró de Rebeca durante ese viaje en coche descubierto, de una casa a la otra. Ya mucho antes se había dado cuenta de que como mujer, lady Rebeca era en extremo tentadora, de las que te envuelven, te embrujan y te destrozan el corazón sin ser siquiera conscientes de ello. Era un hombre, sabía apreciar la belleza femenina cuando se le ponía delante. Pero no se trataba de eso, era algo diferente, más denso y profundo.

Se quedó prendado del brillo de sus ojos cuando miraba los árboles, y de cómo describía el rumor de la lluvia contra las hojas, en las noches de tormenta. De imaginarla, según contó, escondida bajo las sábanas con una pequeña vela, para poder leer más allá del horario impuesto por lady Stone. Del modo en que corría descalza por los jardines de la mansión tras alguna travesura, con la pobre Amelie y los mayordomos persiguiéndola sin éxito.

Rebeca, por su parte, evitaba mirarlo temiendo que sus ojos traicioneros volasen hasta sus deseables labios. Pero la sensación de confianza crecía y la conversación se fue animando. Lograron, aunque más bien fue mérito exclusivo del duque, que aflorara un ambiente amigable, una calidez casi familiar.

En su pecho, en un rinconcito aún pequeño pero poderoso, por encima de los reproches y del miedo, empezaba a arder una llamita que podría alcanzar proporciones de incendio. Y todavía no había visto nada.

Conforme revelaba una intimidad o un pequeño secreto, Rebeca se arrepentía. Sus mejillas se sonrojaban como dos deliciosas cerezas, y su sonrisa se volvía tímida y soñadora. Seguramente hubo un bendito segundo de su tiempo compartido, a partir del que ambos empezaron a sentirse a gusto cerca del otro. La charla fluía y el tono de las voces se hizo más amable. Rebeca empezó a ser mucho más ella, lejos de la mujer rígida y distante que Andrew conocía hasta entonces

Por eso, se sorprendió a sí mismo hablando de lo que le apasionaba, animales y su cuidado, de sus viajes, interesado por lo que ella respondía, por su curiosidad y sus inteligentes preguntas.

—¿Y cómo se le ocurrió crear un santuario animal?

—Es una idea que importé de África. Allí los crean para salvaguardar no solo animales heridos y cachorros huérfanos, también para proteger especies en peligro de extinción por culpa de la caza indiscriminada.
—África… suena tan exótico.
—¿Has viajado al exterior, Rebeca? Me consta que lady Stone tenía cierto espíritu aventurero, al menos en su juventud.
Al mencionar a su querida madre, los ojos de lady Rebeca se humedecieron. A Andrew lo asaltó un ardiente e inapropiado deseo de consolarla entre sus brazos, de cubrir su preciosa cara de besos y regalarle a su alma todo el calor que parecía necesitar. Su cuerpo se sentía irrefrenablemente atraído por el de ella, y parecía buscar cualquier pretexto válido para acercársele.
Apretó los puños y se contuvo. Pero el ritmo de sus latidos inició su propia carrera. Andrew se esforzó por concentrarse en lo que le decía.
—Debo de parecerle de lo más provinciana, solo me he movido entre París e Inglaterra. De Italia solo conozco Venecia.
—Afortunadamente, no es algo irreparable. ¿Qué ocurrió con la mansión familiar en París? ¿Aún se conserva?
La cabeza de Rebeca dibujó una elegante afirmación y él persiguió, hipnotizado, el movimiento de sus bucles oscuros.
—Cuando al morir padre el heredero del condado nos cedió el uso y disfrute de las propiedades familiares, madre quiso rentarla en muchas ocasiones, pero tan pronto surgía un interesado, se retractaba. Volvió medio loco al señor Llorent, nuestro administrador. Finalmente, en la última etapa de su enfermedad, cedió. Una distinguida familia holandesa disfruta ahora del magnánimo clima y de nuestros prodigiosos jardines parisinos.
—¡Vaya! Lamento oírlo, creo que sientes cierta nostalgia por esa casa.
El duque se retractó de sus palabras en el momento mismo en que las pronunció. Rebeca perdió la sonrisa y toda la cercanía que habían conseguido hasta entonces, se volatilizó. Ella asintió tímidamente con la cabeza, sin responder.
—Lo siento, ¿he dicho algo inconveniente?
—No, duque, lo único inconveniente es, como bien ha señalado usted, mi incurable nostalgia.
Andrew se inclinó hacia delante, embriagado con su perfume.
—Estábamos pasando un rato inolvidable, por favor, no lo estropeemos, disculpa mi torpeza. Nada más lejos de mi intención que traer a tu memoria recuerdos tristes.
—La infancia, especialmente cuando uno ha perdido a sus padres, está plagada de guijarros afilados.
—Estoy de acuerdo. Y doy gracias al cielo de que pese a todo, tu vida haya sido dichosa y que lady Stone realizara, igual que las hizo tu

padre, todas las previsiones necesarias para cuando te quedases sola.
Por segunda vez, Andrew tuvo la sensación de haber dicho algo muy inapropiado. Que el duque de Richmond se mordiera la lengua, midiera sus palabras o vacilase en cuanto a qué decir ante una dama, era una novedad sorprendente, incluso para el propio duque de Richmond. Se sintió presionado a decir algo amable que trajera de vuelta el buen ambiente. La urgencia lo llevó a hablar sin pensar.
—Volvamos a los recuerdos hermosos —rogó—. África, Asia, países exóticos y lejanos, tan diferentes de nuestra amada Inglaterra. ¿Cuento con que querrás acompañarme a todos esos sitios cuando estemos casados?
Rebeca alzó la cara y lo miró interrogante. Él se sobresaltó de igual modo. ¿Era su voz la que acababa de soltar aquella frase? ¡Demonios! ¿Desde cuándo entraba en sus planes viajar acompañado por una esposa?
«¡Insensato!»
Sus viajes eran su salvoconducto a la libertad, su escape, el mejor modo de que nadie controlase su vida. Y su plan incluía cumplir con la promesa hecha a lady Stone, siempre y cuando su esposa permaneciera en Inglaterra, ocupándose de la administración de la casa y haciendo vida social, permitiéndole gozar con independencia.
¿Cómo había podido ser tan necio…? Andrew no quería sentir aquello que sin pedir permiso, se iba filtrando por las hebras de su ser hasta tocar el hueso. ¡No quería! La sensación de necesitar a alguien para disfrutar, para que todo brillara más, la necesidad de compartir un viaje, una comida o una noche bajo las estrellas con alguien especial para que la vida fuese también, más extraordinaria. Como si gozarlas en solitario, algo que había hecho con todo gusto hasta el momento, hubiera dejado de tener sentido.
¡No quería echarla de menos cuando no estuviera!
Por fortuna, los pensamientos de lady Rebeca fueron por otro camino radicalmente distinto. Cuando habló, no lo miraba.
—Cualquiera en sus cabales opinaría que ambos estamos envueltos en una trampa absurda. Siéndole honesta, duque, le diré que me sorprende su capacidad para cortar con su vida anterior y la paciencia que está demostrando conmigo.
—Cuando algo merece la pena…
Los ojos de la joven se cubrieron de oscuridad por un segundo.
—¿De verdad cree que yo merezco tanto esfuerzo?
—Por supuesto que sí. —Andrew no pudo impedir que sus manos desesperadas buscaran las de ella. Se inclinó, otra vez demasiado cerca, con sus finos dedos entre los suyos—. Te lo suplico, volvamos a donde estábamos antes, hace solo un rato, quiero que tus ojos brillen de nuevo, no soporto verte así de triste.

Las pupilas de Rebeca, poderosas como la mismísima madre tierra, lo miraron y lo derritieron. Aquella intensidad devastadora, el poder de su silencio que lo domó en cuestión de segundos. Si se lo proponía, ¿qué podría hacer aquella mujer con él? Por un instante, el duque se llenó de terror.

Con delicadeza, deshizo el apretado lazo entre sus manos.

—Suena usted apasionado —sonrió ella, extrañada.

Aquello le dio alas. Las suficientes como para acercarse a escasa distancia de su encantador rostro y susurrarle:

—Lo soy. Espera a comprobarlo.

Andrew esperaba un gesto de escándalo, una bofetada, incluso. Pero no. Aquella mujer, que parecía haber nacido para dejarlo con la boca abierta, resistió la intimidad de la cercanía, lo miró directamente a los ojos, y no dijo nada.

Andrew carraspeó.

—Hemos llegado. Bienvenida a Coventwood de nuevo y para siempre.

Capítulo 17

Siempre juré que el amor no era para mí,
que enamorarse era una pérdida de tiempo, y que
yo tenía demasiado por vivir.

Él ofreció un fuerte brazo que ella aceptó sin vacilar. Cruzaron el terreno de entrada para dirigirse a una preciosa terraza de piedra, desde donde se dominaba la vasta pradera que acababa en el bosque, junto al río. La mesa estaba dispuesta y el almuerzo, preparado.

—Nunca hemos hablado de cuando nos conocimos —comentó Andrew en el mismo tono amable.

Ella lo miró con curiosidad, decidida a volver a ser áspera. Durante el viaje, la galantería del duque la había ablandado demasiado.

—¿Eso importa? Nunca fuimos amigos.

—Cierto. Pero pudimos serlo. Mi madre aún sigue muy afectada por la marcha de lady Stone. Su salud es frágil y la pérdida de su mejor amiga la ha sumido en un terrible estado de letargo.

—Lo lamento muchísimo. No quiero sonar entrometida pero ¿quizá no estaría mejor viviendo en el campo?

—Dice que prefiere Londres porque hay más distracciones, pero es una bobada, no sale a ninguna parte y apenas si recibe visitas.

Sin ponerse de acuerdo pero a la par, pasaron de largo, dejando atrás la fastuosa mesa engalanada, y se acodaron en la baranda.

—¿Está sola?

—Millicent, mi hermana pequeña, vive con ella. Sin embargo, los años pasan y mi hermanita querrá casarse, imagino. Las dos mayores, ya están casadas. Tengo que solucionar el tema de mi madre cuanto antes…

—No todas las mujeres suspiran por tener esposo, duque, no lo olvide —lo interrumpió Rebeca, con énfasis.

Andrew esbozó una sonrisa torcida de lo más provocadora.

—Creí que por fin habíamos llegado a un acuerdo.

—¿No le parece que corre demasiado? ¿Un par de visitas informales a Amschel House, le acepto una invitación a comer, y ya está todo el trabajo hecho?

—No, desde luego que no. El trabajo ya lo hizo lady Stone en su día. A nosotros solo nos corresponde concretarlo.

—Desconozco sus talentos, duque, pero puedo afirmar que la tenacidad es, sin duda, uno de ellos. Voy a desilusionarlo: si me quiere tener, tendrá que ganarme primero.

Dio media vuelta y se dirigió a la mesa donde ya estaban servidas las

limonadas y muchas otras cosas deliciosas. Él se sentó también, y se inclinó sobre ella.
—Nunca digas algo así a un hombre competitivo como yo. Te asombraría hasta dónde soy capaz de llegar con tal de ganarte.
Lady Rebeca tembló acariciada por su aliento. El muy maldito era seductor hasta en los detalles más insignificantes. Le aterraba pensar en su experiencia con las mujeres, el sexo, el placer… y el hecho de que ella no sabía nada, apenas la teoría.
Mientras hablaba, sus manos reptaron por la mesa buscando las de ella. Pero antes de que las atrapase, Rebeca las retiró de un tirón muy poco cortés. Él se acomodó de nuevo en su silla, y continuó hablando sin molestarse.
—Hoy estamos teniendo un encuentro agradable, hablamos de cosas corrientes, del santuario, mi madre, del tiempo… ¿No podríamos intentar que fuese así siempre? Incluso con el asunto de nuestro compromiso de por medio.
—Es que no me hago a la idea de verme casada. Es más, no entiendo cómo mi madre pudo pedirme…
—¿Alguna vez le comentaste tu deseo de permanecer soltera?
—No, pero ella debería haber sabido…
—¿Que estás enamorada de otro?
Rebeca contuvo el aliento. No era eso. Había más oculto. Mucho más.
Pero era posible, solo posible, que el exagerado sentido del honor del duque le empujara a liberarla del compromiso, si lo hacía creer que amaba a otro. Para hacerlo creíble, debía negarse a confesar, porque de ser verdad, ella nunca lo admitiría tan fácilmente. Se esforzó por sonar ofendida.
—Disculpe si se me hace difícil entender esa obstinación suya con mis pretendidos amores del pasado. No existen más que en su imaginación.
El poder devastador de la mirada de Andrew arrasó con todo su autocontrol. Rebeca sintió una llamarada que le quemaba el vientre y sus ojos quedaron prendidos de la deliciosa piel de los labios masculinos, deseando lamerlos.
—Quiero, necesito saberlo, porque solo si no estás realmente enamorada de otro, me permitiré conquistar tu corazón —indicó él con voz ronca—. Dime que amas a alguien, que lo amas de verdad, y te dejaré libre.
Ella retiró la cara para ocultar su sonrojo. Era justo lo que tanto había esperado oír y sin embargo, la sensación que le provocaban esas palabras era de desencanto y amargura. Los osados dedos del duque capturaron su barbilla y la obligaron a girar hasta enfrentarlo.
—Piensa que si lady Stone hubiera confiado en que esa unión, con quien quiera que sea te haría feliz, no me habría pedido que te

convirtiera en mi esposa. ¿Quieres hablarme de ese antiguo amor?
—¿Por qué sabe que es antiguo? —gruñó Rebeca, sin mirarlo.
—Porque si algún hombre en toda Inglaterra te estuviese cortejando en la actualidad, ten por seguro que yo lo sabría.
—Tan arrogante como de costumbre.
—No todo iban a ser virtudes. Vamos, ¿abrimos un palmo más la ventana de nuestra confianza?
Lo miró directamente a los ojos. Eran insultantemente verdes y brillaban de un modo magnético. Rebeca sintió una oleada de calor que le empujaba a confiarse, a confesar que no era más que un amor infantil que se desdibujaba en el tiempo a medida que lo iba conociendo a él. Que solo era el escudo con el que protegía cosas peores. Cosas que sí debían permanecer ocultas.
Pero pasó enseguida. La enfrió con una voluntad que ni siquiera sabía que tuviese.
—No voy a confesar nada de eso que usted supone en su calenturienta mente.
—Lady Rebeca, es posible que creas que nací ayer pero no, no soy tan ingenuo. Ese secreto que guardas en lo más profundo de tu alma tiene que ver con el amor, puedo leerlo en tus ojos.
Y en eso no se equivocaba.

Capítulo 18

¿Hora de las confidencias?
Siempre ante una deliciosa taza de té.
Saben mejor.

Pero por una vez, el ingenuo era él. A Rebeca le inspiró ternura verlo tan lejos de la verdad.

—Su madre —preguntó, para cambiar de tema— ¿sabe de la promesa que le hizo a la mía, y del compromiso que conlleva?

—Aún no. Lo sabrá en su momento, cuando vayamos a anunciarlo.

—¿Y cree que estaría feliz teniéndome en la familia?

—¿Siendo, como eres, la hija de su mejor amiga? Por supuesto que sí. Te conoce desde niña y te aprecia mucho.

—Apenas si he cruzado un par de frases con ella en toda mi vida.

—Eso es porque en cada una de nuestras visitas te empeñabas en huir y esconderte como un conejito asustado.

—A veces permanecía en la habitación. Al fondo. Pero nadie se daba cuenta —desveló, con un hilo de voz.

Los ojos de Andrew se clavaron con intensidad en ella.

—Me cuesta creer que eso sea cierto.

—¿A qué se refiere?

—A que dudo que estés presente y pueda pasárseme por alto.

Fue un momento especialmente íntimo, en el que Rebeca tuvo la tentación de sonreír. Lord Richmond era habilidoso con sus palabras y sabía cómo cautivar a una mujer. Resistió el impulso con la mandíbula apretada.

—Usted era apenas un mozalbete, más interesado en los caballos y las cuadras que en las chicas.

—Y tú una muchachita retraída, soñadora y ausente.

Iba a ser verdad que la recordaba. Acababa de describirla con toda precisión, desde aquellos primeros años en los que todo su ser permanecía en el pasado francés, en lugar de estar en Amschel House.

A Rebeca se le escapó finalmente una sonrisa.

—Puede que esté en lo cierto, no se lo discuto.

Aparecieron las doncellas cargadas de bandejas y la conversación viró hacia las excelencias de la cocinera. Andrew fue amable y afectuoso. Si no hubiera sido tan atractivo, Rebeca habría podido considerarse por completo a salvo.

—¿Quieres cabalgar un rato después de comer? A esta hora, el bosque es precioso.

—Magnífica idea. Quiero decir… sería un placer aceptar su sugerencia.
Rebeca se mordió el labio inferior. Cuánto le costaba controlar su peligrosa naturalidad, su vehemencia, aquellas expresiones suyas, impropias de una aristócrata. Obedecer y seguir las reglas siempre se le había hecho tan difícil.
Sin embargo, cuando dejó de pensar y prestó atención, el duque se estaba riendo.
—Puedes decir que es buena idea, lo es.
—A las damas no se nos está permitido mostrar nuestras emociones de un modo tan explícito.
—Siempre he pensado que eso es una soberana estupidez.
—Me alegra mucho que al fin estemos de acuerdo en algo.
—Creo que estamos de acuerdo en muchas más cosas.
El duque y sus envolventes telas de araña que atrapaban sin remedio. El irresistible tono de su voz, sus miradas candentes.
—Por cierto, tengo otra petición que hacerte. Algo de suma importancia que ya te he pedido antes, apenas te costará esfuerzo y a mí me hará muy feliz.
Ella levantó la cabeza, repentinamente interesada.
—¿De qué se trata?
—Deja de tratarme con formalidad de una vez, te lo ruego.
Quiso oponerse, pero algo se lo impidió. Otra vez aquella detestable corriente de simpatía que irradiaba lord Richmond, frente a la que no sabía rebelarse.
—Prometo pensármelo.
—Es un comienzo —se conformó él, con una amplia sonrisa, ladrona de alientos—, un comienzo prometedor al que otorgaré el valor que merece.
A partir de ahí, la atmósfera se relajó de veras. Acabaron el almuerzo conversando de temas varios, pero ninguno tuvo que ver con ellos, ni con sus familias, con lo que sentían o con el compromiso que estaba por venir. La hizo sentir cómoda, segura y, a ratos, Rebeca se permitió ser más ella que nunca.

A su regreso a Conventwood después de la cabalgada, pasadas las cinco, Rebeca rechazó la cena, pero a cambio aceptó el coche que la devolvería a casa. Con su mano enguantada junto a los labios y su aliento acariciándole la piel a través del cuero, Andrew se despidió de ella.
—Gracias por una jornada encantadora, Rebeca. Espero que tengamos oportunidad de repetirla muy pronto.
La joven recordó las enseñanzas de su madre y se guardó lo que

pensaba. Que sí, que sería todo un placer poder disfrutar de otro día en su compañía. En lugar de admitirlo, inclinó coqueta la cabeza y se marchó.

Llevándose escondido en el alma lo que había ocurrido aquella tarde durante el paseo a caballo.

Capítulo 19

Lo que ocurrió aquella tarde…

La lluvia siempre viene
cargada de presentes.

Lady Rebeca era una excelente amazona que convirtió el paseo a caballo en todo un espectáculo. Habían parado a visitar el santuario y ahora recorrían, al paso, la vereda junto al río.
—Tienes buen ojo para las monturas, has escogido a uno de los mejores — comentó el duque, con el sol reflejándose en su pelo oscuro.
—Pues permitirme elegir libremente es una temeridad que demuestra mucha confianza en mis dotes como jinete.
—Compruebo con satisfacción que no me he equivocado.
Ella lo miró con un brillo pícaro en la mirada, que lo enloqueció.
—¿Ya lo sabía? ¿Madre le dijo…?
—Por lo que veo, no tienes muchos recuerdos de nuestra niñez, Rebeca, parece que soy yo quien los atesora todos. La mayoría de las veces, cuando llegaba con mi madre de visita, tú te escapabas a montar. Miraba por los ventanales y te veía atravesar la pradera delantera a toda velocidad, deseando acompañarte. Sí, lo confieso, la conversación de nuestras madres me aburría, y la compañía de un libro no siempre bastaba.
—Siento no haberlo sospechado siquiera.
—Podríamos haber disfrutado mucho juntos —añadió, sintiendo que lamentaba el tiempo perdido desde el fondo de su corazón.
—Habría estado bien. La timidez es un freno terrible.
—¿Eras tímida o sencillamente me detestabas?
Rebeca dejó ir una risa encantadora.
—No le odio, duque, se lo he jurado mil veces. Bueno, es posible que un poco por aquella época. Solo un poco. Era usted demasiado serio y estirado.
—¿Te apetece una carrera?
—Si no me deja ganar…
Andrew hizo una señal con los talones a su caballo y salió disparado antes de darle a ella la menor oportunidad. Aunque Rebeca reaccionó mucho antes de lo que él esperaba, tardó en ponerse a su altura. El duque aflojó el galope.
—Hasta aquella caballeriza —apuntó a un edificio pequeño a lo lejos

— ¡Vamos!
—Es usted un tramposo, duque —Rebeca jadeó por el esfuerzo—, no ha sido una salida justa.
—Por si temías que te diese ventaja, he hecho todo lo contrario. Además, que me detestaras a los catorce años es algo terriblemente doloroso, me has partido el corazón.
Dio por terminada la charla y aprovechó para alejarse muchos metros. Rebeca montaba un caballo joven y muy rápido, de esbeltas patas. Pero la montura del duque, su amigo del alma, era un veterano en aquellas tierras y se conocía el terreno como la palma de sus cascos. Llegaría hasta la cuadra sin dificultad, mucho antes que su futura prometida. Entonces se puso a llover.
Comenzó como un aguacero fino que apenas calaba, pero en cuestión de segundos arreció de tal forma, que acabaron empapados bajo una densa cortina de agua helada.
—¡A la caballeriza! —indicó Andrew, sorprendido al comprobar que Rebeca ya lo había alcanzado.
Los caballos no necesitaron mayor estímulo que el propio agua cayendo del cielo, para acelerar. En poco rato desmontaron, congelados pero a cubierto. El techo del establo se mantenía en pie y era firme. Y el suelo estaba cubierto de paja seca y hojarasca.
—¿Qué hace esto abandonado en medio del bosque? —observó Rebeca, sujetando su caballo a una traviesa de madera.
—Sirve de refugio a ciervos, conejos y ardillas. También a muchas aves. Los mozos de Coventwood se encargan de que no falte forraje fresco y a espaldas de la construcción, hay dos grandes cubetas que recogen el agua de la lluvia. Nos garantiza que ningún animal en el bosque muera de sed.
Los ojos azules de Rebeca Percy lo traspasaron, llenos de simpatía.
—No deja de sorprenderme, duque.
—Espero que sea para bien. —Al observar cómo temblaba, se apresuró a quitarse la levita mojada y se la ofreció—Ponte esto, por favor, cogerás un resfriado.
—El resfriado será seguro, si acepto. Su ropa está tan empapada como la mía.
—Haré fuego entonces.
Amontonó un poco de paja y bajo la atenta mirada de Rebeca, frotó dos piedras hasta hacer saltar una chispa. Diez minutos más tarde, se calentaban frente a una pequeña pero alegre hoguera, que él iba alimentando con ramas y hojas secas.
—Quién lo habría dicho, también sabe sobrevivir en el bosque —señaló ella, con un deje de admiración que lo hizo sentir orgulloso.
—Desde niño jugué a ser militar. Peleaba con enemigos imaginarios, inventaba misiones y con el permiso de mis padres, pasé muchas

noches en el bosque, bajo las estrellas; saber hacer fuego cuanto antes, es lo único que te salva de morir congelado.
—¿Le gustaba el ejército?
Nunca le habían hecho esa pregunta. Fue emocionante poder responderla.
—De haber sido posible, me habría gustado convertirme en oficial de carrera. Amé ese sueño con toda mi alma hasta que entendí que, siendo el primogénito y el único varón, mi futuro ya estaba escrito: título y ducado.
—Cuánto lo lamento.
—Nadie es libre de decidir su destino, Rebeca, los pobres porque no tienen elección. Los nobles porque los atan sus deberes.
Extendieron las manos al mismo tiempo frente al fuego, y sus dedos desnudos se tocaron. Andrew sintió la tentación de trenzar los suyos con los de ella, de acariciar sus manos sin guantes y recrearse en la suavidad de su blanca piel. Pero todo lo que hizo fue admirarla como un hechizado.
—¿Estás mejor? ¿Has entrado en calor?
—Mientras llevemos esta ropa mojada es difícil —respondió ella, en un dulce murmullo—, pero sí, tengo menos frío…
El duque descubrió que los ojos claros que lo miraban, ardían, que podía oír el corazón de Rebeca bombeando salvaje. Odiaba sentirse tan nervioso cerca de ella, pero ella sentía exactamente lo mismo. Aquellas eran señales de deseo, no de disgusto. La simple esperanza abrigó su corazón.
La mano de Andrew atrapó sin pensar la punta de los dedos de Rebeca y empezó a subir por su brazo. Antes de darse cuenta de lo que hacía ni por qué, había rodeado su espalda y la atrajo hacia sí. Ella no opuso resistencia. Si no la devoraba, moriría allí mismo. Su respiración junto a la boca del duque, estaba entrecortada por el deseo, y el brillo en sus pupilas era igualmente febril.
Ambos se estremecieron. Pero ninguno habló. Sin protestas, sin reproches, todo lo que tenían que hacer era dejarse llevar por aquel impetuoso sentimiento que los vinculaba de un modo enfermizo. Era hora de admitir que la deseaba, que ocupaba sus noches y que el recuerdo de su sonrisa le encendía el cuerpo. Y ahora, después de tanto soñarla, la tenía en sus brazos, temblando como una hoja, entregada como él estaba dispuesto a entregarse, uno perdido en la mirada del otro.
Ella sentía lo mismo. Un fuego terrible quemándole las entrañas, el despertar del deseo más primitivo.
Andrew cubrió su boca con la suya y devoró sus labios con hambre; una ansiedad extrema que lo controlaba más allá de su voluntad. Si su osadía la había sorprendido, Rebeca no lo demostró, al contrario, se

fue abandonando a la caricia, separó los labios y con un gemido que lo volvió completamente loco, le permitió profundizar en el beso.
Andrew lo había recreado mil veces en su imaginación, preguntándose cómo sería ese primer contacto, ese beso temerario al que aún no tenían derecho. Pero ni en sus mejores fantasías se había acercado a lo que sintió tocándola. Le ardía la piel, en su estómago se arremolinaba el más voraz deseo, y supo que estaba perdido.
Cuando se separaron, se juró que no seguiría adelante. Su cuerpo gritaba de anhelo, pero hasta ahí habían llegado. Él era responsable de su virtud y su protección.
Y la había traicionado.
No obstante, el modo en que ella lo miró no podía interpretarse como irritación u ofensa. Era la mirada de la inocencia misma, convertida en mujer.
—Lo siento, ¿podrás perdonarme? —consiguió murmurar Andrew.
Pero era mentira, no lo sentía. La habría besado una y mil veces allí mismo, con el resplandor de las llamas reflejándose en sus bucles negros.
Ella no reclamó nada. Solo abrió los ojos, separó ligeramente los labios y volvió a gemir sutilmente, con la intención de robarle por completo el juicio. Por fortuna para ambos, Andrew apretó los puños y logró separar las manos de ella.
—Ha sido… —Rebeca no llegó a rematar la frase. Apenas respiraba con normalidad.
—¿Agradable? —la ayudó él, con una timidez desconocida.
Ella sonrió y fue como si el sol saliera de pronto de entre las nubes cargadas.
—Algo más que agradable. Pero por favor, no vuelva a repetirlo—musitó, bajando los ojos.
—Solo si aceptas dejar de tratarme de un modo tan formal. De lo contrario, te besaré en cada ocasión que me sea posible.
Sus mejillas enrojecieron y él deseó abrazarla de nuevo. Aunque no había nadie más en aquella cabaña, hablaban en susurros como si alguien pudiera oírlos.
—Lo intentaré —prometió—. Mire, parece que va dejando de llover.
—Mira, Andrew, parece que va dejando de llover—repitió él, con sorna.
Ella contuvo la risa mientras se ponía los guantes de montar, abandonaba su asiento junto al fuego, y se acercaba a los caballos. Todavía temblaba y Andrew tuvo la impresión de que de repente, se le escapaba.
—Eres tremendamente persuasivo, ¿lo sabías?
—Desde luego que lo sé. Voy a ganarte, Rebeca, poco a poco. Solo deja que lo intente.

Capítulo 20

Cuando los sueños se desdibujan
sin poder evitarlo…

El cruce de miradas, la conversación amable, las risas compartidas durante la carrera a caballo… Su beso.

¡Su beso! Ese beso que debería haberla ofendido y sin embargo, la había transportado a otro mundo. Rebeca no conseguía dormir. Había pedido un té caliente y también se había olvidado de beberlo.

Tan absorta estaba en sus pensamientos, que no oyó entrar a Amelie.

—¿Le ocurre algo al té? ¿Acaso no está de su gusto, milady? ¿Demasiado frío?

Rebeca sacudió la cabeza para centrarse y poder atenderla sin tener que dar demasiadas explicaciones.

—No, Amelie, todo lo contrario. Lo dejé enfriar porque estaba muy caliente y… en fin, la lectura de esta novela es tan apasionante que me olvidé de beberlo.

Con un suspiro difícil de interpretar, el ama de llaves se acercó hasta el sofá donde Rebeca estaba sentada, le arrebató el libro de las manos, lo giró y se lo devolvió.

—Ya debe ser fascinante, si incluso es capaz de leerlo del revés.

La piel de la joven se puso del color de las cerezas.

—¿Me lo quiere contar, lady Rebeca?

Rebeca sonrió. Su relación con Amelie no siempre había sido pacífica. Cuando llegó a Inglaterra, aquella rígida mujer era una suerte de oficial del ejército con faldas. La niña la decepcionó de todas las formas posibles, y el ama se convirtió en el temor que poblaba sus pesadillas. Fiscalizaba todos sus pasos, censuraba todas sus palabras y juzgaba cada uno de sus comportamientos. En varias ocasiones, Rebeca la sorprendió advirtiéndole a su madre que se pasaba de benévola y complaciente y que así, no la educarían jamás. Suerte que lady Stone nunca perdió ese amor tierno lleno de mimo con el que trataba a su hija.

Los años moldearon a Rebeca y el rictus severo en la boca del ama de llaves se relajó. Conforme Rebeca aprendía, Amelie se desprendía de la armadura con la que un día se presentó. Y por fin, llegó el momento en que la joven pudo conocer el enorme corazón que la mujer escondía dentro del pecho, y su inmensa capacidad de amar. De hecho, desde la muerte de lady Stone, Amelie era lo más parecido a una madre que tendría hasta el fin de su existencia.

Le hizo señas para que se sentara cerca. El ama aún solía incomodarse

con aquellas muestras de confianza, le agradaba mantenerse en su lugar, siempre dos pasos por detrás de la señora de la casa, que en aquel momento, era Rebeca. Pero la joven insistió y acabó sentándose, a regañadientes, en el filo de un butacón frente al sofá.
—Hoy he almorzado con el duque. Luego hemos dado un paseo a caballo por Coventwood.
—Tengo entendida que es magnífica.
—Lo es, no te quepa duda. Pero no es eso lo que me inquieta. Amelie…
—También él es muy apuesto —se adelantó el ama, adivinando lo que vendría a continuación.
Rebeca asintió despacio.
—No tiene que sentirse culpable, milady, los atractivos del duque no pasarían inadvertidos a nadie.
De verdad, Rebeca no quería que el duque le cayese bien. Mucho menos, sentirse atraída. ¿Y desearlo? No podía permitírselo.
—¿Será que empieza a no serle indiferente? —insistió el ama de llaves.
—Carezco de experiencia en cuestiones sentimentales, pero cada vez que lo miro me entran ganas de sonreír. Y hoy ha conseguido que no lo llame de usted.
La cara de Amelie se iluminó como un farolillo bajo el cielo de medianoche.
—Si al menos hubiésemos sido amigos de jóvenes… —añadió la joven, con pesar.
—Usted nunca le dio una oportunidad, lady Rebeca. Conforme veía avanzar su carruaje por el sendero, corría a esconderse en el rincón más oscuro de la biblioteca o en alguna de las buhardillas en donde ni yo, ni nadie de la servidumbre, alcanzaba a encontrarla. Deje de ver las cosas del modo equivocado.
—Me ha besado —soltó Rebeca de repente. Los ojos de Amelie se abrieron como lunas de agosto—. Me ha besado y tardaré en olvidar todo lo que he sentido.
Amelie retiró el rostro, sofocada. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo pasó por la frente.
—Bueno —logró decir, tras un buen rato—, los caminos largos siempre se inician con un primer paso. Son jóvenes, están llenos de ardor y de vida. No pierdan el tiempo.
Rebeca parpadeó atónita ante su recomendación.
—Vas a tener que prestarme esas novelas que lees a escondidas. —El ama se ruborizó de nuevo—. Creo que me iré a la cama y haré lo posible por dormir, necesito descansar.
—Buenas noches, milady. Que tenga felices sueños.

¿Los tuvo? Volvieron a aparecer ante sus ojos los viejos tejados de pizarra húmeda del hermoso París, y su cielo gris y neblinoso. Rebeca volvió a sentir el frío reptando por su piel y a oír las despreocupadas risas infantiles que siguen al juego. Se vio sentada a horcajadas, como tantas veces antes, sobre el vértice más alto de uno de los aleros de las ventanitas que, como ojos inquietos, poblaban el tejado; inmune al peligro. Notó su presencia ya antes de verlo, el olor que despedía su cuerpo, a campo, a hierba y a frutas maduras. Su calidez la envolvió desde atrás como un tierno abrazo y su mejilla buscó la de ella.

—Eres la chica más bonita que conozco. Cuando seamos adultos nos casaremos. No permitiré que seas de nadie más —le susurró al oído.

Pero el timbre ronco y extremadamente sensual de la voz, no pertenecía a Simón. No era Simon quien iba a besarla, era Andrew Wellesley, el duque de Richmond.

El poder hipnótico de sus jugosos labios húmedos era algo a lo que Rebeca no podría resistirse, algo que deseaba probar una y otra vez hasta que sus ojos se cerrasen para siempre.

Y entonces, con la frente perlada de sudor, despertó.

Capítulo 21

El veneno gota a gota.
Es, por desgracia, más efectivo.

—Milady, la señora Rendel desea ser recibida.
Rebeca miró a la doncella con sorpresa. Jamás había oído ese nombre antes.
—¿La conozco?
—No sabría decirle, milady.
—¿Qué se le ofrece?
—Dice que es un asunto personal que debe tratar directamente con usted.
—Hazla pasar.
Accedió por pura curiosidad. No sabía quién era aquella dama que se presentaba en su casa sin invitación, y sin siquiera conocerla. Pero una distracción sería muy bienvenida en aquellos momentos en los que su corazón y su mente libraban tan terrible batalla. Todo por culpa de aquel instante de debilidad y ardiente deseo que la había empujado a permitir que el duque la besara. Debió reaccionar de otro modo, golpeándolo, sintiéndose ultrajada, reprochándole su atrevimiento… Debió hacer muchas cosas, pero ninguna habría sido reflejo real de sus sentimientos. Su cuerpo recibió alborozado la caricia, y habría demandado más de no haber estado prohibido.
Lady Rebeca no se había parado a imaginar cómo podría ser la señora Rendel, pero tampoco habría acertado. Mayor para ser una de sus amigas, pero mucho más joven de lo que esperaba. De piel inesperadamente cálida y vivos ojos negros. Su vestimenta en vibrantes tonos ciruela, escote excesivo, a juicio de Rebeca, para la ocasión, y un lunar sobre la comisura del labio superior que le otorgaba un aire entre exótico y fascinante.
—Señora Rendel…
—Lady Rebeca, es usted muy amable recibiéndome.
—No nos conocemos, ¿verdad?
Ella levantó los ojos y los clavó en la joven sin ningún reparo. Fue como si la repasara de pies a cabeza con total desfachatez.
—Tenemos ciertas amistades en común pero no había tenido el gusto de coincidir con usted. Nunca.
Aquella misteriosa mujer no hacía más que mirarla con insolencia. Rebeca empezó a sentirse incómoda en su propia casa.

—Usted dirá, señora Rendel.
—He venido a verla porque me consta la fortaleza de la amistad entre su familia y el duque de Richmond.
El que se mencionase al duque, puso rígida la espalda de Rebeca. Pestañeó sorprendida.
—La verdad, entiendo que es una osadía por mi parte venir aquí, sin conocerla, a pedirle un favor… digamos un poco íntimo—prosiguió la desconocida—. Pero entre mujeres ese tipo de reparos no deberían existir, ¿no le parece?
Por el tono de su voz no se podría decir que sintiera ningún pudor. Más bien todo lo contrario. Rebeca respondió con calma.
—Estoy de acuerdo, señora. De hecho, yo no los tengo con mis amigas.
El gesto de Lita se crispó acusando el golpe. Pero se rehízo enseguida.
—Espero que en breve pueda considerarme también como una de ellas, lady Rebeca.
—No sabría decirle, señora, todavía no sé que la ha impulsado a visitarme.
—¿Puede serle totalmente… franca?
—Si es lo que necesita, desde luego.
—Tiene que prometerme que lo que hablemos se quedará en esta sala, se lo ruego. De otro modo, la reputación del duque de Richmond podría verse seriamente perjudicada.
Acababa de lanzar el cebo en el que Rebeca debía picar. Si sospechaba que el bienestar de Andrew le importaba a la joven, estaba en lo cierto. Pero Rebeca trató de mantenerse lo más inexpresiva posible.
—Cuente con mi discreción.
—Se lo agradezco. Es un asunto delicado, no habría venido si no me constara el afecto que ustedes dos se tienen, que son casi como familia. El caso es que el duque y yo mantenemos una relación sentimental, digamos clandestina, desde hace casi año y medio…
Para Rebeca, oír aquello fue como permitir que la apuñalaran directamente en el corazón.
—Disculpe, pero ¿no está usted casada?
—Sí, lo estoy.
—¿Y tiene el descaro de venir a contarme que mantiene una relación a espaldas de su marido? ¿Qué pretende involucrándome en un asunto tan turbio?
—Que nos ayude usted, lady Rebeca —suplicó Lita, inclinándose hacia ella—, sé que también aprecia a Andrew, que ahora que su madre ya no está, él la visita con asiduidad.
Una llamarada subió desde el vientre a la garganta de Rebeca. Y unas irreprimibles ganas de golpear la cara de aquella desvergonzada. En su tono se percibía la maldad, su modestia no era más que un disfraz.

Había venido a provocarla.
—¿Sabe su amante que se dedica usted a espiarlo?
—No es difícil saber a quién visita el duque, lady Rebeca, los cocheros van y vienen y comentan… El duque se encuentra en una desagradable situación, él me ama, diría que con locura…
Rebeca se puso en pie, furiosa.
—Esta conversación no es de mi agrado. Le ruego que se marche cuanto antes, señora.
— Nuestro deseo es casarnos cuando yo enviude. No conocerá a mi esposo pero…
Lita no se detenía. Clavaba el puñal en la herida, cada vez más profundo. Rebeca no estaba dispuesta a permitirle ni una sola palabra más.
—¿No ha escuchado lo que he dicho? Es un tema sórdido que no me incumbe. Debería…
Lita Rendel también se puso en pie, entregada a su papel de dama desconsolada.
—He acudido a usted porque me consta su bondad y su buen carácter. Y que haría cualquier cosa por Andrew.
Rebeca apretó los puños. ¡Cielos! ¡Cómo le molestaba que lo llamase por su nombre!
—Márchese. No prestaré mi auxilio a este tipo de situaciones. Si el duque está en apuros por culpa de una relación con una mujer casada, apuesto a que será muy capaz de solventarla sin ayuda de nadie. Si ha sido tan imprudente como para entrar, sabrá cómo salir.
—Lady Rebeca…
Aunque su frase parecía un ruego, lo cierto era que aquella mujer ya había derramado el veneno que traía para Rebeca Percy. La joven ignoraba qué partes de su historia eran ciertas o si todo se trataba de una elaborada mentira: escucharla la había herido, el mal estaba hecho.
Se dirigió al llamador y tiró de él para avisar al servicio. En menos de veinte segundos tenía a una doncella frente a ellas.
—Acompañe a la señora Rendel, se marcha ya.
Aquella insufrible mujer inclinó la cabeza. Pero la comisura de su boca parecía estirada en una sonrisa a medias.
—En cualquier caso, ha sido muy amable al recibirme.
Rebeca no le respondió. Sacudió tajante la cabeza y sintió un inmenso alivio al ver cómo desaparecía tras la puerta de la calle.
Llevó la mano al corazón, su pecho agitado subía y bajaba con angustia. Si cerraba los ojos veía a aquella detestable mujer besando al duque del mismo modo que él la había besado a ella en el bosque.
De modo que los mantuvo abiertos. Todo lo abiertos que podía.
No le costó entender que Lita no había venido a pedir ayuda, sino a

restregarle su relación amorosa con el que se suponía su prometido. Que supiera que era a ella a quien amaba, tanto como para arriesgarse a mantener tratos furtivos que podrían arruinar su buen nombre.

Pero sin saberlo, y aunque la intención de Lita Rendel fuera lastimar a Rebeca y lo hubiese conseguido, también acababa de darle un asidero al que aferrarse en su lucha suicida contra lo que sentía.

Capítulo 22

Tengo algo terrible
que anunciarles, señoritas.

Por un tenso instante interminable, en aquel salón tapizado de motivos florales, solo se oyó el tintineo de la porcelana fina. Las cuatro mujeres sentadas entre cojines estaban demasiado impresionadas como para reaccionar. Ni siquiera respiraban. La sensible Anne Hagstings empezó a sentir un fuerte dolor de cabeza y Julianna Donne hizo lo imposible por controlar las nauseas. Penélope Waterman gimoteó como un gato de leche.

—No puedo creerlo —susurró Anne, con un hilo de voz—. Sencillamente, me cuesta creer algo tan monstruoso.

—Sentí lo mismo que usted al enterarme, querida. Repulsión, vértigo y miedo. Pero le aseguro que lord Walsh sabe lo que se dice, hubo un tiempo en que su intimidad con lady Stone y su… hija —a lady Evelyn le costó pronunciar la palabra—… en fin, que fueron bastante cercanos. Eso hemos podido comprobarlo todos.

—Pero hasta ese punto…

—Él lo niega, pero se nota que albergaba sentimientos románticos por lady Rebeca, y ciertas esperanzas de que en algún momento, su enlace se concertara. Cualquier necio se percataría de que está dolido.

—Y habremos de deducir, que resentido —agregó Julianna, en tono frío .

—Bueno, hasta cierto punto es lógico y comprensible.

—Pero las personas resentidas pueden llegar a ser maquiavélicas con tal de dañar al objeto de su tormento.

Lady Evelyn miró con disgusto a la veneciana que se empeñaba en desafiarla. Dar por cierta aquella historia, prometía meses de vehemente entretenimiento, y Julianna parecía tener siempre armas con las que contrarrestarla.

—Querida, en esta historia, de ser cierto el rumor, solo hay una mente diabólica y no es precisamente la de lord Walsh.

—En realidad, seguimos sin saber cuál fue la verdadera razón por la que esa pedida de mano nunca llegó a buen puerto…

—¡Claro que la sabemos! —exclamó lady Evelyn, muy ofuscada— ¿Acaso no me oyen? ¡Se la acabo de desvelar! ¡Lord Walsh sospechaba de la inocencia de lady Rebeca y con buena lógica y mayor sensatez, prefirió apartarse!

Anne Hagstings y su amiga Penélope asintieron con un cabeceo. Sin embargo, la señorita Donne continuaba en sus trece de dejar la versión

del caballero a la altura de una fábula.
—Esa es solo su palabra, su versión de los hechos. Deberíamos saber qué tiene que decir lady Rebeca de todo esto, antes de sacar conclusiones.
Anne y Evelyn gimieron escandalizadas.
—¿Preguntarle a una asesina? ¿Ha perdido usted el juicio?
—La están juzgando sin saber nada de nada, eso está mal.
—Estará mal en ese país infame del que usted viene, donde el pecado y el libertinaje campan a sus anchas —acusó Penélope Waterman, con voz estrangulada.
—Un hombre despechado puede tramar mil inventos con tal de manchar el buen nombre de la mujer que lo despreció —insistió Julianna, mirándolas de una en una.
Las señoritas se tomaron un respiro. Bebieron té con gesto melodramático y Anne Hagstings, además, suspiró.
—Acusar a una joven de algo tan grave sin prueba alguna, es una temeridad —añadió la veneciana.
Nadie respondió a su última sentencia. Todas la observaron con curiosidad.
—Defiende usted a lady Rebeca con mucha pasión —apuntó lady Evelyn entornando los ojos—, parece que intimaron bastante durante su corta visita.
—Y eso que no logró sacarle ni una palabra respecto a su posible compromiso con el duque —recordó la señorita Waterman.
—Simplemente, no me dio la impresión de ser una mujer capaz de hacerle daño a nadie, menos a su querida madre. Cuando la mencionaba se le empañaban los ojos.
—Podrían ser los remordimientos por su mala acción —aventuró Penélope, con voz aguda—; seguro que no le permiten conciliar el sueño. ¡Qué espantoso!
—Además de criminal peligrosa, es buena actriz. Dios nos proteja de las que son como ella —recitó lady Evelyn, en un murmullo malévolo.
La anfitriona, Anne Hagstings, rompió el incómodo silencio con un carraspeo.
—Francamente, escuchándolas a todas, no puedo dejar de reconocer que la señorita Donne tiene algo de razón, deberíamos ser precavidas con este asunto tan grave, y no dejar que se sepa hasta tener más información.
Julianna le dedicó una mirada de eterno agradecimiento, mientras que las de lady Evelyn y Penélope Waterman fueron de intensa contrariedad.
—Usted haga lo que guste. Le aseguro que yo me cuidaré, en lo posible, de permanecer en la misma sala que esa… esa… —lady Evelyn no consiguió rematar la frase.

—Ese alma poseída por el demonio —la ayudó Penélope, depositando sobre el plato una taza que temblaba.
—Exacto, querida. Un peligroso ángel negro del que a toda costa, siendo como somos señoritas virtuosas, debemos alejarnos.

Capítulo 23

Cuando Margaret no es, ni mucho menos,
quien tú te piensas.

Esta vez, Rebeca tomó la iniciativa. Galopó hacia Coventwood a toda velocidad, con el corazón latiendo al límite. Con el rostro y las palabras de Lita Rendel bien presentes en su memoria. Con la inocente buena opinión de Amelie respecto del duque.

Ya. Jamás ha dado un escándalo, pensó furiosa. *Porque los tiene bien escondidos.*

Llevaba dos noches sin dormir desde su conversación con la amante de su prometido. Necesitaba verlo, arrojarle a la cara lo que había sufrido enterándose. Insultarlo. El muy miserable la había besado aun teniendo otra mujer. Podía romper la promesa de matrimonio con lo que sabía.

«¿Verdad?»

Estar cerca de Andrew la ponía nerviosa. Le agitaba el corazón. Sus mejillas ardían sin permiso si la miraba. ¿Por qué diablos lo hacía de un modo tan insistente y poco correcto? Inapropiado, grosero para ser un duque, seguro que nadie se lo había dicho nunca. Ella no quería experimentar cosas así, la alejaban de su plan. Su pensamiento pretendía huir todo el tiempo, bien lejos donde no pudiera alcanzarla el intenso calor que despedía su piel, incluso a través de la ropa. Huir de las ideas indecentes que por su culpa, anidaban en su corazón y en su mente. Huir o caer en la tentación.

¿Cómo debía de ser estar desnuda a su lado? Piel con piel, sintiendo hasta el más leve roce. Percibiendo el tacto de sus manos, de sus largos dedos a lo largo de la espalda…

Deseo, tentación… Su aventura con una mujer casada.

—¡Rebeca! ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo es que te has decidido a venir?

Ella se giró con la frente perlada de sudor y la garganta seca. Culpa de las atrevidas ensoñaciones que había forjado mientras esperaba en el jardín.

—¿Te ocurre algo? —preguntó el duque— Te ves sofocada.

Rebeca deseó disponer de un abanico, pero no lo tenía. Agitó las manos delante del rostro, sin conseguir articular palabra. Él la estaba mirando de ese modo en que no quería que la mirase.

—Estoy bien. La cabalgada, quizá…
De un par de zancadas, Andrew se colocó ante ella. Le habría gustado retroceder pero habría sido muy descortés por su parte. El duque tomó sus manos con gesto preocupado. Por fortuna, los gruesos guantes de montar que ella aún no se había quitado, la protegieron de su letal contacto.
—Debiste venir en coche.
—A esta hora y con este tiempo, prefiero cabalgar.
—Es un largo tramo. Pero coincido, en cuanto se marchen los pocos días de sol que el cielo inglés nos regala, ya no será tan sencillo hacer vida en el exterior. A las almas libres como nosotros, nos complace respirar aire puro.
¿Había dicho «*como nosotros*»? ¿Por qué razón creía conocerla tan a fondo, el muy presuntuoso? Y más aún, ¿con qué derecho se comparaba con ella? No había la menor coincidencia, no eran iguales, ni parecidos siquiera.
Si él supiera…
—Encargaré unos refrigerios dentro. Está empezando a refrescar y si ese sudor se te enfría, podrías enfermar. ¡Señor Carson!
—Dígame, señor.
Rebeca se sobresaltó cuando el mayordomo brotó de detrás mismo de los setos, como si hubiera estado allí escondido todo el tiempo. Y su sudor… ¡no había pasado inadvertido al duque! Una dama jamás debe sudar, eso le decía continuamente su madre.
—Traiga una capa para lady Rebeca. Ordene que nos preparen té y unas limonadas, y que las sirvan en la terraza cubierta —organizó Andrew, ajeno a su enfado— ¿Te apetece alguna otra cosa?
—No —repuso ella, cortante—, limonada estará… bien.
Lady Rebeca cazó una sonrisa ladina en el hermoso rostro del duque. Era obvio que su turbación le resultaba divertida, se divertía mortificándola. ¿Notaba que su presencia la afectaba y la hacía tartamudear? ¿Desde cuando era ella tan insegura? ¿Desde cuándo temblaba delante de nadie? ¿Desde cuándo una simple fantasía le provocaba el mismo efecto físico de una carrera?
Dispuesta a recuperar el control, estiró la espalda, subió la barbilla y lo miró desdeñosa.
—Estaré bien. No olvide, duque, que me he criado en el campo.
—¿Paseamos?
Le ofreció un brazo que ella no tuvo más remedio que aceptar. Un paseo era una oportunidad tan adecuada como otra cualquiera, para plantear el espinoso asunto.
Rebeca se aclaró la garganta, planeando cuál sería su primera frase. Pero uno de los mozos encargados del santuario quebró su tenso silencio. Venía corriendo, agitado y mucho más sudoroso que ella.

—¡Señor! ¡Señor, tiene que venir! ¡Es Margaret!
—¿Qué le ocurre?
—Está pariendo, señor, creo que se nos muere.
Andrew aceleró el paso y lo fue apretando hasta acabar en carrera. Tras un segundo de titubeo, lady Rebeca se recogió las faldas y lo siguió.
—¿Has llamado al veterinario?
—Sí, señor, pero se encuentra lejos, tardará en llegar y no sé si la pobre Margaret…
—¡Aguantará! —sentenció el duque, lleno de fe— Nosotros estamos aquí para ayudarla. Llama a un criado, que acompañen a lady Rebeca a la casa… —Mientras dictaba órdenes, se desprendió de la levita, se la entregó al mozo, y se subió las mangas de la camisa.
Rebeca aseguró mejor su vestido, y lo persiguió a través de la arboleda.
—Nada de eso, me quedo aquí por si me necesitan. ¿Quién es Margaret?
—Una Hereford enana, milady —aclaró el mozo. Luego se dirigió al duque—. Señor, la veo muy mal.
—¿Una vaca? ¿Entonces, Margaret no es… una persona?
—Desde luego que no, no acogemos personas en el santuario —recordó Andrew, burlón—. De momento.
Llegaron hasta la cuadra. Desde fuera, en la distancia, se oían los largos lamentos de la desdichada Margaret, tumbada en el suelo, rodeada por tres ejemplares de raza Red Poll, mucho más grandes, sin cuernos y con un brillante pelaje color ciruela, que la observaban con curiosidad, transmitiéndole apoyo.
—Iré a por agua hervida; parece que el ternero viene torcido, señor —indicó el mozo, limpiándose agobiado, el sudor de la frente con la manga.
—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó el duque.
—Más de seis horas, señor.
Demasiado tiempo, malas noticias. Margaret ya había parido antes varias veces, solo que a diferencia de ahora, que se encontraba protegida en el santuario, le habían arrebatado sus bebés sin compasión alguna. Esta vez sería la primera que podría disfrutar de su maternidad y del cuidado y compañía de su hijo. No podían permitir que muriera. No después de tantos sacrificios. Andrew le acarició la cabeza, húmeda por el sudor, y ella la giró débilmente en su dirección y le lamió la mano antes de soltar otro mugido desgarrador.
Para su total sorpresa, lady Rebeca se arrodilló a su lado. Sentir su cuerpo y el calor que emanaba tan cerca, lo distrajo un instante. Eso, por no mencionar que los habían dejado peligrosamente solos.
—Está sufriendo mucho —observó ella, consternada.

—Sí, hay que ayudarla o no saldrá de esta. Vamos, pequeña —Andrew empezó a masajear la inmensa panza hinchada. Su pobre vaca gritó de dolor—, vamos a sacar a ese chiquitín de ahí dentro para que juntos podáis disfrutar de una vida tranquila y feliz. Vas a pelear, ¿me lo prometes?

Bajo sus manos, la piel del vientre se deformaba por los espasmos del ternero que luchaba por recolocarse. Rebeca alargó sus dedos temblorosos y los colocó muy cerca de los del duque. Se secó una lágrima emocionada con la punta de los dedos, y se esforzó en sonreír. Había decidido guardar lo que sabía acerca de su reprochable aventura con la señora Rendel, para mejor ocasión.

Capítulo 24

Nada como compartir una llegada al mundo.
El valor de unos ojos que por primera vez, se abren.

—¿Tienes alguna experiencia con bovinos? —le preguntó Andrew, tratando de ignorar su delicado perfume, que empezó a envolverlo.
—Ninguna, ojalá la tuviera y pudiese ser de más ayuda. ¿Por qué están todas estas otras vacas aquí?
—Son animales gregarios, si la aislamos, solo conseguiremos incrementar su nerviosismo. ¿No te dan miedo?
Rebeca alzó los ojos y se encontró de frente con los del ejemplar más imponente de Red Poll. Fue divertido ver cómo disimulaba el escalofrío.
—No más que un caballo —aseguró con firmeza.
—Poca gente sabe que son animales dóciles y amables, sumamente sensibles. Estas, que además han conocido las miserias de una vida terrible donde eran severamente maltratadas, son tan agradecidas que te romperían el corazón.
Andrew masajeó con vigor la tripa hinchada, tratando de ayudar a que el ternero lograse la posición correcta. Margaret encadenó un mugido de desesperación con otro, en lo que parecía una agonía sin fin. Entonces, lady Rebeca cambió de posición y sin importarle lo más mínimo que su precioso traje se manchara, se colocó junto a la cabeza de Margaret, la acomodó en su regazo y acarició su frente de pelo rizado, susurrando en voz baja una especie de nana.
Margaret calló al instante y se permitió cerrar los ojos. Andrew la miró admirado.
—¿Cómo lo has hecho?
—*Shhh*, sigue ayudándola.
De entre las patas traseras de Margaret, un bulto resbaladizo empezó a sobresalir.
—¡Aquí está! ¡Vamos, Margaret, empuja, empuja!
—Llega tu hijito, pequeña, vamos, hazle caso al duque, empuja, empuja con todas tus fuerzas —le susurró Rebeca, con dulzura junto a la oreja.
En ese momento, entró corriendo el mozo, con la cara colorada y la jofaina de agua hervida en las manos, atónito de que tan ilustre dama no hubiese tenido reparos en tirarse al suelo a desempeñar el trabajo

de una granjera. Andrew le hizo una seña para que se arrodillara, y mientras lady Rebeca seguía tranquilizando a la madre con aquella voz suave y medio hipnótica, el chico y el duque se ocuparon de la cría, que por fin, había encontrado el modo de venir al mundo.
Las miradas de Andrew y Rebeca se encontraron en un guiño cómplice. Él le agradeció su ayuda con una sonrisa, y ella quiso saber si todo iba bien, con sus pupilas brillantes. El duque asintió, sin dar crédito aún al giro de los acontecimientos. Aquella joven se parecía poco a la lady Rebeca que él conocía. O acaso… ¿a la que creía conocer? Trató de desechar la imagen que de ella se había hecho a los catorce años y al hacerlo, lo invadió una necesidad impetuosa de pedir perdón, de apretarla contra su cuerpo, incluso de besarla de nuevo, un deseo que a duras penas podía ya contener.
Menos mal que el ternero, envuelto a medias en su bolsa, cayó en ese momento al suelo para que el duque se concentrara. Andrew se apresuró a cortar el cordón umbilical y de nuevo, a masajearle la panza para ayudar con la expulsión de la placenta. Margaret levantó pesadamente la cabeza buscando a su hijito, pero no había vuelvo a mugir ni a expresar dolor desde la intervención de Rebeca. Andrew liberó a la vaquita de sus envolturas y la alzó en el aire para que su prometida pudiera verlo. A continuación la acomodó junto a su madre.
—¡Es preciosa! —suspiró Rebeca emocionada.
—Y tú has ayudado a traerla al mundo.
—Apenas si he aportado algo de provecho…
—No te quites mérito, tienes muy buena mano con los animales.
—Todo el mérito es de Margaret —volvió a acariciarla— ¡Bien hecho, pequeña, bien hecho! Mira qué preciosa es tu hijita.
Mientras el mozo limpiaba y Rebeca pasaba las manos por el suave pelaje húmedo del bebé y de la agotada madre, el duque se permitió admirarla a ella. Una mujer excepcional, distinta a todas las que había conocido, sorprendente, cercana y entregada, además de insoportablemente hermosa. Se sintió bendecido. Bendecido por una promesa hecha sin más razón que el agradecimiento.
Se puso en pie y le ofreció una mano. Ella la aceptó, incorporándose. El estado de ambos era lamentable. Sucios y sudados como si se hubiesen revolcado por el lodo.
—¿Qué tal asearnos y ordenar algo de comer?
—Estoy desfallecida, pero no tengo más ropa…
—Eso no es un problema, los armarios de esta casa rebosan trajes que mis hermanas prefirieron olvidarse cuando se casaron. Guardarropa completo nuevo, y la comodidad de no tener que cargar con demasiado equipaje cuando vienen a Coventwood a pasar una temporada. Si no te molesta usarlos…

—Por supuesto que no —dijo resuelta.
La punta de sus dedos colocó los mechones desordenados de su cabello oscuro. Por segunda vez, Andrew persiguió el movimiento como un embrujado.
—Vamos pues, mi estimada lady Rebeca —le ofreció el brazo—, confieso que esta faceta tuya de hoy, ha sido todo un descubrimiento.
Antes de salir de la cuadra, los dos se giraron a un tiempo, a despedirse de Margaret con una mirada tierna. Lamía con desbordante amor a su pequeña, la primera cría que no le arrebatarían para enviarla al matadero, y a sus espaldas, las Red Poll parecían felicitarla. Al duque se le inflamó el corazón de emoción y cosas buenas.
—Las vaquitas de esta raza tienen un instinto maternal muy acusado, son dedicadas y cariñosas. Por eso sufren tanto cuando las separan de sus hijos. Ojalá pudiera salvarlas a todas —explicó en un murmullo, casi sin pensar.
Cuando levantó los ojos, Rebeca Percy lo observaba fijamente. El duque quiso cambiar de tema y salvar su dignidad masculina, pero no supo cómo hacerlo.
—Ella y la pequeña serán muy felices —explicó, dedicando una última mirada a la vaca. Rebeca disimuló una risita— ¿Qué te hace tanta gracia?
—Su nombre. ¿Cómo es que la bautizaste Margaret? Mi madre tenía una amiga pesada que se llamaba igual.
—¡Y la mía!
—¡Que ponía los ojos en blanco mientras contaba sus historias! —corearon los dos al unísono. La extraña coincidencia los hizo estallar en carcajadas.
—Creo que se trata de la misma persona, la insoportable lady Margaret Grant —dijo Andrew.
Rebeca lo miró con ojos chispeantes.
—La misma. La chismosa de los sombreros espantosos.
Se quedó hechizado, envuelto por la luz de la cara de Rebeca y por su perfecta sonrisa. Tenía sangre mezclada con tierra en la mejilla y sin pensar, levantó un dedo para limpiársela. Ella no lo rechazó, no retrocedió, solo lo observó con una mezcla de timidez y sorpresa, y se estremeció al contacto.
El duque se aclaró la garganta.
—Disculpa. Caminemos hasta la casa, bien nos hemos ganado el almuerzo que espera.

Capítulo 25

En nombre de un corazón inocente
que explota de emoción.

Los que presumen de haber vivido mucho y de haberse enamorado muchas veces, dicen que compartir sucesos extraordinarios une, forma una especie de lazo místico, invisible pero tan fuerte, que nadie, ni siquiera los afectados, pueden romper. El nacimiento del bebé ternero fue para Rebeca, un reinicio de todos los relojes. Mientras asistían a tan emocionante evento, el duque y ella se habían mirado muchas veces, y no habían sido miradas esquivas ni frías, pese al remolino de reproches que ella guardaba dentro.

La contrariaba mirar al duque con otros ojos, más benevolentes, incluso por encima de su censurable relación con la señora Rendel. Lord Richmond había sido un extraño para ella en un principio, y Rebeca no solía encontrarse cómoda con extraños. Ahora, sin poder evitarlo, todo cambiaba.

En la terraza, bajo el sol, compartieron el que para ella fue el mejor almuerzo en mucho tiempo, mientras, respondiendo a cada pregunta que ella hacía, Andrew narraba la triste historia detrás de cada habitante del santuario.

—Nunca imaginé que las personas pudieran ser tan crueles, que fuesen capaces de hacer cosas tan terribles a seres indefensos incapaces de odiar —apuntó Rebeca, estremecida.

—El trato que un humano dispensa a los animales dice mucho de la verdadera naturaleza de su alma —respondió el duque, alzando la copa.

—Entonces tu alma debe de ser bondadosa.

—¿Te gustaría?

El tono de su pregunta fue toda una promesa de tormenta y lujuria que elevó la temperatura de la sangre de Rebeca, y puso a galopar su pulso.

—¿Quién querría un hombre perverso a su lado?

—¿Acierto si tengo la sensación de sentirme cada vez un poco más aceptado?

Ella respondió con una sonrisa condescendiente. En una de las estancias privadas del monumental palacio, tres doncellas se habían ocupado de prepararle un baño en el que Rebeca procuró estar el menor tiempo posible, y luego la habían ayudado a elegir un vestido

entre más de cien, casi todos de su talla. Llevaba puesto uno precioso, de terciopelo color rubí y ajustada manga larga. Por primera vez en su vida se sentía bella. Y el modo en que el duque la miraba y se dirigía a ella, como si estar a su lado fuese el único motivo por el que había nacido, la hizo sentir, además, deseada.
Eso no implicaba que Rebeca fuese a ceder. Significaba, tan solo, que él era tentador y hechicero, que ella no era ciega, y que empezaban a llevarse bien. Siempre que consiguiera pasar por alto la historia de Lita Rendel.
No podría.
—Seamos amigos, duque. Es una salida honorable para la promesa que ambos hicimos a mi madre —propuso con tono alegre.
Los ojos de Andrew fueron incapaces de ocultar el desencanto que sintió.
—Bueno, diría que no es un mal comienzo para un matrimonio…
—No me has entendido. Una boda no es necesaria. Podemos ser amigos y seguir siendo libres. Si uno de los dos se mete en problemas, el otro…
—Cumpliré con lo que prometí. Ni más ni menos —interrumpió él con firmeza.
Rebeca pestañeó confusa. Empezaba a enfadarse.
—¿Por qué suena tan tajante?
—Suena exactamente como quiero que suene.
—Que sepas que tengo muy mal genio —advirtió.
La sonrisa de Andrew le pareció una insolencia.
—Lo intuía —replicó, con total tranquilidad.
—Y soy hosca y grosera con las visitas.
—Con franqueza, tampoco es de mi agrado que extraños invadan la intimidad de mi hogar.
—Incluyo a los que considero amigos —insistió Rebeca, con los labios apretados. Richmond no se inmutó.
—Bien hecho, Rebeca, a los amigos no hay que permitirles que se tomen demasiadas libertades.
—¡Deja de bromear! Eres odioso.
—¿Lo soy?
—Dime la verdad, ¿toda tu vida has tenido claro que deseabas tener esposa?
—Por supuesto que sí.
—Me disculparás si no te creo…
—Eres libre de creer lo que gustes. Me temo que no puedo evitarlo.
—¿Por qué continúas tan interesado en casarte?
—¿Y tú, por qué sigues tan obstinada en no hacerlo?
—¿Llegarías hasta ahí solo por fastidiarme? Tienes derecho a seguir con tu vida, con tus aventuras amorosas —dejó caer, aunque el duque

no se alteró— y tus viajes exóticos. No debes sacrificarte.
Y ella podría seguir guardando sus secretos con celo.
—¿Tenemos que acabar discutiendo en cada ocasión que hablamos?
—Yo no discuto. Tú eres terco hasta lo insufrible.
—¿Por querer cumplir con mi palabra? Te recuerdo que también es la tuya.
Rebeca lo fulminó con la mirada.
—Te diviertes mucho con todo esto, ¿a que sí?
—Bueno, es que no acabo de entender que seas tan reacia al compromiso.
—¡Me siento presionada!
—No veo el porqué, tu madre así lo deseaba, me agradas, te agrado…
—¿De qué hablas? —se escandalizó.
Por un momento, Rebeca pensó que la cubriría de vergüenza al reprocharle no haber rechazado su beso. En lugar de eso, Andrew alzó las manos en un adorable gesto de rendición.
—De nada impúdico, desde luego, me refiero a que nos consideramos mutuamente personas decentes y agradables, dignas de confianza…
La gente normal solía ser, o amable o inteligente. O irresistible o decoroso, pensó Rebeca. ¿No podía ser él una de aquellas cosas, en lugar de todo? Maldito codicioso…
—¿Milady?
—¿Eh?
—¿Nos consideramos… decentes? ¿Todo lo correcto que cabría esperar de dos hijos de buena familia?
—Ya que lo preguntas, no deberíamos. Muestras mucho interés por mis amores del pasado, y voy a satisfacerlo. No deseo casarme contigo, porque aunque mi madre lo pasara por alto por no ser de su agrado, yo… —Rebeca vaciló—, yo ya estoy prometida.
El duque palideció.
—¿Lo estás?

Capítulo 26

Quedarse prendado
del sonido de una risa, del ángulo de
unos ojos que te miran sin intención.

Rebeca llenó de aire y valor sus pulmones.
—En efecto. Se llama Simon, es un joven duque francés, muy acaudalado, primo alejado del heredero al trono.
—Y os prometisteis, ¿cuándo? —consiguió preguntar Andrew con la garganta seca.
—Cuando todavía vivíamos en París.
Así que un primo del heredero. Así que de cuando vivían en París. Andrew soltó aire, bastante más sereno al sospechar, con fundamento, que su prometida mentía.
—Rebeca, viniste a Inglaterra con trece años, ¿quieres hacerme creer que te mantendrías fiel a una promesa que hiciste de niña?
—No se trata de una promesa infantil, ambos sabemos lo que sentimos y no pensamos traicionar la palabra que nos dimos.
La confesión de Rebeca era falsa, se lo estaba inventando todo, Richmond podría jurarlo. Pero la consistencia de sus afirmaciones era tal, que por un instante, la duda le congestionó el rostro.
—¿Has mantenido contacto? ¿Correspondencia? ¿Ha viajado para verte? ¿Acaso he estado yo todo este tiempo respetando tu duelo mientras que tú coqueteabas con otro a mis espaldas?
Un interrogatorio frenético e injusto. Rebeca no pudo contener por más tiempo la furia que escondía.
—¿Respetando mi duelo? ¿A divertirte con la señora Rendel le llamas tú respetar mi duelo? —Él intentó abrir la boca, y ella lo cortó apuntándole con un dedo— No te atrevas a negarlo, lord Richmond, sé de esa historia con tu mujer casada, se tomó la molestia de venir a Amschel House en persona, a ponerme al corriente de todo. Es vergonzoso.
—¿Eso hizo? La muy…
—Siento mucho que tu fachada de hombre honorable, digno y perfecto, se haya hundido. No eres más que un libertino que mientras yo lloraba a solas mi pérdida, jugaba a ser el prometido fantasma y se divertía.
El duque se puso en pie y caminó alrededor de la mesa, a grandes zancadas. Atrapado. Furioso. Con Lita. Consigo mismo por no haber previsto una jugada así de sucia, por su parte. Desolado por cómo aquello podía perjudicar la frágil conexión que había conseguido

construir con Rebeca. Notó que los ojos se le humedecían cuando la miró de frente.
—¡De acuerdo! —reconoció en agonía— ¡Perdóname! Disculpa si tuve dudas, si me lo pensé dos veces, si me pregunté si un matrimonio en estas condiciones me haría feliz. ¡Disculpa por ser de carne y hueso y no tener siempre las ideas tan claras como debería!
—Te estoy ofreciendo en bandeja la posibilidad de seguir con tu vida de libertad absoluta —le recordó ella, con tono gélido.
—No la quiero.
Rebeca lo miró fija y directamente a los ojos. Sus mejillas enrojecieron como cerezas, pero sacó fuerzas y consiguió que no le temblase la voz al preguntar.
—¿Tanto te gusto?
El rostro del duque perdió el color y las palabras no brotaron de sus labios con la facilidad de siempre. El ladrón en su propia trampa, pensó Rebeca satisfecha. Pero al lacayo que se acercaba cargado con la bandeja de los postres, debieron de impresionarle las palabras de la dama aún más que a Richmond, ya que tropezó de un modo escandaloso y cayó de bruces al suelo, entre exclamaciones, pudding y pastelillos de nata. Andrew saltó de su silla con intención de ayudarlo.
Todo muy conveniente. Rebeca puso los ojos en blanco.
Digamos que el duque era un caballero con la suerte de cara.

Andrew dio gracias al cielo por el oportuno tropezón de su lacayo, que lo libró de tener que contestar tan irreverente pregunta. En toda su vida, una mujer había disparado más directa y sin titubeos a la hora de querer saber algo.
Y de momento, él no conocía la respuesta. Lady Rebeca lo atraía hasta la locura, pero atracción y amor no suenan igual. ¿Era el peso de su promesa lo único que le impulsaba a insistir acerca del matrimonio? ¿O acaso podía más el placer del jugueteo que ella, sin saber, le proporcionaba? Por su alma que le habría gustado saberlo.
No debía olvidar al aventurero insaciable, al depredador sexual que escondía en su interior, al hombre que en cuanto embarcaba dejando atrás los acantilados del reino británico, extendía sus alas y olvidaba las reglas de lo correcto, para entregarse a una inacabable búsqueda del placer.
Ese también era él, seguían siendo la misma persona.
Superando el azoro del lacayo, que se resistía a ser auxiliado por su señor, Andrew lo ayudó a incorporarse, le preguntó repetidamente si se encontraba bien, encargó a las doncellas que acudieron corriendo a limpiar que avisaran al señor Carson, cuando este apareció, lo mandó a buscar al médico con el pretexto de que bien había podido ser un

mareo en lugar del evidente tropiezo que todos habían visto, y finalmente, se entretuvo mirando cómo se llevaban al muchacho, deshaciéndose en disculpas, y cómo limpiaban las doncellas, antes de decidirse a sentarse de nuevo a la mesa.
La inoportuna interrupción había quebrado la tensión del momento. Bendita fuera.
Lady Rebeca estaba angustiada. Y no por la falta de respuesta del duque, sino por el accidente del muchacho. Otra muestra más de su corazón compasivo.
—¿Se encuentra bien? —quiso saber, con una dulzura que realmente, lo desarmó.
—Es posible que haya sufrido un vahído, he ordenado que lo vea el médico de inmediato.
—Cuán considerado, duque.
—En Coventwood y en cualquiera de las otras casas, somos como una pequeña gran familia. —Sonrió y se permitió bromear—Mucho me temo, Rebeca, que nos hemos quedado sin postre.
—Ya hemos comido demasiado —replicó ella, demasiado seria.
—No debes creerme, si algo sobra en esta casa es comida. Nuestra cocinera es incapaz de contabilizar las raciones con un ápice de ajuste.
Como refrendando su afirmación, dos nuevos lacayos cargados con bandejas y un amplio surtido de postres, hicieron su aparición.
—Tienes que probar un poco de cada uno, son auténticas exquisiteces. Cuando vivas aquí, me ocuparé de que tus comidas sean nutritivas y deliciosas.
Ella lo miró con sorpresa y algo de disgusto.
—Eso ha sonado bastante paternalista.
—¿Protegerte de todo mal no es una de las funciones que se me suponen como prometido y futuro esposo?
—Sean cuales sean las funciones que te has adjudicado, te agradecería que borraras esa risita insolente de tu cara. En Amschel House nos alimentamos más que correctamente, por si tienes alguna duda. —Lo taladró un instante con sus ojos claros que, pese a todo, no consiguieron perder calidez—. Es como si todo esto fuese un simple juego que te entretiene. Hace un rato me has mentido. Y lo has hecho mirándome a los ojos, sin ningún reparo.
—¿Cuándo y en qué? —exclamó, ofendido.
—Al decirme que toda tu vida deseaste casarte. Duque, aunque tengo poca vida social, oigo hablar a la gente. No has tenido el más mínimo interés en buscar esposa, en lo que llevas de existencia adulta. Y el que tengas una amante es prueba bastante de tu falta de interés por un vínculo formal.
—La gente cotillea sin fundamento, es el pasatiempo nacional, ya lo sabes.

—Te aseguro que la Lita Rendel que se sentó en mi estudio no es ningún chisme. Es una mujer de carne y hueso, que siente y respira.

—Lo de la señora Rendel acabó hace tiempo. No he vuelto a verla jamás.

Rebeca no supo qué replicar. Podía decidir creer en la honestidad que leía en sus ojos o pensar, por su bien, que era un mentiroso mujeriego en el que no se podía confiar.

—Hay muchas cosas de ti que aún ignoro, entenderás que no tengo por qué casarme con alguien a quien apenas empiezo a conocer.

—Vaya error el mío —replicó Andrew, también airado—, pensé que en Inglaterra y entre la gente de nuestra clase, era la costumbre más arraigada.

Rebeca levantó la barbilla y lo miró con un brillo de intenso desafío en los ojos. Al duque se le aceleró el corazón. Como de costumbre, su tentativa de conversación había virado a campo de batalla. ¿Era muy retorcido por su parte, interpretar tanto enfrentamiento como que habían empezado a importarse?

—Lo será para quien no tenga opciones —dijo Rebeca con tono afilado —. Pero yo las tengo.

—Así que te sobran opciones.

Ella lo encaró, provocadora.

—Me sobran, señor, no te quepa la menor duda.

Capítulo 27

Una apuesta sin intención.
Muchas opciones. Un solo resultado posible.

—De acuerdo, entonces te propongo un trato. Pero si lo aceptas, comprometes tu honor y tu apellido. En caso de que pierdas, deberás cumplir con lo que acordemos.
—¿Y en caso de que gane?
—Serás completamente libre. Yo me olvidaré del deshonor que supone incumplir la promesa que le hice a tu madre. Cargaré con mi padecimiento, pero no volveré a molestarte.
Fue difícil interpretar la expresión del rostro de Rebeca al escucharlo. ¿Acaso una muestra de interés mezclada con algo de… desencanto?
—Dime de qué se trata para que pueda decidir.
—Ya que te sobran opciones, siempre según tu versión de la realidad, fijemos como plazo máximo el de un mes, antes de anunciar nuestro compromiso. Durante ese tiempo, deberás acudir a bailes, fiestas y encuentros sociales. Tantos como te sea posible. Yo asistiré a algunas y a otras no, guardaremos las apariencias de una cordial y casta amistad en base a la cercana relación de nuestras madres. Y veamos qué pasa.
—No comprendo a dónde pretendes llegar.
—Puesto que no hay anuncio oficial de compromiso, la gente deducirá que eres una joven casadera y disponible; demos a todas esas «opciones» la oportunidad de cortejarte.
—¿Con opciones te estás refiriendo a… pretendientes?
—¿Tú no?
—¡Desde luego que no! Puntualizaba sencillamente el hecho de que puedo vivir lo que me resta de vida sin necesidad de casarme. ¿Pero si acepto y gano quedaré libre de la promesa?
Andrew cabeceó, asintiendo.
—¡Entonces consiento ese reto! —se apresuró a añadir ella.
A Richmond se le escapó una sonrisa de lobuna satisfacción. El carácter rebelde y vehemente de Rebeca lo fascinaba, y su descarada arrogancia le decía que ella no encontraría, ni por asomo, un partido mejor que él. ¿Por qué no jugar un poco?
—Entonces, un mes. Si en un mes te enamoras o sientes verdadero afecto por algún otro caballero, si decides que preferirías casarte con él antes que conmigo, habrás ganado la apuesta.

—Me parece justo. ¿Pero qué ocurre con Simon?
—¿Simon?
—Sí, Simon. Sabes muy bien de quién hablo. No podemos dejarlo fuera del acuerdo.
Lord Richmond meneó la cabeza mientras meditaba.
—Aunque no acabo de entender por qué, voy a ser extremadamente generoso con este asunto. Si con total sinceridad entregas tu corazón a otro caballero o el tal Simon aparece, quedas libre de tu compromiso conmigo. Ya puedes escribirle —culminó, con un guiño pícaro.
—Necesitaré más de un mes para eso.
—En ese detalle no pienso claudicar. Ya he hecho bastante admitiéndolo. Un mes es todo cuanto puedo concederte.
Rebeca frunció el ceño y sus hermosos y deseables labios se apretaron contrariados. Era tarde para retroceder.
—Acepto.
Andrew le tendió una mano y tras una breve vacilación, ella entregó la suya, blanca y diminuta, aterciopelada. Habían dado un paso sin saber bien a dónde los llevaría.
—Y ahora que ya te has salido con la tuya, duque, demos por terminado el espectáculo; creo que es hora de volver a Amschel House.
Hizo amago de levantarse y él imitó su movimiento, con la única intención de impedirlo.
—¿Has perdido el juicio? ¿A estas horas? No puedo permitirlo habiendo mil habitaciones en esta casa; te quedarás como mi invitada y mañana le diré al cochero que te devuelva sana y salva tras el desayuno.
—¿Quedarme a dormir aquí? ¿A solas? ¿Contigo?
Andrew puso los ojos en blanco.
—Debe de haber alrededor de setenta criados, Rebeca, tienes mi palabra de que no estaremos solos.
—¡Duermen demasiado lejos! —se sofocó ella. Resultaba divertidísimo ver cómo se coloreaban más y más sus mejillas.
—¿Qué temes de mí? ¿Pones, acaso en entredicho que sepa comportarme como el caballero que soy?
Rebeca lo retó con los ojos encendidos y los puños apretados. Parecía a punto de propinarle una patada donde más duele.
—Si alguien se enterase de que he dormido en Covent Palace…
—Estarías acabada. Pero nadie va a enterarse. El personal de servicio de esta casa es de total confianza, y yo guardaré tu secreto por los siglos de los siglos.
Rebeca suspiró. No estaba acostumbrada al vino. Si dudaba, probablemente es que había bebido demasiado. El duque tenía la virtud de trasladarla, a toda prisa, de la serenidad a la histeria. Tan

pronto lograba que bajase sus defensas y lo viese como a un amigo confiable, como a continuación, retomaba el tema del compromiso, colocándola en una situación embarazosa de la que solo ansiaba escapar.
Con un par de frases sin ensayar y su aplastante seguridad, había salido ileso de las acusaciones. Era un hombre, ¿qué más daba que tuviera amantes estando soltero? Esas eran las injustas reglas de la sociedad donde vivían, ella no podía romperlas. El compromiso seguía en pie, lo que la hacía sentir insegura, casi amenazada. Porque los secretos que ocultaba eran puro hierro y de revelarse, podría perderlo todo. Mas si el duque callaba, ¿de qué estaban hechos los suyos?
Cuando Rebeca se perdía en sus ojos, olvidaba cómo era posible que su madre, a sabiendas del peligro que entrañaba todo lo que callaban, la comprometiese con alguien como él. Algo así, que solo podía acabar en catástrofe. Si Richmond finalmente averiguaba, no habría promesa en la tierra, ni siquiera sellada con sangre, con el suficiente valor como para exculparla. Se sentiría ultrajado, humillado y engañado. Y con razón.
—Lo siento. Entenderás que no puedo aceptar tu hospitalidad. Ordena que preparen el coche.

Andrew no insistió. Y en el camino de regreso a Amschel House, Rebeca decidió que debía ganar a toda costa aquella ridícula apuesta que en un principio no llegó a tomar en serio, y ahora se convertía en su única salida digna.
Llegó a la mansión bien entrada la noche, y Amelie la recibió con el rostro crispado por el desasosiego. Rebeca levantó una mano para tranquilizarla.
—Sabes perfectamente de dónde vengo, Amelie, te avisaron de que volvería tarde.
—Milady, el mensajero del duque llamó a la puerta cuando todos dormíamos o intentábamos dormir. Mi angustia ante su ausencia no me lo permitía.
—Siento mucho haberte causado problemas. Se me hizo demasiado tarde. El duque fue incluso tan galante como para ofrecerme alojamiento. Más bien me prohibió viajar. ¿Imaginas lo escandaloso de su oferta? Pero eso a ti no te molesta, las muestras de autoritarismo de lord Richmond te fascinan. ¿Puedo tomar un poco de té antes de dormir?
—Servido y esperándola, lady Rebeca.
—Acompáñame al estudio. Y borra esa desazón de tu rostro, estoy bien, como ves, no me ha ocurrido nada malo.

Capítulo 28

Algo me crece dentro, me muerde el corazón.
Algo que arde y a lo que no sé poner nombre.

Rebeca esperó a que le sirvieran para poder quedarse a solas con el ama de llaves.

—Sé sincera, sin jugar a fingir. En el fondo, la idea de que hubiese pernoctado en Coventwood, te agrada. Hasta donde sé, el duque es un pretendiente muy de tu gusto —planteó con sorna.

Amelie abrió los ojos con desmesura.

—Nunca podría afirmar algo así; menos, respecto de semejante atrevimiento.

—Pero solo porque sería muy inapropiado en boca de una dama. Por alguna razón, a mi madre le seducía el duque, a ti también. Pero ahora sé que no me casaré con él, no importa lo que pueda agradarme. Porque me agrada, Amelie, el duque ha logrado cautivarme sin importar las cosas terribles que pueda averiguar sobre él, sería capaz de perdonárselas todas. Sin embargo, debo renunciar a lo que siento y esa renuncia me hará desgraciada

Amelie dio un paso adelante y Rebeca le rogó con un gesto que se sentara a su lado. La joven necesitaba afecto y calor humano, casi con desesperación. Como si le leyera el pensamiento, Amelie tomó su mano helada y la apretó con cariño.

—Lo hecho, hecho está. Siga adelante, milady, debería confiar un poco más en el juicio de lady Stone, su madre no podía estar equivocada respecto al duque, es un gran hombre.

—Mi querida madre pareció olvidar nuestro pasado cuando nos empujó a prometernos, y a mí me toca protegerlo. —Levantó hasta ella unos ojos llorosos—. Todos somos cómplices, Amelie, mis padres, yo misma, incluso tú.

—No debería atormentarse con esas cosas. Cásese con el duque, olvide las pesadillas y trate de ser feliz. Es lo que lady Stone deseaba.

Rebeca suspiró hondo, con la certeza de que nada conocido aliviaría el enorme peso que llevaba sobre los hombros.

—La señorita Donne vino ayer tarde a visitarla, parecía agitada y deseosa de entrevistarse con usted. No le dije dónde se encontraba, solo que estaba visitando a unos parientes. Y han llegado varias invitaciones para algunos bailes…

Lady Rebeca Percy se animó, como si le hubiesen inyectado vida.

—¡Estupendo! ¿Puedo verlas?

El ama de llaves la miró, incrédula.

—¿Es que piensa asistir?
—Desde luego, ¿no es lo que me aconsejáis todos? ¿Que regrese al mundo?
Y tenía una apuesta que ganar, un desafío en el que le iba la misma vida.
Amelie encargó a una doncella que trajera la bandeja con las invitaciones y de entre todas ellas, Rebeca escogió el baile de lady Margaret Grant, la chismosa de los sombreros espantosos, quizá en recuerdo de las risas compartidas con el duque.
Detestaba que de una forma u otra, él no saliera de sus pensamientos, aunque también la reconfortaba. La luz en sus ojos, la voz sensual, ronca y profunda a la que su piel reaccionaba erizándose. Y su beso… un beso tan apasionado que fue un roce y un adiós. Deseaba más de aquello.
¿Hasta dónde querría llegar, dónde la tocaría mientras hacía suya su boca si ella se entregaba? No debía pensar aquellas cosas, se acaloraba con solo imaginarlo.

Capítulo 29

Una amenaza en forma de carta.
Un puñado de frases o de palabras
que no dicen nada y lo dicen todo.

Una curiosa casualidad, que después de haber bromeado con lady Rebeca acerca de los sombreros y los ojos en blanco de la común amiga de sus madres, la buena dama decidiera celebrar un baile. El duque consideró dentro de lo probable que su esquiva aspirante a prometida acudiese.

Miró la taza de porcelana y la columnilla de humo procedente del té recién servido. Con la punta del dedo acarició el asa, cálida y sedosa, como la zona del cuello de Rebeca, cercana a su oreja. Aquella deliciosa hendidura con profundo aroma a ella.

La reticencia de lady Rebeca Percy a aceptarlo como esposo, encendía su curiosidad. Había respondido ardiente a su beso, no había llevado el asunto de Lita más allá de un mero reproche, la misteriosa historia de Simon había sido finalmente un alivio, nada por lo que debiera preocuparse.

¿Qué escondía, entonces?

Cierto es que no lo necesitaba para sobrevivir pero ¿a qué mujer le gustaba estar sola, renunciar a hijos, familia? Andrew no se había tomado su rechazo como algo personal hasta que habló de opciones. Ahí se preguntó si estaría pensando en no casarse con él, pero sí con otro cualquiera. ¿Qué talentos requeriría su candidato ideal?

—¿Señor?

La llamada de atención de Carson lo sacó de su ensimismamiento. Llevaba absorto varios minutos y el ceño le dolía de fruncirlo con fuerza.

—¿Le preocupa algo, señor?

—No, Carson, todo bien —respondió, bastante distraído—. Por cierto, pienso asistir al baile de lady Margaret Grant en dos días.

—Muy bien, señor, dispondré sus trajes y cualquier otra cosa que pueda necesitar.

—Carson, ¿qué opinas de las mujeres?

El pobre hombre estuvo a punto de caerse muerto al suelo.

—¿Así… en general?

—Sí, sin concretar, ¿qué opinas de la idea de convivir con una mujer, casarse?

—Bueno, señor, imagino que siendo un duque es casi una obligación

prolongar el apellido, el título, la heredad familiar.
—No me refería a mí mismo, sino a cualquier hombre.
—No podemos comparar a un duque con el resto de los hombres, señor, lo siento.
Andrew asintió con un cabeceo. Por desgracia, Carson tenía razón. Ser duque llevaba implícitas ciertas cargas y la de tener hijos, cuantos más mejor, era una de ellas.
—¿Le traigo la correspondencia, señor?
—Sí, Carson, gracias.
Una doncella se apresuró a llenar su taza medio vacía y con poco entusiasmo, el duque aceptó un bollito dulce con mantequilla, de los que había en la mesa. De algún modo, le enfurecía que Rebeca Percy ocupase todos sus pensamientos, no poder dejar de hacerse preguntas acerca del porqué de sus temores; no conseguir sacarse a una mujer de la cabeza no era algo que le ocurriese a menudo. Un lacayo dejó una bandeja repleta de cartas, en la mesita, a su costado. Las ojeó por encima sin demasiado interés.
Un sobre de papel fino, ligeramente dorado, con una caligrafía alargada en tinta verde oscuro que le resultaba muy conocida, lo sobresaltó. Lita Rendel.
¡Demonios, la había olvidado por completo! Lady Rebeca había conseguido, sin siquiera mover un dedo, desterrar a alguien como Lita Rendel, de sus pensamientos.
Desgarró el papel con dedos inquietos.
«Necesito verte»
Era todo lo que decía. Pero cada letra de la escueta frase vaticinaba problemas.

Capítulo 30

¿Cuál es el color de las malas intenciones?
Adivínalo.

La fiesta era un despilfarro de capricho, luz y riquezas. Rebeca encontró a la anfitriona cerca de la entrada, luciendo un sombrero de su espantosa colección, con un ramillete de enormes plumas color azafrán que le tapaban la cara. Cuando la vio, su rostro se contrajo en un mohín de sorpresa y desagrado. No se movió ni hizo un gesto amable: aguardó a que Rebeca se colocase a su altura e hiciera todo el trabajo.

—Lady Rebeca, no esperaba verla aquí esta noche.

Curioso comentario para una mujer, por lo general afectuosa, que solía tomarle las manos y apretarlas con exagerado cariño, antes de pronunciar un «*¡mi queridísima niña!*».

No hubo nada de eso. Al contrario, la vigilaba por el ángulo del ojo y la hizo sentir incómoda con aquella bienvenida fría y distante.

—Si no esperaba que asistiera, quizá no debería haberme invitado —trató de bromear Rebeca—. El afecto que mi familia le tiene, me impide rechazar un agasajo tan cortés.

—Sí, bueno, esas invitaciones se mandaron ya hace tiempo. Teniendo en cuenta lo ocurrido a tu querida madre pensé…

—Ha pasado mucho más de un año, lady Margaret, puede que sea hora de hacer caso a quienes me aconsejan que vuelva a la vida.

Lady Margaret Grant repasó de arriba abajo con gesto crítico el discreto vestido de satén azul medianoche de Rebeca, y el collar de zafiros y diamantes que colgaba de su cuello.

—Igualmente considero…

—Quedarme encerrada en casa otro año más no va a devolvérmela. Tenga la completa seguridad de que si eso pudiera suceder, nadie volvería a verme nunca.

Los ojos redondos de lady Margaret Grant la golpearon con un centelleo de incredulidad, antes de centrarse nuevamente en las joyas.

—Recuerdo cuánto amaba su madre ese valioso collar, herencia de su bisabuela. Disculpe, por un instante olvidé que todo lo que un día perteneció a lady Stone, ahora es suyo.

¿Qué diablos le ocurría a aquella mujer? Rebeca la tenía por afable y ahora se dirigía a ella como si le lanzara cuchillos. Un desagradable hormigueo le recorrió todo el cuerpo, y la sensación de que conforme pasaban los minutos, se iba convirtiendo en el centro de atención de todas las miradas.

—Espero no importunarla con la pregunta, pero —prosiguió lady Margaret— ¿qué hay de algún otro posible heredero Stone? Alguien que desde luego, no viva en las tierras altas y a quien la idea de instalarse en Inglaterra, a hacerse cargo realmente de la heredad, no le suponga una penitencia.
Pues la pregunta con la que esperaba no importunarla, fue como un puñetazo que la pilló desprevenida y además, la ofendió. Los esfuerzos de Rebeca por responder algo coherente no funcionaron, solo consiguió negar débilmente con la cabeza.
—Porque no imagino a lady Stone tan sola en el mundo, ¿algún pariente lejano, aparte de ese lord escocés tan descuidado? ¿Quizá por parte de su padre de usted?
—No que yo sepa, lady Margaret —respondió la joven, con los dientes apretados—; en cualquier caso, ¿para qué podríamos necesitarlos?
La dama pestañeó, sorprendida por su tono irónico.
—Alguien con mano firme tendrá que hacerse, algún día, cargo de esa heredad.
Todo el cuerpo de Rebeca reaccionó poniéndose rígido.
—Entiendo que se refiere a algún caballero, porque en su opinión, una mujer no es capaz por sí sola, de intervenir en el día a día de unas tierras, cuando su verdadero dueño la nombra usufructuaria vitalicia y le deposita su total confianza.
—Usted y yo sabemos, lady Rebeca, que el condado de Stone es mucho más que unas simples tierras y muchas granjas, por no mencionar la escandalosa fortuna que también incluye. Sin querer pecar de entrometida, la actitud desentendida de ese primo segundo de su señor padre, es incalificable. Dejar las decisiones en manos de un administrador, pasar por aquí una vez al año… Insuficiente. Se casará usted al menos, para que su marido pueda…
Rebeca sintió que su paciencia explotaba y volaba en pedacitos por toda la sala, cayendo sobre sus cabezas como confeti brillante.
—Como podrá imaginar, lady Margaret, mi madre, que desde que falleció mi padre colaboró en el mantenimiento de la heredad familiar con total diligencia y sin necesidad de apoyos masculinos, era una persona sabia y asombrosa, que lo dejó todo bien organizado —aclaró, con un nudo de rabia en la garganta.
En ese punto de la tensa conversación, ya tenían a media docena de damas curiosas revoloteando lo suficientemente cerca, como para oírlo todo. Rebeca tuvo la imperiosa necesidad de desaparecer. ¿Por qué demonios había ido?
Ah, claro, su apuesta con el duque, sus «opciones», su salvación.
Muchos caballeros en la sala la observaban con descaro. Rebeca movió un poquito la cartulina de baile, agitó coqueta el abanico y le sonrió a lady Margaret Grant, cuando lo que realmente deseaba era arrojarle

una copa de ponche caliente por encima del plumero.

—Creo que voy a liberarla de esta conversación tan tediosa, lady Margaret. No tema, no es mi intención quedarme demasiado tiempo.

—Disfrute —dijo a media voz, cuando Rebeca ya se alejaba.

Y por todos los santos que sonó a mentira.

Convencida de que alguien la detendría en el camino para solicitarle un baile, lady Rebeca se dirigió a la mesa del ponche. No sucedió lo que esperaba. Aceptó la copa que le ofreció el lacayo y la bebió a sorbitos lentos, creando tiempo para que sus «opciones» se envalentonaran. Pero aunque los caballeros presentes parecían mostrar interés, a juzgar por sus continuas miradas furtivas, nadie, absolutamente nadie, se acercó a saludar o a pedirle un baile. Todos se comportaban de un modo distante y extraño, con formales inclinaciones de cabeza desde lejos, y sonrisas tirantes que no les llegaban a los ojos.

Distinguió a la señorita Penélope Waterman, junto a lady Evelyn. Caminaban en su dirección y Rebeca confió en que aunque solo fuera con afán de chismorrear, entablarían conversación con ella. Pero para su sorpresa, cambiaron de rumbo y salieron de la sala, antes de dedicarle una sola palabra. Otro tanto ocurrió minutos después: esta vez era la señorita Anne Hagstings, que sujetaba el brazo de lady Evelyn. Alguien a quien Rebeca apreciaba, y después de tanto tiempo sin trato con jóvenes de su edad, el corazón le saltó de contento. Pero su comportamiento la desconcertó casi tanto como la gélida bienvenida de la anfitriona: un tímido esbozo de saludo por parte de Anne, un tirón de su brazo por parte de lady Evelyn Fowler, y las dos que volvían a alejarse a toda prisa antes de poder reaccionar. En realidad, lady Evelyn ni siquiera se había dignado a dirigirle una mirada.

¿Tanto les había afectado a todos su desaparición a causa del luto? ¿Estaban castigándola por no haber acudido a sus bailes, reuniones y fiestas?

No le habría importado demasiado, si no fuera porque el duque de Richmond apareció en el salón justo entonces, vestido íntegramente de azul medianoche, con camisa y corbata blanca, hermoso como un ángel de la muerte bajado de los cielos, creando un enorme revuelo entre las damas.

Rebeca maldijo por lo bajo.

Se supone que en ese momento, ella debía estar rodeada de hombres galantes, deseosos de conquistar un instante de su devoción. Debería estar riendo ante la ocurrencia de un conde, para que lord Richmond hirviera de irritación, en lugar de estar allí, arrinconada, ignorada y sola.

—Lady Rebeca, ¡qué alegría verla!

Un remolino pelirrojo vestido de verde menta se le cruzó delante, y se agarró a su brazo, provocándole un sobresalto.
—Señorita Julianna…
—¿Qué hace aquí? Está un poco apartada.
—Bueno, acabo de llegar —mintió—. Entre nosotras, creo que este baile está lleno de caballeros apuestos, pero bastante cobardes.
—¿Y lo dice por…?
—Ya los ve, todos miran de soslayo pero ninguno se atreve a acercarse. Nadie me ha pedido un baile en lo que llevo de noche.
Rebeca tuvo la sensación de que Julianna palidecía y que le costaba tragar saliva.
—Suerte que creo saber a qué se debe toda esta pantomima, de lo contrario, pensaría que no resulto nada interesante, una buena razón para deprimirme —prosiguió Rebeca, con tono jovial, como si no le afectase.
—¿Lo sabe? —preguntó Julianna, con los ojos muy abiertos.
Rebeca, entretanto, perseguía la cabeza del duque entre la gente, bien visible gracias a su formidable altura, tratando de distinguir si iba o no acompañado, y hacia dónde se dirigía.
—Desde luego que sí. Tuve la ocurrencia de cerrar una apuesta ridícula con el duque de Richmond porque aseguré que me sobraban opciones de matrimonio. O al menos, así lo interpretó él. El caso es que debe de estar usando sus mecanismos de influencia menos honorables, para conseguir que todos me ignoren.
—Así que el duque es el responsable…
—Diría que mi explicación la alivia.
La veneciana se abanicó a toda prisa. Sus mejillas estaban rojas y brillantes como dos bolas de cristal rubí.
—Solo estoy un poco sofocada, el aire se hace denso con el salón tan lleno.
Rebeca fue una necia al no darse cuenta de que le ocultaba algo, pero sus cinco sentidos pendientes del duque, no se lo permitieron. Lo de que el interés romántico atonta es radicalmente cierto.
—Tengo entendido que el otro día vino a visitarme, ¿puedo preguntar qué se le ofrecía?
—Oh, nada en particular —aseguró la pelirroja, algo nerviosa—, quédese tranquila, solo quería volver a verla.
—Mi ama de llaves me dijo que parecía usted muy agitada.
—Me temo que donde quiera que voy, a todos los ingleses les doy esa impresión. Aún no se me ha contagiado nada de la famosa flema británica, la impetuosa sangre veneciana corre por mis venas.
Rebeca correspondió a su ingeniosa broma con una suave carcajada. Pero lo que vio a continuación, cortó de un tajo su felicidad.
—¿Se encuentra bien? —se interesó Julianna.

—Perfectamente, ¿por qué lo pregunta?
—La veo un poco pálida.
Sí, seguramente el color se había retirado de sus mejillas del mismo modo que había ido a acumularse en las de la señorita Donne, solo que por distintos motivos. Había una mujer junto al duque y por la forma de dirigirse a él, no era ninguna desconocida. ¿Quién era? Vestida de llamativo rojo, riendo, charlando, acercándose demasiado, seguramente lanzándole miradas incandescentes, porque no lograba verle la cara. Rebeca se sorprendió espiándolos con disimulo, mientras Julianna le contaba no sé qué anécdota vivida con Anne Hagstings.
—¿No le parece divertido?
Rebeca no tenía la menor idea de lo que hablaba. Forzó una sonrisa efusiva.
—Sí, sí, de lo más hilarante que he oído en esta semana.
—Lady Evelyn tiene su faceta amable, solo hay que conocerla. No quiero pensar que tenga mal fondo, sencillamente es un poco atolondrada, actúa sin pensar. Confieso que cuando la conocí, me pareció una chismosa incorregible.
Rebeca Percy estaba enfadada, furiosa con la presencia de aquella mujer disfrutando de la compañía del duque. Debía ser ella la que estuviese allí, de su brazo, pavoneándose como se pavoneaba la otra. Seguro que así nadie osaría mirarla mal. Así que su respuesta al comentario de la señorita Donne, fue un poco más impulsiva de lo pretendido.
—Es una chismosa incorregible.
—Sin afán real de dañar, sospecho.
—La gente no debería olvidar la prudencia, mucho menos cuando se reúne en sociedad.
Los ansiosos ojos de Rebeca se detuvieron en Julianna el tiempo justo para notar que su semblante se oscurecía de nuevo. Simultáneamente, el duque también la buscaba con la mirada, en cualquier momento, sus pupilas se encontrarían.
Y Rebeca no sabía si desearlo o temer que ocurriese.
—¡Lo olvidaba! ¡Tengo que presentarle a mis tíos, están deseando conocerla!
Fue tan repentino, que la joven no llegó a reaccionar. La señorita Donne atrapó su mano, tiró con inusitada fuerza, y antes de poder darse cuenta, atravesaba el salón de baile a toda velocidad, perdiendo de vista al duque y a su misteriosa acompañante.

Capítulo 31

La gente es cruel
incluso sin pretenderlo.

El duque de Richmond asistió al baile de lady Margaret Grant con un solo objetivo en mente: impedir, del modo que fuese, que otro caballero abordase a la que en breve, sería su prometida oficial. Transcurridos un par de días desde la apuesta, la idea ya no le parecía tan divertida ni tan ingeniosa. Es más, se había ido transformando en un monstruo temible que podía vencerle, porque el riesgo de que Rebeca encontrase interesante a otro candidato y lo prefiriera, de repente, era espantosamente real.

La angustia le atenazaba la garganta y el arrepentimiento por su arrogancia, le mordía el corazón. Había sido un insensato proponiendo aquello.

Divisó a Rebeca en el rincón del ponche, bella como una flor de verano, y pese a todos sus temores, por su expresión no pudo deducir que la viera feliz ni divirtiéndose. Estaba sola, apartada, mirando a los invitados que iban y venían, con cierta aprensión. ¿Por qué no estaba rodeada de pretendientes, siendo como era, la más encantadora del baile? ¿Acaso se había aislado voluntariamente? ¿Habría rectificado y decidido no conceder la más mínima posibilidad a ninguna de sus múltiples opciones? ¿Mostraba finalmente interés en él? ¿Sería el efecto de su beso? Tenía que averiguarlo.

Estaba bellísima. Su pelo oscuro, su piel de alabastro, su traje a juego con el del duque y con sus ojos; estaba convencido de que al entrar en la sala, hasta su perfume había impregnado las paredes y robado el juicio a los caballeros, que por cierto, la miraban a escondidas, con deseo.

Andrew dio un paso en su dirección. Si no había «opciones» alrededor, en realidad, no estaba interrumpiendo nada, no incumplía los términos de la apuesta y quizá, su mera presencia disuadiera a los demás, de cortejarla.

Le fue imposible. Alguien con un vestido costoso en color guinda, bastante atrevido, se interpuso en su camino.

—Duque, qué felicidad encontrármelo por fin. Si fuese una malpensada diría que me esquiva. Suerte que no lo soy.

—Lita…

Andrew trató de no quitarle la vista de encima a Rebeca, pero Lita Rendel se lo ponía muy difícil, siempre atravesándose en su campo de visión. Sintió la tentación de retorcerle el cuello y hacerla a un lado.

—Te envié una nota —siseó, demasiado cerca de su comisura.
El duque intentó valerse de su expresión más inocente.
—¿Sí? Cuánto lo siento, he estado fuera.
—¿Viajando sin rendir cuentas a nadie, como siempre, mi adorado aventurero? Tu mayordomo no me dijo nada.
—Mi mayordomo conoce bien las reglas de la discreción y cada día las pone en práctica. ¿Y tu esposo? ¿No te acompaña?
Lita fingió un gesto de desconsuelo que no le quedó muy creíble.
—En realidad, lleva enfermo varios días.
—Una pena, le envío mis mejores deseos de recuperación.
—Mentiroso. Estás deseando que muera, igual que yo.
Su voz estaba tan teñida de malévola intención, que consiguió turbar al duque, cosa poco habitual en él, que ya había visto casi de todo. El que lo incluyera en tan perverso deseo, lo ofendió hasta lo más profundo.
—Tal cosa no podría ser menos cierta. Le deseo a tu marido una larga vida llena de actividad, éxito y buena salud. ¿Te importaría explicarme qué hace la devota esposa lejos de su lado? ¿No debería acompañarlo y atenderlo en su padecimiento?
Lita suspiró con afectación y ladeó la cabeza para que Andrew pudiese admirar mejor su largo y deseable cuello.
—Me ahogo dentro de esa casa. Pero no te aflijas, duque, mi señor esposo no va a morirse, Nathan es fuerte como un roble anciano, para mi desgracia, nos enterrará a todos. No obstante, su médico no opina lo mismo, sufre delirios catastrofistas.
Andrew volvió a estirarse buscando a Rebeca entre los invitados, pero no pudo verla. Había desaparecido del rincón del ponche, solo los santos sabían acompañada de quién.
—Albergo la sospecha de que él, junto con nuestro mayordomo, conspiran a mis espaldas. Tratan de alertar a mis hijastros para que vengan cuanto antes, imagino que para convencer a mi marido de que me deje sin nada, antes de que sea demasiado tarde.
Demonios. ¿Dónde se había metido lady Rebeca? No estaba bailando, pero tampoco lograba localizarla en la inmensa sala. Lita cambió su tono de voz por otro mucho más irritado.
—¿Por casualidad te interesa lo más mínimo lo que te estoy contando? Te noto inusualmente intranquilo.
—Nunca he sido de demasiados eventos sociales. Me asfixio.
—Entonces… ¿por qué acudir?
—Ha sido una petición especial de mi prometida.
Lita arqueó con evidente disgusto sus cejas perfectas.
—¿Y dónde se esconde ese afortunado ángel y cuándo pensáis anunciarlo?
—En breve —contestó Andrew, de nuevo distraído—, lo haremos en

breve.
—¿Me ayudarás con mis monstruosos hijastros?
Iba a indagar a qué tipo de ayuda se refería, cuando llegó lady Margaret Grant, con su horripilante sombrero de plumas, la mano extendida y una amplia sonrisa en su cara angulosa.
—Mi apreciado duque, permítame decirle que es usted el adorno más vistoso de mi fiesta esta noche.
—Dudo entre si tomármelo como un halago o como todo lo contrario —confesó él, besándole los nudillos.
Ella dejó ir un gorjeo de complacencia, muy parecido al ruido que hacían las gallinas del santuario cuando llegaba la comida. Lita Rendel, por su parte, decidió que ya estaba bien de ceder protagonismo. Se colgó del brazo del duque, se pegó a su costado con desvergüenza, hizo a un lado a lady Margaret Grant con su abanico, y tiró de Andrew con premura.
—Querido duque, salgamos un momento a la terraza. Creo que me estoy mareando. Discúlpenos, lady Margaret, hermosa fiesta. Como todo lo que usted celebra, organizada con un gusto exquisito.

Capítulo 32

Los ojos aquí, el corazón allá,
buscando al objeto de tus anhelos,
la respiración no la encuentras.

Rebeca se vio arrastrada, casi en volandas, por Julianna Donne hasta la sala un poco más pequeña y más despejada, donde sus tíos degustaban vino y reían sin contención.

—Queridos tíos, les presento a mi admirada amiga, lady Rebeca Percy. Lady Rebeca, mis tíos, los señores Ashton y Dorothea Wimsey.

La pareja se giró hacia ellas sin perder el buen humor. Más que un matrimonio parecían gemelos, redondos mofletes de saludable color, pelo rizado del color de la paja en verano, y avispados ojos verdosos. Recibieron a Rebeca con grandes aspavientos.

—¡Querida niña! ¡Por fin! —La señora Wimsey abrió los brazos en un gesto demasiado familiar para ser la primera vez que se veían.

—Nuestra sobrina nos ha hablado tanto de usted, ardíamos en deseos de comprobar que tal dechado de virtudes existe en la realidad —agregó su marido, con tono festivo.

Mientras correspondía con gentileza a su saludo, Rebeca comprobó que los invitados que hasta entonces los acompañaban, desaparecían sin mediar palabra, como si la interrupción no fuera de su gusto, o por alguna causa, no quisieran mezclarse con Julianna y con ella.

—Encantada, señor. Señora…

—Es usted realmente hermosa, querida, delicada como una flor y sin embargo, de energía tan potente como un ciclón en mitad de una tormenta —musitó la señora Wimsey, dándole un par de golpecitos en el hombro con su abanico.

—¡Nos gusta! —resumió su esposo con vehemencia. Su esposa cacareó feliz.

Lady Rebeca bajó abrumada la cabeza.

—Mis tíos son muy aficionados al teatro y a los versos —se apresuró a aclarar Julianna.

—Tiene que acompañarnos a la ópera la próxima vez que asistamos, lady Rebeca, se trata de una pieza memorable, no se la puede perder.

—Sería un gran honor —respondió la joven con una ligera reverencia.

A continuación, los tíos de Julianna se embarcaron en un mundo de explicaciones acerca de la compañía austríaca que representaba la ópera, la calidad de sus montajes y la vida íntima de su *prima donna*, pero Rebeca solo acertó a escuchar palabras sueltas. Sus ojos recorrían

voraces el espacio buscando al duque, y su mente reproducía a toda velocidad la imagen de la osada dama poniendo sus manos sobre él, como si de verdad le perteneciera.

¿Quién diablos era?

—Y por eso queremos disfrutarla de nuevo —estaba diciendo la señora Wimsey cuando Rebeca volvió a respirar— ¿Usted es aficionada, lady Rebeca?

—Sí, me gusta mucho la ópera, era una de las distracciones favoritas de mi madre —respondió con atropello, rezando porque siguieran hablando de lo mismo—. Excúsenme, necesito buscar a un invitado, es importante.

—Oh, vaya a donde necesite, lady Rebeca, ¡vaya, vaya!

—Nosotros continuaremos haciéndole los honores a este maravilloso vino español.

Ambos rieron en un dúo perfectamente calculado y a continuación, brindaron.

—La acompaño, lady Rebeca —se ofreció Julianna.

—Se lo agradezco, no me resulta cómodo moverme por la casa a solas. Teniendo en cuenta que nadie me habla, ningún caballero se decide a pedirme un baile… —susurró Rebeca, al alejarse de nuevo hacia el gran salón— ¡Oh, Julianna! No querría que dejara usted de divertirse, solo por acompañarme.

—Pierda cuidado, lady Rebeca, me encuentro muy feliz justo donde estoy. ¿A quién buscamos?

—Al duque, desde luego. Lo he visto entrar, pero enseguida lo he perdido.

—Aún no tengo el placer de conocerlo, mis tíos me tenían retenida en esa otra sala distante y no he asistido al que creo, ha sido el momento estelar de la noche, la entrada de su futuro prometido…

Rebeca se llevó el dedo a los labios rogándole silencio y discreción.

—No tiene de qué preocuparse —la calmó Julianna, con una sonrisa que parecía sincera—, todo lo que me contó y pueda contarme, queda a buen recaudo salvo que usted me pida lo contrario. Me sentí muy honrada de que confiase en mí de ese modo.

Lady Rebeca la miró con agradecimiento. De verdad que necesitaba una buena amiga, y Julianna parecía ser un regalo entregado por las hadas. En ese momento, junto a los arcos que daban a las terrazas, volvió a ver al duque con la dama demasiado cerca. Salían al silencio de la noche. Y también a su protector manto de sombras, la capa favorita de los amantes.

—Tengo calor, salgamos.

Agarró a la joven pelirroja del brazo y salió, obsesionada con localizar a Richmond y a su acompañante desconocida. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Por qué le ardía aquel fuego de furia en el pecho? ¿Era eso

que llaman celos lo que sentía? Ella debía estar coqueteando con los invitados de lady Margaret Grant, poniendo todo su empeño en ganar la apuesta que la conduciría a la libertad. La cuestión era, ¿cuánto deseaba ser libre ahora que iba conociendo al duque?

Qué espantoso darse cuenta de que no tenía salida ni elección.

Los localizó en un rincón apartado de la gran terraza. Para su alivio, no estaban completamente solos, otros grupos dispersos aquí y allá, bebían y conversaban, pero nadie lo suficientemente cerca como para perturbarlos. Los ojos del duque se cruzaron un segundo con los de Rebeca, y él sonrió como quien esconde un secreto, para volver a desaparecer, esta vez, con la dama apoyada en su galante brazo.

¿A dónde habían ido?

La mortificaba la idea de que aquellas seductoras sonrisas de labios llenos no fueran para ella. Con su impecable traje azul, lord Richmond era un bello dios arrojado del Olimpo para caer directamente a sus pies. O más bien, a los pies de aquella desconocida a la que Rebeca ya aborrecía.

—¿Le importaría si entramos de nuevo? —sugirió a media voz.

Julianna la observó, como preguntándose por el estado de su juicio, pero no puso impedimentos. Ya en la sala, los invitados de lady Margaret Grant seguían bailando, consumiendo vino y divirtiéndose, pero Rebeca fue incapaz de sumarse. Necesitaba localizar al duque, consciente de que se habían buscado continuamente con la mirada, pero también, de que la que no iba acompañada era ella. Desearía haberlo puesto celoso, pero… ¿cómo? ¿Con la señorita Donne? Ridículo.

De algún modo, Julianna fue capaz de palpar su inquietud. Pidió dos bebidas y le entregó una para que brindasen.

—Por una amistad verdadera que nos dure toda la vida —ofreció, alzando la copa. Rebeca levantó la suya con gusto, todavía un poco distraída.

—Toda la vida de ambas y más allá. Me alegro de haberla conocido.

—¿Debo entender que ya no necesita de mi auxilio para escapar del duque?

La inocente pregunta la avergonzó. No había sido completamente sincera con Julianna respecto de sus motivos. Solo había mencionado a Simon, su «historia escudo», su pequeña gran mentira. Todo lo que podía contar.

—No lo haga, lady Rebeca, se arrepentiría después. Yo también me juré amor eterno con el hijo de los vecinos a los diez años. No se me ha ocurrido pensar en que se convertiría en mi esposo.

—La aventajo. Mi amor hasta la muerte, lo prometí con siete. Un alto grado de madurez el mío, como podrá comprobar.

Ambas rieron y por primera vez en aquella extraña noche, Rebeca se

sintió apreciada y cómoda. Protegida de las sombrías miradas de los invitados.

—Lo cierto es que esa historia ya no me sirve como excusa —reconoció en un arranque de sinceridad—, creo que recurrí a ella cuando empecé a notar que el duque no me era indiferente. O incluso antes, cuando pasaba el tiempo después de perder a madre, sin saber nada de él. Lo que no implica que Simon no ocupe un lugar importante en mi corazón, lo ocupará siempre.

—Entonces, ¿para cuándo el anuncio del compromiso?

El tono de su voz era puro entusiasmo, lo que hizo que Rebeca se sintiera muy triste. Lamentaba tanto desilusionarla, a ella, a Amelie, a su madre allá donde estuviera, y al propio duque, que por las razones que fuesen, parecía abiertamente dispuesto al matrimonio. Le hería en el alma decepcionarlos a todos, pero aquella unión no podía llevarse a cabo por culpa de los secretos de su pasado, secretos que su madre parecía no haber tenido en cuenta, pero que eran su absoluta condena.

En cuanto a él, Rebeca acababa de rendirse. Al irresistible duque y su misteriosa acompañante se los había tragado la tierra, o la oscuridad de algún lujurioso jardín. No sabía por qué aquella idea la ponía tan furiosa. Y el no saberlo, la ponía más furiosa aún.

Capítulo 33

Lealtades del color de
los sueños que están por venir.
Deslealtades y traiciones del
color del plomo.

Anne Hagstings relucía de felicidad, como si llevase prendida una pequeña hoguera en mitad del pecho. Había convocado a sus mejores amigas a tomar el té para anunciarles la sorpresa. Por fin algo alegre que comentar, tras una serie de catastróficos chismes oscuros.

—¿Una fiesta? ¿Por tu cumpleaños? —Alicia Pettigrew palmoteó encantada.

—En los jardines, al aire libre, habrá música y mucho baile —describió Anne Hagstings con las pupilas brillantes.

—¡Qué estupenda noticia! —la secundó Julianna, con una amplia sonrisa.

—¿Asistirán muchos caballeros? —se interesó Penélope Waterman— Mi madre empieza a ponerse insistente con el asunto de mi compromiso.

—Pronto estaremos todas comprometidas —dijo Alice con aire soñador.

—Hablando de compromisos… —irrumpió lady Evelyn con tono intenso— creo que disponemos de elementos de juicio suficientes como para deducir que lo del matrimonio entre el Duque de Richmond y lady Rebeca, no ha sido más que un rumor infundado.

Se oyeron exclamaciones de asombro por toda la sala, incluida la anfitriona. Solo Julianna Donne mantuvo una serena calma que nadie apreció.

—¿Cómo es eso, lady Evelyn? ¡Cuéntenos, por favor! —suplicó Alicia, a punto de ahogarse.

—Usted siempre tan informada —alabó Penélope, con los ojos en blanco.

Lady Evelyn Fowler las miró una a una, encantada de convertirse, una vez más, en el centro de atención.

—El comportamiento de ambos en el baile de lady Margaret Grant, ¿acaso no se dieron cuenta? El Duque estuvo toda la noche acompañado por la señora Rendel, que como sabemos, está casada. Y no manifestó interés alguno en lady Rebeca, ni siquiera llegaron a cruzar un saludo.

—Debo admitir que el ambiente alrededor de lady Rebeca esa noche,

fue espantoso —observó Anne Hagstings, conmocionada—. Me sentí tan incómoda como si la frialdad de todos hubiese ido dirigida a mi persona.

—Bueno —conjeturó lady Evelyn con cautela—, es evidente que el rumor de su posible intervención en la muerte de su madre… se ha extendido, y la gente reacciona en consecuencia. ¿Quién querría acercársele?

—Era de esperar —corroboró Penélope— No pensará usted invitarla a su cumpleaños, ¿verdad que no, señorita Hagstings?

Lady Evelyn se adelantó antes de que Anne pudiera dar respuesta.

—La señorita Hagstings es lo suficientemente sensata como para no considerarlo siquiera.

Julianna Donne se puso en pie de un salto, asustándolas a todas.

—¡Cállese ya, lady Evelyn! ¡No sé cómo no se muerde la lengua y muere en el acto envenenada! ¿Cómo se le ocurre dar pábulo a semejante atrocidad?

—No se ofusque de ese modo, señorita Donne, le recuerdo que no fui yo, sino lord Walsh, el origen de eso que usted considera infamia.

—¡Pero usted la repite y la alimenta como si fuese cierta!

—¿Acaso tenemos motivo para pensar que no lo sea? —replicó perezosamente lady Evelyn.

Desencajada, la señorita Donne inclinó la cabeza, solicitó que la dispensaran, y salió de la sala como si la persiguiera el diablo. Lady Evelyn miró con lástima la puerta por donde acababa de desaparecer.

—Se ve que se ha encariñado con lady Rebeca, no la culpo, creo que esa joven sabe ser muy persuasiva con quien y cuando le conviene.

—Pues según nos cuenta usted, sus dotes de seducción han fallado estrepitosamente con el duque de Richmond —Penelope Waterman disimuló una risita de satisfacción.

Anne Hagstings la miró con desagrado.

—Durante el baile de lady Margaret, la pobre lady Rebeca estaba tan pendiente del duque que ni siquiera se dio cuenta de los desplantes —agregó lady Evelyn, tomando un sorbito de té.

Alicia y Penélope trinaron de felicidad y Anne Hagstings se preguntó por qué nunca se había percatado de lo maliciosas que eran.

—Discúlpenme un instante. Voy a ver cómo se encuentra la señorita Donne.

—Vaya, vaya, nosotras seguimos ocupadas con la charla —la animó Alicia Pettigrew.

Anne pensó que llamaban alegremente «charla» a arrastrar por el suelo la reputación de una dama, sin el menor remordimiento. Encontró a Julianna en el saloncito rosa, su favorito, de pie junto a la

ventana, con los ojos húmedos. Posó las manos sobre su brazo y trató de reconfortarla.
—¡Oh, señorita Anne! Excuse mi comportamiento, no puedo soportar tanta maldad. Son falsas y ladinas y…
—Son unas criaturas inconscientes que hablan y hablan, sin medir las consecuencias de sus palabras.
—¡Pobre lady Rebeca! Fue una tortura presenciar cómo la gente la despreciaba en casa de lady Margaret Grant, alguien como ella no merece un trato así.
—¿Usted ha creído algo de esa espeluznante historia? Me refiero a lo del fallecimiento de lady Stone, los cielos la tengan en lugar de honor.
—¡Por todos los santos, desde luego que no! ¡Ni una sola palabra! Y si usted la conociera un poco mejor opinaría lo mismo. Es una joven impecable, compasiva y respetuosa, incapaz de una mala acción, que amaba a su madre por encima de todo.
—Algo que no puede precisamente decirse de las tres señoritas que nos esperan en la sala.
Julianna asintió con la cabeza.
—Aunque apuesto a que la propia lady Evelyn tampoco da crédito a semejante monstruosidad —apuntó la señorita Hagstings, con dulzura.
—Pero ya ve, ahí la tiene, chismorreando y entretenida a costa de la reputación y el buen nombre de otra dama.
—Pues no pienso hacerle ningún caso, le enviaré a lady Rebeca una nota de invitación a mi cumpleaños —decidió Anne, con una sonrisa tímida.
Julianna le tomó las manos con ímpetu.
—¿Lo hará?
—Desde luego que sí. Y tanto usted como yo, haremos lo posible para que se sienta bien recibida.

Capítulo 34

La rueda de la vida
gira en segundos y
te traslada del placer calmado,
a la furia tempestuosa.

Un criado de los Hagstings, entregó en mano en Coventwood, una invitación al baile de cumpleaños de su hija mayor, la señorita Anne, dirigida al duque de Richmond. Aquel tipo de eventos, propio de jóvenes casaderas, donde las madres formaban peligrosos escuadrones de cazadores al acecho de cualquier desdichado soltero presente, no eran de su agrado. Pero la señorita en cuestión tenía cierta relación amistosa con su futura prometida, y Andrew calculó que era muy posible que Rebeca asistiera.

Una fiesta de jovencitas solteras, muchos solteros, muchas «opciones», alto nivel de peligro. Debía asistir y asegurarse de que nada desastroso ocurriera.

Andrew envió nota a su amigo, el barón de Roe, para que lo acompañase. Eran dos solteros a los que con toda seguridad, las madres atacarían en manada, pero yendo juntos, tratarían de protegerse el uno al otro.

Escogió con esmero su indumentaria. Tenía que asegurarse de desbancar a cualquier otra posible «opción» que pudiera deslumbrar a lady Rebeca. Le costaba admitir que sentía ansiedad y deseo de que aquel mes ridículo que se había empeñado en marcar como plazo, pasara de una vez, para poder anunciar el compromiso y convertir a aquella mujer deliciosa y valiente en su esposa hasta el fin de sus días, sin más obstrucciones.

Miró su imagen en el espejo y le preguntó en voz baja si se había enamorado. El agraciado joven de la luna le respondió, que sí, que como un tonto.

Andrew sonrió incrédulo.

Su coche se detuvo a la puerta de la casa de los Roe. El cochero cumplió su función de aviso y un lacayo les indicó que el señor saldría en unos diez minutos. El duque no se había adelantado, Augusto siempre iba tarde. Andrew se acomodó en el interior acolchado del carruaje mientras esperaba, y entrecerró los ojos para fantasear con el recuerdo de lady Rebeca, imaginándose llegando juntos a los futuros acontecimientos sociales, tomados del brazo como duque y duquesa…

—Su excelencia, ¡señor!

Richmond salió a regañadientes de su placentero sopor. El cochero lo reclamaba desde fuera, sin atreverse a golpear la ventanilla.
—Dime, Cyrus, ¿qué te pone tan nervioso?
—Un mensajero con una nota, su excelencia. De la casa Rendel. Es urgente.
Un desagradable pellizco le apretó la boca del estómago. Tuvo la inquietante seguridad de que su noche y el baile de cumpleaños acababan de esfumarse en el aire, como una voluta de humo. Un apellido que meses antes tenía la virtud de excitarlo y trasladarlo volando al mundo de la lujuria más absoluta, ahora resonaba con el eco oscuro de lo indeseado.
—Parece ser que el señor Rendel ha fallecido, su excelencia —informó el cochero.
Andrew aceptó la nota y la leyó. De puño y letra de la propia Lita, le informaba de que en efecto, su marido había fallecido hacía tres días y que sus hijastros se encontraban en la mansión, recién llegados del continente, amenazándola con echarla a la calle. Rogaba cuanto antes su ayuda.
En ese preciso momento, su querido amigo salía al soportal, vestido con sus mejores galas y una sonrisa canalla entre los labios.
—Disculpa la demora, duque. Estoy listo para disfrutar de una velada inolvidable.
—Lamento desencantarte, pero no vamos a asistir a la fiesta de cumpleaños. Nos esperan en casa de Nathan Rendel, me temo que sin Nathan Rendel.

Augusto sabía de la aventura del duque con Lita, aunque no de la verdadera entidad del enredo. Y así iba a seguir, pensó Andrew. Era su camarada, pero le convenía, y mucho, mantenerse al margen de tan indecorosa historia.
Que por lo demás, ya estaba acabada.
Entonces, ¿por qué diantres acudía Lita a él en aquella situación? ¿No se daba cuenta de que lo estaba comprometiendo?
—¿Hace tres días que falleció Nathan? —se sorprendió Augusto— Entonces ya lo habrán enterrado. ¿Es que nadie se ha enterado de su funeral?
—Al parecer, sus hijos han llegado desde España, se habrán hecho cargo de todos los trámites haciendo a un lado a la viuda, y relegando la presencia de meros conocidos y demás cortesías sociales.
—Queda claro entonces, que no te reclaman por esa causa. ¿Qué podrá ser?
—Lita se ha quedado desamparada, supongo que los hijos de Nathan tienen la intención de deshacerse de ella cuanto antes, y no sabe quién

puede socorrerla.
—Bueno, mi querido duque, no es un asunto en el que deberías implicarte. Menos aún, si planeas prometerte en breve.
—Puedes estar seguro de que no pienso permitir que Lita me enrede.
En la penumbra del carruaje, Augusto lanzó a su amigo una mirada suspicaz.
—Salvo que ella te siga importando.
—¿Lita Rendel? No me ha importado nunca, en nuestra relación jamás hubo el menor atisbo de sentimiento, no es algo que vaya a cambiar ahora.
—Si ella te ve como su único salvador, está claro que piensa en ti de otro modo, digamos más… cercano.
Richmond gruñó contrariado. No quería que eso fuese cierto. Ni por asomo, siquiera.
—Detestaría comportarme de un modo grosero y poco honorable, pero no voy a satisfacer sus necesidades más allá de la asistencia que pueda esperarse de un conocido de la familia.
—Yo me cuidaré de que así sea, para algo te acompaño —recalcó Augusto, socarrón—. Soy la mejor carabina que pudiste encontrar hoy.
El duque le siguió la broma.
—La única que me atrevería a llevar, dadas las circunstancias.
Augusto suspiró, dándole vueltas al sombrero entre las manos.
—Lástima de fiesta. Esperaba conocer a alguna jovencita encantadora que quizá en un futuro próximo, pudiera convertirse en la señora de la casa de Roe.
—¿Pensando por fin en buscar esposa?
—El tiempo pasa, mi madre me presiona, y yo me aburro, duque. Y ahora que tú vas a casarte, ¿con quién viviría las delicias de la soltería? Estás enamorado, Richmond, lo leo en tus ojos. Creo que no me quedará otra salida.
Andrew frunció el ceño. Ojalá estuviese tan seguro de aquel matrimonio como parecía estarlo Augusto. Ahora reparaba en que por culpa de Lita Rendel, no podría vigilar a Rebeca en el baile de cumpleaños de Anne Hagstings aquella noche. Sacudió la cabeza para alejar malas ideas.
—No adelantes acontecimientos. Lady Rebeca es la joven más testaruda sobre la tierra. Y nuestro acuerdo aún tiene muchos cabos sueltos.

Capítulo 35

A veces, alguien que te ama
te desvela cosas que
preferirías no haber sabido.

No era un baile cualquiera. Tratándose de la fiesta de cumpleaños de una señorita casadera, estaba claro que acudirían muchos aspirantes a pretendiente, no solo de la homenajeada, sino de cualquier jovencita en edad de merecer que estuviese invitada. Rebeca Percy podría conocer a muchos caballeros y ampliar su abanico de «opciones» en su batalla contra el duque de Richmond.

Lo mejor de todo era que él también estaba invitado. Después de haberlo visto pasar la noche en compañía de aquella mujer sin rostro, de cuello largo y escote corto, lady Rebeca ardía de ganas de volver a verlo. Todos sus intentos por descubrir de quién se trataba habían sido en vano. Francamente, se moría por saber si era una dama soltera, posible candidata a «duquesa», o una simple conocida que se tomaba muchas confianzas.

Eligió su mejor traje de entre los de color oscuro. Diamantes trenzados en el cabello y las más bellas joyas de su madre. Una capa ligera sobre los hombros y un cosquilleo en el vientre que no era capaz de detener. Su carruaje recogió a la señorita Donne, con la sola intención de entrar juntas y no verse obligada a atravesar en solitario el umbral de la casa Hagstings.

Tenía un mal presentimiento.

En efecto, nada más cruzarlo, volvió a percibir que el aire se hacía denso, pesado y frío. Que todos la miraban con una expresión indescifrable en sus rostros, mezcla de incredulidad y espanto. Podían ser figuraciones suyas, pero igual que había ocurrido en el baile de lady Margaret Grant, se sintió marcada.

Suerte que llevaba a la alegre señorita Donne enganchada de su brazo, y con ella cerca, era difícil desalentarse. Anne Hagstings se acercó a darles la bienvenida con su mejor sonrisa y los brazos extendidos. A lady Rebeca no se le pasó por alto que varios invitados censuraron, con duras miradas, el evidente entusiasmo de la anfitriona.

—¡Querida lady Rebeca! Cuánto tiempo ha pasado, y cómo me alegro de volver a verla con tan buen aspecto…

Por más que quiso, Rebeca no pudo morderse la lengua.

—Nos vimos la otra noche, en el baile de lady Margaret Grant. Solo que no llegamos a saludarnos.

Las mejillas de Anne Hagstings se tiñeron de rubor.
—Ah, supongo que debe referirse al instante en que lady Evelyn sufrió una indisposición, disculpe mi falta de cortesía, iba muy angustiada y luego ya no volvimos a encontrarnos…
Rebeca pudo haberle dicho que lady Evelyn Fowler se encontraba lozana y en perfecto estado de salud, cuando decidió girar hacia otro lado la cabeza para evitar verla. Pero la pobre señorita Hagstings ya lo estaba pasando demasiado mal, al fin y al cabo, era amiga de Julianna, y solo intentaba ser amable. Así que sonrió con dulzura.
—Seguramente fue en ese momento.
Anne suspiró, muy aliviada.
—La hemos echado de menos todos estos meses, ha sido un retiro largo y riguroso, el suyo.
—No sentía deseo alguno de socializar, mucho menos de bailar o mantener conversaciones. La marcha de mi madre me dejó vacía y tremendamente triste.
Anne Hagstings colocó sus manos, ligeras como palomas, sobre el antebrazo enguantado de lady Rebeca.
—Lo sé, todos sabemos lo mucho que la afectó la pérdida. Ahora, tratemos de ir volviendo a la normalidad.
—Dudo mucho que mi vida vuelva a ser lo que era, pero igualmente le agradezco el gesto.
Los ojos de la señorita Hagstings se movieron inquietos hacia algo a espaldas de Rebeca. Por un segundo, esta imaginó que se trataba del duque y su corazón saltó enloquecido dentro del pecho. Pero la persona que pasó de largo por su costado sin apenas detenerse a saludar, no era lord Richmond sino la estirada lady Evelyn Fowler, acompañada por Penélope Waterman y otra joven dama, Alicia, cuyo apellido Rebeca fue incapaz de recordar.
—¡Qué hermosa decoración, señorita Hagstings, cuántas flores! —alabó Evelyn, con exagerados ademanes— Apuesto a que el aspecto del jardín es más delicioso aún. Señorita Donne, lady Rebeca. —Una levísima inclinación de cabeza que por supuesto, Rebeca correspondió—. Celebro verla tan repuesta.
—Estoy segura de que ha pasado meses preocupada por mi estado, lady Evelyn, cómo se lo agradezco —respondió ella, con ironía.
—¿Hoy no asiste nuestro querido duque de Richmond? Es posible que su acompañante del otro día lo mantenga ocupado —aventuró lady Evelyn, entre risitas.
—La señora Rendel es una mujer con muchos encantos, nadie lo culparía —agregó la tal Alicia, con un cacareo.
Rebeca sintió cómo un puño le golpeaba el estómago. ¿Así que la desconocida que le había robado el sueño era, ni más ni menos, que la infame Lita Rendel? ¿Seguían viéndose? ¿El duque la besaba y le

prometía una vida juntos mientras mantenía su indecente entretenimiento con aquella mujer casada? Trató de conservar la compostura para no darle a nadie la satisfacción de verla desencajada, pero se sintió morir.

Antes de cubrirse media cara con el abanico y marcharse seguida de las otras dos, lady Evelyn dirigió una intensa mirada de reproche a Anne Hagstings, que la arrugó como papel quemado.

—Creo que no la ha hecho muy feliz encontrarme aquí —comentó Rebeca, convencida de que seguramente, lady Evelyn también albergaba algún interés romántico hacia el duque, como la mayoría de las jovencitas casaderas, y aspiraba a tenerlo solo para ella en aquella fiesta, en la que su presencia suponía un estorbo.

—No le haga demasiado caso, lady Rebeca —la tranquilizó Anne Hagstings—, la mayor parte de lo que dice o manifiesta, no lo piensa. Las dejo un segundo, me llama mi mayordomo. Señorita Donne, le encargo personalmente que nuestra invitada más querida se sienta a gusto. Disfruten.

Conforme atravesaban la sala decorada con ramilletes de flores blancas y enormes lazadas del color del oro, camino de los jardines desde donde se oía la música, los ojos de Rebeca barrieron sin parar el espacio, esperando, pese a todo, encontrarlo. Sorprendida por tan ansiosa necesidad, herida por lo que acababa de saber, nunca sospechó que el duque le importara tanto. Antes de salir al exterior, la señorita Hagstings regresó con una nota doblada en la mano.

—Me temo que lady Evelyn acertó. Uno de nuestros invitados más esperados acaba de excusarse. Al duque de Richmond le será imposible deleitarnos hoy con su presencia.

Lo anunció sin demasiada pesadumbre y tal cual lo dijo, desapareció de nuevo para atender a otros recién llegados. Pero Rebeca pudo escuchar el crujido de su corazón partiéndose por la mitad bajo las costillas, con la noticia de que él no vendría.

—Lo siento muchísimo —cuchicheó Julianna, cerca de su oído—, supongo que le habría gustado verlo, ¿qué habrá podido retenerle?

Rebeca estiró la espalda e intentó no derrumbarse, sujetando las lágrimas que peleaban por salir.

—Muy probablemente desea hacer honor a su caballerosidad dejándome actuar en libertad con todos estos posibles pretendientes. Recuerde que nuestra divertida apuesta sigue en vigor.

—Ah, cierto. Entonces imagino que es eso, no ha querido importunarla.

—He comprobado que la señorita Hagstings no sabe nada acerca de mi posible compromiso con el duque, no imagina cómo le agradezco que sea tan discreta.

Los ojos verdes de Julianna se abrieron como dos lunas llenas.

—¡Por supuesto que no! Lo que usted me confíe queda en custodia hasta el día de mi muerte, ya se lo dije.
Rebeca apretó su mano, al tiempo que le dedicaba la mejor de sus sonrisas.
—Gracias, señorita Donne. Será que me sorprende comprobar que algunas personas sí cumplen lo que prometen.

Capítulo 36

La época de que
los problemas caigan del cielo
como lluvia helada, aún no ha llegado.

No podía decirse que el ambiente en la mansión Rendel fuera el esperado. La casa olía a dolor y a pérdida, pero también a interés, a oro y a sangre derramada en batalla. Los hijos del difunto Nathan agrupados en el gran salón, discutiendo a media voz y, apartada de todos ellos y de sus planes, se encontraba Lita, recostada en una butaca, intensamente pálida.
Cuando el criado anunció al duque y al barón, los Rendel giraron a una sus cabezas, y la viuda saltó de su asiento para darles una anhelante bienvenida.
—¡Mi queridísimo duque! Gracias por venir…
—Duque de Richmond —repitió un joven de entrecejo crispado y enormes manos, que Andrew imaginó, sería el hijo mayor—, es un gran honor conocerlo.
—Lamento mucho su pérdida. Les presento a mi amigo, el barón de Roe.
Augusto inclinó la cabeza, y los cinco hijos Rendel hicieron lo propio.
—Sabemos del gran aprecio que nuestro padre le prodigaba, su excelencia. Gracias por haber venido. El señor Jackman, abogado de la familia.
El hombrecillo inclinó con devoción la cabeza.
—Su excelencia…
—¿Cómo se encuentra la viuda? —quiso saber Andrew, al tiempo que se giraba. Lita se había quedado petrificada en la puerta del salón, sin atreverse a cruzarla.
—La señora se encuentra en perfecto estado de salud —afirmó otro de los hijos, con una voz fría, carente de emoción.
—Excúsennos, se lo ruego. Vamos a confortarla.
No debió de hacerles muy dichosos tanta atención a su madrastra por parte de un personaje socialmente insigne como un duque, pero callaron porque no podían hacer otra cosa. Lita los sacó de allí a toda prisa y los condujo de sala en sala, hasta una pequeña biblioteca que parecía estar en el ala opuesta de la casa. Ordenó té y cerró la puerta.
—Gracias a Dios que has venido.
Augusto carraspeó, molesto, para reafirmar su presencia. Ella lo miró un segundo, sin sonreír.

—Esa manada de buitres carroñeros pretenden dejarme sin un penique. Durante más de ocho años no se han acordado de su padre y ahora les ha faltado tiempo para presentarse aquí con un abogado.
—Bueno, es lógico que se presenten, Lita, su padre ha muerto y hay propiedades y fortuna en juego.
Lita, vestida de negro de pies a cabeza y con el escote más cerrado que Andrew le había visto jamás, lo miró con reproche.
—No hace falta ser cínico, duque, ya sabes a qué me refiero, ese interés paternofilial es tan repentino como imaginario, te lo puedo asegurar.
—¿Y qué piensas hacer al respecto?
—No voy a consentir que me echen a la calle como si fuera un perro. He cuidado de su anciano padre todos estos años y no pienso marcharme sin mi bien merecida recompensa. ¿Me ayudarás?
—¿Cómo podría hacerlo?
—No sé, influyendo en sus intenciones, mira como todos se han cuadrado al verte venir. Eres duque, tienes influencias…
Cuanto antes estallara aquella ingenua fantasía de Lita, mejor para todos. Andrew levantó una mano, rogando que no siguiera.
—Lita, seré duque, pero no los conozco de nada, ellos a mí tampoco, es la primera vez que nos vemos en nuestra vida.
—Pero…
—No voy a tratar de convencerlos, no me escucharían y se preguntarían el porqué de mi intromisión. Eso sí, te podré en contacto con mis abogados y ellos harán todo lo legalmente posible por proteger tus intereses. Me temo que el resultado dependerá del contenido del testamento de tu marido.
Lita se dejó caer como una manta de invierno sobre el sofá. Con los ojos irritados de tanto llorar y los puños apretados con rabia.
—Maldito viejo roñoso… Ojalá se hubiese muerto mucho antes.
—¡Señora! —se alteró Augusto— Pueden oírla.
—¡No me importa! ¡Que me oigan! Su aprecio por mí es idéntico al mío por ellos. Ya dan por hecho que odiaba a su padre en vida, cuando no es cierto. Dígame, ¿de qué modo podría defenderme de tan maligna acusación? No soy más que una viuda desamparada contra la que todos dirigen sus dardos.
Su desmedido teatro estuvo a punto de robarle al duque una carcajada.
—Convendría más que parecieras una viuda desconsolada. Quizá así los ablandarías —sugirió, ganándose otra agria mirada por parte de Lita.
—Esos corazones podridos, ávidos de fortuna, no se ablandan con lágrimas. Ni un gramo de esfuerzo pienso poner en recibir lo que por ley me pertenece.

Augusto miró a Andrew con una pizca de desesperación.
—Señora, en caso de que el testamento…
Lita no lo miró siquiera. Se levantó del diván y se arrojó en brazos del duque, sin ningún recato. Él dio gracias al cielo de que el único testigo presente fuese un amigo en el que sin duda, podía confiar.
—No me dejes sola, duque, te lo ruego. Si algo te he importado todo este tiempo…
—Lita, por todos los santos. —Trató de zafarse de su abrazo, con delicadeza y sin ofenderla. Tomó sus manos heladas, las unió y la condujo de nuevo al sofá—. Tranquilízate. Toma algo caliente que te relaje los nervios y métete en la cama. Mis abogados se pondrán en contacto contigo mañana mismo.
—Duque…
Andrew no estaba dispuesto a continuar con aquel bochornoso espectáculo. Ni con toda la comprensión que Augusto fuese capaz de darle. El arrepentimiento por haberse involucrado con Lita le mordía fuerte el estómago.
—Tenemos que marcharnos.
—Duque, no te atrevas a dejarme…
Besó su mano sin darle más respuestas. Su amigo hizo lo mismo, y ambos salieron de la biblioteca, cruzándose con una doncella que venía cargada con los servicios de té.
—La señora está muy afectada. Prepárenle una tisana y asegúrense de que se acuesta y descansa —indicó Andrew, en un siseo.
—Si, su excelencia.
Una vez en la calle, soltó un resoplido. Augusto le palmeó la espalda dos o tres veces.
—En menudo aprieto te veo metido, camarada —bromeó, tratando de subirle el ánimo, sin saber lo cerca que estaba de la verdad.
Algo así, Andrew no podía tomárselo a mofa.
—Haré lo imposible porque esto no me salpique, créeme.
—Esa mujer está desesperada, si el contenido del testamento de su marido no la beneficia…
—Vendrá a por mí, ya lo sé.
—¿Y en qué puede eso afectar a tu próximo compromiso con lady Rebeca?
Andrew frenó en seco y se lo quedó mirando. Su ilusión por la fiesta de cumpleaños, por verla, por alejar a los caballeros que intentaran cortejarla, se había esfumado. En lugar de eso, estaba emocionalmente destruido, incapaz de ver otra cosa en su futuro, que problemas y densas nubes negras.
—Absolutamente en todo. Bastante reacia es ya a nuestra relación lady Rebeca, como para que Lita Rendel le regale una excusa. No puedo permitir que pase.

Capítulo 37

Bienvenidos a la eterna desilusión
del amor no correspondido.

La música debía de sonar maravillosa y los manjares debían de ser exquisitos, a juzgar por el júbilo con que todos bailaban, reían y devoraban el suculento banquete. Para Rebeca, era como estar encerrada en una burbuja con muchas cosas deliciosas alrededor, que no podía tocar, sentir, ni saborear. Comprobó abatida, que no deseaba la atención ni la galantería de ningún caballero que no fuera Andrew. Que lo echaba de menos, que en su presencia todo era muy emocionante. Que por alguna razón que detestaba, la hacía vibrar de un modo mágico y que las mariposas que le hacían sentir sus ojos verdes, se volatizaban si no lo tenía cerca. Que le había regalado sensaciones desconocidas y que no bastaba, quería más, mucho más de aquello que al parecer, solo él era capaz de darle.

Y sin embargo, la única forma de mantener a salvo su arriesgado secreto era no entregando su amor a nadie. Por eso lo odiaba, por haberla enamorado. Rebeca estaba por completo atrapada en una red de la que no sabía escapar.

Pese a lo brumoso de sus pensamientos, fue capaz de darse cuenta de que muchos de los invitados la evitaban. Y en aquella ocasión, no podía culpar a un duque que no había aparecido.

—Señorita Donne, ¿es una figuración mía el modo extraño y evasivo con el que todos me miran?

La pelirroja se puso nerviosa de inmediato.

—Bueno, usted dijo que el duque…

—El duque no está hoy aquí, no hay presión alguna. Actúan así por algo y empiezo a pensar que no es mi apuesta con el duque de Richmond.

Los ojos claros de la joven se llenaron de desconsuelo.

—Oh, lady Rebeca…

—¿Qué ocurre, Julianna? ¿Qué me está ocultando?

—Lady Rebeca, debí contárselo antes, es solo que… solo que…

Rebeca la arrastró a un rincón mucho más privado. Había un banco de piedra y las protegía la sombra de un árbol. Abrió su sombrilla de encaje y la usó de parapeto contra las miradas curiosas. Julianna se retorcía las manos sin parar.

—¿Qué?

—No pensé que serían capaces…
—¿Capaces de qué? ¿Quién?
—Oh, esto es terrible, lady Rebeca, espantoso.
Rebeca dejó de presionarla porque vio lágrimas correr mejillas abajo. En lugar de transmitirle su angustia a Julianna, le concedió unos segundos para que se recompusiera. La veneciana se secó la cara con la punta de los dedos.
—Es espantoso a donde pueden llegar esas diabólicas mujeres.
—Supongo que imagina que no sé de qué me habla.
—Desde luego. Usted es de todo punto inocente. Es evidente que ha notado cierta frialdad hacia su persona, tanto en esta reunión como en el baile de lady Margaret Grant.
—Digamos que no han sido todo lo calurosos que cabía esperar dadas las circunstancias, hace casi dos años que no acepto invitaciones, y a la mayoría no los veía desde el funeral de madre.
La señorita Donne tomó aire y de paso, valentía suficiente para revelar lo que llevaba escondido y que tanto le quemaba.
—Circula un rumor… en realidad nació como un chisme absurdo al que parecía imposible dar credibilidad, pero se ha ido extendiendo…
Rebeca empezó a temerse lo peor. Su cuerpo se enfrió de golpe y por un instante, las imágenes ante sus ojos se volvieron borrosas.
—¿Me… afecta?
—Desde luego que sí, lady Rebeca, la afecta directamente.
—Por amor del cielo, Julianna, va usted a conseguir que me dé un ataque.
—Lo sé, lo sé, disculpe, no acierto a ordenar estas ideas mías. Es todo tan atroz y tan… Se rumorea que lord Walsh dejó de cortejarla…
—Lord Walsh, jamás en toda mi vida me ha cortejado, que yo sepa.
—Pues aseguran que sí y que si se retiró fue porque sospechaba que el fallecimiento de su madre… —Ahí volvió a atascarse. Rebeca aguardó con impaciencia a que se rehiciera— no había sido… no había sido tan pacífico y natural como se pretendía aparentar.
En ese segundo, el corazón de lady Rebeca dejó de latir. No podía ser verdad lo que estaba oyendo. Semejante monstruosidad no podía ser cierta. Sus piernas se volvieron débiles, incapaces de sostenerla, de haber estado en pie. La señorita Julianna pareció adivinarlo y la sujetó con un brazo antes de que se desplomase.
—¿Están tratando de insinuar que… que alguien mató a mi madre?
Cuánto le costó pronunciar aquellas palabras tan crueles. Sus ojos buscaron los de Julianna para interpretar sus silencios. Dos perlas verdes como la hierba en verano, que miraban con angustia contenida y tremendo pesar.
—¿Acaso piensan…?
—Lo sé, es horrible, espantoso.

Rebeca miró alrededor. De repente, la luz se abría paso en su adormilado cerebro y entendía las insinuaciones de lady Margaret, el que ningún caballero le hubiese pedido un baile, los desplantes de lady Evelyn, que ninguna dama se hubiera acercado ni siquiera a saludar…
—No puede ser que imaginen que yo tenga algo que ver…
—No la conocen, lady Rebeca, para ellos es fácil creer cualquier historia pavorosa. En realidad, cuanto más truculenta, mejor…
—Por amor del cielo, aunque no me conozcan, conocían a mi madre, yo siempre estaba a su lado. Si acudíamos a una fiesta o un baile, íbamos juntas…
Se le quebró la voz en un sollozo, sin importarle que la vieran. La señorita Donne la abrazó para darle consuelo.
—Cualquiera podía ver lo mucho que nos amábamos.
Todo alrededor había perdido brillo, como si una niebla cremosa apagase el color de la pradera y la luz de las flores. Las figuras de los invitados de Anne Hagstings, a lo lejos, se desdibujaron.
—¿Se encuentra bien? No me responda, es una pregunta estúpida —gimió Julianna, con la voz entrecortada.
—Necesito salir de aquí. Sáqueme de aquí, se lo ruego. Tengo al cochero esperando en la puerta.
—Si bajamos por la escalinata, iremos directamente a la entrada.
—De acuerdo —Rebeca consiguió ponerse en pie, tambaleándose—, hagámoslo.
—¿Sin despedirnos de la señorita…? De acuerdo, sin despedirnos de nadie.
Rebeca todavía temblaba cuando se acomodó en el coche, después de convencer a la señorita Donne de que la acompañase a Amschel House y se quedara a pasar la noche.
—No la dejaré sola, esté segura de ello —prometió la veneciana, con cariño.
De repente, todo lo que Rebeca podía hacer, era llorar a borbotones. Algo insólito que su habitual dureza, normalmente, le impedía. Solo recordaba haber llorado con la muerte de sus padres y cuando la separaron de Simon.
Quería agradecerle a Julianna su compasión, que a pesar de no conocerla apenas, hubiese dado un salto de fe en su favor, en lugar de dejarse llevar por el horrendo poder del rumor. Pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta.
—¿Cree que el duque también haya oído…?—preguntó la señorita Donne, con un hilo de voz.
Rebeca no supo qué responder. Era probable, sí. Cuando un chisme malévolo corría de boca en boca, no se detenía ante la puerta de nadie. Entonces, una aguda punzada le atravesó el pecho, otra

pregunta más aterradora aún.
—¿Podría ser esa la causa por la que ha cancelado su asistencia a la fiesta de cumpleaños? ¿Para evitar encontrarse conmigo?
Julianna Donne no había visto al duque en toda su vida, ¿cómo iba a tener una respuesta para aquello? Se contentó con tomarle las manos a su amiga y apretarlas transmitiéndole fuerza y calor. Así se mantuvieron hasta que el carruaje se detuvo en la puerta de Amschel House.
El ama de llaves aguardaba con excitación, noticias acerca de las primeras salidas de su señorita tras el luto. Verla llegar en aquel estado era lo último que esperaba.
—¡Milady! ¿Qué ha ocurrido?
—Está conmocionada —explicó Julianna—, por favor, necesita una buena chimenea y algo caliente.
Diez minutos más tarde, estaban las dos acomodadas en el salón verde, el favorito de lady Stone. Con Amelie de pie frente a ellas, observando con desasosiego.
—Toda esa gente especulando cosas espantosas sobre mí a mis espaldas, y yo acudiendo al baile de lady Margaret y a la fiesta de hoy, a ciegas, como un cordero al matadero… —sollozó Rebeca, cubriéndose la cara con vergüenza.
—¿Quién ha sido el responsable de semejante infamia? ¿De dónde ha salido algo así? —siseó Amelie, contenida.
—Creo… creo que…
Indiscutiblemente, la señorita Julianna tenía la respuesta, aunque no se atrevía a manifestarla.
—Dígamelo —suplicó Rebeca—, necesito saberlo o nunca se hará justicia.
—Lady Evelyn tiene algo que ver. Por lo visto, lord Walsh…
—¡Oh, ese hombre arrogante y malvado! —explotó Amelie, ofuscada hasta el punto de interrumpirla— Lady Stone lo detestaba.
—Él debió de insinuárselo a lady Evelyn y…
—Ella le dio todo el crédito que la calumnia merece —resumió Rebeca, con amargura.
—Su comentario fue tan superficial, estoy convencida de que ni siquiera era consciente de la gravedad de sus consecuencias.
—Por todos los santos, ¿cuántas personas estaban presentes?
—Ese día, en casa de la señorita Hagstings, solo Penélope Waterman. Pero me temo que el rumor se ha extendido como la pólvora.
—Que Dios los perdone —murmuró Amelie, con los ojos húmedos—, han cometido un pecado terrible.
Las doncellas sirvieron tisanas calientes y en un buen rato, nadie fue capaz de despegar los labios. Pero a medida que transcurrían los minutos, Rebeca notó que algo en su interior se removía con fiereza,

hasta reunir ganas de arrojar la taza contra la piedra de la chimenea. Si su primera reacción a la acusación había sido desmoronarse, ahora lo que la movía, era la furia y una incontrolable sed de venganza.
—¡Voy a matarlo!
Se puso en pie de un salto, con la taza aún milagrosamente en las manos. Tanto Julianna como Amelie, la miraron aterrorizadas.
—¿A quién se refiere, lady Rebeca? Cálmese, se lo ruego.
—A lord Joseph Walsh. Se retractará de ese invento perverso, o juro que soy capaz de cualquier cosa.

Capítulo 38

Salvar el honor de una dama
no es tan sencillo como
pueda parecer a primera vista.

Pocos ciclones habrían avasallado la casa y al servicio de lord Walsh, como lady Rebeca Percy entrando sin esperar a ser anunciada y sin que la acompañase nadie.

—¡¿Dónde está?! ¿Dónde se esconde?

Fue abriendo una a una todas las puertas que se encontraba, por completo enloquecida. Pensar en educación, cortesía y buenos modos, era lo último que pasaba por su cabeza en aquel momento. Jamás había estado tan furiosa, se había desatado en ella una ira imposible de aplacar.

Salvo que diera con el miserable causante de toda aquella catástrofe.

—Lady Rebeca… el señor… —el mayordomo de Walsh corría tras ella sin conseguir frenarla—, el señor se encuentra…

Rebeca abrió una puerta doble al final del pasillo. Dentro, Joseph Walsh con un libro en la mano, la miró con espanto. Ella respondió con un gesto intimidante.

—En su estudio —acabó el mayordomo, por completo superado.

Walsh hizo una leve indicación con los ojos.

—Está bien, Albert… puede marcharse. Traiga té para lady…

—Puede ahorrarse el té, Albert —repuso hosca—, con que nos deje solos, basta.

El mayordomo más dos doncellas que habían acudido a curiosear el revuelo, cerraron la puerta con torpeza y caras de pánico. Rebeca apostaba medio Amschel House a que se quedaban escuchando. Mejor, mucho mejor, cuanta más gente supiera de aquello, más le convenía. Dio un paso adelante y Joseph Walsh dio otro exactamente en la dirección opuesta. Las manos que sujetaban el libro, temblaban con violencia.

—Veo que no se sorprende de verme, quizá adivina el motivo de mi visita y también el de mi furia.

—Lady Rebeca, se lo ruego, cálmese…

—Es usted un gusano, bastardo infame, ha arrastrado la memoria de mi madre y el apellido de mi familia por el fango, merece el peor de los castigos.

—Podemos… hablar con calma. Yo no… no era mi intención…

—¿Cómo se atreve a insinuar siquiera que tuve algo que ver en la

muerte de mi madre? ¿Cómo se atreve?
—Lady Rebeca…
—No ose hacerse el ofendido, si mi madre estuviese viva no se habría atrevido a inventar semejante mentira, ¿acaso imaginó que porque yo era joven y estaba desprotegida iba a poder calumniarme sin consecuencias?
Dio otro paso firme, y a Walsh se le cayó el libro de las manos. Cruzó la biblioteca y fue a ponerse a salvo tras un sofá de terciopelo morado. Si alguna vez, en algún baile, aquel hombre le había dado una buena impresión, ahora Rebeca lo miraba y solo veía una rata asustada que no sabía dónde meterse.
—Ha sido todo un malentendido —tartamudeó— ¡Un error! ¡Un error lamentable! Serénese, ¿Qué le parece si dejamos pasar el tiempo, lady Rebeca? Al final la gente se olvida…
—Seguramente no pensaba que vendría a enfrentarme a usted, ni a pedirle explicaciones por su pecado. ¿Después de haberme matado, ahora me pide que limpie mi propia sangre? Es indigno.
—¡Estaba bebido! —reconoció al fin, cubriéndose la cara con las manos.
—¡Eso no es excusa, maldita sea!
La blasfemia debió de ponerle los pelos de punta.
—Lady Rebeca, ¿qué modales son esos?
—¡Los de una mujer sola, sin un padre o un hermano que la defiendan de abusos e injusticias como esta! Y no me desafíe, porque soy capaz de cosas que usted no es, siquiera, capaz de imaginar.
— ¡Estaba bebido y despechado! ¡No sabía lo que decía! —sollozó— No era mi deseo perjudicarla de ese modo, lo juro. Me arrepiento, ¡no sabe cómo me arrepiento!
Rebeca lo miró con absoluto desprecio y quizá, con un poco de compasión. Un hombre lastimoso y vacío que no tenía nada que ofrecer y que posiblemente, jamás en toda su vida sería feliz.
—Mi madre lo desaprobaba, sospechaba que no era un hombre honorable, por eso impidió que me pretendiera. Y claro, usted tenía que vengarse del peor modo posible.
—Lo siento, fue un error injustificable y terrible, lo siento.
—¿Rectificará?
Walsh hundió la cabeza contra el pecho, desalentado y abatido, pero no dio la respuesta que Rebeca había ido a buscar. La joven avanzó envalentonada hacia donde él se encontraba.
—Le he hecho una pregunta: ¿rectificará?
Lentamente, lord Joseph Walsh levantó los ojos. Estaban húmedos y llenos de remordimiento y de miedo. Y a pesar de ello, su reacción aplastó cualquier destello de esperanza que lady Rebeca pudiera albergar.

—No puedo rectificar en público algo que comenté en privado.
Sin pedir permiso, el puño de la joven salió disparado hacia su ojo y se estampó contra su cara con la mayor potencia. La cólera que hacía hervir su sangre evitó que Rebeca sintiera dolor, aunque Walsh cayó de rodillas aullando, cubriendo con sus dedos pálidos la zona lastimada. La joven lo miró con aborrecimiento antes de dar media vuelta y marcharse de allí.
—Es usted un patético cobarde y no pararé hasta hacerle pagar por lo que ha hecho. Buenos días. Tenga en la vida la suerte que se merece.

Cuando salió a la calle, con la respiración entrecortada, el corazón al galope y los ojos inundados de lágrimas, Rebeca solo quería subir a su carruaje y volver a casa, a esconderse para siempre. De no haber ido tan trastornada, habría hecho caso de aquella sensación extraña que la asaltó, la de estar siendo vigilada. Pero en lugar de escucharla, hizo como si el hormigueo que le corría por los brazos no existiera. Poco podía imaginar que alguien estaba al otro lado de la calle, viéndola abandonar la mansión de lord Joseph Walsh, y sacando conclusiones.

Capítulo 39

Sacar conclusiones precipitadas
puede conducirnos al borde
del precipicio.

Ardía. Por dentro, todo su ser era un incendio imposible de sofocar.

Rabia, indignación y un sinfín de preguntas que solo Rebeca podía responder. Sí, en su día, Andrew también oyó rumores acerca del cretino de Joseph Walsh persiguiendo a lady Rebeca de baile en baile, como un perillo hambriento, en una bochornosa pantomima que solo los tontos interpretaron como cortejo, ya que ella no mostró jamás el menor interés por el caballero. Sin embargo, debía de haber alguna razón imperiosa por la que ahora había arriesgado su reputación visitándolo a solas, sin compañía; él mismo la había visto salir de la casa de Walsh en Londres.

¿Acaso trataba de renovar sus esperanzas románticas, de reavivar lo que un día hubo? ¿Tanto era su afán por huir de él, que estaba dispuesta a dejarse pretender por semejante majadero? Con el extremo del bastón, Andrew golpeó el exterior del carruaje, indicando al cochero que apretara el paso.

Devorado por la impaciencia.

Seguir posponiendo el anuncio del compromiso no sería más que un enorme descuido por su parte. Amaba a Rebeca y si no quería perderla, con tanta demora corría riesgos absurdos. En tanto él siguiera adelante con el matrimonio, ella estaba obligada a seguirlo. Aunque…

Engañarse a sí mismo era irracional. Forzarla a casarse no era lo que tenía en mente, él deseaba su amor libre y sincero, que lo buscase inflamada de deseo, que sentir sus caricias fuera lo más importante de su día. Ver correspondidos sus sentimientos, esos que hasta ahora había preferido negarse, con la misma ferocidad con que los sentía. Ahí, abrasándole el alma.

El coche frenó a la puerta de Amschel House y el duque saltó antes de que se detuviera del todo. En menos de cinco minutos estaba ante su supuesta prometida, en el saloncito donde las madres de ambos solían reunirse. Cuando Rebeca se giró a mirarlo con expresión atormentada, sus mejillas estaban pálidas como el mármol, sus ojos azules sin brillo, del color de los sueños rotos. Sin embargo, y sin pretender ser arrogante, el duque diría que al verlo, titilaron con un pequeño destello.

—Duque, no esperaba tu visita hoy. —Lo recibió con educado distanciamiento— ¿Puedo saber qué se te ofrece?
Andrew calculó mil maneras de abordar aquel incómodo interrogatorio. Ninguna le parecía honrosa, se encontraba en mitad de un temible ataque de celos, y nada bueno cabe esperar de un hombre en tal estado.
—¿Considerarías poco caballeroso preguntar en qué has empleado tu tiempo esta mañana? ¿Has salido quizás?
Rebeca lo miró, desconcertada. A diferencia de otras visitas, en las que el duque buscaba su cercanía, esta parecía tan protocolaria y rígida que daba risa. Se había quedado de pie justo delante de la puerta cerrada, sin avanzar y sin sentarse.
—No —musitó tras una breve pausa que incrementó la irritación de Andrew—. He leído y montado a caballo aquí mismo, dentro de la finca.
—En ese caso, es probable que esté en un error. ¿Acaso no has visitado la mansión Walsh? ¿Es posible que la hayas abandonado aproximadamente a las once horas y quince minutos?
Rebeca pestañeó confusa. El duque no parecía furioso, ni siquiera contrariado, solo su voz dura, fría como el hielo, y el músculo que palpitaba en su mandíbula, denotaban tensión.
Andrew respiró hondo. ¿Qué haría ella a continuación? Seguir negándolo o…
—¿Ahora te dedicas a espiarme?
—La casualidad juega a veces muy malas pasadas. Y casualmente —remarcó la palabra—, hoy me encontraba en Londres.
—De acuerdo, confieso. He visitado a lord Joseph Walsh esta mañana.
Él se sorprendió de que lo admitiera con tanta tranquilidad.
—¿Vuelvo a ser muy osado si pregunto a qué se debe tan inapropiada conducta? Visitar a un caballero soltero, a espaldas de tu prometido. Y sola, Rebeca, porque ibas sola.
Rebeca apretó los puños. Ahora, la rabia impregnaba sus palabras.
—¿Te parece suficiente motivo defender mi honor y mi reputación?
—Eso es precisamente lo que has puesto en riesgo dejando que más gente, aparte de mí, te vea salir sin compañía de su casa.
Rebeca le mantuvo firme la mirada. Preguntándose por qué Andrew no era capaz de ver su infinita tristeza.
—No sabes lo que dices. No ha ocurrido absolutamente nada que pueda reprochárseme.
—Si no te importa, preferiría juzgar por mí mismo. Todo tiene un límite, y me temo que con esto hemos alcanzado el de mi paciencia.
—No voy a contentarte, duque. Soy libre de entrar y salir cuando guste, que yo sepa, aún no soy una mujer casada. Ni siquiera prometida. Y te recuerdo que dispongo de todo un mes para encontrar

mejores opciones.
Al detectar resentimiento en su voz, Andrew se sacudió. Toda la frustración y la furia que retenía en su interior explotó en sus ojos. Aquella mujer y su osadía lo sacaban de sus casillas. Soltó un bufido.
—Así que eso es lord Joseph Walsh a tus ojos, una posible opción más. Pues lamento aclarar que comportamientos tan inadecuados como este, no se incluyen en nuestro acuerdo. Hablamos de fiestas, bailes y reuniones sociales, encuentros inocentes con los que convencerte de que, sin duda, soy el mejor pretendiente.
—Qué arrogante, señor —lo desairó ella.
El duque hizo como si no la hubiese escuchado.
—Pero ¿visitar a un caballero a solas y en su casa? Algo así no pienso tolerarlo.
Rebeca se levantó de la silla donde estaba sentada y con total indiferencia, caminó hacia el piano, abrió la tapa y empezó a tocar. Una pieza complicadísima, que seguramente, requería de toda su concentración.
—¿Tienes algo con Walsh? —preguntó Andrew, sin moverse del sofá.
Ella tardó bastante en frenar sus dedos sobre las teclas.
—Eso no es de tu incumbencia, te repito que no soy tu esposa, tampoco tu prometida.
—Si eso es lo que te inquieta, le pondremos pronta solución: la semana próxima anunciaremos el compromiso y fijaremos la fecha de la boda.
Lady Rebeca abrió mucho los ojos, la boca, no dijo nada, y volvió a tocar. Sus esbeltas manos revoloteaban ágiles sobre el teclado hasta que de repente, pararon con un golpe.
—Tenemos un acuerdo —le recordó, con ansia.
—Que por razones obvias me obligas a no respetar.
—Y mi luto…
—Tu luto ya se prolonga demasiado, ni lady Stone estaría de acuerdo. Basta de impedimentos, Rebeca, basta de desafiarme con tu proceder, y basta de desprecios. No pienso permitirte ni uno más.
En lugar de amedrentarse como Andrew esperaba, Rebeca levantó la barbilla y lo miró de frente, en un claro gesto de provocación.
—Ya veo dónde quedó el dulce duque que pretendía ser romántico. Era solo una fachada falsa para seducirme. En realidad eres un hombre autoritario y antipático que impone su voluntad sin importar nada más. ¿Así piensas ganarte mi corazón?
No, desde luego que no, pensó Andrew, así no. De haber podido elegir, lo habría ganado a base de ardientes besos, de caricias tan infames que lo habrían llevado preso. Luchó contra el nudo que le apretaba la garganta. Lo asustaban, tanto la velocidad a la que su corazón latía, como la desesperada y creciente necesidad de

estrecharla entre sus brazos y devorar su boca hasta robarle la vida.
Sin embargo, en lugar de ceder a sus instintos, mantuvo aquella coraza de hombre insensible y canalla que tanto le costaba.
Ella se puso en pie, y él estaba a su lado, muy cerca, demasiado cerca de su cuerpo, antes de ser consciente de que se había movido. Sus manos buscaron el talle femenino, se anclaron a su cintura, y la atrajeron con hambre demoledora.
—Lord Richmond, quítame inmediatamente las manos de encima.
No lo hizo. Y ella no forcejeó para liberarse.
—Me he cansado de ser paciente —susurró junto a su cuello—; solo por respeto a la memoria de tu madre, quise que te sintieras cómoda. Quede claro que no tengo ninguna intención de enamorarme de ti. Aunque nos casemos, no voy a controlarte, no voy a pedirte nada, harás lo que quieras, igual que ahora, irás y vendrás donde te plazca, ambos gozaremos de total libertad, porque esto no es más que un acuerdo en nombre del afecto que sentíamos por lady Stone.
En ese doloroso momento, Rebeca entendió que no tenía derecho a reprocharle su relación con la señora Rendel. Que la amase, que asistiera con ella a fiestas, que gozase de los placeres de la carne entre sus sábanas. Y solo quiso llorar.
—No tienes por qué sentir ningún miedo—prosiguió Andrew, junto a su oído— . Nos casaremos, en sociedad nos comportaremos como el matrimonio idílico que Londres espera, y en la intimidad seremos discretos con lo que quiera que hagamos. Deseo que queden claras las condiciones, porque no pienso volver a discutirlas. Este tema ya me aburre.
Entonces, contradiciendo los dictados de su corazón, el duque se alejó. Sus manos se distanciaron de la deliciosa cintura, con ganas de morir allí mismo, a los pies de Rebeca. A pesar de su coraje y su evidente habilidad para el debate, ella fue incapaz de replicar. Por un instante, Richmond pensó que rompería a llorar y si lo hacía, él no podría reaccionar de otro modo que abrazándola de nuevo, esta vez para darle consuelo, confesando que su arrebato no eran más que celos y el tono despectivo de su voz, puro teatro.
Pero lo que fuera que estaba sintiendo, Rebeca consiguió retenerlo sin exteriorizar la menor emoción.
—¿Está seguro que todo esto es únicamente por la visita a lord Walsh?
—Lord Joseph Walsh es para mí, una mota insignificante de arena en mitad de un camino. Es tu comportamiento; conducirte con discreción y respetar nuestro compromiso, parece traerte sin cuidado.
Andrew deseó haber puesto la suficiente dosis de desprecio en el tono al mencionar a su rival, que quedase bien claro que no consideraba a Walsh una amenaza. Sacudió la cabeza a modo de saludo formal, y se dispuso a irse.

—No comprendo que aún desees casarte conmigo. —Oyó a sus espaldas.

Respondió sin girarse, sin mirarla de nuevo, sin querer ceder a la tentación de correr hacia ella y estrecharla fuerte contra su cuerpo, arrancando su melancolía y todo aquello que le impedía brillar. Dejando vivo solo un intenso amor por él, que ni siquiera sabía si existía.

—Tú misma has dicho que no ha ocurrido nada que pueda reprochársete. Solo trato de anticiparme a la posibilidad de que suceda.

Capítulo 40

Nada como abrir
los ojos y caer en la cuenta
de lo confundido que has estado.

El duque regresó a Conventwood y se encerró en su estudio como una fiera enjaulada. Iracundo. Preguntándose si había hecho bien imponiéndole a Rebeca un matrimonio que quizá no deseaba, en lugar de abrirle el corazón y confesarle lo que sentía por ella. Un segundo más tarde cambiaba de opinión, rabioso porque además de haberle faltado a la consideración viéndose con otro hombre a solas, su prometida tuviera la desfachatez de sentirse insultada. Le costaba encontrar lógica a las cosas, estaba seguro de que ella no sentía nada por el insípido lord Walsh, de otro modo, cuando su madre aun vivía, habría alentado el cortejo, cosa que al parecer, no hizo. Pero si Rebeca arriesgó su buen nombre yendo a buscarlo, es que estaba desesperada por encontrar un sustituto que la librase de convertirse en duquesa de Richmond.

¿Por qué? ¿Qué era lo que le provocaba tanto rechazo? Cierto que podía haber opciones más convenientes, pero… ¿Joseph Walsh?

El señor Carson se cansó de golpear educadamente la puerta del estudio y terminó empujándola, seguramente para comprobar que el duque seguía vivo.

—Señor, acaba de llegar una carta de la señora Rendel.

Lo que faltaba. Andrew extendió la mano para tomarla, deseando tirarla a la chimenea sin abrir. Su estúpido sentido de la filantropía no se lo permitió.

—Y la señorita Hagstings, lady Evelyn Fowler y la señorita Donne aguardan para verlo.

«¡Cielos, qué multitud!»

—¿A mí?

—Sí, señor. Afirman traer un asunto relacionado con lady Rebeca Percy. Lo esperan en el saloncito de música.

—Iré en un instante, Carson. —Fingiendo normalidad, rompió de un tirón el sello de lacre—. Por cierto, dígame, ¿cuántos días necesitaría para organizar un gran baile?

El mayordomo pareció sorprenderse.

—¿Aquí, en Coventwood?

—Sí, al objeto de anunciar mi compromiso con lady Rebeca. Que sea cuanto antes, Carson, por favor. Y con asistencia de toda mi familia.

Encárgate de avisarlas.
El duque no observó la reacción de su mayordomo porque estaba leyendo la carta de Lita. Pero su sospechoso silencio lo impulsó a levantar los ojos. Se encontró con un rostro turbado y pálido.
—¿No le hace feliz que por fin haya decidido casarme?
—Lo que usted diga, señor. —Carson bajó la cabeza sumiso, y escondió la expresión de su rostro—. Me reuniré con la señora Pillow para revisar los preparativos.
—Encárguese de que esa ama de llaves nuestra no escatime en gastos. Quiero algo fabuloso que Londres tarde en olvidar y sobre todo, que le quite a mi madre de la cabeza la idea de organizar ella, los preparativos de la boda.
—Lo que desee el señor.
De no haberse agitado tanto con las peticiones de Lita, al duque le habría preocupado la extraña conducta del señor Carson. Pero su torturada mente no podía estar en dos sitios a la vez. El mayordomo lo dejó solo, y él volvió a repasar las breves aunque inquietantes líneas.
«Los perversos hijos de Nathan han logrado dejarme sin nada. Mi horrible marido ni me menciona en su testamento. Te necesito más que nunca, Andrew, por favor, ven a verme. Me hospedo en el hotel St. James, en Londres. Date prisa, no puedo esperar»
Andrew se llevó la mano a la cara y con los dedos pulgar y corazón presionó sus sienes. Sintiéndolo mucho, Lita Rendel y sus intereses económicos tendrían que esperar. En la sala de música lo esperaban tres jóvenes damas con cierta relación con lady Rebeca, que quizá, solo quizá, traían mejores noticias.

Se pusieron de pie al verlo entrar y él saludó acercando los labios a sus nudillos enguantados, una por una, sin rozarlos.
—Siéntense, por favor.
—Su excelencia, disculpe la intromisión, presentarnos aquí sin anunciar la visita cuando ni siquiera hemos sido formalmente presentados… —empezó la señorita Hagstings, quien tenía, visiblemente, muchos alegatos pendientes. En ese momento, lady Evelyn Fowler rompió a llorar con desconsuelo.
El duque la miró atónito.
—¿Qué le ocurre? —preguntó a las otras.
—Está profundamente arrepentida por algo que ha hecho —aclaró la señorita Donne, sin que en realidad, nada quedase demasiado claro.
—¡Soy una persona horrible! —gimió lady Evelyn, cubriendo parte de su cara con un enorme pañuelo— Mi comportamiento ha sido tan… tan…
—Se trata de lady Rebeca —interrumpió la señorita Donne.

El duque agradeció en el alma su carácter franco y directo, y que le facilitase ir comprendiendo algo. Como ignoraba si ellas estaban o no al tanto del compromiso matrimonial, Andrew prefirió no mencionarlo y actuar como si Rebeca Percy fuese simplemente, una querida amiga de la familia. Pero el tono afligido de la joven pelirroja consiguió intranquilizarlo.
—¿Acaso le ha ocurrido algo?
—Sí, señor, le está ocurriendo algo aterrador. Lady Rebeca está en boca de todos y no precisamente por una buena causa.
El llanto de lady Evelyn se hizo aún más intenso y ruidoso. El duque agitó en el aire una mano para frenar la explicación, y llamó a su mayordomo.
—Señor Carson, ordene una tisana tranquilizante para lady Evelyn, té para las señoritas y por favor, no se marche, puede que lo necesite.
El señor Carson conocía al duque desde bastante antiguo y lo suficientemente bien, como para percibir su agitación con solo escucharlo. Lord Richmond acababa de rogarle que por lo que más quisiera, no lo dejara solo.
—Disculpe, señorita Donne —prosiguió—, por favor, le ruego que continúe.
Julianna Donne miró con recelo al mayordomo, pero debió concluir que si el duque tenía en él plena confianza, ella podría despacharse a gusto, aún teniéndolo presente. Anne Hagstings aprovechó la pausa para intervenir con voz estrangulada.
—Circula un venenoso rumor acerca de la muerte de su madre…
—¿En qué sentido?
—Las murmuraciones son insidiosas. Afirman que la muerte de lady Stone quizá no se debiera a causas naturales —indicó Julianna Donne.
Antes de que la señorita Donne acabara la frase, la señorita Hagstings se ahogó en un sollozo que obligó al duque a sacar el pañuelo y ofrecérselo. Miró de hito en hito a las dos jóvenes que lloraban a dúo, una a cada lado de la señorita Donne, la única que se conservaba entera y trataba de explicarse.
—¿Qué majadería es esa? ¿Y qué más?
Las tres señoritas apretaron los labios hasta convertirlos en delgadas ranuras. Ninguna alcanzó a hablar, y el ruido de las dos que lloraban acabó convirtiéndose en un delicado murmullo.
—No se habrán atrevido a mezclar a lady Rebeca en semejante abominación… —empezó a adivinar Andrew. La señorita Donne asintió con la cabeza.
—Eso es precisamente lo que el rumor afirma, que tuvo algo que ver.
—¿De dónde diablos ha surgido esa infamia? Y disculpen mi forma de hablar pero… ¡Es impensable!
—El origen de una calumnia de esa entidad es difícil de determinar,

señor —indicó la señorita Hagstings, entre hipidos—. Cada persona que lo escucha añade su propio parecer y al final…

Como venía siendo costumbre, la señorita Donne resultó mucho más resolutiva.

—Le ruego dispense no habernos detenido en prolegómenos, se lo hemos contado todo así, de la forma más cruda y menos enrevesada. Pero es que lady Rebeca ha ido a enfrentarse a lord Walsh…

—Lord Joseph Walsh —gimoteó Anne Hagstings. Lady Evelyn la secundó con un cabeceo y los ojos de nuevo encharcados.

—Y nos tememos lo peor. Tiene usted que protegerla, aconsejarla, evite que cometa una locura.

La luz empezó a abrirse paso entre los enmarañados pensamientos del duque.

—¿Acaso lord Walsh está implicado en…?

—Sí, su excelencia. Según parece, puso el hecho como justificación de su renuncia a cortejar a lady Rebeca. El espeluznante hecho que nadie puede probar.

—¡Señor Carson!

El mayordomo acudió al instante.

—¿Sabe algo acerca del calumnioso rumor que vincula la muerte de lady Stone con su hija?

El anciano tragó saliva con dificultad. Unas cuantas veces.

—¡Carson!

—Me temo que algo he oído, señor —admitió al final con muchísimo esfuerzo.

No podía ser cierto. El duque se preguntó dónde había estado él todo aquel tiempo, y desde cuándo su mayordomo sabía más de los chismes que circulaban por los salones de baile y reuniones sociales, que él mismo.

—Ya sabe, señor, las paredes oyen, un criado se lo cuenta a otro criado y ese a otro…

—Ahórrese la interminable cadena, Carson, se lo ruego.

Ahora lo entendía todo. Rebeca abandonando la mansión Walsh angustiada y trémula, después de pelear por defender su bien más preciado. Y él había sido tan necio como para confundirlo con un coqueteo irrespetuoso y se lo había reprochado. Trató de mantener la calma delante de las damas, aunque por dentro ardía de cólera.

—No tienen de qué preocuparse. Lady Rebeca Percy es alguien muy querido en esta familia, me haré cargo personalmente del asunto. Les agradezco que hayan venido a alertarme, esto es muy grave.

Como remate a sus amables palabras, lady Evelyn dejó escapar un suspiro capaz de derrumbar las paredes de Coventwood. Y acto seguido, volvió a llorar.

Capítulo 41

Tristes conclusiones.

Rebeca Percy se encerró en su habitación para no ver a nadie y para que nadie la viera. Lo único que le faltaba a su atormentada vida era aquel enfrentamiento con el duque, sus imposiciones fuera de lugar, su tono afilado como cuchillas y su furia. Porque definitivamente, estaba enfadado. Enfadado con ella.

En apariencia, el origen de su disgusto era haberla cazado saliendo de la mansión Walsh. No había hecho referencia alguna al calumnioso rumor en circulación, aunque a ella le costaba creer que un hombre de mundo como lord Richmond, no hubiese oído nada. Solo se le ocurría pensar, que su entorno más cercano, sospechando de un posible vínculo con ella, hubiera desviado la atención para impedirle el tormento.

—¿Milady?

Era la tercera vez en menos de dos horas, que Amelie llamaba a su puerta.

—Estoy bien, Amelie, no te preocupes.

Aunque la falta de energía en su voz y el que arrastrase las palabras, indicaba con claridad que estaba muy lejos de ser cierto.

—¿Pero tiene fiebre? ¿Se siente mal? ¿Quiere algo de comer?

—Solo quiero estar a solas y pensar, Amelie, te lo ruego. Prepara té, si eso te apacigua.

Lo prefería, pensó: un duque furioso que la detestaba y le dibujaba un futuro matrimonio desprovisto por completo de cercanía, confianza y amor. Valiéndose de la mala imagen que ahora tenía de ella, aún cabía la posibilidad de convencerlo para que rehusara. Y de no conseguirlo, al menos, si él dejaba de importarle, si su unión no existía más allá de una fachada falsa, ella no tendría que revelarle su pasado.

Al parecer, no pensaba que fuese una asesina, no todavía.

Se sentó en el tocador, delante del espejo que le devolvió la imagen de una joven destruida. Sin rastro de color en las mejillas, aquella piel de alabastro hacía que su cabello oscuro pareciera más negro que nunca. Pura tinta. Sus ojos azules, tristes y apagados. Algo le dolía en medio del pecho.

¿Qué hacía con todo aquello que guardaba tan cerca del corazón, con

lo que fue creciendo, con lo que había llegado a sentir por él? ¿Con la angustiosa necesidad con la que deseaba tocarlo? ¿Cómo olvidaba el modo en que el aire se volvía cálido en su presencia y el ardor con el que deseaba sus besos?

Cerró los ojos para retener la lágrimas.

Iba a tener que enterrarlo allí donde no estorbara. Rendirse a la certeza de que sentir el amor, no estaba escrito en su sombrío destino.

Capítulo 42

La justicia por mi mano.
Dulce néctar de los dioses.

El duque hizo uso de toda su paciencia disponible hasta que la señorita Hagstings y lady Evelyn se calmaron, y pudieron marcharse. Al salir se cruzaron con Augusto, que también había decidido que aquel era el mejor día de visita. Al duque no se le pasó por alto la mirada larga e intencionada que su amigo le dedicó a la señorita Donne, conforme saludaba.

—Mi querido duque, hoy has superado todas mis expectativas. ¿No se supone que te corresponde a ti, como hombre soltero, cortejar a las damas? Veo que tres de ellas han venido a rendirte pleitesía sin que tengas siquiera que mover un dedo…

—No estoy para bromas, Augusto. Tienes que acompañarme a buscar a lord Joseph Walsh.

En un par de atropelladas frases, puso al barón al tanto de lo que ocurría. Augusto de Roe se sorprendió casi tanto como él, estaba claro que la murmuración se había extendido mayormente a través de círculos femeninos, porque nada al respecto se había oído comentar en el club u otros lugares que ellos frecuentaban.

—O quizá lo han hecho a nuestras espaldas, duque, considéralo. Me cuesta creer que las esposas, madres y hermanas de esos caballeros hayan mantenido las bocas cerradas durante la cena —consideró Augusto, con cautela.

—Nadie sabe que voy a comprometerme con lady Rebeca.

—Pero sí que su madre y la tuya eran íntimas amigas de la infancia, y que ambas familias tienen firmes lazos de unión. Imagino que por respeto y deferencia, habrán evitado, de cualquier modo posible, que algo tan reprobable llegue a tus oídos.

—Ese malnacido de Walsh…

Su amigo de la universidad le dirigió una mirada de profunda consternación.

—¿No estarás pensando en retarlo a duelo o alguna estupidez parecida, verdad?

Andrew lo miró largamente. Llevaba horas dándole vueltas a una posible solución. No la que como hombre lo desagraviara más, sino la que resultase más provechosa para su futura prometida.

—Un duelo libraría al mundo de ese infeliz, pero no salvaría la reputación de Rebeca del descrédito. Por el bien de todos, tengo que lograr que la acusación se aclare. Lo que no quita que yo también necesite mi propia venganza.

Augusto se puso en pie y dejó el vaso de licor que él mismo se había

servido, ya vacío, sobre la mesa.
—Vamos allá. Te seguiría hasta la muerte, camarada, aunque si no te molesta, procuremos no topárnosla hoy.
—Señor Carson, avise cuanto antes a los doctores Maxwell y Potter. Tengo una gestión importante que encargarles.
—¿A qué viene entrevistarte ahora con el médico de tu familia y con el de los Percy? ¿Quién está enfermo?
—Te lo explicaré por el camino.

La expresión en el rostro del mayordomo de la casa Walsh al recibirlos, fue de terror absoluto. El duque trató de hacerse una idea de lo que el buen hombre llevaba sufrido en los últimos dos días, de cuál habría sido la escandalosa escena protagonizada por Rebeca, conociendo su carácter impetuoso, ese que mantenía oculto y que pocas personas habían tenido el infortunio de enfrentar.
Todas las respuestas llegaron cuando lord Joseph Walsh los atendió, encogido y diminuto, parapetado tras la mesa de su despacho, con un ojo morado. Pese a su excitación y su furia, el duque a duras penas contuvo la risa.
La huella de su valiente futura esposa.
—Duque… Barón…
Andrew dio un paso agresivo en su dirección. Habría jurado que Walsh se puso a temblar.
—Para abreviar y antes de que pregunte estúpidamente qué nos trae por aquí, mencionaré solo un nombre: lady Rebeca Percy. ¿Es suficiente como para situarnos?
—Sí… desde luego…
Andrew tuvo la impresión de que sería un milagro arrancar de su lengua algo más que aquellos torpes balbuceos. Lo indignaba que un individuo tan mediocre hubiese sido capaz de generar todo aquel cataclismo. Dio otra zancada en su dirección, con el rostro contraído por la ira. Augusto se apresuró a sujetarlo por un brazo.
—Este hombre está muerto de miedo —resumió en voz lo suficientemente alta como para que el interesado lo escuchara.
—¿Va usted a… acaso quiere retarme…?
—Debería, Walsh, debería asegurarme de que no ve la luz de un nuevo día. Un caballero honorable jamás se degradaría hasta el punto donde usted ha caído. ¿Tan intolerable le resultó el que la familia Stone lo rechazara, como para inventar semejante infamia?
Walsh hundió los ojos en la alfombra, en sus zapatos, de nuevo en la alfombra. Temblaba con violencia pero el corazón del duque no se conmovió.
—Yo… había bebido, estaba confuso. Sé que no es excusa, no imaginé

que tendría tanta repercusión… yo… lo siento.
—¿Le ha pedido disculpas a ella? Imagino que no, le falta valor, decencia y dignidad —dedujo Andrew, sin permitirle responder.
Avanzó hasta ponerse a la altura de lord Walsh. Este saltó de su silla tratando de alejarse, pero Richmond fue más rápido que él. Cuando iba a sujetarlo por las solapas de la levita, Walsh cayó de rodillas al suelo, llorando como un infante.
—¿Qué quiere que haga? ¡Haré lo que usted me pida, duque, lo que me pida!
—Quiero que se encargue de aclarar, persona por persona y casa por casa, con todo aquel con quien hable o se entreviste, que la insinuación de que lady Stone murió asesinada es un desafortunado malentendido. Que su adorada hija la amaba y se ocupó de ella hasta su último aliento. De todo eso, yo, el duque de Richmond, soy el principal testigo.
Lord Joseph Walsh se aferró a la bota de Andrew, gimiendo y lloriqueando.
—¡Lo haré, lo haré!
—Desde hoy mismo.
—Desde esta misma tarde, señor, haré lo que me pide.
—No se confunda, Walsh, no se lo estoy pidiendo —Lo ayudó a incorporarse. Su postura, su actitud eran, de todo punto, bochornosas —. Si no lo hace vendré a por usted, y le aseguro que no seré tan indulgente.
Ya en pie, Walsh cabeceó garantizando obediencia y sumisión. Lord Richmond bufó planteándose si dar por concluido el enfrentamiento.
—Vámonos, duque, lord Walsh tiene trabajo por hacer —señaló Augusto, acercándose con precaución. Andrew asintió.
—Se lo juro, duque, lo haré, se lo juro…
El patético tartamudeo de Walsh trajo a la memoria de Andrew el sufrimiento que debía de haber experimentado su dulce Rebeca. Tanto como para haberlo golpeado. Miró un instante su ojo sano y...
—Le ordenaste que empezase a limpiar la reputación de lady Rebeca Percy esta misma tarde… ¿A dónde puede ir hoy ese desgraciado con los dos ojos morados? —rio Augusto, una vez en la calle.
El duque se encogió de hombros, se puso el sombrero y le hizo una seña al cochero.
—Es su problema. Pero te aseguro que vigilaré que cumpla con su palabra. Como un lobo en celo.

Capítulo 43

La maraña de hilo
que se desenreda.

La petición de Andrew a los insignes doctores de las familias Richmond y Stone, había sido escueto, directo y sumamente eficaz: aprovechar todas las visitas médicas que tuviesen en adelante, para sacar a colación el asunto de la enfermedad de lady Stone, exculpando a su hija de cualquier sombra de duda, y disipando rumores. Era una manera lenta y farragosa de limpiar las manchas que lord Walsh y la inconsciente lady Evelyn Fowler habían estampado en su reputación, pero en cuestión de dos semanas, la opinión pública habría girado como las manecillas de un reloj, y podrían dar por resuelto el espinoso asunto.

Según las noticias que traía el señor Carson, en las cuarenta primeras horas, el plan ya estaba funcionando. Andrew podía imaginarse al venerable doctor Maxwell tratando la gota del conde de Cavendish y hablando de los largos y penosos años de tratamiento a lady Stone, y de la entereza con que los sobrellevó. O al rechoncho doctor Potter, curando los continuos resfriados de la familia Birdtown, alabando las cualidades de su futura prometida, como hija y cuidadora. Nadie mejor que ellos conocía la historia de primera mano y habían vivido, como testigos directos, la realidad del amor que Rebeca y su madre se tenían.

Andrew se sentía pleno y satisfecho. Con la sensación de que por fin, las cosas empezaban a encauzarse.

Hasta que le anunciaron la visita de Lita Rendel.

Por segunda vez había cometido el irreparable error de olvidarla por completo.

—¿Quiere que le diga que no se encuentra en casa, señor? —estaba preguntándole Carson, justo cuando a su espalda, impetuosa y vestida como para asistir a un banquete, apareció Lita Rendel con cara de pocos amigos.

—No hace falta que se moleste, mayordomo. Acabo de dar con el señor sin su ayuda. Puede retirarse.

Ni Carson ni el duque acertaron a cerrar la boca, aunque el mayordomo, finalmente, sí la puerta, después de lanzar varias miradas de preocupación. Dejar a su señor a solas con aquella mujer enloquecida parecía realmente peligroso.

—No has venido a verme —le espetó ella, directo a la cara.
—Lita, estamos teniendo muchos problemas… Estoy teniendo muchos problemas.
—¿Y qué me dices de los míos? ¡Soy prácticamente pobre! Mis hijastros me han desalojado, malvivo en un hotel, y la renta que tus inservibles abogados han negociado a mi favor es tan ridícula, que no podré siquiera renovar mi vestuario de cara a la próxima temporada.
Andrew la miró a la cara durante un buen rato, sin hablar, hasta que consiguió ponerla nerviosa. Lita se dejó caer en un sofá.
—Deberías ofrecerme algo para beber. Mis nervios están desquiciados.
—¿Eso es todo lo que te preocupa? ¿Comprar vestidos nuevos? Te recuerdo que hay mucha gente que no tiene para alimentar a sus hijos, o que no sabe cómo pasará el invierno. Y las tenemos aquí, muy cerca.
—Ninguno de ellos se llama Lita Rendel —replicó con desafío.
—Pues te aseguro que mis abogados han peleado hasta la última libra. Era deseo de tu marido que no heredaras nada, ni un solo penique.
Lita se revolvió como una bestia salvaje herida de muerte.
—¡Porque sabía lo nuestro! ¡Mi marido sabía que yo estaba enamorada de ti! Esta ha sido su particular y cruel venganza.
Vaya, ese argumento era nuevo. A Andrew se le escapó una tensa y breve sonrisa.
—Lita, tú nunca has estado enamorada de mí.
—No te lo he hecho saber, que es algo muy distinto. A un hombre como tú no se le puede andar rogando, lo sé bien. Pero te constan mis sentimientos…
Lord Richmond caminó hacia la ventana con la intención de alejarse de ella y de sus oscuras maquinaciones.
—Lamento profundamente que tu difunto esposo haya sido tan poco generoso…
—¿Poco generoso? —interrumpió con un grito— Di mejor usurero, tacaño, avaro.
—Dije que pondría mis abogados a tu servicio y lo he hecho. No sé qué más pretendes conseguir de mí.
Los ojos de Lita lo recorrieron con codicia. Abandonó el sillón y corrió a su lado, apoyó las manos sobre el pecho masculino y acercó tanto su rostro al de él, que compartieron el mismo aire.
—Eres responsable de que mi marido me haya dejado sin nada. —Su largo dedo recorrió el borde de los labios del duque, mientras su lengua humedecía los suyos— Deberías alojarme en Coventwood como tu apreciada huésped y pasado el período del luto, tal vez tú y yo, duque, deberíamos… casarnos.
Andrew se deshizo de su trampa con un salto hacia atrás.
—Deja de decir barbaridades. Ya hay alguien con quien debo casarme.
—Debo, debo, debo… qué aburrido, duque. Un hombre fogoso como

tú, no rinde culto al debo sino al deseo. ¿Qué desea el duque de Richmond que yo pueda ofrecerle?
—Me temo que nada, Lita, lo nuestro acabó hace mucho. ¿Acaso te he dado alguna señal de interés en todo este tiempo?
—No las necesito, me sigues provocando mariposas en el estómago y para mí es más que suficiente.
—Supongo que mis necesidades, en tu opinión, no deberían ser tenidas en cuenta. Te lo repito, mi compromiso y mi honor pertenecen a otra persona.
—Es cierto, dijiste que te casarías, pero no lo has hecho.
—Todavía.
—¿Todavía? Explícame qué significa.
—Significa que tanto mi prometida como yo necesitamos resolver ciertos asuntos familiares antes de anunciar el compromiso. Pero no que no exista, o que me haya olvidado de él.
Lita dio un paso atrás con la decepción pintada en su bonito rostro. Decepción mezclada con ira.
—Nunca imaginé que aceptarías un matrimonio impuesto, no eres de ese tipo de personas.
—Quizá no me conoces, Lita, ni la mitad de lo que piensas.
Ella salvó el espacio que los separaba con una velocidad que lo dejó perplejo. Para arrojarse a sus brazos del modo exagerado y melodramático con que Lita lo hacía casi todo.
—Conozco lo suficiente, más que ninguna otra mujer que haya compartido tu cama.
Increíble, pensó Andrew, que lady Rebeca Percy no conociera sus sábanas ni lo que era posible que ocurriera entre ellas, y sin embargo, dominara su alma mejor que nadie.
—Querido, no te entierres en un matrimonio sin futuro, con una mujer que no es capaz de hacerte sentir nada.
—Estás muy confundida, Lita.
—Un matrimonio amañado con una damita aristócrata, sosa y sin pasión, que nunca podrá satisfacerte… —silabeó con burla— Me provoca risa. ¿Aceptaste porque planeabas seguir viéndome tras la boda?
—No lo entiendes, tenía previsto casarme, no enamorarme.
La intensidad con la que esas palabras brotaron de su garganta, le pasó por completo inadvertida a Lita, más ocupada en intentar morderle la boca, contagiándolo con su fiebre. Al girar para liberarse, Andrew vio la silueta de lady Rebeca Percy recortada en la puerta, ahora abierta. Mirándolo pálida, desencajada, con un velo de agudo reproche en los ojos. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cuánto de aquella desagradablemente íntima conversación había escuchado?
—¡Rebeca!

—Perdón si interrumpo, duque, supongo que puedo volver en cualquier otro momento —indicó, en un tono que partió en dos el corazón de Andrew, girando para desaparecer.
—¡Espera!
Corrió tras ella pensando solo en detenerla, mientras Lita reía desvergonzada, apoyada, perezosa, contra el ventanal.
—Esa damisela insulsa te tiene comiendo en la palma de la mano, querido.
Él paró junto a la puerta y la miró por encima del hombro. Defraudado y rabioso.
—Márchate, Lita. Y por favor, que sea para siempre, no se te ocurra volver.

Capítulo 44

Descargar de peso el corazón
es un alivio cuyo valor,
a menudo, desatendemos.

Rebeca había deseado pocas veces que la tierra la tragase, pero esta fue una de ellas.

El entusiasmo la había traicionado. Las buenas noticias corren rápido cuando tienes amigas leales, y Julianna y la señorita Hagstings habían llegado a Amschel House, exultantes de júbilo, a advertirla del cambio que se estaba operando, a toda velocidad, en la opinión pública. Lord Walsh, aquejado de una curiosa enfermedad en los ojos de la que todo el mundo hablaba, estaba desdiciéndose de lo que calificaba como un imperdonable malentendido, y otro tanto sucedía allí donde lady Evelyn Fowler ponía su delicado pie. Varias familias ilustres, además, habían recibido la visita periódica de sus médicos, casualmente, los mismos doctores que atendían a la casa Stone y a la familia ducal de Richmond, y el tema de conversación había girado, sin excepción, en torno a la larga enfermedad de lady Stone y la entrega de su querida hija, mientras duró. Haciendo gala de su habilidosa capacidad para enterarse de todo, lady Evelyn había descubierto que la mayor parte de la estratagema provenía del duque en persona.

Así que Rebeca, tomándolo como una innegable prueba de devoción, había corrido a Coventwood a mostrarle su agradecimiento.

No esperaba irrumpir en mitad de tan apasionada escena: comprobar que la ahora viuda Rendel, aún mantenía un tórrido romance con el que estaba destinado a ser su esposo.

Desafortunadamente, el hombre que contra todo pronóstico, ya se había convertido en dueño de su corazón.

Qué avergonzada, ridícula e insignificante se sintió; si cerraba los ojos, los imaginaba desnudos entre sábanas, sudorosos a causa del placer, riéndose divertidos por su engaño, riéndose de ella. La última frase del duque se repetía en su cerebro de forma insistente: «*Tenía planeado casarme, no enamorarme*.

No enamorarme. Casarme, no enamorarme…»

No es que no lo supiera ya, él se lo había advertido en una ocasión, ni la amaba ni pensaba hacerlo, se limitaba a cumplir con la promesa hecha a su madre, haciendo honor a su dignidad de caballero. Nada más. Tan simple y tan doloroso para Rebeca, que había tenido la mala ocurrencia de dejarse llevar por las emociones, y por como Richmond

la hacía vibrar.
Nada lo obligaba a él a sentir igual.
Mientras corría para salir de Coventwood cuanto antes, notó un desgarro insoportable en el pecho. Apenas si podía respirar, era como si alguien hubiese abierto una herida mortal para robarle algo vital sin lo que no podría seguir viviendo.
—¡Rebeca!
La voz del hombre al que amaba. La misma voz que había hecho pedazos sus ilusiones hacía unos minutos. El hombre que ya tenía otra mujer y se burlaba de ella. No se detuvo, ni pensó en girarse. Al contrario, apretó el paso deseando poder esfumarse en el aire como la niebla de invierno.
—¡Rebeca, para!
No le costó alcanzarla. Por fortuna ya estaban en el jardín, fuera de la casa, fuera de la vista del señor Carson o de cualquier criado preocupado por la tensa escena. Una mano grande de largos dedos que también sabían acariciar, apresó la muñeca de la joven y la forzó a mirar de frente.
—¡Demonios! ¡Deja de correr!
—¡Suéltame! —forcejeó ella, sin llegar a desengancharse.
El duque enlazó también la otra muñeca y la arrastró hasta un bosquecillo cercano, encarcelándola entre su cuerpo y el grueso tronco de un árbol.
—Por favor, deja que te explique.
—Ahora me queda muy claro que sigues mintiendo. Esa mujer jamás ha salido de tu vida, seguro que la deseas demasiado como para dejarla ir.
—Estás equivocada y no tienes derecho a juzgarme tan duramente. Cuando te hable, acabarás entendiendo.
Rebeca volvió a sacudirse como una fiera, tratando de liberarse, pero la fuerza de Andrew era muy superior. Lo tenía muy cerca, tanto que le costaba concentrarse. Y su pulso acelerado aún lo ponía más difícil.
—¡He dicho que no hay nada que explicar! Ya he visto todo lo que debía saber y he escuchado lo que nunca habría querido oír. Hubiera estado bien saberlo directamente de tus labios, me habría evitado…
—No te mentí, nunca te he mentido. Lo de Lita Rendel acabó, y acabó para siempre.
Andrew sujetó sus muñecas por encima de la cabeza, con una sola de sus manos. Su mirada era intensa, devastadora y verde, y su piel olía a sueños por venir y a noches interminables.
—No niego lo que ocurrió con ella. Tampoco estoy orgulloso. Pasó y debí ponerle freno, pero no lo hice. Era un hombre soltero que no supo negarse el capricho de una diversión. No lo digo como excusa, la única persona a quien tendría que pedir perdón de rodillas, ya ha

muerto. Pero quiero que sepas que desde que nos reencontramos tú y yo, no había vuelto a verla.
—¡Suéltame de una vez! —Rebeca sacudió las manos. Andrew ladeó el cuello.
—Solo si me prometes que no saldrás corriendo de nuevo. Detesto correr a estas horas bajo el sol.
Ella apretó los labios indignada, y él lo interpretó como conformidad. Lentamente liberó sus manos, pero su cuerpo seguía estando demasiado cerca, como un escudo infranqueable que la bloqueaba y la alejaba de la libertad.
—Lita tiene problemas graves, por eso y por nada más, ha acudido a mí. Rebeca, tienes que creerme, no hay nada entre esa dama y yo, te lo juro.
«Tenía pensado casarse, no enamorarse». Lo recordaba muy bien.
—Tus pecados del pasado no son de mi incumbencia, no finjas arrepentimiento y desde luego, no me pidas disculpas, lo que tengas o hayas tenido con esa mujer no me concierne. Si la deseas, adelante, ahora está viuda y libre. No tienes por qué cargar con una damisela insípida que no te inspira nada.
Repitió las palabras de Lita Rendel con tanta amargura, que el aire alrededor se convirtió en gris neblina. Andrew retiró un mechón de pelo que le caía sobre los ojos y la miró con infinito amor.
—Entiende que no habla ella, hablan los celos, el resentimiento y la desesperación. —Apretó su cuerpo contra el de Rebeca, el calor que emanaba su piel la penetró al instante, como un mal veneno— ¿De verdad crees que no me inspiras nada? ¿Que cuando mis manos se acercan y ansían tocarte no estoy sufriendo el peor de los tormentos?
Ella quiso distanciarse, de él, del peligro que representaba, pero el árbol no se lo permitió. Las manos de Andrew rodearon su cintura y se abrieron sobre su espalda.
—Aceptabas casarte, pero jamás enamorarte, eso has dicho y no te lo reprocharé, estás en tu derecho —escupió finalmente—. Pero si tal declaración resume lo que esperas de la vida, quizá deberías haberla compartido conmigo, no con ella, soy yo la que va a destrozarte el futuro en una vida insustancial, sin pizca de excitación.
En un momento, los ojos verdes del duque se llenaron de estrellas.
—¿Eso has creído oír?
—Eso he oído, no me ofendas —remarcó ella.
Él echó atrás la cabeza y soltó una larga carcajada que sonaba a alivio.
—Quería que Lita entendiera que mi plan era aceptar este matrimonio…
—Lo he comprendido —rugió Rebeca—. Perfectamente.
—Pero no tenía pensado, ni por un solo instante, enamorarme.
—Creo que eso nos ha quedado claro. A las dos.

—Sin embargo, para mi asombro… es lo que ha ocurrido.
El tono de su voz se licuó y se hizo dulce al confesarlo. El modo en que la devoró con los ojos, la subió a las alturas. Como si su sino en la vida no fuera otro más que encontrarla y no abandonarla jamás.
—No importa lo que tuviese planeado, Rebeca, el destino me retó a un duelo y tengo claro que he perdido. Pero si el premio eres tú, soy el perdedor más afortunado de todos cuantos existen.
Despacio, levantó una mano y ella sintió frío en la zona baja de la espalda, allí donde hasta entonces se había apoyado. Le acarició la mejilla con el dorso de sus dedos. Rebeca tembló excitada por su contacto, los ojos fijos en sus deseables labios.
—Deja de mirarme de ese modo —suplicó ella, con un hilo de voz.
—¿Podría saber exactamente cómo te estoy mirando?
—Como si desearas poseerme.
—Acabas de mencionar mi más oscuro e inconfesable secreto.
El corazón de Rebeca dejó de latir cuando él, nuevamente, la besó.
Y esta vez, el beso fue más urgente, más pasional, más profundo. La caricia no pedía permiso como lo pidió en el bosque. Su lengua, sus labios, sus manos recorriéndola, las curvas y durezas de su cuerpo pegadas a ella, gritaban deseo y posesión.
Él hablaba de secretos cuando en realidad era ella quien los guardaba, bajo llave, allí donde nunca pudieran ser revelados. Tenía que sincerarse con él. Si iba a convertirse en su esposa, Andrew tenía que saber quién era realmente y las consecuencias de lo que escondía. Se prometió que lo haría, se lo contaría todo, más tarde, en otro momento. Ahora no podía romper la magia que la hacía sentir a la vez, anhelada y vulnerable.
Se dejó llevar.
Enterró las manos en su pelo y lo atrajo hacia sí para devorarlo del mismo modo que él la devoraba a ella. Un gemido al final, que condujo al duque directamente a la locura.
—Te quiero, Rebeca, por ti sería capaz de cualquier cosa.
Sus palabras de terciopelo, roncas y en un susurro. Lo suficientemente ardientes como para que el bosque alrededor, pereciera en llamas.
—Venía a agradecerte todo lo que has hecho por mí. No sé cómo has conseguido que lord Joseph Walsh se retracte… —Él asintió, con una media sonrisa—Lo habría pensado dos veces, de saber que esa mujer había llegado primero.
—Olvídate de ella, yo ya hace mucho que me he olvidado.
Su duque perfecto. Tentador.
Se acercó más, un poco más, hasta que entre sus bocas solo cupo el vuelo de una pluma. Y entonces, nuevamente, la besó.

Capítulo 45

Tiempo de secretos,
tiempo de revelaciones.

Y no fue un beso cualquiera. Fue el beso del olvido, las promesas recuperadas, el desagravio y la entrega. Fue la mejor forma que tuvo Andrew de rogarle que perdonase sus muchos errores y lo aceptara en su vida tal cual era: imperfecto, impaciente y canalla. Pero enamorado.

Su lengua separó los dulces labios para conquistar con lentitud cada rincón de su boca. Su sabor lo enloquecía. Sus manos, cada vez más osadas, reptaron sujetando su breve talle, deseando adentrarse bajo las capas de encaje de su vestido. Y ambos corazones latían desenfrenados a la par.

Fue un beso interminable y a pesar de eso, cuando se distanciaron para mirarse a los ojos y recuperar el aliento, supieron que había sido demasiado corto. Andrew podía entregarse del mismo modo, con idéntica intensidad, una y mil veces en nombre de lo que sentía. Y nunca sería suficiente.

—Rebeca, te amo —repitió, entrecerrando los ojos—. Creo que nunca he pronunciado estas palabras delante de nadie, solo pensarlas me intimidaba y ahora querría decirlas hasta quedarme sin voz. Te amo, te amo más que a mi propia vida. —Despacio, le acarició la cara—. Dime que tú también me amas.

Rebeca cerró los ojos y dejó escapar otro dulce suspiro que logró excitarlo.

—Claro que te amo. Te amo desde el mismo instante en que te vi, desde el primer minuto en que deseé odiarte… sin conseguirlo.

Pero volvió a esquivarlo agachando la cabeza. Él la tomó de la barbilla y la obligó a enfrentarlo.

—Rebeca, mírame y dime qué te pasa.

—Hay algo que tengo que contarte.

Él acarició sus rizos negros y se perdió de nuevo en la laguna azul de sus ojos.

—Algo terrible que podría alejarte de mí para siempre —le advirtió—. Y debo hacerlo ahora.

—No existe nada vivo que provoque ese efecto, puedes estar segura.

—Ni imaginas de qué se trata, es posible que después de oírme cambies de opinión. Pero no podría casarme contigo sin sincerarme.

Deseo que puedas decidir libremente.
Convencido de que exageraba, el duque la rodeó con sus brazos y la animó a sentarse sobre la hierba, entre sus piernas, con su espalda sobre su pecho, mientras él se apoyaba contra el árbol. Rebeca giró para cambiar de postura.
—No. Las confesiones se hacen cara a cara.
—¿Una confesión? Me molesta admitir que empiezas a preocuparme.
—Sabes que a los siete años hice un infantil juramento de amor que durante un tiempo, pensé respetar el resto de mi vida. Te mentí respecto a Simon, no era un noble acaudalado como te dije, no era primo del heredero al trono.
—Lo sé —repuso Andrew, con sorna—, conozco a todos los primos del príncipe heredero y ninguno se llama Simon.
Rebeca encajó lo mejor que pudo el golpe de la sorpresa. El duque, su duque, siempre en avanzadilla, siempre por delante.
—Simon era el hijo del jardinero. Cuando madre descubrió que nos mandábamos cartas de amor a escondidas, decidió que era hora de volver a Inglaterra. Mi historia con ese muchacho fue un imposible que se hizo pedazos.
—No tienes que sentirte culpable, muchas jovencitas se sienten atraídas por miembros del servicio, crecemos juntos, es casi inevitable, natural diría yo —comentó Andrew, algo más relajado al ver de qué se trataba.
—Pero Simon no era el hijo de nuestro jardinero. —La voz de Rebeca se quebró en un sollozo.
Los dedos de Andrew recorrieron sus mejillas, retirando las lágrimas que rodaban.
—Rebeca, no necesito saberlo.
—Sí, Andrew, es vital que lo sepas. Simon era el hijo del jardinero… del orfanato donde me abandonaron de recién nacida y de donde lady Marian me sacó, para convertirme en su hija. Su marido, el conde… mi padre, no estaba al principio demasiado de acuerdo con la adopción pero según me contó mamá, en poco tiempo, su afecto por mí era de tal calibre que todos sentían celos, empezando por ella. Era un hombre noble y protector que murió demasiado pronto. Padre y yo nos adorábamos, y madre siempre lo necesitó a su lado. Fue horrible volver a Inglaterra con su ausencia.
Rebeca acabó su difícil relato con un suspiro.
Por un instante, ninguno de los dos habló. Ella necesitaba recuperarse del esfuerzo que le había supuesto abrirse en canal y dejar en carne viva los más íntimos secretos de su familia. Él, observando cómo las piezas del rompecabezas iban encajando a la perfección y el plan de lady Stone cobraba sentido.
—Ahora lo entiendo todo —susurró impactado.

—¿Has oído lo que te he dicho? Soy una farsa, un fraude, no soy la verdadera hija de los Stone, soy un engaño sin derecho a su apellido, a su fortuna, y mucho menos a ser usufructuaria de Amschel House… Llevo media vida haciéndome pasar por aristócrata cuando ni siquiera sé quiénes fueron mis padres. Podría ser hija de cualquiera, Andrew, de un ladrón, un criminal, de una prostituta. No soy alguien en quien se pueda confiar.
Richmond colocó un dedo sobre sus preciosos labios para que no siguiera por ese camino.
—Necesitabas contármelo, bien, ahora ya lo sé, puedes estar tranquila. No vuelvas a repetirlo jamás donde nadie pueda oírte, no se lo confíes a nadie, ni siquiera a tus amigas más íntimas, y te lo ruego de nuevo, no te sientas culpable de nada. Eres la hija de lady Stone y del conde, porque para ellos eras lo más preciado del mundo, nadie tiene más derecho a llevar el apellido Percy que tú. Ella te eligió con total libertad. En cuanto a Amschel House, Rebeca, la adopción no es legal en Inglaterra, si esto se supiera, teniendo en cuenta que el heredero del título no desea abandonar Escocia, la heredad de tus padres, las tierras que sus antepasados han cuidado y defendido con tanto esmero y sus propias vidas, quedarían abandonadas, usurpadas por el mejor postor. ¿Querrías eso?
—No, claro que no.
—Entonces deja de llorar, Rebeca Percy, y olvídate de eso que me has contado. Entierra ese secreto que era tuyo y de tus padres, pero que a partir de ahora será tuyo y mío.
Rebeca lo miró con los ojos anegados. Él devolvió el gesto envuelto en devoción.
—¿Por qué has dicho que lo comprendías todo? ¿Y por qué sonríes?
—Tu madre, esa mujer sabia a la que la mía admiraba, ha demostrado ser perspicaz hasta en el último detalle. Ahora sé con certeza por qué decidió unirnos, el motivo de que entre todas las opciones posibles, me eligiera a mí como tu marido. Y no fue solo porque me tuviese afecto y confianza.
—¿No?
—No, Rebeca. Lo hizo porque yo era, seguramente, el único que podía entenderte y ayudarte a guardar un secreto así; el que no se escandalizaría, el que no juzgaría y el que bajo ningún concepto te rechazaría, si lo averiguaba.
—No lo haces porque me amas.
—Es cierto, te amo y te amaré hasta que mis ojos se cierren para siempre, pero esa no es la razón por la que lady Stone decidió que fuéramos uno.
La tomó por los hombros y la hizo girar, abrazándola desde atrás, hundiendo la nariz en su cuello, sintiéndose el hombre más afortunado

de cuantos respiran.
—Tu madre y la mía fueron depositarias, una de los secretos de la otra. Y en nombre de esa confianza absoluta, lady Stone era la única persona, al margen de mis padres, los duques, que conocía mi verdadera historia.
—¿Tu… verdadera…?
—Esa fidelidad inquebrantable que siempre demostró a mi familia, a mi madre, incluso a mí, fue motivo suficiente para que yo le jurase sin dudar, cualquier cosa que me pidiera.
—Por eso accediste a casarte conmigo, de ahí ese empeño por cumplir tu promesa a toda costa.
—Le debía a tu madre casi tanto como le debo a la mía.
Rebeca se separó ligeramente para poder mirarlo directo a los ojos. Estaban poniendo la vida de cada uno en las manos del otro, creando una conexión tan especial y tan fuerte, que duraría toda una eternidad.
—¿Tan grave es el secreto que madre os guardaba?
Una confesión por otra.
—Juzga tú misma: tampoco soy hijo de los duques de Richmond, sino de su difunta cocinera.

Capítulo 46

Si te confío mi secreto más oculto,
pongo mi vida en tus manos.

Rebeca se separó del todo, provocándole al duque en el cuerpo un vacío imposible de llenar. Él entendía que necesitara leer su rostro para confirmar que no le estaba mintiendo, que no se había inventado una patraña insensata paralela a su historia, solo para que ella se sintiera mejor.

—Andrew…

Calló su protesta con un suave beso.

—Ahora me tienes en tus manos.

—No es cierto, yo me entregué a ti antes.

—Tienes que jurarme que guardarás mi secreto, como yo el tuyo.

—¿Cómo puedes siquiera preguntarme eso?

Se arrojó en sus brazos sin ningún decoro, salvaje y espontánea, tal y como él la adoraba. Y apoyada contra su pecho, dejó ir en lágrimas toda la presión que había estado conteniendo durante tantos meses. La mano de Andrew voló a su pelo y se enredó en sus mechones, mientras los dos sentían que ese lazo invisible se apretaba y los ataba para siempre.

—Muchos médicos coincidieron en que madre no podría tener hijos y sin embargo, el ducado necesitaba un heredero. Con urgencia. Cuando la joven cocinera quedó encinta de un granuja que además se dio a la fuga en cuanto lo supo, la duquesa protegió a la muchacha, que estaba dispuesta a entregar al bebé a un hospicio en cuanto naciera, y se marchó con ella a Escocia.

—Oh, Andrew…

—Era muy joven, estaba sola y desesperada, puedo entenderlo. Madre supo explicármelo de modo que pudiera perdonarla; nunca le guardé rencor. Por desgracia, murió durante el parto y después de más de un año, cuando ya nadie podía poner en duda la paternidad de los duques, regresaron a Coventwood con su pequeño heredero en los brazos. La felicidad de madre era tal, que más tarde y contra todo pronóstico médico, nacieron mis tres hermanas, las gemelas y la traviesa Millicent. Te van a encantar cuando las conozcas en la boda.

—¿Ellas están al tanto…?

—No, fue decisión de mis padres mantenerlas al margen de mi origen.

Igual que ocurre en tu caso, de saberse la verdad, perderíamos el ducado y todas las tierras, y mis hermanas se quedarían en la calle. No podemos permitirlo.
—Somos entonces, unos estafadores muy bien intencionados.
—Es posible. Apuesto a que los cielos ya nos han perdonado.
Se miraron con infinita ternura, conscientes de que aquel acto de confesión lo habían sellado en nombre de un sentimiento tan devastador, que la palabra amor se le quedaba corta. Era más, mucho más. Sumaba admiración, respeto, deseo absoluto de felicidad del otro, necesidad de no separarse por difíciles que se pusieran las cosas. Acababan de compartir verdades que podrían destruir a sus familias si alguna vez salían de sus bocas. Un pacto sagrado, una alianza que los vinculaba en nombre del amor y la fidelidad, eternamente.
Sus hijos cerrarían los peligrosos círculos que aún se mantenían abiertos, y la adoración que en aquel momento se tenían, crecería hasta tocar las nubes para volver a empezar.

En el jardín empezaba a refrescar, y decidieron volver a la casa. Ya no necesitaban alejarse de oídos indiscretos, todo lo que había que decir estaba dicho y jamás se repetiría. Mientras se besaban, les pareció distinguir la cara del señor Carson y las de la mayoría del servicio, expectantes, pegadas a los ventanales.
Poco les importó. Estaban demasiado ocupados saboreando lo que les inundaba. Ese regalo que no se concede a muchos seres humanos, pero que a ellos les había tocado en suerte.
Tanto el mayordomo como el resto del servicio, parecían emocionados, exageradamente alegres. Les brillaban los ojos, las bocas curvadas en pequeñas sonrisas tímidas, y los miraban desde lejos con fervor. Sí. Sirvientes tan antiguos y tan fieles como los del ducado de Richmond, debían de vivir el compromiso del primogénito como la mayor fiesta imaginable. Andrew miró con amor a su prometida.
Procurarían no decepcionar a nadie.

Capítulo 47

Perdones pendientes.
Corazones que reposan.

Allí estaban las cuatro. Sentadas en el sofá del saloncito amarillo, con un silencio denso y blando como la mantequilla, interrumpido de cuando en cuando por alguna tosecilla nerviosa. El movimiento de las tazas de té sobre los platos y el tintineo de la porcelana. Por fin, en su papel de anfitriona, Rebeca se decidió a romper aquella perturbadora escarcha que las enfriaba conforme pasaban los minutos.

—Creo que no hay razón para prolongar este escenario tan incómodo, lady Evelyn. Si he accedido a recibirla ha sido gracias al ruego e insistencia de Julianna y de la señorita Hagstings.

Lady Evelyn Fowler agachó la cara, avergonzada. Sus dedos sobre la taza temblaron de forma visible.

—Debería usted estarles agradecida.

—Lo comprendo, lady Rebeca, y lo estoy. Es usted extremadamente generosa conmigo. Después de cómo me he portado… —Alzó unos ojos azules, suplicantes—. No imaginaría la altura de mi arrepentimiento, lo mucho que deseo que usted me conceda su perdón.

Mirándola, realmente lo parecía.

Julianna y Anne ya habían puesto a Rebeca al tanto de sus esfuerzos para atenuar los desastrosos efectos provocados con su imprudencia, y los ríos de lágrimas vertidos desde que descubrió su error. Pero Rebeca no quiso ablandarse con tanta facilidad.

—Seré franca y por completo sincera con usted, lady Evelyn. Me cuesta imaginarme perdonándola. —Vio cómo sus ojos se humedecían, por más que tratara de disimularlo—. Lo que no quita que hacerlo esté dentro de mis deseos.

—¡Se lo suplico, lady Rebeca! —exclamó esperanzada— Confieso que no es la primera vez que soy tan descuidada con mi lengua, pero sí la que más profundamente lamento. Hablo demasiado.

—Habla demasiado —corroboró Julianna, provocando otro sollozo de lady Evelyn.

—Hablar mucho no es malo, lo terrible es hablar sin pensar —matizó Rebeca. Anne Hagstings asintió con la cabeza.

—Tengo la dudosa fortuna de enterarme de muchas cosas, de casi todo, en realidad —admitió lady Evelyn, compungida—. Mis oídos

parecen especialmente adiestrados para captar cualquier chisme que sobrevuele en los alrededores. No es algo que haga de forma consciente, tienen mi palabra, simplemente, sucede. La información me persigue. Pero debo aprender a contenerme. Les juro, tienen mi palabra de que aprenderé a contenerme.
—Debe hacerlo, lady Evelyn —afirmó Rebeca, con mesura—, de lo contrario, puede causar graves daños a gente inocente, ya lo vio.
La bonita cara de lady Evelyn Fowler se crispó en una mueca desesperada.
—No lo tengo, pero si tuviera el poder de volver atrás en el tiempo, si pudiera… Debí saber que lord Walsh inventaba movido por el resentimiento, debí leerlo en sus malintencionados ojos. —Se giró a mirar a Julianna— Oh, señorita Donne, usted tuvo razón todo el tiempo, desde el principio, y yo no quise escucharla.
Incapaz de seguir manteniendo la compostura por más tiempo, lady Evelyn se rompió y la sacudida de sus sollozos fue tal, que la señorita Donne tuvo que ayudarla quitándole la taza de té de las manos, antes de que lo vertiera sobre su vestido.
—Trate de calmarse —le aconsejó Julianna, con voz balsámica.
—A fin de cuentas, lo hecho, hecho está —resolvió Rebeca, resignada —. Me habría gustado conocerla en otras circunstancias, haber contado con su apoyo ante una acusación tan terrible, con un poco de su fe, en lugar de permitir que la convirtieran en el instrumento de venganza de lord Joseph Walsh.
—Lo sé, lo sé… estoy tan furiosa, me utilizó, me dejé utilizar…
—No es por empeorar las cosas, pero la señorita Hagstings y yo disponíamos de los mismos datos que usted y sin embargo, escogimos confiar en lady Rebeca—le recordó Julianna, ofreciéndole el té de nuevo.
Los sollozos de lady Evelyn se redoblaron.
—Vivimos en una sociedad injusta y difícil, lady Evelyn —manifestó Rebeca, con un tono de voz mucho más amable—. Mientras que los hombres están llenos de derechos y privilegios, nosotras no tenemos ninguno, tan solo obligaciones y sumisión. Si no nos unimos, si en lugar de ayudarnos entre nosotras nos acuchillamos, nuestra existencia será infinitamente desgraciada, y cualquier esperanza de salvación estará perdida.
—Tiene toda la razón, lady Rebeca, toda la razón —asintió la tímida Anne, retirándose una lagrimita de la esquina del ojo.
—Y dado que lady Evelyn no ha sido invitada a la fiesta del anuncio de mi compromiso —prosiguió Rebeca con calma—, no cambiaré eso. Pero sí le enviaré una invitación para que nos acompañe el día de nuestra boda.
Lady Evelyn clavó en Rebeca sus ojos inundados de lágrimas. Soltó la

taza en manos de Anne Hagstings, abandonó su asiento y corrió hasta donde se encontraba, cayendo de rodillas a su lado, tomándole las manos con agradecimiento y desesperación, llevándoselas a la mejilla. Rebeca intentó, sin ningún éxito, que se incorporara.

—Lady Rebeca, tiene razón, la tiene. Y es usted tan sabia y generosa... Juro que a partir de ahora y a pesar de todo, tendrá en mí a su más fiel defensora.

—No necesito que sea mi defensora, Evelyn. Basta con que entre nosotras no nos traicionemos.

Capítulo 48

Y fueron felices por siempre jamás.

Andrew no sabría decir si era histeria o simple emoción lo que le provocaba presentar formalmente a su prometida ante su madre y hermanas, pero el intenso hormigueo que le recorría brazos y piernas, no era algo a lo que estuviese habituado. La duquesa viuda había corrido a desplazarse desde Londres nada más recibir la carta y venía, al parecer, de muy buen humor. Cogidos de la mano y todo lo excitados que cabía esperar, Rebeca y su duque aguardaban para recibirla a la entrada de Coventwood.

Mathilda Richmond, duquesa viuda y Millicent, su hija menor, viajaban con el carruaje más grande, lo que significaba que debían venir cargadas de equipaje. Y antes incluso de que el coche se detuviera del todo, la traviesa Millicent, de catorce años, ya había saltado a tierra, con riesgo severo de torcerse un tobillo, para arrojarse a los brazos de su hermano, entre gorjeos de felicidad.

—¡Por fin! ¡Por fin una boda de cuento de hadas en Coventwood!

—Que no te oigan tus hermanas mayores o te retirarán la palabra —le advirtió él, entre risas. Millicent lo miró con dos ojos relucientes.

—Esas dos llegan mañana. ¡Qué apuesto estás, hermano! —Desvió la vista hacia Rebeca y su preciosa sonrisa se hizo aún más amplia—Lady Rebeca, qué ganas tenía de conocerla personalmente. —Intercambiaron pequeñas reverencias—. He pasado tantos años interna en ese horrible colegio que…

—Millicent, deja de protestar, hija mía. ¡Rebeca, querida!

Mathilda se apeó del carruaje con ayuda de un lacayo y sin perder tiempo ni respetar el protocolo, abrazó a Rebeca como si fuese una más de sus hijas, algo que hizo inmensamente feliz a Andrew. Tras besarla en la mejilla, se distanció un poco para observarla.

—Qué alegría volver a verte, pequeña, estás tan bonita… Hijo mío.

—Madre. —Andrew la besó del modo que tenía acostumbrado desde niño. Ella se entretuvo un instante, con un mechón de pelo de su hijo entre los dedos.

—Recibir carta anunciando vuestro compromiso me ha hecho la mujer más feliz de Inglaterra. Nunca pensé regresar a Conventwood —miró alrededor—, dejé aquí demasiados recuerdos dolorosos, pero la ocasión lo merece. —Volvió a centrar su atención en Rebeca—. Verte de nuevo me recuerda tanto a mi querida Marian…

—¡Tengo hambre! —interrumpió Millicent.
La duquesa la reprendió con los ojos y una mirada veloz.
—¡Millicent! Trata de comportarte, aunque solo sea por no disgustarme.
—¿Es que no han preparado nada de comer? ¿Señor Carson?
El buen hombre, que hasta entonces se mantenía en un discreto tercer plano, le sonrió con afecto.
—Claro que sí, milady. Tenemos una mesa rebosante de sus platillos favoritos.
—Millicent tiene razón, mamá —intervino Andrew—, habéis recorrido un largo camino, estaréis exhaustas y hambrientas. Entremos para que podáis descansar y reponer fuerzas.
—Tenemos tanto trabajo por delante, organizar la boda del año no es tarea simple, que lo sepáis, pienso lograr que todos se queden con la boca abierta. Señor Carson, acérquese para que pueda saludarlo como merece. —Mathilda dio un paso adelante entre las cumplidas reverencias del mayordomo y los demás criados—. Sepa usted que goza de toda mi gratitud por la devoción y diligencia con la que cuida del duque…
Sin parar de hablar, más como si fueran viejos parientes que como servicio y patrona, entraron. Millicent dando saltos de felicidad, la duquesa viuda cambiando impresiones con el hombre responsable de que Coventwood continuase en pie. Andrew tomó del brazo a su futura esposa, y los dos rieron ante lo espontáneo de la escena y la evidencia de que nada los salvaría de que Mathilda organizase la boda.
—¿Qué tal has encontrado a mi madre?
—Tal cual la recordaba, pese al tiempo transcurrido. Un huracán de energía imparable. Y Millicent… Oh, es encantadora. Andrew…
—Dime, amor mío.
Rebeca se detuvo para mirarlo con una intensidad que lo paralizó.
—Tenías razón cuando me dijiste que compartir nuestras… historias, implicaba un vínculo especial. Solo mirar a la duquesa viuda, saber lo que hizo, su enorme generosidad, el modo en que ambas, tu madre y la mía, guardaron sus mutuos secretos y se apoyaron. En un mundo hostil para las mujeres, encontrar un alma gemela de ese calibre es ganarse el cielo.
La mano de Andrew voló hasta el cabello de su prometida y lo acarició con una sonrisa enamorada.
—No te quepa duda. Un cielo que nosotros hemos conquistado por segunda vez.

Y en Mayo…

segunda entrega de la serie «Guante de seda»

Prólogo

El día en que Julianna
escuchó «Abracadabra»

—Veo dos hombres marcados en tu destino —la vidente tenía voz de ultratumba y los ojos fijos en el techo—. Uno traerá protección, hogar y amor verdadero. Te enseñará a valorar la esencia de lo importante. El otro… solo te ofrecerá desgracia, desengaño y vergüenza.
Las emociones que transmitía la sala se parecían bastante a lo que provocaría visitar el panteón de un cementerio, de noche y a solas. Las cuatro jóvenes estaban sobrecogidas, mirándose y preguntándose, sin hablar, si concertar aquella cita con la médium más famosa de Londres, había sido una buena idea. Al fin y al cabo, ellas solo habían venido acompañando a lady Rebeca Percy, futura duquesa de Richmond, a la modista que le preparaba el ajuar para su boda.
El rostro de la adivina bajó de un golpe seco, y las miró una a una. Julianna Donne juraría que hasta ahora había tenido los ojos en blanco, y se estremeció de pies a cabeza.
—¿Quién de ustedes es Julianna? —De nuevo, aquella voz del inframundo las hizo saltar sobre sus sillas.
—Yo… —respondió la pelirroja, con un nudo en la garganta.
La decoración densa y opresiva, saturada de terciopelo y pesados cortinajes. La luz dorada de las velas reflejándose en las paredes forradas de seda. La mesa redonda y Julianna Donne, lady Rebeca Percy, lady Evelyn Fowler y la señorita Anne Hagstings, sin atreverse a respirar, con la atención puesta en la médium vestida de deslumbrante satén.
—El vaticinio te pertenece —sentenció la vidente.
—¿Dos… caballeros?
Julianna no podía creerlo. En aquel momento no había un solo hombre en su vida, nadie que la pretendiera. Sus padres la habían enviado desde Venecia a Inglaterra a vivir con sus tíos, con la sola intención de conseguir un buen marido. Mientras su madre se impacientaba y su querida tía organizaba el calendario de fiestas y eventos sociales de la temporada con la mayor ambición, ella soñaba con sentir el dulce aguijón del romance atravesándole el pecho hasta conquistar su corazón, desde una única mirada.
La médium pareció abandonar momentáneamente el trance y con un

suave gruñido, rodó los ojos por la mesa y la miró fijamente.
—Dos. Distintos entre ellos, diferentes como la noche del día. Y de su buen juicio en la elección dependerá el resto de su existencia. Le advierto que será una decisión casi imposible de tomar.
—¿Pero no ve nada que pueda ayudarla a decidir cuando ese momento crucial llegue? —se impacientó lady Evelyn.
La adivina le dedicó una mirada que era más una reprimenda que otra cosa.
—He dicho todo cuanto veo. Recuerden, y esto va para las cuatro, que los caballeros poco honorables, aquellos destinados a decepcionarnos y alentarnos con falsas promesas, son siempre los más seductores. También los que con mayor eficacia destruyen nuestra ingenua ilusión.
—Mi primo, el heredero del condado familiar, viene a visitarnos justo después de su boda, lady Rebeca —anunció lady Evelyn, emocionada —. Sería maravilloso poder presentárselo a la señorita Donne y…
Con una especie de gorgoteo brotado directamente del vientre y un tirón inhumano de su cuello, la pitonisa volvió a clavar sus ojos en la lámpara que colgaba del techo.
—Su primo es un mujeriego incorregible. Un caballero embaucador y peligroso del que toda dama debería cuidarse.
En la penumbra, todas miraron a lady Evelyn, que pestañeó sorprendida y de seguro, hondamente ofendida por semejante advertencia.
—Madam Lia, le ruego que no lo tome a mal, pero le recomendaría ser más prudente en sus juicios, usted no tiene el gusto de conocerlo…
—He dicho todo lo que veo —repitió la médium, con un murmullo que parecía a punto de apagarse.
Con expresión resignada y un gracioso gesto de su hombro, lady Evelyn se disculpó, quizá por admirar tanto a un hombre presuntamente reprobable, quizá por ser, además, su más querida prima.
—No se fíen de las apariencias —finalizó la intimidante adivina—. En las vidas de ustedes cuatro, especialmente usted, Julianna, flota algo engañoso. Las cosas pueden cambiar, del blanco al negro en cuestión de segundos. Extremen la cautela.
Pero su última mirada, nadie supo por qué… se la dedicó a Evelyn.

GRACIAS por leerla.
Si te ha gustado, me ayudarás a difundirla dejando un comentario en Amazon.



Agradecimientos

Llegué hasta aquí, triste y decepcionada. Por muchas cosas. Perdida la ilusión por escribir, algo que antes, que siempre, me había llenado el alma. En serio, os digo que pensé que jamás saldría de mi teclado una nueva historia. Pero uno de esos ángeles sin alas que andan rulando por la tierra, me agarró las mechas y me puso marcando el paso. Me enseñó que hay que ser fiel a la esencia con la que naciste, que todos los esfuerzos merecen la pena, que si había que derrumbar lo que construí por muchos años y empezar desde cero, ahí estaba su mano. Y la tomé, vaya si la tomé. Y no viviré lo suficiente como para agradecértelo, mi querida L. Marie.

Y a mis lectoras cero, algo más que mi agradecimiento. Todo mi amor. ¡¡Formamos un pedazo de equipo!! Siempre juntas, chicas, hasta las tantas de la mañana, que sarna con gusto no pica.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Tus secretos y los míos» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases un comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. De nuevo gracias.

Deja aquí tu comentario:

Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.

Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales?

INSTAGRAM: @serendipiastarkescritora https://www.instagram.com/serendipiastarkescritora/?hl=es

FACEBOOK: Serendipia Escritora

https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/

Table of Contents

SERENDIPIA STARK



Libertina Veneciana

Serie Guante de Seda 2

LIBERTINA VENECIANA

Serie «Guante de seda» II

La serie «Guante de seda» está compuesta por **4 novelas autoconclusivas,** ambientadas en la Inglaterra de la **Regencia.**
Si adoraste los Bridgerton, si te gusta el romance histórico y el mundo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.
GRACIAS por leer.

Te espero a diario en

INSTAGRAM: @serendipiastarkescritora FACEBOOK: Serendipia Escritora

Código ASIN: B09SFHPS7H

LONDRES,
último mes de verano.
1815

Capítulo 1

El día en que Julianna
escuchó “Abracadabra”

—Veo dos hombres marcados en su destino. —La vidente tenía voz de ultratumba y los ojos fijos en el techo—. Uno traerá protección, hogar y amor verdadero. Le enseñará a valorar la esencia de lo importante. El otro…, solo le ofrecerá desgracia, desengaño y vergüenza.

Las emociones que transmitía la sala se parecían bastante a lo que provocaría visitar el panteón de un cementerio, de noche y a solas. Las cuatro jóvenes estaban sobrecogidas, mirándose y preguntándose sin hablar, si concertar aquella cita con la médium más famosa de Londres, había sido una buena idea. Al fin y al cabo, ellas solo habían venido acompañando a lady Rebeca Percy, futura duquesa de Richmond, a la modista que le preparaba el ajuar para su boda.

El rostro de la adivina bajó de un golpe seco, y las miró una a una. Julianna Donne juraría que hasta entonces había tenido los ojos en blanco, y se estremeció de pies a cabeza.

—¿Quién de ustedes es Julianna? —De nuevo, aquella voz del inframundo las hizo saltar sobre sus sillas.

—Yo… —respondió la pelirroja, con un nudo en la garganta.

La decoración densa y opresiva, saturada de terciopelo y pesados cortinajes. La luz dorada de las velas reflejándose en las paredes forradas de seda. La mesa redonda y Julianna Donne, lady Rebeca Percy, lady Evelyn Fowler y la señorita Anne Hagstings, sin atreverse a respirar, con la atención puesta en la médium vestida de deslumbrante satén.

—El vaticinio le pertenece —sentenció la vidente.

—¿Dos…, caballeros?

Julianna no podía creerlo. En aquel momento no había un solo hombre en su vida, nadie que la pretendiera. Sus padres la habían enviado desde Venecia a Inglaterra a vivir con sus tíos, con la sola intención de conseguir un buen marido. Mientras su madre se impacientaba y su querida tía organizaba el calendario de fiestas y eventos sociales de la temporada con la mayor ambición, ella soñaba

con sentir el dulce aguijón del romance atravesándole el pecho hasta conquistar su corazón, desde una única mirada.

La médium pareció abandonar momentáneamente el trance y con un suave gruñido, rodó los ojos por la mesa y la miró fijamente.

—Dos. Distintos entre ellos, diferentes como la noche del día. Y de su buen juicio en la elección dependerá el resto de su existencia. Le advierto que será una decisión casi imposible de tomar.

—¿Pero no ve nada que pueda ayudarla a decidir cuando ese momento crucial llegue? —se impacientó lady Evelyn.

La adivina le dedicó una mirada que era más una reprimenda que otra cosa.

—He dicho todo cuanto veo. Recuerden, y esto va para las cuatro, que los caballeros poco honorables, aquellos destinados a decepcionarnos y alentarnos con falsas promesas, son siempre los más seductores. También los que con mayor eficacia destruyen nuestra ingenua ilusión.

—Mi primo, el heredero del condado familiar, viene a visitarnos justo después de su boda, lady Rebeca —anunció lady Evelyn, emocionada—. Sería maravilloso poder presentárselo a la señorita Donne y…

Con una especie de gorgoteo brotado directamente del vientre y un tirón inhumano de su cuello, la pitonisa volvió a clavar sus ojos en la lámpara que colgaba del techo.

—Su primo es un mujeriego incorregible. Un caballero embaucador y peligroso del que toda dama debería cuidarse.

En la penumbra, todas miraron a lady Evelyn, que pestañeó sorprendida y de seguro, hondamente ofendida por semejante advertencia.

—Madam Lia, le ruego que no lo tome a mal, pero le recomendaría ser más prudente en sus juicios, usted no tiene el gusto de conocer al vizconde…

—He dicho todo lo que veo —repitió la médium, con un murmullo que parecía a punto de apagarse.

Con expresión resignada y un gracioso gesto de su hombro, lady Evelyn se disculpó, quizá por admirar tanto a un hombre presuntamente reprobable, quizá por ser, además, su más querida prima.

—No se fíen de las apariencias —finalizó la intimidante adivina—. En las vidas de ustedes cuatro, especialmente usted, Julianna, flota algo engañoso. Las cosas pueden cambiar, del blanco al negro en cuestión de segundos. Extremen la cautela.

Pero su última mirada, nadie supo por qué…, se la dedicó a Evelyn.

Capítulo 2

El día de la boda
más importante del año.

—¡Juliana! ¡Juliana, querida, ha llegado carta de tu madre!

La señora Wimsey entró en el cuarto de su sobrina como un auténtico vendaval envuelto en sedas y lazos de brillante color coral. La encontró sentada en el tocador, asistida por su doncella, que daba los últimos toques a su laborioso peinado.

—¡Qué trenzado tan original! Y esas perlas… Querida, pareces una sirena recién escapada de los brazos de un tritón —cacareó la dama.

—¿Qué dice mi madre, tía?

—Lo de siempre. Pregunta si ya estás prometida.

—Cielos, me temo que la idea amenaza con convertirse en una obsesión enfermiza.

—No lo ha dicho justo con esas palabras, literalmente ha escrito: *¿tiene ya, mi salvaje hija un marido decente?*

Mientras su tía reía a pulmón, Julianna sintió que sus mejillas y parte de su cuello detonaban y ardían. No sabía si por vergüenza o por pura rabia.

—Mi madre conseguirá que desee esconderme bajo el suelo.

—Bah, querida, no le des demasiada importancia, ya sabes cómo es mi hermana, todo fuego y pasión desenfrenada, veneciana hasta el tuétano de los huesos… ¿Por casualidad te has cambiado el vestido?

—Sí, pensé que el otro tenía un color demasiado anodino. Quiero que lady Rebeca sepa lo que siento con solo verme, que me explota el corazón de dicha por su felicidad, que le deseo lo mejor del mundo en su matrimonio y…

—Julianna, el color azafrán y los bordados de oro, combinados, no son demasiado adecuados para una boda de semejante alcurnia.

Julianna observó su imagen en el espejo y contrariamente a lo que opinaba su tía, tuvo una extraña y arrolladora sensación de poder. El vestido era un sueño de gasas etéreas, vestida con él parecía una diosa rodeada de llamas brillantes.

—Pensé que era una combinación lujosa de colores…

—Y poco discreta, querida mía, poco discreta. Recuerda que si

quieres cazar un buen marido inglés, tendrás que mostrarte recatada, considerada y encantadora.

—Soy encantadora, tía —protestó Julianna, con brío—. Y muy considerada.

La hermana de su madre sonrió comprensiva.

—Pero no recatada. Tímida, ingenua, apocada… ya sabes.

—También soy ingenua —admitió a regañadientes—, apenas sé nada de la vida, menos si incluye el comportamiento en la intimidad con algún caballero.

Dorothea Wimsey apoyó las manos regordetas en los hombros de su sobrina y los apretó con afecto.

—Pues además de serlo, debes aparentarlo. El vestido azul pálido te sienta mucho mejor y es más conveniente. La gente con la que te relacionas son una bendición del cielo, nunca pensé que serías íntima amiga de una duquesa. Por eso debes olvidarte del ímpetu y el ardor, y esforzarte en ser una dama elegante y prudente.

—Lady Rebeca también es pasional. De las que cuando se enfadan no se quedan calladas —se defendió Julianna, con afán.

Su tía esbozó una tímida sonrisa, tan breve que apenas se hizo notar.

—Se lo puede permitir. Es una rica heredera, con ilustre apellido y a partir de hoy mismo, además, duquesa. Tú en cambio, eres una joven extranjera, de familia no especialmente noble, que busca un matrimonio ventajoso.

Julianna apretó los labios contrariada.

—Suena muy mal.

—Suena a realidad, querida mía, a lo que es. Nadie dijo que la realidad no fuera cruda y hasta desventurada a ratos. Y ahora, cámbiate rápido, date prisa o llegaremos tarde, me muero por ver el vestido de la novia, seguro que es una fantasía de cuento de hadas hecha realidad.

Julianna giró una vez más hacia el espejo para despedirse de su precioso traje. Ese sí que era un cuento de hadas y había soñado tantas noches con lucirlo en tan significativo evento… En lugar de eso, se veía obligada a cambiarlo por otro de color muy poco emocionante, acorde con los aburridos cánones de la alta sociedad inglesa.

—Esto no va a gustarme —susurró para sí, antes de despedirse del ardiente color de su vestido.

La doncella volvió a entrar en el dormitorio y repitió la pequeña reverencia.

—La señorita Hagstings la espera en el saloncito, señorita.

—Tía, Anne ya ha llegado. La acompaño mientras usted acaba con sus cosas…

—No entiendo la razón por la que la señorita Hagstings no acude a

la boda de los duques en su propio carruaje, con el resto de su familia —refunfuñó Dorothea, colocándose frente al espejo, alternativamente, dos pendientes distintos.

—Porque son muchos y tendrían que llevar dos coches. Porque es mi amiga y le he pedido que nos acompañe para mayor comodidad —aclaró Julianna, por tercera vez aquella mañana, armada de paciencia —. La espero abajo.

Anne estaba preciosa. Con su vestido de seda color crema bordada en oro y su delicado cabello rubio trenzado sobre la coronilla. Las dos amigas se saludaron con un abrazo, más que excitadas por la categoría del evento.

—Es como un deseo concedido por los duendes. Lady Rebeca se nos casa por amor y no solo eso, se nos convierte en duquesa —suspiró Anne, emocionada—. Y pensar que todo estuvo a punto de fracasar del peor modo por culpa de los chismes de…, de los chismes —se corrigió a sí misma.

Pero Julianna la había entendido sin necesidad de más explicaciones.

—Me gustaría hacerle una pregunta y por favor, Anne, no me lo tome a mal, pero ¿cree que el arrepentimiento de lady Evelyn es sincero?

La respuesta de Anne Hagstings no llegó de inmediato.

—Lady Evelyn no es una persona malvada. Tiene muchas preocupaciones, algunas son del dominio público…

—¿Se refiere a su prometido desaparecido en batalla?

Anne asintió delicadamente con la cabeza.

—Y otras no tanto, porque pertenecen a su círculo de intimidad. Me temo que es una joven que necesita tener siempre ocupada la cabeza. Y eso la lleva a cometer deslices graves, como el de ceder fácilmente al chisme y a la murmuración, pecar de entrometida a veces…

—Cierto, es impulsiva y vehemente. Del tipo de personas que primero se lanzan a actuar y luego piensan en lo que han hecho.

—Pero se lo aseguro, señorita Donne, frente a lo que pueda parecer, lady Evelyn no es tan infame —repitió con énfasis. Julianna se quedó pensativa un instante.

—La saña y el interés con los que rebuscó información contra lady Rebeca, me dicen todo lo contrario. No se limitó a extender una calumnia, Anne, piénselo, fue a por ella. ¿A quién le habría confiado Joseph Walsh su despreciable mentira si ella no lo hubiese buscado e interrogado con tanto afán?

—Probablemente a nadie —admitió Anne, inclinando la cabeza, un poco triste—. Tiene razón, es ineludible que lady Evelyn entienda las verdaderas consecuencias de su comportamiento y no vuelva, bajo ningún concepto, a repetirlo.

—Es como si la detestara, como si todo hubiese sido una venganza en su contra —musitó Julianna, entre dientes, como pensando en voz alta.

Anne se sobresaltó.

—¿De lady Evelyn contra lady Rebeca? ¡No! ¿Cómo se le ocurre pensar algo así?

—Porfiaba en su contra sin admitir ni un solo argumento en su defensa. Eso solo sucede cuando guardas resentimiento por la víctima de la acusación. En fin —recuperó la sonrisa—, no quiero ensombrecer este feliz día, he rezado mucho para que el remordimiento de lady Evelyn sea de corazón, y no un modo de evitar quedarse fuera de nuestro grupo de amistades.

—Estoy segura de que el tiempo y sus acciones, le demostrarán que no es así.

Julianna tomó las manos de Anne entre las suyas. Dorothea Wimsey ya bajaba la escalera envuelta en plumas, seguida de cerca por su afanoso marido.

—No imagina lo mucho que deseo que tenga usted razón. No lo imagina.

Capítulo 3

El día en que todos pensaron
que de una boda sale otra boda.
¿O no es así siempre?

Las bodas que se celebran al final del verano son siempre inolvidables. Traen dicha, felicidad y júbilo a unos invitados que lucen sus mejores galas bajos los cálidos rayos del sol. Te hacen fantasear con sueños por cumplir y huelen a rosas y a pastelillos de nata. Pero la de los duques de Richmond, que sin duda se convirtió en el acontecimiento de la temporada, trajo aquello y mucho más. Un regalo prodigioso para la insípida vida de Julianna Donne en Londres: le trajo a Augusto.

Cuando sus ojos se cruzaron por primera vez, Julianna abandonaba la mansión Richmond sumida en la desesperación, y no reparó en lo apuesto que era. Ni siquiera conocía su nombre. Pero ahora sabía que se trataba del barón Stendhal, que era uno de los mejores amigos del duque y por tanto, de su mejor amiga la duquesa, lady Rebeca Percy. Y al acercarse a ella con la intención de presentarse formalmente, las palabras de la adivina que habían visitado en Londres el día que acompañaron a lady Rebeca a la modista, resonaron nítidas en su memoria. Augusto de Roe, barón Stendhal, era todo lo que una dama respetable podía desear.

—¡Oh, miren! ¡El carruaje nupcial! ¡Por ahí vienen! —señaló lady Evelyn con el dedo, emocionadísima.

—¿Dónde? No consigo ver nada con tanta gente… —La señorita Hagstings estiró la cabeza e intentó orientarse, con gran esfuerzo.

—Vengan por aquí, ¡por aquí! Síganme.

Lady Evelyn se escabulló entre el gentío con una habilidad pasmosa. Cuando Julianna quiso darse cuenta, Anne Hagstings la había seguido y ella se había quedado rezagada, sola, atrapada en un nudo de invitados excitados que alababan a los novios y agitaban brazos engalanados por encima de sus cabezas.

—¡Los novios, los novios!

—¡Llegan los novios! ¡Miren qué belleza de carruaje!

—¡Vivan los duques de Richmond!

Julianna intentó decir «*por favor, no empujen*» un par de veces, pero la fuerza arrolladora del entusiasmo de aquella multitud, enloquecida por ver llegar a los protagonistas del día era tal, que ya no podía ni respirar. La vista se le nubló, sintió un terrible mareo, y dio un paso atrás queriendo escapar de la apretada masa que la aplastaba. Antes de poder darse cuenta de lo que ocurría, los invitados que vitoreaban a los duques de Richmond estaban varios metros por delante, y Julianna estaba de nuevo aislada en mitad de un caminillo empedrado por el que venían, galopando a toda velocidad, dos jinetes que parecían dos caballos de guerra.

—¡Señorita! ¡Señorita, cuidado!

No llegó a ver nada, todo pasó tan rápido que se redujo a sensaciones: un cuerpo firme, grande como un escudo que la sacó del paso y la cubrió con delicadeza, el tacto de un chaleco de terciopelo, la impresión de estar protegida de tal modo que nada podría dañarla, y el perfume. Un intenso aroma a madera de bosque, a hoguera y a polvo de estrellas, que puso su corazón a latir enloquecido.

Su salvador la apartó fuera del camino y los dos enormes caballos pasaron de largo sin siquiera detectarla. Lo único que Juliana pudo ver fue el monstruoso tamaño de aquellas patas con sus pezuñas. Estaba confusa, aturdida, jadeaba. Y luego notó que el abrigo de aquellos brazos desaparecía y que sentía frío.

—¡Señorita Donne! ¿Puedo saber qué hace aquí sola?

Levantó los ojos, tambaleándose, todavía respirando con mucha dificultad.

—Milord…

El barón Stendhal le tendió un brazo y Julianna se sujetó a él como si le fuese la vida en ello. No estaba preparada para confesar que había estado a punto de morir arrollada por ocho troncos de árbol que corrían como el viento. Lo primero en lo que se fijaron sus ojos fue en el chaleco de terciopelo. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Ha visto llegar el carruaje de los novios? Ha sido un verdadero espectáculo.

—De eso no me cabe la menor duda —logró balbucear la pelirroja.

Mientras recuperaba la compostura, olisqueó el aire. Hizo más, aprovechó su cercanía con Augusto para olfatearlo como un perro de caza. Ni rastro de madera y fuego. Es posible que con la conmoción lo hubiese imaginado. Tampoco podía asegurar que las voces fueran las mismas.

—Creo que he sufrido una pequeña indisposición, nada serio, ya me encuentro bien.

—¿Está completamente segura?

—Sí, no se preocupe. ¿Por casualidad ha visto a la señorita Hagstings y a lady Evelyn Fowler?

—Acabo de cruzarme con ellas, están en el salón de baile. ¿Me acompaña?

Julianna acomodó su brazo en el del barón y juntos caminaron sin hablar por entre los grupos de invitados. Dentro del pecho, su corazón todavía bombeaba sangre a velocidad suicida. Pero tanto en los jardines como en el salón todo parecía tan normal…

—Señorita Donne, ¿me concede el honor de este baile? —le solicitó el barón.

Por supuesto, ella aceptó de buen grado. Y a partir de ahí, Augusto no la dejó ir en toda la fiesta. Se habían engalanado los jardines de Conventwood con flores blancas e increíbles atracciones como si de un pequeño circo en miniatura se tratara. Había magos, saltimbanquis, faquires escupefuegos y bufones con sombreros de cascabeles. Siempre a su costado, no demasiado cerca como para resultar incorrecto, sonriendo con soles en los ojos, el barón Stendhal la protegía con reverencia de los roces y salpicaduras, casi sin atreverse a tocarla.

—Sepa que la duquesa la tiene en gran aprecio —murmuró él, señalando la mesa principal donde los novios se miraban con devoción, las manos entrelazadas en señal de infinito amor.

El rostro de Julianna se iluminó de repente.

—Yo también a ella.

—Tengo entendido que fue usted la responsable de solventar ciertos malentendidos graves, que de otro modo, habrían hecho imposible este enlace.

Ella sonrió con modestia, escondiendo la cara tras el abanico.

—Aprecio a lady Rebeca, para mí es como una hermana si se me permite expresarlo de ese modo y creo que el afecto es mutuo. Por nada del mundo habría dejado de hacer todo cuanto estuviera en mi mano por ayudar. Mírelos, son la viva imagen de la dicha.

—¿Contemplarlos no le hace desear algo similar?

La pregunta la sorprendió. Demasiado íntima, indiscreta quizá, pero muy bienvenida, dado lo agradable que le resultaban la compañía y atención del caballero.

—Sí, desde luego. De un modo u otro, todos deseamos casarnos con el amor de nuestra vida y fundar una familia extraordinaria, barón. No veo por qué yo habría de ser una excepción.

—Me alegra oírlo. Especialmente teniendo en cuenta que yo tampoco lo soy. —Una deslumbrante sonrisa dedicada solo a ella—. Me refiero a una excepción.

Capítulo 4

El día que la señorita Julianna
no quiso saber nada más
acerca de su futuro.

Julianna fingió no dar excesiva importancia al comentario, pero un suave hormigueo recorrió sus piernas y sus brazos para instalarse luego en su espalda, contándole en dulces murmullos que posiblemente aquel fuera el primero de muchos días felices en su vida.

—¿Me juzgaría muy atrevido si le rogase…? Es decir, ¿me permitirá visitarla en alguna ocasión, señorita Donne?

Algo pequeñito y juguetón que la veneciana guardaba dentro del pecho dio un salto de alegría.

—¿Qué puedo decirle? Sería un gran honor.

—¡Mi querida Julianna, por fin te encontramos! ¿Dónde te escondías?

Indeseada interrupción cuando, a juicio de la señorita Donne, más romántica se tornaba la escena. La señorita Hagstings, lady Evelyn, y sus delicadas sombrillas de encaje color marfil aparecieron de pronto, con enormes sonrisas en los rostros. El barón Stendhal inclinó cortésmente la cabeza y ellas le correspondieron sin demasiado interés.

—¡Los duques han traído un cartomante! Un extranjero que lee la buena fortuna con los naipes, ¿lo visitamos? —Anne Hagstings atrapó el brazo de Julianna y tironeó con suavidad—. Dígame que sí, señorita Donne, acompáñenos, por favor.

El largo dedo de Augusto señaló una tienda montada en una discreta esquina del jardín.

—Sospecho que es ahí. Podría ser interesante, el duque pasó una semana completa alabando su increíble reputación de infalibilidad. Teniendo en cuenta que él no cree en magias ni vaticinios, su opinión no puede aportarnos mejor garantía.

Creada con un suntuoso tejido de seda verde bordada en oro que debería haberla convertido en una de las atracciones más solicitadas y visibles, la tienda pasaba, sin embargo, totalmente desapercibida. Julianna sintió un desagradable temblor y un repentino frío, como una

advertencia para que se alejase. Ya había tenido suficiente con la vidente en Londres, la que le auguraba una decisión de amor imposible de tomar pero obligada, que le oprimía el corazón con cada recuerdo.

—No deseo saber nada de mi futuro —rechazó con un ligero estremecimiento.

—Estoy convencido de que cualquier augurio acerca de su persona brillará como el oro más valioso, señorita Donne —intervino el barón, con galantería.

Anne Hagstings se mostró encantada con la idea. Lady Evelyn, que se comportaba de forma anormalmente cauta, se limitó a sonreír con timidez.

—¿A que sí? Yo también lo pienso. Vamos, Julianna, acompáñenos.

—Solo si me mantienen al margen, ustedes y el adivinador —insistió la veneciana.

Sus amigas rieron.

—¿Viene con nosotras, barón Stendhal?

—Me temo que soy tan culpable de incitar a la señorita Donne para que acepte, como susceptible si se trata de hurgar en mi intimidad y en eso que llaman porvenir.

Julianna pensó de inmediato, con entera satisfacción, que opiniones como aquella eran las propias de un hombre sensato.

—Me complace comprobar que no soy la única con recelos.

—A mí me complace más aún comprobar que también en esto coincidimos. Señoras. —Besó educadamente los nudillos de las tres damas antes de marcharse, con un ligero toque al ala de su sombrero.

Los ojos de Julianna lo persiguieron sin ser demasiado conscientes de ello. Era alto y apuesto, de cabello castaño claro con gloriosos reflejos cobrizos y vivos ojos azules. Vestía pantalón oscuro a juego con sus brillantes botas perfectas, y casaca de terciopelo verde invierno sobre un chaleco del color del sol de primavera. La señorita Hagstings sacudió el brazo de su amiga, arrastrándola con descortesía fuera de su embeleso.

—¿A qué se ha referido el barón? ¿En qué otras cosas coinciden ustedes?

Julianna hizo un gran esfuerzo por no sonar demasiado interesada.

—No tengo ni la menor idea. Es la segunda vez que lo veo en toda mi vida.

—Y sin embargo —prosiguió Anne Hagstings—, no le ha negado ningún baile, hasta el momento todos han sido para él, no es algo que haya pasado desapercibido. Que sepa que los invitados, especialmente las damas, andan ya chismorreando que la suya será la próxima boda a la que asistan.

Lady Evelyn ahogó un ruidito, una especie de gemido entrecortado,

pero se cuidó de mostrar su parecer. Sin perder el buen humor, Julianna sacudió la cabeza dirigiéndose a la señorita Hagstings.

—Tiene usted una imaginación tan desbordante como peligrosa, querida amiga.

Anne frunció los labios en un encantador mohín de desagrado.

—Ese caballero está claramente interesado en usted, señorita Donne. Y pronto, lady Evelyn y yo seremos las únicas solteronas de este grupo.

Un nuevo jadeo por parte de la interesada, pero ninguna frase o protesta. De seguir así, en breve le daría un ataque, pensó Julianna. Lady Evelyn Fowler no era precisamente alguien que pudiera mantenerse callada por mucho tiempo. Sin embargo, prefirió no molestarla, en su lugar se dirigió a la emocionada señorita Hagstings que, curiosamente, ese día hablaba por las dos.

—Creo que adelanta acontecimientos, Anne, no hay nada, aparte de la evidente cortesía, que indique que el caballero que acaba de alejarse, piensa en mí.

—Dele tiempo, lo hará —afirmó Anne, con una radiante sonrisa.

—Yo no sé usted, señorita Hagstings, pero lo que es yo, no pienso permanecer soltera para siempre, olvídese de eso —apuntó lady Evelyn, abandonando un instante su persistente mutismo y su afán por ser discreta.

—Imagino que desean con fervor que el cartomante les augure próximos romances —adivinó Julianna, con amabilidad—. Pues no hagamos esperar a sus resplandecientes destinos.

Tomadas del brazo, caminaron en dirección a la tienda. Grupos de invitados hacían cola frente a otras atracciones pero la entrada enmarcada en seda verde y oro se hallaba extrañamente desierta. Anne Hagstings suspiró con elegante delicadeza.

—Tendría que empezar por conocer a alguien. Un hombre excitante y maravilloso que me hiciera sentir como una princesa. De momento, eso no ha ocurrido.

—Esperemos a conocer al primo de lady Evelyn, el futuro conde de Herrick quizá sea ese caballero con alma de pirata que usted anda esperando.

—Después de lo que aquella horrible mujer dijo acerca de mi querido Henry en Londres, no pienso volver a mencionar la menor posibilidad al respecto —avisó Evelyn, girando coqueta su sombrilla.

—¿Alma de pirata? Oh, no, nada de eso, señorita Donne, yo soy muy convencional, no busco nada arriesgado, no sé si me entiende —aclaró Anne, en tono confidencial.

—¿Convencional y aburrido? —contraatacó Julianna.

La joven dama detuvo la marcha y se quedó mirando a su amiga pelirroja, con una mezcla de embeleso y curiosidad.

—¿Acaso el sosiego y la calma no son algo deseable?

—En un matrimonio, diría que no. Pero afirmarlo en esos términos tampoco estaría bien visto —concedió Julianna—. Así que finjamos que estoy conforme con lo que dice.

—¿Sabe algo en lo que tanto lady Rebeca como lady Evelyn y yo estamos de acuerdo? Usted guarda ahí dentro, bien escondido, un corazón indómito digno de una verdadera reina veneciana.

—Muy cierto —cuchicheó lady Evelyn, mirando con interés lo que se movía alrededor.

—Shhhh, no digan eso donde alguien pueda escucharlas.

—No entiendo por qué trata de disfrazar lo que podría ser. Cuando la duquesa de Richmond nos regaló los vestidos en su modista de Londres, usted los escogió todos en azul pálido, verde menta y rosa, cuando nosotras la imaginamos ataviada de rojo, oro y fuego, los colores de su tierra, los mismos de su cabello. Como una feroz heroína capaz de empuñar una espada y defender su feudo de múltiples enemigos…

Sin contener la risa, Juliana sujetó el brazo de Anne, estirado al cielo enarbolando su sombrilla, y la obligó a reanudar el camino.

—Es usted terrible, señorita Hagstings, se ha formado una idea absolutamente equivocada de mí. Soy tímida y apocada, ya me conoce, nada que ver con esa semidiosa de leyenda a la que usted hace referencia.

—La culpa de su exacerbada imaginación la tienen todas esas novelas que no para de leer —apuntó la rubia lady Evelyn.

Sin embargo, la señorita Hagstings no estaba del todo de acuerdo.

—Al igual que la duquesa, opino que nadie tímido y apocado aborda al duque de Richmond como usted lo hizo, y le exige que intervenga en un dilema ajeno tan gravemente espinoso. Recuerde que lady Evelyn y yo misma, apenas si pudimos hacer otra cosa que ahogarnos en sollozos. Usted se mantuvo firme y resolutiva. Defiendo con firmeza que gracias a su templanza, a día de hoy ellos están casados.

—Desde luego que sí —corroboró lady Evelyn, visiblemente emocionada—, fue usted tan arrojada y valiente…

—Me halaga esta muestra de admiración suya, señoritas. Solo espero que no se lleven un terrible desengaño cuando se cercioren de que es errónea. —Parada frente a la entrada de la tienda del cartomante, tomó aire y suspiró— ¿Listas para consultar lo que les depara el futuro?

Capítulo 5

El día que una mirada pareció ser
más cortante que las espadas.

Un segundo después de salir de su visita al cartomante, un poco conmocionadas por todo lo que habían escuchado acerca de lo venidero, lady Evelyn se agachó para recoger algo del suelo. Levantó la mano con un papel doblado entre los dedos y se lo alargó a Julianna, con una sonrisa.

—Señorita Donne, creo que esto es suyo. He visto cómo se le caía del bolso.

El rostro de Julianna cambió súbitamente de color mientras se hacía cargo del papel, como si fuese un tesoro, y lo estrechaba contra su pecho.

—¡Oh, lady Evelyn, gracias! No sabe cómo se lo agradezco, me habría sabido muy mal perderla… Es una carta de mi querido padre.

—¿De su padre? —se sorprendió la rubia dama— ¿Su padre…, le escribe?

—Casi más a menudo que madre. Tenemos una relación muy cercana y especial. Viviendo en Inglaterra, lo echo muchísimo de menos, su buen humor, sus bromas… Madre es muy exigente a veces, sin embargo, padre es comprensivo y tan amable…

Julianna calló al observar cierta palidez en el rostro de Evelyn. Tal que si de repente, hubiera recibido una noticia terrible o se hubiese mareado.

—¿Se encuentra bien? —quiso saber Anne Hagstings, que también se había dado cuenta del cambio.

Evelyn asintió repetidamente, con cierta torpeza y los ojos húmedos.

—Sí, sí, discúlpenme. Ha sido un malestar pasajero. —Forzó una sonrisa—. Quizá sean los nervios que me provoca asistir a esta preciosa boda.

Durante un buen rato nadie quebró el silencio. Siguieron paseando, recorriendo sin hablar los increíbles jardines engalanados, admirando las vestimentas de los insignes invitados para la ocasión. Y Julianna Donne, por qué no decirlo, tratando de localizar, con discreción, a Augusto de Roe entre el gentío, aunque sin ningún éxito.

Atravesaron las arcadas cubiertas de flores frescas, para llegar a donde tocaban los músicos. Muchos asistentes bailaban en honor a los recién casados.

—No llegué a intimar con ella —habló por fin Anne—, ni siquiera la conocía demasiado, pero cómo le habría gustado a lady Stone asistir a la boda de su hija y verla tan radiante, enamorada y feliz.

Evelyn Fowler giró la cabeza en otra dirección y se cuidó de hacer ningún comentario. Justo entonces, una pareja de mediana edad, lujosamente ataviada pero con semblantes tan circunspectos como distantes, pasó por su lado con aire marcial. No parecía flotar entre ellos la más mínima complicidad, la menor cercanía. Seguramente eran matrimonio pero daban la impresión de no conocerse. Tampoco les prestaron demasiada atención a ellas.

—¡Padre! —llamó lady Evelyn, con un toque de ansiedad en la voz.

La mujer miró en su dirección y sonrió al instante, de una forma blanda y casi afectuosa. El hombre, sin embargo, endureció el rictus de los delgados labios, no se molestó en atenderla, y siguió adelante.

Evelyn permaneció detenida en el mismo lugar, con una expresión de infinita nostalgia en el rostro, mirando en silencio la espalda de las figuras que se alejaban.

—¿Ocurre algo? —quiso saber Julianna, cuchicheando al oído de Anne— ¿Acaso han discutido?

Anne le hizo un rápido gesto con el dedo sobre los labios para que callase. Ambas se mantuvieron ligeramente rezagadas para que la joven no pudiera escucharlas.

—Siempre es así con ella —susurró despacio—. Lady Evelyn vive mortificada por el

frío trato que le dispensa su padre.

—Pero hasta donde sé, el conde de Herrick no tiene fama de ser especialmente intratable.

—Y no lo es. No me malinterprete, tampoco es que sea agradable y jovial, suele estar muy serio, como enfadado todo el tiempo, es probable que por sus achaques y sus problemas de salud, pero es generoso y caritativo, un hombre justo que sin embargo…

Julianna cruzó una mirada veloz con su amiga. Sus ojos contaban que lo entendía todo. Con lo que había visto, bastaba.

—No ofrece a su hija el menor gesto de bondad.

—Es peor que eso —murmuró Anne, afligida —. Diríase que por alguna razón inexplicable, el conde la desprecia.

Varios pasos por delante, lady Evelyn giró sobre sus talones para encararlas con un repentino gesto de felicidad pintado en el rostro. Algo había borrado por completo la tristeza anterior, sus ojos volvían a brillar, y el color de las peonías en primavera teñía de nuevo sus deliciosas mejillas.

—Deberíamos ir a saludar a los novios en persona ahora que la muchedumbre se ha calmado. Pero antes que nada, ¿bailamos?

El asombro impidió que Anne y Julianna despegasen los labios. Se limitaron a sonreír, a asentir y a seguirla en su súbito alborozo. Con un toque de varita de magos, lady Evelyn volvía a ser el imparable vendaval de siempre. Impetuosa, vehemente y aparentemente despreocupada y feliz.

Capítulo 6

10 días más tarde.
El día que la duquesa de Richmond
hizo una promesa.

—¡Oh, lady Rebeca! ¡No imagina cuántas ganas tenía de visitarla…! ¿Puedo llamarla lady Rebeca como siempre, o debería decir duquesa?

Rebeca Percy, a partir de entonces lady Richmond, echó atrás la cabeza, rio con la naturalidad que la caracterizaba, y tomó las manos enguantadas de su amiga recién llegada, para apretarlas con cariño.

—Dejémonos de protocolos, de hecho, me agradaría que a partir de ahora me llamase solo Rebeca. Yo a usted, Julianna. Y que nos tuteáramos.

—¿No le parece…, excesivo?

—Nada puede considerarse excesivo cuando hay tanto afecto verdadero de por medio. Quiero considerarte una hermana. Entre otras muchas cosas, nunca, por más que viva, olvidaré cómo te arriesgaste por mí.

Las suaves mejillas de Julianna se cubrieron de intenso rubor.

—Usted…, tú habrías hecho lo mismo por mí, estoy convencida.

—De eso puedes estar segura, pero que sea recíproco no le resta mérito ni valor. Si Andrew y yo estamos hoy felizmente unidos es, en parte, gracias a tu intervención.

Julianna recordó que las palabras del barón Stendhal y también las de la señorita Hagstings, habían ido prácticamente en idéntica dirección. Parecía que aquella amable opinión acerca de su persona empezaba a ser algo común el entorno de los duques. Y se sintió abrumada.

—De verdad, no hay nada que agradecer…

—Cualquiera con el suficiente arrojo como para visitar al duque de Richmond sin ni siquiera conocerlo y apremiarlo para que me salvara de lord Walsh, no solo tiene mi aprecio, sino toda mi admiración. Sé que mi marido puede ser intimidante a veces.

—Con toda franqueza, estaba tan desesperada por lo que pudiera haberte pasado, que ni lo pensé.

Entraron dos doncellas a servir el té, marchándose en cuanto

acabaron.

—¿Eres feliz, Rebeca? No debería preguntártelo, es tan obvio, se lee en tu cara.

—Mucho, Andrew es maravilloso, vivimos una permanente luna de miel. Pero seguramente, eso ya lo imaginabas. Quizá debiera ser yo quien te interrogue acerca de algún posible caballero muy interesado en cortejarte…

—Oh, eso. —Julianna bajó los ojos—. Mi madre no para de escribir desde Venecia, nos presiona a mí y a mi pobre tía, demanda resultados cuanto antes. Tengo la impresión de estar montada en un carruaje de caballos desbocados que se mueve a toda velocidad. El inicio de la temporada me produce vértigo, Rebeca, va a ser agotador.

—Quizá no tanto, si las atenciones se reducen a un solo caballero —apuntó Rebeca, con cierto aire de misterio—. Dos a lo sumo.

—Mi madre se empeña en que acepte ya un marido. ¡Imagina! ¡Es una locura! ¡Si ni siquiera tengo pretendientes!

—Eso se debe a que no has sido debidamente presentada en sociedad, Julianna, hay que hacer algo y pronto, para remediarlo antes de que el duque y yo salgamos de viaje por Europa.

—Ya sé que es mucho pedir, un sueño inalcanzable, no tengo título y tampoco soy la heredera de una cuantiosa fortuna, pero me gustaría tanto casarme por amor, igual que has hecho tú.

—Te prometo que haré cuanto esté en mi mano para ayudarte.

—Ya hiciste mucho. Siendo apenas una desconocida, cuando compruebo con cuánto afecto me juzga todo el mundo, sé que se lo debo a tus halagos.

La duquesa de Richmond dejó escapar una encantadora sonrisa.

—Puedo hacer bastante más que eso, te lo aseguro. ¿Qué tal si le propongo a mi esposo la celebración de un baile, aquí en Coventwood, destinado principalmente y en secreto, a que conozcas a multitud de caballeros que podrían convertirse en interesantes pretendientes?

Julianna se cubrió la boca con las manos, absolutamente sobrepasada por la generosidad de su amiga.

—Oh, eso sería…, ¿lo harías?

—Será divertido. —Rebeca inclinó la cabeza hacia Julianna y bajó el tono de voz, como si temiera que alguien escondido pudiese espiar sus confesiones—. Tendremos que ponernos en marcha si queremos que los enamorados de la predicción aparezcan.

Julianna palideció conteniendo el aliento y Rebeca se preguntó, si el suyo habría sido un comentario inoportuno.

—Oh, la médium de Londres —balbuceó la joven pelirroja, con un hilo de voz.

—No me digas que la habías olvidado.

—¿Cómo iba a hacerlo? En lo que me resta de vida no creo que

pueda olvidar el sonido tenebroso de esa voz. A veces hasta me asalta por las noches.

—Pues para hacer una elección acertada, tendrás que conocerlos a ambos primero. No te preocupes demasiado, querida, no estás sola. Nosotras estamos aquí, a tu lado. No solo yo, la señorita Hagstings, hasta la insufrible lady Evelyn Fowler desea lo mejor para ti, puedes tener la completa y absoluta certeza.

La mención del nombre de lady Evelyn logró que Julianna recuperase el buen ánimo.

—Pobrecilla, cierro los ojos y la veo en este mismo sofá, frente al duque, asfixiada en lágrimas; el arrepentimiento y su preocupación por ti, no le permitían respirar. En tu boda apenas si se atrevió a despegar los labios.

—Me encomiendo a los cielos, deseando que sea lo suficientemente fuerte como para no romper su juramento de ser discreta y alejarse de rumores y murmuraciones. No sé si ha llegado a entender cuánto mal puede hacer un comentario malintencionado, una mentira.

—Me alegro de que decidieras perdonarla.

—Y yo de que hayamos conseguido forjar este pequeño y apretado grupo de mujeres que se tienen tanta estima. No descansaré tranquila hasta veros a las tres casadas.

—¡Duquesa! —rio— ¿Ahora eres casamentera? No pensé que estos asuntos de la soltería de otras te robaran el sueño.

Lady Rebeca miró a su amiga con un centelleo en los ojos.

—A mí no, pero a vosotras y a vuestras queridas madres, te aseguro que sí.

—Bueno, entiendo que las aspiraciones de mi progenitora se aparten un poco de la sensatez, a veces.

—¿Por qué lo dices? Julianna, te mereces al mejor hombre, de hecho, será difícil encontrar a alguien a tu altura, pero ten la seguridad, como que me llamo Rebeca Richmond, que juntas lo encontraremos.

—No sé si Evelyn o Anne lo tengan más fácil que yo. El cartomante que trajisteis como entretenimiento a la boda, predijo un sinfín de aventuras para la señorita Hagstings. Dijo que en su futuro próximo veía ¡una corona!

—¡¿Una corona?! —Contuvo una risita—. Diría que demasiado para nuestra asustadiza Anne.

—Y en la predicción de lady Evelyn veía espadas y uniformes.

—Bueno, se supone que su prometido, ese del que nada se ha vuelto a saber desde que marchó a la guerra, es oficial del ejército.

—Todo muy excitante, en cualquier caso. Mucho más que mi sombrío futuro en forma de encrucijada insalvable. No estoy segura de querer pasar por algo así.

—¿Has vuelto a ver al barón Stendhal? ¿Te ha visitado? Porque tengo entendido que durante la boda se mostró sumamente atento y cortés.

Julianna escondió los ojos, cubierta de vergüenza y por unos segundos, solo escuchó el ruido de los cascos de caballos al galope y el recuerdo de un perfume muy especial, masculino, envolvente y tentador, la rodeó como un sutil abrazo.

—Es todo un caballero, gentil y muy apuesto. No creo equivocarme si sospecho que tendrá a muchas damas suspirando por una pizca de su atención.

—Te mentiría si te dijera que lo conozco demasiado, es el mejor amigo de mi marido, compañero de la universidad y presumo, que de sus peores correrías de juventud.

—Aparenta ser honorable, diligente y discreto.

—Mi querida amiga, ten presente que para lo bueno y lo malo, los hombres no siempre son aquello que aparentan ser.

—Debo recordarme más a menudo, que ahora converso con una dama casada, no con alguien que como yo, lo ignora todo acerca de las relaciones y el matrimonio.

Lady Rebeca le lanzó una mirada pícara desde detrás de su taza de porcelana.

—Puedo contarte muchas cosas si prometes no escandalizarte.

Julianna cambió de asiento para estar más cerca de la duquesa. Su rostro era una máscara anhelante de extremo interés.

—Desvélame todo lo que debería saber y mi madre no me cuenta por reparo. Y procuremos que la señorita Hagstings y lady Evelyn no lleguen a enterarse de esta transmisión de conocimientos; se sentirían excluidas de tan necesaria lección.

—Algo me dice que serás la próxima entre nosotras que se case, es justo pues, que seas la primera destinataria de todas mis enseñanzas. Ellas son afortunadas, tendrán no una, sino dos educadoras.

—¿Tú misma y…?

—Tú, querida, por supuesto.

Capítulo 7

El día que alguien ignoró
que aquello que parece,
no es siempre lo que es.

La nueva duquesa de Richmond se reveló dueña de extraordinarias habilidades a la hora de organizar bailes a velocidad record. Su viaje de luna de miel seguía pendiente y una vez iniciado, se prolongaría varios meses. Quería, a toda costa, presentar a Julianna Donne en sociedad antes de ausentarse y si era posible, sentar las bases de un posible cortejo entre ella y el mejor amigo de su marido.

En esta ocasión, para la fiesta, la mansión se decoró en tonos cobre y fuego en honor al cabello de la dama protagonista, pero sin desvelar a nadie el detalle. Fiel a su naturaleza moderada y poco altanera, Julianna prefirió mezclarse con las demás damas para no acaparar demasiadas miradas ni atenciones. De este modo, la recepción acabó convirtiéndose en la gran oportunidad de pretemporada para ver y ser vistos, que todo el mundo recordaría durante el invierno.

También fue la segunda ocasión de oro para Juliana y Augusto, de reunirse y disfrutar de su mutua compañía. Bailaron juntos hasta cuatro piezas musicales, más se habría considerado indecoroso, y todos los presentes pudieron observar a una joven dama que cada vez se encontraba más relajada en los brazos del barón, y cómo a medida que pasaban las horas, ambos se trataban con mayor cercanía y afecto.

Empezaron a rodar las apuestas.

¿Una posible nueva pareja en los círculos de la alta sociedad de la que estar pendientes?

En el pecho de Julianna despertaba una calidez desconocida muy agradable, que se avivaba cuando Augusto le sonreía, se ocupaba de ella, o se ofrecía para ir a buscar algo de comer. Así que separarse de él para ir a reunirse con su amiga y anfitriona, a la que tanto debía, le supuso un pequeño sacrificio. No obstante, enseguida se les habían unido lady Evelyn Fowler y la señorita Hagstings, y las cuatro charlaban animadas entre risas, acaparando las miradas celosas de la mayoría. El apego y simpatía entre ellas, incluyendo a lady Evelyn que

seguía esforzándose todo lo posible en ser prudente y modosa, se percibía en el aire como finas motas de polvo de oro.

—Es una lástima que el primo Henry no haya llegado todavía —apuntó la rubia Evelyn, sosteniendo un pastelillo entre los dedos.

—Nos dio su palabra de que no volvería a mencionarlo —recordó Julianna, irónica.

—Paparruchas. Les aseguro que de haber asistido hoy a esta fiesta, todas las damas estarían suspirando o necesitando sales.

—¿Todas? —preguntaron las otras tres a coro, con una chispa de burla en el tono.

Lady Evelyn Fowler no se dio por aludida.

—Todas. Mi primo, el vizconde Rothgar, es muy atractivo. Insoportablemente atractivo, diría yo. Ya lo verán y comprobarán que no miento ni exagero.

—Creo que la señorita Donne, a estas alturas, ya no tiene ojos más que para el barón Stendhal —canturreó Anne Hagstings, divertida.

Lady Evelyn abrió desmesuradamente los ojos. Un chisme importante que al parecer, se le había pasado por alto. ¿Quizá estaba llevando lo de ser cautelosa demasiado lejos?

—¿En ese punto estamos ya? ¡Señorita Donne! ¡No me lo había mencionado! Dígame, quiero saber todos los detalles, ¿acaso se le ha declarado?

Julianna miró al hombre más alto dentro del grupo de invitados delante de las mesas del almuerzo, que también la miraba a ella. Augusto levantó tímidamente una mano para saludarla, y la pelirroja se estremeció como si una brisa helada le hubiese besado el cuello.

—No hay tal cosa, lady Evelyn, únicamente el principio de una bonita amistad. Les ruego que se calmen con tan altas expectativas, o acabaré abrumándome.

—Digamos que de momento, nuestra querida Julianna y el barón no se son, en absoluto, indiferentes —resumió Rebeca, con tono alegre.

—Suena muy prometedor —la felicitó lady Evelyn, con ojos centelleantes.

—En realidad…, si tengo que serles por completo franca… —empezó Julianna, notando el corazón acelerado.

—Diga, diga —la animaron lady Evelyn y Anne Hagstings a dúo.

—Si bien es cierto que lord Stendhal no me ha comunicado nada formalmente…

Marcó otra pausa. Las miradas expectantes de sus tres amigas, fijas en ella. Los abanicos de encaje y plumas, detenidos en el aire. Ninguna respiraba.

—Y aunque me ha preguntado si puede visitarme, aún no lo ha hecho…

Tanto lady Rebeca como lady Evelyn y Anne Hagstings, atentas a

sus palabras, colocaron las manos enguantadas cerca del corazón.

—Debo admitir que empiezo a sentir algo por el barón. Es tan apuesto y considerado… Díganme ustedes, ¿será quizá que me estoy enamorando?

Acabada la intensa jornada de fiesta y con la sensación de haber asistido a todo un éxito, Andrew Wellesley, duque de Richmond y probablemente el hombre más feliz en toda Inglaterra, miró a su esposa con adoración. Mientras Rebeca se cepillaba el cabello sentada ante el tocador, él solo podía pensar en traerla a su cama, enjaularla como cada noche entre sus brazos, y hacerle el amor sin descanso hasta el alba.

—¿Qué piensas de la posible relación entre Augusto y mi apreciada Julianna?

—¿Es que hay una posible relación? ¿Desde cuándo?

Rebeca se giró y dirigió a su marido una mirada paciente, que rebosaba amor.

—Querido, ¿acaso no viste cómo la miraba el día de nuestra boda?

—El día de mi boda yo no estaba pendiente de nada que no fueses tú, querida mía —dijo, besándola dulcemente en los labios.

—Pues acaparó todos sus bailes, no se separó de ella ni un solo instante. Y hoy ha vuelto a comportarse de igual modo. Estoy tan feliz por Julianna…

La respuesta del duque fue un «*hum*» hosco y poco expresivo.

—¿No te agrada?

—No se trata de que me agrade a mí, Augusto es un caballero sensible y la señorita Donne, una joven dama, hermosa y llena de vida. No me cabe duda de que bien podrían enamorarse.

—¿Entonces, cuál es el problema? Querido, lo leo en tu cara. ¿No sería maravilloso que ellos dos acabasen juntos?

—¡*Hum*!

—¡Andrew! Deja de gruñir y sé un poco más explícito, por lo que más quieras.

—Lo que más quiero eres tú, mi amor. —Le lanzó otro beso desde lejos.

Rebeca se resistió a aquella segunda distracción.

—Si tienes cualquier duda, te agradecería que conversaras con él y lo interrogases acerca de sus verdaderas intenciones.

—Precisamente. Es que ya lo he hecho.

La duquesa abandonó el tocador con expresión sorprendida. Iba vestida con un camisón y una bata ligera que no ocultaban las curvas de su deliciosa silueta. El duque tragó saliva con fuerza.

—¿Lo hiciste? ¿Y…?

—Como podrás suponer, no ha sido una conversación demasiado profunda…

—¿Qué te ha dicho? —insistió Rebeca, con el cepillo de plata en la mano.

—Siempre es posible que con el tiempo, las circunstancias cambien o se solventen los inconvenientes…

—¡Andrew, santo cielo con los rodeos! ¿Te importaría explicarme a qué inconvenientes te refieres?

La duquesa estaba a nada de perder la paciencia. El duque bufó sabiéndose acorralado. Lord Stendhal era su mejor amigo, sí, pero no debía olvidar que Julianna era también la mejor amiga de su mujer.

—Augusto carga un enorme obstáculo y mucho me temo que no será sencillo de resolver.

—¿Y ese obstáculo es…?

—Su señora madre.

—¿Su madre? ¿Acaso no quiere verlo casado?

—No querrá verlo casado con una veneciana, el mismo Augusto me ha confiado sus temores. Siempre fue una dama chapada a la antigua, llena de formalismos, aunque en el fondo entiendo que de ser ciertos sus reparos, solo la mueve el amor y el afán de proteger a su queridísimo primogénito.

Rebeca sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Quieres decir que la madre del barón se mostraría en desacuerdo con esa relación solo porque ella nació en Venecia?

—A juicio de Augusto, me temo que sí. Él asegura que para la mayor parte de su familia, toda mujer proveniente de esa ciudad lleva el sello de libertina, disoluta, licenciosa y apenas digna de confianza, estampado en la frente. No sé qué decirte, mi amor, no he hablado con ella, me refiero a su madre.

La duquesa de Richmond se retorció indignada.

—Julianna es una joven correcta e impecable, de glorioso porte y corazón generoso.

—No me cabe la menor duda, de otro modo, no la imagino siendo tu amiga. Pero Augusto nunca ha sabido oponerse a los deseos de su madre. Mucho me temo que al final, ese esbozo de enamoramiento la haga sufrir.

La duquesa se quedó sin réplica.

Quizá se precipitaban ella y sus amigas, pero ver tan dichosa a Julianna y asistir como testigo a todas las atenciones que el barón Stendhal vertía sobre ella, les había hecho albergar cierta justa expectativa de que el romance prosperase. Bueno, se dijo, de momento solo había plantada una diminuta semilla y las cosas podían variar tanto con el tiempo… Nadie que conociera a Julianna un poco a fondo podría dejar de adorarla, esa lady como se llamase, la madre de

Augusto, no sería ninguna excepción. Hasta no tener más datos para enjuiciar, no revelaría a nadie, y menos a la señorita Donne, el contenido de aquella desagradable confidencia.

—No quiero verla llorar por nada, y menos por un hombre —aseguró a su marido.

Lo que el duque replicó a continuación, no era, en ningún caso, lo que Rebeca esperaba. De hecho, oírlo la dejó sin palabras.

—Entonces recomiéndale que se olvide de Augusto. Cuanto antes.

Capítulo 8

El día que el barón dio
un primer paso esperanzador.

Cuando Julianna entró a la carrera en el saloncito de las plantas, algo que su tía censuraba cada vez que la veía hacerlo, Dorothea Wimsey no sonreía como casi siempre. Sus mejillas redondas tampoco estaban sonrojadas como era habitual. Y por primera vez desde que la conocía, Julianna vio su ceño fruncido con algo cercano a la preocupación.

Tomó asiento a su lado mientras la doncella servía el té. Dorothea se apresuró a plegar la carta que tenía en las manos y a ponerla fuera del alcance de su sobrina.

—¿Sucede algo, tía? La noto intranquila.

Dorothea forzó una sonrisa.

—No pasa nada, querida. Nada en absoluto.

—¿De quién era la carta?

—De tu madre. —Suspiró hondo—. Lo de siempre. Que cuándo enviaremos buenas noticias, que todos están pendientes de tus éxitos aquí en Londres, que sus esperanzas de un matrimonio ventajoso vuelan por las nubes…

—Me asusta tanta alta expectativa, tía, quizá no sea capaz de satisfacerla.

Dorothea Wimsey tomó con cuidado su taza de té y paladeó un sorbito.

—Eso es algo que no ocurrirá, preciosa sobrina. Calma y buen juicio en la elección es todo cuanto necesitas.

—¿Por qué será que la noto inquieta?

Los ojos de Dorothea pestañearon un poco demasiado rápido.

—Es posible que recibir carta de mi querida hermana me provoque un poco de añoranza, no puedo evitar que ocurra cada vez que veo su letra estampada en un papel. En fin —suspiró de nuevo—, tu tío y yo nos marchamos después del té a su revisión médica. Aprovecharemos para pasear un rato por Hyde Park y escuchar un poco de música. ¿Te apetece acompañarnos?

—Prefiero quedarme en casa. Creo que debería escribir a mamá y

acabar un libro de poemas muy inspiradores que me prestó la duquesa. Es mi intención devolvérselo cuanto antes.

—Como desees. —La señora Wimsey se puso en pie y se estiró la falda. Aún flotaba algo extraño en su semblante, no parecía la de siempre—. Procuraremos no tardar demasiado.

Julianna adoraba quedarse sola en casa. La soledad era un estado que lejos de pesarle o entristecerla, liberaba su alma de mil formas distintas. Dibujaba en su cuaderno con un lapicero, leía, o simplemente contemplaba el modo en que las flores devoraban el pulcro jardín de sus tíos. Una doncella, sin embargo, llegó a romper su armonía y su paz con el anuncio de una visita.

—Señorita Donne, lord Stendhal desea verla.

Julianna saltó en su asiento e instintivamente, sus manos viajaron a su pelo, a comprobar si todo estaba en orden.

—¿Está…, aquí?

—En realidad se encuentra en la calle, señorita, no ha querido pasar. Ha preguntado únicamente si usted aceptaría recibirlo y que la espera…, fuera.

Desconcertante. Hasta para la criada.

Seguramente habrá visto salir a mis tíos, pensó Julianna, o de alguna manera sabe que no se encuentran en casa y no quiere ponerme en un aprieto con su visita.

«¡Qué galante y correcto!»

La joven tomó el chal y cubrió con él los hombros, al tiempo que se levantaba.

—Dígale que salgo en un momento. ¡Mary!

La doncella se giró desde la puerta con una pequeña reverencia.

—Dígame, señorita.

—¿Estoy…, bien?

—Está usted preciosa, señorita —respondió la muchacha, con una afable sonrisa.

Julianna dejó pasar cinco minutos. Bueno, esa era su intención pero cuando apenas habían transcurrido tres, salió del salón en dirección a la puerta principal, que se mantenía abierta. Augusto paseaba arriba y abajo por la acera, diríase que ansioso, con un pequeño ramillete de flores en las manos. Al verla, cambió su gesto contenido por una amplia sonrisa que dejó ver sus blancos dientes.

—Señorita Donne, cuánto me alegro de verla. Es usted tan amable saliendo a saludar. Le he traído unas flores.

La veneciana aceptó el humilde presente con dedos temblorosos.

—Oh, muchas gracias. ¿De verdad no preferiría pasar y tomar un té caliente? Hoy el día es bastante desapacible.

—No encontrándose sus señores tíos, según me ha informado el mayordomo, no sería apropiado por mi parte. Detestaría ponerla en un compromiso.

Julianna se mordió la lengua, molesta con su torpeza. Debería haber sido ella, no el barón, quien reparara en semejante detalle. Debería ser ella, antes que nadie, la que cuidara de su reputación y su buen nombre. Lo que era correcto y lo que no.

—Tiene razón —dijo tan solo—. Únicamente pretendía ser amable.

—Me consta —hizo una pequeña reverencia— y se lo agradezco. En realidad, mi presencia será tan breve que ni merece el calificativo de visita. Su adorable casa me tomaba de paso y decidí parar a verla. Un segundo. Para escuchar su voz. Y deleitarme con el brillo de sus ojos.

Julianna notó que se ruborizaba violentamente. Agachó la cabeza sin saber cómo responder a tanto halago. Temía abrir la boca y soltar una inconveniencia, algo que la hiciera parecer ruda o falta de modales a ojos de Augusto. O mucho peor, atrevida, osada o provocadora.

—No hace falta que diga nada, señorita Donne —la auxilió él, con una sonrisa benévola—, su encantador gesto lo dice todo. Si mi presencia no le ha resultado inoportuna ni desagradable, prometo volver otro día con mucho más tiempo.

En lugar de alegrarse y exteriorizarlo, como habría querido, Julianna se contuvo y se limitó a asentir muy despacio con la cabeza, en un movimiento tan sutil como elegante.

—Cuando desee, lord Stendhal. Recibirlo será un placer.

Mucho después de que Augusto se hubiera marchado, mucho después de que volvieran sus tíos y Julianna no los pusiera al tanto de la visita, mucho después de la cena, la joven todavía se torturaba por haber utilizado la palabra «placer». ¿Era indecoroso decir que disfrutar de la compañía de un caballero resultaba un placer? ¿Sonaba irreverente, pecaminoso, prohibido en labios de una jovencita casadera? ¿Se habría formado Augusto una imagen equivocada de ella por culpa del maldito sustantivo?

Aquella noche, Julianna Donne no consiguió dormir.

Capítulo 9

El día que Julianna se dio cuenta
de que deseaba algo sin nombre.

Tal cual la doncella anunció la llegada de la duquesa de Richmond, la señora Wimsey, tan complacida como nerviosa, se atusó los bucles de su cabellera rubia, asegurándose de que estaban perfectamente peinados. Recomendó a su sobrina que tomara asiento con la espalda más erguida, y ella misma hizo lo propio en un sofá de seda color amarillo oro. Antes de que apareciera su ilustre visita, también ordenó té con pastelillos de miel y frambuesa.

Rebeca Richmond lucía tan hermosa como de costumbre, incluso más radiante, la felicidad de su matrimonio parecía haber dotado su precioso rostro de una luz especial. La dueña de la casa se puso en pie y su sobrina la imitó en el acto.

—Duquesa, qué gran honor. —Hizo una profunda reverencia que Rebeca se apresuró a interrumpir.

—Por favor, nada de reverencias en privado, señora Wimsey, por lo que más quiera.

—Me honra usted, duquesa.

—La familia de Julianna es, de algún modo y si me lo permiten, también mi familia —aseguró mientras abrazaba a la pelirroja y la besaba en las mejillas. Miró extrañada alrededor— ¿Dónde están? ¿Dónde los habéis escondido?

—¿A quién se refiere?

—A los pretendientes, ¿a quién iba a ser? Hacían cola en el baile por disfrutar de un segundo de tu atención, el otro día en Coventwood te convertiste en la sensación de la noche, ¿por qué no están aquí ahora? Francamente, esperaba encontrar esta sala repleta de caballeros, flores y bombones.

La tía de Julianna endureció su gesto, un poco agrio y decepcionado.

—Pues como puede comprobar, mi estimadísima duquesa, nada de eso ha ocurrido. Lo peor de todo es que a la descerebrada de mi

sobrina no parece importarle. Sustento el temor de que en Londres resulte muy difícil que se olvide de dónde procede.

Julianna intentó protestar, pero pareció pensárselo mejor. En su lugar, colocó las manos en el regazo y no despegó los labios. Sin duda tenía en la duquesa a su mejor defensora.

—Julianna es una joven de moral irreprochable y refinados modales, sería espantosamente injusto juzgarla por el comportamiento casquivano de un puñado de mujeres en la ciudad donde nació, y con las que ninguna relación tiene.

—Pienso igual —la apoyó Julianna, con firmeza—, aunque me temo que la cosa no se reduce a un puñado, mi querida amiga. El libertinaje es un mal que aqueja a casi todos los ciudadanos en Venecia. La impudicia y el goce forman parte de la propia cultura.

La señora Wimsey se llevó la mano a la frente, compungida.

—¡No lo menciones! Tengo que recordarle más a menudo a tu madre el enorme favor que le hemos hecho acogiéndote en nuestra casa, y lo lejos de la realidad que se hallan sus esperanzas de encontrarte marido pronto. No desistiré, sobrina, tienes mi palabra; pero tampoco será tarea fácil, te lo advierto.

—Creo que cuando me enamore lo sabré. Y él también lo sabrá. Y no existirá impedimento en este mundo que pueda mantenernos alejados. Mucho menos, el nombre de la ciudad que me vio nacer.

Su tía la miró con horror contenido.

—¿Quién habla de amor? Yo hablo de matrimonio. Seguro que la duquesa me comprende a la perfección, ¿no es así? ¡Oh, nuestro té!

La conversación se mantuvo en pausa mientras las doncellas servían. Ciertos temas delicados era mucho más aconsejable comentarlos lejos de oídos indiscretos.

—Lamento decir que sí, entiendo que esas son las reglas con las que funciona nuestra sociedad —prosiguió Rebeca, una vez solas—. Lo que no quita que casarse enamorada sea un regalo de incalculable valor y el derecho de toda mujer.

—¿Lo oye, tía? Debería ser considerado un derecho, lo ha dicho la duquesa.

—Duquesa, por favor, no la confunda. Esta criatura ya tiene demasiados pájaros en la cabeza. Pruebe los pastelillos de miel.

—Gracias, estas confituras son una delicia —alabó Rebeca—. Mañana mismo salimos de viaje por Europa. No podía irme sin despedirme de mi amiga más querida.

—Voy a echarte de menos. Terriblemente —Julianna se mordió el labio con angustia— ¿quién me aconsejará si aparece algún pretendiente digno de ser tenido en cuenta?

—Tu tía que te adora, por descontado —aulló la interesada, muy ofendida.

—Perdone si deseo la recomendación de alguien más cercano a mi edad, tía.
—Los recovecos del cortejo y del matrimonio no varían con los años, niña.
—Pues con menos formalismos, o con ataduras menos rígidas.
—*Mmm*.
Rebeca Richmond soltó una alegre carcajada.
—Son ustedes dos tan graciosas… Julianna, no discutas con tu tía. Sé que eres inteligente y sensata, aparezca lo que aparezca, sabrás arreglártelas de la mejor manera.
Pasado un rato, la señora Wimsey consideró conveniente y educado dejar a las jóvenes damas en solitario para que pudieran hablar de sus cosas. Con un pretexto tonto se excusó, tras despedirse de la duquesa con un montón de palabras escogidas. Nada más cerrar la puerta, Julianna saltó de su asiento, se acomodó junto a Rebeca y le tomó las manos.
—¿Estás embarazada?
Rebeca la observó con los ojos desmesuradamente abiertos.
—¡Pequeña bruja! ¿Cómo lo sabes? Había venido para contártelo.
—Te lo leo en la cara, tienes una luz maravillosa y especial. —La estrechó con cariño—¡Oh, amiga, no sabes lo mucho que me alegro! ¿Está contento el duque?
—¿Que si está contento? Salta de alegría por toda la casa. La verdad, va a agotarse si piensa seguir haciéndolo hasta que nazca el bebé.
Las dos amigas rieron alborozadas ante la buena noticia, y pasaron el resto de la tarde buscando nombres para el futuro lord.
—Espero que sea un niño, eso tranquilizaría mucho a la duquesa viuda. Bueno, en general, a toda la familia. Pero lo que llegue será bien recibido.
Sin soltarle las manos, Julianna la miró con absoluto fervor. Los ojos verdes de la pelirroja empezaron a empañarse y Rebeca notó una punzada de aguda sospecha.
—¿Hay algo que quieras contarme?
—Te veo tan feliz, solo espero poder darte buenas nuevas yo también muy pronto.
—¿Es verdad que los caballeros que te presenté en la fiesta han preferido no venir a visitarte? No consigo entenderlo.
—Bueno, eso no es totalmente cierto. He procurado que mi tía no lo sepa pero recibí varias cartas solicitando entrevistas. Muchas, en realidad, pero ¡no conseguía acordarme de ninguno de ellos! Así que les dije que no a todos.
La duquesa contuvo la risa.
—¡Julianna!

—Solo acepté recibir al barón Stendhal. En cualquier caso, fue el primero en interesarse, ya me lo pidió en tu boda.

Rebeca procuró que sus emociones no la traicionaran y se esforzó en mantener la sonrisa inalterable.

—Extraordinario. ¿Y…, ha venido?

—Vino ayer. ¡Me trajo flores! Mi tía lo ignora y he dado instrucciones al servicio para que no la informen. Aunque no estoy del todo segura de poder confiar en ellos, de momento no sabe nada. Espera, que te lo cuento con todos los detalles.

Dos horas más tarde, Rebeca Percy, duquesa de Richmond, abandonaba la casa de los señores Wimsey en Belgrave, con una llamita de esperanza prendida en el pecho. Después de todo, ¿por qué no? Todavía era posible que las funestas conjeturas de su marido estuviesen equivocadas y aquel romance que tanto le agradaba, floreciese.

Capítulo 10

El día que un libro en una estantería
obró un milagro.

—Querida, no tardes en visitar a la señora Mattison para revisar el diseño de los vestidos que te está cosiendo.

Julianna sostuvo en vilo su taza de té del desayuno, y resopló.

—¿Más vestidos, tía?

—Por supuesto, sobrina, necesitas un guardarropa completo para la temporada que está a punto de comenzar. Una colección de trajes adecuados —recalcó con afán la última palabra.

—Aburridos —bufó Julianna, entre dientes.

—¿Cómo dices?

—Nada, tía, la visito esta misma mañana.

—Dile a Betty que te acompañe, a mí me va a ser imposible. Tu tío ha programado…

—¿Es que no puedo ir sola? ¿Tiene que acompañarme una doncella y presenciar cómo le subo los escotes a mis trajes?

—Y las enaguas, no olvides las enaguas, cuatro como mínimo. No es correcto que una señorita soltera pasee por Londres sin compañía. Ni con pocas enaguas.

—Sin carabina, querrás decir.

La señora Wimsey pestañeó con desasosiego. Sus bucles rubios flotando alrededor de su cara sonrosada, como un halo de santidad.

—Julianna, querida, te encuentro algo disgustada. ¿A qué se debe?

A que habían transcurrido ya cinco días desde la visita de Augusto y no había vuelto a saber de él. A que su mejor amiga se había marchado de viaje por Europa y no regresaría en muchas semanas. A que por algún motivo que apenas acertaba a comprender, se sentía impaciente, confusa y desamparada. Pero no iba a permitir que su abnegada tía supiera todo aquello, solo conseguiría que sufriera un ataque.

—Echo de menos a la duquesa. Además, sigo pensando en todo lo que hablamos en su visita del último día. Es tan difícil conseguir un marido decente en medio de esta atroz competencia…

La señora Wimsey sonrió con amplitud, al tiempo que se hacía con

un panecillo.

—Queridísima sobrina, mírate al espejo. Eres toda una belleza. En realidad, no hay tantas rivales a tomar en cuenta si hacemos las cosas en la forma adecuada. —Mordió el pan con fiereza—. Por eso es tan importante que revises esos vestidos.

Incapaz de discutir con su tía acerca de temas tan triviales como las artes de su modista, en menos de dos horas, Julianna y su doncella se encontraban en la calle, recorriendo a pie la distancia que separaba el barrio de Belgrave del de Chelsea.

—Señorita, debería usted haber traído el coche —apuntó la chica, siguiendo su paso casi sin resuello.

—¿Y perder la oportunidad de respirar un poco y ver algo de mundo? Apenas salgo de casa, Betty, no me privaría de este pequeño placer por nada, te lo aseguro.

—Pero las hijas de las casas distinguidas…

—No tienen zapatos, debe de ser eso por lo que no caminan. Olvidémonos de tanto protocolo cuando podamos, te lo suplico.

—Como mande la señorita.

—¿Aquello de allí es una librería?

Emocionada y sin aguardar respuesta, Julianna cruzó la calle a la carrera, provocando que muchas miradas reprobadoras se centraran en ella. En efecto, el diminuto comercio de fachada pintada de verde estaba invadido de estanterías plagadas de viejos libros. Visibles desde la calle, ejerciendo su acostumbrada fascinación sobre Julianna. Al empujar la puerta, una campanita anunció su entrada. La doncella la siguió a regañadientes, porque no tenía otra opción. Aun así, decidió recordarle sus obligaciones para con la modista.

—Señorita Julianna, su cita con la señora Mattison es dentro de cuarenta minutos.

—Será solo un momento, Betty. ¡Mira qué maravilla! ¿Acaso no adoras los libros?

—Apenas leo, señorita, no dispongo de tiempo.

—Eso es porque aún no has encontrado la novela que te robe el corazón. Cuando ocurra no podrás separarte de ella ni un solo segundo. Buscaré una y la compraré para ti.

—No, señorita Julianna, no haga eso, se lo ruego… —suplicó la chica, ruborizada.

Pero Julianna ya no la escuchaba, había desaparecido por entre los estrechos pasillos como un ave encantada que acaba de descender sobre su hábitat. Tras localizarla sacando y metiendo libros de los estantes, la doncella cogió un pañuelo y se tapó la nariz para protegerse del polvo que levantaba. La señorita, en cambio, parecía

mucho más feliz allí que con la perspectiva de ir al taller de trajes.

—Qué raros son los extranjeros… —musitó la doncella para sí.

Julianna se giró con un volumen no demasiado grueso, en las manos.

—¿Qué te parecería vivir la historia de amor entre una ayudante de cocina y…?

—Suena excelente. ¿Me recomendaría alguno a mí? Compruebo que tratándose de libros, es usted una experta.

—¡Lord Stendhal!

Augusto tomó la mano enguantada de Julianna y apoyó apenas, el mentón sobre sus nudillos. Ella sonrió complacida. ¿Era su imaginación o el barón parecía más alto desde la última vez que se habían visto?

—Qué delicia encontrarla. ¿Qué la trae por aquí?

—En realidad, visito a mi modista. La librería solo ha sido una parada placentera pero imprevista en el camino.

Maldición. Acababa de usar nuevamente la palabra «placer». ¿Es que no podía dejar de pensar y expresarse como una veneciana, ni siquiera por un instante?

—He de suponer que le gustan los libros —dedujo él, ajeno a sus tormentosas reflexiones.

—Me apasionan. ¿Ha comprado algo?

—No leo demasiado, he venido a recoger un encargo para mi madre. Es una excelente lectora, adora las novelas románticas.

Julianna se contuvo para no exclamar un «*¡igual que yo!*». Habría sido sumamente incorrecto, y demasiado evidente que buscaba puntos de coincidencia con su posible futura madre política. Se limitó a sonreír como una buena dama inglesa.

—Su madre tiene un gusto exquisito. Me temo que tenemos que marcharnos ya.

«¿Cuándo me visitará de nuevo? ¿Vendrá a casa de mis tíos y me traerá flores otra vez? ¿Bombones, quizá? ¡Ya han pasado cinco días!»

Qué terrible maldición no poder expresarse con libertad. Para no seguir mortificándose, dio media vuelta con intención de huir.

—Señorita Donne…

Julianna giró sobre sus talones, demasiado rápido, demostrando mucho más interés del aconsejado según las normas de la educada seducción.

—Dígame.

—¿Podría…, invitarla a un té? Cuando salga de visitar a su modista, claro está.

«¡Magnífica idea!»

—Accedo con gusto, lord Stendhal. La señora Mattison tiene su *atelier* a solo dos calles de distancia. Si desea acompañarnos…

—*Atelier*… Qué francés suena eso.

Salieron juntos a la calle y la doncella los siguió, como la sombra de la señorita Donne, pero seis pasos por detrás. Mientras estuvieron en el taller de la afamada diseñadora y modista, Augusto esperó con paciencia y al acabar, las condujo a un precioso salón de té donde las tazas eran de porcelana china y las arañas de cristal tallado colgadas del techo, arrancaban al día destellos de luz multicolor.

Betty rehusó sentarse en otra mesa y se mantuvo de pie a no demasiada distancia. Julianna se olvidó enseguida de su presencia, le hacía ilusión estar allí, sentada con Augusto, saboreando deliciosas galletitas de trufa, mirándolo a los ojos de vez en cuando, aunque esforzándose en no parecer insolente ni demasiado atrevida. Pensando en lo dichosas que se sentirían su madre y su tía, si aquel apuesto joven se convertía finalmente en su pretendiente.

Parecían bien encaminados, pensó, convencida de que aquel ratito de conversación «a solas», les hacía felices a ambos y que sería el primero de muchos otros.

—¿Piensa regresar a Venecia en algún momento, señorita Donne?

—No creo que eso sea posible. El plan de mi familia es que me case en Inglaterra y como buena esposa, seguiré y haré mío el amor de mi marido por su tierra.

—Qué alentador. ¿Le agrada vivir en Londres?

—Belgrave es un barrio precioso pero prefiero el campo. El contacto con la naturaleza es algo de lo que difícilmente puede disfrutar una veneciana. —Quiso volver atrás y borrar sus palabras. Debía olvidar de dónde venía o al menos, no mencionarlo cada cuatro frases—. Quiero decir, que Venecia es un intrincado laberinto de calles estrechas, adoquinadas, con mucha agua alrededor.

—Muchos canales y poca pradera.

—A eso me refería —respiró más aliviada.

Augusto no parecía molesto. Al contrario, la miraba con una intensidad demoledora. A ratos lo sorprendía prendido de un mechón de su cabello, u observando sus mejillas como si quisiera contar sus pecas. ¿Por qué no podía ella conducirse de igual modo? ¿Por qué no podía decirle que lo veía apuesto e inteligente sin que el mundo alrededor se desmoronara con un estallido de escándalo?

—Es increíble el modo en que su pelo refleja la luz, señorita Julianna. Es como la llama de una hoguera.

La pelirroja se estremeció de placer. Las palabras del barón decían mucho. Y aunque ignoraba el modo en que cortejaban los ingleses y en él todo era formalidad y respeto, si halagos como aquel no procedían de un alma deslumbrada, que viniera el santo Dios y lo viera.

Capítulo 11

El día que un aroma a bosque y fuego
descubrió un secreto escondido.

—Mi querida Anne, Julianna, gracias a las dos por haber aceptado la invitación.

—Una recepción en honor a su famoso primo, ese heredero del que no para de hablar, ¿cómo íbamos a perdérnosla? —rio la señorita Hagstings—. Si ardemos de impaciencia por ponerle la vista encima.

—Así podremos comprobar quién de las dos tenía razón, si usted alabando el porte y los muchos talentos del vizconde, o la médium advirtiendo de sus peligros e impertinencia —cuchicheó Julianna, sin perder la sonrisa.

Lady Evelyn golpeó su hombro con el abanico cerrado.

—¡Señorita Donne! ¡Es usted terrible! Por favor, que no se enteren mis padres de que visitamos a una adivina o me encerrarán en mi habitación una semana.

Julianna le guiñó un ojo, gesto que dejó a Evelyn Fowler muy sorprendida.

—No se preocupe, será nuestro oscuro secreto.

—Oh, por ahí bajan mis padres con el primo Henry. No se si les he contado ya que cuando papá muera, Henry heredará el título…

—Unas seis veces, sí —suspiró Anne, resignada.

Pero Evelyn no la atendía, sus ojos fijos con devoción en las tres figuras que descendían la suntuosa escalinata curva: su padre, algo congestionado y caminando con cierta dificultad por culpa de los dolores, preguntándose seguramente, por qué su esposa había decidido que la aparición ante los invitados fuese en la cima de la escalera. Su madre, ataviada con todo lujo, del brazo de un joven alto y moreno, de profundos ojos azules e increíble atractivo, a quien los muchos escalones por bajar traían, al parecer, sin cuidado.

—Es tan apuesto…

—Sí que lo es, lady Evelyn, sí que lo es —coincidió Anne Hagstings, con la boca abierta, algo más húmeda de lo habitual.

—No se apresuren a recordárselo, creo que él lo tiene muy presente —refunfuñó Julianna, sin querer mirar demasiado.

—¿Por qué dice eso tan horrible? —Anne pestañeó, confusa.

—Por su forma de moverse. ¿No perciben esa seguridad aplastante? ¿El modo en que mira alrededor como si lo poseyera todo? Es el sello inconfundible de la arrogancia en un caballero.

Lady Evelyn frunció los labios en un mohín encantador.

—Está usted muy afectada por lo que aquella mujer espantosa dijo de él en Londres. Ahora lo conocerá y verá que es el ser más adorable que ha pisado este país. ¡Primo! ¡Primo Henry!

—Lo dudo mucho —rumió Julianna, entre dientes.

El «adorable» Henry se excusó con sus tíos y acudió a la llamada de su prima con una irresistible sonrisa en los labios. Julianna podía ver cómo Anne Hagstings se deshacía y gemía bajito conforme el futuro conde se aproximaba.

—Mi queridísima Evelyn, mi prima favorita. —La estrechó con cariño y luego se distanció un poco para admirarla—. ¡Mírate! ¡Estás preciosa!

Hay hombres que parecen tenerlo todo. Y aquel era uno de ellos. Su estatura, su espalda ancha, el mentón partido, hasta la voz varonil, firme y ligeramente ronca, parecía creada para multiplicar su poder de seductora destrucción.

—Te presento a mis dos mejores amigas, la señorita Hagstings y la señorita Donne. Falta lady Rebeca, la duquesa de Richmond, que se encuentra de viaje de luna de miel.

Henry tomó la temblorosa mano de Anne y sin apartar ni un segundo sus ardientes ojos de ella, besó sus nudillos. Julianna temió que su amiga se desmayase o se derritiese allí mismo. Luego le tocó el turno a ella. Y al entregar de mala gana sus dedos, lo olió.

Madera de bosque, hoguera encendida… Faltaba el polvo de estrellas. Seguramente porque ni ella estaba en peligro de muerte, ni él actuando como un héroe.

Julianna parpadeó, confundida y algo agitada.

—¿Señorita Donne?

Lady Evelyn la llamaba. Cuando Julianna recuperó el control de sus movimientos, sus dos amigas la observaban angustiadas y los ojos de Henry Spencer, vizconde Rothgar, que aún sujetaba su mano, la taladraban. Podía sentir el increíble calor que transmitían sus dedos a través de los guantes. Retiró la mano de un tirón.

—Querida, ¿te encuentras bien? —lady Evelyn entornó los ojos.

Julianna mantuvo la mirada de Henry mientras respondía. Parecía estar divirtiéndose.

—Sí, sí, claro.

—Parecías a punto de desvanecerte —añadió la señorita Hagstings.

—Debe de ser…, el calor.

—Cuídese del sol de mediodía, señorita Donne —aconsejó el

vizconde con los ojos entornados—, suele ser traicionero. Compruebo que tiene usted un precioso abanico, debería usarlo. Señoritas, me temo que debo excusarme, he de saludar al resto de invitados.

Con una galante reverencia, Rothgar desapareció como un mago que se esfuma chasqueando los dedos. Cuando dejó de verlo, Julianna aún no lograba respirar con normalidad.

—Impresionada, ¿eh? —se pavoneó Evelyn Fowler .

—¡Es un sueeeñooo…! —hipó Anne Hagstings, a punto de sufrir un vahído.

—¡Ya os dije que lo era, no me quisisteis creer! ¡Y mira, os estoy tuteando! Me he dejado llevar por la emoción y…, ¡hagámoslo siempre! ¡Es estupendo!

—Evelyn… —consiguió decir la pelirroja—, tu primo asistió a la boda de lady Rebeca.

Lady Evelyn se la quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Qué dices? Eso es imposible, mi primo acaba de llegar de su viaje de ocio por las Américas, él no estaba en Inglaterra cuando…

—Tu primo estuvo en la boda de los duques de Richmond —repitió Julianna, con firmeza—. Yo lo vi.

Lo cierto es que no lo había visto, pero lo había olido, que venía a ser lo mismo. Nadie huele de ese modo exquisito, era una particular seña de identidad, imposible de confundir.

—Yo no lo vi —se dolió Anne, buscándolo entre los invitados—, pero no me habría importado en absoluto…

Lady Evelyn Fowler seguía pendiente de las palabras de Julianna.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Sin avisar a la familia de su llegada? ¿Sin dejarse ver? ¿Y por qué habría de hacer Henry algo así?

—Creo que debería ser él quien responda a esas cuestiones.

Evelyn cerró su sombrilla con brusquedad y se sujetó la falda con brío. Miró alrededor, tratando de localizar a su primo entre los concurrentes.

—Por supuesto que pienso hacerlo. Ahora mismo. Dispensadme, vuelvo enseguida.

«Enseguida» tardó algo más de lo normal y las señoritas Hagstings y Donne acabaron abandonando el lugar donde se habían separado de Evelyn, para saludar a otras personas. Julianna dejó a Anne charlando muy animada con un grupo de ancianas damas y se acercó a la mesa de la limonada. Cuando recibía su vaso, notó una presencia muy cercana. Demasiado próxima e invasiva como para considerarla correcta.

—Charlatana, chismosa y para colmo, indiscreta.

Julianna se quedó de piedra. Más que por los insultos, por el modo

en que el vizconde se los acababa de dedicar: tan peligrosamente pegado a su cuello, que cada sílaba había bailado sobre su piel como la caricia de unos dedos helados.

—¿Cómo dice? —se revolvió.

—Charlatana, chism…

—¡No lo repita! ¡Ya lo escuché! ¿Cómo se atreve?

—En lugar de darme las gracias por lo que pasó, se dedica a airear mis travesuras y me abochorna delante de mis parientes.

Con todo el aplomo del que era capaz, Julianna se giró y miró al caballero de frente.

—En algo debo darle la razón: no le he agradecido debidamente su intervención y que me salvara la vida. Pero si piensa que aplaudiré que asistiera a la boda a espaldas de su familia, sin tan siquiera honrar a los novios…

De repente, todo el enojo de Henry pareció volatilizarse. En su precioso rostro flotaba una nueva sonrisa torcida, provocadora y mucho más canalla que antes. Levantó un largo dedo y la señaló directamente entre las cejas, en lo que Julianna experimentó como una total falta de decoro.

—Eso no es del todo cierto. Saludé al duque, y a la duquesa la admiré de lejos.

—Da igual, me traen sin cuidado sus tejemanejes. Si pretendía que nadie supiera que estuvo allí, poco interés tendría entonces airear la noticia de que salvó de la muerte a una damisela en apuros.

—No le estoy pidiendo un acto público de agradecimiento, señorita Donne. Prefiero, con mucho, que lo haga en privado. —Se aproximó un poco más, inclinando la cabeza sobre la parte sensible de su cuello, bajo la oreja—. A solas.

«¡Desvergonzado!»

—Jamás en mi vida, si puedo evitarlo, estaré a solas con usted, vizconde. Es un atrevido insolente y…

—Ahora mismo, si no me equivoco, lo estamos. No tenga miedo, acérquese un poco más, no muerdo.

Ella no se movió, pero él lo hizo por ella. Y allí estaba, el aroma a polvo de estrellas que antes había echado en falta.

Julianna notó que la temperatura de su cuerpo subía de pura rabia.

—Es usted insufrible, tal y como lo describió…

Se mordió la lengua a tiempo. No permitiría que Rothgar supiera que había visitado a una adivina, como una crédula boba cualquiera, y mucho menos, que se le había mencionado cuando se exploraba su futuro. Solo serviría para hacer crecer su ya desmedido engreimiento.

—¿Quién me describió? —Aquella sonrisa insinuante colgando de su comisura indicaba lo mucho que se divertía— Da igual, señorita Donne, alguna joven despechada por mi falta de atenciones, imagino.

Conozco mi reputación, la asumo y actúo en consecuencia. Usted debería hacer lo mismo. Buenos días, que disfrute la limonada.

Julianna giró indignada por sus palabras.

—¿Qué ha querido decir?

Sin embargo, lord Rothgar no se detuvo. Ignorando su pregunta, continuó alejándose con un andar perezoso y provocador que incitaba a seguirlo y a perderse a su lado, olvidándose del resto de la humanidad.

—Hágame caso, señorita Donne —dijo por encima del hombro, sin volverse a mirarla—, diviértase mientras pueda.

Capítulo 12

El día que la señora Wimsey
empezó a hacer planes fabulosos.

—Señorita, su señora tía…, su tía, la señora Wimsey…

—Betty, por todos los santos, deja de temblar, ¿qué le ha pasado a mi tía?

—Me ha preguntado qué hicimos el otro día en Chelsea y yo…, yo se lo he…

—No le habrás mencionado al barón y el hecho de que estuve tomando el té con él.

—Me temo que sí, señorita, ella me preguntó y me miraba fijamente como si ya lo supiera. Así…

La doncella acercó su cara a la de Julianna, con los ojos muy abiertos y expresión de verdadero pánico.

—¡Betty! ¿Cómo has podido ser tan descuidada? Te dije que no…

Ni Julianna ni su doncella se dieron cuenta de cuándo la señora Wimsey había entrado en la habitación. De pronto se la encontraron allí, de pie junto al tocador, con las manos apoyadas en las caderas.

—Sobrina, tenemos que hablar. Betty, puedes retirarte. Súbenos un poco de té.

Betty hizo una reverencia tan apurada, que su «*enseguida, señora*» no llegó a escucharlo nadie. Como era su costumbre, Dorothea Wimsey no se anduvo por las ramas.

—No puedo imaginar una razón para que quieras que ignore que pasaste la tarde con lord Stendhal. Ya he oído rumores de que bailasteis juntos, tanto en la boda de los duques de Richmond como en la fiesta que celebraron después, también en Coventwood.

Julianna trató de adivinar si su tía estaba o no, enfadada. Pero era imposible saberlo, así que no articuló palabra. Dorothea la tomó cariñosamente del brazo y la empujó hasta el saloncito privado, desconcertándola.

—Quiero que sepas que me siento muy feliz.

Ahí estaba. La reacción que Julianna más se temía.

—Por favor, tía, no anticipe. Y sobre todo, no le mencione nada de esto a mi madre.

—No es un duque ni un conde, que evidentemente, estaban muy por encima de nuestras posibilidades. Pudo ser un vizconde, sí, eso habría estado mejor que un barón. Pero un barón es de agradecer, y la familia de Roe es respetable y está muy bien considerada. Poseen una enorme fortuna, varias granjas y una preciosa casa en el campo.

Julianna sintió una especie de ahogo aprisionándole el pecho.

—Tía, por favor, que no se entere mamá, no todavía.

Su tía sonrió al tiempo que le retiraba un bucle de la frente.

—Se lo diremos pronto. Pero de momento será nuestro pequeño secreto. Oh, el té.

Betty llegó cargada con la bandeja y traía una nota. Se la entregó a Julianna, no venía lacrada, era una simple hoja de papel plegada.

—Lord Stendhal la espera abajo, señorita, en el estudio. Se pregunta si sería usted tan amable de recibirlo.

A Dorothea Wimsey le faltó aplaudir. Sus tirabuzones rubios relucieron con furia.

—Por supuesto que va a recibirlo, necesitamos un momentito para que la señorita Donne se adecente. Vamos, Betty, ayúdanos.

—Tía…

Su tía tenía cosas más importantes que hacer que escucharla. Por ejemplo, abrir de par en par su armario y escoger un delicado vestido de muselina color salmón, con una pañoleta para cubrir adecuadamente el escote.

Y canturrear felicísima.

—Mi sobrina, la baronesa… Suena bien, Julianna, suena pero que muy bien.

Capítulo 13

El día que las lágrimas,
por lo visto, no fueron suficiente.

—Madre, ¿le ocurre algo? ¿Está mareada? ¿Quiere un té?

Lady Herrick alzó la cara para mirar a su hija mayor. Pese al evidente esfuerzo, trató de recibirla con una sonrisa. Su piel pálida y marchita, sus ojos perdidos en el vacío, su expresión hueca y sin vida.

Como de costumbre.

Evelyn se arrodilló a su lado, le tomó amorosamente la mano helada y le acarició con suavidad los nudillos.

—Madre, no esté tan triste. Me parte el corazón verla tan desolada siempre.

Prudence hizo un leve gesto de resignación. Con un suspiro quedo, Evelyn se incorporó y se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—Padre se encontraba mal, voy a verlo.

—Déjalo solo, sabes que no le agrada que se le moleste cuando le duele la espalda, especialmente tú. A mí me ha echado del dormitorio.

—¿Por qué razón? Solo buscas cuidarlo y hacerle compañía…

—Es un hombre inhumano y cruel.

—Madre, no diga eso. Es su esposo, el hombre con el que se casó usted rendidamente enamorada.

Prudence esbozó una triste sonrisa de desengaño. La mueca de los decepcionados, el perfume de los sueños hechos pedazos.

—Atrás quedaron esos tiempos gloriosos, hija mía. El conde de Herrick detesta a su familia, no sabe sentir aprecio por su mujer ni por sus hijas. Hace años que sepultó su corazón en un frío páramo y no hay forma humana de desenterrarlo y volver a hacerlo latir.

Evelyn contempló cómo su amada madre hablaba, mirando a lo lejos sin ver, buscando algo que no existía, a través del vidrio de las ventanas. Conteniendo las lágrimas en los ojos. Accionó el pomo y tiró de la puerta.

—¿Vas a subir de todos modos? —le recriminó la condesa, al comprobar que desobedecía.

Evelyn asintió con timidez.

—Le llevo un té.

—Para eso ya están las doncellas… ¡Evelyn!

La joven subió la escalera en silencio, perturbada, con el corazón acelerado como ocurría cada vez que se enfrentaba a su padre. La figura autoritaria por cuyo afecto llevaba luchando desde que tenía memoria. Golpeó con suavidad la puerta de su dormitorio, pero nadie respondió. Pensó que estaría descansando.

—¿Padre? ¿Duerme usted?

Silencio.

Evelyn empujó despacito la puerta, lo indispensable para poder entrar en el cuarto en penumbras y acomodar la taza de té sobre una mesita. Postrado en la cama, el conde de Herrick parecía dormir profundamente. Pero no era un sueño calmado ni reparador el suyo. De sus párpados cerrados brotó una lágrima que corrió por su rostro, mejilla abajo. Y a continuación, como si presintiera su presencia, despertó y sus ojos cansados la miraron con dureza.

—¿Qué haces aquí, espiándome mientras reposo?

Evelyn retrocedió un paso, intimidada.

—No espiaba. Solo he venido a ver cómo se encuentra, padre. Le he subido un té. ¿Le molesta menos la espalda?

El conde evitó enfrentarla y giró la cabeza contra las almohadas, con un gruñido.

—Madre está abajo, llorando. ¿Por qué la aleja? ¿Por qué la echa de su lado? ¿No se da cuenta de lo severo que es con ella…, y conmigo?

—Tu madre es la causante de todos mis pesares —sentenció él, mirando a la pared.

—Ella solo desea que usted la ame, que le demuestre un poco de cariño… Igual que yo.

—Esa mujer no ha sido capaz siquiera de darme un hijo que asegure el título.

—¿Eso es lo que lo tiene tan disgustado? ¿Que el primo Henry herede el condado? ¡Usted adora al primo Henry!

Armand Fowler, conde de Herrick, miró a su hija con un brillo de pesar intenso en las pupilas.

—Por descontado que amo a ese muchacho, él no tiene nada que ver con esto.

—Entonces ¿es porque no soy un varón? ¿Es esa la razón por la que me…, aborrece?

La expresión en el rostro del conde se hizo solemne cuando la repasó sin amabilidad en los ojos. Nada excepto reproches antiguos, rabia. Evelyn se estremeció. Necesitaba romper aquel silencio aplastante, aspirar una bocanada de aire, aunque fuera diminuta.

—Todo cuanto ansío es que usted me considere, como su hija que soy. Y que deje de compararme continuamente con otras jóvenes que no son yo, padre. Eso me hiere profundamente el alma, no imagina cuánto.

—Ojalá fueras hija de otra persona.

—¿De quién? —Incapaz de disfrazar por más tiempo el dolor que sentía, la voz de Evelyn subió de tono y se hizo un poco más aguda—¿De lady Marian Stone? ¿Le gustaría que fuese Rebeca Richmond en lugar de quien soy? ¿Qué tiene lady Rebeca que no tenga la mayor de sus hijas? ¡Dígamelo! ¿Qué tiene?

La conversación se terminó en ese instante. El obstinado silencio de lord Herrick fue respuesta suficiente. El valor de Evelyn, todo su arrojo, las esperanzas de lo que había esperado lograr con aquel encuentro, se quebraron en un sollozo. Pelear continuamente por el cariño de su padre, soportar la existencia despedazada de su madre, su honda tristeza, sus carencias, su amargura, la estaba destrozando poco a poco.

—Llevo toda la vida detestando a esa familia. Los Stone, los Stone… Es un nombre que golpetea mi cerebro como un mal dolor.

—No tienes ningún derecho —gruñó el conde, esquivando su implorante mirada.

—¿No lo tengo, padre? ¿De verdad cree que no lo tengo? Por culpa de esa mujer usted desprecia a madre y hace que se sienta desgraciada. Y a mí. Y ahora, también su hija nos supera a todas y a sus ojos, es mejor que nadie. Pues sepa, querido padre, que el destino ha decidido que Rebeca Richmond y yo estemos más cerca que nunca. Y es una persona normal. No hay nada extraordinario en ella. Tiene un corazón noble, es todo. —Marcó una pausa densa y helada—. Yo también lo tengo.

Se retiró de la cama, caminando de espaldas, buscando a tientas la salida. Demudada y rota. Llevándose de paso el té que se había enfriado.

Su ilustre familia.

Insigne y prestigiosa.

Su familia inexistente, llena de rencores y de pasados oscuros, de niebla y de secretos que todos escondían y nadie enfrentaba.

Y Philip.

El hombre que pidió su mano antes de marcharse a la guerra y desaparecer para siempre, dejando su vida en vilo.

Demasiado peso, demasiado sufrimiento. No podía cerrar los ojos y pretender no verlo, no sentirlo, que no estuviera. Mantenerse entretenida de forma constante, casi obsesiva, para no pensar. Continuar disfrazando todo aquel padecimiento a costa de entrometerse en la vida de los demás.

Ese era su ridículo recurso para seguir respirando.

Capítulo 14

El día que de repente,
todo cambió para Julianna.

—Tía, ¿podría rogarle una cosa? Y prometa, por favor, que no se enfadará conmigo.

Estaban almorzando. Los señores Wimsey, uno a cada extremo de la mesa, y su sobrina en un lateral, a la derecha de su tío. Dorothea Wimsey, inusualmente callada desde hacía algunas semanas, levantó el rostro con interés.

—Tú dirás, querida.

—Por favor, no intervenga en las reuniones con…, con…, el barón Stendhal. Si él vuelve de visita… Yo…, siento vergüenza, nunca sé qué decir, es todo tan artificial y tan forzado…

—Bueno, no es mi gusto particular ni mi decisión, sobrina, son las reglas de la decencia las que me obligan a estar presente.

—Paparruchas —gruñó su marido.

—¡Ashton! Tú eres inglés, querido, hasta la médula del hueso, ¿cómo puedes decir eso?

—Él no se comporta de un modo natural si estás presente, tía, así es imposible que nos conozcamos.

—La chica tiene razón —volvió a intervenir el señor Wimsey, con el tenedor cargado de ensalada.

Su mujer fingió no haberlo oído.

—En este país, las cosas son así, Julianna. Las normas sobre decoro y buen comportamiento son estrictas, los jóvenes solteros no deben encontrarse a solas, está mal visto.

—Pero si nadie va a enterarse…

Dorothea suspiró con amargura.

—Julianna, santo cielo, ¿por qué tienes que ser tan rebelde y tan poco razonable?

—¿No sería lógico que quisiera conocer realmente al hombre con el que podría casarme? ¿Su verdadero carácter? No entiendo que sea una petición tan descabellada ni tan fuera de lugar. ¿Tú qué opinas, tío?

El señor Ashton fue a responder, pero una rápida mirada de su esposa lo obligó a cambiar de parecer. Dorothea Wimsey, a la que

Julianna jamás en toda su vida había visto enfadarse, en un segundo, perdió la paciencia. Golpeó la mesa con el cubierto, sobresaltando tanto a la joven como a su propio marido.

—Basta. Tal y como están las cosas no podemos permitirnos un error por tu parte.

Calló de repente, como si hubiera hablado más de lo que pretendía. Julianna la cazó intercambiando otra mirada, esta vez de angustia, con Ashton Wimsey.

—¿Y cómo están las cosas? —quiso saber la joven pelirroja. Todo lo que recibió por respuesta fue un crudo y tenso silencio— Tía, ¿qué me están ocultando? ¿Tío?

—Francamente, opino que debería saberlo —musitó el señor Wimsey, sacudiendo la cabeza. Su esposa parecía realmente mortificada—. Cuéntaselo.

—¿Contarme qué?

Dorothea dejó ir un suspiro infinito de entereza.

—La carta de tu madre de hace unas semanas. No eran precisamente buenas noticias, querida.

—¿Están bien? ¿Acaso alguien ha enfermado?

—Todos gozan de inmejorable salud. Por desgracia, no se puede decir lo mismo de la fortuna familiar.

—De momento está, digamos…, comprometida —añadió el señor Wimsey, igualmente consternado.

—¿Comprometida?

Julianna cada vez entendía menos; eso sí, notó una piedra atravesada en la garganta que le impedía respirar. Su jolgorioso tío, que por lo general solo bebía y reía, tomó las riendas de una explicación que al parecer, era tan grave como delicada.

—Tu padre arriesgó una suma importante, una inversión en sedas y especias, tres grandes barcos que debían venir desde China y que jamás llegaron a Italia. La mayor parte de la compra de material se realizó a crédito, es decir, que sería pagada cuando la mercancía llegase y fuese vendida. Sin embargo…

Julianna bajó la cabeza, por completo desolada.

—Lo entiendo, tío, me hago idea.

—No es que estéis por completo arruinados, pero…

—Tu padre está pensando en vender el palacete del Gran Canal —completó Dorothea, con voz aguda.

—¡No! —exclamó Julianna, poniéndose en pie— ¡No puede hacerlo! ¡Madre adora esa casa! ¡Es su hogar desde niña!

Incapaz de contener por más tiempo el disgusto, Dorothea rompió a llorar con angustia. Julianna recordó entonces, que el palacete también fue el lugar que vio nacer y crecer a su tía. Dejó su posición en la mesa y corrió hasta ella, para abrazarla y darle consuelo.

—No llore, tía, por favor, se lo ruego, no llore.

—Esta familia jamás había afrontado una situación semejante —gimió la mujer, limpiándose las lágrimas con un pañuelito.

—Los ayudaremos con lo que podamos, te puedes imaginar, sobrina —la tranquilizó Ashton Wimsey, sirviendo una copita de vino a su mujer—. Toma, querida, bébelo despacio.

—Entenderás que sea muy importante conseguir un casamiento ventajoso, Julianna. Muy importante. —Dorothea aferró la mano de la joven y la apretó con fuerza—. Ahora más que nunca. Vital.

—Tu tía no quiere presionarte —apuntó Ashton, colmándole por segunda vez la copa a su esposa—, por favor, no te inquietes. Solucionaremos la situación entre todos, del modo que sea. No te inquietes, solo tenlo presente.

Julianna asintió con la cabeza, sin despegar los labios, con los ojos ardiendo.

—Piensa en la familia, querida. Piensa en tu pobre madre —le recomendó Dorothea.

—¿Debería escribirles?

—¿A tus padres? —se alteró la dama— ¡No puedes hacerlo! Mi hermana me ha suplicado que lo mantuviera en secreto, que bajo ningún pretexto te lo hiciera saber. Si descubre que te lo hemos contado, solo conseguiremos acrecentar su sufrimiento. —Dorothea miró a su sobrina con los ojos llenos de lágrimas—. No perdamos la alegría, ni la esperanza de que todo se resuelva. Especialmente tú, Julianna. Hay que ser más amables que nunca con el barón Stendhal.

Capítulo 15

El día que Augusto de Roe
dio un segundo paso, inaceptable.

—Señorita, lord Stendhal la espera en el estudio azul.

«¡Una nueva visita de Augusto! ¡Otro paso esperanzador hacia el compromiso y el matrimonio!»

A Julianna le aleteó contento el corazón.

—Voy enseguida.

Apartó la labor de bordado en la que llevaba horas entretenida, se pellizcó suavemente las mejillas para darles color y se levantó sujetando el trote alborozado que iniciaban sus latidos. En principio, todo parecía ir encaminado del modo correcto: Augusto marcaba avances que lo convertían en una especie de pretendiente serio, y ella no podía estar más feliz. Quizá pudiera ayudar a su familia, después de todo. Llevaba noches sin poder conciliar el sueño por aquella causa.

Lo encontró sentado en el sofá de terciopelo verde Lincoln, el preferido del dueño de la casa, con un ramillete de flores en la mano. Idéntico al que trajo la vez anterior.

Y la anterior.

—Mi querida señorita Donne, permítame decirle que está usted hoy encantadoramente deslumbrante.

Julianna agradeció el cumplido con una sonrisa y levantó la mano para ser besada sin roces, como mandaban los cánones. Jamás se acostumbraría al rígido protocolo inglés y a las formalidades que hacían de la charla entre dos conocidos, algo frío y distante.

—Le agradezco el halago, lord Stendhal.

«Preferiría que me dijeras que no has podido dejar de pensar en mí desde tu breve visita del otro día. Y querría poder decirte que tú me pareces más apuesto e interesante cada vez que te veo».

—Le he traído unas flores. Espero que le gusten.

Por mera educación, Julianna no mencionó que ya le habían agradado la primera vez, y también la segunda, y que eran las mismas.

Augusto era sumamente amable trayéndoselas. Las aceptó y se entretuvo en colocarlas en un florero de cristal tallado. Así, de paso, calmaba los nervios.

—Pasaba por aquí y me decidí a saludarla. ¿Su señora tía no se encuentra?

—Ha salido con mi tío a dar un paseo por Hyde Park. Tienen un curioso ritual gracias al cual, a la hora del té devoran sin remordimientos los pastelillos de la cocinera, siempre que previamente hayan caminado durante dos horas. A buen paso.

—No es mal intercambio. ¿Usted no los acompaña?

—No me gustan los pastelillos —bromeó Julianna—. No, no hablaba en serio; algunas veces. Pero le sorprenderá si le digo que mis tíos, pese al tiempo que llevan casados, son una pareja enamorada que disfruta de sus momentos a solas y sus charlas en intimidad. Por nada del mundo querría ser un estorbo.

Los ojos del barón la repasaron con embeleso.

—Dudo mucho que nadie pudiera considerarla un estorbo, señorita Donne.

—Llámeme Julianna, si no le molesta.

La sensación más inmediata fue que Augusto se incomodaba con la propuesta.

—No podría tomarme esas libertades…, tan pronto.

—Como guste. —No insistió—. ¿Le apetece un poco de té?

—Preferiría un paseo por el jardín, en su compañía. Quiero decir, si no le disgusta la idea.

—Le advierto que nuestro jardín es muy pequeño.

—Pero exuberante, según veo. Bastará —aseguró él, con absoluta firmeza.

Julianna tomó el chal, se cubrió los hombros, y guió a Stendhal hasta las altas puertas que comunicaban con el coqueto jardincillo.

—Hermosas plantas —observó Augusto, complacido.

—El mayor orgullo del tío Ashton. No le miento al asegurarle que les dedica mañanas completas durante las cuales, pierde la noción del tiempo. Encuentra un desmedido placer visitando invernaderos, adquiriendo esquejes de plantas exóticas, fruto de la mezcla entre diversas especies, con las que luego experimenta por su cuenta.

El modo en que Augusto clavó en ella sus pupilas brillantes, la hizo estremecer. En cuestión de segundos se le pasaron por la cabeza todas las confidencias de lady Rebeca acerca de lo que ocurría entre un hombre y una mujer en su noche de bodas. Y de ahí en adelante. Se llevó sutilmente la mano a la garganta. La piel del cuello ardía.

—La consecuencia de una mezcla exótica es siempre fascinante, ¿no le parece?

Julianna asintió sin conseguir articular palabra. Estaban

completamente solos en el recodo más estrecho y boscoso del jardín, un ratito de intimidad robada que sin duda, les estaba encantando a los dos. Sin embargo, el barón Stendhal se acercaba demasiado. Y seguía mirándola de aquel modo irreverente, como si deseara poseerla.

—Recorrer este jardín en tu compañía está resultando un inesperado placer.

La pelirroja pestañeó con sorpresa. Su respiración ligeramente agitada.

—¿No se atreve a llamarme por mi nombre pero ahora me tutea?

—Dame tiempo, Julianna… —susurró él.

Y tal cual lanzó su ruego, Augusto inclinó la cabeza y tomándola por sorpresa, la besó.

Fue un contacto fugaz, apenas posó sus labios sobre la boca de ella, sin exigencias, con absoluta delicadeza. Demasiado breve, demasiado cortés. La inesperada caricia había desencadenado en Julianna un caudal de emociones que no llegó a disfrutar. Le supo a poco. Quería más, necesitaba mucho más de aquel roce aterciopelado y sorprendentemente cálido.

Cuando Augusto se distanció para mirarla directamente a los ojos, ella mantuvo entreabiertos los labios, con un jadeo que lo volvió loco por completo.

—Sé que no debería haber traspasado la línea… —se disculpó él, a media voz.

—Las emociones rara vez piden permiso —concedió la pelirroja, sin pensarlo primero.

Con un sutil sobresalto, Augusto pareció salir de un encantamiento o volver de un lugar lejano. Carraspeó y la observó con recelo.

—Intuyo que una dama de su clase no debería admitir algo tan…, carnal.

«¿Primero te tomas la libertad de besarme y luego te escandalizas? ¡Deja de contradecirte y bésame otra vez!» pensó ella.

—En este hermoso país tienen ustedes demasiadas normas, demasiados límites. ¿Por qué debería estar prohibido hablar de lo que uno siente, frente a la persona que se lo hace sentir?

El barón escondió la cara y negó con la cabeza, definitivamente mortificado.

—Por favor, Julianna, se lo ruego, no hable así. Estoy tratando de comportarme como un caballero pero…, pero…

—¿Pero…?

—Es usted una tentación demasiado poderosa.

—Ha vuelto a tratarme con formalidad —observó ella, con desencanto.

Stendhal pasó los dedos por su espeso pelo claro y resopló. Como si

verdaderamente no pudiera soportar la prueba que suponía tenerla delante y no tocarla, no abrazarla, no rodear su cintura con las manos, para apretarla contra su cuerpo. No llevar a cabo todas aquellas cosas prohibidas pero deliciosas que Rebeca le había desvelado y que Julianna demandaba probar con ansia.

La pelirroja dio un valiente paso adelante, pero el barón retrocedió marcando una protectora distancia entre ambos. Semejante reacción enfrió su encendido coraje y la llevó a ser de nuevo la tímida y gentil anfitriona del principio.

—Sería buena idea volver dentro, empieza a refrescar y mis tíos están a punto de regresar. Estoy segura de que un té con algo dulce le sentará bien, quizá le incite a vivir con mayor júbilo —agregó, con una picardía de la que enseguida se arrepintió.

Los iris azules de Augusto, al mirarla, desprendían cientos de estrellas.

—Mi mayor incitación la tengo justo ante mis ojos. Pero por favor, olvide todo lo que le he dicho. Ha sido indecente, grosero e impropio de un caballero. —Agachó la cabeza— Me avergüenzo de lo que ha pasado aquí, Julianna, de no haberme contenido. Se lo juro.

—Creo que está llevando su remordimiento demasiado lejos, lord Stendhal. No me ha ofendido, puede creerme.

Sus ojos entrecerrados y la expresión de su cara, fueron toda una declaración de intenciones: un reproche sin palabras.

—Debería.

—Tiene razón. Debería sconsiderarme ofendida —rectificó Julianna, sintiéndose muy tonta.

—Me he aprovechado de usted y de la situación, no debería siquiera haber permanecido en esta casa en ausencia de sus tíos. Y mucho menos, haberle sugerido que saliéramos solos al jardín. Le pido mil perdones, señorita.

Julianna se sintió desconcertada y perdida. ¿Cómo se supone que debía actuar? Si Augusto decía que la había ofendido, no pensaba discutirlo. ¿Sería correcto abofetearlo?

Carraspeó con finura.

—Debería abofetearlo, señor. Por haberse tomado semejantes libertades. —La amenaza era falsa pero sonó muy digna.

Augusto sonrió aliviado.

—¡Hágalo!

—No, no lo haré.

—¿Por qué razón? —Ahora era él quien parecía desconcertado.

—Me cae usted bien. Conformémonos con que algo así no vuelva a ocurrir.

«Al menos, hasta que estemos formalmente prometidos».

—Tiene mi palabra. Nunca.

«¿Nunca?»

—Olvidaremos lo sucedido, delante de una taza de té, el remedio inglés mágico para todos los males —brindó ella, con una amplia sonrisa.

El barón sacudió agobiado la cabeza.

—Me temo que debo marcharme ya, se me ha hecho muy tarde. Tengo compromisos por atender.

Salió del jardín como alma perseguida por el diablo. Julianna lo siguió, sin apenas tiempo de cerrar la puerta. Su protocolario aspirante a pretendiente huía a la carrera. Desde el vestíbulo, con una reverencia precipitada, Augusto se despidió.

Julianna no le sugirió que volviera a visitarla pronto porque se habría considerado un imperdonable atrevimiento. No porque le faltasen las ganas.

Capítulo 16

El día que las normas y el protocolo
rompieron un corazón.

—Lady Rebeca está a punto de regresar de su viaje por Europa —canturreó Julianna, toda felicidad—, tengo tantas ganas de volver a verla…

—Y lo mucho que podrá contarnos después de haber visitado tantas ciudades…, ¡qué apasionante! —apuntó Anne, abriendo y cerrando su abanico.

Por un instante, la pelirroja pensó en mencionar lo que la duquesa podría desvelarles acerca de las noches de la luna de miel. Pero habría sido una indecencia y sus amigas se habrían desmayado del susto. Especialmente la sensible Anne Hagstings. De modo que se mordió el labio y se limitó a sonreír.

Justo en ese momento, paseaban del brazo por los jardines de la mansión Obercome, en compañía de lady Evelyn Fowler. Las fiestas y recepciones de la condesa estaban consideradas de entre las mejores de Londres y eran, de alguna forma, el pistoletazo de salida que abría la nueva temporada.

—La familia del duque de Richmond y la de la condesa de Obercome mantienen una estrecha amistad desde antiguo. Si Lady Rebeca estuviera de regreso, estaría aquí hoy, acompañándonos —apuntó lady Evelyn, haciendo girar su sombrilla.

—Y presentándonos a caballeros muy interesantes —añadió Anne Hagstings—. Julianna, ¿sabes si el barón Stendhal asiste a la fiesta?

—No me lo ha comunicado formalmente, pero quiero pensar que sí.

—Resulta muy evidente que está interesado —comentó lady Evelyn, emocionada. Julianna se ruborizó hasta la raíz del cabello al oírla—. Habría que estar ciego para no verlo. ¿Ya te ha visitado?

—En un par de ocasiones… —empezó la pelirroja con timidez.

Sus amigas se cubrieron las bocas con las manos enguantadas.

—¡Un par de ocasiones!

—Nada serio, todo muy breve. Pero trajo flores.

—¡Ohhhhhhh!

—Es muy galante —alabó Julianna.

Y volvió a sonreír, guardando para sí el fascinante recuerdo del beso robado. Su mayor secreto. Algo que bajo ningún concepto debía revelar hasta que el compromiso entre ella y Augusto fuera un hecho anunciado.

—¡Qué afortunada eres, amiga! Pronto solo quedaremos por casar la señorita Hagstings y yo.

Las dos jóvenes miraron a lady Evelyn Fowler con asombro. Esta vez, Julianna no contuvo la réplica.

—Pero Evelyn, tú estás prometida —le recordó.

—¿De qué modo? —Evelyn bajó la voz— Mi prometido se marchó al frente hace casi dos años. No sabemos nada de él, y al parecer, tampoco sus padres. Está pasando demasiado tiempo, no debería seguir esperándolo. Pero padre no se decide a dar por roto el acuerdo, le parece descortés.

—¿Prefiere sacrificar la felicidad de su hija antes que quedar mal con la familia de ese militar? —murmuró Julianna, enfadada—. No puedo creerlo.

Pero tan pronto recordó que la relación del conde de Herrick con su hija no era, ni por asomo, semejante a la que ella mantenía con su padre, se juró no volver a opinar, para no lastimar a su amiga.

—¿Lo amabas mucho? —quiso saber Anne.

—Apenas nos vimos tres o cuatro veces antes de su partida. Pero sí, Philip es el hombre más apuesto que podáis imaginar. Exceptuando a mi primo Henry, por supuesto.

—Exceptuando a tu primo Henry, ya lo habíamos adivinado —rio Julianna, recuperando el buen humor.

—Que por cierto, ya debería estar aquí. —Evelyn repasó la nube de cabezas.

Anne sufrió un agradable sobresalto que tiñó de color sus mejillas.

—¿Viene a la fiesta?

—Tengo mucha curiosidad por saber qué explicación te dio a su asistencia clandestina a la boda de los duques de Richmond, si es que te dio alguna —quiso saber Julianna.

—Henry es muy habilidoso cuando se trata de escabullirse sin dar demasiadas explicaciones —aclaró Evelyn Fowler, sin perder su mirada soñadora.

«No sé por qué no me extraña ni pizca», pensó Julianna.

—Confesó que no quiso desairar a su amigo el duque no acudiendo, ya que había sido formalmente invitado —prosiguió lady Evelyn—, pero que no le apetecía saludar a la familia, ni que supieran de su regreso. Aún. Tenía unos asuntos de los que ocuparse.

Julianna arqueó las cejas, imaginando que los mencionados asuntos,

seguramente tendrían cabello largo y vestirían faldas. Pero también calló para no destruir la imagen idílica que Evelyn parecía tener de su primo.

—Entiendo. Deberías pedirle al vizconde que discuta con tu padre ese asunto de tu compromiso. Si es cierto que te quiere como a una hermana, y debe de tener una muy buena influencia con lord Herrick, te ayudará —propuso la señorita Hagstings, deteniéndose junto a la mesa de los pasteles salados.

Los ojos de Evelyn se iluminaron como dos luceros al amanecer.

—¡Una sugerencia muy acertada, querida Anne! No me atrevo a planteárselo a padre, pero sí al primo Henry. ¡Esa podría ser la solución que me salvara de la soltería!

Anne se sacudió de placer, como si todo su cuerpecito estuviese cubierto de plumas que necesitaban ahuecarse. Julianna seguía más pendiente de los invitados que se iban incorporando, que de la comida. De repente, la cabeza del barón Stendhal se hizo visible junto a una voluminosa dama, con un sombrero imposible que le cubría toda la cara.

Con toda certeza, se trataba de su madre. A Julianna le dio un vuelco el corazón. Atrapó el brazo de Anne y lo sacudió, nerviosa.

—¡El barón! Es el barón, acaba de entrar.

—Espera a que venga a saludarte —la aleccionó lady Evelyn—, no se te ocurra moverte de aquí.

Julianna se pellizcó las mejillas para que lucieran más sonrosadas.

—¿Me veis bien?

—Estás preciosa, querida, como de costumbre —la animó Anne, con una dulce sonrisa.

—Tu escote es demasiado alto —indicó lady Evelyn, señalándose el suyo—. Un poco más abajo, dejando ver esa hermosa piel de crema, estaría mucho mejor. ¿No podrías bajar el tul de la pañoleta…?

—¡Evelyn Fowler! —se escandalizó Anne Hagstings, entre risas.

—No pasa nada, está bien así —las calmó Julianna, que entretanto, procuraba no apartar los ojos del barón que se movía de aquí para allá, saludando con elegancia y cortesía a todo el que se encontraba.

En uno de sus giros, sus ojos coincidieron y mientras a Julianna se le escapó una sonrisa ilusionada, él pareció crisparse por un segundo. Enseguida apartó la mirada hacia un anciano caballero con el que entabló conversación, dándole la espalda a ella.

—No vayas —insistió lady Evelyn, adivinando sus pensamientos.

—Pero es que no se acerca —se lamentó la pelirroja, sin dejar de mirar.

—Concédele tiempo. Una señorita bien educada jamás corre detrás de un caballero.

—No pensaba correr detrás de nadie, solo darle la bienvenida.

—Querida mía, esa es función de la anfitriona, no tuya —musitó lady Evelyn. Anne asintió—. Prueba uno de estos pastelillos de hojaldre, saben delicioso.

En los sucesivos minutos, Augusto cambió de posición muchas veces. Pero en ningún caso hizo amago de acercarse a donde ella se encontraba, ni sus miradas volvieron a cruzarse. Todo lo contrario, parecía más bien, que intencionadamente, la esquivaba.

—No ha debido de verme, o me habrá confundido con otra persona… —dedujo Julianna, confundida.

—Está siendo muy grosero, esa es la verdad —zanjó tajante lady Evelyn.

—A lo mejor es cierto que no la ha reconocido. ¿Y si el barón fuera corto de vista? Es algo que no sabemos a ciencia cierta…

—Mi querida Anne, cómo te admiro, siempre tienes un invento a mano para disculpar a la gente —sonrió lady Evelyn—. Cambiemos de sala. Haz que te busque.

—Pero… —balbuceó Julianna, sin apartar sus ojos de los anchos hombros de Augusto.

Lady Evelyn levantó un dedo y se lo colocó delante mismo de la cara.

—Es un error quedarte aquí parada como un pasmarote, poniéndoselo fácil. Si lady Rebeca estuviese con nosotras te aconsejaría lo mismo.

Dicho esto, dio media vuelta y se perdió entre la gente, seguida de cerca por Anne. La pelirroja aún perdió un tiempo precioso esperando a que Augusto se girase, la reconociera y viniera dichoso a su encuentro, dispuesto a presentarle a su madre.

Cosa que desde luego, no sucedió.

Azorada y confundida, decidió buscar a sus amigas que se habían evaporado mezcladas entre los asistentes. Cuando en mitad de un pasillo, una mano enorme atrapó su brazo, apartándola del paso y del punto de mira de los demás invitados.

—Deje de mendigar atención —siseó una voz masculina cerca de su oreja. La piel de la zona se erizó como una ola por culpa de aquel cálido aliento —. Deje de seguir a ese tipo con la mirada, está poniéndose en evidencia.

Julianna abrió unos ojos desorbitados, llena de temor por el inesperado ataque. Porque eso era lo que aquello parecía, un intento de secuestro en toda regla. De haberse tratado de Augusto, habría sido romántico, pero no. Era Henry, el odioso vizconde Rothgar, futuro conde de Herrick. ¡Cómo no! De nuevo a su aire, escondiéndose de su propia familia. Julianna sacudió el brazo para liberarse.

—¡Es usted un insolente, señor!

Henry enarcó las cejas.

—Soy misericordioso. No debería importarme, pero por alguna razón detesto ver cómo se humilla.

—¡Yo no me humillo!

—Y peor aún, el modo en que hace el ridículo.

—Pero…, ¿qué está diciendo?

—¿Cómo llama entonces a perseguir con ojos suplicantes a un caballero que claramente la ignora? Iba a decir que le huye, menos mal que me he esforzado en escoger otra palabra más delicada… No llore, por Dios.

Sin pedir permiso, Rothgar tuvo el atrevimiento de rodear la cintura de Julianna con el brazo para sacarla de la sala, conduciéndola al jardín. Desolada y con los ojos llenos de lágrimas, sin ver siquiera dónde pisaba, ella se dejó arrastrar.

—Tiene usted el corazón de piedra —gimió.

—Todo el mundo se había dado cuenta, incluso él. Y no paraban de mirarla…, todos menos él.

Julianna quiso que se la tragase la tierra. Seguramente, lord Rothgar tenía razón, sintió una vergüenza interminable. Hundió la cabeza contra el pecho.

—Supongo que otra vez debo darle las gracias por haberme salvado.

—Oh, no hace falta que me dé nada. Le han roto el corazón, me he distraído viendo su melodrama, puede considerarme pagado.

Las pupilas de Julianna se clavaron en él como dos dardos envenenados. ¿En serio acababa de decir aquello?

—¿Cómo es posible que encuentre usted siempre el mejor modo de destrozar una buena obra? Vizconde, qué extraña habilidad.

—Quizá porque no soy mucho de hacer buenas obras. Temo que el buen samaritano y yo tengamos pocos puntos en común —respondió él, con deje descuidado.

—Me salva y a continuación, me humilla. Porque sus palabras sí que son una humillación, no se atreva a discutírmelo —musitó ella, rabiosa. El rostro surcado de lágrimas, los ojos verdes ardiendo y los puños apretados.

Henry levantó las dos manos en señal de rendición.

—No lo haré. —Los ojos azules del vizconde volaron hasta su escote —.Va usted un poco tapada de más, ¿no le parece, señorita?

Con una exclamación de sorpresa, Julianna corrió a cubrirse con las manos.

—Es usted…, es usted…, es…

Rothgar le dedicó una seductora sonrisa torcida.

—No encuentra las palabras para definirme, lo sé, les pasa a todas. Si lo desea, la próxima vez puedo acompañarla a la modista. Como consejero de escotes soy muy valioso, se lo aseguro.

«Pero, ¿cómo de arrogante y atrevido llega a ser este hombre?»

Julianna se armó de valor para pegarse a su cuello y sisear junto a su oreja. El vizconde Rothgar olía delicioso, pero eso era lo último en lo que ella podía pensar.

Se quemaba de rabia.

—Usted no conoce el significado de la palabra vergüenza, señor mío.

Él disfrutó unos segundos de su cercanía, y luego se distanció con una sonrisa traviesa enganchada en la comisura de los labios. Desde lejos, la señorita Hagstings sonreía y agitaba la mano en el aire, a modo de saludo. Pero nadie le hizo el menor caso. El futuro conde centraba atención, energía y ojos en la veneciana, de un modo devastador.

—Por fortuna. Siga disfrutando de la fiesta, señorita Donne. Me marcho antes de que mi querida prima descubra que he venido y se empeñe en presentarme a alguien.

Acto seguido, desapareció.

Antes de que Julianna pudiera gritarle cuantísimo lo odiaba.

Capítulo 17

El día que lady Evelyn
recibió una petición romántica.

—Querida Evelyn, he tenido que venir sin más demora porque… Me urge hablar contigo, estoy tan…, excitada.

Anne Hagstings todavía no había aceptado la taza de té, ni probado ninguno de los pastelitos que había sobre la mesa. Se había cambiado de asiento tres veces, y revoloteaba como un pajarillo nervioso alrededor de la sala.

—Cálmate y cuéntame qué ha pasado, querida. Me tienes en ascuas.

—En realidad, pasar no ha pasado nada, solo que creo que llegó la hora de entregarse al amor —anunció, tan enigmática como pomposa.

A Evelyn Fowler se le escapó una carcajada feliz.

—Desde luego que sí, a todas nosotras nos va llegando el momento. Y más desde que lady Rebeca se casó y la vemos tan dichosa. ¡Todas queremos ser ella!

—¡Evelyn! —Con un profundo suspiro, Anne se inclinó sobre la mesita y tomó su taza de té—. Debe de ser maravilloso eso de toparte con tu alma gemela y sentir que los sentidos se enardecen, la sangre hierve y…

—¡Detente, Anne, te lo ruego! ¡Detente! —rio Evelyn—. Conseguirás ruborizarme. Tienes que seleccionar con mayor rigor esas novelas que lees. Creo que las tuyas son demasiado…, ¿inmorales?

—No son las novelas, querida amiga. Es el corazón, que cuando salta de gozo y te hace notar el primer pálpito de amor verdadero, a partir de ese instante, todo cambia.

Lady Evelyn la repasó con asombro.

—¿Debo entender que lo has sentido? El pálpito.

Anne asintió sin perder la sonrisa.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Con quién?

—Bueno, hemos asistido a varias recepciones en las últimas semanas…

—¿Quién? —repitió Evelyn Fowler, a punto de gritar de frustración.

—Debo admitir que he bailado con muchos caballeros apuestos y considerados.

—¿Quién te ha provocado el pálpito? —volvió a insistir.

—Tu primo, el vizconde Rothgar, es absolutamente irresistible.

Lady Evelyn se reclinó en su asiento, desencantada, pero con los ojos tremendamente abiertos.

—¿Mi primo Henry ha conseguido que tu corazón palpite?

—Bueno, quizá no haya sido para tanto, quizá esté exagerando un poquito, dejándome arrastrar por el entusiasmo, pero es hermoso y galante y tan atento.

Evelyn forzó una sonrisa. Conocía bien a su primo: si Henry se sentía atraído por alguien, circunstancia que desde luego no podía afirmar, sería por Julianna. Resultaba complicado, por no decir imposible, que alguien como Anne, con su carácter dulzón, blando y suave, lo conquistase. Por las venas del vizconde corría puro fuego. No. Un emparejamiento con Anne era algo ilógico que jamás funcionaría.

—¿Me ayudarás?

Lady Evelyn regresó de un golpe a la realidad. Sacudió aturdida la cabeza.

—¿Qué me pides, exactamente?

—Necesito de tu auxilio para que lord Rothgar se decida a cortejarme.

—Querida, no creo que Henry esté, de momento, interesado en cortejar a nadie.

—Pues hagamos que se fije en mí, hagamos que me considere como posible candidata, ¿por qué no? ¡Te lo suplico, Evelyn! No hay nada en este mundo que tú no puedas conseguir…

¡Qué equivocada estaba! Había muchas cosas que al parecer, lady Evelyn Fowler no lograría nunca. Se aclaró la garganta, agobiada, pensando en que no tenía apenas escapatoria y que tampoco podía decir toda la verdad de lo que pensaba sin herir a alguien a quien estimaba tanto.

—Francamente, creo que depositas en mí unas esperanzas muy alejadas de la realidad.

—Será porque te he visto lograr cosas imposibles.

—En casos como este, opino que es mejor no forzar nada y permitir que las emociones fluyan en libertad. Si Henry empieza a sentir algo, no te quepa duda de que lo sabremos, no suele ser demasiado discreto con sus afectos. Y en ese caso, te aseguro que haré mi mayor esfuerzo por apoyar…

Anne saltó en su asiento, dando palmaditas de pura felicidad.

—¿Me ayudarás entonces?

Evelyn miró al techo, desesperada. Por lo visto, hacerle entender a Anne que la premisa principal era que el propio Henry tomara la iniciativa y que de forma obvia se mostrase interesado en «ella», era

una quimera irrealizable. Trató de sonreír del modo más natural posible.

—Claro, querida amiga, claro que sí.

Capítulo 18

El día que el barón dejó de ser bienvenido en Coventwood.

—Mi estimada Julianna, no imaginas cuánto te he echado de menos.

La joven veneciana abrazó a la duquesa de Richmond, que había tenido la cortesía de visitarla por sorpresa en casa de sus tíos, recién llegada de su fascinante viaje por Europa. Cuando las dos amigas se separaron, se miraron con mucho cariño.

—¿Va todo bien con el embarazo? Tu rostro está iluminado de un modo tan hermoso…

—Me siento pletórica, fuerte y feliz. Ningún tipo de molestia conforme pasan las semanas. Y Andrew es un sueño como marido.

—Va a ser el mejor padre del mundo.

—Estoy convencida de ello. Pero no hablemos más de mí, te lo ruego, tiempo habrá. ¿Qué sabemos de nuestro escurridizo lord Stendhal? Estoy tan interesada en esa historia…

La luz desapareció de los ojos verdes de Julianna. Rebeca Richmond la miró con preocupación.

—¿Qué ocurre, querida?

—Pensaba que todo iba bien…, hasta la semana pasada. En la fiesta de la condesa Obercome. Me ignoró, Rebeca, Augusto fingió no conocerme. Y lo hizo en público.

Rebeca se estremeció. Recordó la enigmática recomendación de su marido para que Julianna olvidase cualquier pretensión respecto del barón. Lo que Rebeca había considerado desde un principio, una mala excusa y una exageración.

—¿Cómo puede ser? Me consta que es un hombre educado y cortés, goza de todo el apoyo de Andrew, es un amigo confiable y leal.

—Algo debió de ocurrir —aventuró Julianna, afligida—. Fue terriblemente bochornoso. El vizconde Rothgar, ese hombre insufrible, se dedicó a burlarse porque según él, era evidente que me habían partido el corazón. Oh, Rebeca, si todos los presentes se dieron cuenta de mi humillación y su desprecio…, no volveré a salir a la calle en mi vida, lo juro por la santa *Madonna* y el Gran Canal.

La duquesa dejó caer unas palmaditas suaves sobre las manos de

Julianna. Un dulce consuelo en forma de caricia.

—De momento pasarás unos días conmigo en Coventwood. Charlaremos y reiremos juntas, te contaré todas las anécdotas del viaje y conseguiré que olvides esa mala experiencia. Para una joven hermosa y llena de talentos como tú, el mundo de opciones no se reduce a nuestro Augusto, por muy barón Stendhal que sea.

—Él me gusta, Rebeca —confesó Julianna, con pasión.

La duquesa agitó una mano en el aire.

—No me basta. Ahora necesito ver si además, te merece.

Las jornadas vividas en compañía de lady Richmond superaron con mucho todo lo que Julianna pudiera haber esperado. A diario visitaban el santuario animal y la veneciana sentía que el corazón se le inundaba de ternura con sus habitantes. En sus muchos paseos por los hermosos jardines, Rebeca le hizo mil confidencias picantes que la hicieron sonrojar hasta la raíz del cabello, pero de las que tomó buena nota. Jugaron a naipes y al ajedrez, visitaron Amschel House para saludar al servicio tras la larga luna de miel y en especial, a Amelie, ese ama de llaves a quien la duquesa consideraba una segunda madre. Hasta recibieron la visita de lady Evelyn y de la señorita Hagstings en dos ocasiones, para tomar té y disfrutar de un soberbio recital de piano.

Los días volaban.

Hasta que lord Stendhal anunció su visita.

Estaban tomando el té en uno de los saloncitos, cuando entró el lacayo con el aviso. Como muchas otras veces, las acompañaba el duque, un hombre enamorado al que le costaba separarse de su mujer. Tras leer la nota, Andrew se aclaró la garganta y se esforzó por adoptar un aire despreocupado mientras decía: —Al parecer, mi querido amigo Augusto pasará a vernos mañana por la tarde.

Rebeca lo miró con dureza. El duque se encogió de hombros.

—Es una buena noticia, ¿no?

—No sé por qué habría de serlo. Te dije que no sería bien recibido en Coventwood mientras Julianna estuviese con nosotros.

La joven pelirroja notó que sus mejillas ardían.

—Por favor, por favor, no deseo importunar a nadie. Mucho menos, que ustedes discutan por mi causa…

—Es por mí tanto como por ti, querida. Su comportamiento en la fiesta de la condesa fue inexcusable. Y a vista de todo el mundo.

—Seguramente hay una explicación para todo eso —intervino Andrew, con calma.

—La grosería rara vez la tiene.

—Deberíamos concederle, al menos, el beneficio de la duda —

insistió el duque.

Julianna no pudo dejar de pensar que tenía algo de razón. Pero la intransigente Rebeca opinaba de otro modo.

—Me ha ofendido, Andrew. Y tú deberías sentirte igualmente molesto.

—Juro sentirme muy molesto si cuando averigüe qué pasó, la conducta de mi amigo resulta ser reprobable. Pero no voy a tomar ninguna decisión al respecto hasta oír lo que tenga que decir, mi amor, entiéndelo —repitió el marido de la duquesa.

—El duque está en lo cierto —apoyó Julianna, deseando que cesara el enfrentamiento—Es posible que todo esto tenga alguna explicación sencilla y muy tonta. Soy lo suficientemente fuerte como para enfrentar la presencia del barón. Estos increíbles días en tu compañía han limpiado mi vergüenza y me han arrebatado la idea de esconderme bajo el suelo. Si Augusto se lo ha pensado mejor…, bueno, quizá sea el momento de escuchar sus razones.

Rebeca la miró y puso los ojos en blanco, no convencida del todo.

—Señorita Donne, me parece usted una joven noble y de lo más inteligente —alabó Andrew, volviendo a su té, mucho más aliviado.

La duquesa dejó ir un largo suspiro.

—De acuerdo, transijo —accedió, con los labios apretados—. Pero recuerda que aquí estoy, por si me necesitas. Y que tengo buenos puños.

Por fortuna o justo por todo lo contrario, Augusto no se contentó con tomar el té en mitad de aquella insoportable tensión. Solicitó entrevistarse a solas con Julianna, y la joven se lo concedió. Los duques se retiraron, no sin que antes Rebeca cruzase una mirada de cómplice advertencia con su mejor amiga.

—Tenía que hablar con usted, señorita Donne —empezó el barón, evidentemente apenado.

Julianna trató de mantenerse fría y distante.

—Si quería disculparse, pudo visitarme hace días. Ha transcurrido mucho tiempo desde aquella…, desagradable noche en casa de la condesa de Obercome.

—No la he buscado porque…, porque…, bueno, yo no estaba precisamente orgulloso de mi comportamiento. Julianna usted no…, no se merece…

Ahí estaba de nuevo, el sosegado Augusto que ella conocía. La seducción apacible. El hombre sereno del que poco a poco iba enamorándose.

—Seré franco. En realidad…, no sabía ni qué decirle, cómo suplicar su perdón, porque tampoco entiendo qué me llevó a comportarme de

un modo tan aborrecible. Mi madre…, mi madre, señorita Julianna… Tiene puestas grandes expectativas en mí.

—Es comprensible. La mía las tiene en mí, de igual forma.

—Quiero decirle, que quizá sus aspiraciones sean exageradas, a fin de cuentas, que sea amigo de un duque no me convierte en su igual.

—Por favor, lord Stendhal, no se degrade.

—Trato de ser realista, sincero conmigo mismo. Tengo una buena fortuna, importante y copiosa, podría añadir. Pero mi título no es principal. El caso es que a mi madre…, a mi familia le cuesta aceptar eso. No entiendo demasiado bien qué tipo de esposa tienen pensada para mí, pero…, necesito tiempo, señorita Donne. Necesito tiempo para ir convenciendo a mi madre de que usted es lo mejor que me ha pasado en la vida…

Julianna apartó la mirada, cohibida por tanta alabanza.

—¡Santa *Madonna*! No diga eso.

—Lo digo porque es la verdad y nada más que la verdad.

Abandonó su asiento y se arrodilló ante la joven. Tomándole la mano con ansiedad.

—Señorita Donne, dígame que me perdona. Dígame que me concederá ese tiempo que tanta falta me hace para…, para…

—Póngase en pie, barón, por todos los santos. No vaya a entrar su amigo el duque, y lo encuentre en tan comprometida postura. Tiene usted mi perdón, además de mi comprensión. Le agradezco que me haya aclarado los términos de su difícil situación. Y también todos sus cumplidos. Me abruma usted.

La respuesta de Augusto fue un sentido beso en los nudillos de Julianna, mientras sujetaba sus dedos con ambas manos, como si temiese que de un momento a otro, salieran volando.

Así fue como la historia de promesas alrededor de un corazón herido, comenzó a rodar de nuevo. Fingiendo estar curado.

Capítulo 19

El día que amaneció perfecto
para celebrar un picnic.

—¿Quieres decir que vino hasta Coventwood a disculparse? —Lady Evelyn se llevó la mano a la comisura para expresar asombro.

—Es muy honorable por su parte —apuntó Anne Hagstings, con dulzura.

Lady Evelyn Fowler no opinaba así, en absoluto.

—Honorable habría sido no fingir que no te conocía.

Rebeca asintió con la cabeza.

—Puede sonar extraño que esté por completo de acuerdo con lady Evelyn. El caso es que lo estoy, comparto su visión de este asunto, independientemente de que Augusto sea el mejor amigo de mi esposo.

Ambas se sonrieron con simpatía ante la coincidencia. En el gesto de Evelyn, una pizca de ansiedad que nadie, ni siquiera ella, notó. Llevaba rato sometiendo a Rebeca a un intenso escrutinio involuntario, tratando de descubrir la excepcionalidad que tenía a su padre tan fascinado. Pero no encontró nada más, aparte de lo que ya sabía.

—No hay que juzgar tan duramente a las personas —intervino Julianna, de nuevo con aquella miel en la voz, la misma de antes de la fiesta donde fue vilmente despreciada.

—Ser indulgente y comprensivo es una grata virtud que a menudo denostamos —les recordó Anne, tomando un sorbito de té.

—Hay una gran diferencia entre ser indulgente e inexcusablemente ingenuo —insistió la duquesa. Lady Evelyn la avaló con énfasis.

—¿Me estáis diciendo que no creéis en la sinceridad de Augusto? —se sorprendió Julianna.

Lady Richmond y lady Evelyn se miraron con las cejas arqueadas.

—No exactamente, pero sí que no deberías confiar en él tan a ciegas —advirtió la duquesa a media voz.

—Te conviene tratar con otros caballeros —sugirió Evelyn Fowler, con entusiasmo—. Mi primo, el vizconde, opina que eres muy bonita. Bueno —se sonrojó escandalizada—, algo más que bonita, empleó otras palabras que por educación y recato, no se me está permitido

repetir.

Se le escapó una risita que descompuso a la joven pelirroja. Julianna miró alrededor, como si un atacante acechara desde las sombras.

—Oh, querida Evelyn, ¿cómo decirlo? Tu primo es un caballero…, complicado.

—Pero muy apuesto —la cortó la joven rubia. Sus brillantes tirabuzones bailaron con el movimiento de su cabeza.

—Eso no te lo discuto.

—Solo necesitas conocerlo mejor, Julianna, yo lo trato desde niña y tienes mi palabra de que posee un corazón honesto y un alma caritativa y piadosa.

Julianna recordó la forma en que el futuro conde se dirigía a ella, sus miradas incendiarias a su escote, su insultante arrogancia, sus aires de superioridad y su provocativa seguridad en sí mismo. Nada podía estar más lejos de la piadosa caridad que Henry Spencer. Pero como de costumbre, no quiso ofender la desbordante admiración de Evelyn por su querido primo, el vizconde perfecto. Así que apretó los labios para que nada inapropiado escapara y hasta trató de sonreír.

—Si bien en lo que se refiere a damas, admito que es un poco…, ¿juguetón? —añadió lady Evelyn, por completo ajena a los pesares de su amiga.

—Sí —las sorprendió entonces Rebeca—, yo también opino que deberías alternar con otros caballeros, Julianna. Algo que a ti te abriría los ojos, y a nuestro dudosamente confiable barón, si es que de verdad está interesado, le servirá de estímulo.

—¡Espléndido! —lady Evelyn saltó sobre su asiento—. Voy a proponerle a mi primo un picnic en la casa familiar, para despedir el buen tiempo.

—El buen tiempo ya se marchó, apreciada Evelyn —observó Julianna, con resignación.

Lady Evelyn miró al techo, pensativa.

—Entonces…, como bienvenida a los duques tras su viaje de luna de miel. Un picnic al aire libre, al objeto de que nuestra preciosa Julianna y mi primo puedan intimar.

—Es usted muy sagaz buscando justificaciones para una fiesta, lady Evelyn —rio la duquesa de Richmond.

Evelyn le devolvió una mirada pícara, pensando en cuánto le agradaría a su padre saber que sus pareceres coincidían tan a menudo.

—Llegará un día en que las celebraciones se justificarán solas.

No cabe duda de que el tiempo se alió con el frenesí de lady Evelyn, porque para no defraudarla, el día del picnic amaneció espléndido,

con un sol que parecía querer despedirse a lo grande del sur de Inglaterra, antes de dar paso al brumoso y romántico otoño.

Julianna no asistía especialmente contenta. Sin querer desairar a su amiga, compartir jornada con el vizconde no era algo que la entusiasmara. Pero, pensó, siempre podía ignorarlo de forma educada y gentil, y dedicarse a los demás.

Por desgracia, el barón Stendhal no había sido invitado. Aquella no estaba siendo, en su opinión, una contienda justa.

En cuanto a los sentimientos de Henry Spencer, vizconde Rothgar…

Desde que había puesto por primera vez sus ardientes y apasionados ojos sobre Julianna, porque todo lo que él hacía, lo hacía de modo ardiente y apasionado, se había dado cuenta de que era distinta. Y no se trataba de que hasta entonces ninguna mujer se hubiese atrevido a rechazarlo y Julianna no solo lo hacía, es que podía palpar su desprecio cuando le hablaba. Era diferente porque su visión de la vida nada tenía que ver con la de las recatadas señoritas inglesas. La joven pelirroja escondía fuego en el alma, justo el tipo de provocación que él necesitaba como reto y en nombre de su apellido, que lo sacaría a flote o dejaría de llamarse Spencer.

En la pradera se habían extendido mullidas mantas, enormes, donde todo el mundo había tomado asiento. No eran muchos invitados, se trataba de una reunión bastante privada en los jardines de la casa Herrick, y además de la familia de Evelyn al completo, con la sola excepción ya habitual de su padre, asistían la señorita Hagstings con sus padres y sus dos hermanos menores, los duques de Richmond y Julianna Donne, cuyos tíos se excusaron por estar aquejados de un molesto resfriado.

—Todo lo hacen a la par —explicó la veneciana, divertida—. Si comen, duermen, cantan o se resfrían, lo hacen los dos al mismo tiempo. Los he dejado en cama, estornudando y destemplados, pero tomados de la mano.

—¡Qué amoroso vínculo! —suspiró Anne—. Ya quisiera yo algo parecido para mi futuro matrimonio.

Los más pequeños correteaban salvajes entre los árboles, los invitados de más edad se habían terminado reuniendo en una de las mantas al cobijo de un gran roble, y solo los jóvenes desafiaban los rayos del sol en mitad de la pradera. El futuro conde, por cierto, aún no se había dignado a aparecer. Seguramente «otros asuntos» lo estarían entreteniendo, supuso Julianna.

—Lo tendrás, querida Anne —la animó Rebeca—, lo tendrás, no te quepa duda.

Su esposo la miró con adoración y le ofreció un pastelillo salado.

—Nosotros lo tenemos y créanme, no merece la pena afrontar un matrimonio si no es con la persona adecuada.

—Hay quien no puede permitirse elegir, duque —le recordó Evelyn Fowler, en un siseo amable—. La mayoría de las mujeres, por ejemplo.

—Algún día se nos permitirá trabajar, heredar y disponer de nuestro propio patrimonio —musitó Julianna, esperanzada—. Solo así seremos libres de elegir a quién amamos.

—Qué ideas tan interesantes y revolucionarias las suyas, señorita Donne —¿cuándo y cómo había aparecido a su espalda el futuro conde de Herrick?—, pero por su bien, procure que mis queridos tíos no se encuentren por los alrededores cuando las exprese.

Besó a su prima en la frente, saludó al resto con una inclinación de cabeza, y evitó mirar a Julianna a pesar de haberle dedicado su primera frase. Tomó asiento enfrente, pero no cerca de ella. La joven hundió los ojos en la bandeja de bollitos con mantequilla. Cuando Henry Spencer se movía, todo el aire se movía con él y con su seguridad aplastante. Su salvaje atractivo era un insulto a ojos de cualquiera. El poder de sus pupilas rozaba lo insoportable. Tenerlo cerca le causaba un hormigueo en el vientre y entre las piernas, tan desagradable como excitante, que la irritaba pero que al mismo tiempo, ansiaba sentir. Una auténtica locura.

Capitaneado por el vizconde, el grupo seguía charlando, como si nada.

—Me preocupa mi tío, prima, ¿cómo se encuentra? —Los ojos de Henry barrieron el punto donde los mayores, reunidos, reían, conversaban y bebían— ¿Por qué no ha bajado?

Una momentánea sombra cubrió el bonito rostro de la joven rubia. Una oscuridad que ella se encargó de disimular con gran dominio.

—La gota y el dolor de espalda dificultan mucho su vida y le agrían el humor. Cuando el mal lo aqueja es mejor huir, todo le molesta y lo incomoda. Madre tiene el cielo ganado, a veces no dispone de otra salida que dejarlo al cuidado del servicio, para escapar de sus protestas y sobrevivir.

—¿No debería empezar a ocuparse de los asuntos de la familia, Rothgar? —sugirió con amabilidad el duque.

Henry inclinó con elegancia la cabeza.

—Ya lo hago, estimado amigo.

—En realidad —interrumpió lady Evelyn—, lleva cinco años haciéndolo, incluso desde el extranjero. Y con gran efectividad y diligencia, debería añadir. No sé cómo lo consigue, el primo Henry es uno de los hombres más inteligentes que conozco.

Cansada de oír alabanzas en favor de alguien que no las necesitaba para sentirse un semidiós, Julianna se puso en pie y sacudió su falda.

—¿Le apetece un paseo, señorita Hagstings?

El brazo de lady Evelyn salió despedido, aferró la falda de Anne que ya estaba incorporándose, y de un tirón muy poco aristocrático, volvió

a sentarla en el suelo.

—Sería mejor que la acompañases tú, querido Henry. Aprovecha para mostrarle la finca a la señorita Donne. Creo que es la única que no la conoce.

Julianna tuvo la sensación de que quien la miraba en aquel instante era un lobo hambriento dispuesto a devorarla, en lugar de un joven vizconde de sonrisa canalla. Un temblor helado y desagradable le recorrió toda la espalda.

—Cómo no, prima, será un honor y todo un placer. —Ofreció un brazo que Julianna miró con desconfianza— ¿Vamos, señorita Donne? Le enseñaré los rincones más ocultos y desconocidos de esta magnífica propiedad.

Y su sensual voz remarcó con mucha intención la palabra «ocultos».

Julianna repasó las caras sonrientes de todo el grupo. Nadie se había ofrecido a acompañarlos, ni siquiera su protectora Rebeca. Los ojos de todos brillaban llenos de emoción y de estrellas, como si dejarla a merced de aquel depredador fuera la mejor idea posible.

¿Es que nadie, aparte de ella, se percataba de la clase de hombre infame y peligroso que era Henry Spencer, vizconde Rothgar?

Capítulo 20

El día que una veneciana
y un futuro conde,
entendieron que se odiaban.

—¿Me permitiría hacerle una pregunta?

Henry decidió romper el hielo después de un buen rato paseando en silencio. Él con las manos a la espalda, ella más pendiente de la varilla del parasol, que de otra cosa. Una áspera tensión se palpaba entre ellos. A esta primera cuestión, Julianna no se molestó en responder. Poco acostumbrado a no salirse con la suya, no obstante, el vizconde insistió.

—No quisiera pecar de indiscreto, pero es algo que me tiene muerto de curiosidad.

Julianna lo miró con suspicacia.

—Su curiosidad me atemoriza, señor.

—El mito de la mujer veneciana…, ¿es cierto?

—¿Le importaría ser más explícito?

—Las cortesanas, libertinas capaces de vivir el placer como si el mundo se fuese a acabar. ¿Existen en realidad?

Julianna tardó en reponerse de la turbación que le causó el eco de la voz de lord Rothgar. A veces no es lo que se dice, sino el tono con el que se dice. Y esa era una máxima que alcanzaba el nivel superior si se trataba del vizconde. Prácticamente la había desnudado con cada palabra. Sin necesidad de mirarla. Sin necesidad de referirse a ella, ni mencionarla siquiera.

Era obvio que él ya conocía la respuesta, que no necesitaba interrogarla sobre un asunto tan sórdido como ajeno a ella, que lo hacía con la única intención de incomodarla.

—No sabría decirle.

—Usted es veneciana —apuntó él, como si eso lo explicara todo.

—Y usted ha viajado mucho, seguramente sepa del tema más que yo. Sobra decir que no frecuento ese tipo de amistades.

—Lástima. ¿Quiere saber mi teoría al respecto?

Julianna miró atrás por encima del hombro. Estaban ya bastante lejos del grupo del picnic. Demasiado como para pensar en que

alguien podría socorrerla.

—Me temo que no hay nada que pueda hacer para evitar que me la cuente —aceptó, armándose de paciencia.

—Es pecaminosamente cierto que ustedes llevan en las venas ese ardor pasional por los placeres de la carne, desde que nacen, como parte de su esencia.

—Está usted ofendiéndome, espero que se dé cuenta —dijo Julianna, lo más fríamente que pudo y sin mirarlo.

Lord Rothgar dejó de caminar.

—¡Al contrario! Me parece una excepcional virtud, un talento con el que sacarle a la vida todo el jugo, no como nos han enseñado a nosotros y a nuestras damiselas, a sobrevivir olvidando disfrutar.

—Algo me dice que usted hace todo cuanto está en su mano para evitar olvidar nada.

—Lo procuro. —Él reanudó el paseo. Habían recorrido un largo tramo a orillas del río y ahora, este formaba una laguna profunda entre matorrales plagados de flores azules—. En serio, puede que usted lo tome a mal, pero tiene mi palabra de que esto no es más que absoluta y rendida admiración.

Julianna inclinó la cabeza, notando que las mejillas, el cuello, la piel del escote, le quemaban.

—Yo no soy así.

—¿Está usted segura?

Otra vez aquel tono provocativo e insinuante. La joven levantó de golpe la cabeza, muy enfadada.

—¡Completamente, señor! ¡Deje de atosigarme!

—¿Puedo confesarle algo?

Ella suspiró hondo. Rothgar parecía estar pasándoselo en grande, era como un niño en un parque de juegos. Y Julianna, posiblemente, su muñeco o la pelota.

—¿Más intimidades? Le diría que no se moleste, pero dudo que sirva de algo…

—Guárdeme el secreto: en ocasiones, la rigidez de este protocolo inglés nuestro, me resulta agotadora.

Ahora sí lo miró, sorprendida hasta el centro de los huesos. El vizconde había empleado un tono de voz cómplice y cercano. Ambos pararon junto al borde de la laguna. El lugar era un paraíso perfecto en el que olvidarse de las tribulaciones de un día horrible, y de las desgracias familiares por culpa de tres barcos que jamás volvieron de China.

—¿Lo dice para congraciarse conmigo?

—¿Por qué iba yo a querer congraciarme con usted? —De vuelta aquel aire burlón, como un manotazo en el rostro.

—¡Oh, cielos! ¿Se oye? Es un hombre absolutamente odioso.

Henry soltó una alegre carcajada.

—¡Qué gran entretenimiento enfurecerla! ¡Le brillan motitas doradas ahí, dentro de los ojos verdes cuando se enfada! Julianna, voy a hacerle una propuesta.

—Se lo ruego, guárdese sus mofas en el bolsillo, ya me ha ofendido bastante.

—No se trata de ninguna broma, señorita Donne, de hecho, opino que es una idea excelente, de las mejores que he tenido en el último año. Cásese conmigo.

Lo planteó con pasmosa naturalidad, mientras que Julianna estuvo a punto de perder el conocimiento y desplomarse al suelo. Abrió la boca, no dijo nada, y no consiguió cerrarla.

—Comprometámonos, al menos —presionó él.

—¿Cómo…, dice?

—Piénselo. Los dos tenemos una reputación terrible, no conseguiremos que nadie quiera casarse con nosotros y, seamos francos, ambos necesitamos un matrimonio cuanto antes. Yo me veo cada vez más cerca de heredar este condado y me conviene estar en disposición de engendrar otro heredero. Y usted…, usted es mujer, debe casarse.

—¿Una reputación terrible, dice?

—Soy un mujeriego incorregible, lo admito.

—¿Pero y yo? Yo no he hecho nada para…

—Usted es veneciana.

Julianna no meditó un instante lo que hacía, cuando levantó la mano y abofeteó a Henry Spencer con todas sus fuerzas. El muy canalla la miró con descaro y una turbulenta sonrisa entre los labios. Sin siquiera frotarse la zona dolorida.

—¿Ve a lo que me refiero? Puro fuego.

—¿Cómo tiene la osadía de compararse conmigo? Es usted peor, mucho peor, insoportable e irresistiblemente peor.

—No tanto, quizá se ha formado una mala opinión de mí —comentó él, con sorna.

—¿Mala? Se queda usted muy corto, señor mío.

—Mírese, está temblando de rabia. Ninguna dama inglesa se enfadaría hasta ese punto. Puedo imaginarnos a ambos retozando entre las sábanas…

Aquello fue más de lo que Julianna podía tolerar. Soltó la sombrilla, apoyó ambas manos en el duro pecho de Henry, empujó cuanto pudo y en menos de tres segundos, el orgulloso heredero del condado de Herrick estaba en mitad de la laguna. La pelirroja sonrió satisfecha de sí misma.

Sin protestar y sin escupir ninguna frase hiriente, lord Rothgar salió lentamente del agua, empapado por completo de pies a cabeza, sin

apartar de ella unos ojos azul oscuro cual noche sin estrellas. E igual de tormentosos, pese a que su boca seguía curvada en una sonrisa perversa. Por todos los santos, ¿qué era aquella camisa fina empapada, pegada a la piel resaltando cada músculo magnífico de su torso?

Julianna supo que algo no iba bien, cuando se le acercó demasiado. La humedad cálida que desprendía su cuerpo la atravesó al instante. La joven retrocedió un paso. Pero su intento no sirvió de nada, Rothgar la tomó en sus brazos, la separó del suelo y se dirigió tranquilamente de vuelta a la laguna.

—¡No se atreva! ¿Qué hace? ¡Suélteme de inmediato!

No solo no la soltó, la apretó más contra sí, sus fuertes dedos presionando la delicada carne para impedir que pese a sus pataleos, Julianna escapara. Se adentró en el agua helada con ella en brazos. Pero manteniéndola lo suficientemente lejos del brillante espejo como para que no rozara, siquiera, el bajo de su vestido.

—¿Acepta mi propuesta, entonces?

—¿Es que ha perdido el juicio? ¡Ni lo sueñe!

Henry se encogió de hombros y flexionó las rodillas. Ambos se sumergieron en la laguna. Hasta el cuello. Julianna se apretó contra él, por puro afán de supervivencia, para conservar el calor o para escapar de la caricia del agua, ya que no sabía nadar. En cualquier caso, aquella cercanía extrema le resultó francamente perturbadora. Sus labios casi rozaron la piel dorada del pecho masculino, bajo la que latían fuertes y torneados músculos.

—¡Suélteme le digo! ¡Es usted un forajido, un impresentable….!

—Si la dejo ir ahora, se hundirá del todo. Ya que he tenido la deferencia de mantenerle a salvo la cabeza para proteger su peinado… ¿La suelto?

Ella volvió a apretarse contra Rothgar. Con su liviano vestido completamente pegado al cuerpo y la piel erizada de frío, Julianna se sentía por completo expuesta y desnuda.

—¡No! ¡No! ¡No me suelte!

—Es usted un nudo de contradicciones, señorita Donne —se burló Henry, con un teatral suspiro.

Alcanzó la orilla en solo tres zancadas, y la dejó en el suelo con una delicadeza que Julianna jamás habría esperado, teniendo en cuenta lo que acababa de pasar.

—Cualquier…, cualquier idea benévola que… —La joven pelirroja trató en vano de separar la reveladora ropa de su cuerpo, notando los ojos del vizconde clavados en ella, penetrándola hasta el tuétano de los huesos—, haya podido forjarme de usted, señor…, está tan alejada de la realidad…, como el cielo de la tierra. Es un miserable, un…

—Conserve el aliento, le hará falta para no enfriarse —la cortó Henry, con sequedad.

Sin embargo, al verla tiritar de aquel modo, sintió una oleada de ternura, compasión y una ridícula necesidad de protegerla. Era un pajarillo de vivos colores temblando bajo la lluvia de invierno. Se quitó la levita y se la ofreció.

—Está empapada pero al menos la cubrirá. Como es usted tan recatada y decente…

Julianna se la arrebató de un tirón y se la colocó como pudo. Era enorme.

—Me gustaría matarlo aquí mismo, es usted el ser más despreciable que he tenido el disgusto de conocer —siseó con las mandíbulas apretadas.

Lord Rothgar la miró con su expresión más inocente.

—¿Y el motivo es…?

—¿Dónde se ha visto que un caballero arroje a una dama al río?

—¿Pero sí le parece correcto que sea la dama la que empuja a un caballero? Es usted tan injusta y descarada como yo. ¿Ve como estamos hechos el uno para la otra? Piense en mi propuesta, tómese el tiempo que necesite, puedo esperar.

Julianna echó a andar como si la persiguiera una manada de lobos hambrientos.

—¡Piénselo, Julianna! Sería muy divertido.

¡Divertido! ¿Desde cuándo se suponía que el matrimonio podía ser divertido? pensó Julianna. Pero no podía hablar, la rabia le apretaba fuerte la garganta y no permitía que nada saliera. Soportó la presencia del vizconde, que se mantuvo a su espalda cuando con sus largas piernas podría haberla adelantado con suma facilidad, observándola todo el camino de vuelta. Deseando no haber ido a ese picnic, detestándolo hasta el fondo de su corazón, sintiéndose vulnerable como un ratoncito que se enfrenta a una enorme serpiente enroscada, sin ninguna oportunidad de salvar la vida. Imaginando qué pensaría su dulce y correcto Augusto de un episodio tan lamentable.

—Hemos tenido un percance —explicó Henry, con tono desenfadado al llegar al claro donde todos estaban reunidos—. Traigan unas mantas y algo caliente. La señorita Donne resbaló junto a la laguna, y temo que no se me dan muy bien los rescates.

Capítulo 21

El día que lady Evelyn recibió
una queja que era más bien, un reproche.

—¿Y cómo es que te has decidido a visitarme sin contar con Julianna o con la duquesa? ¡O con ambas! —lady Evelyn soltó una risita nerviosa.

Y es que notaba algo extraño en el comportamiento de Anne Hagstings. Había venido a tomar el té, sí, pero había aparecido sola, algo poco usual tratándose de ella. No mencionaba a nadie. No hablaba de nada. Mantenía apretados los labios, se había sentado más rígida que nunca, y su cucharilla daba vueltas y vueltas dentro de la taza, haciendo un ruido insoportable, sin que se decidiera a beber. No tocaba ningún tema de conversación por superficial que pudiera ser, y tampoco seguía los que Evelyn iniciaba.

En menos de quince minutos, la hija del conde de Herrick se sentía lo suficientemente incómoda como para salir huyendo de su visita.

—¿Qué hay de malo en que venga a su casa sin compañía, lady Evelyn? Como hemos hecho siempre. ¿Forzosamente debo acudir con alguien más si deseo verla?

—Disculpa, Anne, ¿me estás tratando…, con formalidad? ¿Me has llamado lady Evelyn?

Anne estiró el cuello e hizo como si no hubiese oído su pregunta, que a juzgar por su tono era, más bien, un reproche.

—Desde luego que sí. Es el título que le corresponde, si no recuerdo mal.

—Anne, ¿puedo saber qué está pasando? Si no fueras una de mis mejores amigas, te preguntaría, cortés y distante, qué te trae por aquí. Pero te conozco y me aventuro a afirmar que algo excepcional está alterando tu comportamiento.

—Ahora soy «una» de sus mejores amigas. Hubo un tiempo en que pensé que era «su» mejor amiga —siseó resentida, sin mirar a Evelyn, sin apartar las pupilas del té dentro de la taza.

—¡Y lo sigues siendo!

Anne pareció reaccionar un segundo. Giró sus ojos hacia Evelyn. Estaban húmedos y enrojecidos.

—¡No, desde luego, después de que hayan aparecido lady Rebeca y la señorita Donne! ¡Especialmente la señorita Donne!

—¿Qué sucede con Julianna? —Evelyn alzó los brazos, sin entender nada. Hasta donde ella sabía, su principal escollo no era precisamente la veneciana, sino la actual duquesa de Richmond.

—Usted la prefiere. La prefiere de una manera absolutamente evidente. Y me veo en la obligación de recordarle, que yo ya estaba aquí antes de que ella llegase de Venecia.

—Pero Anne, querida…

—Me veo en la obligación de recordarle —prosiguió, sin interrumpirse—, que fui yo quien se la presentó. Confiando en su buen corazón, en que el afecto que me tenía fuera sincero…

—¡Y lo es! ¿Pero de qué estás hablando?

—Confiando en que las cuatro seríamos buenas amigas en igualdad de condiciones —remató, enjugándose una lagrimita.

Si Evelyn no hubiera estado tan desconcertada, se le habría roto el corazón. Pero se quedó allí, inanimada, sin poder moverse. Sin poder consolarla, porque era incapaz de reaccionar a un reproche tan absurdo.

—¡Y lo somos! ¡Sabes bien que lo somos! Las cuatro mejores amigas.

—Pero no en igualdad de condiciones.

—¿Por qué dices eso, Anne? ¿Estás celosa de Julianna?

Anne miró al vacío, conteniendo el llanto con un puchero.

—Usted la está ayudando. Usted la apoya, en lugar de apoyarme a mí.

Harta de la ridícula situación, lady Evelyn dejó la taza sobre la mesa, abandonó su asiento y corrió a acomodarse junto a Anne. Con delicadeza para no agitarla más, le quitó el té de las manos y se las tomó con cariño.

—Antes de nada te advertiré, que no pienso continuar con esta conversación si no dejas de tratarme de usted. Necesito que seas la de siempre, Anne, así apenas puedo reconocerte. Y ahora, te lo ruego, deja de llorar…

—¡No estoy llorando! —se revolvió la joven rubia.

—Deja de llorar y aclárame a qué te refieres.

—¡A tu primo!

—¿A Henry? ¿Qué pasa con Henry?

—¡Te confesé que me agradaba! Me cautivó desde el instante en que lo conocí. No dejo de soñar con él. ¡Todas las noches! Y eso debe de ser una señal de buen augurio…

—¿Y qué pretendes que haga yo?

—¡Te pedí ayuda! Y sin embargo, cada uno de tus actos y

comentarios favorecen una relación…, pero con Julianna. ¡No conmigo! ¿Por qué no conmigo? ¿Por qué me dejas de lado?

—¡Porque a Henry le interesa Julianna! —se exasperó Evelyn, al tener que explicar lo evidente.

Anne tardó unos cuantos segundos en digerir lo que acababa de escuchar. Cuando por fin habló, el tono de su voz ya no era de enojo y rabia, sino suplicante.

—¡Eso no lo sabemos! Lord Rothgar es un hombre consciente de su atractivo, ya lo dijo la propia Julianna, le gusta coquetear, es natural. Y flirtea con ella como podría hacerlo conmigo, si tú nos hubieras concedido la más mínima oportunidad.

—¡Esa tarea no me corresponde! —se desesperó Evelyn— Entiende que no puedo cambiar su voluntad. Si Henry…

—¡Pero Julianna ni siquiera lo soporta! Estás influyendo con tu actitud, propiciando un sentimiento que todavía no existe.

—¡Eso no es cierto! —se rebeló Evelyn, empezando a enfadarse.

—¿Qué me dices del otro día, en el picnic? Primero, lo organizaste pensando solo en ella y en la oportunidad que le podría suponer. Después, los incitaste a que pasearan a solas. Solo Dios sabe qué ocurrió entre ellos para que regresaran empapados y tan furiosos.

Lady Evelyn guardó silencio unos instantes, meditando si podía ser cierto aquello de lo que su amiga la acusaba: que por culpa de su acostumbrada vehemencia, hubiera empujado a Julianna y a su primo a forjar, en contra de sus voluntades, algo más profundo que una simple amistad, solo porque a ella la seducía la idea de verlos juntos.

No, definitivamente no.

—Anne, conozco a Henry desde que éramos niños. No hay nada que yo haga o pueda hacer, para convencerlo de que corteje a una dama si no es de su elección y preferencia. Te lo aseguro. Es testarudo, clarividente, inflexible con sus decisiones y muy, muy constante.

Evelyn presionó el antebrazo de Anne, tratando de robarle una sonrisa, un gesto de complicidad, algo que le indicase que el enfado quedaba atrás. Pero Anne no le ofreció nada. Tampoco estaba enojada, la dulce Anne no se descomponía casi nunca, Evelyn lo sabía bien. Estaba decepcionada, defraudada y triste. Y sin duda, ella tenía la culpa.

Otro de sus muchos errores. Otro desliz del que arrepentirse.

—Es probable que me haya dejado llevar por la ridícula sensación de que hacen buena pareja… —admitió con pesar.

—Sin darte cuenta siquiera de que yo suspiro por él. Algo que Julianna, para desgracia de tus planes, no siente.

—Si Henry hubiese mostrado interés por ti desde el primer día, como sucedió con ella, habrías tenido todo mi apoyo, ¿cómo puedes dudarlo?

Anne viró hacia ella unos ojos azules, rasgados e inundados de lágrimas.

—Entonces…, ¿es que no le gusto?

«Ni siquiera sabe que existes» habría debido decirle Evelyn. Pero tanta sinceridad no era, en ningún caso, necesaria. No se permitiría una segunda equivocación.

—Mi primo toma sus propias decisiones y cuando lo hace, resulta imposible conseguir que cambie de opinión. Te doy mi palabra de que lo único que he hecho, ha sido apoyar la posible historia de amor de una de mis amigas, sí, puede que arrastrada por mi tonto romanticismo. Pero sin duda es Henry quien dispone. Lo siento, Anne, siento mucho si te he lastimado.

Entonces, cuando Anne Hagstings rompió a llorar sin consuelo, Evelyn la abrazó y permitió que se desahogara. El hecho de que su amiga no la rechazara, la llevó a preguntarse si la causa real de su terrible disgusto era de veras un sentimiento de amor frustrado.

O es que la había perdonado enseguida.

Al cabo de un rato, Anne levantó de nuevo la cabeza. Terriblemente mortificada.

—Soy fea. Soy corriente y poco interesante. Ningún caballero se fijará en mí nunca.

—¿Cómo puedes decir eso? —Evelyn le secó las lágrimas con la punta de los dedos— ¡Eres inteligente y preciosa!

—Tú, Julianna, la duquesa…, no solo sois bonitas. Además, tenéis carácter. Sois apasionadas, valientes, contestatarias… Yo no, yo soy todo lo contrario. Asustadiza, timorata. Y eso me convierte en invisible.

—Escúchame bien, Anne, no a todos los caballeros les agradan las jóvenes rebeldes. Lo que para uno puede ser una virtud, a ojos de otro es un defecto irreversible. No des nada por sentado, no sufras, y no te formes ideas locas en esa cabecita. Estoy segura de que hay un hombre maravilloso ahí fuera, esperando conocerte.

—¿Eso piensas?

—No lo pienso, lo sé. Y cuando pose los ojos en ti, se sentirá entre las nubes. Porque eres lo mejor que puede pasarle a nadie.

Capítulo 22

El día que una biblioteca
se convirtió en un lugar
aún más excitante.

—Señorita, lord Rothgar acaba de llegar, desea verla.

Julianna levantó los ojos de la novela en la que estaba concentrada y miró sorprendida a la doncella. Su tía dejó ir un ruidito que parecía un ahogo.

—¿El vizconde Rothgar? ¿De los Spencer del condado de Herrick? ¿Ese mismo lord Rothgar? —Dorothea Wimsey no daba crédito a lo que oía. Julianna tampoco, pero por distintos motivos—. Hágalo pasar. Y traigan té con bizcocho de frutas y bollitos de mantequilla recién horneados. ¡Rápido!

Dorothea colocó un mechón de pelo de su sobrina tras las horquillas, mientras la joven se sentía incapaz de moverse. ¿Qué demonios hacía aquel hombre indecoroso en su casa? ¿Qué horrenda pretensión o burla en su contra lo traía esta vez?

Todo el aire de la habitación se revolvió cuando los decididos pasos del futuro conde de Herrick resonaron contra el suelo.

—Señora Wimsey, señorita Julianna.

—Vizconde, nos honra usted con su visita. Julianna, querida, saluda a lord Rothgar.

La pelirroja se había quedado sin habla. ¿Cuánto descaro y desfachatez había que reunir para presentarse allí, como si nada, después del modo en que se despidieron solo un puñado de días atrás? Ella había querido apuñalarlo y él le había mentido a todo el mundo. Pero ¿se podía ser más apuesto? Henry parecía no peinarse jamás y su principal atractivo lo constituía, sin duda, aquella mirada afilada y poderosa que te hipnotizaba y te hacía suya en un parpadeo. Esa vez, todos sus atributos de belleza masculina parecían resaltar con aquella levita verde oscura, sus pantalones ajustados a sus largas piernas y sus botas negras.

—Y díganos, señor —cacareó feliz, la dueña de la casa— ¿A qué se debe la gracia de su visita?

—Pasaba por aquí y recordé que tengo un recado de mi querida

prima, lady Evelyn, para la señorita Donne. Así que me decidí a visitarlas, solo un momento. El tiempo rigurosamente necesario para transmitir mi mensaje —añadió, clavando sus ojos de nuevo en Julianna. La joven se ruborizó desde el cabello al cuello.

—Tomará usted el té con nosotras, no puede rechazarme la invitación.

—Es muy cortés de su parte, señora Wimsey, pero no puedo demorarme. Otro día aceptaré encantado. ¿Podríamos hablar, señorita Donne?

Julianna se mantuvo petrificada en el asiento, sin despegar los labios. Pero allí estaba su tía, dispuesta a tomar decisiones por el bien de su futuro y el de la familia.

—Ve, querida, ve. En la biblioteca están encendidas las chimeneas y la vista al jardín es muy agradable.

A la joven no le quedó otra salida que sonreír a la fuerza, asentir con modestia, abandonar tanto el saloncito como la protección de Dorothea, y guiar al hombre que más la irritaba e intimidaba, a partes iguales, hasta la biblioteca. En el otro extremo de la planta.

Tía Dorothea y sus maquinaciones…

Una vez dentro, con la puerta a medio cerrar, algo de lo que se encargó el propio Henry, Julianna decidió no desperdiciar demasiado el tiempo.

—Imagino que viene a pedirme disculpas por lo que ocurrió durante el picnic.

—Qué casualidad, pensaba que usted aprovecharía que estoy aquí para ofrecerme las suyas. Julianna, sea sensata, usted me empujó primero.

—¡Vizconde…!

Dejó la frase a medias. Es probable que fuera la presión de los nervios, pero tras unos segundos de miradas furibundas durante las cuales experimentó feroces instintos asesinos, la joven pelirroja aflojó los puños y no pudo contener la risa. La situación era ridícula, la conversación lo era, el recuerdo de los dos empapados en el río lo era aún más. Y lo peor de todo es que Henry tenía razón. Ella podría estar todo lo ofendida que quisiera pero ¿quién había empezado aquel duelo irracional con un empujón violento?

—Establezcamos una tregua, se lo suplico —lo oyó decir.

Julianna lo estudió con mucha curiosidad.

—No sé por qué, no lo imagino suplicando.

—Pues lo estoy haciendo, ya me oye. Si lo desea, no tengo inconveniente en repetirme.

—No le creo. No lo hace desde la humildad.

—La humildad me trae sin cuidado. Por cierto, ya que he venido, hemos aclarado nuestras diferencias y estamos disfrutando de cierta

camaradería…

—¿Camaradería? —se escandalizó ella.

Lord Rothgar se encogió de hombros.

—Permítame llamarlo así. Acepte mi propuesta de matrimonio. Cuanto más la medito, más acertada me parece: una magnífica solución que nos librará a ambos de muchos inconvenientes. Y a usted la convertirá en condesa.

Para asombro de Henry, Julianna reaccionó casi como si la hubieran insultado.

—Sepa usted que no me roba el sueño ser condesa.

—Pero a sus padres y a sus tíos les hará muy felices, no me cabe duda. Hágame caso, no le será fácil cazar marido en Londres siendo veneciana. Los hombres puede que se vuelvan locos, pero ninguna madre la querrá como parte de la familia.

Fiel a sus instintos y con la sombra de Augusto planeando su cabeza, Julianna levantó la mano para abofetearlo, pero Henry ya había aprendido la lección junto al río. Atrapó al vuelo su muñeca y la sujetó en el aire, ladeando la cabeza con una especie de guiño.

—Otra muestra más de eso a lo que me refiero. Es usted tan deliciosamente salvaje… Por fortuna, mi madre es abierta de mente y mi familia al completo, está más que acostumbrada a mis excentricidades.

Julianna recuperó su brazo con un tirón, y se alejó unos pasos de la sugestiva presencia del vizconde.

—¿Eso es lo que soy? ¿Una excentricidad? ¡Santa *Madonna*! Debe de haber un término medio entre la mojigatería inglesa y lo que ustedes…, lo que usted cree que soy.

—Es probable que lo haya. Y seguro que si me esfuerzo, seré capaz de encontrarlo. Qué excitante y prometedora búsqueda. —Reptó hacia ella, hasta arrinconarla contra las altas estanterías llenas de libros—. Solo tiene que permitirme el placer de investigar.

Las últimas palabras solo fueron un susurro de terciopelo que se enroscó alrededor del cuello de Julianna, como una gargantilla de perlas. Apenas si quedaba espacio entre ellos, Henry podía notar cada curva del cuerpo femenino clamando por sus caricias. Lentamente, dándole tiempo a que se retirara, deslizó su mano por su cintura. Pero ella no se apartó, el corazón les latía a ambos con fuerza cuando su otro brazo rodeó la espalda de la joven y la sujetó contra su duro pecho, hasta que sus labios palparon el mismo aire templado. Julianna temió que las piernas no la sujetasen.

Inesperadamente, tras tan osada intimidad, Henry se distanció. Soltó su abrazo como si se arrepintiera de haberse dejado llevar, y sin excusar su atrevimiento, paseó mirando los libros como si nada hubiese ocurrido. A Julianna le costó recuperar el aliento.

—Sería un placer invitarla a Almack´s el miércoles por la tarde. Bailaríamos mientras disfrutamos del ambiente más selecto de Londres —ofreció Henry, con voz pausada.

Julianna jadeó.

«¿Es que ninguno de los dos iba a mencionar lo que había estado a punto de suceder?»

—Conozco Almack´s —mintió la joven, que jamás había puesto un pie en el exclusivo club social, pero lo haría muy pronto—. Y le agradezco la invitación, pero tampoco la necesito. Mi amiga, la duquesa de Richmond, se le ha adelantado gestionando mi membresía.

—Mi amiga la duquesa —Henry la imitó, socarrón—. Qué pomposo suena. Me reconocerá que una duquesa necesita una amiga condesa… —Observó el gesto de exasperación en el rostro de la joven—. De acuerdo, no insistiré. De momento. —Marcó una breve reverencia y se dirigió hacia la puerta—. Que tenga un buen día.

—No hace falta que vuelva, gracias.

Lord Rothgar se detuvo a mitad de camino y se volvió para admirarla.

—¿Teme que me cruce en la puerta con el barón Stendhal? Pierda cuidado. Si ese lechuguino sospecha siquiera que la cortejo, le pedirá matrimonio en menos que dura una tos. ¿Es eso lo que desea? Quizá debería visitarla otra vez mañana.

Julianna puso los ojos en blanco.

—Es usted agotador. ¿Se lo han dicho alguna vez?

—Jamás, mi querida señorita. Jamás fuera de la cama.

Capítulo 23

El día que disfrutaron de una
velada inolvidable en Almacks´s.

Julianna se sintió como una pueblerina al bajar del carruaje y traspasar el umbral de Almack´s. Era como entrar al palacio del príncipe de un cuento de hadas. Rebeca las había invitado al que según ella, era el único bastión de poder femenino en la ciudad. Para ser alguien que detestaba la vida de exhibición y los protocolos, aquel club, regido y controlado exclusivamente por damas, era casi un pequeño refugio sagrado. Mientras el duque mostraba a la entrada los bonos de todo el grupo, Julianna se acercó a Rebeca para preguntarle en voz baja:

—¿Cuándo piensas comunicarle a Anne y Evelyn tu estado de buena esperanza?

A la duquesa se le escapó una sonrisa, mientras su mano acariciaba su vientre.

—En breve. Os citaré a todas a tomar el té y será nuestro pequeño gran momento.

—Que sepas que estoy muy emocionada —confesó la joven pelirroja.

—Esta noche olvídate de todo y concéntrate en bailar, con cuantos más jóvenes, mejor. No pongas límites. Solo conociendo a muchos encontrarás al indicado.

—Dice la que solo ha tenido un amor en su vida —rio Julianna, sin poderse contener.

Rebeca miró con adoración a su marido, que se acercaba con una sonrisa en los labios.

—Es que Andrew…, bueno, ¿cómo iba a resistirme a un hombre así?

—¿Hablando de mí a mis espaldas, señoritas?

—Siempre bien, mi querido duque, téngalo por seguro, siempre bien —respondió afable Julianna— ¿Habrá venido Augusto?

Nadie respondió a eso. Ni siquiera el duque de Richmond, que era su mejor amigo.

El ambiente era festivo y a la vez, refinado. La posesión de títulos y grandes fortunas nunca habían sido condición fundamental para

pertenecer a Almack´s. La educación y las buenas costumbres, un comportamiento impecable. Eso sí. Julianna se sintió muy honrada por haber conseguido una membresía anual aun siendo extranjera, gracias a las buenas referencias que de ella había dado Rebeca, duquesa de Richmond. Se juró que haría lo imposible por no defraudarla.

Bajo la luz dorada de los candelabros, lady Evelyn Fowler y la señorita Hagstings se pegaron a su costado. Ambas de lo más excitadas por las perspectivas de una noche potencialmente mágica.

—Hay muchos caballeros interesantes aquí hoy —observó Anne, con los ojos brillantes.

—Concedamos a los duques un poco de intimidad, nosotras somos más que capaces de movernos por las salas y divertirnos solas —propuso lady Evelyn, saludando a alguien con la mano.

Julianna miró alrededor, por si divisaba a Augusto de Roe. Disimulando su ansiedad.

—Desde luego. ¿Una limonada? —sugirió Anne, sonriente.

Se dirigían hacia una de las salas laterales donde se comía, cuando una figura imponente les salió al paso. A lady Evelyn se le escapó un gritito de felicidad y a Anne Hagstings se le descompuso el pacífico gesto.

—¡Primo Henry!

—Querida, señorita Hagstings, señorita Donne, me alegro de verlas. —Saludó con una reverencia para enseguida, mirar a Julianna directamente a los ojos— ¿Tendré el honor de que me conceda el próximo baile?

A eso le llamaba ella no perder ni un segundo.

—Sí, primo —se adelantó lady Evelyn—, claro que bailará contigo, ¿verdad que sí, Julianna? Aceptará encantada.

La joven pelirroja miró hacia la derecha. Acababa de localizar al barón y al parecer, venía de camino, desecho en sonrisas.

—Yo…

—Le advierto que si me rechaza, no podrá concedérselo a otro caballero. Ni este baile, ni el siguiente —informó Henry Spencer, con voz sugerente.

Julianna tuvo la certeza de que le tomaba el pelo.

—¿Y eso por qué?

—Ya veo que no conoce las normas de los bailes ingleses. Muy mal, señorita Donne, su tía debería haberla instruido al respecto. Baile conmigo, créame, le conviene.

—Vamos, querida —la empujó Anne Hagstings, deseando hacerlos desaparecer para dejar de sufrir—, no se lo piense más, baile y disfrute.

—Nosotras vamos a por un ponche. —Lady Evelyn tomó del brazo a

su amiga. Desaparecieron y Julianna quedó sola e indefensa frente a lord Rothgar. Augusto cada vez más cerca. Y en mente, el recuerdo del consejo del vizconde: una pizca de celos motivaría al barón Stendhal a dar pasos en firme respecto a ella. No vendría mal que la viese en brazos de otro caballero apuesto, en cierto modo, aún le debía un desagravio por lo ocurrido en la fiesta de la condesa Obercome.

Así que aceptó.

No es que Julianna hubiese bailado mucho, pero podía afirmar sin temor a equivocarse, que el modo de bailar de Henry Spencer era cuanto menos, peculiar. Su mano abierta en la espalda, cada dedo ejerciendo presión, como si quisiera fusionarla con su propio cuerpo. Y la miraba de aquel modo casi perverso del que no sabía huir. En cada giro, cuando se cruzaban y se inclinaban peligrosamente cerca, la escena de la biblioteca se repetía en su memoria, le inflamaba los sentidos y la hacía sudar.

Por eso, en el instante en que la pieza llegó a su fin, trató de salir corriendo. Pero el vizconde se lo impidió, reteniéndola con cortesía.

—Bailemos también el siguiente.

—No puedo. Si me ven bailando con usted dos piezas seguidas, empezarán las murmuraciones. Eso sí me lo ha explicado mi tía —replicó, feliz de tener un argumento con el que rechazarlo.

—No del todo. —El futuro conde le habló cerca del oído—. Sería así de haber entrado juntos, pero hemos llegado al club por separado. Tenemos hasta cuatro bailes antes de que se desaten las suposiciones.

—¿Cuatro? —repitió Julianna, horrorizada.

—Hasta ese espantoso momento, solo podrán decir que hacemos buena pareja.

—No se acerque tanto, se lo ruego.

—Lo indispensable para demostrar a todos lo buen bailarín que soy. Huele usted de maravilla.

Una reverencia, un cruce. Una mirada intensa, un giro. Un roce de manos.

—Me gustan las mujeres bellas y usted, Julianna…

—Concéntrese en el baile, vizconde, se lo ruego.

Reverencia, espalda contra espalda, enfrentamiento, calidez. Un temblor. Nueva reverencia. Cabezas juntas. Y la música de fondo, envolviéndolo todo como un pedazo de satén tibio.

—Con usted cerca no consigo concentrarme en nada.

—Adulador atrevido…

—Más bien sincero. Pero no la he molestado. Dígame que no la he molestado.

—Siempre que se exprese en voz baja, mantenga la discreción y no me avergüence, no puedo impedir que sea usted el tipo de persona que es.

—¿Y qué tipo de persona soy? Alguien que la intriga, reconózcalo.

La música se tomó un respiro y ella retrocedió lo suficiente como para salir de su influjo nocivo. Se miraron de cara.

—No pensará que voy a agotar los cuatro bailes, ¿verdad? —Latía un punto de rebeldía en el tono de Julianna, que multiplicó e hizo estallar el deseo del vizconde.

Sin embargo, en lugar de llevarle la contraria como habría querido, Henry hizo una profunda reverencia y se sometió.

—Lo comprendo. Y la libero. Ha sido todo un placer compartir este tiempo con usted.

No la acompañó fuera de la sala, simplemente se marchó. Y Julianna se preguntó por qué su ausencia le provocaba aquel extraño vacío. Un vacío que por fortuna, el barón Stendhal llenó al instante, ya que parecía estar esperando en alguna esquina a que se quedase sola.

—¿Será posible que me reserve los próximos tres bailes? Creí que lord Rothgar no la dejaría ir jamás, qué caballero tan irreverente, poco educado y acaparador.

—Somos viejos amigos. —Julianna se sorprendió diciéndolo. Porque sonaba a defensa. ¿Pretendía acaso amparar al vizconde de su propia osadía?

—¿Viejos amigos? ¿Puedo saber qué significa?

—Nada que deba preocuparlo, lord Stendhal. ¿Bailamos?

Comenzó una nueva danza y en el primer giro, quien sabe si por un azar travieso y en contra de su voluntad, los desobedientes ojos de Julianna fueron a parar al futuro conde de Herrick, que bailaba no muy lejos, con una joven rubia de espléndida belleza. No parecía tener ojos para nadie más que para ella. Le sonreía atento, desplegando esas magníficas dotes como bailarín, de las que presumía. De repente, espiar a lord Rothgar, perseguir sus gestos, adivinar el objeto de su interés, fue un entretenimiento más excitante que cumplimentar a su propia pareja de baile.

El caso es que estaban lo suficientemente cerca como para que Henry la hubiese mirado en algún momento, pudo aprovechar algún paso de la danza para dedicarle una sonrisa tentadora e insolente de las suyas, pero no lo hizo. La ignoró por completo.

Y la joven notó una punzada dolorosa en el pecho, cuyo significado no entendía. Detestaba el descaro de Rothgar, su arrogante temeridad, y sin embargo, ¿estaba convirtiéndose en adicta a sus juegos de seducción?

Se esforzó en concentrarse en Augusto, muy atractivo, aunque no poseyera la belleza arrebatadora de Henry, su mirada poderosa, depredadora y profunda. Era, ¿cómo decirlo? más remilgado, más inglés, mientras que Henry parecía venir de cualquier parte. Al vizconde le ardía en el pulso aquella pasión por la vida de la que tanto

hablaba, al menos ella podía percibirlo. No le extrañaba entonces, que la reclamase y la echase de menos al relacionarse con otras personas.

El fuego que arde no desea agua de lluvia.

—¿Me está escuchando, señorita Donne?

Capítulo 24

El día que Julianna descubrió
que sentía ciertas cosas indeseadas.

«La verdad es que no».

—¿Cómo dice, barón?

—Que me complace comprobar que sus rencores por fin me han indultado.

Tampoco era cierto. Aún seguía molesta con él, por su imperdonable desprecio, por su terrible falta de caballerosidad. Quizá por eso evitaba mirarlo y en su lugar buscaba con los ojos al vizconde, que seguía sin buscarla a ella. Ni una sola vez.

—Tendrá que hacer algo más que no pisarme mientras baila para que disculpe del todo tan grave ofensa, lord Stendhal.

—Prometo esforzarme al máximo en conseguir su perdón, tiene mi palabra —aseguró Augusto, inclinando la cabeza con una tentadora sonrisa de galán.

—Y yo prometo ser caritativa en mi reconocimiento. Es todo cuanto puedo ofrecerle.

Julianna no agotó sus bailes con el barón. Después de casi haber cometido esa indiscreción con lord Rothgar, no podía arriesgarse a repetirla o las murmuraciones la destrozarían. Antes de que la gente desocupada e intrigante sacara conclusiones, bailó con otros caballeros y se cruzó muchas veces con Henry y su desconocida acompañante rubia, a la que al parecer, traían sin cuidado las miradas insidiosas y los chismes.

Pese a todo lo que ella pudiese haber fantaseado, el vizconde no volvió a ocuparse de Julianna en toda la noche. Ni una mirada de soslayo, ni un cruce veloz de pupilas, un gesto de apreciación o un guiño. Nada. La joven veneciana regresó a casa de sus tíos confundida y rabiosa.

Confundida por sentir agitación por alguien como Rothgar. Rabiosa por estar rabiosa. No había que leer muchas novelas románticas para saber que aquello eran…, celos.

—Entonces… ¡Pero qué noticia tan maravillosa, querida Rebeca! —La voz de la sensible señorita Hagstings tembló de emoción al conocer el estado de buena esperanza de su amiga.

En aquella sala, hasta los platillos del té parecían celebrarlo. Julianna fingió no saberlo de antemano, para que lady Evelyn y Anne no se sintieran relegadas.

—El bebé nacerá en junio, ¿se pueden imaginar un mejor momento para llegar al mundo? —comentó ilusionada.

—Y no solo eso —añadió Rebeca, eufórica—, Andrew y yo hemos decidido que para cuando nuestro hijo nazca, nos mudaremos a Amschel House, aunque solo sean los primeros años. Echo de menos mi hogar, a Amelie. Es una mujer testaruda hasta el límite, que se niega a delegar sus funciones en otras personas para venir a vivir a Coventwood. Pero estoy convencida de que tras esa estancia nuestra en la casa Stone, no podrá negarse.

La mera mención del apellido familiar hizo que lady Evelyn se estremeciera. Habría dado cualquier cosa por no seguir luchando contra sus propios fantasmas, de verdad, no deseaba que todo aquello la siguiera afectando hasta tan adentro. Antes de conocer bien a Rebeca, no fue difícil aborrecerla pero cuanto más la trataba, más permeable se volvía a su mirada limpia, a su honestidad y a su gran corazón. ¿Cómo gestionar a un tiempo la certeza del mal que habían sufrido los Herrick por su causa, con la emoción sincera que le provocaba el saberla encinta?

—Es hermoso el vínculo que tienen ustedes dos —oyó que apreciaba Anne, con voz soñadora.

—No existe nadie mejor en quien pueda pensar para criar a mis hijos. Pero ya que las he puesto al corriente, dejemos de hablar de mí —apuntó Rebeca—, creo que la situación romántica de nuestra querida Julianna es, de lejos, mucho más interesante.

—¡En efecto! —exclamó la vehemente Evelyn, encantada de poder ocupar su mente en otra cosa— ¿Qué está pasando entre el primo Henry y tú? ¿Qué me he perdido?

—Absolutamente nada, os aseguro que no tenéis de qué preocuparos.

—Pero aquella noche en Almack´s, bailasteis mucho juntos…

—También bailé con el barón Stendhal. Y con otros caballeros igualmente amables. Os lo prometo, no ha ocurrido nada digno de referencia con ninguno de los dos.

Por no mencionar, que tras la velada en Almack´s, había transcurrido una larga y tediosa quincena sin saber de ninguno de ellos. Julianna se percató de que sufría por ausencia, horrorizada al

descubrir que anhelaba con mayor pasión la presencia del futuro conde de Herrick, con su descortés atrevimiento, que la reposada compañía del comedido y siempre correcto barón.

También sabía lo que razonablemente más le convenía. Y no era Henry Spencer.

Cruzó una rápida mirada con Rebeca. Solo ella sabía de las visitas de Augusto a casa de los Wimsey y no cabía duda de que le guardaría el secreto. Sin embargo, todavía no se había atrevido a compartir con nadie la semilla de emoción que el irreverente primo de lady Evelyn Fowler había enterrado en su alma.

No quería contarlo, porque no quería admitirlo.

—Ocurrirá, tarde o temprano —aseguró Anne, con una sonrisa algo apagada—. Estas cosas llevan su tiempo.

—El caso es que mi primo está pensando en viajar de nuevo al continente. Creo que deberíamos darle un empujoncito a esta historia antes de que se marche.

Julianna solo acertó a escuchar la primera frase y se le encogió el corazón. Era absurdo, un hombre como él, mujeriego según su propia confesión, alguien en quien no se podía confiar, una mentira seductora envuelta en piel bronceada. Y sin embargo…, la simple idea de no volver a verlo, aunque fuera una temporada, actuó sobre su cuerpo como un violento latigazo.

La voz de lady Evelyn Fowler la trajo de vuelta a la realidad.

—¿Qué opinas, Julianna? ¿Es o no una idea fabulosa?

—Perdona, querida, no prestaba atención —se excusó la joven.

Lady Evelyn palmoteó encantada con su despiste.

—Nuestra Julianna está enamorada.

—O enamorándose —matizó Anne, arrugando la naricilla.

—El caso es…, ¿de quién? ¿De cuál de los dos caballeros que mencionamos? —las sorprendió Rebeca.

Lady Evelyn aferró con ansia las manos de Julianna.

—Cuéntanos, querida, cuéntanos. Puedes confiar en nuestra discreción, ya lo sabes.

Pero no podía. No en presencia de Evelyn. Y no porque fuese a pecar de indiscreta, desde su firme promesa y su ramillete de buenas intenciones, Evelyn había sido un dechado de virtudes, su comportamiento, todo un ejemplo de contención en los chismorreos. No era por eso. No podía insultarla exponiendo abiertamente lo que pensaba de lord Rothgar, al fin y al cabo era su primo. No podía decir, sin ofenderla, que el barón Stendhal era una elección mucho más acertada, apacible y conveniente. Que con él, Julianna podría comportarse como la recatada señorita inglesa que todos esperaban. Que por el contrario, Henry removía sus demonios internos con tal potencia, que temía por su honor y hasta por su vida. Una mirada de

Henry Spencer podía desencadenar cualquier cosa: tormentas, suplicios y placeres.

—¡No puedes obligarla a hablar de algo así, es demasiado íntimo! —se alborotó Anne, entre miradas de escándalo.

—Estáis adelantando acontecimientos. Todas lo estáis haciendo —insistió Julianna, bajando el rostro para ocultar su rubor.

—Entonces lo haremos de ese modo: convenceré a mi primo para que celebre un baile y luego te quedarás como invitada varios días en Herrick House. Tiempo suficiente para que podáis conoceros mejor. El picnic solo fue un tímido acercamiento.

Julianna tragó saliva y sonrió a la fuerza.

—¿Cómo negarme?

Lady Evelyn no cabía en sí de gozo.

—¡Será estupendo! Veréis que como casamentera no tengo precio. Y a continuación, me ocuparé de ti, querida Anne. Después de la boda de nuestra estimada duquesa, este será nuestro gran año, el de las cuatro.

Rebeca, Anne y Julianna se miraron con reserva, manteniendo alejada la tensión con falsas sonrisas, conocedoras de la trágica historia de lady Evelyn Fowler. De la que todos sabían y nadie quería hablar.

Sin embargo, Evelyn no exteriorizaba tristeza alguna. Con un plan como aquel entre manos, relucía feliz cual estrella de primavera. Le brillaban los ojos y no podía dejar de sonreír.

—Qué apasionante competición entre los dos caballeros nos espera.

Julianna trató de protestar, pero nadie le hizo ningún caso. Todas estaban demasiado excitadas imaginando el desenlace del hipotético duelo por amor.

—Me imagino que la duquesa se decantará por el barón Stendhal, ya que es íntimo amigo de su esposo —continuó Evelyn—, por la misma razón que yo defenderé la candidatura de mi primo predilecto.

Rebeca hizo un gesto imperceptible que pasó por completo desapercibido. El amargo recuerdo de la advertencia de su marido acerca de Augusto. Algo que, francamente, prefería descartar para que no ocurriera, pero que no podría evitar si sucedía.

—Démosle tiempo al tiempo y que gane el mejor —resolvió, con calma y una chispa de entusiasmo también—. Eso sí, pienso colaborar en que la protagonista de la fiesta sea también la más bonita: con permiso de vosotras dos, Julianna, me complacería regalarte un vestido. —Miró a las demás—. Un traje maravilloso que refleje tu esencia hasta lo más profundo.

Julianna discutió mucho, tanto el color del vestido como el largo del

escote. Consigo misma, con Rebeca, con Evelyn y Anne, con la modista. ¿Escote bajo y atrevido, o alto y discreto? ¿Muchas enaguas para opacar la falda, o pocas y finas para que el vestido se pegara al cuerpo y revelara sus curvas? ¿A quién pretendía seducir? ¿Al barón o al vizconde? La duda la mortificaba porque era reflejo de la batalla que se libraba en su interior.

Y como no llegó a ninguna conclusión concreta, optó por una combinación de todo: el tejido sería en atrevido naranja con bordados de oro y el escote pudoroso y decente. Lo más posible.

Pero solo dos enaguas.

Capítulo 25

El día que tres amigas se unieron
para planear maldades.

—¿Llevas la capa de piel?
—Sí, tía.
—¿Y el manguito?
—También, tía. Y varios guantes de invierno.
—Ha refrescado mucho. Esas prendas te harán lucir como una princesa rusa.
—No exagere, tía.
—No permitas que nadie sospeche siquiera, la situación en la que se encuentra tu familia —cuchicheó la señora Wimsey, en la primera ocasión en que las doncellas le concedieron intimidad con su sobrina.
Julianna nunca imaginó que preparar equipaje para solo cinco días fuese tarea tan complicada. Había dos baúles abiertos en mitad de su habitación, ropa por todas partes. Su tía Dorothea daba órdenes, un par de doncellas traían y llevaban prendas ocupando todo el espacio disponible, recluyéndola a ella en un rincón. Le habría gustado poder disponer y decidir a solas lo que prefería llevarse. Pero con la hermana de su madre de por medio, aquello no era más que un deseo imposible. Dorothea llegó hasta su lado y le colocó las manos sobre los brazos.
—Permite que te vea. Santo cielo, qué belleza la tuya, niña, eres el vivo retrato de la abuela Violetta, considerada en sus tiempos una de las damas más hermosas y virtuosas de Venecia.
—¿Virtuosas? —repitió Julianna, con ironía.
—Estaría tan orgullosa de ti… Un barón y ahora, un futuro conde.
Julianna se vio en la obligación de frenar, una vez más, su desmedido entusiasmo.
—Tía, apenas hay nada en pie con esos caballeros, no quiero que te decepciones si al final nada ocurre…
Sin embargo, si algo adornaba a Dorothea Wimnsey, era ser inmune al desaliento. Los funestos presagios de su sobrina, solo la hicieron

sonreír.

—Bueno, para eso precisamente vas a pasar unos días a Herrick House, para que ocurra. No pretendo sonar desagradecida, pero ni que decir tiene, que dadas las circunstancias, un vizconde, futuro conde, sería una opción infinitamente más preferible que un simple barón.

A Julianna se le revolvió el estómago.

—Tía, reprímase, se lo ruego, por todas las góndolas que inundan el canal…

—Te falta confianza en ti misma, sobrina. ¿Cómo puede una joven tan llena de talentos dudar de que conseguirá lo que desea?

«¿Quizá porque lo que deseo no es lo que más me conviene?» se preguntó Julianna, sin atreverse a manifestarlo en voz alta.

—¿Has elegido con cuidado tus vestidos? —Dorothea dirigió una mirada preocupada a los baúles.

—Sí, tía. Preferiría llevar solo un ba…

La señora Wimsey se hizo convenientemente la sorda.

—Espero que no hayas escogido nada inadecuado.

—¿Piensa revisarme el equipaje? —se asustó Julianna.

Dorothea sonrió con amplitud y a pesar de saber lo mucho que su tía la adoraba, Julianna se sintió como un boleto de apuestas.

—No, querida, confío en tu buen juicio y en tu criterio. Ve a por el vizconde. Mucho mejor que el barón. Sí.

La mansión principal del condado de Herrick era un edificio ancestral que encogía un poquito el corazón. Mirando su fachada imponente, sus cientos de ventanas y sus torrecillas, Julianna casi podía escuchar los cascos de los caballos de guerra y el roce de las armaduras, proveniente de siglos atrás. Como si los espíritus del medievo se hubiesen quedado flotando en sus bosques, sin querer abandonar del todo un lugar tan emblemático. Su febril imaginación no lograba situar al irreverente vizconde Rothgar en aquel sitio. O quizá sí, quizá fuera el entorno perfecto para alguien tan rebelde, tan osado y contrario a las reglas y al tiempo, tan fuera de lo común como el heredero de Herrick.

Dos veces le había pedido matrimonio. Si es que a aquella broma descabellada suya podía llamársele proposición. Nada más lejos del protocolo habitual, pero claro, ¿quién esperaba que un hombre así fuera convencional? Ella, por descontado, no lo había tomado en serio y ahora que no cabía dar marcha atrás, se arrepentía. Julianna no podía recordarle su petición, no habría sido decoroso; ni tampoco pedir su mano, eso estaba fuera de toda hipótesis aunque en algunos países extranjeros se permitiese. Si él no insistía, todo quedaría estancado, ahí, en la nada. Y esa perspectiva la ponía muy triste.

En algún rinconcito de su alma, deseaba disponer de la oportunidad de decir que sí. Mirándolo retadora a los ojos, perdiéndose en aquel fuego común que a veces los consumía a los dos si se miraban. La devastadora lucha entre su corazón y su mente la hacía añicos, porque desear con cada fibra de tu ser lo que menos te conviene, equivale a tener tendencias suicidas. Y a ella le agradaba Augusto. Mucho. Bastante. Pero no la encendía del modo en que lo hacía Henry. Contra eso era inútil luchar.

Además de que la fortuna del vizconde, pensando únicamente en las necesidades de su familia medio arruinada, también era mayor.

Habían acordado que la señorita Hagstings se quedase también en Herrick House, era mucho más correcto y no dejaba a Julianna en evidencia ante nadie, especialmente ante Henry. Lady Evelyn Fowler era una casamentera elegante que cuidaba todos los detalles. Y aunque al principio Anne se había opuesto con brío, su carácter maleable y llevadero no tardó en dejarse convencer.

Las jóvenes bajaron del carruaje que las había recogido en Londres para llevarlas al campo. El mayordomo y varios lacayos aguardaban en la puerta para hacerse cargo de los equipajes. Comparados con el de Anne Hagstings, los reducidos bultos de Julianna Donne la avergonzaron, el suyo parecía el baúl de una mendiga nómada. Lady Evelyn salió corriendo a recibirlas con la misma efusividad con que lo hacía todo: las abrazó y las besó en las mejillas.

—Bienvenidas a Herrick House. Estoy tan feliz de que hayáis aceptado venir, estos días juntas van a ser inolvidables.

—Gracias por invitarnos, querida, ha sido un gran detalle por tu parte —murmuró Julianna, preguntándose todavía si aquello no sería una enorme equivocación.

—Un placer. Y si mis planes respecto de mi primo salen como deseo, estaré aún mucho más satisfecha.

La joven pelirroja sintió que un calor espantoso le subía por el cuello hacia arriba.

—Una lástima que lady Rebeca no nos acompañe —añadió Anne Hagstings, con un deje de melancolía.

—Me temo que tendremos que acostumbrarnos a verla como lo que es, una mujer casada —apuntó Julianna, con acierto—. En circunstancias como estas, echo de menos su buen juicio, su sensatez, sus sabios consejos —confesó en un arranque de sinceridad.

Lady Evelyn hizo un ruidito gracioso con la lengua.

—¿Con eso quieres decir que somos una mala influencia? —preguntó con fingida inocencia.

—Lo sois. Especialmente tú, querida Evelyn. Y sí, me refiero a los planes de los que hablas, esos que te rondan la cabeza y que me ponen la carne de gallina.

Sin dejar de reír, Evelyn se colgó del brazo de sus dos amigas y las condujo hacia el interior de la casa.

—Vamos a divertirnos, eso es todo. Porque si mi plan falla, siempre nos quedará el rendidamente enamorado barón Stendhal.

Julianna la miró sin entender bien qué pretendía decir, pero Evelyn ya había encontrado otro tema de conversación: el saloncito común que compartían sus tres dormitorios y los preparativos de la fiesta del día siguiente.

Capítulo 26

El día que las intenciones
no quedaron nada claras.

—Tienes mala cara, querida, estás demasiado pálida y se te marcan las ojeras.

Anne Hagstings se llevó, horrorizada, las manos al rostro. Lady Evelyn volvió a sacudir la cabeza a modo de asentimiento.

—Necesitarás cuidados especiales para esta noche. Un largo baño caliente y algún remedio eficaz contra los ojos inflamados. Tenemos una doncella galesa que es una auténtica maga en esas cuestiones.

—¿También tengo los ojos hinchados? —se espantó Anne—. Os dije que no debíamos quedarnos hasta tan tarde chismorreando. No cuando esta noche es la gran fiesta.

—Era una tentación demasiado estimulante —rio Julianna, alejándose de la ventana para abrir su pequeño baúl.

—No lo dirás por ti, no logramos sonsacarte una sola palabra acerca de tus preferencias sentimentales —se quejó Anne, con un puchero.

—Sin embargo, lleva un buen rato oteando desde la ventana —se burló Evelyn, con intención— ¿A quién esperas ver, querida amiga?

Julianna prefirió refugiarse en el silencio. Se inclinó sobre el baúl y sacó el precioso vestido de seda naranja bordado en oro. Sus amigas lo admiraron con una exclamación de estupor.

—¡Es un sueño! —canturreó Anne, arrebatada.

—El magnífico regalo de la duquesa —alabó lady Evelyn, nuevamente confusa respecto a cómo debía sentirse. Rebeca. Rebeca la que jamás fallaba y todo lo hacía bien—. Es precioso, te hará brillar esta noche como un pequeño sol en miniatura. En cuanto a caballeros —agregó, forzándose a animarse—, no debería haber discusión alguna: el primo Henry es, de lejos, mucho más apuesto que lord Stendhal. Y si se me permite decirlo y no suena arrogante, ya que pertenece a mi familia, un barón queda muy por debajo de un conde.

—De momento y mientras tu querido padre viva, Henry no es más que vizconde —apostilló Anne, con los labios apretados.

—Mientras padre viva —repitió Evelyn, en un eco—. Sí, es una forma de hablar.

La joven pelirroja suspiró mientras apretaba el fastuoso traje contra su pecho.

—El caso es, ¿merezco yo un conde?

—¡Julianna! —gimieron las dos, a dúo.

—¿Cómo puedes decir algo tan…, tan sumamente estúpido? —se enfadó Evelyn.

—No tengo pruebas de que tu adorado primo esté pensando en mí en esos términos.

—Precisamente, esta noche espero comprobarlo y salir de dudas.

—Desde que hemos llegado no lo hemos visto… —apuntó Julianna, cautelosa, que nadie notara su ansiedad.

Lady Evelyn se levantó de la silla y caminó en su dirección.

—Estaba de viaje, regresará de un momento a otro, y seguramente se irá directamente a su dormitorio, a descansar. Tendrá la intención de aparecer reposado e irresistible en la fiesta de la que es anfitrión. Lo conozco, es un vanidoso incorregible. Julianna, ese vestido es una joya. Me alegro de que te hayas decidido a arriesgar un poco más con los colores.

—Tú y yo vamos vestidas de blanco —señaló Anne, un poco desconcertada.

Lady Evelyn agitó una mano en el aire.

—Tú y yo no somos venecianas, querida.

—La verdad es que mi atrevimiento tiene una explicación —aclaró azorada la joven pelirroja—. Si el barón Stendhal acudiera a la fiesta esta noche, no osaría vestir de color fuego. Tengo entendido que su madre prefiere las damas discretas y comedidas.

Lady Evelyn se mordió el labio inferior y miró hacia la ventana.

—¿Qué pasa con ese té que nunca llega?

—¿Estás nerviosa, acaso? —se burló Anne, con cariño.

—Estoy emocionada, lista para saber lo que nos depara la velada.

La servidumbre de Herrick House se reveló especialmente diestra en el arte de decorar los salones de la gran mansión e impresionar a todos los asistentes, creando un mundo de fantasía. Había candelabros de plata por todas partes, la luz amarillenta de las velas se extendía por el espacio como una neblina mágica. Al fondo de la gran sala, se instalaron los músicos encargados de amenizar los bailes, y en salones laterales más pequeños, se extendían largas mesas llenas de comida.

Las tres jóvenes entraron en el salón de baile cuando ya habían llegado muchos invitados. Tanto los actuales condes como su heredero, recibían a cada persona tras ser esta anunciada. En poco rato, Armand Fowler se excusó aquejado de un molesto dolor de espalda, dejando en manos de su esposa y sobrino la tediosa tarea de

ejercer de anfitriones principales.

Mientras que Anne hacía lo posible por no mirarlo, Julianna espió sin pudor a Henry Spencer desde lejos. Era, sin duda, el hombre más hermoso que había visto nunca. Sus movimientos felinos, envolventes, seductores, con y sin intención. Sonriendo a todo el mundo, inclinándose cortés, besando manos. Todos los ojos fijos en él, incluidos los de su tía, que parecía compartir aquel sentimiento de orgullo infinito con su hija, lady Evelyn. E independientemente de los recelos de Julianna, debía reconocer que dejarse llevar por el embriagador poder de aquel hombre para convertirse en el centro del universo, resultaba maravilloso.

La veneciana llevaba día y medio en Herrick House. Día y medio preguntándose si la joven rubia que había agotado el cupo de bailes con Henry la última vez que coincidieron, acudiría. La pelirroja no se veía compitiendo por la atención de nadie, ni siquiera por la del heredero de la casa Herrick. Pero sería humillante verlo bailar de nuevo con ella.

—Esa joven rubia del otro día en la fiesta… —arrancó, con un titubeo.

Sin necesidad de más datos, Evelyn ya sabía qué estaba preguntando. Anne acababa de irse, solicitada por un joven de apariencia bastante aburrida.

—La señorita Fairfox. Su padre es propietario de varias navieras. No me cae nada bien.

—A tu primo no parecía desagradarle.

—No le desagrada. Pero tratándose de Henry, eso no significa necesariamente algo. Míralo, ya viene hacia aquí. Y te mira como si fuese a pedirte matrimonio de un momento a otro.

El corazón de Julianna se agitó dentro del pecho. En efecto, la miraba como si con cada paso la despojase de una prenda hasta dejarla completamente desnuda.

—Señorita Donne, está usted bellísima esta noche. —Se dirigió a ella, tras saludar con una reverencia general— ¿Tendré de nuevo el honor de que me conceda…?

Las manos nerviosas de Evelyn empujaron a Julianna hacia su primo.

—Claro que te concede el baile, no hace falta que lo apuntes en ningún sitio, Julianna, ve con Henry…

De repente su rostro perdió el color, los ojos azules, asustados, fijos en algo a espaldas de Julianna. La veneciana se giró para descubrir que se trataba de un grupo de guapos oficiales de uniforme, conversando y degustando ponche. Una escena de lo más inofensiva, pensó.

—Disculpadme…, un instante —tartamudeó Evelyn, antes de salir

casi corriendo.

—¿Bailamos, entonces? —El vizconde tenía la mano extendida hacia ella.

Julianna lo miró un instante antes de decidir. Algo malo le ocurría a su amiga y tenía que averiguar qué era.

—Lo siento, ahora…, no puedo.

Lo dejó esperando, entre ofendido y sorprendido. Más de lo segundo que de lo primero. Pero Julianna ya iba tras los pasos de Evelyn que, muy agitada, buscó a su madre. La agarró del brazo y tironeó.

—Madre, madre, ¿qué hacen esos oficiales aquí?

La condesa los miró sin demasiado interés.

—Forman parte de un destacamento cercano, están alojados en casa del marqués de Lettar, no he visto inconveniente alguno en invitarlos también. ¿Qué te ocurre? Estás muy pálida.

Evelyn se tambaleó. Julianna la sujetó justo a tiempo para evitar que cayera. La condesa, ajena a lo que ocurría, acudió a saludar a otro invitado, dejándolas de nuevo a solas.

—Sácame de aquí. ¡Rápido! Llévame a la biblioteca —rogó Evelyn, en un gemido.

Julianna afianzó el gancho del brazo y apartó a un par de personas.

—No sé dónde está.

—Te iré guiando. Ese pasillo de ahí, la última puerta a la izquierda.

Su voz era débil, casi como si le fuera imposible respirar.

—Me estás asustando, ¿te encuentras bien?

—Estoy mareada. Yo…, siempre me ocurre si veo un uniforme como…, como el de él.

—Tu madre no sabe nada —adivinó Julianna, con gravedad.

—No quiero preocuparla, por eso no se lo he contado. ¿Cómo es posible que ellos hayan regresado? Julianna, todos han vuelto a Inglaterra menos el hombre que pidió mi mano antes de irse.

Entraron en la biblioteca y lady Evelyn dejó de contenerse, rompiendo a llorar con desconsuelo. Julianna le pasó un brazo por la espada, y a continuación, viendo que su gesto era insuficiente, la abrazó.

—Cálmate, querida. Creo que nadie podía imaginar que te afectara tanto.

Se sentaron en un pequeño sofá, con las manos entrelazadas.

—Debes indagar cuanto antes en qué ocurrió con tu prometido, y poner fin de una vez por todas a esta situación.

—Soy incapaz, llevo año y medio evitando cruzarme con un uniforme. No soy dueña de mí cuando veo uno. Tiemblo, tartamudeo, pierdo la visión…

—Visitaremos a sus padres, ellos deben de saber algo.

—Son herméticos. Solo niegan y niegan. Es como si supieran que

está muerto y no quisieran decírmelo. Pero no tiene ningún sentido, ¿por qué querrían mantenerme atada por compromiso a un hombre que nunca volverá?

—Tu padre…

—A mi padre no le importa si me convierto en una solterona o muero —la cortó Evelyn, con una impetuosidad que la sorprendió—. No tenemos…, nuestra relación no es precisamente idílica.

—Pero es tu padre —susurró Julianna, sin poder aceptar del todo la realidad que su amiga le exponía.

Evelyn hundió la cara contra el pecho y sacudió la cabeza en una negativa lenta y constante.

—Seguramente desearía tener otra hija. Mejor, más perfecta, menos ingrata, alguien como lady Richmond.

—No digas eso, no te menosprecies.

—Llevo media vida soportando que me compare con ella. Y eso que hasta hace poco apenas si la había visto media docena de veces en persona. El conde querría que me hubiese casado bien casada, igual que ella, y estuviese esperando un hijo.

—¿Estás resentida? ¿Por eso la atacaste tan duramente en el asunto Walsh?

Evelyn sonrió con absoluta tristeza.

—Lo estaba, no te lo voy a negar. Pero Rebeca es buena, es generosa y amable. Una vez que la conoces es difícil detestarla. En fin…, mi vida familiar es una inmundicia, como puedes comprobar.

Evelyn se levantó de un salto y se dirigió a la mesita de los licores. Sirvió una copa y ante el asombro de Julianna, la consumió de un trago. A continuación, sirvió otras dos y volvió a sentarse. Ofreció una a Julianna y la segunda se la llevó a los labios.

—Es whisky escocés. Del mejor —aclaró al ver que la pelirroja dudaba.

Julianna asintió y apuró también la copa. Luego las dejaron sobre una mesita, se miraron a los ojos y estallaron en carcajadas.

—¿Qué has hecho con mi primo?

—Lo he dejado ahí, en alguna parte, pidiéndome un baile.

—¡Santo cielo! ¡No te lo perdonará!

—Tú eras más importante.

Evelyn sonrió con cariño, mientras rodeaba de nuevo con sus manos las de la pelirroja.

—Mi estimada Julianna, qué fortuna tenerte como amiga… ¿Otra copa? De verdad que hay muchas penas que necesito ahogar.

Se bebieron tres whiskies bien colmados cada una, antes de volver al salón de baile, tomadas del brazo, dibujando eses con los pies. Julianna flotaba en una deliciosa nube de bienestar, una sensación de euforia eterna y absoluto poder, de la que no pensaba descender.

Lord Rothgar bailaba con una dama que no era la rubia hermosa de la vez anterior, pero a la que miraba con idéntica entrega. Julianna pasó por su lado. Lo suficientemente cerca como para rozarle los dedos con su mano y dedicarle una sonrisa incendiaria, cuando él la miró con desconcierto.

—Baila usted muy bien, señor, lo felicito —susurró, cerca de su cuello.

Henry notó que toda su piel reaccionaba a la caricia de su aliento. La jovencita frente a él, dejó de existir. Se vio girando y bailando sin ser consciente de otra cosa más que de la figura de Julianna alejándose entre los invitados, como la llama de una fogata, encendida y rebelde.

No se despidió de la dama cuando cesó la música, solo deseó no haber perdido al objeto de sus anhelos, que por alguna razón, no hubiera decidido marcharse. Qué paradoja, jamás, en toda su vida, había perseguido a una mujer.

Se le escapó una sonrisa.

Después de recorrer varias salas, la encontró en la terraza, apoyada en la balaustrada de piedra, sonriéndole a la luna en las alturas.

—Señorita Donne, está usted muy escurridiza esta noche.

—Y a usted nunca le falta de quién ocuparse —replicó ella, sin mirarlo y sin vacilar.

—¿Celosa?

Entonces sí giró la cara y lo observó. Soltando una risita feliz.

—¿Le gustaría?

—Baile conmigo y haré suyas todas mis confesiones —propuso Henry, acompañándose de una pequeña reverencia burlona. Ella le tendió la mano.

—Acuerdo concederle un baile, señor mío. Exclusivamente uno.

Tropezó con sus propios pies, y solo el fuerte brazo de Henry impidió que cayera de bruces al suelo. La entrenada nariz del vizconde recibió una oleada con aroma a whisky caro. Carraspeó perplejo.

—Julianna, es usted una joven fascinante.

—No me diga lo que ya sé. En lugar de adularme sin ningún sentido, debería ayudar a su prima con el asunto de su compromiso.

—Eso es algo que podemos discutir en otro momento. —Henry se detuvo, sin dejar de sujetar su brazo— ¿Prefiere música o un poco más de aire fresco?

—Yo…

Giró indecisa sobre sus talones y su dedo quedó apuntando a una figura alta y solemne, en la distancia.

—¿Qué diantres hace él aquí?

Capítulo 27

El día que una dama veneciana
también solicitó que le concedieran tiempo.
Y el alcohol hizo de las suyas.

—Yo no he sido —aseguró lady Evelyn, al pasar de largo sin detenerse. Su andar, vacilante, su voz algo pastosa.

El vizconde Rothgar giró lentamente a mirar por encima del hombro. Cuando sus ojos se encontraron con Augusto, dejó ir una sonrisa casi perversa.

—¿El barón Stendhal? Bueno, si mi adorada prima y usted desean un combate justo, no podía dejar de traerlo. Quiero decir, invitarlo —rectificó, aguantando la risa.

Julianna reaccionó como una loba herida, clavándole unos ojos inmisericordes.

—¿Se divierte usted mucho con todo esto, vizconde?

—Francamente, querida, reconozco que a veces eres lo mejor del día.

Alguien interrumpió la réplica furiosa que la joven veneciana tenía en la punta de la lengua. Lord Stendhal y su educación exquisita.

—Señorita Donne, cuánto me alegro de verla. Vizconde, gracias por contar conmigo para esta encantadora velada. —Volvió a mirarla a ella— ¿Me concedería…?

Julianna estiró una mano y la colocó frente al rostro de Augusto.

—Desde luego que sí. Ha sido un placer, lord Rothgar.

—Julianna…

La joven ignoró su llamada, camino de la sala de baile, apoyándose en el brazo de Augusto para no tropezar. Iniciaron la danza, colocándose al extremo de la fila de bailarines. El barón Stendhal se aproximó un poco más de lo necesario.

—¿Ha…, bebido usted?

—Solo ponche de señoras —mintió Julianna, tambaleándose.

Giraron al unísono. Primero hacia la izquierda, luego hacia la derecha.

—Lo que no significa que no agradeciera algo más fuerte —agregó, con un guiño picante.

—¡Señorita Donne!
—¿Qué, lord Stendhal? ¿Qué? Se pasa usted el día escandalizándose, ¿puedo preguntar de qué se trata ahora? ¿Que una dama manifieste su deseo de consumir alcohol también se considera ilícito? Estar harta del ponche azucarado que sirven a las mujeres, no debería ser ningún pecado.
Famoso por su sagaz inteligencia, Augusto optó por cambiar inmediatamente de tema. No llegaría a ningún sitio en aquella dirección.
—Señorita Donne…, Juliana, usted accedió a concederme otra oportunidad. Prometió que dispondría del tiempo necesario para…
—Convencer a su señora madre de que soy la elección correcta. —Bufó—. Lo recuerdo perfectamente.
—¿Sigue manteniéndolo?
Julianna levantó los ojos y la luz de los candelabros le iluminó la cara. Augusto jamás había visto nada tan hermoso.
—¿Qué me diría si yo también le pidiera tiempo? —lo sorprendió la joven.
El barón pestañeó desconcertado.
—¿Puedo preguntar para qué?
—Para convertirme en la dama que su madre espera. Me esforzaré, tiene mi palabra.
Lord Stendhal sonrió aliviado.
—Eso sería tan acertado…
—Que su madre me apruebe por ser refinada y modélica, puede suceder. Que me apruebe por dejar de ser de Venecia, es algo que no verán nuestros ojos.
—Todo puede darse, no perdamos la esperanza —respondió él, enigmático.
Julianna giró sobre sí misma en una graciosa pirueta, mucho más seguros sus pies que hacía un rato.
—Dígame, ¿qué espera usted de una esposa?
Augusto pareció muy sorprendido con la pregunta.
—Una compañía tan tentadora y estimulante como la suya —le susurró junto al oído, tras meditarlo un segundo.
Julianna enarcó las cejas. Unas palabras, aquellas, más propias de otra boca que de la del comedido lord Stendhal.
—¿Me considera acaso, tentadora y estimulante?
La pregunta la hizo avanzando un paso adelante, colocándose mucho más cerca de Augusto y de su fuerte pecho en el que sin dudar, se habría cobijado. Notando que su corazón se alegraba en una especie de tímido aleteo.
—Bebamos algo —propuso él, incómodo, algo nervioso.
Caminaron lento hasta una de las salas contiguas donde se servían

bebidas. Los ojos azules de Stendhal brillaban de tal modo, que Julianna no conseguía desviar la mirada. De repente, parecía realmente interesado en seducirla, su voz se había licuado como la miel y cada vez que se refería a ella, su nombre entre los labios sonaba a caricia.

Daba comienzo, pues, la competición.

Una pugna a la que nadie lo había invitado, pero de la que Augusto, por decisión propia, había decidido formar parte.

Julianna miró hacia el fondo del salón. Allí estaba lord Rothgar, desplegando sus encantos entre las mujeres, divirtiéndose sin necesitarla. Hasta que sus ojos se cruzaron sin querer y Julianna leyó en ellos una llamada de ansia y deseo irrefrenable…, que duró apenas unos instantes. Henry rodó las pupilas y se apartó de ella, devolviendo sus fascinantes sonrisas a las tres damas que lo rodeaban.

Y así continuó hasta el final de la noche. Solo un baile entre los dos, y un segundo de gloria compartido que no se volvió a repetir.

Lady Evelyn caminó sin rumbo, de sala en sala, en busca de Anne Hagstings. Con la vista borrosa y una sonrisa permanente entre los labios que era incapaz de borrar. Sintiéndose invencible y poderosa, como jamás antes se había sentido. Su pavor ante los uniformes, momentáneamente mitigado, hasta el punto de considerarse capaz de bailar, si se terciaba, con uno de ellos. Sus rencores familiares, adormecidos. Feliz, porque se había cruzado con Henry y con Julianna y los había visto conversando de manera muy íntima.

¿O estaban discutiendo, lanzándose rayos con los ojos?

No conseguía recordarlo. De hecho, no lograba traer a la mente ningún recuerdo que no fuese optimista y alegre. Tropezó varias veces con distintas personas, pidió disculpas en un idioma que ni siquiera parecía inglés, y por fin divisó a Anne bailando encandilada con un mozalbete imberbe, carente del menor atractivo.

Sin controlar del todo lo que hacía, Evelyn Fowler se colocó por delante en la fila de bailarines, atravesada entre su amiga y su pareja. Levantó el dedo y señaló al joven, que retrocedió intimidado.

—Eh, usted.

El muchacho se señaló el pecho con los dedos índice.

—¿Yo?

—Sí, usted. Además de aburrido, baila de pena. ¿Cuántas veces ha pisado a mi querida Anne?

Anne trató de sujetarla, sofocada y roja como una amapola. Pero Evelyn se deshizo de su gancho con un tirón.

—Evelyn, querida…

—Te ha pisado. No lo niegues. Lo he visto.

—Yo…, lo lamento. Mis dotes como bailarín… —se disculpó el jovencito.

Evelyn abrió los brazos y le mostró las palmas, mientras se tambaleaba peligrosamente de un lado a otro.

—No son su mayor talento. No hace falta que lo jure. Pero lo miro y me pregunto qué otra virtud podría usted tener, debe de ser algo que no queda a la vista…

—¡Santo cielo, Evelyn! Le ruego que nos disculpe, señor Edward, lady Evelyn solo bromea…

—No, en serio, ni siquiera sé qué hace aquí este pececito mojado. ¿Por qué lo hemos invitado? ¿Quién te ha invitado? No me lo digas, mejor no saberlo. Vámonos, Anne, este danzarín pésimo no te merece.

Anne se retiró de allí a toda prisa, asegurándose de que su amiga iba con ella. Y el pobre Edward se quedó en mitad de la zona de baile, boquiabierto y zarandeado por los demás invitados que giraban y saltaban al ritmo de la música.

Evelyn le hizo señas a Anne para que se sentaran en un pequeño sofá, en un rincón tranquilo. Una vez acomodadas, se le escapó una risita que disimuló tapándose la boca con las manos.

—Evelyn, estás…, ¿borracha?

—Hemos bebido un poco. Solo un poquito. Tú también deberías, puede que te avivara el ingenio a la hora de conceder tus favores. Debes ser más exigente, Anne, ¿cómo has podido perder el tiempo con ese…? Con ese. Mequetrefe.

—Bueno, me ha invitado a bailar. Y es muy correcto y…

Lady Evelyn se inclinó hacia delante, con los ojos medio vueltos y la lengua de trapo.

—Los hombres deben ser tentadores. No correctos.

—¡Evelyn! ¿Pero qué disparates dices?

—¿Ya has olvidado lo del pálpito?

—¡Dios bendito!

—Definitivamente, querida, necesitas un whisky. Vamos a la biblioteca.

En ese momento, otro joven desconocido se acercó a ellas e hizo una reverencia formal. Evelyn Fowler lo miró desde abajo, torciendo el cuello en una postura imposible. El joven caballero se dirigió a Anne.

—Señorita Hagstings, ¿sería usted tan amable de concederme…?

—No —se adelantó Evelyn antes de que Anne pudiera contestar—, olvídese. No es usted lo suficientemente apuesto.

Anne gimió su vergüenza al tiempo que se cubría la cara con un pañuelo. Hizo una seña con los ojos al joven para que no insistiera. Sospechando que algo no iba del todo bien con aquellas damas, el caballero desapareció a toda velocidad.

—Era feo… —explicó Evelyn, por si hiciera falta aclaración.

Anne hizo todo lo posible por separarla del asiento y evitar que cayera de bruces, todo al mismo tiempo.

—Vamos a por ese whisky.

Dos copas más tarde, sentadas en el Chester de la biblioteca, Evelyn se sentía sorprendentemente más despejada, mientras que Anne Hagstings gimoteaba entre hipidos, con un vaso vacío entre las manos.

—Debería dejar de comparar a los caballeros que se me acercan con lord Rothgar. Resulta espantoso, sigo considerándolo el más apuesto…

Evelyn levantó un dedo y apuntó al techo de madera.

—Las comparaciones son detestables, te arruinan la vida, hazme caso, sé de lo que hablo.

—¿Tú crees que si Julianna lo rechaza yo tendría…? ¿Tendría una oportunidad…?

El rostro de Evelyn se cubrió de oscuridad y el efecto plácido de la embriaguez se esfumó como por encanto.

—¡No! ¡Nunca! ¿Quieres estar con un hombre al que otra mujer le ha roto el corazón? ¿Repetir el error de mi madre? ¿La has visto sonreír alguna vez? Vivir a la sombra de un recuerdo es muy duro, Anne, nunca eres suficiente, nunca estás a la altura.

Anne asintió, desolada.

—Olvídate de eso, ni siquiera vuelvas a mencionarlo. Tu carácter y el del primo Henry son como el agua y el aceite, no funcionaría, deja de pensar en él de una vez. Hay otro caballero maravilloso ahí fuera, esperando a ofrecerte su amor incondicional y si fuese preciso, su alma. Y te ayudaré a encontrarlo y a conquistarlo, o dejaré de llamarme Evelyn Fowler.

Capítulo 28

El día que una galería
se convirtió en una tentación.

A la mañana siguiente, Julianna madrugó bastante. Bajó mucho antes de la hora del desayuno y cuando las doncellas le preguntaron si deseaba ser servida, ella prefirió esperar a que lady Evelyn y la señorita Hagstings bajasen también. Mientras tanto, daría un paseo por la magnífica propiedad. Para despejarse de un sueño inquieto y poco reparador. Para aclarar sus ideas.

Augusto había sido especialmente encantador la noche previa. No solo atento. No solo educado y caballeroso. No solo cortés. Le había mostrado aquella parte del hombre que ella desconocía: el seductor, el hechicero. El que podría envolverla con placeres inimaginables, garantizándole la felicidad completa.

Pero el vizconde…

Julianna se detuvo a la entrada de un corredor ancho con la respiración alterada y un montón de pensamientos tan ardientes como inapropiados. Se llevó la mano a la mejilla y rozó una piel que ardía.

—Ignoraba su interés por el arte, señorita Donne.

Aquella voz.

El mundo de Julianna se redujo a las sensaciones que la voz de Henry traía consigo. De repente, era consciente de todos sus movimientos, hasta de su jadeo, del galope salvaje de su pulso. De la urgente necesidad que le apretaba el vientre. Aspiró una bocanada de aire y fingiendo normalidad, se giró para enfrentarlo con una sonrisa en la boca.

—Buenos días, vizconde. Qué madrugador.

—No he descansado demasiado bien. ¿Ha bajado a contemplar la galería de mi familia?

Julianna apuntó al interior del pasillo.

—¿Se refiere a esta zona? Ignoraba que fuese una galería.

—Hay toda una exposición de retratos de nuestros antepasados y otras obras de sumo interés para cualquier aficionado al arte pictórico. Déjeme enseñársela. Aderezaré el paseo con chismes y cotilleos acerca de mis bisabuelos. Somos una familia de lo más pintoresca, ya verá.

Cuando Julianna se dio cuenta, él le estaba ofreciendo, galante, un brazo. Lo aceptó sin rechistar, sintiendo a través de la ropa, directamente sobre su cuerpo, el calor intenso que Henry desprendía. Notó un tirón violento en el triángulo entre las piernas.

—Esa de ahí es nuestra tatarabuela, la duquesa de Sommerset. Dicen que era la mujer más hermosa de cuantas se movían por la alta sociedad inglesa de la época. Y que tuvo incontables amantes. Una dama fogosa, apasionada por la vida.

La joven pelirroja fijó la atención en el enorme retrato desde el que una mujer con cierta vaga similitud con lady Evelyn, la observaba.

—Me recuerda a su prima.

—Todo el mundo lo dice, en efecto. Y ese de ahí, es el pobre fantoche del duque. Por todos era conocido que la duquesa era quien llevaba las riendas familiares. Mi tatarabuelo era incapaz de tomar una decisión por sí solo.

—Estos retratos son increíbles. La profundidad, el uso de la luz, la riqueza de los pigmentos…

—¿Pinta usted?

—Alguna vez he probado —reconoció, modesta—. No soy ninguna virtuosa, pero me calma y encauza hacia la belleza mis peores demonios.

Las pupilas azabache del futuro conde soltaron un agudo destello.

—Lo que daría por conocer esos demonios suyos.

A Julianna se le escapó un gemido. Enseguida soltó el brazo de Henry y se distanció lo suficiente como para sentirse a salvo y admirar el siguiente cuadro.

—Debería ocuparse del asunto de su prima, lord Rothgar.

—Imagino que se refiere a la cuestión de su compromiso.

—Sufre muchísimo, la simple vista de un uniforme militar altera sus nervios y francamente, con todos los respetos, creo que nadie la está ayudando.

—Que la familia no mueva un dedo es algo recriminable, coincido con usted, pero no significa que ignoremos el problema. El caso es que mis tíos me han prohibido de forma terminante y expresa cualquier intervención. Quieren resolverlo ellos, directamente con la familia del teniente Sommerset.

—¿Sommerset?

—De la rama de los tatarabuelos. Como ve, es un espinoso asunto de familia donde nadie quiere desairar a nadie, con los padres del prometido de Evelyn que se niegan a avanzar un paso en ninguna dirección.

—No es justo para ella. El tiempo pasa y pronto será demasiado tarde.

Henry se colocó justo frente a Julianna. Erguido y firme. Con una

expresión en su rostro, más grave de lo que nunca había mostrado. Levantó la mano como si fuese a rozarle el brazo pero la dejó caer antes de que sus dedos lamieran la piel.

—Tiene mi palabra de que no permitiré que la vida de mi prima se eche a perder. Aunque ello implique enfrentarme con mi tío o enemistarme con media familia.

La joven pelirroja no respondió. Supo con certeza que Henry Spencer era sincero y que antes mataría o moriría, que faltar a su palabra. El futuro de su amiga estaba en buenas manos. De modo que sonrió.

—Por favor.

—La aprecia usted mucho. Y se lo agradezco. Mi prima no es alguien fácilmente tratable. Es lo más opuesto a la discreción que he conocido nunca. Impulsiva e imprudente. La perfecta generadora de conflictos.

—Su prima ha cambiado muchísimo en los últimos meses. Para mejor, debo añadir.

Henry tomó la mano desnuda de Julianna y se la llevó a los labios para besarla. Piel sedosa y cálida, contra piel. Las rodillas de la joven temblaron cuando él levantó la otra mano y la besó también, manteniendo el lazo que apresaba sus dedos. Julianna sintió que se petrificaba, que no podría volver a moverse jamás.

—Seguramente es obra de su bendita influencia —susurró emocionado—. No concibo que nadie la conozca y la trate, y no sufra un cambio en su esencia más íntima.

La palabra «íntima» bailó entre sus labios como una luciérnaga en la noche. El corazón de Julianna saltó enloquecido dentro de su pecho.

—Me sobreestima usted, señor.

Los ojos azules de Rothgar reflejaron el rostro de Julianna. Su voz profunda, masculina, insoportablemente sensual, la rodeó como un halo vivo. Y entonces…

—¡Aquí estáis! Por fin os encuentro.

Alejaron las manos el uno del otro, y recibieron a lady Evelyn y a la señorita Hagstings con una sonrisa forzada, artificial y demasiado rápida. La magia sublime de un momento especial acababa de estallar en mil pedazos.

—Le mostraba a la señorita Donne los rostros de nuestros gloriosos ancestros —se apresuró a aclarar Henry.

—Julianna pinta de maravilla —intervino Anne, con reverencia.

—Eso tengo entendido, aunque me lo han presentado en un plano más modesto. —El vizconde inclinó levemente la cabeza—. Tiene que mostrarme su trabajo, querida señorita.

—Bueno, yo…

—El desayuno está servido —interrumpió Evelyn, con extrema



alegría—. Vamos antes de que se enfríe, hay mucho de lo que hablar.

Capítulo 29

El día que Julianna
dejó de pensar en
qué era o no, correcto.

Lady Evelyn seleccionó un pastelillo con forma de montañita de azúcar y se lo llevó a la boca con una sonrisita traviesa.

—Apenas hemos comentado lo mucho que se divirtió anoche nuestra querida señorita Hagstings. Algo digno de mención.

La joven enrojeció intensamente, mientras hundía la cabeza en el pecho y recordaba abochornada, las salidas de tono de lady Evelyn por culpa del whisky.

—No paraste de bailar, ¿cuántos caballeros tenías apuntados? ¿Siete, ocho? Bailó con todos —se admiró esta, complacida.

—En realidad…

Lady Evelyn Fowler no le permitió continuar. Posó su mano sobre la de la señorita Hagstings y la amansó con unos toquecitos.

—Ya te he dicho que nos ocuparemos de tu matrimonio en cuanto culmine mi obra con la señorita Donne. Lo suyo es casi un hecho consumado.

Al oír su nombre, Julianna levantó de un golpe la cabeza. Henry carraspeó, entre molesto y divertido.

—Evelyn… —empezó a decir. La hija del conde de Herrick agitó una mano en el aire.

—No te des por aludido, querido primo. Me refería al barón Stendhal, ese caballero está perdidamente enamorado de Julianna, todos hemos podido verlo, es cuestión de tiempo que pida su mano.

—¿Sería de su agrado que lo hiciera, señorita Donne? —quiso saber el heredero al condado, con la mandíbula apretada.

—Supongo que casarme entra dentro de mis obligaciones —contestó ella, sin querer comprometerse más. Henry controló su gesto de extrañeza.

—Una respuesta ambigua y bastante resbaladiza, la suya.

—Nuestra Julianna es un misterio en sí misma, es parte de su innegable encanto —alabó lady Evelyn—. Y bueno, hoy iremos juntos al pueblo, es día de mercado…

—Temo que no podré acompañarlas, tengo asuntos de que ocuparme en la casa —la decepcionó su primo.

Evelyn dibujó un puchero con sus deliciosos morritos fruncidos.

—Oh, Henry, no seas aguafiestas.

—Y no cuenten tampoco con la señorita Donne —prosiguió el vizconde—, hemos acordado dedicar la jornada a pintar y a disfrutar del arte. ¿No es así, señorita Donne?

Julianna dirigió a Henry una mirada interrogante, con los ojos muy abiertos. Todo lo que obtuvo fue una amplia sonrisa calmada. Como si no estuviera mintiendo con total desfachatez. Y pese a lo que le dictaba la razón, ella decidió seguir los mandatos de su instinto y aceptar la mano que el vizconde le tendía. Necesitaba averiguar más acerca de sus sentimientos. Necesitaba darle la oportunidad de repetir su descabellada oferta. Una necesidad que empezaba a ahogarla y que comprendía tan poco como la atracción que también sentía por Augusto.

¿Estaría volviéndose loca?

—Sí, es cierto. Lord Rothgar me lo sugirió y yo…

Evelyn se puso en pie de un salto, con una rebanada de pan con mantequilla en la mano. No parecía, en absoluto, contrariada.

—De acuerdo, me parece bien. Que disfrutéis mucho el día. Madre tampoco viene con nosotras porque se siente indispuesta, así que aprovecharemos para gastar cantidades indecentes de dinero en el mercado, compraremos muchas cosas bonitas, ¿a que sí, Anne?

La dócil Anne se limitó a asentir con una sonrisa. Con la pasional lady Evelyn de por medio dando órdenes, ¿para qué intentar nada más?

Dos horas más tarde, todos se habían marchado. Incluso el conde, refunfuñando y amenazando con esperarlas en la taberna mejor surtida, mientras ellas recorrían los puestos y despilfarraban. Lo curioso es que a nadie le contrariase que Julianna permaneciera en la casa, sabiendo que también se quedaba Henry.

¿Acaso estaban todos confabulados, jugando a casamenteros? ¿O simplemente demasiado embebidos en sus propios dilemas como para afectarse?

Puesto que al acabar el desayuno el vizconde se había excusado y desaparecido sin más, Julianna se refugió en el saloncito, sentada junto a la ventana, con un libro que no conseguía leer, arrepintiéndose de no haber elegido el mercado. En ese momento, Henry apareció en la puerta con una suerte de cubilete grande entre las manos, lleno de pinceles de distinto tamaño.

—¿Preparada? —quiso saber, sin moverse, desde el umbral.

—Entonces, ¿hablaba en serio…?
—Desde luego que sí, ¿qué pensaba? Los caballetes están listos y a la espera. Le oculté que también soy aficionado al dibujo para hacer esta proposición mucho más interesante. La reto a un duelo de pinceles, ¿qué le parece? ¿Tentador?
Se le veía feliz como un niño, sin perder la sonrisa en ningún momento. Y era un rictus dulce, casi tierno, en un rostro por lo general, altanero y pagado de sí mismo. Julianna apartó el libro con un suave suspiro, y se puso en pie.
—¿Pintaremos las hortensias? ¿Los jardines? ¿El bosque, quizá?
La expresión en el rostro de lord Rothgar viró a indescifrable.
—Pintaremos en mi gabinete. Fuera hace bastante frío.
—¿Su…? Pero…
—Vamos, señorita Donne. Antes de que nos demos cuenta, cuando más inspirados nos tengan nuestro talento y destreza, esta alborotadora familia mía regresará del pueblo, y el encanto se habrá esfumado.
Todo parecía muy normal e inofensivo. Así que Julianna lo siguió pasillo adelante. Subieron dos pisos de escalera y se dirigieron a una estancia arrinconada al fondo de un pasaje lateral. Henry se encargó de abrir la puerta y con una ligera reverencia, la invitó a pasar.
—Sea bienvenida a mi humilde estudio de pintura.
—¿Dispone usted de estudio propio en Herrick House? En ese caso, dudo que se trate de un simple aficionado.
—Digamos que mi estimada tía tiene especial debilidad por mis retratos.
Julianna avanzó, mirándolo todo. Era una estancia despejada y amplia, pero no exageradamente grande, amueblada con sencillez. Disponía de unos ventanales enormes que se estiraban desde el suelo a las alturas, por los que se colaba una luz dorada e increíble. Perfecta para distinguir los más leves matices de color. Tres grandes caballetes montados ocupaban el centro de la sala. Julianna distinguió un diván de terciopelo verde oscuro, mesas auxiliares plagadas de manchas, cajitas de pigmento y pinceles abandonados, y varias sillas.
El silencio era absoluto. Casi reverencial. Y el olor a Henry flotaba como una aureola por todas partes.
Cuando Julianna se giró a mirarlo, lo encontró con las manos libres, la boca tensa y los ojos fijos en ella. A la joven pelirroja, las paredes de la habitación se le cayeron encima.
—No competiré con usted, señor. Mi talento es realmente despreciable teniendo en cuenta…
—Deseo pintarla.
Julianna tragó con fuerza.
—¿Cómo dice?

—Que no es necesario que batallemos, no sería apenas divertido. Prefiero luchar conmigo mismo por captar su exquisita belleza en un retrato. Eso sí que supone un reto insalvable.

Julianna nunca entendería por qué su corazón escogió justo aquel momento, para latir de forma tan salvaje. Hasta temió que en el silencio infinito de aquella habitación, Henry pudiera oír el pulso de su agitado pálpito.

—No se niegue, Julianna, concédame ese deseo. Tiene mi palabra de que pondré todo mi empeño en serle fiel al original. Por imposible que pueda resultar.

—Ha jugado usted con todos nosotros. Yo debería estar en el mercado hoy, con mis amigas. Con su tío y con sus primas más jóvenes.

—Un entretenimiento que no sería, ni de lejos, tan fascinante como el que nos espera. ¿Se sentaría en esta silla?

Al tiempo que lo sugería con aparente inocencia, colocó una delante del caballete central y sus dedos acariciaron la madera brillante del respaldo. Los ojos verdes de Julianna volaron hacia ese movimiento casi pecaminoso.

—Veo que sigue dudando. ¿Qué hay de malo en permitir que la retrate?

—Me temo que permitirle a usted cualquier libertad, por nimia que resulte, entraña grave peligro, señor —respondió la joven, en un murmullo.

El heredero del condado rio con ganas.

—Si le soy honesto, visto a través de sus ojos resulto muy atractivo.

—Lo es. Y le consta.

Sin querer adularlo más, Julianna se armó de valor para llegar hasta la silla, escondiendo su estremecimiento. No era miedo. No eran solo nervios. Era otra cosa, una sensación demoledora, imparable, avasalladora. Estar allí, a solas con él, en un intercambio de información tan íntimo como un retrato…

El calor le latía entre los muslos.

Tomó asiento en la silla, con la espalda rígida y las manos descansando en el regazo. Henry se centró en disponer el lienzo, los pinceles y demás utensilios. Desde su posición en el centro de la sala, a Julianna le llegaba su perfume. Madera de bosque, palo de hoguera, polvo de estrellas. El olor que la inundaba y la poseía sin remedio. La mezcla de aromas que desataba sus instintos más primitivos.

—¿Así? —preguntó, buscando desesperada una distracción— ¿Así estoy bien?

Henry la repasó, asomando la cabeza por un lateral del lienzo.

—Enseguida estoy con usted, Julianna.

La veneciana tragó saliva. Tenía que conseguir que su maldito

corazón dejase de latir de aquella forma o cuando se acercara a ella, él lo notaría. Jugó con la respiración para calmarse. Pero cuando quiso darse cuenta, las grandes manos de Henry estaban sobre sus hombros, ejerciendo una delicada presión.

—Gire un poco hacia la izquierda. Así, mucho mejor. El modo en que los rayos de sol inciden sobre su cabello es irreal. Sé que me volveré loco tratando de pintarla.

Algo parecido le había dicho Augusto. ¿Por qué no había sonado igual?

Un mechón rebelde. Suelto y rojo sobre su hombro. Acariciando su cuello. Un rizo que él atrapó entre sus ágiles dedos, para no moverlo, tan solo saborearlo desde el tacto.

—¿Puedo?

Ya lo había hecho cuando pidió permiso. Aunque Julianna se lo habría concedido gustosa, igualmente. Las yemas que rozaron su hombro cuando separó apenas la abertura del escote, haciendo rodar las mangas, estaban calientes. Ardían. Julianna ocultó un jadeo. Ser tocada por aquellas manos era como estar envuelta en seda tibia.

Lord Rothgar retrocedió un paso y estudió a su modelo.

—Encantadora. Mucho más que encantadora —murmuró—. No hay palabras para describirte, Julianna.

No habían acordado tutearse, no tenían ese trato tan familiar y cercano, ella no lo había autorizado y sin embargo…, oír su nombre en los labios de aquel hombre fue como la caricia de un beso lento y templado.

Capítulo 30

El día que los pinceles
cobraron vida y
fueron capaces de besar.

Durante casi media hora, Julianna no se movió, apenas si respiraba. Y durante casi media hora, el vizconde se concentró en el lienzo en blanco, con el ceño fruncido, poniendo su mayor empeño en mirarla lo indispensable. Pero al cabo de ese tiempo, todo se hizo escaso, necesitó más. Se mordió los labios, dejó los pinceles y el pigmento en la mesita cercana, contuvo el aliento y miró su trabajo. Luego a Julianna. Por segunda vez al lienzo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella— ¿Le fallan las musas?

—Es tu espíritu lo que no consigo capturar. Tu rebeldía. Tu fuego. Eso tan valioso que escondes pero que te hace tan diferente.

—Yo no escondo…

—Deja de engañarte, Julianna. Tienes un alma intrépida y eso es un regalo del cielo. Sé que aspiras a parecer una respetable damita inglesa, pero quizá no llegues a serlo jamás.

Julianna fue a protestar, aunque la queja murió en sus labios sin siquiera nacer.

¿Estaba diciendo que nunca se convertiría en aquello que tanto deseaba para contentar a la madre de Augusto? ¿Aquello que sus padres le rogaban, por el bien de la familia, que fuera? ¿Lo que todos esperaban de ella? ¿Estaba asegurando que no sería capaz de salvar a los Donne?

—Porque ellas no tienen luz —añadió Henry, sin apartar los ojos del boceto—, mientras que tú la concentras toda. No la repudies, no lo hagas o acabarás arrepintiéndote. Déjala salir, Julianna, muéstramela.

La seda de aquella voz grave y viril era narcótica. Se coló por todas partes. Julianna la sintió en cada poro de su cuerpo. Cada milímetro de su piel reaccionaba a Henry con una ferocidad centenaria. Alzó los ojos y lo miró de frente, deseándolo con cada fibra de su ser.

—Muéstramela —insistió él, en un rumor apagado.

Julianna solo tuvo que rotar un poco el hombro para que la manga del vestido, en equilibrio, cayera del todo, dejándolo desnudo. Luego,

con provocador ritmo lento, sacó las horquillas de su pelo, una a una, permitiendo que cayera en cascada sobre su espalda y su pecho. Dejó su asiento y se dirigió al diván, donde se acomodó, con los brazos doblados sobre el respaldo y el cuerpo ligeramente inclinado.

Una pose sumamente erótica. Lo sabía.

Mientras duró el proceso, Henry no apartó los ojos de ella, devorándola con pupilas hambrientas. Tampoco articuló palabra alguna. Tenía seca la boca. No volvería a pedirle que se casara con él, ya lo había rechazado dos veces, no insistiría a menos que el deseo vibrara en ella y él lo interpretara sin ningún esfuerzo. ¿Qué buscaba Julianna en realidad? ¿Una vida convencional y tranquila con alguien como Augusto? El barón Stendhal no era un tipo insulso, en absoluto. Era mujeriego, hablador, simpático y amante de la diversión. En realidad y hasta donde Henry sabía, no era el caballero desmesuradamente apacible que Julianna creía conocer. ¿Qué estaba pasando? ¿Podría ser que lo prefiriera en vez de a él?

El silencio reforzaba la sensualidad del ambiente, un imán actuando sobre dos personas encadenadas a través de la mirada.

Por primera vez en su vida, Julianna se sintió invencible. Y más femenina que nunca.

—No te muevas —rogó Henry, en un murmullo, concentrándose en manejar los pinceles.

—No me moveré. Hasta que acabes el esbozo.

Fueron los cuarenta y cinco minutos más intensos de sus vidas. Separados por varios metros, fingiendo estar tranquilos cuando lo único que ambos deseaban con desesperación era encontrar los brazos del otro, el cuerpo del otro, los labios suaves y cálidos del otro. Y entregarse por completo. Dejarse llevar por la impensable oleada de emociones que empezaba a dominarlos sin marcha atrás.

Henry soltó el pincel y la observó en silencio. Con los ojos azul mar entornados, tormentosos, febriles. De un par de zancadas llegó hasta ella. Clavó una rodilla en el suelo y sus manos se enredaron en el pelo salvaje y rojo.

Julianna pensó que modificaría su postura, pero no. Henry no venía a eso.

Se le acercó lentamente, una aproximación que también era una oportunidad para que lo rechazara, si quería. Ella se mantuvo inmóvil, aguardando, peleando contra aquel calor infernal que le subía desde el vientre asediando su cuello, su rostro, sus manos, la piel de sus labios. Una mano de Henry rodeó su cintura. La otra conquistó su nuca después de que los largos dedos reptaran por su pelo acariciando el cráneo.

A Julianna se le escapó un largo gemido. Un gemido que liberó a Henry de sus dudas y lo enloqueció.

—Esto no debería estar pasando —dijo, con la voz ahogada.

Las bocas tan cerca una de otra, que los alientos se trenzaron bailando juntos.

Fue ella la que dio el paso definitivo, la que tomó su cara y recorrió los labios masculinos con la punta de la lengua, mojándolos, excitándolos. La que creó la señal para que Henry cubriera finalmente su boca con la suya, le abriera los labios y asolara con su lengua cada centímetro de carne húmeda. El beso creció solo. Se hizo profundo, urgente, ansioso. Se mezcló con jadeos de agonía y necesidad. Se extendió a las gargantas, dejó un rastro de pequeñas succiones. Saliva ardiendo. Corazones al galope. Un gruñido de Henry dentro de Julianna, pegado a su boca. Una respuesta en forma de suave mordisco. Un anhelo que redujo su realidad y su mundo a aquel momento, a ir más allá, a borrar la barrera de ropa que cubría sus cuerpos y recorrer cada curva con la lengua para robar su sabor.

—No pares —jadeó ella.

Henry dejó ir un largo suspiro. Grave y callado. Como un paño de amargura del que no te puedes deshacer. Sus dedos aletearon sobre el escote de Julianna.

—Si no freno ahora…, no voy a poder parar.

—No pares —repitió ella, con voz quebrada.

Henry levantó las faldas y sus fuertes manos arrancaron todo cuanto encontraron a su paso. Ella le abrió la camisa para deleitarse con su ancho torso, duro y protector. Un pecho en el que se habría acurrucado, esta vez sí, hasta morir. Él besó la curva del escote hasta alcanzar los pezones endurecidos. Cuando los mordisqueó con delicadeza, al tiempo que con la punta de sus dedos jugaba entre sus piernas, Julianna tuvo su primer orgasmo.

—No cabe duda de que tu cuerpo fue creado para el placer —musitó Henry, a su oído.

La espalda de Julianna se curvó de excitación. Los dedos que penetraron su intimidad mojada y se retorcieron dentro, le arrancaron un largo gemido de éxtasis. Una insoportable oleada de placer tan intenso que creyó morir.

Por segunda vez llegó a la cima y se dejó caer, susurrando el nombre de Henry. Él la besó por todas partes, la saboreó como un pastel delicioso, acarició hasta el último rincón de su precioso cuerpo desnudo. Y finalmente, sin penetrarla, se derramó arrastrado por la fiebre.

Quedaron sobre el diván, enredados el uno en la otra. Exhaustos pero satisfechos, recién llegados del ardiente abismo en el que sin pensar, una y otra vez habían caído, convertidos en uno. Henry la abrazaba con infinita ternura, y Julianna cerró fuerte los ojos para impedir que el remordimiento llegase a atormentarla.

—Julianna…

Ella buscó con su dedo los labios de él.

—No digas nada, te lo suplico. Quedémonos así, en silencio, sin pedir disculpas, sin arrepentirnos. Sin cuestionarnos por qué ha sucedido. Todo llegará luego.

—No quiero que pienses que te he forzado a hacer algo que no deseabas. No me lo perdonaría mientras viviera.

Julianna sonrió contra su pecho musculoso y firme, sintiendo los dedos de Henry dibujar letras sobre su brazo. Los mismos dedos habilidosos, ágiles, que la habían conducido sin descanso al límite del placer.

—Nadie me ha forzado. Y sí, lo deseaba. Soy libre para decidir.

Henry apretó más el abrazo.

—Esa es la mujer que escondías con tanto afán. La Julianna que supe que tarde o temprano, saldría a imponerse.

La joven se incorporó, pensativa, sujetando su vestido maltrecho, tratando de tapar su piel desnuda. Henry la ayudó a vestirse, con movimientos perezosos y lentos, suaves besos y muchas más caricias nacidas de las yemas de sus dedos.

—Ni siquiera sabía que existiera —repuso ella—. Algo en el fondo de mi alma me dice que tú la has moldeado y la has hecho respirar. Como se moldea el barro y se le da forma y vida. Esta de hoy no soy yo. Es otra Julianna a la que hasta ahora no conocía.

Capítulo 31

El día que fingir que nada había pasado,
solo hizo crecer el dolor.

Nadie preguntó nada cuando volvieron del pueblo y la encontraron en la biblioteca, leyendo. Nadie la puso en un aprieto. La eternamente melancólica condesa ni siquiera había salido de su dormitorio, tan cerrado como alejado del estudio de Henry, y el resto de la jornada siguió excusándose de acompañar a la familia, alegando una fuerte jaqueca. Solo Anne se interesó por si había pintado algo, y Julianna bromeó con que el talento del vizconde era demasiado elevado como para combatirlo y ella había preferido rendirse antes de comenzar. Pero aquella noche, a la hora de la cena, la silla de Henry permaneció vacía y la veneciana no consiguió dormir.

Él bien podía estar arrepentido, como lo estaba ella. De hecho, en aquel momento, lejos de su influencia y del calor de su contacto, Julianna apenas si concebía semejante locura, cómo se había dejado seducir por la situación, ni siquiera por Henry, por lo que ella sentía en su presencia, por el modo en que perdía el control de sus instintos más carnales. Por la manera en que la pasión se desató sin freno y los hizo naufragar.

A la mañana siguiente, él tampoco bajó a desayunar. Y los destrozados nervios de Julianna no pudieron soportar más la incertidumbre.

—¿Se encuentra bien el vizconde? Anoche no cenó con nosotros y hoy, en el desayuno…

—Se ha marchado de viaje —respondió lady Evelyn, con aire distraído—. Os dije que tenía planeado visitar el continente…

—¿Sin…, despedirse? —A Julianna no le cabía en la cabeza un desplante así.

—Reconozco que ha sido algo precipitado. Ha debido de surgirle algún imprevisto.

Las manos de Julianna se crisparon sobre la mesa hasta dejar blancos sus nudillos. Huir de ella y de lo que había ocurrido el día anterior. De eso se trataba la urgencia. Sintió que una vergüenza espantosa la recorría entera, la atrapaba y la retorcía como un mal

dolor. Y que le quemaban los ojos. Pero allí, delante de sus amigas y de parte de la familia de Evelyn, no podía darse el lujo de llorar.

Cuando las tres subieron a sus habitaciones, Julianna las sorprendió con la noticia de que regresaba a Belgrave.

—¿No lo estás pasando bien? —se desencantó Evelyn, mirándola ir y venir, recogiendo sus cosas.

—No, querida, claro que no es eso. Nos has regalado unos días inolvidables que te agradezco en el alma. Pero cuando me marché, mi tía no se encontraba bien, lleva varias semanas indispuesta, y no quiero abusar de vuestra confianza ni desatenderla a ella.

—Sabes que aquí tienes tu casa para cuando desees —insistió Evelyn, con cariño. Julianna le devolvió una sonrisa llena de agradecimiento.

—Gracias, de todo corazón. Pero vinimos a un baile que ya se celebró, y a que tú tuvieras tu oportunidad como alcahueta, circunstancia que ya está fuera de todo orden, dado que tu adorado primo se desvaneció en la noche.

La expresión de Evelyn cambió de repente, como si empezara a entender algo.

—¿No será por culpa de Henry que quieres irte así, de pronto? ¿Dijo o hizo algo que te molestase?

Los zapatos que Julianna sostenía en las manos, cayeron al suelo. Se agachó, nerviosa, a recogerlos. Evelyn fue hasta ella, la obligó a sentarse en el mismo sofá donde estaba Anne, y la miró enjuiciadora a los ojos.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué Henry desaparece de la noche a la mañana y ahora tú te despides también sin demasiadas explicaciones?

Julianna oyó el crujido de lo que quiera que se le partiera dentro del pecho. Dejó ir el torrente de llanto que había estado conteniendo durante el desayuno.

—Ayer…, yo, tu primo…, ayer, nosotros…

—¿Te hirió de algún modo? ¿Comentó algo inconveniente? Temo que no soy la única de esta familia con la lengua un poco suelta.

—No, Evelyn, por Dios bendito, no. Yo soy la única culpable de lo que…, pasó. Me dejé llevar y creo…, creo que traspasamos todos los límites del decoro.

Tanto Anne como Evelyn, se cubrieron las bocas con las manos, soltando una exclamación de asombro.

—No te desmayes, Anne —rogó Evelyn, con voz débil—. Te necesito entera por si soy yo la que se desmaya. ¿Hasta dónde llegasteis? —Julianna fue a hablar, pero Evelyn la detuvo con un gesto seco de la mano— ¡No me lo cuentes! ¡No quiero saberlo! ¿Ocurrió algo…, irreparable?

Julianna negó abatida con la cabeza. Evelyn soltó el aire retenido en

los pulmones.
—Me tranquilizas.
—Estuvo a punto de pasar, no entiendo ni cómo logramos que no sucediera.
—¡Santo cielo! ¿Tanto poder tiene la pintura? —preguntó Anne, todo ingenuidad.
Julianna lloraba con desconsuelo.
—El caso es que él ahora se ha marchado, ha desaparecido, y yo…, yo temo que haya sido por mi culpa, por lo que permití…
Evelyn la abrazó con fuerza. También estaba agitada y respiraba con dificultad.
—¡No digas eso! No te permito que te culpes, él es el único responsable de lo que pasó, él y nadie más. ¿Qué clase de caballero no contiene sus instintos delante de una dama? Y con una de mis mejores amigas, qué deshonor, qué ultraje. Me consta su pasión extrema por la vida pero francamente, nunca imaginé que llegaría tan lejos. ¡Y deja de llorar o acabaremos llorando las tres! —Evelyn se puso en pie, con decisión—. Hablaré con él, se casará contigo o le contaré a padre todo lo que te ha hecho.
—¡No, Evelyn, te lo ruego! Por lo que más quieras, no hagas eso —aulló Julianna, sujetándola por un brazo.
Lady Evelyn la miró sin entender.
—¿Cómo me pides algo así? Son las reglas, si un caballero se sobrepasa debe responder. Y en casos tan graves como este, la única réplica es el casamiento. Debe cubrir adecuadamente la deshonra de…
—Evelyn, yo lo incité, lo deseaba igual que él me deseaba a mí.
Se oyó un gemido procedente de Anne, mitigado por unas manos blancas.
—¿Pero cuándo se ha gestado todo esto? ¿Y cómo no me he percatado? ¿Delante de mis narices? ¿Un día os detestáis y al día siguiente os deseáis hasta el punto de entregaros y yo…? —Evelyn sacudió con fuerza la cabeza— De no ser por lo mucho que me importáis los dos implicados, diría que es una historia increíble, digna de una novela.
Julianna escondió la cara entre las manos y siguió sollozando, deseando desaparecer de allí como una voluta de humo, con toda su deshonra a cuestas.
—Lo siento, pasó. Lo lamento tanto…, me arrepiento, estoy tan avergonzada que me quiero morir, Evelyn, me quiero morir.
—Por favor, querida amiga, no ha pasado nada que no pueda remediarse. Confieso que no es este el modo como quería emparejaros, pero lo importante es que el resultado ha sido el mismo.
—Júrame que no le reclamarás nada a Henry. ¡Nada!
Evelyn pestañeó con los ojos muy abiertos, completamente atónita.

—¿Qué es lo que acabo de oír?

—Júramelo, dame tu palabra. No le exigirás un matrimonio ni nada que se le parezca.

—Pero Julianna, no hay nada malo en ello, son las costumbres, la ley…

—¡No! Me importan un bledo las costumbres, no deseo un esposo que se casa obligado por la fuerza.

—¡Pero Henry te ama! Tú misma acabas de decirlo.

—Dije que me deseaba, no que me amase. Me temo que Henry es del tipo de hombre que desea a cada mujer que ve, y cuyo interés se desvanece en cuanto la conquista. No quiero eso, Evelyn, entiéndelo, deseo a alguien que muera por casarse conmigo, alguien para quien yo sea lo más importante del mundo.

Evelyn acarició con dulzura el cabello rojo de su amiga.

—Todo eso suena muy bonito, querida Julianna, pero muy poco práctico. Si la duquesa de Richmond estuviera aquí…

—Lo sé, me diría lo mismo. Pero no está. Y tampoco lo necesito, solo quiero que me lo jures, que me des tu palabra de que guardarás el secreto, que harás como si nada te hubiera contado. Tú también, Anne.

—Eso es harto complicado, querida —gimoteó Anne, por completo devastada—. Yo misma no volveré a ser la que era después de oírlo.

—¿Y tú? —quiso saber lady Evelyn— ¿Tú lo amas?

Julianna se retorció las manos en un esfuerzo desesperado por aplacar el llanto.

—No lo sé. Solo sé que ejerce una extraña influencia sobre mí, que lo detesto por eso. Que discutimos de continuo, que pocas veces estamos de acuerdo en algo, pero que al tiempo que me desestabiliza y me irrita, me hace sentir viva y más yo que nadie.

—¿Entonces? —Lady Evelyn sacudió la cabeza, muy confundida.

—Por favor… —Julianna elevó hasta Evelyn unos ojos verdes, llorosos y suplicantes.

—De acuerdo —se rindió de mala gana—, tienes mi palabra. Pero siempre dependiendo de cómo giren los acontecimientos. Si ni siquiera sabemos cuánto tardará Henry en regresar. Qué despropósito haber huido de este modo, de madrugada, como un ladrón. No reconozco a mi primo en tan miserable comportamiento, eso sí que lo juro por el mismo Dios.

Capítulo 32

El día que pasaron los días,
uno tras otro, sin que el sufrimiento
se desvaneciera.

Las jornadas que siguieron al incidente fueron espantosas y estuvieron llenas de niebla. Julianna se vio obligada a fingir una indisposición delante de sus tíos, ya que nada podía contarles. Sus amigas la visitaban casi a diario y comprobar su preocupación por ella, solo sumaba más pesar en el corazón de la joven veneciana. Tanto Dorothea Wimsey como su marido, dedujeron que la tristeza que aquejaba a su sobrina se debía al ruinoso estado de fortuna de sus padres en Venecia, y todo iba convirtiéndose en un enorme malentendido que apretaba como una soga en la garganta, y del cual Julianna no se podía defender porque le faltaban las fuerzas.

El día que la duquesa de Richmond no acudió sola, sino acompañada de su esposo, los Wimsey entendieron que el asunto que les traía posiblemente requería de toda la privacidad posible y con la educación de la que hacían gala, se excusaron.

—Tienes que sobreponerte, querida, estás demacrada y débil, vas a enfermar de auténtica gravedad. —La duquesa observó con atención a su amiga, recostada en un diván, con la mirada perdida en ninguna parte.

—No sé nada de Augusto —gimió Julianna, reteniendo una lágrima.

El duque se alteró muchísimo al oírla.

—¿Todo esto es por ese…, mequetrefe?

No, desde luego que no lo era, pensó lady Richmond. Pero esa confidencia quedaría entre damas.

—Andrew, amor mío, cálmate, no vayan a pensar los señores Wimsey que has enloquecido —susurró Rebeca, con delicadeza—. Ese mequetrefe, a pesar de todo, es tu amigo. Y no, no es solo por Augusto. Aunque habría sido de gran ayuda que hubiese dado señales de vida en todo este tiempo.

—Dígame, duque, se lo ruego, necesito saber…, dígame cómo es el

barón en realidad —suplicó Julianna. A lord Richmond se le rompió en dos el corazón, pero no respondió—. Usted lo conoce bien, dígamelo.

—Claro que lo conozco bien, prácticamente hemos crecido juntos.

—Entonces desvéleme eso que yo no veo, lo que no sé. Piense que soy alguien de su familia a quien aprecia y a quien desea ayudar.

—La aprecio, Julianna, de eso no le quepa la menor duda.

—¿Es lord Stendhal un hombre intransigente y malvado? ¿Un cobarde apocado ante las exigencias de su señora madre?

—Augusto es un ser humano excepcional. Noble y fiel amigo. Hablador, ocurrente…

—Seductor —agregó la duquesa, con una pizca de sarcasmo—. Mi marido lo omite solo porque estoy presente.

—Pero ese es el Stendhal que yo conozco, el Augusto amigo. No el barón que busca esposa. Jamás en toda mi vida lo vi interesado en casarse, nunca lo he visto tratar a una mujer a la que considerara digna de…, en fin, ya me entiende. Seleccionar esposa no es como elegir una mera diversión. Entiendo que sea más riguroso y que cualquier impedimento que pueda poner su madre, tenga un peso relevante. Lo comprendo.

—Yo también lo comprendo —admitió Julianna, vencida y triste.

—Debes recuperarte, querida. Y volverán las fiestas y las reuniones en las que todos nos aseguraremos de que conozcas a muchos caballeros interesantes —la animó la duquesa—. La temporada apenas acaba de comenzar.

Pero no quedaba tiempo, en lo único que Julianna podía pensar, era en la situación desesperada que atravesaban sus padres y en que si ella no cerraba lo antes posible un matrimonio provechoso, podían perderlo todo. Hasta el palacio familiar. El nudo junto al corazón, apretaba y dolía, cada vez más.

Al día siguiente, Rebeca volvió en compañía de Anne Hagstings y de lady Evelyn. Le trajeron bombones y muchas flores preciosas. Pero el rostro de Julianna seguía siendo alabastro inexpresivo, y sus hermosos ojos verdes estaban enrojecidos de tanto llorar.

—¿Por casualidad se sabe algo del vizconde? —preguntó Rebeca, para romper el hielo.

Evelyn negó muy afligida con la cabeza.

La duquesa soltó la taza contra el plato, con disgusto.

—Toda esta situación me resulta incomprensible. Augusto frena y no vuelve a aparecer después de haberte declarado su interés. Henry huye como un forajido tras haber demostrado que también le importas…

—En realidad… —intervino Evelyn, temblorosa—, no puedo hablar en nombre del barón Stendhal, no sé cuál es su excusa pero Henry…, Henry…

Rompió a llorar con desconsuelo. Anne, Julianna y Rebeca, la miraron desconcertadas.

—Querida, no te sientas culpable. El comportamiento de tu primo ha sido deleznable pero no eres responsable de…

—No es eso, Anne, no es eso. Debéis saber que Henry no es ningún miserable, no huyó de nada, ni de nadie, Henry viajó con urgencia al continente porque…, porque… —de nuevo, los sollozos le impidieron hablar—, padre nos ha arruinado. Por completo. Por culpa de un negocio absurdo con unos embaucadores que lo han estafado. No puedo entenderlo, Henry se estaba encargando de todo, cuidaba y protegía con muy buen juicio la fortuna familiar, es el heredero legítimo del título…, ¿por qué tenía padre, a sus años y con su estado de salud que meterse en líos? Todo ha salido mal, en este momento y salvo que mi primo consiga un milagro, estamos en la más absoluta bancarrota, la casa Herrick está condenada a desaparecer.

El corazón de Julianna se estrelló con violencia contra sus costillas. A diferencia de lady Evelyn, que había sido valiente y honesta, ella se había sentido tan avergonzada por su drama familiar, que en lugar de confesar la desdicha a sus amigas, la había ocultado. Pensaba que eran tragedias que solo sufrían los temerarios mercaderes de Venecia, conocidos por lanzarse al riesgo sin meditar. Pero nunca a un celebrado caballero inglés, razonable, prudente y juicioso.

—Seguramente habría querido despedirse, Julianna, decirte algo, explicarte… —prosiguió Evelyn, entre sollozos—, pero padre lo sacó de la cama a media noche y lo obligó a subir a un barco, a reparar la gestión desastrosa que había arrasado con la fortuna, dejándonos sin nada. Me he enterado esta misma mañana, oyendo discutir a padre y madre. No sé qué va a ser de nosotros.

—Evelyn, yo no sé qué decir —balbuceó Julianna, con angustia.

—Ninguna de nosotras sabe qué decir —la secundó Anne, con los ojos húmedos.

—Debo revelaros que mi familia se encuentra en una situación muy parecida —admitió finalmente la veneciana, soltando el aire de los pulmones, escondiendo el rostro—. En su momento no os lo conté porque…, porque me daba tantísima vergüenza…

—Entonces ahora no puedes casarte con Henry, ese enlace ha dejado de ser una opción. No dispone de un solo chelín, ¡no podría ayudaros! —gimió exaltada, Evelyn Fowler.

—Te aseguro que de aceptar a Henry como esposo, su fortuna sería lo último que desearía tener en cuenta —se sinceró Julianna, con una sonrisa melancólica.

—Pues deberías. No en toda circunstancia pero ahora… Julianna, esto es grave, ahora más que nunca las dos dependemos de nuestros matrimonios. —Dirigió la mirada hacia Rebeca—. Duquesa, la fortuna del barón Stendhal es abundante y está saneada, ¿verdad?

Rebeca asintió. Lentamente, sin dejar de mirar a sus amigas. Sobrecogida de impresión. Horrorizada por la facilidad con la que la vida de una mujer podía girar y descomponerse. Por la sencillez con la que un error o un mal negocio del cabeza de familia podía destrozarlas sin remedio. Por la injusticia de un mundo en el que se las privaba de todo derecho para reducirlas a bellos elementos de adorno.

Capítulo 33

El día que tía Dorothea
tomó el timón de un barco a la deriva.

—Bebe un poco de chocolate caliente. Bebe te digo, sobrina, no quiero volver a oír que no te apetece. Y un poco de pan. Inténtalo, Julianna, has perdido mucho peso. Debes poner voluntad en recuperarte. Entiende que si llega a oídos de tu pobre madre lo mucho que te está afectando la situación, le partiremos el alma.

—Pero madre no va a enterarse —apuntó Julianna, áspera y distante.

—Tendremos que ponerla al corriente en caso de que enfermes. No puedes pedirme que en una cuestión así, la engañe.

—Entonces procuraré no enfermar —prometió la joven, tomando con desgana un sorbito de la taza.

—Y no solo eso. Debes esforzarte en volver a ser la que eras, querida. Tan luminosa y llena de vida como siempre. Porque te estoy concertando un matrimonio de lo más conveniente y no hará falta que te diga que debemos estar a la altura.

Julianna se quedó con la boca abierta.

—¡Tía!

—Alguien tendrá que hacer algo.

—¿Pero un matrimonio concertado? ¿Desde cuándo?

—Desde que ese futuro conde se te escurrió de entre los dedos, pese a haber dispuesto de todas las facilidades para conquistarlo. ¿Qué pudo pasar?

—No estaba interesado en mí, eso es todo —replicó Julianna, huraña, desviando la mirada al suelo.

—Ese hombre debe de ser, además de necio, ciego —resumió Dorothea, refunfuñando.

Julianna esbozó una triste sonrisa. Un gesto que ocultaba toda su tormenta interior.

—Tía, no espere que todo el mundo comparta su sentido de la belleza y las virtudes.

—Paparruchas. Mira si no a la abuela Violetta, cuéntaselo a los cientos de caballeros que perdieron la cabeza por ella, que hacían cola…

—No estamos en Venecia, estamos en Inglaterra. Parece que a menudo, olvida usted que para muchos, ser extranjera, peor aún, veneciana, no es un talento a tener en cuenta sino una razón de descarte.

—Por suerte, como bien dices, no todo el mundo piensa igual. He tenido el placer de entrevistarme con la madre de un caballero ansioso por desposarse, de inmejorable posición, propietario de una saludable fortuna. Agraciado y galante. Lo tiene todo para ser el marido perfecto. Eso sí, antes debemos…, debes conocer a su señora madre.

Julianna no lograba reaccionar. Le parecía estar presenciando una pesadilla que nada tuviera que ver con ella. Y la palabra «madres, madres, madres», le retumbaba como un eco punzante en el cerebro.

—¿Sabe que soy veneciana?

—Desde luego que sí. Un detalle de esa importancia no puede ni debe ocultarse.

—¿Y no le importa? —insistió la joven, incrédula.

—Al parecer, no. De hecho, diría que todo lo contrario. Le parece una característica exótica y distintiva.

Como lo que se diría de un ave del paraíso traído de las Américas para adornar un jardín.

—Suena a subasta. A venta al mejor postor.

—No digas tonterías, niña. Si el caballero en cuestión te desagradase mucho, siempre podríamos discutirlo. Pero algo me dice que te va a cautivar. Recuerda que la situación de tus padres es poco menos que desesperada.

El nudo en la boca del estómago de Julianna saltó solo, tocó la garganta y se apretó de nuevo.

—¿Ha recibido noticias? ¿Ha logrado padre algún aplazamiento de los acreedores?

—De momento sigue negociando. Su reputación intachable y su largo historial de exitosos negocios en mercadería, juegan a su favor y lo salvaguardan de medidas extremas; sin embargo, no sabemos cuánto pueda durar la suerte. De sobra es conocida la brutalidad de los cobradores de deuda en nuestro amado país.

Julianna sintió que un voraz estremecimiento la recorría por entero. De la nuca a los pies. Tragó saliva con dificultad y miró a su tía con ojos vidriosos.

—De acuerdo entonces. Vayamos a visitar a esa señora, cuanto antes.

La mansión a las afueras de Londres era imponente. Con un terreno demasiado extenso como para formar parte de uno de los barrios de moda. A juzgar por el mobiliario, las muchas obras de arte expuestas y las viandas con que las agasajaron, las finanzas familiares estaban más que bien saneadas. La madre en cuestión, era una dama agradable y sonriente, de lustrosos mofletes rosados, muy parecida a Dorothea Wimsey, y Julianna pudo comprobar enseguida que se llevaban bien. Rodeada de perros a los que hablaba como si fuesen sus nietos.

—Qué placer conocerte por fin, querida Julianna. —Estiró la mano y repartió pedacitos de carne asada entre sus mascotas, que los aceptaron sin alborotar —. Eres tan bonita como había imaginado, incluso más.

—Y muy inteligente, lady Rosalind —añadió Dorothea, haciendo que su sobrina se sonrojara con violencia—. Julianna ha heredado el buen ojo en la administración de su padre, uno de los hombres de negocio más reputados de Venecia. Como siempre predica mi querida hermana, su esposo triplica el dinero con solo mirarlo.

—Eso está bien. Nada hay peor ni más nefasto que una esposa despilfarradora. Una jovencita bien criada pero ignorante, que se piensa que las libras crecen en los árboles. Por eso admiro tanto a la gente de Venecia: llevan el comercio en la sangre, el arte del buen oficio, el respeto por el valor del dinero.

Estaba claro que el principal interés de aquella dama era la conservación de la fortuna familiar, y una acertada gestión que multiplicara los activos. Podría haber contratado un buen administrador en lugar de buscarle esposa a su hijo, pensó Julianna.

—El caso es que mi hijo desea casarse—prosiguió lady Rosalind, como si le hubiera leído el pensamiento—. Y entiendo que es mi obligación como madre allanarle el camino y presentarle candidatas adecuadas, cuantas más mejor. Los jóvenes, hoy en día, se dejan llevar por los arrebatos, no piensan en lo que les conviene, sino en aquello que les complace, ¿está de acuerdo conmigo, señora Wimsey?

—No se lo discuto, lady Rosalind, está usted en total posesión de la verdad.

Julianna sintió la tentación de gritarle a su tía que dejara de adular a la dama. No es que le cayera especialmente mal, teniendo en cuenta el carácter intratable de muchas damas maduras inglesas, aquella lady Rosalind era una bendición bañada en amabilidad y buen humor. Era el hecho de estar siendo «ofrecida» de aquel modo degradante, lo que la mortificaba.

—El caso es que a diferencia de otras madres que conozco, y a las que desde luego no pretendo juzgar, yo no deseo imponer mi voluntad. En absoluto. Será mi hijo quien tenga la última palabra y Dios me libre de cuestionar sus razones. Ni siquiera lo interrogaré al

respecto. De modo que deberían ustedes conocerse, es el camino más directo y simple al desenlace que todos anhelamos.

Julianna tardó en reaccionar. Le costó verse atada, casada sin amor con alguien que no erizaba su piel como lo hacía Henry Spencer. Desde que sabía las causas reales de su desaparición, la herida era mucho más profunda y dolorosa. Su pena inmensa, indescriptible, eterna. No por haberlo perdido, ya que jamás lo tuvo, sino por lo que el cruel destino le había deparado: corregir los errores de otros, condenas que habían arrasado también con su vida, destruyéndola, reduciéndola a la nada.

Ni siquiera sabía si volvería a verlo. Y aunque regresara…, dos familias devastadas no debían sumarse. Los Herrick no eran ya, la llave de la salvación de los Donne.

—¿Le parece bien, querida?

La voz de lady Rosalind la trajo a empellones a la realidad.

—Sí, señora, cuando usted guste.

—Entonces lo dispondré todo para mañana mismo. Tomarán ustedes el té en el jardín y podrán conversar con total libertad. Y por favor, señorita Donne —la dama suspiró, atragantada—, intente que sus mejillas traigan un color más saludable.

Capítulo 34

El día que la sorpresa superó
todo lo esperado. Y lo inesperado.

Para satisfacer la petición de lady Rosalind, Julianna necesitó de ocho días. La entrevista con su posible prometido se retrasó hasta en dos ocasiones, con el consiguiente disgusto de la madre, y a pesar de ello, la joven aún no lograba lucir saludable, ni escapar de aquella enfermiza melancolía que la mantenía encerrada en una burbuja invisible para todos. Conocer al hijo de lady Rosalind no le inspiraba emoción alguna. En realidad no sentía nada. Recordaba las últimas palabras de Augusto, su petición, y el tacto de los dedos de Henry a lo largo de la espalda. La mirada brillante del primero y el fuego que encendió en su interior el segundo.

No tenía interés por nadie más.

Sin embargo, ninguno de los dos sería para ella, tenía que aceptarlo aunque doliera, aunque el desgarro fuera espantoso y para siempre. Aunque el fracaso le recordara que a veces, los ojos que te miran no te ven en realidad, porque pesan antes y por delante, otras cosas más absurdas y menos justas.

Finalmente todo llega, y bajo la presión de su tía aliada con lady Rosalind, Julianna se vio forzada a fijar una fecha para el temido encuentro.

En la situación en la que se encontraba su familia, el arruinado futuro conde de Herrick había dejado de ser una posibilidad. Además, ¿qué sentía lord Rothgar por ella, al margen de lujuria, deseo y otro par de cosas volátiles? En cuanto a Augusto… Ahora, tras lo sucedido en Herrick House, menos que nunca podría mirar a la cara a su madre, se sentiría sucia e indecente a sus ojos. Ya no se trataba de convencer a alguien de que siendo veneciana no era una aventurera libertina. Ahora, Julianna se sentía aventurera y libertina. Salvaje como nunca. Jamás podría aparentar lo contrario. Era un consuelo que a lady Rosalind le trajera sin cuidado su origen, porque esta oportunidad era lo único que le quedaba.

Solo rogaba para que el posible pretendiente no fuera feo de asustar.

La dejaron en un saloncito a la espera de que su caballero llegara. Julianna notó que no estaba tranquila, que le sudaban las manos y que el corazón latía demasiado rápido. Cuando se abrió la puerta y sus ojos se encontraron con los del hijo de lady Rosalind, estuvo a punto de desmayarse. A duras penas logró ponerse en pie.

—¿Usted…?

Él se quedó petrificado junto a la puerta.

—Señorita Donne, ¿qué hace aquí?

—Esperar a mi futuro prometido, según tengo entendido.

Los ojos de Augusto se abrieron con sorpresa.

—¿Usted es la candidata por la que madre porfía desde hace casi un mes?

—¿Y usted es el hijo de lady Rosalind? —Él asintió, perplejo—. No puedo creerlo. —Volvió a estudiar sus ojos inquietos, tratando de leer en ellos una respuesta—. Parece que le desagrada en extremo la idea de que yo sea esa joven a la que se refiere, hasta ha perdido el color del rostro.

Lord Stendhal avanzó unos pasos, sacudiendo con estupor la cabeza.

—Disculpe, es que yo…, esta situación es, no sé…, no sé qué decir.

Julianna empezaba a entender. Y el amargo velo de la decepción más punzante la cubrió por completo. Se dejó caer de nuevo en el asiento.

—Su madre, a la que tan dificultosamente debía convencer para que me aceptara aun siendo veneciana, ¿es la misma venerable dama que adora a Venecia y la naturaleza de sus gentes? —insistió Julianna, solo para estar segura. Pero los labios de Augusto se apretaron formando una fina línea—. Respóndame, ¿hablamos de la misma persona?

—Es mi madre, sí.

—¿Y por qué me ha estado mintiendo? ¿Por qué la culpaba a ella de todos esos prejuicios e impedimentos, no siendo verdad?

El barón carraspeó y con cierta torpeza, se sentó frente a ella.

—Yo pensé…, es decir, estaba convencido, seguro de sus preferencias y sus gustos.

Julianna sonrió afligida.

—Usted no se ha molestado en conocer a su propia madre, señor mío. Esto nuestro ha sido una farsa desde el principio: el de los prejuicios era usted, no ella. El que temía que no fuese adecuada y suficiente, era usted, no ella. Las demoras y los frenos se debían a sus propias dudas, no a que tuviese que convencer a su madre. Augusto, usted no ha invertido un solo minuto de su tiempo hablando con lady Rosalind, ella ni siquiera sospechaba que yo existía, cree que no nos conocemos. Ha sido todo una patraña vergonzosa —añadió, levantando por fin la cara, mirándolo directamente a los ojos.

—Sepa que yo pienso mucho en usted, que mis sentimientos son sinceros.

De no haber estado tan hundida, a Julianna se le habría escapado una carcajada.

—Pero me juzga insuficiente para entrar a formar parte de su familia, ¿no es cierto? Teme los comentarios, qué pensarán sus amigos y familiares de que su esposa pertenezca a ese grupo de detestables mujeres, casquivanas y superficiales, dadas a la infidelidad, a engañar a sus maridos como entretenimiento y a coleccionar amantes.

—Julianna —bufó Augusto, mortificado—, trate de entenderlo, de entenderme.

—Lo más penoso es que no me ha concedido la menor oportunidad, no me permitió defenderme, no pude demostrarle qué clase de mujer soy en realidad, porque se dedicó a envolverlo todo con una mentira. Me ha decepcionado, señor, y de qué modo.

El barón se inclinó hacia adelante.

—Julianna…

La joven retrocedió y extendió las manos a modo de escudo protector.

—¿Pero sabe qué? Lo comprendo. Me ha pedido que lo haga y voy a concedérselo. Está usted buscando la esposa ideal, no una mujer cualquiera con la que divertirse. Solo tenía que ser sincero y no haberse acercado a mí, cuando sabía que nunca podría cambiar mi marca de nacimiento. Tampoco lo deseo —agregó, estirando digna el cuello.

—Julianna, unas cuantas lecciones de disciplina y aprendizaje obran maravillas…

—Estoy muy bien educada, gracias, no necesito nada más, mucho menos, disciplina. Adiós, barón Stendhal, espero no volver a verlo en toda mi vida.

Augusto saltó del asiento y se arrodilló frente a ella. Intentó atrapar su mano pero Julianna fue más rápida y la retiró del camino.

—Julianna, tiene que disculparme, por lo que más quiera, tiene que disculparme. Si entiende mis motivos, entonces…

La joven se levanto del asiento y caminó hacia los ventanales, dejándolo allí, arrodillado, mirando a un sofá vacío.

—Mientras me pedía tiempo, aceptaba que su madre buscase candidatas —recordó con arisco sarcasmo—. ¿Qué? ¿Interesado en ver si alguna cumplía con todos los requisitos? Ahora entiendo sus desapariciones sin explicación, que entre visita y visita pasaran semanas sin saber de usted. Ganando días, moviendo piezas en su particular tablero de juego. Es abominable, humillante y lo que es peor, me indigna.

El barón se incorporó pero se mantuvo inmóvil, retorciendo las

manos.

—Escúcheme, tiene que escucharme, es cierto que he tenido dudas, pero solo porque me siento responsable del buen nombre de mi familia. Ahora que sé que mi madre está de acuerdo…, podemos prometernos.

—Pues busque a alguien mejor que yo. Alguien que no suba la voz cuando es feliz, una dama que lo abofetee escandalizada si se sobrepasa y le roba un beso. Alguien a quien la sangre no le arda en las venas. Alguien opuesto a lo que soy.

—Julianna, se lo juro, usted es maravillosa tal cual es, solo necesito…

Julianna le dirigió una mirada de lástima. Pobre hombre atrapado en la tela de araña de los convencionalismos y del deber.

—Hubo un tiempo en que pensé que merecía la pena esforzarse y cambiar. Por usted, Augusto, para hacerlo feliz, alcanzar ese ideal de delicada pureza al que su madre…, disculpe, al que usted, aspiraba. Y por culpa de ese anhelo me repudié a mí misma, a lo que soy. Nací en Venecia, sí, y estoy orgullosa de ello, no tengo por qué agachar la cabeza aunque viva en Inglaterra.

—No sé cómo explicarle que yo…, que yo…

—Que usted ha tenido sentimientos reales por mí —lo auxilió ella. Stendhal asintió, con un leve soplo de esperanza en las pupilas—. No se lo discuto, señor. Pero ni ha sabido, ni sabrá jamás defenderlos.

Con paso firme, cruzó la estancia en dirección a la puerta, pasando de largo sin mirarlo siquiera.

—No se marche, Julianna, se lo suplico, ¿qué le diré a mi madre?

La joven pelirroja se detuvo y le respondió sin volverse, por encima del hombro.

—Puede decirle que esta veneciana lo ha despreciado. Que no me parece usted lo suficientemente rico, o interesante, o amable. O tonto. Puede decirle eso, que necesito un esposo menos inteligente, que haga la vista gorda a mis devaneos y me conceda sin enfadarse, todos los caprichos.

Dispuesta a no añadir nada más, Julianna abandonó la sala. Con una suerte de hermosa certeza prendida en el corazón: unos y otros la habían convencido de que debía sentirse inferior, marcada. Y no existía razón para ello. Ahora, tras lo sucedido con Henry, tras haberse dejado arrastrar por la pasión y el deseo olvidando las reglas, el decoro, el pudor y la prudencia, sí que podría sentirse indigna. Y sin embargo, el temor acababa de desaparecer, era algo que ya no le importaba. No, al menos, a ojos de Augusto.

No renunciaba a él porque estuviese señalada. Renunciaba a aquel compromiso, porque él era indigno de la pureza de sus sentimientos.

Capítulo 35

El día que la rueda del destino
volvió a girar.

—No puedo entender qué ha pasado, ¿qué sucedió? ¿Cómo se te ocurre despreciar una oferta de matrimonio tan ventajosa? ¿Cómo…? Querido, pásame las sales. Voy a perder el sentido de un momento a otro —farfulló Dorothea Wimsey, casi sin respirar.

Su marido se apresuró a colocarle el frasquito bajo la nariz.

—Tía, usted lo sabía todo —reclamó Julianna, enfadada pero sin fuerzas—. Sabía que lady Rosalind era la madre de Augusto. ¿Por qué me lo ocultó?

—¡Él era de tu agrado! ¿Cómo iba a sospechar que uniros supondría algún problema? Llegando su madre y yo a un acuerdo previo, debíais flotar de felicidad cuando os encontrarais. Y de ahí a la boda, habría solo un salto.

—Un magnífico plan el tuyo, querida —alabó su marido, con una tímida sonrisa.

—Lo era. ¿Qué ha podido fallar? Dímelo tú, Ashton, querido, ¿en qué he errado?

El buen hombre dirigió una mirada suplicante a Julianna. La joven se mantenía discretamente apartada, sentada cerca de una ventana, la atención perdida en la lejanía.

—¿Sobrina…?

—¿Lo rechazaste porque estabas molesta conmigo? ¿Por no haberte explicado? ¿Has podido cometer semejante equivocación solo por furia? No lo comprendo, querida, no lo comprendo… —gimoteó Dorothea, reclamando de nuevo las sales.

—Si me pregunta si me dolió que actuase a mis espaldas, tía, debo decirle que sí. Pero esa no es la razón por la que he rechazado la oferta de compromiso.

—¡Pensé que te alegraría, que me lo agradecerías! El barón Stendhal era un caballero de tu agrado, te veía feliz cuando venía a visitarte, taciturna y nostálgica si pasaban los días sin saber de él…

—Augusto es un cobarde que jamás enfrentaría a sus amistades tras desposar a una veneciana. Un detalle terrible y vergonzoso que no he

descubierto hasta ahora.

—Pero lady Rosalind…

—Lady Rosalind nunca supuso ningún problema. Era él. Todo el tiempo fue él, aunque tuviese la crueldad y el descaro de culpar a otros.

Julianna giró de nuevo la cabeza hacia la ventana. No tenía intención de ofrecer más pormenores a sus tíos. Bastante angustia sufrían ya. Cuanto menos supieran, mejor para todos.

—¿Podrías…, reconsiderarlo? —rogó Dorothea, con tono lastimero.

—En absoluto, tía, olvídelo. Quede claro que no quiero atormentarlos más, ni suponer un problema para ustedes dos. Si es necesario, regresaré a Venecia.

A la señora Wimsey pareció pasársele el vahído de un golpe.

—¿Qué dices?

—Seré de más ayuda allí, que aquí. No pienso depositar nuestras esperanzas en una boda forzada solo porque sea una posible fuente de ingresos.

—Querida, no digas eso, a diario los matrimonios salvan familias ruinosas, no es algo de lo que avergonzarse —indicó su tío, con afecto.

—Pues deberían. Ustedes los ingleses hacen cosas que me impedirían caminar con dignidad por la calle. Y las encuentran tan normales como aceptables. Sin embargo, cuán despiadadamente juzgan el sentir y el no traicionar a la pasión que mueve el espíritu, especialmente si se es mujer.

—No es muy justo, en eso estamos de acuerdo, pero es lo que tenemos —resolvió Dorothea, con firmeza—. Y tú no te marcharás a ninguna parte. Tu padre está luchando muy duro para salvar lo que pueda, y tenerte allí no haría sino incrementar su suplicio. —Usemos la cabeza —intervino Ashton Wimsey—, tratemos de hallar respuesta a tanto interrogante. Si no es el barón Stendhal, será otra fortuna. No es que sobren jóvenes casaderos de abultado patrimonio pero…

—Por favor, tío, se lo suplico, necesito descansar de todo esto.

Julianna escapó de aquella habitación que de repente, la ahogaba. Lo último que acertó a escuchar fue un jadeo de su tía, una especie de gorgoteo de ansiedad infinita. Lamentaba mucho ser la causa de su sufrimiento. Dorothea no lo merecía. Ella y su marido la habían acogido con tanto amor, que Julianna solo habría debido aportarles cosas buenas.

Salió al jardín. Hacía frío. Con el otoño bien avanzado y el cielo plomizo y entristecido. Exactamente igual que su interior.

Augusto, el desengaño más oscuro.

Lord Rothgar, el caballero pendenciero, arruinado y mujeriego, que jamás sería un buen marido. La cuestión sin respuesta, porque Julianna tampoco sabía si la amaba, no se había atrevido a

preguntarlo. Y ahora se arrepentía: siendo veneciana podía cometer muchas incorrecciones que no se le permitirían a una señorita inglesa, pero sí a ella. A Henry no le habría molestado un interrogatorio directo acerca de sus sentimientos.

Sin embargo a ella le habría hecho pedazos el alma oír su negativa.

—Julianna…

Aquella voz le encogió el corazón. Sugerente, masculina, acariciadora. Un suspiro se atravesó en su garganta y con la punta del dedo enjugó una lágrima.

—Julianna. —Volvió a escucharla.

¿Una alucinación que se repetía en el tiempo? Julianna Donne giró muy despacio, temerosa de lo que pudiera encontrar. Allí, en el jardín de sus tíos, Henry Spencer, vizconde Rothgar, vestido de viaje, el abundante cabello revuelto, los ojos más fieros que nunca. Fijos en ella. Recorriéndola con un dolor que desgarraba.

—Necesitaba saber que estás bien.

Sonaba atormentado y afligido, agotado. Arrepentido de muchas cosas, la certeza perdida sobre muchas otras. Y a pesar de que solo contaba con una frase que revelaba bien poco, Julianna pensó que su corazón dejaría de latir en aquel mismo instante.

—¿Cuándo…, cuándo has vuelto?

—Hoy. Y debo volver al continente mañana mismo. He vuelto para verte, no podía soportar que siguieran pasando los días sin saber de ti. Julianna…

Ella retrocedió un paso. Él deseó tocarla. Sin detenerse.

—Estaba segura de que me detestabas.

—Y te detesto. Peor aún, te odio.

Julianna movió a un lado y otro la cabeza. Sabiendo que no podría contener las lágrimas por la misma razón por la que no podía controlar su temblor.

—¿Por lo que hice? ¿Por lo incalificable de mi comportamiento?

—Te odio porque no puedo dejar de pensarte. Todo el tiempo. Es desesperante no poder apartarte de mi mente, esté donde esté, haga lo que haga. Y no es lo que hiciste. Es lo que hicimos. Fue hermoso.

—Es igual, Henry. No deberías haber regresado, no queda nada para ti aquí.

—Sé que no puedo aspirar a tenerte, que no hay nada que ofrecer que me haga meritorio a ojos de tu familia. Pero no quise desaparecer de aquella forma y que pensaras cosas horribles acerca de mí, tenía que dar la cara y decirte que te amo.

A Julianna se le encogió el espíritu dentro del pecho.

—¿Me amas?

—Con desesperación. Y ha tenido que ocurrir esta desgracia que nos aleja para siempre. A menos que suceda un milagro no seré digno de

tu mano.

—Sé lo que ha ocurrido. Y sé lo que estás intentando. Yo debo casarme con otro, Henry. Debo pensar en mi familia, como tú debes pensar en la tuya.

—Eso no cambiaría las cosas. Aunque ames a otro, aunque te conviertas en su esposa. Creo que hicieras lo que hicieras, sería capaz de perdonarlo.

Avanzó dos pasos y se colocó delante de ella. Tan cerca que el aliento de su respiración lo acarició como una ola perfumada. Le tomó las manos frías y se las llevó a los labios. No iba a decirle que no parecía la misma, que sus mejillas pálidas le hablaban de noches sin dormir, de falta de apetito y de fiebre, porque para él, siempre sería la más hermosa. Sin embargo, Julianna estaba enferma, mirándola cualquiera podía adivinarlo.

—Te hice daño y no puedo perdonármelo —susurró, su boca pegada a los nudillos. Una lágrima cayó de sus ojos, a mojar la piel de ella.

—Solo me dañó desear más de lo que podías darme —susurró la joven, con lentitud.

—¿A qué te refieres?

—A tu fidelidad. No puedo pretender que entregues algo que no tienes.

—¿Quién lo dice? Si supieras cómo cambian las cosas cuando aparece el amor de tu vida…

Julianna bajó los ojos con pesar. No podía entregar su corazón, ni comprometerse en contra de los intereses de su familia. No podía limitarse a pensar en ella misma. Debía despedirse.

—No soy el amor de tu vida, Henry, únicamente un momento de pasión pasajera.

—Sabes que eso que afirmas no es cierto.

La joven prefirió no responder.

—Márchate, te lo ruego. Si debes volver al continente, vuelve cuanto antes. Acaba lo que debes hacer. Tu familia te necesita.

—¿Y tú? ¿Qué harás tú?

—Pensar en lo que necesita la mía. Estamos atrapados, Henry. Queramos o no, lo estamos.

—¿Es por Stendhal? ¿Te has comprometido con él?

Capítulo 36

El día que todo o casi todo,
dejó de importar para Julianna Donne.

La joven sintió cómo aquel nombre, antes querido, ahora se le pegaba a la piel provocándole rechazo, y la forma desesperada en que deseaba liberarse. Un montón de recuerdos inútiles, peligrosos, donde no meter la mano, como un nido de espinas en una zarza.

—No. Augusto no significa ya nada en mi vida —explicó con tristeza—. Fue otro espejismo doloroso. Otra herida abierta, nada más.

—Julianna, ¿podrías…? ¿Tú podrías esperar…? ¿Sería mucho pedir?

—Márchate ya, Henry, esta conversación no tiene ningún sentido.

Henry no le había soltado las manos. Percibía su temblor, el frío gélido que la traspasaba, como si le perteneciera. Quería confesarle tantas cosas, prometerle otras muchas. Pero hasta que no salvara el futuro de los Herrick, ¿qué podía ofrecerle? Sin conocer a fondo los detalles, a través de su prima Evelyn, Henry sabía que la familia de Julianna estaba en apuros, que necesitaba con urgencia una salida. Y de momento, él no podía proporcionársela.

Si insistía, si perseveraba, ¿lo tomaría ella como una ofensa?

—Vuelve al continente. Piensa en Evelyn, en tus primas más jóvenes. En tus tíos…

—No puedo pensar en otra cosa que no seas tú. Sin embargo, en contra de lo que deseo, no voy a pedirte de nuevo que te cases conmigo.

Los ojos verdes de Julianna se llenaron de estrellas. De estrellas que brillaban con su último destello.

—Yo…

Henry levantó un dedo y lo posó en sus labios llenos.

—No te lo pediré porque me dirías que sí y yo no tengo nada que brindarte. Da igual lo mucho que me importes, lo mucho que te ame, lo mucho que sufro si no te veo. Da lo mismo, porque yo ahora no soy nadie y tú necesitas un caballero generoso, con una fortuna saneada,

que resuelva el calvario que atraviesa tu familia.

Julianna retiró las manos de su nocivo contacto. E iba a replicar algo áspero y seco que lo incitara a desaparecer, cuando el barón Stendhal apareció en el jardín.

Los tres asumieron el desconcierto del mejor modo posible, pero solo ella reaccionó con sinceridad.

—¿Cómo se atreve a presentarse sin ser anunciado?

Augusto dedicó media mirada veloz a su oponente.

—Creo que no he sido el único. Vizconde, ¿me permitiría un segundo a solas con la señorita Donne?

—Augusto, no le concederé un solo instante, no es usted bienvenido —indicó Julianna, con frialdad, antes de que Henry pudiera replicar.

—Ya ha oído a la señorita —rugió Rothgar, amenazador—, Stendhal, será mejor que se vaya.

—No pienso abandonar esta casa hasta no haberme explicado. Hay cosas que usted no sabe, señorita Donne…

—¡Le he dicho que no deseo escucharlo!

—¿Es por él? —señaló a Henry con un dedo estirado— ¿Prefiere aceptar su proposición desdeñando la mía?

—No hay ninguna proposición, deje sus fantasías para otro momento, milord —replicó Julianna, algo más calmada, cargada de paciencia.

Pero el ánimo del barón hervía de rabia. No bajó la mano, ni el dedo acusador.

—¿Sabe que su familia está arruinada? Londres les da la espalda, los Herrick han perdido toda su influencia. Y sé que sus padres necesitan protección y fondos, señorita Donne, yo puedo ser la solución a sus problemas, la salvación de su fortuna, aquí o en Venecia…

La mirada de la joven se congeló de repente.

—Sepa usted que recogería hortalizas con mis propias manos antes de aceptar su ayuda. Váyase.

—Julianna…

Harto de mantenerse al margen fingiendo una cortesía muy poco práctica, Henry dio un paso firme hacia delante.

—Cómo me irritan los caballeros poco educados, insistentes y sobre todo, sordos. —Se remangó con violencia y apretó los puños dispuesto a golpear a Stendhal sin pensárselo dos veces.

Empezó por atraparle las solapas de la levita y zarandearlo brusco. Augusto reculó un paso e intentó liberarse, pero solo lo logró a medias. Henry recuperó enseguida el espacio perdido y se pegó a su adversario. El barón le propinó un fuerte empujón y se alejó cuanto pudo. Ambos se miraron con ojos insidiosos.

Julianna aprovechó el momento para interponerse entre los dos.

—¡Alto! No quiero peleas de taberna en casa de mis tíos, y tampoco

me interesa su oferta, barón, me gustaría no tener que repetirlo de nuevo, esta entrevista ha terminado.

El hombre apretó los dientes. Un pequeño músculo furioso palpitó en su mandíbula. Sacudió la cabeza en una reverencia tensa y tras arrojar una miranda furibunda a lord Rothgar, sin decir palabra, se retiró.

Julianna soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones. Se llevó las manos a las sienes y se tambaleó, un segundo antes de que todo a su alrededor se volviera negro.

Henry la tomó entre sus brazos protectores, evitando que cayera al suelo al desplomarse, asustado e impactado. Entró con ella en la casa, agitado, pidiendo ayuda. Los señores Wimsey salieron al corredor, conmocionados por los gritos.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamó Dorothea, con desmayo.

—Avisen al médico y díganme dónde está su dormitorio.

Henry subió las escaleras de dos en dos, con Julianna en brazos. Con inesperada delicadeza la depositó en la cama que una criada destapó, y se la quedó mirando con los ojos húmedos. Había soportado demasiada presión. Demasiada.

Julianna no se merecía un castigo así.

Los señores Wimsey entraron sin resuello a la alcoba. Ya habían dado orden de aviso al doctor, y pedido al servicio unas cuantas tinas pequeñas de agua fría y muchos paños. Julianna ardía en fiebre.

—¿Ha sido ese horrible barón Stendhal? ¿Ha dicho algo que la…, que la haya dejado en este estado? —gimió Dorothea Wimsey.

Henry apenas si la atendía. Arrodillado junto a la cama, con la mano de Julianna entre las suyas, sin separar los ojos de aquel rostro hermoso y exhausto, que tanto amaba.

—¿Puedo quedarme con ella?

Los tíos de Julianna se miraron entre sí, confusos y sorprendidos.

—Sí, desde luego, como guste. ¿Desea tomar algo? ¿Un té, una copa?

Henry negó apesadumbrado con la cabeza.

Así empezaron a correr las horas en el reloj.

Encargándose personalmente de aplicar paños fríos en la frente de su amada, con tanta devoción y entrega que nadie, ni siquiera Dorothea Wimsey, se atrevió a sustituirlo. Cuando llegó el doctor, esperó impaciente con la familia a que emitiera su diagnóstico y al abrirse de nuevo la puerta del dormitorio, el futuro conde era el más ansioso de todos.

—Podría ser un cuadro de agotamiento físico y mental, pero esas fiebres tan elevadas… Puede tratarse de fiebres infecciosas, esperemos a ver cómo evoluciona y si conseguimos bajar la temperatura.

—Fiebres infecciosas equivale a admitir que no sabe lo que tiene —

masculló Henry entre dientes, volviendo a entrar como un rayo a la habitación.

—Lamento el comentario, doctor —lo excusó Ashton Wimsey, con amabilidad—, entienda que estamos todos muy afectados.

—Ha sido tan repentino… —añadió su esposa, retorciéndose los dedos.

El médico hizo una señal de asentimiento.

—Avísenme si hay algún cambio. De lo contrario, pasaré a visitarla mañana por la tarde.

Iba a ser una noche larga, interminable, que no había hecho más que empezar. Cuando se anunció la llegada de un criado de la casa Herrick con una nota dirigida a Henry, sin necesidad de leerla, este adivinó su contenido: debía partir de inmediato o perdería el barco. Era una orden en forma de consejo, procedente de su atribulado tío, el conde.

Henry apretó el papel hasta formar una bola y la dejó caer al suelo.

—¿Ocurre algo grave? —se interesó la señora Wimsey, con un hilo de voz.

—Nada que deba preocuparla, mi querida señora. Si alguien tuviera la amabilidad de facilitarme papel y pluma, hay un viaje que debo retrasar.

Capítulo 37

El día que fue necesario demostrar
hasta dónde llegaba el amor.

Los días que siguieron a aquel, fueron de auténtica pesadilla. Los médicos de la casa Herrick, enviados por el propio Henry, coincidieron en el ambiguo diagnóstico de «fiebres infecciosas» y el principal objetivo de controlar y bajar la altísima fiebre con paños helados y cataplasmas en el pecho, que apenas si funcionaban.

—Creo que deben estar preparados para cualquier desenlace —había advertido el doctor, con voz funesta.

Julianna no había recuperado el sentido en ningún momento y Henry no había soltado su mano. Aplicaba agua fría con la punta de los dedos en sus labios resecos y cuando la oyó balbucir su nombre, creyó morir de amor. Pero lidiar con aquel sentimiento imperioso no significaría nada si la perdía. Y Henry temía cada minuto que pasaba sin recuperarla, horrorizado de que fuese el último.

La duquesa de Richmond, la señorita Hagstings y su prima, lady Evelyn, también permanecían junto a la cama, hora tras hora. Con nudos en el estómago y en la garganta, que les impedían hablar. Con semblantes demudados y lágrimas en los ojos.

Evelyn se acercó a su primo y posó tímidamente una mano sobre su ancho hombro.

—Henry, ¿podemos hablar?

Él se mantuvo inmóvil en el mismo lugar. Petrificado, sus ojos fijos en la inerte figura acostada.

—No puedo…

—No pasará nada si la dejas unos segundos. Te lo ruego, tenemos que hablar.

A regañadientes, el vizconde se incorporó. Besó los nudillos tibios de Julianna antes de depositar, con todo cuidado, su mano sobre las sábanas. La mano que no había soltado en cuatro días. Ni un solo instante.

Evelyn se lo llevó a la esquina más apartada de la estancia y le habló en susurros.

—Si de verdad la amas, debes viajar.

La expresión en el rostro de Rothgar mutó como si le propusieran una abominación.

—No pienso dejarla sola.

—¡No está sola! Tiene a su familia, nos tiene a nosotras. Henry…

—Cuando despierte…, cuando abra los ojos —insistió enloquecido—, quiero estar ahí cuando ella abra los ojos.

—¡Henry! ¿Es que no lo entiendes? Si no viajas al continente, si no acabas lo que empezaste, no podrás ayudarla. Lo habremos perdido todo y Julianna se verá obligada a aceptar otro compromiso, cualquiera, cualquier matrimonio con un desconocido por el que no siente nada, con tal de que salve a su familia.

Henry sacudió confuso la cabeza. Metió los dedos por entre su espeso cabello y lo llevó hacia atrás. Una y otra vez. Frenético.

—¡Por favor! Sé sensato. Si de veras la amas, tienes que pelear por el condado de Herrick, tienes que pelear por ser digno de su mano. ¿Prefieres verla abrir los ojos para a continuación decirle adiós?

Él miró angustiado hacia la cama.

—Te he concedido cuatro días. Padre está enfermo de remordimiento y agitación, pero padre no importa, al fin y al cabo es el causante de la situación y debe asumir las consecuencias. Tienes que viajar, primo, te lo suplico, en el nombre de tu familia y en el de la mujer que amas. Si no lo haces hoy mismo, será demasiado tarde.

Henry Spencer alzó unos ojos azul oscuro, profundos como una noche a la que le hubieran robado todas sus estrellas. Desolado, vencido, sin fuerzas y sin ilusión. Mientras miraba a su prima a la cara, se le llenaron de lágrimas.

—La amo —consiguió decir con mucho esfuerzo—. No imaginas el modo en que la amo.

—Lo sé, lo sé. —Lo abrazó con fuerza—. Y entiendo que quieras mantenerte a su lado. Pero en lugar de quedarte aquí, ve a apostar por el futuro de todos. Por el vuestro. Esa es la mejor ayuda que puedes darle a Julianna.

—Nunca pensé que amaría a nadie. Ni siquiera sabía lo que era amar…

Evelyn apretó aún más el lazo que la vinculaba a su querido primo. No sabía cómo consolarlo. Si a Julianna llegaba a pasarle algo irremediable…, todo estaría perdido para él. Se distanció un poco y trató de infundirle ánimo con un esbozo de sonrisa.

—Todo eso debes poder decírselo a ella. En persona, mirándola a la cara, entregándole el anillo de compromiso de la abuela. Eres el futuro conde de Herrick, primo. ¡Lucha! Lucha por lo que te pertenece.

Henry cerró los ojos y apretó fuerte los párpados. Las lágrimas resbalaron libres durante unos segundos y él las dejó correr sin reparo. Cuando consiguió recomponerse, recuperar su dignidad, con el rostro

ya seco, regresó junto a la cama de Julianna.

—¿Pueden dejarnos a solas…, unos minutos?

Nadie puso ninguna objeción. Ni los tíos de la joven, ni sus queridas amigas, ni los miembros del servicio. Henry volvió a arrodillarse y a tomarle la mano. La apretó contra su frente. Notó un temblor que lo recorría de pies a cabeza.

—Ya has oído a mi prima Evelyn, parece que esa joven dama hubiera nacido de nuevo, se ha vuelto una persona razonable y juiciosa, mucho más de lo que quizá esté demostrando ser yo. Ese es el efecto que causas en las personas, amada mía, contigo cerca sale a relucir lo mejor de nuestro interior. Sabes que no quiero dejarte, por nada del mundo querría alejarme de esta habitación, de tu mano. Pero hay algo que debo hacer. Por nosotros, por nuestro futuro. Porque Evelyn tiene razón, si no consigo salvar Herrick no habrá un futuro para nosotros dos, y tampoco para mi familia. Y sé que no me lo perdonaría jamás. Mantente viva, Julianna, por ti, por mí, por tanta gente que te quiere, respira, pelea, espera a que regrese. No te marches a ningún sitio, no sin mí tomado de tu mano. Prometo…, prometo volver y bañarme de nuevo en la luz de esos ojos tuyos. Tenemos mil y un amaneceres que vivir juntos, mi querida estrella de Venecia. Te entrego mi palabra.

Se incorporó. Acarició la mano con sus dedos y se inclinó para besar los labios de Julianna. Con un suspiro febril y quebradizo, ella murmuró su nombre.

Entonces, Henry tuvo la certeza de que lo lograría. Los acuerdos, los negocios que había estado atando en el continente con tanto fervor, los pactos que salvarían al condado de la bancarrota, deshaciendo los errores del actual conde, llegarían a buen puerto. Y él podría regresar triunfante y saborear el resto de su existencia con la única dama que le había robado el corazón.

Una veneciana con fuego en la sangre. Su mujer perfecta.

Capítulo 38

El día que todo acabó…
para volver a empezar.

Henry estuvo fuera doce largos días, durante parte de los cuales, Julianna se mantuvo inconsciente, en un estado de preocupante gravedad. En la tarde de la décima jornada tras la marcha del vizconde, con los doctores taciturnos y sus amigas y tíos velándola, la joven abrió los ojos.

—Henry… —Fue lo primero que musitaron sus labios resecos.

Todos se abalanzaron sobre la cama sin poder ocultar su alegría.

—¡Julianna! —exclamaron Rebeca y Evelyn a dúo. Anne rompió a llorar sin consuelo.

Dorothea Wimsey, sacó dos pañuelos bordados, ofreció uno a la emocionada señorita Hagstings y con el otro secó sus ojos mojados.

—¡Has despertado! ¡Gracias, Dios bendito, gracias por traérnosla de vuelta!

—¿Te encuentras bien?

Los doctores se abrieron paso a través del entusiasmado grupo, y uno de ellos sujetó la muñeca lánguida de Julianna para tomarle el pulso.

—Hagan sitio, se lo ruego, permítanle respirar. Deberían salir todos de la habitación cuanto antes, para que podamos hacer un reconocimiento profundo.

Los cinco obedecieron sin dejar de sonreír, junto con las dos doncellas que solían atender a la enferma. Aguardaron intranquilos en el saloncito contiguo al dormitorio.

—Betty, ordena té para todos. Con pastelillos de fruta. Y bizcochos de mantequilla. Y algo de café para quien no desee té… —La voz de Dorothea era un imparable torrente nervioso. Su marido le tomó las manos con cariño.

—Serénate, querida, ya la tenemos aquí, nuestra querida Julianna de siempre, que no tardará en recuperarse.

Dorothea se dejó llevar por la presión y el sollozo.

—Oh, Ashton, pensé que jamás despertaría, que tendría que escribir a mi pobre hermana contándole la desgracia de haber perdido a su

hija mayor… Oh, esposo…

Ashton la abrazó y la abanicó, mientras Rebeca, Anne y Evelyn se miraban compungidas, pero intensamente felices.

—Lo primero que ha dicho al despertar ha sido su nombre. El nombre de Henry —observó Anne, con voz estrangulada.

—Y él estuvo a punto de darlo todo por perdido con tal de no dejarla sola —recordó Rebeca, igualmente emocionada.

—Estos dos se aman de verdad —resumió lady Evelyn, con una sonrisa bobalicona en la boca.

—¿Habéis recibido noticias del continente? —la interrogó Anne—. Durante estos días hemos estado tan alteradas con la situación que hemos olvidado preguntártelo.

Evelyn Fowler asintió despacio, sonriendo con satisfacción.

—Todo marcha en la dirección correcta. Mi inteligente primo está enderezando con nuevos acuerdos, las terribles consecuencias de los actos de mi padre. Abusaron de su buena fe y de su edad, lo embaucaron… Pero bueno es Henry cuando se trata de pelear duro. Estaré encantada de que se convierta en el esposo de mi mejor amiga.

—¿Tu mejor amiga? —repitieron Rebeca y Anne, sorprendidas y a coro.

Evelyn alzó las manos a la defensiva.

—Bueno, todas somos mejores amigas, es una manera de hablar.

Los doctores abrieron la puerta del dormitorio y ellos se pusieron en pie de inmediato.

—Ya pueden pasar. Está muy débil, así que procuren no fatigarla demasiado. Vendré a verla mañana por la mañana.

—¿Se recuperará, doctor? —preguntó Dorothea, sin poder disimular el ansia.

—Esperamos que totalmente. Son buenas noticias y es cuestión de tiempo, alimentación adecuada, y si no es mucho pedir, un poquito de felicidad.

Cuando los señores Wimsey quisieron darse cuenta, las tres amigas de Julianna ya rodeaban su lecho, le besaban las mejillas, las manos, le acariciaban emocionadas el cabello, más rojo que nunca contra su piel de nieve.

—¡Julianna, mi queridísima Julianna! Estás de vuelta —saludó Rebeca, con voz ronca.

—¡Amiga, temimos perderte! —gimió Evelyn, con los ojos empañados.

Anne le sacudió un codazo en las costillas.

—¡No le digas eso! Puede trastornarse y enfermar de nuevo.

Julianna y Rebeca rieron bajito.

—Nuestra querida Evelyn, tan vehemente e impulsiva como siempre —la disculpó la duquesa de Richmond.

—Os he echado de menos. ¿Cuántos…, días? —preguntó Julianna, la boca seca, la voz rasposa.

—Catorce días, querida, catorce días sin volver en ti.

—Nos tenías tan angustiadas… —añadió Evelyn, buscando la conformidad de Anne con la mirada.

Julianna las miró de una en una, un gesto lleno de luz y agradecimiento.

—¿Henry…?

—Volverá en un par de jornadas. Está en el continente, solucionando problemas. Pero todo va bien, todo va a resolverse del mejor modo posible, procura no preocuparte.

Rebeca hizo un gesto de impaciencia.

—¿Es que nadie va a contarle lo más importante? Ese hombre, querida mía —prosiguió sin esperar a otra—, pasó cuatro días arrodillado junto a esta cama, sin soltarte la mano, negándose a viajar pese a las continuas demandas del conde.

—Es totalmente cierto —corroboró Evelyn, con énfasis.

—Muy cierto —se sumó Anne, con aire romántico—. Eso es amor verdadero, Julianna. El único por el que merece la pena luchar.

—¿Pero estás llorando? —observó Rebeca, inclinándose sobre la joven enferma— ¿Por qué lloras?

—Lloro de dicha, amigas, de dicha y de feroz alegría.

Solo dos días más tarde, Julianna parecía haber recuperado semanas de salud. No obstante, a diario preguntaba por la llegada de alguna carta procedente del continente, aunque sus ilusiones acabaran hechas pedazos: la respuesta era siempre una dolorosa negativa. Por eso, cuando aquella mañana vio entrar a su tía agitando una carta en el aire, con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes, su corazón dio un salto mortal dentro del pecho.

—¡Carta! ¡Carta, querida, al fin, carta!

—¿De Henry?

—De tu madre.

No pudo decir que no le decepcionara, pero también era importante saber cómo habían evolucionado las cosas en Venecia. Mucho del futuro de todos, dependía de lo que su padre hubiera logrado retener.

—¿Me la lee?

—Mejor te la narro. Como si fuera un cuento con final feliz. —Dorothea tomó asiento junto a Julianna, que tomaba té cerca de la ventana, entreteniéndose en mirar el jardín. Ese rincón concreto donde Augusto y Henry estuvieron un día a punto de llegar a las manos—. ¿Recuerdas los tres barcos perdidos? Milagrosamente, ha aparecido uno de ellos, estuvo más de un mes encallado en un islote

cerca de la India. Pero ha vuelto. Esos buenos marineros pasaron mil penurias, hicieron las reparaciones indispensables y se las arreglaron para regresar a casa con la carga intacta.

—¿Entonces?

—No habrá ganancias en este despacho, pero sí más que suficiente para que tu padre pueda saldar todas sus deudas y quitarse de encima a los acreedores. No tendrán que vender el palacio del Gran Canal, no tendrán que alterar sus vidas, ni tampoco tu futuro, querida mía.

Julianna notó como una nube tibia de calma inmensa en forma de alivio, la bañaba por completo. La tensión de su espalda se aflojó, la crispación de sus dedos sosteniendo la taza desapareció, y su sonrisa se hizo amplia y sincera.

—¿De verdad, tía? —jadeó— ¿Me jura que no me engaña usted para que me sienta mejor?

—Es la pura verdad, puedes comprobarlo tú misma, de puño y letra de tu madre.

El tío Ashton apareció a su espalda, rubicundo y encantado, con una vitalidad recuperada que Julianna creía perdida, y una botella de champán a medio descorchar, en las manos.

—Hay que celebrar el fin de esta pesadilla. —Se dirigió al mayordomo, que lo seguía en discreto silencio, intentando comunicarle algo— ¡Franklin, copas para todos!

—Todos somos tú y yo, querido —rio Dorothea, con un trino feliz.

—En absoluto, Julianna también brindará por esta etapa de prosperidad y bonanza que gracias al cielo, se restaura.

Dorothea Wimsey se llevó las manos a la cabeza, alborotada.

—¿Ofreces alcohol a nuestra sobrina?

—¡Sí, señor! ¡Alcohol para todos!

Tres cabezas giraron a un tiempo hacia la puerta de la biblioteca, allí de donde provenía la jovial y potente voz, que desde luego, no pertenecía a Ashton Wimsey.

Capítulo 39

El día que el sol decidió
salir antes, brillando con más fuerza.

—¡Henry!

Julianna intentó incorporarse, pero antes de que pudiera intentarlo siquiera, el futuro conde de Herrick estaba a su lado, con los ojos lanzando destellos, la risa en la garganta, y el mejor de sus abrazos guardado para ella, aunque fuera en presencia de sus tíos.

—Vizconde, le dije que esperase fuera, se supone que era una sorpresa —refunfuñó Ashton, con un guiño, sin perder el buen humor.

—No podía esperar, le ruego que me perdone —respondió el joven, recorriendo ansioso el rostro de su amada, sus mejillas de nuevo sonrosadas, sus labios llenos, su pelo rojo encendido y sus manos templadas— ¿Te encuentras bien, estás curada?

—Del todo —susurró ella, mirándolo deslumbrada.

Estremecida, temblando de amor de pies a cabeza. ¿Dónde atesorar todas aquellas sensaciones buenas que la inundaban al verlo? ¿Dónde esconder su olor para que nadie se lo robara?

Dorothea contempló la escena con un suspiro de profunda complacencia. Su esposo la tomó del brazo y tiró suavemente hacia la salida.

—Dejémoslos solos, Dorothea, no seas entrometida…

—Siéntate aquí, a mi lado. —Julianna propinó un par de golpecitos al cojín junto al suyo. Henry sacudió la cabeza, todavía arrodillado a sus pies, enredando con nerviosismo los dedos de las manos con los de ella.

—Antes necesito llenarme los ojos con tu imagen. Permíteme estar así aún un rato. Te he soñado día y noche, si cerraba los ojos, te veía, si respiraba, podía olerte. Si sonreía, escuchaba tu voz desafiándome. Santo cielo, Julianna —añadió excitado—, ¿cuánto se puede echar de menos a alguien?

—Sé lo que hiciste cuando enfermé, sé que no te separaste de mí un solo instante.

—¿Cómo habría podido?

—El caballero mujeriego y vividor, el hombre en el que no se puede

confiar —bromeó ella, acariciándole el sedoso pelo revuelto.

Él recogió su mano al vuelo y se la llevó a los labios, para besarla una y otra vez, con entregada devoción.

—Ese tipo murió en alguna parte, en algún momento, a partir del día en que salvé a una dama muy gruñona de morir a los pies de unos caballos. Nunca volverá. Y si lo intenta, sabemos cómo cerrarle la puerta en las narices.

Julianna echó atrás la cabeza y soltó una alegre carcajada, que a oídos de Henry, sonó a campanillas de cristal.

—Bésame —ordenó ella—. Estás tardando demasiado.

Y la besó. Vaya si lo hizo. Sin darle esta vez oportunidad de arrepentirse, ni de huir o rechazarlo. Rodeándola, envolviéndola con sus fuertes brazos de modo que le resultara imposible escapar, pegando cada centímetro de su cuerpo al de ella, embriagándose con el aroma de su perfume y de su aliento, disfrutando los segundos previos al contacto piel con piel, antes de cubrir su boca con la suya y asolar cada rincón con desesperado ardor.

Una caricia intensa, deliberadamente lenta y larga, que curase sus muchas heridas, que los compensara de la separación, de las dudas, del sacrificio y el no saber. Que apretara de por vida el lazo de lo que una vez los cielos decidieron atar en nombre del amor.

Se entregaron el uno al otro olvidando dónde estaban. Y cuando se saciaron, ganaron unos centímetros de distancia solo para adorarse con la mirada. Las frentes unidas, la sonrisa flotando en los labios, indestructible y eterna. Los corazones colmados de gozo, las almas volando encadenadas.

—Ahora sí —susurró Henry junto a su oído—, ahora puedo pedirte por tercera vez que te cases conmigo, Julianna Donne, la mujer más testaruda que he tenido el placer de conocer. Y si te atreves a decir que no, te besaré mientras nos quede aire en los pulmones, hasta que cambies de opinión para no morir.

Julianna lo idolatró. No se negaría. Porque verlo, sentirlo y tocarlo, había convertido de nuevo su vida en algo hermoso que una vez creyó haber perdido.

—Sí, amor, claro que deseo casarme contigo.

Henry la hizo reír con un mohín entre simpático y tierno.

—¿No me preguntas si he salvado la fortuna de Herrick?

Julianna se encogió graciosamente de hombros.

—¿La verdad? Querido, el condado de Herrick y su fortuna me importan un bledo.

Capítulo 40

El día que cuatro buenas amigas
hicieron planes para el futuro.

Hacía tiempo que no se reunían en casa de la señorita Hagstings, aunque el lugar de encuentro era lo de menos para cuatro jóvenes que habían llegado a convertirse casi en hermanas. El servicio les había servido té con pequeños dulces en miniatura, pero lady Evelyn llevaba una sorpresa escondida entre sus faldas. Una decorada botellita repleta de whisky escocés del mejor año.

—¿Un chorrito para amenizar el té?

—¡Evelyn! —se espantó la tímida Anne, mirando en todas direcciones, mientras Rebeca y Julianna alargaban alborozadas sus tazas para recibir el regalo—. De acuerdo. Si insistes…

—Tú no deberías, Rebeca, no en tu estado.

Lady Richmond pasó una mano suave por su vientre ligeramente curvado.

—Solo unas gotitas, una gota.

—Solo una, un recordatorio —le guiñó Evelyn, volcando la botellita —. Y como os decía, padre asegura que desea morirse cuanto antes para que Henry se convierta en conde, porque él es, desde la estafa, la vergüenza de la familia. Claro, todos, incluido Henry, le hemos dicho que uno no se muere cuando quiere sino cuando toca, por mucho que porfíe —relataba lady Evelyn, divertida y en voz alta.

—Tu padre es un gruñón simpático —intervino Julianna, sin parar de reír—; al menos, así lo define tu primo.

En lo de simpático, Evelyn no estaba para nada de acuerdo. Desde cierto punto de vista, envidiaba la relación especial que su primo mantenía con el conde, esa otra faceta de su padre que Henry sí conocía y que ella, por desgracia, no había disfrutado nunca.

—De momento y para sosiego general de los Fowler, Henry se encargará absolutamente de todos los movimientos de dinero de la familia. Inversiones, negocios, ventas… Tu futuro esposo tiene una mente privilegiada, querida Julianna, no solo consiguió recuperar lo perdido con la artimaña contra padre, sino que en el último mes, ha duplicado las inversiones que la familia posee en Rusia.

—Brindemos pues —resolvió Rebeca, alzando su taza.

—¡Brindemoooooos! —canturreó Anne, descontrolada, pidiendo a gritos más alcohol.

Todas rieron con gusto, mientras Julianna jugaba a taparle la cara con un cojín pequeño.

—Hoy llega a Herrick House toda la rama de los Spencer: mi tía Elisabetta, hermana de padre, y mis cinco primos menores, Cassian, Rhys, Jurian, Varian y Lucien.

—¡Cielo santo! ¿Tantos hermanos tiene Henry?

—Y todos son increíblemente atractivos. Es posible que consiga emparejar a alguno de ellos contigo, Anne. Empezaré a meditar con quién durante la boda de Julianna.

Anne Hagstins le dirigió una mirada torcida, llena de turbada confusión. Las cuatro estallaron en carcajadas.

—Deberíamos centrarnos en el siguiente paso de tu historia, Evelyn —sugirió Rebeca, con cautela—. Hay que localizar de una vez a ese teniente tuyo, y decidir si sigues o no adelante con un compromiso inerte que ya dura demasiado.

Cierto. Sin embargo, algo se les congeló a las cuatro en el estómago porque el brillo se apagó de inmediato en los ojos de Evelyn. Hundió la cabeza contra el esternón, sujetando fuerte las lágrimas, para que no escapasen. Julianna le tomó las manos y se las apretó con cariño.

—No puedes seguir fingiendo que eres feliz, ni ejerciendo de casamentera de las demás, solo para evitar enfrentarte al problema. Eso no dará ningún resultado.

—Estamos aquí, estaremos donde haga falta, donde tú nos necesites. Pero tienes que armarte de valor y hacerlo —insistió Rebeca.

Evelyn sacudió inquieta la cabeza. Su voz no era más que un jadeo.

—No estarás sola, te lo prometemos —la confortó Julianna.

—Yo la primera, puesto que seguiré soltera por los siglos de los siglos —balbuceó Anne, más feliz y entregada que nunca.

De no haber tenido los corazones encogidos dentro del pecho, las tres se habrían reído. Porque el aspecto de Anne, su actitud por efecto del whisky, todo era tan hilarante…, pero seguir ignorando la difícil situación personal de Evelyn no conducía a ninguna parte. Y allí estaban ellas, dispuestas a ayudar, a aconsejar, a acompañarla donde hiciera falta. Para que retomase su destino y las riendas de sus decisiones.

—Después de la boda —suplicó Evelyn, con un hilo de voz.

—¡Después de la luna de miel! —reclamó Julianna, con énfasis —No podéis dejarme al margen de esto.

—¿Después de que nazca el bebé? —bromeó Rebeca, logrando que el buen humor descendiera de nuevo sobre aquella habitación.

Evelyn sacudió las manos en el aire, imponiendo silencio.

—De acuerdo. Lo iremos viendo poco a poco. Me temo que este grupo tiene demasiados frentes abiertos… ¡Anne, por todos los santos, suelta esa botella!

Capítulo 41

El día que las familias se reunieron
para descubrir que estaban
encantadas de conocerse.

Y del mismo modo que Rebeca Percy, actual duquesa de Richmond, había contraído matrimonio en el último mes del ardiente verano, el enlace de los futuros condes de Herrick se fijó para el último mes del dorado otoño. La estación en la que las hojas se amarillean y todo luce del color del fuego y el metal precioso, igual que el cabello de la novia.

Herrick House se engalanó para la ocasión. Las familias que no vivían en Londres o en las cercanías, incluso las que vivían fuera de Inglaterra, como la lejana Italia, viajaron. Todos se reunieron en los pabellones de invierno de la mansión los días previos a la boda, para conocerse. Los caballeros acabaron conversando en torno a una mesa bien surtida de licores, Julianna junto a ellos, acompañando a su prometido, y en otra mesa no demasiado apartada, las damas y algún caballero al que le entretenía el chisme más que los debates sobre el, cada vez más próximo, fin de las guerras Napoleónicas, como los señores Donne y Wimsey, esposos de las dos hermanas italianas.

—Estoy feliz, feliz de que estemos por fin todos juntos —canturreó lady Elisabetta—, algo me dice que vamos a ser una gran familia muy bien avenida. Ya es casualidad que sean ustedes venecianos, cuando mis orígenes y mis raíces por parte de madre, se hunden en Florencia. Adoro su país.

—Y dicho sea de paso, tiene usted un nombre precioso —respondió Vittoria Donne, madre de Julianna, toda cortesía y sincera emoción—. Estuvimos a punto de bautizar con ese nombre a nuestra hija menor, también tenemos una Elisabetta en alguna rama alejada de la familia, alguna tía abuela o algo parecido. Todas, mujeres de exuberante hermosura.

—De la que hace igualmente gala la madre de la novia —bromeó lady Mathilda, madre de Andrew Wellesley, duque de Richmond, también presente.

—Cuando conocen a mi esposa, todos entienden de quién heredó

nuestra hija Julianna su soberbia belleza —añadió gozoso Enrico Donne.

Dorothea Wimsey exhaló un sentido suspiro.

—Siempre fue así, es terrible ser la hermana peor parecida entre tanta perfección.

—¿A que sí? —se apresuró a confirmar Anne Hagstings.

Todos la miraron, especialmente Rebeca y Evelyn, mientras Vittoria le restaba importancia al comentario con un mohín cariñoso.

—Dorothea, tú siempre has sido muy bonita. La prueba la tienes en que enamoraste perdidamente a un caballero inglés tan solicitado e inaccesible como Ashton.

Dorothea bajó la cara y sus orejitas se colorearon de placer.

—Compruebo que tenemos a muchas damas bellas e inexplicablemente solas por aquí —prosiguió Vittoria, agitando encantada el abanico.

—La viudez, mi querida amiga —puntualizó Elisabetta Spencer, cruzando una mirada significativa con Mathilda Richmond, duquesa viuda—, un trago amargo que cuando llega, arrasa de forma espantosa con la vida social de toda mujer.

—Bueno, eso tiene fácil arreglo. A partir de muy pronto pasamos a ser familia y Enrico y yo disponemos de un exquisito círculo de amistades en Venecia, del que forman parte muchos caballeros solteros y viudos, de lo más interesantes.

Mathilda y Elisabetta gorjearon divertidas ante la perspectiva, como pajarillos en primavera. Mientras que la callada Prudence, madre de lady Evelyn y tía del novio, se contentó con un esbozo de amarga sonrisa.

—He de decir, y tendrán ocasión de comprobar que no miento, que mi esposa, como casamentera, no tiene rival —recalcó el señor Donne.

Lady Prudence dejó ir un gemido de resignación.

—En eso se parece a mi hija Evelyn.

—¡Madre! —se ofendió la aludida.

—Tienen que darme su palabra de que no tardarán en visitarnos. Les aseguro que el palacio del Gran Canal será muy de su agrado —invitó Vittoria Donne, llevándose a los labios una copita de vino, paladeándola.

—Cuente con ello —confirmó lady Elisabetta, con una amplia sonrisa—. Y me encargaré personalmente de que mi cuñada Prudence, nos acompañe.

—Elisabetta, yo no puedo… —empezó a protestar la interesada.

Elisabetta, cuyos ojos de zafiro, idénticos a los de su hijo Henry, parecían acaparar toda la luz del sol, la calló con un gesto.

—Podrás, querida, podrás. Distraerte un poco y salir de aquí es lo más inteligente que puedes hacer por el bien de tu salud. Me duele

decirlo, pero mi amadísimo hermano arrastra demasiados achaques y su bienestar me preocupa. Aunque todo lo que mi hijo le desea a diario sea una larga vida llena de felicidad, lo conozco y sé que no es feliz encerrado aquí, en Herrick House, sin poder viajar ni dedicarse a sus negocios, como ha hecho siempre.

—Los negocios ni los menciones. —Lady Herrick sufrió un escalofrío al recordar las últimas gestiones de su esposo y sus catastróficos resultados.

—Además —prosiguió lady Elisabetta, en tono confidencial—, ¿qué mejor idea, una vez se haya celebrado la boda, que un viaje? Mis hijos ya apenas si me necesitan y en cuanto a ustedes —señaló a su cuñada Prudence y a lady Mathilda, y a continuación, a Diana y Sienna, sus dos sobrinas de quince años, hermanas menores de Evelyn, que conversaban animadamente con Millicent, la hermana menor del duque de Richmond—, pronto se les acabará la paz, en cuanto tengan que iniciar la lucha por casar bien casadas a sus pequeñas princesas. ¿Por qué no darnos un pequeño capricho antes de que la tarea dura comience?

Se oyó un cacareo general de alegre aceptación.

Lady Evelyn se puso en pie y sonrió a todos los presentes.

—Espero que no les incomode si las dejo con sus planes de futuro y les robo a mis queridas amigas, lady Richmond y la señorita Hagstings —anunció esquivando la afilada mirada que su madre trató de cruzar con ella—. Intentaremos también que la futura novia se separe por unos minutos del primo Henry.

—Vayan, vayan —se oyeron al tiempo, varias voces.

Las jóvenes se alejaron de la zona de reunión pero, pasando de largo ante la mesa de los caballeros donde se encontraba Julianna, Evelyn las condujo a la salida al jardín.

—¿No íbamos a buscar a Julianna? —se extrañó Anne, con un pestañeo nervioso.

—¿Por qué has dicho eso? —la interrogó Evelyn, sin aclararle nada y de aparente y repentino mal humor.

—¿Qué es lo que he dicho?

—Lo terrible que es ser la hermana fea entre tanta dama hermosa —explicó lady Rebeca, sabiendo muy bien a qué se refería Evelyn.

Anne perdió de inmediato la sonrisa.

—Ah, eso.

—Sí, eso. ¿Acaso es lo que sientes cuando estás con nosotras?

Anne tardó en responder.

—Un poco —reconoció finalmente.

—Es injusto, Anne —apuntó la duquesa de Richmond, mirándola con ternura—. Ni eres mal parecida, ni creo que nunca nadie te haya hecho sentir así.

—Los caballeros…

—¿Qué bobada es esa de los caballeros? ¿Solo porque a mi primo Henry le atrae otro tipo de mujer tú debes sufrir una crisis? —la reprendió Evelyn, un poco más duramente de lo que pretendía.

Vio como la sensible Anne se estremecía bajo el látigo de su tono y se arrepintió. Pero necesitaba dejar de sentirse culpable por el carácter pusilánime de su amiga y por no haber apoyado, con sus acostumbrados tejemanejes, una relación que solo existía en la imaginación de esta y que jamás de los jamases habría tenido vida real.

—Escúchame: Henry se enamoró de Julianna por su carácter. Por su personalidad. Y otro caballero maravilloso será quien aprecie la tuya. Creí que lo habíamos dejado claro.

—Evelyn tiene razón, Anne —la secundó Rebeca—, no se trata tanto de belleza física como de lazos de almas. Cada cual busca en la vida eso que le falta, lo que le complementa. Y por eso nos sentimos atraídos por unas personas y no por otras. Pero tal verdad no significa, en absoluto, que seas indigna de ser amada.

—¡Todo lo contrario! —se escandalizó Evelyn— Cada vez que has asistido a una fiesta has tenido muchísimo éxito.

—Pero no tengo pretendientes, nadie me visita en casa, ni me corteja. A veces pienso que nadie me va a amar nunca. Yo…, soy tan tímida, tan callada, jamás tengo claro de qué hablar sin hacer el ridículo.

Evelyn cruzó una mirada de chispeante entusiasmo con la duquesa de Richmond.

—Rebeca, nos espera una ardua tarea para después de esta boda. Antes de buscar un marido perfecto para Anne, deberemos despabilarla y convertirla en otra mujer.

Las dos se dieron cuenta de que los ojos de Anne, en lugar de interesarse por la jugosa propuesta, se quedaban colgados de un punto en la lejanía, y que sus mejillas se llenaban de color, tal que si hubiera recibido un golpe de luz. Giraron a la vez.

Cinco jóvenes caballeros entraban juntos, sonrientes, bromeando. La boca de Anne se había abierto, al igual que sus ojos, pero no conseguía cerrarse.

—¿Quiénes…?

—¡Ah, mis cinco primos! Los Spencer, los hermanos de Henry. —Comprobó satisfecha la expresión embelesada de su amiga—. Ya os avisé de que eran muuuy apuestos.

—Nunca detallaste hasta qué punto —silabeó Anne, conmocionada.

Evelyn se echó a reír, gozosa, olvidando por un instante todos su pesares.

—Sujétala bien, duquesa. Creo que nuestra señorita Hagstings está a



punto de sufrir un desvanecimiento…, de puro deleite.

Capítulo 42

El día que… alguien con otro alguien,
fue feliz para siempre.

—Señorita Donne, el barón Stendhal espera en la puerta. Quiere saber si usted le concedería unos minutos de su tiempo.

Los caballeros seguían parloteando en torno a la mesa cuando el lacayo se aproximó, ajenos a la repercusión del mensaje que traía, y únicamente Julianna y Henry se miraron con suspicacia antes de tomar una decisión y responder.

—¿Qué demonios hace ese tipo en Herrick House? —fue la vehemente reacción del vizconde.

—No te alteres, Henry —suplicó Julianna, posando la mano en su firme pecho—, atendámoslo un momento y lo averiguaremos.

—Te acompaño.

—Solo si me prometes que no vais a acabar peleando como dos bárbaros, en el recibidor, delante de todo el servicio.

A Henry se le escapó una risita de tensa conformidad.

—Si mi adorable prometida me lo pide de ese modo, ¿cómo podría negarme? Pero que se ande con cuidado porque no pienso permitir…

—Henry…

—Caballeros —el futuro conde se dirigió a los presentes en la gran mesa, incluido el duque de Richmond, mejor amigo de Augusto—, les ruego nos disculpen unos minutos. La señorita Donne y yo debemos atender a un visitante inesperado.

Cuando llegaron al saloncito donde lord Stendhal aguardaba, este miraba por la ventana, sereno y hasta sonriente, girando su sombrero entre las manos. Sin embargo y pese a su aspecto, Julianna lo notó de inmediato, taciturno y afligido.

—Vizconde, señorita Donne —saludó con una inclinación de cabeza.

—Estamos reunidos con nuestras familias —espetó Henry, sin contemplaciones—, ¿quiere decirnos qué lo trae por nuestra casa?

—En primer lugar, darles mi más sincera enhorabuena por su próximo enlace. Les deseo una larga vida llena de felicidad.

—Muy bien, ya lo ha hecho, cuenta con nuestro agradecimiento, puede marcharse.

—Necesito se me permita cierto intercambio de impresiones con la señorita Donne —explicó Augusto. La voz adormecida, los ojos azules sin el brillo acostumbrado—. Les agradecería en el alma que me lo concedieran.

—No creo que usted tenga absolutamente nada que hablar con mi prometida. Le recuerdo que fue tan afortunado de tener su oportunidad y que contra todo pronóstico, la desperdició.

—Henry, te lo ruego —lo apaciguó Julianna.

—No le quito la razón, lord Rothgar, la tiene usted por completo. Pero le juro que vengo en son de paz. Serán solo unos instantes.

Henry miró a Julianna y ella asintió lentamente con la cabeza. No demasiado convencido, Rothgar accedió a salir y dejarlos a solas.

—Estaré fuera por si me necesitas —comentó desde la puerta.

Y por todos los santos, que sonó a advertencia. Julianna ahogó un suspiro, tomó asiento e indicó al caballero que hiciera otro tanto.

—Usted dirá, barón. Espero no sorprenderle si le informo de que no es el mejor día para visitas, y que tampoco creo que tengamos nada pendiente…

—Sí, lo tenemos —la interrumpió con cierta ansiedad—, necesito llevarme algo valioso de esta casa hoy, señorita Donne, necesito llevarme su perdón.

—Mi perdón ya lo tiene.

—No. Tengo su indiferencia, su reproche y su desprecio, todo ello, seguramente bien merecido, pero no su perdón. Y no podría seguir viviendo si no me lo concede.

Julianna desvió la mirada hacia los ventanales, incómoda ante tanta intensidad.

—No hace falta que lleve las cosas tan lejos, lord Stendhal.

—Me comporté como un miserable, un absoluto necio, dejé que mis prejuicios nublaran mi entendimiento y como bien acusó usted, fui un cobarde que no supo defender sus sentimientos, ni el amor que sentía. Me avergüenzo de haberla herido, de haber perdido a una dama tan valiosa, y con toda franqueza, me congratula que se case con alguien como el futuro conde. Yo no me considero digno de su valía, Julianna.

—Augusto.

Él levantó una mano temblorosa. La sonrisa en su atractivo rostro era pacifica y dulce.

—No diga nada, se lo suplico, no diga nada. No merezco más que lo que tengo, las manos vacías, pero debe perdonar a este bufón equivocado que no supo batallar por lo que más quería. Al que le rindieron las dudas y la obcecación.

—Es usted un buen hombre, Augusto. Y tiene una madre encantadora de la que debería estar muy orgulloso.

Un esbozo de sonrisa sin apenas luz, escapó de los labios de

Augusto.

—Con una mente mucho más abierta que su hijo, puede afirmarlo sin temor a equivocarse. Lamento haber hecho más caso a mi padre que a mi madre en muchas cosas, es algo que no podré perdonarme nunca.

—Pues yo sí lo perdono. Ya tiene lo que vino a buscar. Y con el tiempo, tendrá también mi amistad y la de mi esposo.

—Dígale al futuro conde que lo admiro profundamente. Pero dígaselo dentro de un par de meses, cuando haya aplacado la antipatía que me tiene.

Julianna sonrió con amabilidad.

—Cuente con ello.

El barón Stendhal se puso en pie, dispuesto a irse.

—Por favor, sean muy felices.

Abrió la puerta y se encontró con un inexpresivo lord Rothgar, demasiado cerca. Augusto inclinó educadamente la cabeza y el futuro conde de Herrick le respondió de igual manera. Nadie articuló palabra mientras el barón cruzaba el vestíbulo, apenas se miraron, el silencio era total. Pero ya no flotaba aquella enemistad peligrosa en el aire. Henry pasó un brazo alrededor de la cintura de su prometida y la atrajo hacia su cuerpo, para besarle el cabello. Se quedaron mirando la puerta por la que Stendhal había desaparecido con paso firme.

—¿Has estado escuchando tras la puerta? —quiso saber Julianna, con aire travieso.

—Por supuesto que sí. Todo el tiempo y toda la conversación.

—Eres incorregible, amor mío—rio la joven pelirroja, dejando caer la cabeza contra el pecho de su prometido.

—Al final me veré obligado a admitir que Stendhal tiene cierta nobleza —gruñó Henry—, y terminaré apreciándolo. Pero con el tiempo. No me presiones.

Capítulo 43

El día que Evelyn abrió los ojos
a algo que quizá era y no sabía.

—Tía, ¿puedo pasar?

—Por supuesto que sí, Evelyn, querida. Justo acaban de servirme el té, ¿te apetece acompañarme?

Lady Evelyn entró en la estancia, el gabinete contiguo al dormitorio asignado a su tía Elisabetta, el que siempre prefería usar cuando se hospedaba en Herrick House. La dama se encontraba cómodamente instalada en su sofá, con una bandeja bien surtida delante, y una enorme tetera de porcelana humeando por el orificio.

—Espero no importunarla, tía, tengo mucho interés en conversar con usted, ahora que podemos. Hay ciertas cosas…

—¿Qué tonterías dices, querida? ¿Cómo iba a importunarme mi sobrina favorita? Trae una taza de ese aparador, sí, esa. Deja, que te sirvo un té bien caliente.

—¿Habló con padre? ¿Han decidido usted y los primos, finalmente, mudarse a Herrick House de forma definitiva?

—Sí. La verdad es que no tenemos ninguna prisa, pero lo haremos. En algún momento después de la boda, quizá cuando Henry y Julianna hayan regresado de la luna de miel. Todos mis hijos están en edad casadera, es mucho mejor que vivan aquí, relativamente cerca de Londres, y empiecen a planificar sus vidas.

—Es bueno que la familia esté unida —declaró Evelyn, mirando a la nada.

Su tono y su desaliento llamaron la atención de Elisabetta.

—Me preocupa tu padre. Está delicado, es duro escucharlo, posiblemente es algo que no debería comentar ante una jovencita sensible como tú, pero no sé cuánto le queda de vida a mi pobre hermano y querría estar a su lado cuando lleguen los últimos momentos.

Evelyn asintió despacio con la cabeza. Su dedo recorriendo compulsivamente el borde de la taza.

—Tía…, usted adora a padre…

—Lo amo por encima de todas las cosas. Armand es mi hermano

preferido, con nadie desarrollé jamás la complicidad que tengo con él. Ni siquiera con mi difunto esposo.

—Entonces usted debe de saber…, debe de haber vivido la ruptura de su compromiso con lady Stone.

Una sombra alada cruzó el rostro apacible y aún bello, de Elisabetta Spencer.

—Desde luego que sí. Fue muy triste y muy inesperado, todos adorábamos a Marian, y ellos estaban profundamente enamorados.

—¿Por qué lo hizo? ¿Cómo pudo ella ser tan cruel? ¿Acaso no le importó romperle el corazón?

—Cierto que la felicidad de mi hermano desapareció con ella. ¿Fue cruel, dices? Bueno, las personas siempre tienen sus motivos…

—Desde entonces, padre es un ser amargado, incapaz de amar a nadie —siseó Evelyn, notando cómo la rabia ascendía de su vientre a su garganta—. Desprecia a madre, no se ha esforzado lo más mínimo en todos estos años en hacerla feliz, ni siquiera entiendo por qué se casó con ella. Madre llora y se enferma, consume los días, nunca sonríe. Debe de ser terrible mirar a tu esposo a los ojos y adivinar que piensa en otra, en ella, en lady Stone, la mujer que incumplió su palabra y lo abandonó para huir con otro.

—¿Con otro? —se sorprendió Elisabetta— Yo solo sé que se marchó enseguida a Francia, no que se fuese acompañada de ningún caballero.

Evelyn se encogió de hombros. Le molestaba que de algún modo, la hermana de su padre, alguien que debía ser eternamente leal al conde, justificase a la causante de todos sus males.

—¿Qué más da? Seguramente lo habría, otro hombre, puede que un amante. De otra forma, no tendría sentido romper el compromiso y huir del modo en que lo hizo.

—Imagino que es una suposición de tu madre.

—Todo lo que sé de esta historia lo sé a través de ella. En sus malos momentos, cuando pierde las ganas de vivir y se encierra a llorar y a sufrir en su alcoba, solo consiente recibirme a mí, mi presencia es la única que la consuela. Y me habla y me cuenta.

—Y te envenena…

—No diga eso tan horrible, tía. Madre necesita desahogarse con alguien, tiene todo el derecho, vive sin amor, espantosamente sola. Claro que soy su paño de lágrimas, como hija mayor me corresponde esa tarea. Además…, sepa que el desdén de padre no solo la hiere a ella. A mí también me detesta. Según madre, se ha pasado la vida comparándome con la actual duquesa de Richmond, está claro que por ser hija de la mujer a la que tanto amaba. Padre habría sido feliz teniendo a Rebeca cerca, la habría cambiado gustosamente por mí.

Elisabetta suspiró con tremendo pesar.

—No digas eso, pequeña, estoy convencida de que tu padre te

adora.

—Usted no ha visto cómo me trata, tía, no significo nada para él, no me tiene el menor aprecio. Con su comportamiento, su lejanía y sus claras preferencias, consiguió que aborreciera a lady Rebeca con todas mis fuerzas sin siquiera conocerla, hice cosas horribles en su contra de las que hoy me arrepiento. Si siento algún aprecio por la duquesa, y crea, tía, que si la trata es difícil no sentirlo, traiciono a madre. Porque miro su dolor, el mío propio, y recuerdo que ellas, lady Richmond y su madre, tienen la culpa de que mi familia esté completamente rota.

Los ojos azul oscuro de Elisabetta destellaron como una noche sin luna. Una oscuridad brillante capaz de absorberlo todo, saberlo todo, entenderlo todo.

—¿Eso es lo que Prudence te ha inculcado? ¿Resentimiento y venganza?

Evelyn depositó la taza de té en la mesita. No había llegado a probarlo.

—Es cuanto tenemos gracias a esta desdichada historia de la que ni madre ni yo somos protagonistas.

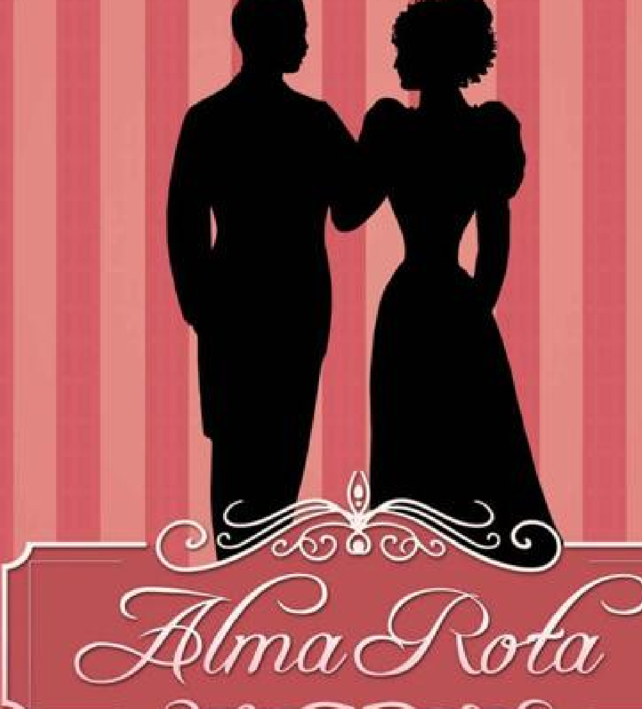
Elisabetta tomó las manos de su sobrina y las sacudió en un gesto cariñoso. El modo en que la miró fue tan penetrante que por un segundo, Evelyn pensó que le contaría un gran secreto.

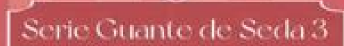
—Dejemos que pase la boda y entonces, habla con ella. Con tu madre. Pero esta vez…, pídele que te cuente toda la verdad.

FIN

Tercera entrega de la serie
«Guante de seda»

SERENDIPIA STARK





Prólogo

Lo cierto es…, que deberías tener cuidado
con esos sueños que amenazan hacerse realidad.

—En su futuro veo…, veo espadas. Lucha, dolor, batallas.

Lady Evelyn levantó la vista de las páginas del libro. De todas formas, no conseguía concentrarse ni prestar atención a lo que leía. Las palabras del cartomante, su oscuro presagio durante la boda de los duques de Richmond, no cesaba de revolotear una y otra vez en su memoria.

—Una espada que atraviesa corazones.

—Mi prometido es militar —había dicho ella, con un acceso de orgullo.

—Entonces es muy posible que se trate de él. Quiere decirle algo… Espadas. Muchas espadas. Manchadas de sangre inocente.

Aquella voz hueca, poderosa, capaz de retumbar en el espacio como el eco de un trueno de tormenta. Todavía, después de meses, conseguía sobrecogerla.

—Lady Evelyn…

La joven dio un respingo y miró alrededor, buscando el origen de aquella voz. Masculina, segura, firme, cadenciosa. Pero solo escuchó el canto de los pajarillos. El jardín seguía en absoluto silencio, igual que una hora antes, nadie más que ella y su libro en la vasta extensión de tierra que eran los jardines de Herrick House.

—Evelyn…

Otra vez.

Su nombre en forma de llamada. Evelyn dejó el libro sobre el banco y se puso en pie. Inquieta, con la respiración agitada, los ojos ansiosos buscando en los rincones más sombríos.

Entonces lo vio.

Alto y rubio, tal y como lo recordaba. Imponente en su uniforme militar. Los ojos risueños, los labios finos. La espada al cinto.

—¡Señor Sommerset! ¡Philip…!

Tenía derecho a llamarlo por su nombre de pila, él acababa de hacerlo, al fin y al cabo, estaban prometidos. ¿Cuánto tiempo hacía que no se veían? El corazón le saltó dentro del pecho, enloquecido, movido por una emoción a la que no sabía poner nombre.

El teniente Sommerset caminó hasta ella sin apartar ni un segundo los ojos de los suyos. Evelyn sintió los pies clavados en la hierba, incapaz de dar un paso en ninguna dirección. Philip se detuvo a su altura, le tomó ambas manos y sin hablar, besó sus nudillos. Evelyn notó los labios como escarcha helada pegados en su piel.

—¿Cómo está, teniente…? ¿Se encuentra bien? ¿No ha sufrido ningún daño?

—Ninguno —respondió él a media voz, taladrándola con dos intensas pupilas.

—¿Cuándo…, cuándo ha vuelto? ¿Por qué nadie me ha avisado?

—Porque nadie sabe aún que estoy en Inglaterra. Usted, mi prometida, tenía que ser la primera.

—Pero su familia, sus padres…

—Ellos no importan.

—No puedo creer que esté de vuelta, sano y salvo. Si le contara cuánto he sufrido pensando que no volvería a verlo…

El guapo militar soltó las manos de la joven. La expresión de su rostro era indescifrable.

—Nada ni nadie me habría impedido regresar. Tengo una misión que cumplir.

—¿Misión?

Philip Sommerset dio un paso atrás. Más que un paso, una zancada. Y su mano voló hasta la empuñadura de su espada. De un tirón brusco y seco, la sacó de su vaina y la blandió en el aire. Los rayos del sol se reflejaron en el metal como si se tratara de un espejo.

—¿Su destacamento lo envía de vuelta a Inglaterra con el encargo de una misión? —repitió Evelyn, con un hilo de voz. El corazón apretado dentro de un puño cruel. La espantosa intuición de que algo horrible estaba a punto de suceder.

Miró de nuevo a los ojos de su prometido, deseando perderse en ellos, encontrar el mensaje de amor que no tuvo tiempo de regalarle antes de su partida. Pero todo lo que encontró fue la fiebre de la locura.

Evelyn Fowler sintió en el estómago el mordisco del miedo más atroz.

Trató de alejarse, pero una mano impetuosa agarró su brazo como el cepo de una trampa.

—¿Dónde crees que vas?

—¡Suélteme, Philip! No sé qué le ocurre pero…

No logró acabar la frase. El movimiento fue tan rápido como

inhumano. La espada de Sommerset dibujó un arco en el aire, le atravesó el pecho y con un alarido de dolor insoportable, le partió en dos el corazón, que dejó de latir en el acto.

GRACIAS por leerla.
Si te ha gustado, me ayudarás a difundirla dejando un comentario en Amazon.

mybook.to/tussecretosylosmios



Este código QR te conduce a la página de valoraciones de Amazon.
Mi agradecimiento por tu apoyo.

Agradecimientos

¡Y vamos a por la segunda!

Tenéis en vuestras manos la segunda novela de esta serie que me está haciendo tan feliz. Os lo digo en serio, Rebeca, Julianna, Evelyn y Anne nacieron apenas como una idea neblinosa, sin apenas forma y por descontado, sin personalidad y sin una vida. Pero han logrado convertirse en mis mejores amigas, confidentes de todas mis alegrías y mis pesares, el grupo de cómplices al que más admiro. En una palabra, han conseguido secuestrarme y encerrarme en sus historias y que piense en ellas todo el tiempo.

Así que puede pareceros raro pero mi primer agradecimiento va para mis protagonistas femeninas; nacidas en una época en la que los hombres lo tenían todo y las mujeres se necesitaban más que nunca, y sin embargo, eran rivales.

Gracias a mi equipo de lectoras cero. Esta vez ya he dado menos guerra con los tratamientos aristocráticos, una maraña infinita de reglas difíciles de entender y más aún, de retener. Dedicándome vuestro tiempo pese a lo ocupadas que estáis. Sois maravillosas, chicas. Gracias a los compañeros que me apoyan, comprando y reseñando mis libros para que podáis tener una primera buena impresión: José de la Rosa, Noni García, Lorraine Cocó, Marisa, María José… De verdad, sois todos increíbles. A veces, este mundo cruel es una deliciosa piña..., en almíbar.

Y de nuevo gracias, gracias y mil veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Libertina veneciana» de entre toda la oferta actual. Que antes o después de leer «Tus secretos y los míos», haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie porque estas cuatro encantadoras damas aún piensan dar mucha batalla.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases un comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. De nuevo gracias.

Por favor, deja aquí tu comentario:

mybook.to/tussecretosylosmios



Este código QR te conduce a la página de valoraciones de Amazon.
Mi agradecimiento por tu apoyo.

Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.

Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales?
INSTAGRAM: @serendipiastarkescritora

https://www.instagram.com/serendipiastarkescritora/?hl=es
FACEBOOK: Serendipia Escritora
https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/

EMPIEZA TU COLECCIÓN con el primer libro de la SERIE: mybook.to/tussecretosylosmios

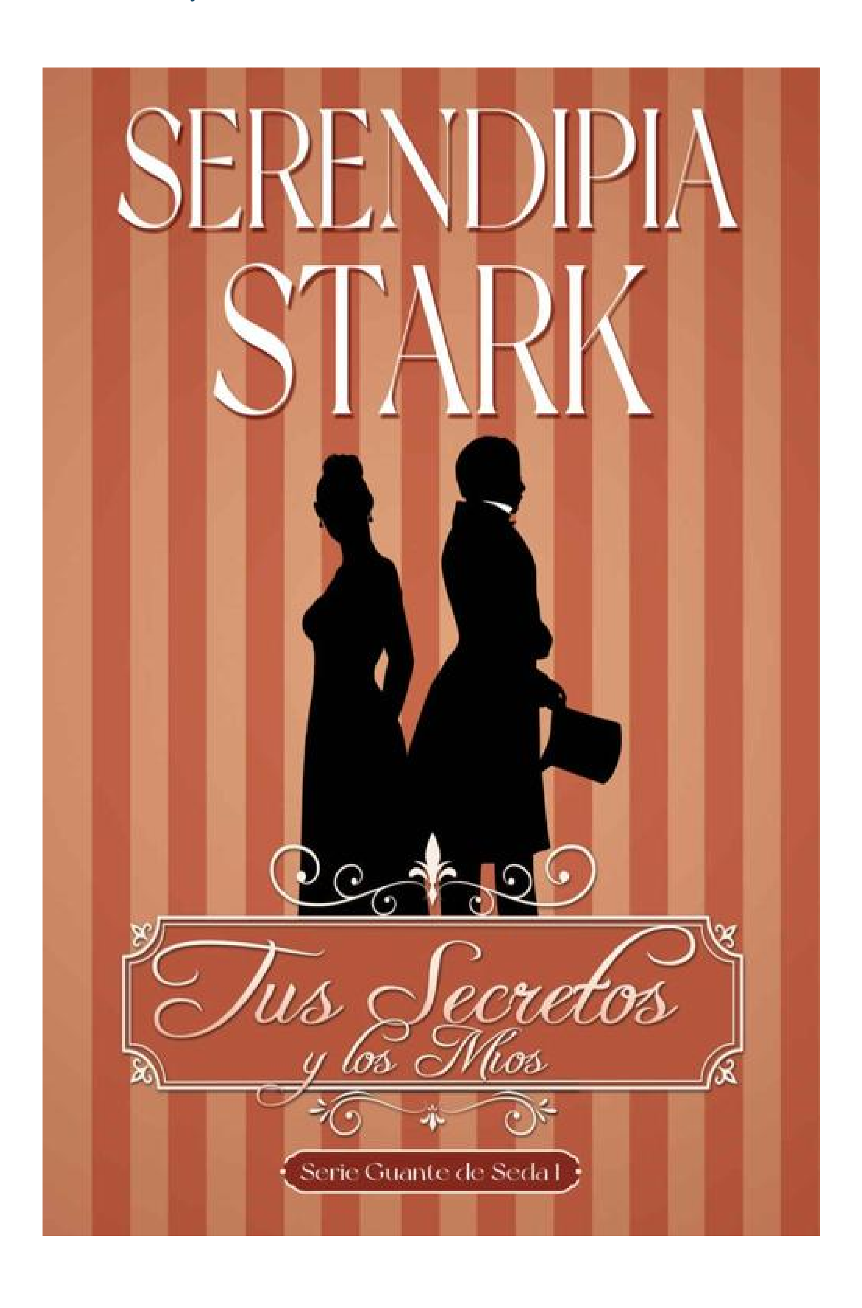


Table of Contents

SERENDIPIA STARK



Serie Guante de Seda 3

ALMA ROTA

Serie «Guante de seda» III

La serie «Guante de seda» está compuesta por **4 novelas autoconclusivas,** ambientadas en el Londres de la **Regencia.**

Si adoraste los Bridgerton, si disfrutas el romance histórico y el mundo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en

INSTAGRAM: @serendipiastarkescritora FACEBOOK: Serendipia Escritora

Código ASIN: XXXXXXXXXX

LONDRES,
último mes de otoño.
1815

Capítulo 1

Lo cierto es…, que cuidado con esos sueños
que amenazan hacerse realidad.

—En su futuro veo… Veo espadas. Lucha, dolor, batallas.

Lady Evelyn levantó la vista de las páginas del libro. De todas formas, no conseguía concentrarse ni prestar atención a lo que leía. Las palabras del cartomante, su oscuro presagio durante la boda de los duques de Richmond no cesaba de revolotear una y otra vez en su memoria.

—Una espada que atraviesa corazones —concretó tenebroso.

—Mi prometido es militar —había dicho ella, con un acceso de orgullo.

—Entonces es muy posible que se trate de él. Quiere decirle algo…, algo importante. Espadas. Muchas espadas. Manchadas de sangre inocente.

Aquella voz hueca, poderosa, capaz de retumbar en el espacio como el eco de un trueno de tormenta. Todavía, después de meses, conseguía sobrecogerla.

—Lady Evelyn…

La joven dio un respingo y miró alrededor buscando el origen de aquella voz. Masculina, segura, firme, cadenciosa. Pero solo escuchó el canto de los pajarillos. El jardín seguía en absoluto silencio, igual que una hora antes, nadie más que ella y su libro en la vasta extensión de tierra que eran los jardines de Herrick House.

—Evelyn…

Otra vez.

Su nombre en forma de llamada. Evelyn dejó el libro sobre el banco y se puso en pie. Inquieta, con la respiración agitada, los ojos ansiosos buscando en los rincones más sombríos.

Entonces lo vio.

Alto y rubio, tal y como lo recordaba. Imponente en su uniforme militar. Los ojos risueños, los labios finos. La espada al cinto.

—¡Señor Sommerset! ¡Philip…!

Tenía derecho a llamarlo por su nombre de pila, él acababa de

hacerlo, al fin y al cabo, estaban prometidos. ¿Cuánto tiempo hacía que no se veían? El corazón le saltó dentro del pecho, enloquecido, movido por una emoción a la que no sabía poner nombre.

El teniente Sommerset caminó hasta ella sin apartar ni un segundo los ojos de los suyos. Evelyn sintió los pies clavados en la hierba, incapaz de dar un paso en ninguna dirección. Philip se detuvo a su altura, le tomó ambas manos y sin hablar, besó sus nudillos. Evelyn notó los labios como escarcha helada pegados en su piel.

—¿Cómo está, teniente…? ¿Se encuentra bien? ¿No ha sufrido ningún daño?

—Ninguno —respondió él a media voz, taladrándola con dos intensas pupilas.

—Cuándo…, ¿cuándo ha vuelto? ¿Por qué nadie me ha avisado?

—Porque nadie sabe aún que estoy en Inglaterra. Usted, mi prometida, tenía que ser la primera.

—Pero su familia, sus padres…

—Ellos no importan.

—No puedo creer que esté de vuelta, sano y salvo. Si le contara cuánto he sufrido pensando que no volvería a verlo…

El guapo militar soltó las manos de la joven. La expresión de su rostro era indescifrable.

—Nada ni nadie me habría impedido regresar. Tengo una misión que cumplir.

—¿Misión?

Philip Sommerset dio un paso atrás. Más que un paso, una zancada. Y su mano voló hasta la empuñadura de su espada. De un tirón brusco y seco la sacó de su vaina y la blandió en el aire. Los rayos del sol se reflejaron en el metal como si se tratara de un espejo.

—¿Su destacamento lo envía de vuelta a Inglaterra con el encargo de una misión? —repitió Evelyn, con un hilo de voz, el corazón apretado dentro de un puño cruel. La espantosa intuición de que algo horrible estaba a punto de suceder.

Miró de nuevo a los ojos de su prometido deseando perderse en ellos, encontrar el mensaje de amor que no tuvo tiempo de regalarle antes de su partida. Pero todo lo que encontró fue la fiebre de la locura.

Evelyn Fowler sintió en el estómago el mordisco del miedo más atroz.

Trató de alejarse, pero una mano impetuosa agarró su brazo como el cepo de una trampa.

—¿Dónde crees que vas?

—¡Suélteme, Philip! No sé qué le ocurre, pero…

No logró acabar la frase. El movimiento fue tan rápido como inhumano. La espada de Sommerset dibujó un arco en el aire, le



atravesó el pecho y con un alarido de dolor insoportable, le partió en dos el corazón, que dejó de latir en el acto.

Capítulo 2

Lo cierto es…, que somos lo que soñamos,
lo que pedimos, lo que anhelamos

—¡Evelyn! ¡Evelyn!

—¡Despierta, holgazana! ¡Es tarde! Muy tarde.

—¡Diana, Sienna! ¿Qué os tengo dicho? Es de muy mala educación corretear dentro de la casa, no es propio de señoritas. ¡Evelyn! Deberías dar ejemplo a tus hermanas, eres la mayor…

Lo cierto es que Evelyn podía dar pocos ejemplos, aún estaba en la cama. Pero despertó de un salto con la sensación de que se desplomaba el techo.

—¡Santo cielo! ¿Qué es todo este alboroto?

Había hablado sin siquiera estar del todo despierta. Su pulso todavía palpitaba con angustia por lo sucedido. Tan vívido, tan real… Lo primero que hizo fue enjugar el sudor de su frente y llevar la mano al pecho, a la altura del corazón, para consolarse con el suave tacto de su camisón de seda en lugar de con una herida de muerte, abierta y sangrante, como se temía.

Nadie la había asesinado, seguía viva y respirando.

Se le escapó un suspiro de alivio a pesar del caos en el que estaba sumido su dormitorio. Dos doncellas descorrían las cortinas de los ventanales, la luz entraba a raudales borrando los últimos retazos de sueño y sus hermanas y su madre hablaban todas al mismo tiempo.

—¿Has olvidado la invitación al almuerzo de los Sommerset? Es para hoy —indicó la condesa, con los labios apretados.

Los Sommerset. Evelyn soportó a duras penas el pellizco en el vientre.

—¿Y por eso estamos todos tan agitados?

—Padre no viene —informó Diana, sentada en el tocador de Evelyn repasando con sus deditos traviesos todo lo que tenía a la vista.

—¿Cómo que padre no viene? —se escandalizó Evelyn, girando los ojos hacia su madre.

—Dice que está indispuesto. Le duelen las piernas y la espalda.

—¿Otra vez?

—No sé qué decirte, hija. Ya lo conoces. El conde detesta los

encuentros sociales.

Evelyn apartó de un manotazo las sábanas y sacó las piernas de la cama. La doncella corrió a cubrirla con una bata.

—No puede volver a dejarme desamparada, madre. No puedes consentirlo, esto no es una simple reunión de sociedad.

—Ningún reproche que pueda hacerle servirá de nada —gimió lady Prudence a punto de echarse a llorar—. No me escucha. Mis consejos y súplicas no tienen ningún valor, él… ¿A dónde crees que vas?

¡Por todos los santos! Otra vez esa frase que acababa de escuchar hacía tan poco tiempo y en tan diferentes circunstancias.

—¿Dónde podría ser? A hablar con padre.

—¡Ni se te ocurra! ¡Evelyn! Sabes que desaprueba que lo molestes si antes no te ha llamado. ¡Vas a empeorar las cosas, Evelyn! ¡Al menos vístete!

Nadie mejor que Evelyn sabía de su mala relación con el conde de Herrick, del escaso afecto de su padre por ella, de sus continuas comparaciones con lady Rebeca Percy, actual duquesa de Richmond, de las que Evelyn siempre salía mal parada. Pero no por ello dejaba de ser su padre. Y aquel almuerzo con los que se convertirían en sus suegros en caso de que Philip regresara de la guerra, era de vital importancia. Tras casi dos años de ausencia, había que determinar si daban o no por roto el compromiso, el conde no debía permitir que su hija envejeciera atada a una obligación absurda que jamás llegaría a matrimonio.

Sus nudillos golpearon con fuerza la puerta que daba entrada a los aposentos del conde.

—Padre, ¿puedo pasar?

—He dado orden de que no se me moleste —escuchó desde dentro.

Pero Evelyn había amanecido cargada de energía. Imparable. Quizá a causa del espantoso sueño, quizá por la alegría y el coraje que contagia el sentirse viva. Empujó la puerta y entró, pese a la prohibición.

—¿Qué haces así vestida?

El conde se encontraba tras su escritorio junto a la ventana, como casi siempre. A solas, en una medio penumbra, rodeado de aquella extraña melancolía que lo escoltaba a todas partes como una triste sombra.

—Padre, tiene que acompañarnos hoy a casa de los Sommerset.

El conde de Herrick evitó mirar de frente a su hija. Sus ojos escaparon a través de las cristaleras.

—No veo por qué. A las mujeres es a las que os encantan las visitas, comer y chismorrear. Es algo que me resulta insoportable.

—Padre, se lo suplico, míreme. Tiene que lograr que nos digan si saben algo de Philip, alguien tiene que averiguar si está vivo o muerto. Y en cualquier caso…

—¿En cualquier caso?

Evelyn llenó de aire sus pulmones.

—Usted debería romper oficialmente mi compromiso.

—No digas sandeces.

—Padre, no son sandeces, se trata de mi vida, de mi libertad. Si el teniente no regresa me convertiré en una solterona. ¿Es eso lo que desea para su hija?

—He empeñado mi palabra en ese enlace y un Herrick siempre respeta lo que promete.

—¡Padre! Se lo ruego, por lo que más quiera.

—Y ahora, sal de esta habitación y ponte algo de ropa decente.

—¡Padre!

—¡He dicho que salgas de inmediato! Tengo trabajo del que ocuparme.

—¿Tan poco le importa mi felicidad?

Como tantas veces antes, la reserva en el rostro del conde y su cruel silencio fueron respuesta suficiente. El alma de Evelyn estalló en pedacitos.

—Padre…, por favor.

—Ve a vestirte. Y no se te ocurra avergonzarme: procura comportarte como una digna Herrick delante de los Sommerset.

Una mesa vestida con opulencia en la que solo se escuchaba el movimiento delicado de los cubiertos y la porcelana fina. Los ojos de todos fijos en el mantel blanco y las gargantas secas a pesar del vino. Nadie se atrevía a romper el tenso silencio y todas las miradas de súplica que Evelyn cruzó con su madre fueron en vano.

—Y por casualidad, ¿no será que tenemos…, tienen noticias de Philip?

La insolente pregunta de la joven retumbó contra las paredes. Todos los comensales, incluidas sus hermanas pequeñas, dejaron de respirar.

—Regresará muy pronto —apuntó por fin lord Sommerset, con calma—. Y cubierto de honores.

—Entonces podréis casaros —agregó su esposa con una sonrisa forzada.

—Pero ¿no han sabido de él?

—Evelyn… —advirtió lady Herrick, en tono de reproche.

—No es tan sencillo, el ejército no es un cómodo empleo de oficinista desde el que puedas contactar con la familia cada vez que te

place —indicó el señor Sommerset, más pendiente de su copa de vino que de su futura hija política.

—Se fue hace casi dos años —recordó Evelyn con desespero—. ¡Y no hemos vuelto a saber de él!

Nadie replicó. Nadie la miró con sonrisas falsas. Nadie trató de confortarla con afecto simulado. Mucho menos su madre, la condesa, cuyos ojos despedían chispas que vaticinaban agrias discusiones en cuanto volviesen a casa.

—Deben entender que como prometida de un caballero ausente…, mi posición es muy delicada —repitió Evelyn, notando que se mareaba por el esfuerzo.

Sus palabras se diluyeron en el aire. Nadie pareció haberlas oído.

—Qué delicioso este plato, lady Sommerset. ¿Juzgaría un atrevimiento si le solicito que su cocinera revele a la nuestra…?

—No le quepa duda, querida —aceptó la madre de Philip con una amplia sonrisa de alivio—. Tendrá ese secreto y otros cuantos más a su disposición, esta misma tarde. Al fin y al cabo —sus ojos entornados de halcón se desviaron un segundo hacia Evelyn—, no podemos olvidar que somos familia.

Horas más tarde, las cuatro damas Herrick compartían un desagradable y tirante espacio dentro del carruaje, de vuelta a la mansión familiar.

—¿Cómo has podido ser tan grosera? No sé cómo repararlo, qué vergüenza. Nos has dejado en evidencia, a todos. ¡A toda la familia!

—¿Grosera? ¿Yo soy grosera? ¿Y qué me dices de ellos? Los respetables Sommerset, ¡se lo callan todo!

—Es evidente que no tienen noticias de su hijo —planteó Prudence, con toda tranquilidad.

La desesperación y la rabia consiguieron que las palabras se atorasen en la garganta de Evelyn y no consiguieran salir.

—¿Y cuánto más piensan esperar? ¿Qué podemos pensar de alguien que se marchó al frente y del que nada se sabe en tanto tiempo? Philip debe de estar muerto, madre, ¡muerto! Y su familia se niega a aceptarlo.

—¡No digas esas cosas tan horribles! Y menos delante de tus hermanas.

—No podemos seguir así, cerrando los ojos a la evidencia como hacen ellos, madre, porque soy yo la que se convertirá en una solterona. ¿A nadie le importa?

Lady Herrick miró distraída a través de la ventanilla del carruaje. Sacó un pañuelo y enjugó una lagrimita perdida. De inmediato, Evelyn se sintió terriblemente culpable.

—Madre…

—Algún día entenderás lo serio y difícil que es todo esto. Lo mucho que le importa a tu padre el cumplimiento de una promesa, el valor de la palabra dada.

El aire del carruaje se impregnó de un olor dulzón y denso. El perfume de la soledad y el desamparo.

—Si mi familia no me protege de un destino tan aterrador, si ni padre ni usted piensan liberarme de esta espera interminable, sin esperanza… ¿Qué puedo esperar?

Las hermanas de Evelyn se miraron afligidas, y luego la miraron a ella. La joven pudo leer la compasión y una gran lástima en sus ojos dulces.

—A una señorita bien educada no le corresponde exigir —sentenció la condesa de Herrick doblando con sumo cuidado el pañuelo—. Debe obedecer y punto. Y si toca esperar, no habrá quejas: esperaremos.

Capítulo 3

Lo cierto es…, que una pista es siempre un primer paso.
Aunque no sepas bien hacia dónde.

—Dime que no me equivoco, dime que he hecho bien aceptando esta invitación. ¿Acierto yendo? —La voz de Evelyn tembló ligeramente al preguntar.

Anne Hagstings la observó con los ojos claros muy abiertos.

—Desde luego que sí, querida, ¿qué te lleva a dudarlo?

—Hace siglos que no me cruzo con Penélope Waterman, desde que sucedió lo de…, en fin, ya sabes, el asunto de la calumnia contra la duquesa de Richmond; no hemos vuelto a hablar. Ni hemos cursado invitaciones en ninguna dirección. De hecho, es toda una sorpresa que cuenten con nosotras para esta merienda.

—Bueno, se lo habrán pensado mejor. Ella y la arpía de su amiga Alicia deberían admitir cuanto antes lo equivocadas que estaban respecto de lady Rebeca. Y pedir disculpas, justo del modo en que tú lo hiciste.

Evelyn sufrió una sacudida que recorrió su espalda como un latigazo. Aquella batalla interior, aquella lucha de voluntades, el amor y el odio contra Rebeca jugando a batirse en duelo. El resumen de toda su vida. ¿Cómo de sincero había sido su arrepentimiento? No quería preguntárselo porque no quería saber la respuesta.

—Penélope es tan orgullosa, no creo que dé jamás su brazo a torcer. Pero eso no debería impedir que volviéramos a ser amigas —comentó Evelyn, tratando de disimular la desazón que sentía.

—No sé si tengo demasiado interés en relacionarme con alguien tan poco caritativo como ella. Bien sabe Dios que hoy asisto a este evento solo porque están invitados varios oficiales y tanto lady Rebeca como la señorita Donne están de acuerdo en que deberíamos interrogarlos sin ningún pudor, tratando de recabar información acerca del paradero de tu teniente. Quién sabe qué podamos averiguar o si de repente fuera posible hacerle llegar una carta a través de alguien.

Evelyn sacudió la cabeza con tristeza.

—Es una buena idea —dijo tras una larga pausa.

No volvieron a despegar los labios hasta que el carruaje se detuvo con un suave balanceo. Anne se preparó para salir, pero la mano crispada de Evelyn se cerró en torno a su antebrazo con una fuerza

inesperada.

—Repítemelo una vez más, ¿crees que hago bien entrando ahí, con todos esos uniformes?

Anne sonrió con dulzura y acarició los dedos nerviosos que la presionaban.

—Julianna ya me advirtió de tus miedos. No te preocupes, no pienso desampararte ni un solo instante.

Cambiaron el frío cielo plomizo del exterior por un interior cálido y acogedor, iluminado con cientos de velas. La enorme chimenea de la sala donde tenía lugar la recepción crepitaba alegre y el rumor de las animadas conversaciones se convirtió en la mejor bienvenida. Penélope Waterman llegó hasta ellas con una exagerada sonrisa de oreja a oreja y los brazos abiertos, como si pensara devorarlas de un minuto a otro.

—¡Mis queridas amigas! ¡Lady Evelyn, señorita Hagstings! ¡Qué placer verlas después de tanto tiempo!

—Sí, quizá hayamos estado un poco…, distanciadas —repuso Evelyn, muy formal, escogiendo con cuidado la última palabra.

Penélope batió el aire con su mano regordeta enguantada en seda azul pálido, restando importancia al asunto.

—Bueno, son cosas que pasan, no vamos a sentirnos culpables por ello. A veces la vida de una dama se complica un poco y la lleva a descuidar a sus más valiosas amistades. Nada que no pueda repararse, ¿no le parece? —Se inclinó sobre Evelyn con aire confidencial—. Echo tantísimo de menos sus interesantes charlas sobre la vida de todo el mundo…

—Cierto —intervino Anne, con un destello de ironía—, lady Evelyn solía ser experta en chismes, pero esa circunstancia ha cambiado sensiblemente. Para mejor.

Penélope pestañeó rápido y muchas veces.

—No me decepcione. No me diga que ya no está al tanto de las últimas y más suculentas noticias.

—En absoluto —Evelyn sonrió incómoda—. Sigo enterándome de todo. Solo soy un poco más prudente con lo que sale de mi boca.

—Le confieso que no sé si alegrarme por eso. —La señorita Waterman dejó ir una risita que parecía el cacareo de una gallina vieja —. Disculpen si sigo atendiendo al resto de los invitados. Sírvanse lo que deseen. Espero que encuentren atractiva la compañía de esta tarde. Hay muchos oficiales solteros y disponibles en la sala. Amigos de mis hermanos y de mis primos Waterman.

Hasta que Penélope pronunció aquellas palabras, Evelyn parecía no ser consciente de ello. Pero nada más oírlas sus ojos recorrieron la

sala, angustiados, saltando de uniforme en uniforme, palideció su cara y su cuerpo se puso a temblar con violencia.

Anne la sujetó por un brazo transmitiéndole calidez y apoyo.

—Tranquila, Evelyn, tranquila. Estoy aquí, no voy a dejarte sola.

El pecho de Evelyn subía y bajaba a toda velocidad, pero el aire no conseguía entrar a los pulmones.

—No puedo…, me cuesta respirar.

—Inténtalo. Hondo. Despacio. Así, así está bien. Hazlo de nuevo. Bien. Otra vez. Profundo. No pasa nada, ellos no van a hacernos daño. Puede que tengan información acerca del teniente Sommerset, alguno de ellos es posible que sepa.

—Para eso hemos venido —se recordó Evelyn, con mucho esfuerzo. Poco a poco, su jadeo se acompasó.

—Cierto. Para eso hemos accedido a venir hasta aquí. Sería una bobada dar marcha atrás ahora. Antes que nada, tomemos un té caliente, te has quedado helada.

Bien servidas y acomodadas en un sofá, vieron pasar a muchos de los asistentes a la recepción. Los oficiales se detenían un instante frente a ellas y se inclinaban en un saludo tan atento como correcto. Algunos incluso, tuvieron la osadía de presentarse. Pero Evelyn no logró reponerse lo bastante como para interrogarlos. De modo que Anne tuvo que sacar el carácter que nunca había tenido, para seguir adelante con el plan y hacer de aquella tarde algo rentable.

—Hablando de todo un poco, oficial, ¿será posible que usted conozca al prometido de lady Evelyn? —Tragó un nudo de saliva— El teniente Sommerset. Philip Sommerset. Sí, Sommerset.

Perdió la cuenta de las veces que lo preguntó. Todas las respuestas fueron negativas. El ánimo de las dos jóvenes resbaló hasta estrellarse contra el suelo.

—Es imposible —cuchicheó Evelyn, decepcionada—, ¿ves lo que te dije? Nadie parece saber nada, a ese caballero se lo ha tragado la tierra.

—No pienso darme por vencida, las personas no desaparecen así como así, de la noche a la mañana sin dejar algún testigo de, no sé, una charla, un favor, algún momento de peligro compartido. ¡Oficial! —Agitó una mano en el aire—. ¡Oficial, venga! ¿Sería tan amable de acercarse?

Evelyn seguía demasiado abatida como para admirarse ante el insólito arrojo que Anne Hagstings estaba demostrando. El atractivo oficial llegó hasta ellas con una seductora sonrisa prendida en los labios.

—Querríamos saber si conoce al teniente Sommerset. Sería usted de gran ayuda en una cuestión familiar de enorme trascendencia, caballero.

—Philip Sommerset —añadió Evelyn. Anne la miró con una mueca de orgullo—. Verá, como le ha indicado mi amiga, es un asunto de familia, necesitamos saber de él, de su paradero, es urgente.

—Supongo que se refieren al hijo de la familia Sommerset, de Bath.

A Evelyn le dio un vuelco el corazón y los ojos se le llenaron de pequeñas estrellas.

—¡El mismo! ¿Sabe de él? ¿De cómo se encuentra? ¿Sabe si tiene previsto regresar en breve a Inglaterra?

—Bueno en realidad, solo hay una persona que pueda darle cuenta del regimiento al que pertenece el…

—Teniente —se apresuró a completar Evelyn.

—El teniente Sommerset. Y es el coronel Darwin. —El oficial comprobó la ansiedad con la que las pupilas de lady Evelyn recorrían la sala y los rostros de todos y cada uno de los presentes—. Lamento decirle que no se encuentra aquí hoy. Hasta donde sé, no es un hombre demasiado amigo de encuentros y reuniones sociales.

Evelyn suspiró entrecortadamente.

—¿Sabe dónde o cómo podríamos contactar con el coronel?

—Lamento en el alma no disponer de esa información, milady. Ni siquiera tengo el placer de conocerlo personalmente. Ocurre que su fama traspasa fronteras, habida cuenta su valor en batalla, casi todo el mundo ha oído hablar del coronel Darwin.

Ellas no.

—Quedamos muy agradecidas por el dato, en cualquier caso.

El oficial se retiró con una leve reverencia, y las dos amigas cruzaron una mirada sin poder disimular su excitación.

—¡Tenemos algo por donde empezar!

—¿Qué hacen aquí, aburridas y sentadas, dos de las damas más hermosas de la tertulia de hoy? —Penélope Waterman se acercó con una taza de té en las manos—. Pasemos a la sala contigua, disfrutaremos de un inolvidable recital de piano.

Evelyn volvió a repasar la lista de invitados en función de las cabezas visibles. Su ceño se frunció a la vista de alguien.

—No sabía que la señorita Alicia Pettigrew se encontraba aquí. Ni siquiera se ha acercado a saludar.

La sonrisa de Penélope se tornó ladina.

—Digamos que está…, un poquito dolida con usted, lady Evelyn.

—¿Conmigo?

—Sí, ya conoce su sensibilidad extrema. Alicia se siente abandonada, entiende que usted nos arrinconó dándole preferencia a su amistad con la duquesa de Richmond. Pero tal enfado no supone merma alguna en sus ya conocidos talentos al piano. Ella es quien va a tocar y estoy convencida de que nos deleitará con alguna pieza…

—Señorita Waterman —interrumpió Anne Hagstings, cosa muy poco habitual en ella, dado su carácter manso y apacible. Penélope la miró con curiosidad—, ¿por casualidad no conocerá usted al coronel Darwin?

Penélope quedó un segundo prendida de las molduras del techo. Daba la impresión de que ni respiraba siquiera. Luego bajó los ojos y pestañeó varias veces, desconcertada.

—Me temo que no me suena de nada ese nombre. ¿Por qué razón preguntan por él?

—Sospecho que sea un viejo amigo de mi padre. Y querría sorprenderlos organizando un agradable encuentro —explicó atropelladamente Evelyn, antes de que Anne abriese la boca de nuevo y desvelara más información de la debida.

Penélope trinó divertida.

—Pues no, lo siento. Tratándose de caballeros, los venerables ancianitos son los últimos que me inspiran curiosidad, espero que lo comprendan.

Capítulo 4

El caso es…, que nadie, excepto lo que una dama guarda en su imaginación, se acerca al hombre perfecto.

—¿Qué nos impide tratar de localizarlo, madre? El coronel Darwin podría…

Lady Herrick se acomodó entre los almohadones de su enorme cama. El dormitorio, que siempre se mantenía en penumbras, olía a flores blancas. Evelyn sintió que el ambiente alrededor se hacía más y más pesado hasta asfixiarla.

—He dicho que no. No me obligues a repetirlo, Evelyn, me fatigas. Me encuentro mal, he discutido con tu padre.

—Eso no es ninguna novedad —refunfuñó la joven, entre dientes.

—¡No seas desconsiderada conmigo! —Prudence se llevó la mano a la sien—. Mi cabeza…

—Pero ¿por qué no buscar al coronel? Quizá sepa de Philip, madre, nos daría la llave para averiguar…

—Es muy poco apropiado que una señorita de buena familia se dedique a indagar, mucho menos si se trata de buscar a un caballero. Y no digamos, someterlo a un interrogatorio. Son aspectos básicos de educación y comportamiento que, a estas alturas, no debería tener que explicarte.

Evelyn se dejó caer en el borde del lecho y tomó las lánguidas manos de la condesa entre las suyas, presionándolas con ansiedad.

—Madre, voy camino de convertirme en una solterona y a nadie parece importarle.

—Estás muy terca con ese asunto, querida. Solo tienes diecinueve años.

—¡Pronto cumpliré los veinte! ¡Y dos de mis amigas ya están casadas! Yo ni siquiera puedo recibir proposiciones.

Evelyn habría querido leer algo de amor y comprensión en los ojos de su madre pero como casi siempre, eran un negro vacío que miraba a la nada.

—Calma esa impaciencia tuya, no nos llevará a ningún sitio. Y confía en que tu padre sabrá cómo resolver esta situación tan delicada.

—¿Qué confíe? ¿Cómo puede pedirme que confíe después del problema en el que nos metió a todos por culpa de su…?

La condesa de Herrick retiró las manos del contacto con su hija,

de un brusco tirón.

—¡Te prohíbo que hables así de tu padre! ¡Te lo prohíbo terminantemente!

—¿Ya has olvidado que estuvo a punto de arruinar a toda la familia? ¿Qué estuvimos cerca de perderlo todo? ¿Que de no ser por el primo Henry no nos habríamos salvado del desastre? A estas horas podríamos estar todos en la calle, viviendo de la caridad.

—A Henry le corresponde buscar ese tipo de soluciones cuando surgen inconvenientes, para algo es el heredero legítimo del título.

—Eso no debería restar gravedad a los actos de padre.

—Convendría que fueras más comprensiva con él. No se encuentra bien.

—Usted tampoco, madre. Debería admitirlo y buscar ayuda.

El rostro de la condesa se crispó en una mueca desgarrada. Hundió la cabeza entre los almohadones y cerró los ojos, dando la discusión por finalizada.

—Cierra la puerta cuando salgas.

—Madre…

—Cierra la puerta cuando salgas.

Dos horas más tarde, lady Herrick seguía postrada en la cama, asistida por tres miembros del servicio y su hija Evelyn había encontrado otro asunto fascinante del que ocuparse. Avisó a su doncella para que subiera a su gabinete y le entregó una carta con las instrucciones oportunas.

—¿Lo has entendido bien, Millie?

La doncella inclinó la cabeza un par de veces. Evelyn esperó con impaciencia una contestación que no llegó.

—¿Lo has entendido?

—Sí, milady.

—Con la mayor discreción, te lo ruego. Nadie puede saber de estas pesquisas. En cuanto a la carta, debe salir hoy mismo.

—No, milady. Sí, milady.

—Puedes retirarte.

La muchacha se inclinó de nuevo y caminó aturdida hacia la puerta. Evelyn se preguntó si sería capaz de llevar a buen puerto la encomienda que acababa de hacerle.

—¡Millie!

—¿Milady?

—Infórmame en cuanto sepas algo.

—Claro que sí, milady.

Millie se cruzó con otra doncella que entraba en el gabinete de lady Evelyn. La joven dama la recibió con un gesto aburrido.

—¿Qué se le ofrece ahora a mi señora madre?

—Nada, milady, la condesa está bien atendida. Tiene usted una visita.

—¿Una visita?

—La señorita Waterman y la señorita Pettigrew aguardan en la salita rosa. Esperan ser recibidas, milady.

Vaya, vaya, vaya. Mucho estaban tardando en aparecer, se dijo Evelyn, socarrona.

—Diles que voy de inmediato. Y ordena que nos sirvan té, por favor.

Cuando lady Evelyn entró en el saloncito de paredes rosadas, después de haberse tomado un respiro, pellizcado sus mejillas y forzado una sonrisa que estaba bien lejos de sentir, encontró a sus dos viejas amigas, rígidas y encopetadas, sentadas en el sofá frente a la puerta. Las recibió con palabras amables y una cordialidad digna de la anfitriona mejor adiestrada.

—Qué sorpresa, señorita Waterman, qué alegría volver a verla tan pronto. Y a usted, señorita Pettigrew, cuánto tiempo sin saber de su vida. Debo aprovechar y felicitarla por su fantástica interpretación de la otra tarde al piano.

Las mejillas de Alicia Pettigrew se contrajeron en una mueca de desagrado.

—Bueno, podría habérmelo dicho allí mismo, en casa de la señorita Waterman, pero por algún motivo que no acierto a comprender prefirió evitar mi presencia.

—Del mismo modo que usted la mía —replicó Evelyn, sin perder la amabilidad pero con su acostumbrada ironía—. Sin embargo, les ruego, no discutamos acerca de eso, están ustedes aquí hoy y no saben cómo me alegro. Para ser del todo sincera, en esa ocasión la señorita Waterman me informó de que usted se sentía un poco herida por mi proceder, de manera que no quise ponerla en un aprieto delante de la gente.

—Desde luego que lo estoy —respondió la joven, con los labios apretados—, lo estamos. Después de convertir a la duquesa de Richmond en el centro de sus críticas más despiadadas, usted se transforma como por arte de magia en una de sus mejores amigas, olvidándose por completo de las que hemos estado a su lado desde siempre.

Evelyn amplió aún más su artificial sonrisa.

—Eso no es exactamente así, entendí que me había equivocado en algunas cosas y que debía alguna que otra disculpa. Mi padre siempre dice que es de sabios rectificar. E imagino que saben que los últimos meses han sido agitados para mi familia.

—Sí, los desastrosos negocios del conde que han estado a punto

de llevarlos a todos ustedes a la ruina —apuntó Penélope con un guiño malicioso.

Evelyn recibió con un gesto afable a las doncellas que acudieron a servirles el té. Aguardó paciente a que cruzaran de nuevo la puerta de salida y la cerrasen.

—Lo cierto es que me refería a la boda de mi primo Henry, vizconde y futuro conde de Herrick. Se ha reunido gran parte de la familia, todos mis primos Spencer han viajado hasta aquí, los padres de la novia desde Italia. Como imaginarán, ha sido muy emotivo.

—Ah, claro. La señorita Donne, futura condesa, menuda suerte —silabeó Alicia, corroída por la envidia.

—Julianna es la mejor esposa que todos habríamos podido desear para nuestro Henry. Son muy felices juntos, ella es un ser humano maravilloso.

Penélope y Alicia pestañearon mirando a Evelyn con extrema curiosidad.

—Parece que con cierta precipitación, sus opiniones respecto a la señorita Donne y a lady Richmond han variado radicalmente —observó Penélope, extrañada.

—Es que deberían conocerlas a fondo. Francamente, no podíamos estar más equivocadas respecto a ellas.

Las dos señoritas cruzaron una mirada de extrema sospecha.

—¿Está diciendo que deberíamos sumarnos a sus ahora, apretados lazos de amistad?

Evelyn se encogió de hombros mientras sonreía. Pero no respondió.

—Bueno, lo cierto es que siempre hemos sido sus amigas —concedió Penélope, con benevolencia—. Suyas y de la señorita Hagstings, me refiero. Como ya le dije, no hay motivo de peso para que dejemos de tratarnos, ¿no le parece?

Evelyn inclinó elegante la cabeza y entornó los ojos con picardía.

—Eso sí, antes tendrán ustedes que pedir disculpas.

—¿Cómo dice? —aulló Alicia Pettigrew.

—Pedir perdón.

—¡La hemos entendido! —explotó Penélope, furiosa—. Pero ¿a quién?

—A lady Richmond, por supuesto. Yo lo hice. Por desconfiar de ella y vilipendiarla sin ninguna compasión. Por dar pábulo y extender un rumor malévolo que no era más que una sucia mentira.

Alicia y Penélope se agitaron dentro de las sedas de sus vestidos, cambiando varias veces de postura sobre el sofá.

—No pienso excusarme ante nadie. La duquesa de Richmond no nos conoce ni nos trata, por tanto, ignora lo que la señorita Pettigrew o yo hayamos podido comentar en un pasado…

—No olvide, sin embargo, que la señorita Hagstings y yo sí lo sabemos y sinceramente, sería como hacer la vista gorda a una traición.

Penélope trató de estirarse cuanto pudo, dada su escasa estatura. Levantó la barbilla y miró hacia la pared del color de las peonías.

—Me aceptarán. Tienen que aceptarme. Soy una Waterman…

A Evelyn se le escapó una carcajada un poquito cruel.

—Ella es una duquesa. Y la señorita Donne, una vizcondesa que se convertirá en condesa algún día; les aseguro que no será fácil impresionarlas. Por supuesto que pueden rechazar su amistad si lo desean.

Alicia gimió bajito su desconsuelo. Penélope bufó como un dragón furioso. Sus redondos mofletes, inyectados de color púrpura. De repente, un brillo siniestro inyectó sus ojos.

—¿No será…? ¿Quizá las tiene usted como amigas por mera conveniencia? Sería desafortunado que pudiendo trabar amistad con una duquesa y una futura condesa, las dejase escapar tan fácilmente… Dígame, lady Evelyn, ¿es ese regalo lo que nos ofrece?

Evelyn guardó silencio por segunda vez. Bajó la cabeza en un gesto tan delicado como misterioso. Penélope rompió la tensión con un escandaloso suspiro.

—De acuerdo. Si tenemos que disculparnos, nos disculparemos, pero aún no entiendo bien el porqué de tanta humillación. Al fin y al cabo, fue usted la que trajo y movió el dichoso chisme.

—Y no sabe cómo me arrepiento.

—Sospecho que ha dejado usted de ser divertida —dedujo la señorita Pettigrew, sorbiendo té sin tregua.

—Oh, no, puedo confirmarle que no. Lo que estoy intentando dejar de ser, es mala persona.

Capítulo 5

Lo cierto es…, que como pago, unos pendientes de diamante son más que suficiente.

Millie golpeó la puerta del dormitorio de lady Evelyn y entró después de recibir permiso. Llevaba una nota de papel doblada entre los dedos nerviosos.

—Le traigo noticias, milady. Su carta fue enviada ayer mismo, por la tarde. En cuanto a lo otro…

Evelyn soltó sobre la cama el vestido que sostenía en las manos y giró impaciente hacia la doncella.

—Cierra bien la puerta. ¿Qué me dices de lo otro?

—A través de una red de criados hemos conseguido alguna información, milady. Parece ser que el coronel es un hombre taciturno, poco sociable y de costumbres un tanto…

—¿Libertinas?

—Toscas —rectificó la muchacha—. Dicen haberlo visto a menudo frecuentando este lugar.

Tendió el papel con la dirección apuntada y Evelyn se apresuró a tomarlo y leerlo. La expresión de su rostro cambió en segundos. De la expectación al asombro.

—¿Aquí?

—Sí, es un barrio de mala reputación de Londres, milady. A todos nos extraña que un coronel del ejército de Su Majestad…

—¿Es fiable esta información?

—Al parecer, proviene de uno de sus mozos de cuadra, milady. Pero no sabría decirle. Si lo desea, puedo intentar confirmarla con algo más de tiempo.

—Hazlo. Sí, confírmame que es veraz. Gracias, Millie.

—De nada, milady. —La muchacha marcó una profunda reverencia y se dirigió hacia la puerta.

—Ya sabes, ni una palabra de esto a nadie. Si todo sale como debe, ten por seguro que sabré recompensarte.

Sin embargo, si de una virtud carecía lady Evelyn, era de paciencia. De modo que tras pasar la tarde intentando leer, intentando bordar, intentando conversar con sus hermanas menores, sin lograr

centrarse en nada de ello, con una sola idea rondándole obsesivamente la mente, tomó una drástica decisión: iría ella misma en busca del coronel Darwin, antes de que aquel hombre se esfumase como el reguero de un mal perfume, y la única pista que podría tener acerca de Philip Sommerset se desvaneciera en la niebla. Arrancaba la temporada y si era posible, quería asistir a las fiestas y bailes en calidad de jovencita disponible y soltera.

Eso o casarse de una vez con su teniente.

De nuevo necesitaba a Millie.

—¿Está segura de que es esto lo que desea hacer? —gimió la muchacha, estudiando el nuevo aspecto de su señorita, vestida con sus ropas de domingo— Es muy arriesgado, por nada del mundo debería ir a ese sitio usted sola…

—Vestida así, todo el que me vea me tomará por una criada —resolvió Evelyn, despreocupada y hasta feliz.

—Milady, las criadas también corren peligro.

Por toda respuesta, Evelyn se acercó a su tocador, abrió el cofrecito de las joyas y tomó unos preciosos pendientes de diamante.

—Tómalos. Son tuyos. Procura que la condesa no los vea o pensará que los has robado.

Pensó que a la doncella se le saldrían los ojos de las cuencas admirando las joyas.

—¡Milady! No puedo aceptarlos…, es…, demasiado.

Evelyn le tomó la mano, separó sus dedos crispados y dejó caer los pendientes en su palma. Luego se la volvió a cerrar con una sonrisa cómplice.

—Tu silencio y tu ayuda valen mucho más. Eso sí, deja de poner trabas a mi plan.

—Pero milady, es que si algo llega a ocurrirle, yo…, me moriría del disgusto.

—No seas pájaro de mal agüero. No va a pasarme nada. Si alguien te pregunta esta noche por mí, diles que estoy en cama con una terrible jaqueca.

El silencio en Herrick House rozaba lo tenebroso cuando lady Evelyn escapó por una de las puertas de servicio, embutida en una capa oscura, larga con capucha. Nadie habría apostado que, bajo aquella prenda de tejido basto y color indefinido, se ocultaba la hija de un conde. Tampoco empleó los servicios del cochero habitual de la familia, reclamó la presencia de uno de los mozos de caballeriza menos antiguos y el carruaje más pequeño, que una vez en Londres, cerca de los arrabales y del barrio al que se dirigía, cambió por un coche de alquiler. El mozo no se atrevió a replicarle. Solo accedió a

esperarla allí mismo el tiempo que fuera preciso, sin hacer preguntas pero conocedor, no obstante, de todos los detalles del plan gracias a las prevenciones de Millie.

Dos monedas habían sido el pago por su discreción y su silencio. Y una más a la vuelta a Herrick House si todo salía como estaba acordado.

Evelyn se acomodó dentro del coche de alquiler, satisfecha de su capacidad organizativa y de cómo se iba resolviendo todo. Pero de repente el rítmico sonido de los cascos se interrumpió, y pasados unos segundos, el rostro aterido de frío del cochero la asustó apareciendo por la ventanilla.

—Señorita, ¿piensa usted entrar sola en el barrio?

—La verdad es…, que estoy buscando a alguien.

—¿Y ese alguien no podría llegar hasta aquí y escoltarla? Estamos en la puerta de Saint John. No voy a ir más allá, esta zona está llena de maleantes con las tripas vacías, corro el riesgo de que me roben el caballo y este coche es el único sustento de mi familia.

Evelyn repasó la calle oscura con temor. Más allá del arco de piedra de la puerta, apenas nada era visible. Los edificios negros de tres y cuatro plantas parecían a punto de derrumbarse y el hedor que desde allí ya se percibía, era agudo e insoportable. La joven se encogió dentro de las ropas de su doncella. Por un instante, pensó en regresar a la seguridad del hogar, a la protección de su familia y encontrar otro modo de localizar al escurridizo coronel. Pero bien pensado, no llevaba encima prácticamente nada que pudieran robarle, tan solo una joya relativamente valiosa que pensaba utilizar como pago, de ser preciso. Y ya estaba allí, dispuesta a arriesgarla, quizá otro día no tuviera tanta suerte. De modo que se armó de valor y empujó la portezuela para salir. El cochero retrocedió un par de pasos.

—De acuerdo, puede irse. A partir de aquí seguiré sola.

—Es peligroso, señorita, hágame caso, pueden atracarla.

—Mi misión es encontrar a una persona, no llevo nada de valor encima —insistió, obstinada.

—Es su decisión, usted verá. Espero que atine a dar con quien sea, lo antes posible.

Evelyn asintió aunque el buen hombre no pudiera verla. Sin embargo, en cuanto su pie calzado con una zapatilla que le venía un poco grande se apoyó en los duros adoquines y tropezó, el terror la invadió de nuevo. La negrura alrededor parecía una boca inmensa y terrorífica dispuesta a devorarla.

—¿Está segura? —volvió a repetir el cochero.

Evelyn se aclaró la garganta. Le costó olvidarse del pellizco doloroso que sentía en la boca del estómago.

—Sí, no se preocupe. Vaya con Dios.

Escuchó cómo se alejaba el coche, sin el coraje suficiente como para volverse a mirar, notando que la oscuridad y el mal olor de las esquinas empedradas la envolvían como un sudario. Sombras amenazadoras desde cada rincón que se abrían como fauces hambrientas.

—Valor, no vas a enfrentar a ningún monstruo —se dijo—. Solo buscarás a un hombre que debe de estar bebiendo y cantando a pulmón en esa dichosa taberna, y le pedirás que te cuente si Philip Sommerset está vivo o muerto. Nada más. No puede ser tan aterrador.

Con ese pensamiento se infundió ánimos y obligó a sus piernas temblorosas a moverse y a avanzar por el suelo desigual. Quería desesperadamente escuchar algo, gente riendo, cantando, discutiendo, vociferando. Lo que fuera, incluidas amenazas de muerte, cualquier cosa que no fuese aquel silencio de sepulcro. En pocos minutos, mientras caminaba mirando de reojo las puertas desvencijadas y las ventanas sin cristales protegidas por burdos pedazos de tela vieja, Evelyn presintió el peligro. Antes incluso de que se manifestara en violentos golpes contra los adoquines de la calle desierta.

Pasos.

Cada vez más apresurados. Cada vez más cerca.

Y no se trataba de una sola persona. Eran al menos, tres.

—¡Damisela! ¡Eh, damisela, no corras!

—¿A dónde vas tan deprisa?

—Pregúntale mejor, para qué corre, si no va a servirle de nada.

El corazón de Evelyn se lanzó a un frenético galope. El miedo atascó su respiración en la garganta y sus pasos se volvieron torpes sobre las piedras que cubrían la calle.

—Espera que te hagamos compañía, preciosa, no puedes ir sola por el barrio a estas horas.

—¿Qué estarás buscando que no podamos darte nosotros?

La garra del miedo la abrió de pies a cabeza. Sin embargo, en lugar de paralizarla como se temía, la impulsó a correr con algo cercano a la desesperación.

—No corras, muchacha, vamos a alcanzarte igual. ¿Es que no te gusta divertirte?

—Entre los tres vamos a enseñarte lo que vale un hombre inglés.

Capítulo 6

Lo cierto es…, que solo vi cerveza,
canciones y alguien contra la pared.

Evelyn no tenía necesidad de que ningún inglés maloliente le enseñara nada. Solo quería escapar cuanto antes del alcance de aquel amenazador grupo. Pero la calle se estrechaba, era cada vez más oscura, y las paredes de los edificios parecían tener intención de volcarse y aplastarla.

—Cuanto más nos canses, más te lo haremos pagar —advirtió uno de los salteadores con tono intimidante.

Lady Evelyn rezó en silencio, suplicándole al cielo una puerta abierta, una ayuda que casi parecía un milagro imposible en medio de aquella soledad tétrica. Y entonces…

Voces amortiguadas. ¿Música? Risas.

No se lo pensó dos veces. Empujó la puerta en cuanto vio una línea de luz colándose por debajo. Sin embargo, lo que se encontró la asustó aún más que aquello de lo que huía: docenas de hombres con malas pintas y jarras de cerveza entre las manos roñosas, a todas luces borrachos como cubas, que dejaron de reír y vocear en el mismo instante en que ella apareció en el umbral. Al menos cuarenta pares de ojos turbios se centraron en Evelyn, desde un silencio que taladraba los oídos más que una aguja afilada. La joven rubia reculó sin saber por dónde escapar, pero alguien ya había cerrado la entrada a la taberna a sus espaldas. El olor a vino agrio le perforó la nariz.

—¿Nos dejas verte la carita, hermosa? —Uno de los tipejos cerca de la barra le arrancó de un tirón la capucha.

Los rizos dorados de Evelyn cayeron en cascada sobre sus hombros, como lazos de platino. La joven pudo ver la lascivia reflejada en las pupilas que la observaban. Y supo que estaba en un aprieto. Buscó alrededor algo con lo que defenderse pero no encontró ni el palo de una escoba.

—¡No se atrevan a acercarse! —consiguió decir entre temblores.

La respuesta fue una carcajada general. Por lo visto iban a convertirla, a ella y a todo su terror, en la diversión de la noche. Evelyn no tuvo pensamientos bastantes para arrepentirse de haber ido. Su idea genial había resultado ser un suicidio.

¿Cómo diantres iba a salir de allí?

—¡Vamos, muñequita! ¡Baila para nosotros! —gritó alguien de entre la multitud.

El resto de clientes en el antro no tardó en jalear la idea. Un par de tipos greñudos se acercaron a Evelyn y uno de ellos trató de agarrarla de un brazo. La hija del conde de Herrick se zafó de un tirón.

—¡Mírenla, ¡cómo se defiende! —se burló el otro tipo. Tenía podridos los dientes y le faltaba un ojo bajo un parche negro.

—Esto va a ser divertido…

De inmediato se formó un amenazador círculo en torno a Evelyn, que se fue cerrando. Cada vez más apretado. Lanzó un paso atrás pero solo encontró una pared y la puerta cerrada que la frenaban.

—Pero ¿tú otra vez? ¡Déjame respirar, mujer! ¡Déjame vivir, por Dios! —se escuchó, bien potente, desde el centro de la masa apretujada. Las cabezas giraron hacia el dueño de la voz que se venía abriendo paso a codazos. Un tipo fornido, bastante más alto que la media, de anchos hombros y piel bronceada—. Estos caballeros seguro que me comprenden, ¿a que sí? ¿A ustedes sus esposas también los asfixian?

Se escuchó un rumor extraño que se corrió como un gruñido.

—Les aseguro que ninguna de las suyas, por mala que la consideren, le gana a la mía. Ahí donde la ven, tan rubia y tan angelical…, es una auténtica bruja.

—¡Oiga! —se enfureció Evelyn.

El desconocido siguió avanzando. Sus acusaciones y sus insultos ya habían logrado arrancar algunas carcajadas al grupo, que se aflojó por el centro. El hombre agarró la muñeca de Evelyn antes de que pudiera volver a abrir la boca.

—¡Vamos a casa! —ordenó, furioso. Ella trató de liberarse, pero la garra de aquel tipo era puro hierro. Tiró de ella y la arrastró hasta la puerta—. Ya está bien de perseguirme de taberna en taberna, mujer, ¡me avergüenzas! Si tu padre te aceptara de regreso, juro que te devolvería gustoso…

—Suélteme de inmediato o…

—¡A casa he dicho! ¡Y no me repliques, mujer del demonio, no me repliques!

—¡Quíteme las manos de encima o le saco los ojos!

El enorme desconocido echó atrás la cabeza y soltó una rotunda carcajada.

—¡Señores! ¿Acaso la han visto en su vida más peleona?

Luego inclinó la boca hacia su cuello, como si pensara morderla. Los presentes más borrachos lo alabaron con grandes voces. Otros muchos aplaudieron, y el resto empezó a replegarse hacia el fondo del

local, convencidos de que el espectáculo había terminado.

—Hay que salir de aquí zumbando —siseó el desconocido cerca de su oído, mucho más sobrio de lo que aparentaba—. Y si me apura, del barrio. Cierre el pico y colabore. No se me ponga terca, estoy tratando de salvarle la vida. Y no me diga que no lo necesita. ¡Andando, he dicho!

—¡Borracho miserable…! —aulló Evelyn.

—¡Bruja!

En menos de dos respiraciones entrecortadas, estaban en la calle. Una mano del desconocido sobre la parte baja de la cintura de la dama, la otra todavía aferrando su muñeca a tirones.

—¿Cómo, en nombre de todos los infiernos, se ha metido aquí sola?

Antes de que ella pudiera responder, la puerta de la taberna volvió a abrirse y el estrépito recuperado saltó a la calle como una bocanada de calor pastoso. El desconocido giró rápido sobre sus talones, con Evelyn todavía entre sus brazos, y la acorraló contra una pared mugrienta. Un grupo de borrachos violentos avanzó calle adelante. El desconocido bajó la cabeza para cubrirla con su cuerpo y sus labios quedaron a escasos milímetros de los de ella.

El estómago de Evelyn se contrajo en un pellizco involuntario. Allí, atrapada, muerta de miedo entre aquellos poderosos brazos, sintió cosas que seguramente estaban prohibidas por la ley del Señor. Un escalofrío de ardiente deseo la recorrió entera, sus pezones se endurecieron bajo la áspera tela del vestido hasta doler, y su vientre se contrajo en un espasmo húmedo y desesperado. Es posible que él oyera su corazón desbocado, sus latidos como redobles. Habría querido que aquella boca jugosa y perfumada de ron la besara, mordiera sus labios con pasión, que una caricia ardorosa de sus grandes manos la devorara por completo, aunque ni siquiera había distinguido claramente los rasgos de su rostro.

Su altura imponente. Su cuerpo vigoroso. El calor intenso que desprendía su piel.

Todo eso, sí.

El grupo de borrachines pasó de largo entre gritos groseros, y el desconocido que le había salvado la vida se distanció de ella. Evelyn sintió frío y la tentación demente de agarrarlo por las solapas y pegársele de nuevo.

—¿Está usted loca? ¿Cómo se le ocurre meterse sola en una ratonera semejante? ¿Sabe lo que podía haberle pasado si no llego a encontrármela?

—Estaba buscando a alguien —repuso entre temblores.

—Pues le sugiero que busque otro modo menos peligroso. Vuelva a casa, criadita, con sus señores y sus fogones. Estas calles son la

madriguera de un lobo, no regrese sin una buena escolta si planea conservarse entera.

Evelyn fue a replicar airada, pero un carruaje acababa de frenar bajo el arco de Saint John, los caballos relincharon y no fue difícil reconocerlo: el mismo coche de la casa Herrick que la había traído. Su pasaje a la libertad. El cochero debía de llevar horas dando vueltas por aquel barrio espantoso y sus alrededores, buscándola. Evelyn se desenganchó del hombre con un empellón que lo echó a reír. La enorme mano todavía agarró su muñeca un segundo tratando de retenerla, antes de que ella saliera corriendo sin decir adiós.

El desconocido se miró la palma, donde descansaba un exquisito brazalete de oro que evidentemente, había perdido la muchacha. Una joya demasiado fina como para que la llevase encima una criada. Una de dos, o la jovencita era una hampona que robaba a sus patrones, o la había llevado para pagar algún servicio que andaría buscando.

Lo lanzó por los aires, lo volvió a recoger y se lo coló al bolsillo mientras veía a la muchacha subir al carruaje, veloz como el rayo.

—Vaya prisas y vaya carácter de mil demonios. Algo de agradecimiento, señorita extraviada, no habría estado mal.

Capítulo 7

Lo cierto es…, que las verdaderas obligaciones de una hija son el peso de la responsabilidad familiar.

—Tiene carta, milady.

—Dámela. Puedes retirarte.

La doncella abandonó la sala dejando solas a Evelyn y a su invitada al té, la señorita Hagstings. Anne esperó con calma mientras los dedos crispados de Evelyn rompían el sello de lacre y desplegaban la nota.

—Es de mi tía. Le pedí que viniera para hacer compañía a madre… —Con tan solo leer por encima las primeras líneas, su bonito rostro se cubrió de sombras.

—¿Ocurre algo malo?

—Tía Gertrud se niega a venir. No es que se moleste en inventar un pretexto, ni se excusa con elegancia siquiera. Dice claramente que no nos visitará. Y me pide que no insista.

—¿Qué piensas hacer?

— Insistir, desde luego.

—Pero…

—Pero nada, Anne, madre es su hermana menor, está afligida, necesita comprensión, compañía y cariño. Y ya que su esposo es incapaz de dárselo, ¿quién mejor que Gertrud, que es sangre de su sangre?

—Debe de tener algo importante de lo que ocuparse y que le impide venir —dedujo Anne, con tono respetuoso.

Evelyn bebió un largo trago de té templado y arqueó las cejas.

—¿Mi tía? Como no sea algún bazar benéfico… Es una dama soltera y solitaria, sumamente discreta, que se pasa la vida

comprometida con la caridad y el auxilio a los pobres. Es su deber venir a Herrick House y atender a su hermana que la necesita. Le escribiré de nuevo esta misma tarde.

Anne dejó su taza de té vacía sobre la mesita y se puso en pie, alisándose la falda color turquesa.

—Entonces te dejaré sola para que puedas preparar esa carta cuanto antes. ¿Tienes alguna noticia acerca del esquivo coronel Darwin?

Evelyn negó con la cabeza. Desde luego, por nada del mundo iba a confesar su bochornosa aventura en los bajos fondos de Londres y el riesgo que su imprudencia y la obsesión por encontrarlo, la había llevado a correr.

—Madre se niega a localizarlo, no entiendo el motivo. Ese es otro de los asuntos en los que el apoyo de tía Gertrud podría ser valioso, tiene buenas influencias con la condesa, podría convencerla…

—Compruebo que tienes una elevada opinión acerca de la hermana de tu madre y sus talentos.

—Y gran afecto. Es una dama entrañable, aunque algo callada. Por cierto —cambió de tema—, la señorita Waterman y la señorita Pettigrew están empeñadas en visitar a la duquesa y a la futura condesa cuando regrese de la luna de miel.

— ¿A la duquesa?

—Están dispuestas a pedir disculpas por su abominable comportamiento.

—¿Y lo harían de corazón? —desconfió la sensata Anne.

—No puedo garantizar que sean del todo sinceras, pero lo que sí sé es que no les interesa en absoluto, quedar fuera de tan prestigioso grupo.

—Ni Rebeca, ni Julianna, ni tampoco nosotras, necesitamos alrededor enemigas disfrazadas de tiernos corderos.

Evelyn giró unos ojos asombradísimos hacia Anne.

—Pero ¿te estás oyendo? ¡Mi pequeña Anne se vuelve astuta!

La señorita Hagstings se ruborizó con rapidez.

—Es muy evidente que no son buenas personas, percibí su malicia hace ya algún tiempo. También me siento terriblemente culpable por no haber abierto antes los ojos.

Evelyn se la quedó mirando durante unos segundos, sumida en ese instante de sensible vulnerabilidad, a punto de confesar sus peores pecados. Finalmente se contentó con esbozar una sonrisa un poco triste.

—En eso estamos de acuerdo. No eres la única.

Después de que Anne Hagstings abandonara Herrick House,

Evelyn puso alma, corazón y vida en escribir una carta dirigida a su tía que confiaba, la animaría a aceptar finalmente la invitación. Incluso la informó de que la condesa era por completo ajena a aquel desesperado llamamiento, todo había sido idea de la propia Evelyn, consternada al ver el estado de salud de su querida madre.

Una vez que la doncella salió con la correspondencia, Evelyn caminó hasta el gabinete de Prudence para encontrarla sentada ante una ventana, con las manos vacías y los ojos llorosos.

—Buenas tardes, madre. ¿No lee?

—Me duele la cabeza.

—¿Tampoco borda, ni hace nada para entretenerse?

—No estoy de ánimos. Tu padre no me dirige la palabra desde hace tres días. Seguro que si se tratara de su queridísima lady Stone, le besaría sin dudar los zapatos por grave que fuese su ofensa.

Evelyn contuvo un suspiro. Llevaba toda la vida escuchando aquellos reproches llenos de amargura y de dolor. La figura y el recuerdo de una mujer ya fallecida, se había convertido en su peor castigo.

—No dices nada —subrayó lady Herrick, afilada.

—¿Qué puedo decir, madre? Lady Stone lleva años muerta.

—No tantos.

— Los suficientes como para que la olvidemos de una vez por todas.

—Eso resulta harto difícil cuando su perfecta hija está tan posicionada y ocupa un lugar tan relevante en sociedad. Otra razón más para que tu padre siga pensando que en comparación, tú no eres más que una fracasada.

Evelyn saltó como si la hubieran pinchado con un alfiler.

—¿Tan imposible sería que yo cazara a un duque? Padre debería empezar por liberarme. Romper de una vez por todas ese absurdo compromiso con el teniente Sommerset y permitir que brille en sociedad como merezco. Solo así podré cerrar algún día un compromiso conveniente que lo haga sentir orgulloso…

Un gesto de la mano de la condesa la hizo callar.

—Siempre con ese tema, Evelyn, por amor del cielo. Para ya.

—Ese tema, como usted lo llama, madre, es mi vida, mi futuro. La diferencia entre apagarme y envejecer sola o disfrutar de un matrimonio tan ilustre como el de la duquesa de Richmond.

—No sueñes. —Arqueó las cejas con disgusto—. Veo que ya no la odias tanto como antes.

—Desde luego, no olvido la culpa que descansa sobre sus hombros y sobre toda su estirpe, si es eso a lo que se refiere. Sin embargo, no creo que le convenga ahondar en esa pena, madre. Pareciera que difamar a los Stone fuera la única conversación que le

agrada mantener.

—Esa mujer y su memoria me han destrozado la vida.

— Lo sé, madre. Pero no puede…

—No puedo, ¡nada! ¡Sí puedo, claro que puedo! Marian no sufrió lo suficiente.

—Madre, hágase cargo, tanto resentimiento la daña.

—El desprecio y la indiferencia del hombre al que amo me daña. El no ser nunca bastante, apenas una sombra de que la que fue su gran amor, como tú lo eres de su preciosa hija perfecta. No lo olvides, a ojos de tu padre jamás llegarás a donde está ahora lady Richmond.

La joven rubia tragó saliva con mucha dificultad. Algo duro y áspero se le quedó atravesado en la garganta.

—Y tú eres mi hija, tienes la obligación de sustentar mi sufrimiento.

Evelyn puso los ojos en blanco, recordando que aquel mismo día, no hacía mucho, ella también había empleado la misma frase para referirse a su tía. Las pesadas e insoportables deudas familiares.

—Madre, yo siempre la he apoyado.

—¡Necesito que detestes a lady Stone y a su hija, la duquesa, tanto como yo! —aulló la condesa, con desgarro.

La fuerza de su alarido congeló el corazón de Evelyn. ¡Cuánto padecimiento sobrellevaba lady Herrick! Y a solas. No se podía decir que en silencio, pero a solas. Año tras año, consumiendo toda su juventud hasta agotarla. No podía imponerle su afecto hacia la duquesa de Richmond, tampoco hacerla entender. No obstante, resultaría imposible pretender que la idea de una amistad entre su hija y la descendencia de su peor enemiga no la destruyera.

La joven alargó una mano temblorosa y la punta de sus dedos acarició despacio la blanca mejilla de Prudence, condesa de Herrick.

—Madre… Lo siento.

La dama levantó bruscamente la cara y la reprendió con dureza.

—No se trata de sentirlo. Se trata de saber que estás del lado que te corresponde. Del mío.

Capítulo 8

Lo cierto es…, que cuando menos se espera, una sorpresa aparece entre hortalizas y frutales.

—¡Milady, milady! ¡Ay, milady, qué infortunio! ¡Lo que acaba de pasar!

Evelyn levantó los ojos del libro para atender a la doncella que, con el rostro descompuesto y la cofia torcida de tanto correr, se retorcía las manos con desesperación. A juzgar por el color enrojecido de su piel y sus sudores, estaba claro que llevaba un buen rato buscándola por todo el jardín.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es tan grave?

—¡Shelly! —La autoritaria voz del ama de llaves de la casa Herrick retumbó entre los árboles, sobrecogiendo incluso a Evelyn.

—Señora March…

—¿Cómo se le ocurre molestar a milady con esos asuntos que no le conciernen?

—Pe…, pero…

—¿Puedo saber qué sucede, señora March?

—Un pequeño incidente en el jardín trasero, milady. En la zona de la huerta.

—¡Pequeño, dice! —se le escapó a la angustiada muchacha.

La señora March la taladró con una mirada de severo reproche.

—¿Ha informado usted debidamente a mi señor padre, sea lo que sea lo que ha pasado? —quiso saber Evelyn, cada vez más intrigada.

—Milord no se encuentra en la casa, milady.

—¿Y a la condesa?

—Se encuentra retirada en sus habitaciones. Ha dado orden de que no se la moleste.

Evelyn suspiró hondo, cerró el libro y lo dejó sobre el banco.

—Supongo que soy la siguiente en el orden de jerarquía. Cuénteme, señora March. Tengo la impresión de que está usted a punto de reventar.

—Parece ser que se ha colado un intruso, milady. Un desconocido. Lo han sorprendido en los huertos, cerca de los frutales.

Evelyn arqueó una ceja sin entender bien dónde estaba el inconveniente. Gente hambrienta robando fruta, ya sonaba familiar.

—No es la primera vez que pasa. Acudan a la autoridad.

—Es que… —balbuceó el ama de llaves. Sin percatarse de lo

absurdo de su gesto, buscó consejo en las pupilas aterrorizadas de la doncella.

—¿Es que…? —la azuzó la joven dama.

—Me temo que en este caso, dar aviso a la autoridad podría comprometernos.

—¿Comprometernos…?

—Lamento informarla de que el jefe de jardineros se ha tomado la justicia por su mano y lo ha golpeado bien fuerte. Con una pala.

—¿Que el jardinero lo ha golpeado con una pala? —se horrorizó Evelyn, poniéndose en pie de un salto.

—En la cabeza, milady, ¡en la cabeza! —especificó atribulada la doncella.

—¡Santo cielo! Lléveme a donde se encuentra ese hombre. Será un milagro si no nos denuncia…

—Eso suponiendo que siga vivo. No sabemos si está muerto —gimió la muchacha—, podría estar muerto…

—¡Shelly! ¡Vuelva ahora mismo a la casa y atienda sus quehaceres! —ordenó la señora March, incapaz de seguir aguantando por más tiempo aquellos vaticinios tan funestos.

—Pero señora Mmma…

—¡Vuelva a la casa de inmediato! ¡No me obligue a repetírselo!

Sin más protestas, la doncella salió disparada en dirección contraria a donde ellas dos se dirigían. Aunque el ama de llaves luchaba por ocultarlo, se la veía tan atormentada como si realmente enfrentaran una desgracia.

Cuando llegaron a la zona de las huertas y los frutales, en el límite sur de los jardines traseros, un apretado grupo de mozos intercambiaba palabras irritadas y grandes aspavientos, lanzando temerosas miradas a algo que yacía en el suelo.

Más bien a alguien.

Se abrieron conforme vieron aproximarse a la hija del conde. Agacharon las cabezas y todos se quitaron los sombreros para saludar. Los ojos de Evelyn volaron al respetable bulto sobre la pradera. Un hombre corpulento de anchos hombros y considerable altura, boca abajo contra el suelo, con una mancha de sangre en la zona trasera del cráneo. La dama se cubrió la cara con las manos.

—¡Por todos los santos! ¿Está…?

—No creemos, milady. Aún respira.

—Deberíamos avisar al médico —sugirió la señora March, con la voz estrangulada.

—Desde luego que sí, vayan, vayan a avisarlo —concedió Evelyn, cada vez más nerviosa. Solo faltaba que su primo Henry volviera de su luna de miel para encontrarse con un difunto en mitad del jardín.

—Milady, se coló sin avisar, pensamos que venía a robar y no

precisamente hortalizas… —se disculpó uno de los jardineros, probablemente el causante de todo el desastre.

—¿Qué le lleva a pensar algo tan ridículo?

—Traía esto en el bolsillo…

Con movimientos bastante torpes, el hombre entregó algo al ama de llaves un objeto que pasó de palma a palma de las manos. La señora March lo observó con repulsión antes de sacudirse con un soplido el polvo y la suciedad que el trabajador del campo le había trasladado. Sujetándolo con solo dos dedos y mucha precaución, mostró un fino brazalete de oro con gesto desconcertado. A Evelyn se le encogió el estómago con un pellizco feroz, al reconocerlo de inmediato: lo llevaba puesto el día en que sucedió todo. Era la joya que llevaba por si tenía que pagar al informante aquella noche en los arrabales...

—Seguramente lo sorprendimos cuando ya salía, ha debido de entrar en la casa y robado esa joya, el muy bribón.

—Avisen al médico —repitió Evelyn, con la boca seca—. Y trasladen a este hombre a algún sitio más limpio y más seguro.

—Lo que mande, milady. ¿La caseta de los aperos le parece bien?

Evelyn solo tuvo fuerzas para asentir con la cabeza. Cerró los ojos, apretó los párpados y rezó todo cuanto sabía, mientras entre los cinco, giraban el cuerpo y se desvelaba el rostro del herido. La joven ahogó a duras penas un gemido.

El hombre seductor que le había salvado la vida en aquel barrio de mala muerte, en la mismísima antesala de los infiernos. Maldita fuera su suerte.

¿Qué hacía aquel tipo en Herrick House?

Capítulo 9

Lo cierto es…, que la visita del médico
fue el inicio de una aventura.

Saltándose todos los protocolos imaginables, lady Evelyn acompañó a los jardineros hasta el cobertizo donde guardaban las herramientas de trabajo, seguida de cerca por un ama de llaves absolutamente estupefacta.

— Debería regresar a la casa, milady, ya me encargo yo a partir de ahora. Avisaré al señor Holmes…

—Deje al mayordomo al margen de esto —la interrumpió la joven, con brío—, ya tiene bastantes ocupaciones disponiendo la casa para el retorno del vizconde y su esposa. Me gustaría permanecer aquí hasta que llegue el médico y conocer su diagnóstico.

El ama de llaves estuvo a punto de perder las lentes.

—Pero milady, eso sería del todo inapropiado.

—Los condes no tienen por qué enterarse. Es más, no deben, la salud de ambos es delicada, agradecería que los librásemos de una preocupación como esta. No se desvele, asumiré la responsabilidad de lo ocurrido. ¿Sabrá usted guardar la debida discreción?

La señora March se mostró muy ofendida por que se dudase de su más que demostrada prudencia. ¿Es que toda una vida de leal servicio a Herrick House no constituían aval suficiente?

—Por descontado —silabeó seca. Evelyn sonrió satisfecha.

—De acuerdo pues. Oh, doctor Potter, gracias por acudir con tanta rapidez.

El hombre recién llegado se despojó del sombrero para hacer una reverencia y saludar a la joven dama.

—Casualmente me encontraba por aquí cerca, lady Evelyn, y no podía dejar de atender su reclamo. ¿Qué hacemos en los huertos? No se trata de los condes, ¿verdad?

—No, no, los condes se encuentran bien. Como siempre —rectificó con pesar—. Se trata de otro asunto…, bastante comprometido. Acompáñeme, se lo ruego.

Evelyn avanzó hasta la desvencijada choza y empujó la puerta. El rostro del médico se mostró tranquilizadoramente impasible cuando recorrió la estancia y se topó con el cuerpo del desconocido,

inconsciente, burdamente acomodado entre unos sacos.

—Lo hemos…, encontrado. Desconocemos su identidad pero nos preocupa su estado —aclaró Evelyn, con las manos crispadas—. Ha sido un desafortunado accidente.

El doctor se ajustó las gafas y se arrodilló junto al cuerpo inerte.

—¿Me permite revisarlo?

—Sí, desde luego. Salgamos todos. He ordenado que traigan un camastro para poder… Le dejamos solo, doctor.

En más de treinta minutos que parecieron una eternidad, Evelyn dio mil vueltas alrededor del cobertizo bajo la perpleja mirada de su ama de llaves y del jefe de jardineros, que ya se imaginaba encarcelado de por vida. Los otros trajeron una cama y algunas mantas para instalar al herido.

—Milady, siento muchísimo lo que ha pasado… —arrancó el anciano jardinero por enésima vez, girando frenético su sombrero entre las manos.

—Le he dicho que no se preocupe. No ha sido más que un desventurado incidente y yo me encargaré de todo. Eso sí, es vital que esta información no salga de aquí.

Todos asintieron obedientes, incluida la señora March que no retiraba las pupilas ansiosas de la puerta de la choza. Finalmente se abrió y el doctor salió a la luz del día.

—Seguirá inconsciente un buen rato, la lesión es considerable, pero es joven y muy fuerte, no tardará demasiado en recuperarse. Necesitará de al menos una semana de reposo. Eso sí, de momento no debería moverse, corre el riesgo de sufrir un mareo y derrumbarse, podría dañarse mucho más. De momento le he curado la herida. Pasaré mañana por la tarde a ver cómo evoluciona, milady, si a usted le parece bien.

—Gracias, doctor Potter, ha sido muy amable. Nos encargaremos de que descanse y esté bien alimentado. Señora March, ocúpese de que el doctor reciba su compensación y luego vuelva aquí. Tenemos que hablar.

Mientras el ama de llaves cumplía con el encargo, los mozos metieron el camastro e instalaron y arroparon al herido lo mejor posible. El tiempo que emplearon en hacerlo, Evelyn se lo pasó arrinconada con la espalda contra la pared, observando desde lejos aquel rostro devastadoramente bello, los ojos cerrados de largas pestañas curvadas, el cabello denso, oscuro, salvaje y rizado. Y cuando entre todos lo alzaron y lo depositaron sobre el colchón, ella misma se encargó de cubrirlo con varias capas de mantas.

—El doctor se ha marchado, milady —la asaltó por detrás la voz de la señora March—. Será discreto, me ha dado su palabra.

—Es algo que no he dudado ni por un instante —replicó la joven

—. Señora March, señores —miró a los afligidos jardineros—, quiero que este incidente quede en el más absoluto secreto. Como ya les he dicho, la salud de los condes no es buena y la preocupación por un suceso tan grave, podría empeorarla. Me ocuparé personalmente del asunto hasta ver cómo evoluciona el herido.

La señora March gruñó y contrajo el ceño, muy disconforme.

—Pero milady, usted no…

Evelyn extendió la mano ante ella.

—Deme las llaves del cobertizo.

—Milady, deberíamos…

—Señora March, tiene usted la censurable costumbre de discutirlo todo. Es posible que eso funcione con el servicio, pero yo soy la hija mayor de los condes —apuntó Evelyn con su tono más intimidante—. Trato de que las cosas no se agraven. Me haré cargo de las llaves de esta cabaña y del bienestar de ese hombre. Y cuente con que requeriré de su ayuda siempre que fuese necesario.

El ama de llaves apretó los labios y sus ojos soltaron una chispa de exasperación. Extendió la mano ante el jardinero que le entregó la llave, y ella a su vez, se la entregó a su señorita.

—Y el brazalete.

Rechinando las muelas, la señora March sacó la pulsera de su faldón y la depositó en la palma de su mano.

—Como ordene, milady.

—Otra cosa: cuando despierte, ese hombre no debe saber de mi identidad, ¿entendido?

Todos agacharon la cabeza, a mirarse obsesivamente los zapatos sucios. Pero nadie dijo nada.

—¿Entendido? Es muy sencillo, ni una palabra de esto a nadie, y ese hombre no debe saber jamás que soy la hija del conde de Herrick ni que nadie de la familia está implicado.

La angustiada ama de llaves arremetió de nuevo, con ojos llorosos.

—Milady, no entiendo…

—Nadie le ha pedido su opinión, señora March. Confíe en mí —agregó dulcificando el tono—, sé por qué lo hago.

—Lo que usted ordene, milady —acató, contrariada y humillada por el tratamiento que le dispensaba la joven dama en presencia de los jardineros—. De aquí no va a salir nada.

Los mozos se atropellaron unos a otros para jurar silencio y hacer reverencias.

—Lo más conveniente, por el bien de la casa Herrick —Evelyn los miró uno a uno, con ojos fríos—: olviden cuanto antes que esto ha pasado.

Evelyn dejó que transcurrieran las horas en soledad y silencio, sentada frente al desconocido, sin poder apartar la mirada de su rostro. Podía sentir, real y cercano, el calor que desprendía su cuerpo ahora casi helado, aquella noche. Contra la pared. Envuelta en miedo. La turbadora proximidad de su boca, su aliento perfumado de licor dulce bañándole el cuello. Todas las cosas indecentes que le hizo sentir. Sensaciones que ni siquiera habría imaginado experimentar frente a Philip Sommerset.

Repasó su rostro sereno, bronceado y hermoso.

¿Quién era? ¿A qué se dedicaba? Seguramente se trataba de un rufián, un borrachín cualquiera, casado y con hijos, que malgastaba su salario en tugurios de mala muerte y discutía a gritos con su esposa. Con la verdadera. Pero le había salvado la vida. Sin obligación alguna, sin pedírselo, sin conocerla. Aquella turba exaltada por el alcohol podría haberla emprendido a golpes con sus costillas. Se arriesgó para sacarla de la taberna. Y si ahora se presentaba en Herrick House con la pulsera, seguramente la estaba buscando o pretendía devolverla.

¿Además de apuesto y valiente también era honrado? Esperaba que no, demasiadas virtudes acumuladas en un solo humano.

Se dio cuenta de que tenía frío, llevaba allí, inmóvil, mirándolo, demasiado rato y a nadie se le había ocurrido traer un brasero ni encender el hogar. Así que se levantó y se cubrió con una manta raída que dejó caer por los hombros. De ese modo, si el hombre despertaba, no la vería con sus ricos ropajes de dama. Dudaba que él quisiera conversar de igual a igual con la hija de un conde y conocerlo un poco más a fondo era una idea demasiado tentadora como para renunciar.

Antes de volver a sentarse, alargó indecisa una mano para tocarle la frente. Estaba húmeda pero templada. El doctor había dicho que la ausencia de fiebre sería una buena señal. Sin poder controlar la oleada de intenso deseo, los dedos de Evelyn resbalaron por el rostro curtido, por los altos pómulos en busca de los jugosos labios. Y estaban a punto de rozarlos cuando alguien golpeó la puerta.

La mano de la joven se retiró de un rápido tirón.

—Milady, la esperan para cenar. Si no acude la echarán en falta.

Era la señora March. Con un suspiro de decepción, Evelyn le franqueó el paso.

—Sigue durmiendo. Parece que no empeora. Encárguese de que enciendan la chimenea, mantengan esto caldeado y dígale a los jardineros que se turnen esta noche para velarlo.

—Si usted quiere, yo misma…

—No —la cortó, con más brusquedad de la pretendida—, los jardineros, he dicho.

—Sí, milady. Les daré aviso de inmediato.

—Mañana, tras el desayuno, bajaré de nuevo. Cualquier cosa, no

importa la hora, avisen al doctor Potter sin dudar un segundo. La vida de este hombre es, desde ahora y hasta que salga caminando por esa puerta, responsabilidad nuestra.

Capítulo 10

Lo cierto es…, que hay conversaciones familiares
que deberían estar prohibidas.

Aquella fue la peor noche que Evelyn recordaba haber vivido, porque no consiguió dormir un solo minuto. Se la pasó en vela, saltando de la cama a los ventanales, tratando de ver algo en la negrura infinita de una noche sin luna. Absurdo, se dijo, ya que la casa estaba lo suficientemente lejos de la zona de los huertos como para no ver nada.

Tres veces se colocó la bata pensando en salir y caminar hasta el cobertizo, solo para comprobar que el herido se encontraba en buen estado, atendido y descansando. Y tres veces volvió a quitársela y a meterse en la cama, soñando con dormir. Pero todo lo que su mente reproducía una y otra vez, era la imagen de aquel hombre deseable escapando de Herrick House antes de que ella pudiera interrogarlo y descubrir qué lo había llevado hasta allí.

En cuanto amaneció, pidió a la doncella que llamase a la señora March. Pocos minutos después, el ama de llaves entraba en su dormitorio.

—¿Sabe algo del…?

—¿Intruso?

—¿Ha bajado a verlo? ¿Sabe si está bien? ¿Qué tal ha pasado la noche?

Tanto interés desmedido por un presunto ladrón que, en su opinión, solo había recibido su merecido, no puso precisamente de buen humor a la agria mujer.

—No, milady, no he bajado a verlo —silabeó—, no creo que ese sujeto merezca tal consideración de mi parte. Pero he recabado información de los jardineros que lo han velado y…, ha dormido toda la noche. Santo cielo —se recolocó las lentes—, ¿de veras piensa que tanto afán es necesario?

—Por supuesto que sí, hasta que no esté fuera de peligro y no sepamos por qué entró a la finca.

—Creo que la respuesta a esa pregunta es obvia. Vino a robar.

—¿Y por qué traía una pulsera de oro encima?

—No podría decir si la traía o se la llevaba, milady.

Evelyn se mordió la lengua, lo suficiente como para no soltar ninguna otra inconveniencia que la dejara al descubierto. Nadie debía

saber que el brazalete le pertenecía. Sonrió con mucho esfuerzo.

—Tiene usted razón, como siempre, señora March. En un rato bajaré a verlo antes de que vuelva el doctor esta tarde. ¿Qué tal ha amanecido mi señora madre?

—La condesa parece estar más animada hoy, milady. Están sirviendo el desayuno, avisaré a Millie para que la ayude a vestirse.

—No es necesario, señora March, enseguida bajo.

Se vistió con el vestido más cómodo y simple que encontró en el armario, algo que pudiera cambiar luego con facilidad, antes de visitar al herido. Si él había pensado que era una simple muchacha de la calle, debía procurar que siguiera siendo así, era lo más conveniente. Entró en el comedor casi temerosa, con la absurda sensación de que llevaba todos sus secretos y sus mentiras pintadas en la cara.

Pero los rostros y el humor de su familia eran los de siempre. No habían cambiado. La condesa la recibió con una sonrisa amable y cansada, su padre leía las noticias y no la miró, y sus dos ruidosas hermanas pequeñas discutían por la propiedad de un lazo de raso azul. Evelyn sintió un nudo horrible apretado en la garganta: su destino en el aire hasta no localizar al teniente Sommerset, un hombre al borde de la muerte por un jardinero impetuoso, su vida encerrada en una choza en los huertos por motivos bien distintos…, y allí todo el mundo seguía con sus rutinas, como si nada.

—¿Qué tenéis pensado hacer hoy, hijas? —preguntaba la condesa, justo en el instante en que Evelyn regresó a tierra.

—Visitamos a la modista, madre —respondió Sienna, robándole el pan a su hermana.

—Tenemos que probarnos un montón de vestidos —coincidió Diana, con entusiasmo.

—¿Más trajes caros? —mascullló el conde, entre dientes— ¿Qué será de nosotros cuando haya que presentarlas en sociedad?

—No sufras, querido —repuso su esposa con tono meloso, rozando con una caricia leve sus nudillos. El conde no se inmutó y Evelyn no consiguió apartar los ojos de la triste escena—, nuestras hijas son adorables, no permanecerán mucho tiempo solteras, te saldrá barato.

El conde de Herrick gruñó y su hija mayor no pudo contener la rabia.

—Desde luego, no tanto como les he salido yo.

Todas las miradas de desconcierto y pasmo fueron a parar a su rostro. Evelyn las mantuvo con valentía.

—Tuviste el mejor compromiso disponible, querida —le recordó la condesa, con calma.

—Un acuerdo de boda concertada, dos ocasiones breves para conocer a mi futuro esposo y una viudez prematura que nadie admite,

pero que me conducirá directa a enfermar de melancolía. Sin duda acuerdos sumamente ventajosos. Me pregunto para quién.

Con un bufido de dragón encadenado, el conde de Herrick se puso en pie y abandonó la mesa. Las pequeñas Fowler dejaron de parlotear en el acto. Evelyn apartó la servilleta a un lado y también se incorporó.

—Lo siento, no tengo apetito. Voy a dar un paseo por el jardín.

—Te acompaño —se ofreció Prudence, de modo inesperado—. También necesito tomar el aire.

—No es necesario, madre, preferiría caminar sola y no hacerte partícipe de mis reproches y mi mal humor.

—¿Necesitas ser tan grosera, Evelyn? —la reprendió la condesa—. Olvidas que somos tu familia y solo queremos lo mejor para ti.

La joven puso los ojos en blanco y soltó una risita irónica, sin volver a sentarse.

—Madre, Evelyn tiene razón. Si su prometido está desaparecido, ella debería estar buscando nuevo marido en los bailes, no aquí encerrada esperando —intervino Sienna, con seriedad.

Evelyn le dirigió a su hermana una mirada de agradecimiento, que en nada se pareció a la que le lanzó su madre.

—No interfieras y evita hablar de lo que no entiendes, querida. Así harás mucho menos el ridículo.

La joven Sienna se arrugó en su silla. Evelyn apoyó las manos encima de la mesa y se inclinó hacia la condesa con los ojos enrojecidos y húmedos.

—Tampoco hace falta ser cruel con ella. Espero de corazón que el futuro de mis hermanas sea más luminoso que el que padre y tú habéis dibujado para mí.

—¡Evelyn, aguarda!

La joven no dejó de caminar, pero escuchó el apresurado taconeo de su madre, persiguiéndola.

Maldición. Iba a fastidiarlo todo.

—Hija, hija, espera.

Antes de poder impedirlo, el brazo de lady Herrick rodeaba el suyo y con la mano le propinó un par de palmaditas amistosas. Era el modo en que Prudence pedía disculpas, sin comprometerse y sin palabras. Cuando sus modales se hacían más gentiles, es que pretendía congraciarse con ella.

—Dirijámonos a la zona trasera. Es más íntima y discreta —propuso la condesa.

Evelyn respingó alarmada.

—Han abonado los huertos hace poco, madre, el olor es insoportable —inventó sobre la marcha—. Además, ¿a quién podrían interesarle nuestras conversaciones? Nunca hablamos de nada

importante.

—Será porque únicamente te diriges a mí con recriminaciones.

—Madre, no finja que le aflige, por favor. No podría soportarlo. ¿Puedo preguntarle si hay algo que me quiera decir? ¿Algo importante que no me haya contado?

—¿Algo como qué?

Evelyn se detuvo y encaró a Prudence. Con mucho esfuerzo y un profundo suspiro.

—Respecto a padre y…, a lady Stone, a lo que ocurrió en realidad.

El aire alrededor de la condesa de Herrick se convirtió en escarcha.

Capítulo 11

Lo cierto es…, que puede que exista
alguien honesto, capaz de una acción
tan benevolente que cuesta creerlo.

—¿En realidad? ¿A qué te refieres con en realidad? ¿Insinúas que lo que sí sabes es una mentira?

—La tía Elisabetta dijo…

—¡Tu tía Elisabetta no me tiene ningún afecto! Seguramente diría sin el menor escrúpulo cualquier cosa para enemistarme y alejarme de mi querida hija, mi único consuelo.

—Madre, quiero saber…

—¿Qué más necesitas? Lo sabes todo, tras casi un año de compromiso con el conde, lady Marian canceló la boda y huyó a Francia sin dar explicaciones, dejando a tu padre roto de dolor. Al poco nos enteramos de que pensaba casarse con el conde de Stone y entonces, el desconsuelo de mi Armand se hizo…, eterno. Terrible. Inconmensurable. Se vio obligado a aceptar mi mano para suavizar la humillación y el escándalo, pero todo el tiempo la amó a ella, eso no pude cambiarlo. Viva o muerta, siempre será el amor de su vida y yo una triste sustituta que no ha sido capaz de darle un heredero y que nunca lo hizo feliz. —Enmudeció durante un buen rato, quizá esperando el consuelo que Evelyn siempre le regalaba a manos llenas. Pero esta vez la joven permaneció en obstinado silencio—. Tú tampoco lo colmas, hija mía. La hija de ella es mejor, más completa, más adecuada. Es la descendiente de su gran amor imposible, para nosotras dos solo queda el desprecio.

—Volvamos a casa —la interrumpió Evelyn, áspera—, siento frío.

La mano de la condesa se aferró floja al antebrazo de la joven.

—Ten paciencia, hija mía. Pronto tendremos noticias del teniente Sommerset, te casarás, cambiarás de familia y podrás librarte de este ambiente de infelicidad.

Evelyn habría querido reírse. Alto y fuerte, a carcajadas. Sin embargo, su sarcasmo habría clavado un puñal en el corazón de su madre y no podía permitirse tanta maldad. Se contentó con murmurar:

—El teniente Sommerset. Me agota pensar en lo mal que puede salir todo.

En cuanto se deshizo de su madre, Evelyn cambió su traje por un sencillo vestido prestado por su doncella, lo cubrió con una gruesa capa ordinaria y cruzó los jardines en dirección a los huertos con el pulso galopándole en las venas. A las puertas del cobertizo, un joven jardinero con las mejillas manchadas de tierra húmeda fumaba lanzando volutas de humo al aire.

En cuanto la vio se puso rígido, tiró el cigarro y se inclinó dos o tres veces componiendo exageradas reverencias.

—Milady…

—¿Cómo se encuentra nuestro huésped?

—Ha recuperado la consciencia un par de ratos, milady. Pero se vuelve a desmayar.

—¿Ha dormido? ¿Ha comido? ¿Está mejor la herida?

El pobre muchacho se abrumó bajo el peso del interrogatorio. Evelyn cruzó por delante y empujó ella misma la puerta.

—Déjalo. Ve a descansar.

—Gracias, milady, que tenga usted un buen día. —Salió corriendo, antes incluso de acabar la frase.

Evelyn necesitó reunir un poco de valor antes de adentrarse en la tenebrosa estancia que olía a musgo y madera. El olor de los sueños salvajes. Del valor y la osadía piel con piel. La rítmica respiración del hombre que dormitaba en el camastro la envolvió al instante. Se acercó tímidamente y tomó asiento a su lado.

—Buenos días, muchacha —la sobresaltó él, hablando sin siquiera abrir los ojos—. Alabado sea el recibimiento que dais en este hogar.

—¿Qué esperaba, colándose en una casa decente como un ratero? ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué ha venido? —cuchicheó ella, tan apresuradamente que le costaba respirar— ¿Pretendía robar a los señores?

—¿A tus señores? —Los jugosos labios del desconocido se curvaron en una sonrisa burlona— No, gracias, me contentaría con llegar al cuarto de las criadas. Al tuyo, concretamente. Con esa hazaña me basta y me sobra.

El vientre de Evelyn se contrajo en un violento espasmo. De haberse comportado como una dama, se habría ausentado de inmediato, furiosa y ofendida, después de abofetearlo. Pero debía comportarse como una criada, de manera que controló la ira y no respondió…, enseguida.

—Es usted muy atrevido, señor —musitó pasados unos segundos, sin apenas fuerza.

El hombre giró la cabeza hacia ella y por fin abrió los ojos. Eran negros, intensos, y brillaban incluso entre las sombras de aquel

cuartucho. Unos ojos irresistibles, hipnóticos, que atraparon al instante la voluntad de Evelyn de una forma demoledora. El aliento se entrecortó entre sus labios.

—Tenemos deudas pendientes. Tú y yo.

El modo en que su voz profunda, masculina y poderosa reclamó aquello, erizó su piel y arañó su espalda como un ramillete de dedos vivos. Evelyn notó en sus pechos un tirón desconocido que viajó como un relámpago hacia su vientre.

—Gracias. Por. Haberme. Sacado. De allí —acertó a decir, a regañadientes y con total desgana.

—Te traje… —Llevó la mano con mucha dificultad hasta el bolsillo de su pantalón, bajo las mantas. Sus cejas se arquearon al hallarlo vacío.

—Si busca la pulsera, debo decirle que la tengo a buen recaudo.

Él pareció aliviado.

—Debió de perderla al sujetarle la muñeca. Solo quería devolvérsela.

—Cosa que le agradezco. Muestra ser usted un dechado de virtudes —alabó ella, cortante y desconfiada—. ¿Puede explicarme cómo supo a dónde debía dirigirse?

La comisura del hombre volvió a dibujar una mueca torcida sumamente turbadora, que obligó a Evelyn a replegar su mirada hacia su regazo y a notar cómo cuello arriba, le subía el rubor. Él miró al techo para evitar mirarla a ella.

—Sencillo. —Hablaba lento, tragando saliva cada pocas palabras, pero sus ojos seguían siendo un pozo de insondable y serena belleza—. El carruaje en el que escapaste llevaba el escudo de los Herrick en la portezuela.

Claro. El escudo condal. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Evelyn encajó el golpe de humildad lo mejor que pudo. Su animadversión por aquel desconocido se esfumó hasta dejar apenas jirones. Pronto no quedaría más que admiración, teniendo en cuenta que además de atractivo, parecía ser honrado.

—No era descabellado imaginar que trabajabas aquí —prosiguió él, envolviéndola con la voz —. Supongo que eres la doncella de alguna de las señoritas y que te enviarían a aquel infierno a solventarles algún aprieto en el que no quieren verse involucradas. Sola, desprotegida y vulnerable. Una auténtica locura. ¿Cómo se te ocurre aceptar?

—¿Acaso tenemos opción los sirvientes?

Él asintió con la cabeza como si antes no hubiera reparado en ello, y volvió a cerrar los ojos. Evelyn se permitió recrearse en su perfil.

—Todos lamentamos lo que ha ocurrido, alguien lo confundió con

un ladrón.

—Me alegro de que seas tú quien está aquí sentada y no el que esgrimió la pala contra mi cabeza tratando de matarme.

—¿Puedo saber cómo se llama?

—John.

—John ¿qué más?

—John —repitió, más firme. Con los ojos fuertemente cerrados dejó escapar el aire de los pulmones y quedó inmóvil.

Ella entendió enseguida que aquel hombre la ganaba en terquedad y que no sacaría de él mucha más información, al menos, de momento.

Pero ¿por qué no podía dejar de mirarlo?

Capítulo 12

Lo cierto es…, que la llegada de un hada madrina
tiñe de color y brillo toda la pesadumbre alrededor.

Pasados unos segundos, la relativa calma de lady Evelyn se esfumó como una columna de humo. Demasiada quietud, demasiado silencio. Aquel hombre perfecto, ¿respiraba?

Se puso en pie de un salto y se inclinó sobre el camastro acercando su cara a la de él, una pizca más de lo conveniente.

—John… ¿John? John, despierte, ¿se encuentra usted bien?

Posiblemente tuviera frío, aquel cuartucho era perfecto para congelarse. Trató de animar el pobre fuego del hogar cargando un tronco de respetable tamaño pero le fue imposible, de modo que tras rendirse, optó por arrojar a la chimenea dos más pequeños. Cuando se giró para comprobar si el herido había reaccionado a la subida de temperatura, su falda quedó enganchada de un saliente en el tronco grande.

Evelyn pegó varios tirones. Con toda su fuerza. Nada. El tercero fue tan violento que desgarró todo el bajo del vestido, le hizo perder el equilibrio y la dejó sentada en el suelo, despatarrada, con las faldas subidas hasta la cintura.

Sus ojos volaron temerosos al camastro. ¡Cielo santo! Esperaba que John siguiera inconsciente y no hubiera presenciado la humillante escena donde sus medias, su liguero y hasta la franja superior de carne de sus muslos, habían quedado al descubierto. Todo parecía seguir igual.

Se enderezó con pasmosa agilidad, se sacudió el vestido roto y se acercó a mirar de nuevo.

—¿John? Dígame que no se ha muerto…

La puerta se abrió de un golpe a su espalda cuando estaba a punto de abofetearlo para que reaccionase. Una ráfaga de viento helado la golpeó desde atrás.

—¡Doctor! Menos mal que ha llegado. ¡Estaba despierto, hablando, casi normal, y ahora no despierta! ¡Creo que ha vuelto a perder el conocimiento!

El medico se apresuró a apostarse junto al herido. Le comprobó el

pulso y la temperatura. Luego, con mucha parsimonia, empezó a desenvolver el vendaje alrededor de su cráneo.

—Es natural. Son los efectos del golpe, aún está muy reciente.

—¿Es grave?

—Más que grave, molesto. No pueden permitirle que se incorpore, es lo más importante. Limpiaré la herida y le cambiaré las vendas.

En ese momento, el buen doctor reparó en la joven con más detenimiento. La conocía desde que no levantaba más de seis palmos del suelo y lady Evelyn siempre había sido…, particular. Bajo el escrutinio de sus ojos críticos, la joven cerró la capa con fuerza alrededor del viejo vestido.

—No voy a preguntarle qué hace vestida así, milady.

—No lo haga —susurró ella—. Y se lo ruego, tampoco me llame milady.

—¿Sabe su padre…? No, claro que no sabe. Le darían varios ataques al corazón.

—Doctor, se lo suplico, solo trato de que mi familia no se vea en problemas mayores —aclaró Evelyn, en apenas un susurro—. Solventaremos este desafortunado accidente del mejor modo posible y este hombre se marchará por su propio pie, igual que vino.

El médico suspiró y se subió las gafas

—Lo importante es que esté alimentado. Ahora no es esencial, es joven y robusto y solo duerme, pero aprovechen sus ratos de consciencia para que coma algo y sobre todo, que beba mucha agua.

—Me encargaré de que así sea. Doctor…, gracias.

—Regresaré mañana, más o menos a esta hora. Cuídese.

Tras la marcha del señor Potter, Evelyn aún esperó más de una hora con la ilusión de ver despertar a John. Aguantándose el hormigueo que mirarlo le provocaba en el estómago, la fascinación que irradiaba era irresistible. Hasta estuvo tentada de tomarle la mano en un par de ocasiones. Pero no se atrevió y aquellos increíbles ojos negros tampoco volvieron a abrirse, aunque la respiración era calmada y regular.

Su rostro, su cuerpo musculoso de piel dorada, sus manos callosas. Todo en John evocaba la figura de un aventurero y un héroe. Aunque posiblemente, se dijo, tan solo se tratase de un vulgar maleante, un salteador de caminos, y su imaginación enardecida por las tramas de las novelas románticas estuviese dibujando el resto.

Muy a su pesar, la joven se vio forzada a entregar el relevo de sus cuidados a la señora March y a uno de los jardineros, que llegaron con un caldo colado, denso y bien nutritivo.

El ama de llaves le cuchicheó cerca de la oreja para que nadie más pudiera oírla.

—Debe volver a la casa cuanto antes, milady. Acaba de llegar la

señora Dowson.

Evelyn abrió los ojos con extrañeza.

—¿La tía Gertrud? ¿Se ha presentado sin avisar?

—Así es, la condesa se ha mostrado muy sorprendida al saber de su aparición.

Evelyn se mordió el labio al recordar que ella y sus invitaciones por carta eran las únicas culpables de la presencia de su tía materna en Herrick House. Debía acudir al instante para asumir responsabilidades y calmar los ánimos de todos. Echó una última mirada lastimera al camastro donde John reposaba.

—Cuide de él, señora March. Me escaparé en cuanto me sea posible.

—Descuide. Y no olvide cambiarse de ropa, milady.

Usó la puerta trasera que daba al área de servicio para escabullirse sin ser vista hasta la zona principal y de allí, escaleras arriba, hasta su dormitorio. Haber recorrido la casa de esquina a esquina y haber usado cada rincón como escondite de niña, le suponía una gran ventaja para moverse por los corredores sin apenas ser vista. Escondió el vestido de la criada y la capa en el fondo del armario y a toda velocidad, se puso un vestido de suave muselina amarillo, uno de los favoritos de su madre.

No podía dejar nada al azar, lo sabía bien.

Cuando llegó al salón rosado, la condesa, su tía Gertrud y sus dos hermanas menores, tomaban el té, demasiado rígidas, demasiado serias, demasiado calladas. El ambiente no era, precisamente, festivo. Pero cuando Evelyn apareció, recortada y sonriente en la puerta, su tía se puso en pie para abrazarla. Y tanto su afecto como su emoción eran sinceros.

—Mi queridísima sobrina, deja que te mire, ¿cómo puedes estar más bonita cada vez que te veo?

—Tía, usted me mira con ojos de cariño y hace mucho que no me ve. ¡No sabía que vendría!

—Bueno, tu amable invitación y tu insistencia fueron razones suficientes para convencerme.

Las cejas de la condesa se arquearon bruscamente. Alzó la barbilla para mirar a su hija, con un gesto que tenía bien poco de complaciente.

—¿Así que fuiste tú?

Evelyn tomó aire. Era hora de afrontar las consecuencias de sus actos y también sus honorables motivos.

—Sí, madre, fui yo quien le suplicó a la tía para que viniera. Deberías agradecerle que se haya molestado con un viaje tan largo y

penoso.

—Realmente, no era necesario —repuso la condesa con tono indolente, evitando mirar a su hermana.

—Necesitas compañía, madre —prosiguió Evelyn, templada—, charlas amables y buenos consejos.

—Y eso es algo, que obviamente, mi familia no puede darme —concluyó Prudence, con aire dramático.

—Su hermana también es su familia, madre —le recordó Sienna, soltando la taza de té. A la condesa, el innecesario apunte la mortificó al límite.

—¿Vosotras dos no teníais una cita con la modista en la ciudad? ¿A qué estáis esperando? Decidle a vuestras doncellas que se apresten a acompañaros. Y no se os ocurra entreteneros, volved pronto.

—Sí, madre —obedecieron ambas jovencitas, a coro.

En menos de medio minuto habían salido por la puerta sin apenas hacer ruido. Evelyn concentró todo su interés en la recién llegada, de la que Prudence se mantenía convenientemente alejada.

—Me alegro tanto de que estés aquí, tía, ¿cómo puedo agradecérselo?

Gertrud levantó una mano de finos dedos para acariciar la sonrosada mejilla de su sobrina.

—Con veros saludables y felices me contento.

—No sé si habrás reparado en ello: yo no estoy saludable ni feliz —rumió la condesa en voz baja.

—Por eso precisamente pensé en sorprenderte con la visita de la tía, madre, por ver si podemos mejorar eso.

El gesto de Prudence dijo a las claras que no tenía la menor confianza en que tal cambio se produjera, pero que se resignaba con la situación porque ella siempre se resignaba ante todo.

—¿Y cuántos días piensas quedarte? —preguntó, con el tono de quien te pide que te marches, a ser posible, en la próxima media hora.

—No más de una semana —informó Gertrud, sin perder la sonrisa.

A Evelyn le pareció muy poco tiempo, a la condesa de Herrick, toda una eternidad. Pero nadie despegó los labios mientras degustaban aquel sabroso té. Únicamente Evelyn y Gertrud intercambiaron miradas cómplices, conocedoras de lo ardua y complicada que sería su tarea pero también, de lo mucho que la condesa las necesitaba.

Capítulo 13

Lo cierto es…, que tengo una propuesta:
seamos amigos. O cómplices.
Por favor, seamos algo maravilloso.

Evelyn llegó a la conclusión de que mientras el desconocido y atractivo John permaneciera alojado en Herrick House, no lograría cerrar los ojos ni descansar por las noches. La idea persistente y, por qué no decirlo, la absurda necesidad de visitarlo en la choza de los huertos, de vigilarlo, de impedir que escapara, la obsesionaba. Así que finalmente, visto que aquella jornada tampoco dormiría, fiel a su naturaleza rebelde y caprichosa, decidió colocarse la ropa de criada por encima de su camisón de seda, la capa bien ceñida, y abandonar a hurtadillas la mansión principal.

El panorama bajo la luna mientras cruzaba a buen paso los jardines, era sombrío y hasta desolador. Un vientecillo helado que calaba hasta los huesos y la insoportable humedad del suelo que se pegaba a los zapatos. Más allá de la zona de frutales, por detrás del cobertizo, empezaba el bosque. Entonces Evelyn reparó en cuan aburrida había sido su vida hasta entonces, una existencia en la que lo más emocionante era contar las plumas del sombrero nuevo de alguna dama especialmente excéntrica. Y se preguntó cómo sería pasar las semanas junto a John, el hombre hermoso y salvaje que encendía sus instintos más primitivos, y la empujaba a fantasear con el pecado.

Sí. Porque las escenas que le rondaban la cabeza en su presencia no podían estar castigadas con otra cosa más que con el llameante infierno.

Era atracción. Una suerte de atracción enfermiza que no sabía contener. Y desconcierto. Y otra vez atracción. Y más desconcierto. Y el no entender por qué el estómago le hormigueaba y un calor espantoso le atenazaba la garganta. Más confusión en mitad de todo aquel deseo que su razón rechazaba.

El mozo que vigilaba el sueño del herido se puso en pie de un salto al verla aparecer. Más adormilado que el propio John, según pudo comprobar Evelyn.

—Puedes salir un rato a la calle a tomar el aire —lo autorizó, cayendo enseguida en la cuenta de que con las temperaturas del crudo invierno, tomar el aire sería lo último que seguramente deseaba el muchacho—. O ve a descansar y vuelve al amanecer. Yo cuidaré de nuestro invitado.

—¿Está usted segura… milady?

—Por supuesto que sí. Ya has hecho bastante por hoy, gracias.

Nunca supo por qué agradeció tanto quedarse a solas con John, después de que el mozo alimentara el fuego del pequeño hogar y se despidiera más de cuatro veces seguidas. Tomó asiento en el incómodo taburete junto a la cama y se centró en contemplarlo. Mirar aquel rostro varonil de piel bronceada, el cabello negro, ensortijado e indomable, le producía un insospechado placer al que no quería poner nombre.

El miedo y la fascinación van tomados del brazo, se repitió. Lo había leído en algún lugar, no conseguía recordar dónde.

Alargó los dedos temblorosos y le rozó una mano. Inesperadamente cálida. Firme. Paseó las puntas de sus yemas por la piel del dorso y luego, muy despacio, la hizo girar para recorrer también la palma. Las llamas caldeaban su espalda y su cuello. El cuello. Estaba demasiado caliente. Ardía. Apartó el tacto de la mano de John para masajearse bajo la oreja. Turbada, la respiración agitada. El corazón acelerado. Sin entender lo que ocurría, pero excitada al experimentarlo.

En ese momento, tuvo la sensación de que John no respiraba. Su pecho dejó de moverse y un terrible silencio se apoderó del cobertizo. Evelyn se inclinó sobre él, colocándole las manos sobre el tórax.

Duro. Trabajado. Musculoso.

—¡John! ¡John! ¡Respire! No me haga esto, no ahora que estoy aquí sola… ¡Respire, por lo que más quiera! ¡Respire!

Se inclinó un poco más sobre él, angustiada, desesperada por salvarle la vida, cuando un brazo poderoso envolvió su cintura y tiró de ella, haciéndole perder el equilibrio y caer sobre el cuerpo del convaleciente. Sus bocas quedaron demasiado, demasiado cerca.

—Estas cosas suelen solucionarse con un beso que merezca la pena, muchachita —ronroneó una voz áspera.

Con una exclamación de furia, Evelyn se liberó del cepo que la aprisionaba y quedó en pie, observando irritada cómo John abría un ojo, después otro, y su respiración recuperaba la normalidad.

—Miserable mentiroso. No se estaba muriendo.

—Desde luego que no —replicó él con sorna—, pero podría intentarlo si eso te hace dichosa.

—Es usted un desvergonzado.

—No te contrariaré; como todo hombre de la calle, no esperarás

que me comporte como un caballero, al fin y al cabo, tú tampoco eres una dama.

Evelyn cerró la boca a tiempo de no estropearlo todo.

—Eso no significa que pueda usted faltarme el respeto ni burlarse de mí. Debería agradecerme que esté aquí, cuidándolo, en lugar de en mi cama, descansando como corresponde.

—Quién fuera tu cama —susurró él, entrecerrando los ojos.

De nuevo ruborizada, Evelyn se aclaró la garganta con un carraspeo y lo repasó con un desafío que se quedó corto

—Veo que se encuentra lo suficientemente recuperado como para hacer bromas de mal gusto. Lo felicito, pronto podrá marcharse y yo lo perderé de vista de una vez por todas.

—No creo que eso te haga muy feliz.

—¿Cómo se atreve a insinuar algo así?

—Si no te moviera algo poderoso no estarías aquí a estas horas, ni sacrificarías tu descanso contando los latidos de mi corazón.

—Soy una buena persona. Y la simple curiosidad me motiva, se lo advierto.

—Lo entiendo. Tu vida de doncella no debe de estar plagada de momentos excitantes, precisamente.

—¿Tanto se nota que soy doncella y no, por ejemplo, ayudante de cocina?

John hizo amago de incorporarse al tiempo que farfullaba:

—Eres demasiado refinada para ser una simple fregona.

Evelyn lo detuvo con ambas manos y toda su energía disponible.

—¿A dónde se cree que va? El doctor ha prohibido que se ponga usted en pie.

—O estiro las piernas o me volveré loco.

Evelyn le propinó un último empujón con todas sus fuerzas, que lo dejó de nuevo tumbado en la cama.

—Haga el favor de obedecer, es por su bien.

El modo en que John se la quedó mirando logró ponerla pero que muy nerviosa.

—Eres preciosa, muchacha, me alegra haberte salvado el pellejo. Y francamente —añadió, tras una pausa incómoda en la que Evelyn se atusó el cabello de todas las formas conocidas—, no acabo de entender tanta preocupación por mi estado de salud.

—Si no tuviera la mala costumbre de empeorar y perder el sentido justo cuando me toca a mí velarlo, no me llevaría tantos disgustos.

—¿Y por qué me sigues llamando de usted?

Evelyn titubeó antes de responder. ¿De ser realmente una criada lo tutearía? No tenía la menor idea.

—No…, no lo conozco.

—Diría que me conoces mucho mejor que la mayoría de la gente.

—No diga sandeces. ¿Cuál es su ocupación? ¿Le estarán echando de menos en alguna parte? ¿Está casado? ¿Tiene hijos?

—Cielo santo, qué interrogatorio, pareces un policía con mención de honor.

—Responda a las últimas preguntas —espetó Evelyn, dándose cuenta, demasiado tarde, de lo que acababa de exigir.

Su rostro se sofocó de forma intensa y la deseable boca de John se curvó en una sonrisa lobuna. Exactamente igual que si estuviera a punto de devorarla, empezando por los pies.

—Te contaré si tengo familia, con una condición. Ayúdame a estirar las piernas. Necesito algo de aire fresco.

—Ahí fuera hace un frío del demonio. Y no verá otra cosa que el bosque.

—Un bosque. Maravillosa perspectiva. —Estiró una mano como si se la ofreciera. Evelyn dudó unos instantes antes de aceptar, aunque finalmente le entregó la suya. Se estremeció al notar el contacto de su piel áspera contra la suya y el modo en que sus dedos desaparecieron entre los de él.

El hombre se incorporó y quedó sentado en el camastro por unos segundos, con las largas piernas fuera y la cabeza ligeramente inclinada.

—¿Se marea?

Él levantó una mano y la agitó en el aire, aún mirando al suelo.

—Estoy bien. —Alzó la cara y le sonrió. Tenía los dientes blanquísimos y su sonrisa era todo un regalo, pensó la joven, embelesada.

—Abríguese, no sea insensato.

Al quedar por completo en pie, John tiró de una de las mantas y no se contentó con echársela por encima de los hombros. Abarcó también la menuda silueta de Evelyn, atrapándola por la cintura, acercándola a su costado. Ella dejó de respirar.

—Tampoco quiero que mi deliciosa cuidadora se resfríe. ¿Salimos?

Evelyn estaba tan turbada teniéndolo así, pegado a su cuerpo, que incapaz de articular palabra, solo consiguió asentir. Juntos y casi abrazados, salieron a la noche que pese al frío era plácida y con una enorme luna iluminando desde el cielo. John permaneció unos instantes respirando, llenándose los pulmones de aire limpio, su rostro bañado por los pálidos rayos desde arriba. A Evelyn le pareció el ser más hermoso de todos cuantos había conocido. Rodeado de magia y de misterio.

—Prométame que volveremos al cobertizo antes de que se desmaye; no podría tirar de usted para meterlo dentro y moriría aquí,

congelado —susurró Evelyn con un hilillo tímido de voz.

Por toda respuesta, John presionó su cintura y la acercó aún más a él. Evelyn se dejó arrastrar, casi en volandas, por aquel brazo imponente, creando un fino túnel con sus labios por el que respiraba despacio. Se preguntó si John sería capaz de escuchar el redoble de tambor de su corazón acelerado. Juntos caminaron por entre los arbolillos, en dirección a la línea del bosque.

—No soy alguien que pueda vivir encerrado. El contacto con la naturaleza me da vida.

—No me cabe duda. ¿De qué vive usted, John?

Capítulo 14

Lo cierto es…, que bajo la luna, de cara al bosque,
se crean lazos y se hacen confesiones.

John se tomó su tiempo antes de responder.

—Digamos que sirvo al interés general.

—¿Puedo saber qué significa?

—Que trabajo aquí y allá, en lo que surge, siempre que me llaman y el encargo merece la pena. Procuro estar allí donde me necesitan.

—¿Acaso es…, mercenario? —sugirió ella, intimidada. Pero no lo suficiente como para liberarse de su abrazo y escapar corriendo.

—Esa palabra suena fatal, querida mía.

—¿No lo es?

La sonrisa en los labios de John fue enigmática. Casi tanto como su falta de aclaración.

—Por cierto, ¿tu nombre…?

—Eve… Me llamo Evelyn.

—Eve. Tan hermoso como su dueña. —Giró la cabeza hacia el bosque—. Escucha cómo cantan los árboles. ¿Los oyes? El rumor es aún más musical en las noches de luna llena. Cierra los ojos y siéntelo. Dentro, Eve, bien dentro.

Lady Evelyn obedeció de buena gana, puede que por primera vez en su vida, y se limitó a permitir que el sonido que provocaba el suave roce de las hojas, la alcanzara. La inundó una extraña sensación de dicha y plenitud. El frío bailoteaba a su alrededor sin llegar a afectarla, la calidez intensa del cuerpo de John la envolvía y allí, a su lado, observando la mancha brumosa del bosque, se sintió protegida y en paz.

—¿Sigues interesada en saber si tengo familia? —preguntó él, con voz ronca.

—Sí. En caso de tenerla no puede abandonarlos de este modo, podríamos enviar una nota para que sepan que se encuentra bien…

—No estoy casado. Y no tengo hijos, al menos que yo sepa —la cortó John, con los ojos fijos en la densa masa oscura de los árboles.

El tirón apretado en el estómago de Evelyn se aflojó ligeramente.

—¿Y…, una prometida? ¿Alguien a quien…, ame?

John volteó la cara a mirarla, sonriendo con algo parecido a la

satisfacción.

—¡Qué preguntas tan osadas e impertinentes, señorita Eve!

—Déjese de monsergas y responda. Solo intento que alguien no muera de impaciencia pensando que le ha sucedido algo malo.

—Es que me ha sucedido algo malo. Un jardinero de esta ilustre casa me atizó en la cabeza con una pala, podría haber muerto, ¿te parece poco?

Evelyn no respondió, solo le sostuvo la mirada. Quería, necesitaba desesperadamente una respuesta para ese interrogante. Cautivado por el azul de sus ojos, John se rindió.

—No, no estoy prometido.

—¿Querría…, le interesaría trabajar aquí, en Herrick House?

Él regresó a la actitud chulesca y un poco burlona. Puede que para ponerse a salvo de la extraña turbación que aquella muchacha le provocaba.

—Veo que pretendes tenerme bien cerca. —Tiró de ella y cada centímetro de su cuerpo notó sus curvas, suaves y deliciosas. El embrujo de aquella joven de aspecto angelical lo tenía sometido por completo—. Y que estás dispuesta a cualquier cosa para conseguirlo.

Ella apoyó las pequeñas manos sobre su torso duro y deseable para distanciarse. Y contrariamente a lo que perseguía, el contacto le provocó un escalofrío.

—¿De qué manera retuerce su cerebro enfermizo mis buenas intenciones? Me limitaba a ofrecerle un trabajo, algo decente con lo que ganarse la vida.

—No te ofendas, pero dudo que una simple doncella tenga influencia como para garantizármelo. En cualquier caso, te lo agradezco, es un bonito detalle.

—¿Eso es un no?

—Sería complicado asentarme en un lugar como este.

Evelyn iba a protestar airada, a ahondar en a qué se refería con «un lugar como este», y por encima de cualquier motivo, qué tenía de malo la fabulosa Herrick House. Sin embargo, notó que John se tambaleaba, se llevaba una mano a la frente y entrecerraba los ojos. Trató de darle apoyo.

—Vamos al cobertizo. Pronto, volvamos. Necesita entrar en calor y tomar un poco de agua. O caldo… Ayúdeme, John se lo ruego, no se le ocurra flaquear justo ahora.

—Eve…

—Camine, camine, por lo que más quiera.

Recorrieron penosamente el camino de vuelta y al empujar la puerta de la choza, un abrazo de agradable calor salió a recibirlos. Lady Evelyn asistió al herido hasta que consiguió tumbarse, lo arropó bien y le dio a beber un poco de agua.

—Estoy mejor, deja de preocuparte —la tranquilizó él, apurando el contenido del vaso. A continuación, dejó caer la cabeza sobre la almohada—. Y tampoco te sientas culpable por nada, ese pequeño paseo me ha devuelto las ganas de vivir.

Evelyn escondió las manos en el regazo y se inclinó un poquito sobre el camastro.

—Es usted una persona muy rara. No tiene fortuna, eso puede adivinarlo cualquiera con solo mirarlo. Pudo quedarse con el brazalete, venderlo y vivir unos meses con ese dinero. ¿Por qué arriesgarse y venir aquí, a buscar a una simple doncella para devolvérselo?

La forma en que John clavó en ella sus ojos negros no podía explicarse con palabras.

—¿Me crees si te digo que solo buscaba volver a verte?

Una emoción prodigiosa e intensa explotó en el pecho de Evelyn. No era la declaración de amor con la que había soñado desde niña pero aquel reconocimiento de intenciones vertido a media voz en una cabaña mugrosa, arrullado por el crepitar de un fuego modesto, puso a hervir su sangre y la hizo inmensamente feliz.

—Hubo algo en nuestro encuentro. En ti —prosiguió él—, y no me refiero solamente a tu demente valentía, a tu coraje al atreverte a entrar sola en esa zona de la ciudad. Algo en tu persona se coló sin pedir permiso…, aquí dentro. —Se señaló el corazón.

Evelyn se quedó sin palabras. Y con su carácter, eso no era algo que soliera ocurrirle. Notó cómo se humedecían sus ojos y se le secaba la boca. La caricia de una emoción.

John sacudió la cabeza, ligeramente azorado.

—Espero no haberte intimidado con mis palabras. Puede que sea la primera vez en toda mi vida que soy tan sincero. Hasta conmigo mismo.

Evelyn Fowler se mordió el labio inferior en un gesto que a John se le antojó irresistible.

—¿Amas a alguien? Puede que hasta estés prometida. Alguien como tú no…

—¡No! —lo interrumpió ella, con vehemencia— Quiero decir…, siempre hay alguien, ya sabe, pero no definitivo. Nada definitivo.

—Algún muchacho del servicio, incluso algún lacayo. Debes de tenerlos locos a todos.

Evelyn vibró orgullosa, como un polluelo que sacude sus plumas.

—Señor, no desvaríe, yo solo me ocupo de mis tareas.

—Y de cuidarme —apreció él con inusitada ternura.

Evelyn pestañeó con coquetería. De repente notaba más que nunca el calor del fuego a su espalda. Los ojos de él clavados en los suyos le arrancaron un escalofrío de placer.

—Y de cuidarlo. Sí.

—¿Te lo han mandado? ¿Es una orden de alguien, del ama de llaves, de tu señorita?

—¿Mi señorita? Dios nos libre de que en la casa sospechen de esto. Sería su fin, señor John.

—¿Señor John? —Dejó ir una risita divertida—. Suena bastante mal.

—No estoy acostumbrada a tutear a mucha gente. Mire, está amaneciendo. —Abandonó el taburete, arrojó unos cuantos palos al fuego y miró melancólica por la ventana—Debo volver.

—Eve…

Ella giró con rapidez sobre sus talones cuando ya iba camino de la puerta.

—Dígame.

—Gracias por todo. Eres un ángel.

Cuando Evelyn salió a hurtadillas a los jardines, después de pasar la noche más excitante de su vida, supo que lo que estaba pasando empezaba a escapársele de las manos. Empezó casi como una curiosidad o un juego, una distracción de las suyas para alejar los fantasmas de sus dramas familiares y todas sus amarguras, otro pasatiempo al que se había entregado con tanta imprudencia como desenfreno.

Pero acabaría pasándole factura.

Siempre lo hacía.

Era hora de alejarse de John, de su perniciosa influencia, de lo que empezaba a sentir, del lazo incomprensible pero extraordinario que poco a poco los acercaba y los ataba con fuerza. De sus posibles esperanzas, del temor a romperlas, hacerlas astillas. Se terminaría enterando de que no era una criada sino lady Evelyn Fowler, hija mayor del conde de Herrick, prima hermana del heredero. Se sentiría burlado por tantas mentiras y la odiaría.

Y estaría en todo su derecho.

Lo que debía hacer era centrarse en buscar al coronel Darwin, averiguar acerca de Philip Sommerset y avanzar en su futuro. Un futuro, que independientemente de la dirección que tomase, estaría ligado a un aristócrata, a un caballero, nunca a un truhan sin apellidos, sin honra y sin fortuna.

Por mucho que aquello desgarrase su corazón.

Capítulo 15

Lo cierto es…, que llega el momento
de la verdad: confidencias entre amigas

Cuando Evelyn abandonó la choza, John notó un vacío difícil de describir en el centro del pecho. Como si acabara de perder algo valioso. Volvió a salir al exterior porque dentro se ahogaba, a llenarse los pulmones con el aire limpio del amanecer, a contemplar cómo el sol se convertía poco a poco en dueño del cielo por encima de las copas de los árboles.

¿Qué tenía aquella muchachita que la hacía tan especial? Aquellos ojos azules suyos, enormes, siempre entre desafiantes y asombrados. Su pequeña boca perfectamente dibujada parecía llamarlo, su sonrisa casi infantil, los hoyuelos que se le marcaban en las mejillas. Sus bucles dorados. Y su olor… El aroma de Evelyn impregnaba cada rincón del cobertizo cuando venía y luego se quedaba flotando en el aire, hechizándolo, trocando en imposible la difícil tarea de olvidarse de ella.

Él era un hombre de vida intensa y sin embargo, cuando se la topó en la taberna, arrinconada entre la muchedumbre ebria y la puerta, esforzándose en mantener la compostura y la barbilla en alto, como si realmente tuviera alguna posibilidad de defenderse, no pudo evitar caer rendido a sus pies. Había que tener muchas agallas para meterse en aquel agujero, y más voluntad e interés aún por lo que fuera que persiguiera. O ser muy inocente Allí solo veías prostitutas, algunas más peligrosas que los propios maleantes, y las taberneras que habían crecido en el ambiente y estaban curadas de espanto.

La ingenuidad de Evelyn solo era comparable a su buen corazón.

Llegaron los mozos de jardinería, a comenzar sus tareas en los frondosos huertos. Y aunque más de uno se extrañaría de verlo allí fuera, parado junto a la linde del bosque, ninguno se atrevió a llamarle la atención. Al contrario, lo miraron con recelo evidente y siguieron a lo suyo. La imagen de John, cuando no sonreía, intimidaba. Y si sonreía, sus ojos oscuros brillaban con tal intensidad que te quedabas temiendo qué vendría a continuación. Ella, no obstante, no parecía tenerle miedo.

Regresó a la choza con un terrible dolor de cabeza. Alimentó el fuego de la chimenea con un par de buenos troncos y al levantarlos en el aire recordó la batalla de Evelyn contra el tocón, su caída y sus

tentadoras piernas al descubierto. Sí, la había visto: las suaves medias, el provocador liguero y aquella franja de piel de nieve insoportablemente cautivadora. Pensando en tocarla, le hormiguearon las yemas de los dedos.

Con un suspiro se dejó caer en el camastro. A partir de ahí, iban a sucederse muchas horas, incluso días, en los que John desarrollaría largas conversaciones consigo mismo, en las que defendía y condenaba a la muchachita con el mismo ímpetu. Tenía a aquella angelical belleza metida bien dentro. Casi echando raíces.

Y eso no era bueno.

El único modo de que los pasos ansiosos de Evelyn no repitieran por sí solos una y otra vez el camino hacia los huertos, era escapar de Herrick House por unas horas. De modo que después del desayuno, Evelyn resolvió visitar a su amiga, Anne Hagstings.

—La verdad, pensé que era una buena idea —le contó, probando un sorbito de té—. Madre hace años que no veía a su hermana y creí que se alegraría, que la reconfortaría su presencia. Sin embargo, parece haber tenido el efecto contrario. La noto tensa y más avinagrada aún que antes.

—Tu madre tiene un carácter difícil —apuntó Anne, con delicadeza. Su tacto sirvió de bastante poco porque su amiga replicó con vehemencia.

—Mi madre ha sufrido mucho en la vida.

—Sí, bueno, no insinuaba lo contrario, es solo que…

—Es difícil entenderlo, lo sé, son viejas rencillas de esas que abundan en cualquier familia. No sé cuánto tardará tía Gertrud en rendirse ante esta misión imposible, abandonar y desaparecer.

—Preferiría que en lugar de cavilar tanto, te distrajeses. ¿Te apetecería ir a tomar el té con Rebeca? La hemos visitado solo una vez desde la boda. Y en esa ocasión te mantuviste tan callada…

Evelyn notó que un nudo se apretaba en su garganta y le impedía hablar.

Rebeca.

Su madre, lady Stone.

Prudence, condesa de Herrick y su permanente estado de melancolía. El desprecio de su padre. La cadena de dolor, eslabón a eslabón, aferrada a su cuello, ahogándola. Hacía tan solo unos meses, se había dejado llevar por el entusiasmo y mientras jugaba a emparejar a Julianna con su primo Henry, se había olvidado de su sufrimiento y también del de su madre, permitiendo que la incipiente admiración que le provocaba Rebeca Percy la sedujera como una buena pareja de baile. Pero si continuaba por ese camino, estaría

traicionando a su madre y faltando a la lealtad que merecía su padre, humillado por la que fue su prometida; debía fidelidad al apellido Herrick.

Desvió incómoda la mirada.

—¿Té con la duquesa? Más adelante. Está embarazada, necesitará descanso. Debemos respetar su reposo y no abrumarla con nuestros cacareos.

Anne abrió la boca desconcertada y enseguida la volvió a cerrar. Su carácter apocado y sumiso, poco dado a rebelarse, era todo un regalo en ocasiones, pensó Evelyn.

—Aun así, algo hay que hacer, te veo demasiado preocupada.

—Hace noches que no duermo bien —reconoció con pesar. Más bien no dormía nada. O se las pasaba suspirando por la compañía de John, o contemplaba el bosque bajo la luz de la luna junto a John—. Ay, Anne, hay algo que debo contarte, algo tan repentino y fascinante…

—Señorita Anne, disculpe la interrupción —una criada se presentó inesperadamente en el saloncito—, tiene usted una visita.

—¿Esperas a alguien? —se extrañó Evelyn, disgustada por la interrupción justo cuando pensaba abrir por completo el corazón.

—La verdad es que no, ¿de quién se trata, Peggy?

—La señorita Waterman y la señorita Pettigrew.

—Malditas pesadas entrometidas —rumió Evelyn, entre dientes.

Anne enarcó las cejas con una pizca de sorpresa.

—Hágalas pasar.

Las dos jovencitas protagonizaron una entrada triunfal en la sala. Vestidas como para un banquete, con costosas joyas, lujosos abrigos bordados y elaborados sombreros de pluma y pedrería. Anne se puso en pie para recibirlas. Podían caerle mejor o peor pero jamás faltaría a sus deberes como anfitriona.

—¡Señorita Waterman! ¡Señorita Pettigrew! Qué deliciosa visita. Llegan ustedes justo a tiempo para acompañarnos con el té.

La cara regordeta de Penélope husmeó por encima del hombro de Anne Hagstings hasta localizar a Evelyn y taladrarla con su mirada.

—Veo que lady Evelyn se nos ha adelantado.

La joven rubia la miró con aburrimiento.

—Sí, querida. Pasaba por aquí y me dije…, ¿por qué no?

—De habernos avisado, habríamos montado una agradable tertulia de las nuestras, de las de siempre, ¿las recuerda, señorita Hagstings? —Tomaron asiento, disponiendo sus muchos metros de tela alrededor de los cojines.

—Lo cierto es que no ha sido algo programado. —Anne sonrió por compromiso—. Y la tertulia la disfrutamos desde ahora. ¿Una tacita de té?

—Desde luego, desde luego. ¿Qué se cuentan de nuevo? ¿Saben ya cuándo regresan su primo y la señorita Julianna de viaje de luna de miel? —quiso saber Penélope.

Evelyn se preguntó por qué su interés giraba siempre en torno a ella, cuando estaban en casa de los Hagstings y lo educado habría sido interesarse por los asuntos de aquella familia.

—A los vizcondes los esperamos en un par de semanas, tres a lo sumo. No debemos exigirles que se apresuren, están disfrutando muchísimo.

—Ya imaginamos —coincidió Penelope. Alicia Pettigrew asintió con tanto brío que las plumas de su sombrero acabaron dentro de su taza de té—. El vizconde Rothgar es tan atractivo y gallardo…

—Por cierto, si andan a la caza de alguna buena novedad, les diré que todos mis primos Spencer piensan mudarse en breve a Herrick House —dejó caer Evelyn, con intención. El efecto fue ni más ni menos que el deseado: las dos señoritas palidecieron. Y las manitas en torno a las asas de las tazas, temblaron.

—¡Oh! ¿En serio? ¿Todos? —corearon a dúo.

—Quedan cinco. Y a cada cual más apuesto. Todas las jovencitas casaderas de Londres y sus alrededores van a desear pescarlos. Vaticino que correrán ríos de sangre en la disputa.

—¡Qué apasionante! —Penélope sacudió sus sedas— ¡No veo el momento de que todos esos guapos caballeros aparezcan!

—La temporada promete, ya lo creo que promete —apuntó Evelyn, mirándolas maliciosa por encima de su taza de porcelana.

—Hablando de otros asuntos, ¿les parece bien que vayamos a tomar el té algún día con la duquesa de Richmond y nos confiemos nuestros secretos? —Penélope volvió a la carga con su tema de siempre.

El ceño de lady Evelyn se frunció como un acordeón. Anne carraspeó nerviosa.

—¿La duquesa? Con sinceridad, prefiero esperar a la vuelta de Julianna —refunfuñó la hija del conde de Herrick. Penélope pestañeó atónita.

—¿No quiere visitarla? ¿Acaso hay problemas entre ustedes? ¿Alguna riña que desconozcamos?

—Quizá lady Evelyn se niega precisamente porque nosotras estamos interesadas en visitarla, conocerla mejor e intimar —insinuó Alicia Pettigrew, con tono engañosamente inofensivo.

Penélope arqueó las cejas.

—En ese caso, lady Evelyn se comporta de un modo muy egoísta, quiere a la duquesa para ella sola. —Lanzó una mirada astuta a Anne —. Tenga cuidado, señorita Hagstings, usted también puede verse relegada al olvido en cualquier momento.

—Lady Evelyn nunca se ha opuesto a ampliar el círculo de amistades —repuso Anne, bastante mortificada por la tensión del ambiente, que no dejaba de crecer.

Pero Evelyn Fowler no pensaba morderse la lengua. Ni por todas las normas de educación de la tierra, ni por todas las cautelas y ruegos de Anne Hagstings. Habría dejado de ser ella. Se quedó mirando fijamente a Penélope, de un modo francamente incómodo.

—Dígame, señorita Waterman, aparte de la señorita Pettigrew, ¿le queda alguna otra amiga a la que manipular?

Un silencio mortal se apoderó de la sala.

—¡Qué grosería más innecesaria! Veo que por alguna causa está usted del todo decidida a que rompamos nuestra amistad de la peor manera. —Depositó el servicio de té sobre la mesita, se puso en pie tambaleándose en medio de un torbellino de tela perfumada—. Marchémonos, señorita Pettigrew. Acabo de recordar que tengo cita con la modista.

La otra joven, bastante aturdida, tratando de parecer también molesta, recogió sus cosas y tras una seca reverencia de ambas, desaparecieron de la sala y previa acelerada carrera, de la mansión. Evelyn soltó al aire una malévola carcajada.

—Has ido demasiado lejos —la reprendió Anne, con las mejillas arreboladas por el disgusto.

—No, querida Anne, te aseguro que, con arpías como esas, una nunca va demasiado lejos. Oye bien lo que te digo: son peligrosas.

—Pues antes las considerabas amigas…

—Antes yo era un poco más estúpida que ahora. —Evelyn cambió de posición para ir a sentarse junto a Anne. Le tomó las manos, emocionada, un intrigante brillo en los ojos—Escucha bien lo que iba a contarte antes de que esas dos gallinas nos interrumpieran, he conocido a alguien.

Penélope Waterman abandonó la mansión crispada como un pavo en navidad. Echando chispas por los ojos, maldiciendo entre dientes todo lo que su esmerada educación le permitía.

—Lady Evelyn Fowler pagará cara esta humillación. Lo juro por el sagrado nombre de mi familia. Pienso vengarme golpeándole donde más le duela.

Capítulo 16

Lo cierto es…, que te abro el corazón,
te cuento mis más íntimos secretos
y tú no me dices nada.

—¿Y bueno? ¿No me dices nada?

Evelyn trató de traducir la expresión del rostro de Anne pero le resultó imposible.

—No irás a regañarme por sentir lo que siento, solo porque estoy prometida.

—No. —Por un segundo pareció que Anne se asfixiaba—. Es que ese hombre… Lo que a ti te fascina a mí me provoca terror. Debe de ser un delincuente, un criminal, un canalla, a juzgar por el lugar donde lo conociste. Si la duquesa y la señorita Donne estuvieran aquí…

Evelyn levantó una mano y la agitó en el aire para que se callara.

—Te equivocas. Debe de tener un corazón honorable a juzgar por cómo me protegió en aquel antro y el hecho de no haberse quedado con un brazalete que le supone una fortuna y que pudo robar con toda facilidad.

—Pero Evelyn… —Anne se puso en pie y recorrió frenética toda la sala— ¿En serio insinúas lo que creo que insinúas? ¡Tienes prohibido hacerte ningún tipo de ilusiones! Ese hombre, como quiera que se llame…

—John. Se llama John.

—El bueno de John tendrá un apellido, espero.

—Es de suponer. Pero se niega a dármelo. Es posible que lo desconozca.

A Evelyn todo aquello parecía divertirla mucho. Pero a Anne estaba a punto de darle un ataque. De pie junto a la puerta, observando incrédula a su amiga desde lejos, puso los ojos en blanco y miró al techo.

—Santo cielo. No puedes estar hablando en serio. No es un caballero, no es digno de ti. Tus padres te encerrarán en un convento en Rumanía antes de permitir que te roce las enaguas…

—Mis padres ya han decidido que me convierta en una solterona, así que si a ellos mi felicidad les trae sin cuidado, no veo por qué yo no habría de pelearla por mi cuenta.

Anne corrió hasta ella y se dejó caer desolada a su lado. Sus ojos eran una súplica desesperada que Evelyn no quería atender.

—Evelyn, por todos los santos…

—Al menos tú…, permite que sea feliz —dijo tan solo.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

No era eso lo que Anne esperaba. No de la fuerte e impetuosa Evelyn. No de la mujer más ácida e irónica que conocía. No de alguien capaz de disfrazar el dolor de por vida, mostrándose despreocupada y jovial cuando por dentro estaba rota.

Pudo haber hecho muchas cosas, pero no supo hacer nada mejor que abrazarla.

Cuando llegó la noche, Evelyn descubrió que llevaba horas anhelando aquel momento. Mientras se desvestía para cambiarse de ropa, su corazón inició una danza enloquecida que la acompañaría mientras recorría los jardines, hasta los huertos. En una mano llevaba la vela con la que se alumbraba y en la otra, algo que había comprado pensando en John, a su vuelta de casa de los Hagstings.

Cuando golpeó suavemente la puerta y entró sin aguardar respuesta, lo encontró incorporado a medias en el camastro, mirando la entrada con mal disimulada impaciencia. Ambos se sonrieron sin poder evitarlo.

—Has tardado esta noche, muchachita, pensé que ya no vendrías.

Evelyn atrancó cuidadosamente el portón a su espalda.

—Mis pad…, patrones estaban bastante caprichosos hoy. No paraban de pedir y pedir. ¿Cómo se encuentra? ¿Ha comido?

—He comido, bebido y descansado. —Sus ojos negros soltaron un destello al mirarla—. Ya solo me faltaba verte para que el día fuera perfecto.

Evelyn trató de disimular el rubor colocándose de espaldas, fingiendo que avivaba el fuego.

—¿Todavía le duele la cabeza?

—Ha venido el médico. Dice que la herida era profunda pero evoluciona muy bien, pronto estará curada del todo.

Evelyn notó un fuerte tirón en el estómago al plantearse qué pasaría cuando John estuviese listo para marchar. No quería pensarlo, no podía.

—Bueno…, para eso aún faltan días. —Forzó una sonrisa— Le he traído algo.

Levantó una mano y lo dejó a la vista. John reparó en los adorables hoyuelos de sus mejillas, que se le aparecían en sueños.

—¿Un…, bastón?

—No es un bastón cualquiera —replicó ofendida—, es un bastón

precioso, mírelo, de auténtico caballero. Con el que podrá caminar más seguro, por si se marea.

—No estoy del todo convencido de saber manejar un bastón —bromeó él, tomándolo entre sus grandes manos, dándole un par de vueltas. La empuñadura era una cabeza de león de plata. Su mente suspicaz anotó el detalle—. Pero sí, es muy bonito.

John se preguntó si realmente estaba ante una ladronzuela profesional, si bajo todos sus encantos y su aparente fragilidad, Eve se dedicaba a robar cualquier objeto de valor que se le cruzara por delante en aquella distinguida casa. Primero el brazalete de oro, ahora un bastón costoso…

—Imagino que no le han dejado salir hoy a pasear —continuó ella, ajena a sus tribulaciones.

—Acierta. En absoluto. Llevo aquí encerrado, volviéndome loco, desde anoche —mintió a medias.

—Vamos pues.

Renunció a pensárselo dos veces. Ella lo atraía lo suficiente como para pasar por alto sus defectos. En realidad, lo atraía demasiado. No conseguía quitarse de la cabeza a aquella jovencita dudosamente honrada que se metía en líos a ciegas, tan impulsiva como apasionada. Mirarla, escuchar el sonido de su voz, le resultaba toda una delicia.

Un lujo demasiado caro que un hombre de su calibre no podía permitirse. Se forzó a recordarlo aunque oliendo el perfume que desprendía su pelo, lo olvidó enseguida.

La noche era gélida y serena. El silencio absoluto y las alturas un telón negro salpicado de puntos brillantes. Los dos, acurrucados, demasiado juntos, bajo la manta. A lo lejos oyeron el ulular de un búho. Las temblorosas palabras de Evelyn rompieron el encanto de un momento perfecto.

—¿Se lo ha pensado…, por fin? Me refiero a lo de emplearse aquí, en Herrick House.

A John le costó ser sincero. No deseaba herirla ni despreciar su evidente preocupación por su bienestar.

—¿La verdad? No ha vuelto a pasárseme por la cabeza. Le confieso que no soy hombre de ataduras, ni de echar raíces.

Un segundo fuera de control hizo que sus ojos se concentraran en los destellos plateados que la luz de la luna arrancaba a sus cabellos claros. La tentación de abrazarla sacudió sus manos. La joven giró para mirarlo de frente y él hizo otro tanto. Sus labios a escasos centímetros. El aliento cálido de John la bañó entera. Evelyn no pudo impedir que aquella sonrisa llena de promesas pecaminosas tirase de ella, llamándola.

—¿Es cierto lo que me dijo el otro día? ¿Que sentía algo especial? ¿Algo por mí?

—No tengo por costumbre mentir.

—Pero no piensa quedarse —dedujo ella, con tristeza.

—Apenas nos conocemos de nada.

—Usted ha dicho que le…, agrado —le recordó tras escoger con cuidado la palabra.

—Para lo complicada que es la vida y los requerimientos que exige un compromiso, diría que eso significa bien poco.

—Es un comienzo —presionó ella con febril inocencia.

Deseable. Deseable y tierna. Las palabras se colaron en su mente sin llamar a la puerta. Todo lo que a aquella dulce chiquilla le quedaba por vivir asomaba con timidez a sus ojos cada vez que los fijaba en él. Dibujó un par de líneas cruzadas con el tacón de su bota en el suelo terroso.

—Eve… Esto no estaba previsto.

—Las cosas más bonitas que nos suceden en la vida no se han previsto. Usted vino a devolverme el brazalete, pero dice también que deseaba volverse a encontrar…, conmigo.

John se encogió de hombros.

—Y no lo niego, ¿cómo podría negarlo?

Capítulo 17

Lo cierto es…, que a la luz de la luna las confesiones y los recuerdos suenan más dulces.

—Estaría bien que usted me amase. —La frase de ella, sencilla y directa, fue todo un ruego—. Por desgracia no me han amado mucho en lo que llevo de vida.

Escudado en la oscuridad, John apretó los puños con impotencia. Ojalá hubiera podido hacer algo para cambiar aquel pasado tan triste.

—Siento oír eso —se limitó a murmurar.

—¿A usted sí lo han amado? ¿Ha conocido esa suerte?

John sonrió con aire ausente, como si su respuesta se hallase en mitad del bosque, entre las ramas que mecía el viento.

—Sí. Me han amado. Me han amado con toda el alma.

—A lo mejor piensa que soy tonta perdida por alegrarme. Pero me alegro. Debe de ser muy bonito disponer de ese tesoro. ¿Ella… Ella sigue pensando en usted?

—Murió. Hace ya algún tiempo.

—Lo siento —susurró Evelyn, tan débilmente que apenas se escuchó.

—No estuve aquí para acompañarla, ni siquiera llegué a tiempo de despedirme. Es algo que no me perdonaré en la vida.

Evelyn notó que el pecho se le encogía en un letal mordisco de celos. Pero la tristeza en las palabras de John era tan palpable que habría sido cruel enfadarse.

—Quizá es hora de que piense en seguir adelante —aventuró cautelosa—. Con alguien que le agrade y le haga sentir cosas buenas. Y si usted se atreviera, si se animara a quedarse quizá…

John se giró una vez más para mirarla. Jamás en toda su vida había permanecido tan cerca de una mujer hermosa sin arrancarle la ropa y poseerla sobre una mesa. Y sin embargo allí estaba, sentado en unas rocas, cobijado con ella bajo una manta, charlando de emociones y sentimientos. De haberlo visto de lejos su gente, habrían creído que se encontraba bajo el efecto de una pócima venenosa.

—¿Te imaginas? —rio bajito— ¿Tú y yo? Tenemos dos vidas radicalmente distintas, muchacha, nunca seríamos felices juntos.

Juntos. Qué hermosa y sugestiva palabra, qué tentadora la idea de unir sus días a los de alguien que la hiciera sentir como John:

protegida, deseada, importante. Sin embargo, por una vez le convenía dejar de lado sus fantasías de niña pequeña y enfrentar la cruda realidad por dolorosa que fuera.

—El otro día estuve pensando… —confesó con debilidad—, que ya no debería visitarlo más, que sería mejor no volver a vernos. Estas veladas en su compañía están resultando de lo más perturbadoras.

John asintió despacio. En silencio. Con pesar.

—Curioso, yo llegué a la misma conclusión.

—Pero… —Sin apartar de él sus ojos, Evelyn entreabrió los labios.

Aquella boca húmeda y tentadora era una llamada a gritos, un ardiente reclamo que John no podía ni quería ignorar. Escuchó el latido de su corazón al galope, la sangre quemándole dentro de las venas. Todo su cuerpo respondiendo al estímulo. Se pasó la lengua por los labios repentinamente secos.

—No es tan fácil. Ojalá lo fuera —sentenció antes de rodear su cintura, inclinar sobre ella la cabeza y morderle la boca con furia.

Alrededor de Evelyn, todo se volvió rojo carmesí. No solo era su primer beso, experimentó una sensación que iba mucho más allá de nada que hubiera podido soñar. El modo en que los brazos de John la envolvieron, la mantuvieron atrapada, pegada a cada esquina de su cuerpo duro, firme. Sus dedos correteando osados por su nuca, enredándose entre los rizos de su pelo. Y aquella caricia exigente y un poco salvaje en sus labios, en su lengua, que se expandió a todas partes, abrasando cada milímetro de piel. Un torbellino de intensas emociones anidó en su pecho y apretó fuerte, tanto como para impedirle respirar.

Pero allí estaba aquel beso arrollador y único, transmitiéndole vida y poder. Evelyn habría muerto gustosamente, arrullada por el susurro de las ramas de los árboles, frente al bosque, bajo el hechizo seductor de su canalla. Un héroe que era, al mismo tiempo, un maleante. Un hombre con caricias ardientes en la yema de los dedos, capaz de hacerla vibrar del modo más feroz. Y que la besaba…

Lento. Muy lento, caliente, mojado.

Cuando la caricia se interrumpió, Evelyn se sintió incapaz de abrir los ojos. Habría gritado al tiempo que dejase de correr, a los segundos que se paralizaran. Y quedarse junto a John el resto de su existencia. Entre sus brazos, pegada a sus labios pecaminosos. Porque al separarse, se volvieron a unir en un abrazo tierno y delicioso que era toda una manifestación de amor. Así permanecieron un rato, incapaces de quebrar una unión que parecía sagrada. Finalmente, él se distanció un poco, la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo. Pero lo hizo con extrema ternura.

—Tienes que marcharte, volver a la casa enseguida. No puedes

quedarte aquí esta noche, no después de lo que acaba de pasar.

—Pero…, solo ha sido…, un beso —musitó ella, casi sin voz.

—¿Solo un beso? —Sus dedos ásperos le rozaron la mejilla—. Mi dulce niña inocente. Todo ha cambiado con ese beso. No podríamos pasar juntos las horas conversando frente al fuego como si nada. Ni mirar el bosque fingiendo que no quiero tenerte. No soportaría esa intimidad contigo, como tampoco me perdonaría no saber contenerme.

—Por favor, no quiero dejarte, no hoy...

Sus manos grandes tomaron las delicadas manitas de la joven, acariciaron sus nudillos, se las llevó a los labios y depositó en ellas una ligera caricia.

—Eve, estoy tratando de comportarme como el caballero que ni siquiera soy. Te lo suplico, necesito tu ayuda, necesito que te marches ahora y trates de dormir.

Sin embargo, Evelyn era mucho más testaruda de lo que John habría podido suponer. No se movió del sitio.

—Lo que ha ocurrido no me importa, John, ha sido maravilloso, solo ansío que vuelva a suceder. Si me quedo…

—¡No! No vamos a tentar a la suerte. Sin ser el tipo de hombre que tú mereces y más aún, sabiéndolo…, qué difícil es resistirse a ti, mi adorada muchachita.

Se inclinó, apartó un poco su cabello y la besó en la frente. No fue el espasmo de deseo que le había regalado hacía unos minutos, pero el tacto de su boca tibia sobre la piel la hizo estremecer de pies a cabeza.

—John…

—Ve a dormir. Yo estaré bien. Podemos vernos mañana.

Evelyn entendió que de nada serviría seguir insistiendo. La magia que por un rato la había envuelto como un regalo había estallado en un millón de pedazos. Cristalitos rotos que nada podría recomponer. La pesadumbre con la que John la despidió le contaba bien claro que su deseo era otro, que él también habría preferido cerrar los ojos arropado entre sus brazos y quedarse amándola hasta el amanecer.

Ambos estaban atrapados en su propio sentimiento. ¿Cómo escapar de una cárcel así?

John la vio marchar conteniendo un suspiro.

Le resultaba vergonzoso confesarse a sí mismo que dos días, tres a lo sumo, le habrían bastado para recuperarse. Podría haber abandonado Herrick House hacía tiempo y sin embargo había fingido mareos, desmayos, hasta fiebres, todo con tal de arañar unas horas más para estar con ella. Terrible. Un hombre como él, endurecido, encadenado al peligro como forma natural de vida, simulando tropiezos y cojeras por una mujer.

Debía abrir los ojos y enfrentar la amarga realidad cuanto antes:

Evelyn no se merecía aquello, él no la haría feliz, ni siquiera podría quedarse a su lado.

Podía desearla con todas sus fuerzas, soñarla y olerla en cuanto cerraba los ojos. Fantasear con su delicada piel y con la risa que bailaba en sus pupilas. Podía pedirle al cielo y a la persona que desde allí guardaba sus mañanas, despertar con ella entre los brazos. Y todo sería inútil. Eran dos mundos distantes y tan opuestos que una unión resultaría inviable. Ella merecía amor, protección y verdad. No la engañaría.

Capítulo 18

Lo cierto es..., que todo,
hasta lo más hermoso, tiene un fin.

Evelyn llegó a la mesa del desayuno cabizbaja y con ojeras. No había conseguido cerrar los ojos, ni descansar un solo minuto. Cada vez que lo intentaba, el recuerdo del beso de John la atrapaba, una oleada de calor insoportable inundaba su cuerpo y la hacía sudar. Sus piernas desnudas se movieron nerviosas entre las sábanas toda la noche.

—Te ves horrible, querida —fue la bienvenida de su madre, casi sin mirarla.

—Solo está un poco despeinada —la defendió Gertrud—, nada que no pueda resolver su doncella si es habilidosa con los cepillos.

—No he dormido bien —admitió Evelyn, esperando a que su taza de té fuese llenada.

—Una señorita bien educada cuida de su aspecto y jamás acude a la mesa con semejante desaliño —continuó Prudence, al parecer, contrariada por la defensa que su hermana hacía de su hija—. Esos son los principios que una madre debe inculcar a una hija. Pero claro, tú qué vas a saber, si no tienes hijos.

Si su intención fue ofender a su hermana mayor, no lo logró, aunque Evelyn y sus hermanas sí quedaron boquiabiertas ante la falta de compasión de su madre. Gertrud, por el contrario, no perdió la calma ni la sonrisa.

—Efectivamente, hermana, no soy madre pero tengo sentido común. Entiendo que tanta rigidez en las normas, incluso en la rutina diaria dentro del hogar, hace la vida menos agradable. Es todo.

—Madre se preocupa mucho porque mi apariencia sea impecable. Me pregunto el motivo, si tanto padre como ella ya han decidido que me convierta en una solterona amargada… —En ese punto de su encendido discurso reivindicativo, Evelyn reparó en que su tía era soltera y se mordió la lengua. Si no estaba del todo despierta, mejor no hablar—. Lo lamento, tía, no quise ofender a nadie con mis comentarios.

—Te prohíbo que vuelvas a sacar el mismo tema de siempre —la reprendió la condesa—, últimamente no sabes conversar acerca de otra cosa.

—Será porque se trata de mi vida, de mi futuro y me preocupa

que el tiempo pase y nada cambie —se irritó la joven.

—¿Cuándo se mudarán los primos Spencer a Herrick House? —interrumpió Sienna, impidiendo que la discusión entre su madre y su hermana fuera a más.

—¿Es que van a mudarse? —Gertrud se sorprendió gratamente.

—Sí. Imagina qué cosa tan horrible. Mi espantosa cuñada Elisabetta y sus seis hijos adueñándose de todo, solo porque el mayor de ellos se convertirá en conde cuando falte mi Armand.

—¿Por qué es espantosa la tía Elisabetta? —protestó Sienna, con énfasis—. A mí me parece una dama distinguida, desenvuelta y muy entretenida.

—Por Dios… —Prudence puso los ojos en blanco.

—Todo lo que sume algo de vida y alegría a esta tenebrosa mansión, tengan por seguro que será mal recibido —silabeó Evelyn, con sarcasmo.

Prudence le dirigió una mirada fría y cortante.

—El estado de salud de tu padre no es óptimo y mis jaquecas son cada vez más frecuentes. ¿Imaginas cómo podré sobrellevarlas con semejante jaleo por los pasillos?

—Cualquiera que te oiga pensaría que estamos dando alojamiento a una manada de búfalos —repuso Evelyn, tremendamente seria. Se puso en pie e inclinó cortés la cabeza en dirección a su tía y su madre —. Si me disculpan, he perdido el apetito.

—¡Evelyn! No se abandona la mesa de ese modo, es una inadmisible falta de educación…

Evelyn dejó que su madre la llamase mientras ella abandonaba el comedor reprimiendo las lágrimas. A veces, solo a veces, detestaba a cada miembro de su familia; no sentirse apoyada en su desgracia. Que el hombre que hacía palpitar su corazón no fuese rico y de buen apellido era el menor de sus problemas. Suponiendo que los Herrick lo aceptasen, cosa inimaginable, de nada le serviría mientras estuviese atada por aquel absurdo compromiso con Philip Sommerset. Debía olvidarse de todo y centrarse en averiguar su paradero: debía encontrar al coronel Darwin cuanto antes.

Pasó un día terrible. Aguantarse las ganas de salir corriendo a abrazar a alguien, hace que las horas se alarguen y parezcan eternas. Cuando se desesperaba, entrecerraba los ojos, rememoraba el arrebatador beso y una sonrisa bobalicona le curvaba los labios y la consolaba. No veía el momento de que anocheciera.

En una de sus muchas vueltas absurdas por la casa, se cruzó con la señora March. Le hizo señas discretas para que la siguiera, la condujo hasta una sala algo apartada y cerró con cuidado la puerta.

—¿Cómo se encuentra hoy nuestro huésped?

Las gruesas cejas del ama de llaves se arquearon con sorpresa.

—¿Se refiere al intruso herido? Se ha marchado esta misma mañana, milady.

Al oír aquello, a Evelyn se le nubló la vista. Pensó que se desplomaría de la impresión, con una noticia tan inesperada como terrorífica. Su peor miedo hecho realidad.

—¿Se ha…, marchado?

—Pensé que lo sabía, que al menos el bribón habría tenido la decencia de despedirse, después de los cuidados que usted le ha prodigado todos estos días. Esa gente…, ya se sabe. Miserables aprovechados. Si no desea nada más, milady, me retiro, debo seguir atendiendo a mis obligaciones.

—Vaya, sí, vaya —concedió la joven, con un hilo entrecortado de voz.

La señora March salió de la estancia y Evelyn se dejó caer sobre una butaca. Mareada. Desconsolada. Incrédula. No podía ser. El ama de llaves debía de estar equivocada.

Ni siquiera pensó en cambiarse de ropa. Salió a los jardines traseros y de allí corrió hasta la zona de los huertos, a la línea del bosque, al cobertizo. Los mozos que trabajaban el campo, sorprendidos al verla, interrumpieron sus tareas para ejecutar torpes reverencias que Evelyn no correspondió. Abrió de golpe la puerta de la cabaña y contempló el interior vacío. Hasta el camastro había sido ya retirado.

Tragó saliva con esfuerzo. Sostuvo a duras penas las lágrimas. Sintió que un frío atroz recorría su espalda como una lluvia helada. Se mordió los labios dispuesta a no llorar, era la hija de un conde y John un maleante sin apellido. Sin embargo, regresó a la casa arrastrando los pies, con un mordisco en el corazón y una historia rota que olvidar.

Se encerró en su dormitorio, se negó a comer y permitió que todos pensaran que era su particular forma de protestar por la situación de su compromiso matrimonial petrificado y el trato con los Sommerset.

Simplemente quería morirse.

En la mañana del segundo día, Anne Hagstings vino a visitarla, alertada por la falta de noticias. Fue un milagro que Evelyn consintiera dejarla pasar, el ama de llaves aprovechó para disponer un servicio de té y algunos bollos de mantequilla bien nutritivos, con la esperanza de que Evelyn comiera.

—¿Qué ha pasado? Tu hermana Sienna me ha enviado una nota diciéndome que estabas indispuesta, encerrada en tu cuarto y que no parabas de llorar. Lamento no haber podido acudir antes.

Evelyn levantó hacia ella unos ojos enrojecidos y llorosos. Entre los dedos, un pañuelo retorcido y empapado.

—Se ha marchado, Anne.

—¿Quién se ha marchado?

—John. Me besó, me juró que era especial y al día siguiente había desaparecido.

—¿Te…? ¡Oh, santo cielo! ¿Dices que ese hombre horrible se tomó la libertad de…?

—No es ningún hombre horrible.

—¡Evelyn! —exclamó Anne, con escándalo. Luego bajó la voz convirtiéndola en un susurro casi secreto—. Lo conociste en un tugurio de las afueras, entró en Herrick House quién sabe con qué intenciones, se aprovechó de tu hospitalidad y además se sobrepasa con una dama, ¿cómo pretendes que lo considere?

—Él ignora que soy una dama. Lo convencí de que trabajaba en la casa, como doncella.

Anne se la quedó mirando espantada. De sobra conocía la impetuosidad de su amiga, su tendencia a lanzarse al precipicio y al riesgo sin sopesar las consecuencias, pero aquello… Aquello superaba con creces cualquier locura que Evelyn Fowler pudiera haber cometido antes. Meneó repetidamente la cabeza, negando, y sirvió té con manos temblorosas.

—Ha hecho lo mejor que podía hacer. Quizá tenga, a pesar de todo, algo de conciencia. Y decencia en ese turbio corazón; quizá se haya arrepentido de su atrevimiento y haya preferido desaparecer antes de que la historia se enredara más y acabaras sufriendo. Toma. Bébete esto, sin rechistar.

—Pero…

—¡Sin rechistar! Creo que voy a desmayarme de un momento a otro.

Por segunda vez en su vida, Evelyn obedeció sin oponer resistencia. Bebieron en absoluto silencio, con los labios apretados y sin mirarse. Mientras Anne trataba de reaccionar y recuperar el resuello, Evelyn luchó por no romper a llorar de nuevo. Pasado un buen rato, la señorita Hagstings se aclaró la garganta con una tosecilla.

—Por cierto, hemos organizado una velada en Almack´s. Para este miércoles.

—¿Habéis?

—Sí, la duquesa de Richmond, el duque y yo. Será una inmejorable oportunidad para que salgas, veas gente y te olvides de ese miserable que te ha embrujado. Y para que retomes tu relación con Rebeca. No entiendo qué te pasa, que estás tan alejada. Otra de tus rarezas, teniendo en cuenta tu aventurilla amorosa y cómo debe de

haberte alterado la razón.

—No quiero ir a bailar. No tengo ánimos.

—Los tendrás. Me preocupa que desde que ese hombre apareció en tu vida, no hayas vuelto siquiera a mencionar a tu prometido.

Evelyn la miró desconcertada. ¿No lo había hecho?

—Y tenemos entendido que esa noche acudirán muchos altos oficiales del ejército —apuntó Anne con una sonrisa de esperanza—. Quizá tu coronel se encuentre entre los asistentes…

—¿Mi coronel? —espetó Evelyn, con desprecio.

—Es una forma de hablar. Ese viejecito encantador puede ser la llave de tu libertad.

—Nadie ha dicho que sea un viejecito encantador, Anne, tú siempre piensas lo mejor de todo el mundo. Seguramente será un carcamal cascarrabias e insoportable al que tendré que suplicar muchas veces para que me cuente algo.

Anne la miró largo rato y a continuación, sonrió muy satisfecha. Evelyn la observó perpleja.

—¿Qué?

—Ya estás insultando al pobre anciano. Sin siquiera conocerlo. Vuelves a ser tú.

Evelyn quedó un segundo suspendida en el aire y a continuación, estalló en carcajadas. Anne la secundó con gusto.

—Gracias, amiga. —Se secó una lágrima, mezcla de risa y de llanto—. Gracias por ser tan maravillosa y por estar siempre ahí.

Capítulo 19

Lo cierto es…, que las veladas en Almack´s
siempre vienen cargadas de sorpresas.

Fue complicado conseguir el beneplácito de su madre para asistir a Almack´s aquel miércoles. Sobre todo, en compañía de la duquesa de Richmond. De no ser por la gravedad de su reciente indisposición, Prudence seguramente no habría cedido. Pero Gertrud y las niñas intercedieron a su favor y el conde gruñó literalmente un «que haga lo que guste, es una autentica salvaje imposible de domesticar». De modo que vestida con sus mejores galas, a la hora convenida, Evelyn se trasladaba junto con Anne en carruaje hasta el centro de Londres.

—¿Estás nerviosa?

—Espero que ese coronel Darwin asista al baile. De otro modo, esto será tiempo perdido —farfulló Evelyn, de mal humor, oteando a través de la ventanilla.

—Bailar y dejarse ver en Almack´s nunca es perder el tiempo —replicó Anne, con los ojitos brillantes.

—Será para ti, que tienes consideración de joven casadera y pueden pretenderte. Yo, en mis circunstancias, debería meterme debajo de una losa.

Anne Hagstings se inclinó hacia delante y posó su delicada mano, enfundada en guante de seda, sobre el antebrazo de su amiga.

—Seamos optimistas. Se espera la asistencia del coronel y de ser así, por fin podrás preguntarle. Como dice la duquesa, después daremos los pasos que tu familia se niega a dar para liberarte.

—Suenas igual que Julianna, tal y como ella expondría la situación. Y a la duquesa. También suenas como Rebeca —añadió con un deje nostálgico.

—El ejemplo de todas vosotras está obrando maravillas en mi carácter. ¡Oh, querida Evelyn! Ya hemos llegado.

—Que el cielo nos ampare —protestó la joven, entre dientes.

Bajaron del lujoso carruaje apostado en la misma puerta del club y atravesaron el umbral para zambullirse en aquel universo cálido y multicolor que era Almack´s. El duque de Richmond y su poderosa estatura las localizó sin dificultad y pronto estuvieron reunidos los cuatro.

—Querido, ¿podrías enterarte de si un tal coronel Darwin está presente hoy en la fiesta? —solicitó con dulzura la duquesa, acercándose coqueta al oído de su esposo.

Lord Richmond se mordió el labio inferior, estremecido bajo la caricia de su aliento.

—Por supuesto que puedo. ¿Quieren mis preciosas damas algo para beber?

—Ocúpate de localizar a ese escurridizo oficial. Nosotras pasaremos por la mesa de las bebidas. Espero que vuelvas pronto con buenas noticias. —Rebeca cerró su petición con un guiño plagado de promesas picantes para la noche.

No cabía duda de que entre aquellos dos, la complicidad y el entendimiento no requerían de palabras, pensó Evelyn, con una sutil punzada de envidia. Trató de aparcar sus calamidades familiares, las enemistades de su madre, y concentrarse en las luces doradas, en los acordes de la música, en las fastuosas joyas de las damas. Y evitar en lo posible, mirar los uniformes rojos, sonriendo todo cuanto podía.

Al cabo de un buen rato y dos bailes por parte de cada una de las señoritas, Anna y Evelyn, Andrew Wellesley, duque de Richmond, regresó con un gesto satisfecho instalado en su atractivo rostro. Antes que nada, besó a su esposa en la frente. Luego se dirigió a la ansiosa joven rubia.

—Tenemos al coronel y puedo presentárselo, lady Evelyn.

A Evelyn se le encogió el estómago y se le aceleró el corazón. Notó que tenía seca la boca, la garganta, y que le sudaban las manos. Miró a sus amigas en busca de aprobación.

—¿Deseas que te acompañemos? —se ofreció Rebeca, con amabilidad.

Evelyn negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Espero que sea un caballero accesible y considerado —apuntó Anne, en un cuchicheo esperanzado—. Evelyn necesita de su ayuda.

—Diría que no es precisamente una persona simpática —aclaró Richmond—, pero no creo que tenga inconveniente alguno en atender a una joven tan encantadora y transmitirle lo que sepa. Si es que sabe.

—Buena suerte —desearon a coro, Anne y Rebeca.

Evelyn inclinó la cabeza, aún demasiado emocionada como para conversar y siguió dócil al duque, a través de las salas. Llegaron a una estancia lateral, algo más pequeña que los amplios salones de baile, plagada de chaquetas rojas que se movían sin parar, bebiendo, riendo y parloteando. Evelyn sintió que el suelo cedía bajo sus pies.

—¿Se encuentra bien, lady Evelyn? —se alertó lord Richmond, notando su repentina palidez.

Ella inclinó la cabeza al tiempo que se permitía apoyarse en su brazo. Andrew le palmeó afable la mano para infundirle ánimos.

—Todo saldrá bien, confíe. Puede que no sea célebre por su buen carácter, pero es un oficial del ejército de Su Majestad, sin duda un caballero honorable. Coronel Darwin…

Se detuvieron frente a una figura imponente, tan alto y ancho de hombros como el propio duque de Richmond, que se encontraba de espaldas, departiendo con un nutrido grupo de oficiales. Todos lo atendían con absoluto respeto. A la llamada del duque, el coronel interrumpió la charla y se giró.

Las manos de Evelyn se aflojaron. El abanico resbaló hasta caer al suelo. Pensó que perdería el sentido allí mismo, que sufriría un ataque y su corazón dejaría de latir.

¿Por qué le pasaban a ella aquellas cosas?

Capítulo 20

Lo cierto es…, que las
sorpresas nunca llegan solas.

—Coronel Darwin —continuó el duque, ajeno al torbellino de emociones que atravesaba la joven dama—, me gustaría presentarle a lady Evelyn Fowler, es la hija del conde de Herrick y una buena amiga de nuestra familia.

Cuatro ojos muy abiertos.

Dos respiraciones entrecortadas.

Un ceño fruncido, dos rostros inexpresivos como mármol congelado.

Dos gargantas repentinamente secas.

El hombre inclinó cortésmente la cabeza en una reverencia elegante pero marcial. Miró el abanico caído como si fuera un insecto asqueroso, se agachó a recogerlo con la resignación de quien acepta algo o muere, y se lo entregó a su dueña. Evelyn tragó saliva sin saber bien cómo actuar. Desde luego, pensó, era tan capaz de poner cara de indiferencia y normalidad, como él.

—Es un placer, lady Evelyn.

Ella quiso responder pero no pudo. Una bola apretada de aire escapó de su pecho, como un proyectil. Fue el duque el que retomó la charla.

—Como le comenté, la dama necesitaría intercambiar algunas palabras con usted, coronel, si es tan amable. Me temo que la cuestión es bastante importante.

—No hay problema alguno, excelencia. Lady Evelyn, si me acompaña, podemos conversar de su asunto en alguna otra zona más privada y menos ruidosa.

Evelyn estaba petrificada. Sorprendida, perpleja, ¿furiosa?

—La dejo en buenas manos, lady Evelyn. —El duque trató de liberar su brazo, pero los dedos de la joven se apretaron en torno a él, como los dientes de un cepo—. Hable con el coronel, estaré en la sala principal, con la duquesa y la señorita Hagstings.

—Yo mismo la escoltaré de vuelta hasta usted, excelencia —prometió el coronel Darwin, con una media sonrisa lobuna.

Andrew separó, dedo a dedo, la mano de la joven, demasiado extrañado como para replicar nada. Le dirigió un par de miradas de honda preocupación antes de ausentarse, encomendándose a los santos para que todo fuera bien.

Lady Evelyn y el coronel quedaron frente a frente. Rígidos. Mudos. Repasándose con ojos fríos y decepcionados.

—¡Usted! —exclamó él, en voz baja, sin perder la compostura.

—¡¿Usted?! —bramó ella, casi al mismo tiempo.

John Darwin le ofreció un brazo que Evelyn tardó en aceptar. El corazón parecía querer salírsele del sitio, golpeando las costillas, enloquecido o furioso. Finalmente, consciente de que muchas miradas estaban centradas en ellos, forzó una sonrisa torcida, aceptó su brazo y caminaron hacia un rincón algo más íntimo. Tomaron asiento en un sofá, estirados, sin despegar los labios. Tras tragarse un puñado de lágrimas que amenazaban con escapar, toda la rabia de Evelyn empezó a abrirse paso.

A codazos.

—Espero que esté satisfecha —masculló él, antes de que ella llegase a abrir la boca—, conque la hija de un conde. Enhorabuena, logró engañarme por completo.

—¿Y usted? ¿Cómo le llama a su jueguecito? Haciéndose pasar por salteador de caminos…

—Nunca dije que lo fuera.

—¡Permitió que yo lo creyera!

—Me temo, mi estimada y siempre respetada lady Evelyn, no ser responsable de los excesos que cometa su fantasía, que deben de ser muchos.

—No sea grosero, su consideración es lo menos que puede ofrecerme. Debería abofetearlo, lo haría si no provocase un escándalo. —Giró despacio los ojos y los clavó en él. Tan endiabladamente guapo, mal peinado, bronceado, perversos sus ojos negros, irresistible dentro de aquel uniforme—. ¿En serio es un coronel del ejército?

—Lamento desencantarla, sé que los forajidos son mucho más seductores.

—Déjese de bromas. ¿Qué hacía entonces borracho en un antro de mala muerte?

John compuso una mueca de asombro que enseguida viró a irritación.

—Suena hasta gracioso que sea la hija de un noble aristócrata quien lo pregunta, teniendo en cuenta que ella se encontraba en el mismo lugar.

Evelyn simuló no haberlo oído.

—¿Saben los oficiales a sus órdenes que tienen a un libertino alcohólico al mando?

—Hipócrita.

—Cretino.

—Embustera.

—Traidor…

—Sigues igual de hermosa. Disfrazada de doncella o vestida de aristócrata. Los ojos te brillan igual.

El inesperado halago dejó a Evelyn momentáneamente fuera de combate. Pero en cuanto recuperó el control, taladró al coronel con una mirada como un latigazo.

—¿Es una disculpa? —acertó a preguntar.

—Desde luego que no. Yo nunca me disculpo.

Otra pausa. Otros casi sesenta segundos durante los cuales, cada uno miró en una dirección escondiendo las manos lejos del otro, para que no volasen al lugar equivocado: a encontrarse.

—¿Por qué no me aclaró quién era cuando fui a…, a su casa a devolver el brazalete?

—¿Pensando como pensaba que era usted un pobre desgraciado, quizá un ladrón? ¿Para qué? ¿Para que saliera huyendo?

—¿Qué interés podría tener en que me quedara?

Evelyn levantó la barbilla muy digna.

— Simple agradecimiento, no invente. Se aprovechó usted de mi ingenuidad.

—Cierto. Y estaría terriblemente avergonzado de no ser porque usted se aprovechó igualmente de la mía.

—No irá a decirme que estamos a pares —se escandalizó ella.

—Prefiero no especular, lady Evelyn. —Suspiró—. Tengo entendido que busca usted a alguien de mi regimiento. ¿De quién se trata? ¿Un hermano? ¿Un primo? ¿Otro pariente, quizá?

—En realidad…, se trata de mi prometido.

John no pudo controlar su extrañeza, el impacto desagradable y violento que le causó su respuesta. Dejó de fingir despreocupación y la miró, entre suplicante y herido.

—¿Tiene usted un prometido?

—Algo…, algo así.

Entonces, la reacción fue un bufido exasperado.

—Explíquese, haga el favor.

—El teniente Sommerset se marchó con el segundo batallón en mayo de hace casi dos años. Desde entonces no hemos vuelto a saber de su paradero. Ignoramos si está vivo o muerto. Su familia, la mía…, entienda que necesito saberlo.

—¿Le han dicho que yo puedo ayudarla?

—Me aseguraron que era el único que podría facilitarme algo de información, ya que el teniente estaba a sus órdenes.

Un gruñido ronco entre dientes fue todo lo que expresó el coronel.

—Puede, ¿verdad?

John detectó impaciencia, ansia extrema en la voz de Evelyn al preguntar. Debía de tener el corazón roto por la ausencia de su futuro

esposo.

La simple idea lo irritó al límite.

—Permítame hacer unas comprobaciones. En cuanto sepa algo estaré encantado de compartirlo con usted.

—Por descontado. El tiempo que necesite. —Desplegó el abanico y lo batió un par de veces. Cuando lo cerró y volvió a mirarlo, su expresión había cambiado—. Entretanto, podría invitarme a bailar.

Inesperada propuesta. El coronel superó su desconcierto con el mayor decoro posible. Era mucho más difícil controlar la cólera, los celos, el monstruo que le corroía las entrañas, porque descubrir que ella no era quien pensaba, podía ser decepcionante, suponer una mentira, sí, pero también los acercaba y de algún modo hacía viable el trato entre ambos. Una relación, incluso. Un matrimonio.

No obstante, lady Evelyn, la mujer que le había robado el corazón, ya estaba prometida.

La tomó entre sus brazos, envolvió su estrecho talle, se embriagó con el perfume delicioso de su cercanía y se regaló la única joya que tendría a su alcance: un baile mirándola a los ojos.

Dos piezas de baile después, Evelyn solicitó ser devuelta junto a sus amigos. Un modo como otro cualquiera de librarse del peligroso embrujo del coronel, que ya le había asegurado otra noche de insomnio. Mucho después de que él se marchara, ella aún no había conseguido articular palabra.

—Así que carcamal, ¿verdad? —siseó Anne, ocultando la cara tras el abanico.

—No imaginaba que tu coronel fuese tan apuesto —coincidió Rebeca, admirada. El duque carraspeó molesto—. Querido, no te ofendas, tú eres el único amor de mi vida, lo sabes bien. Pero casada o no, sigo teniendo ojos.

—¿Te dijo algo acerca del teniente? —indagó Anne, curiosa.

Por alguna razón, la actitud de Evelyn era un poco sospechosa.

—Tiene que investigar un poco antes de decirme nada —respondió la joven con aire ausente. Hubo un cuchicheo general de entendimiento.

—¿Qué te pasa? No te veo feliz —apreció Rebeca, observándola con interés.

—Ni siquiera esperanzada —completó Anne, mirando de soslayo al duque.

Andrew se encogió de hombros, decidiendo que era hora de concederles algo de intimidad femenina.

—Voy a por unas bebidas; querida, señoritas…

En cuanto se quedaron solas, Evelyn dio rienda suelta a su

congoja.

—¡Soy una persona horrible! —gimió.

—Cierto, ya alguna vez lo has puesto de manifiesto —bromeó la duquesa, antes de percatarse de que a su amiga le faltaba poco para romper a llorar.

— No deseo que mi prometido regrese. Me…, siento algo por…, el coronel.

Capítulo 21

Lo cierto es…, que
¡lo acabas de conocer!

—¿Por el coronel? ¿Por el coronel Darwin? —Anne se llevó los dedos enguantados a la boca— ¿Por ese coronel? No puedo creerlo.

—Pero Evelyn —exclamó la duquesa—, ¿has perdido la cabeza? Si lo acabas de conocer.

—No, no es cierto. Ya lo conocía. Él es…, él es… —Se le atoraron las explicaciones en la garganta. Pero para Anne todo estaba muy claro, no necesitaba más detalles.

—Es el hombre de la taberna.

—¿De qué taberna? —se horrorizó la duquesa, alzando la voz un poco más de lo conveniente.

Lady Evelyn alzó hacia ella unos ojos llenos de angustia y preguntas.

—Me salvó la vida.

—¿Que te…? ¿De qué estamos hablando? —se desesperó la duquesa.

Anne agitó una mano en el aire, esforzándose en calmar los ánimos.

— Yo te explicaré, Rebeca. Nuestra querida Evelyn se metió hace poco sin querer en un pequeño lío —tomó aire antes de proseguir— y el coronel tuvo a bien rescatarla. Actuó como todo un héroe anónimo.

—Eso sí, pensábamos que era un criminal —agregó Evelyn, conmocionada.

—O un ladrón. O algo peor.

—¡Cielos! ¡Menuda historia! —suspiró Rebeca, muy impresionada —. Os juro que si fuera una damisela cualquiera ya me habría desmayado.

—Por fortuna, se trata de todo un caballero. Y nuestra Evelyn se siente…, se siente…

Ahora fue Evelyn la que decidió sacar adelante el atasco de Anne Hagstings.

—Me siento atraída por él. Muy. Atraída.

—Comprendo —murmuró lady Richmond, pasados unos instantes.

—Atendiendo a la situación, necesitamos dos cosas —expuso Anne, muy concentrada—: liberar de una vez a Evelyn de su

compromiso con el teniente Sommerset y averiguar si el coronel Darwin está disponible y soltero.

—Especialmente esto último —puntualizó Evelyn, con una sonrisa infantil.

En ese momento, el duque de Richmond hizo su aparición con varias copas de ponche en las manos y mirada prudente. Rebeca sonrió maliciosa.

—Querido mío, acércate: tengo un importante encargo que hacerte.

En menos de una hora, durante la cual Evelyn se convenció de que moriría de un ataque al corazón, lord Richmond estaba de regreso con noticias jugosas. La burla flotando sobre sus labios les permitió adivinar, antes de que hablara, el contenido de su mensaje.

—Después de mucho indagar con la sutilidad que me concede mi título e irreprochable educación… —arrancó pomposo.

—Oh, vamos, Andrew, déjate de bromas. ¿Está o no casado el coronel Darwin?

—Señoras, qué impaciencia… Está soltero.

Evelyn permaneció bloqueada, abstraída en sus pensamientos, perdida en sus más inconfesables deseos, mientras que Anne y Rebeca saltaban en sus asientos y hacían chocar las palmas de las manos.

—¡Qué fabulosa confidencia, querido!

—Reprímanse, damas, porque no todo son campanas al vuelo en esta historia —les advirtió el duque, levantando un dedo estirado—. De buena fuente me han asegurado que a John Darwin jamás se le conoció mujer ni interés por ninguna. No desea casarse. Es un lobo solitario y diría casi hostil a la idea de convivir en familia.

El velo de la desilusión cayó denso sobre las tres. Evelyn se preguntó si debía entonces sentirse halagada por el interés manifestado por el coronel hacia su persona, tanto en la taberna como mientras estuvo en Herrick House, o si todo se trataba de un pasatiempo, una burla, una broma cruel.

Desde luego, estaba más que dispuesta a averiguarlo.

Pero primero, lo primero: comprar su libertad.

—Eso es algo que comprobaremos con el tiempo. Dejemos antes que el coronel cumpla con su promesa y localice el paradero del teniente Sommerset —sentenció con tanta calma que al duque de Richmond se le erizó el vello de la nuca.

El apuesto coronel no sería muy dado al flirteo romántico, Evelyn no estaba dispuesta a discutirlo, pero lo que sí era, desde luego, es riguroso y disciplinado en sus encomiendas. Solo cuatro días después

de su encuentro en Almack´s, la hija del conde de Herrick recibió una nota a su nombre informándola de que su investigación había concluido. Respondió a toda prisa, convocándolo en Hyde Park aquella misma tarde a una hora concreta, donde deberían simular que se encontraban por casualidad. Ella acudiría acompañada de su doncella. O de Anne Hagstings. O de las dos.

Pero su plan iba a fracasar antes de que la criada encargada de llevar la nota abandonase la mansión de Herrick House: ¡Julianna y Henry regresaron de su viaje de luna de miel!

Por sorpresa. Sin avisar. Evitando expectación, ceremonias y grandes recibimientos. Como solía ser costumbre en el primo Henry.

Mereció la pena. El revuelo que se formó en la casa alcanzó hasta al último sirviente. Todos felices y excitados con la vuelta de los futuros condes en un carruaje fastuoso, cargados de presentes. Hasta el más reciente mozo de cuadra, hasta la más humilde asistente de cocina, hasta las muchachas que recogían las cenizas de las chimeneas, recibieron un regalo. Lágrimas, agradecimientos y sonrisas por doquier.

Aquello fue un bálsamo para el corazón herido de Evelyn. Necesitaba vivir el afecto familiar auténtico que desprendían su querida amiga y su primo. Julianna estaba radiante y él, más atractivo que nunca. A los dos les relucían los ojos, se miraban continuamente y se entendían sin necesidad de hablar. Y por alguna razón que ahora Evelyn ya entendía, no podían quitarse las manos de encima.

Después del protocolo con los obsequios y la servidumbre, la familia Herrick se reunió en el gran salón, al calor de las enormes chimeneas. Evelyn vio sonreír a su padre por primera vez en mucho tiempo y aunque la cita fallida con el coronel Darwin no se apartó de su mente ni por un instante, supo que esa tarde, ese día, no habría podido estar en ningún otro lugar.

Su abrazo a la pareja fue el más largo. Seguramente, también el más sincero y necesitado.

—¡Cielo santo! ¡Cuánto, cuánto, cuantísimo te he echado de menos! —susurró al oído de Julianna. La pelirroja apretó más la caricia.

—Yo también…

—No se te ocurra mentirme. —Divertida, Evelyn se distanció un poco para poder contemplarla—. No intentes que crea que durante tu luna de miel con un hombre como el primo Henry, te has entretenido en añorarme.

Las dos rieron. Emocionadas de volver a tenerse. Conscientes del apoyo que simbolizaban la una para la otra.

Y algo más tarde, en mitad de una animada merienda que en nada recordaba a la sombría familia que solían ser, Evelyn cuchicheó

para que solo Julianna pudiera escucharla:

—No imaginas la cantidad de novedades que tengo que contarte. Y necesito que me acompañes cuanto antes a un sitio importante.

Capítulo 22

Lo cierto es…, que necesitamos saber
qué averiguó el coronel.

—¿Estás segura de que esta visita no es un completo desacierto? Una señorita acudiendo a casa de un caballero soltero… —Anne pestañeó nerviosa. Lo que planeaban hacer le parecía tan imprudente como osado. Solo pensarlo le provocaba mareos.

—Una no, tres. Tres damas. Y una ya es una mujer casada —la contradijo Evelyn, claramente impaciente y convencida.

—No considero que sea tan incorrecto… —intervino Julianna. Cortó la frase y se quedó pensando—, aunque claro, tratándose de mí, es lógico que casi nada de lo que los ingleses censuran me parezca desatinado.

—Porque no lo es, querida Julianna —las volvió a animar Evelyn —, no lo es: una visita formal a un oficial del ejército que realiza una investigación a mi favor, ni más ni menos que acerca de mi futuro esposo. La situación no podría ser menos comprometida.

—Rebeca se excusa por no poder acompañarnos en la aventura — prosiguió Julianna—, aunque no creo equivocarme si pienso que no contabas precisamente con ella.

Anne hizo un gesto significativo.

—Veo que olvidáis que es una mujer encinta. No puedo pretender arrastrarla en su estado a todas mis locuras —se defendió Evelyn, escabullendo la mirada—. Lo que Rebeca necesita ahora y hasta que el bebé nazca, es sensatez y tranquilidad. Mirad, ya hemos llegado.

—¿Estás completamente segura de que esta es la dirección? — avisó Julianna.

—Es la que me facilitó el duque, no puede estar equivocada.

—¡Qué casa tan hermosa! —se admiró Anne, asomando la cara por la ventanilla.

—Y sumamente lujosa —convino Evelyn, a regañadientes—. Ignoraba que los coroneles tuvieran sueldos tan elevados.

Las tres bajaron del carruaje y se quedaron un instante más admirando la fachada.

—Apuesto a que tu malhechor la ganó con sus múltiples crímenes —rio Julianna, cubriéndose la boca con la mano enguantada.

—No tiene ninguna gracia, Jul —espetó Evelyn, dirigiéndose a la entrada principal—. El coronel se burló de mí durante toda una

semana.

—Oh, vamos, querida. Y tú de él. Estáis hechos el uno para la otra.

Evelyn se detuvo, giró la cabeza y miró sonriente a Julianna.

—Qué bien suena eso.

—No fantasees. —Como de costumbre, la sensata voz de Anne cortó de cuajo sus esperanzas—. No se te ocurra fantasear. Primero tenemos que librarnos del teniente.

Julianna volvió a soltar otra carcajada.

—¿Librarnos? ¡Por todos los santos, Anne! ¡Suenas como un mercenario!

—¡Ah! Es posible que dentro de este cuerpo timorato viva una aventurera arriesgada y valiente —presumió Anne, alzando el mentón —. Ya lo dijo el cartomante en su vaticinio: me esperan acontecimientos emocionantes y hasta una corona.

—Por todos los santos, creo que estoy nerviosa. Muy nerviosa —murmuró Evelyn, estremecida—. Solo espero que el coronel sea benevolente con mi detestable comportamiento del otro día: lo cité en Hyde Park pero no acudí a la cita.

—¿Por qué harías algo tan feo? —le recriminaron Anne y Julianna a coro.

Evelyn dirigió una sonrisa afectuosa a esta última.

—Llegasteis. Tú y Henry. Y un día corriente se convirtió en todo un acontecimiento familiar que no podía perderme.

—Tú y tu arraigado sentido de la lealtad… —Julianna suspiró emocionada.

Para evitar que una lagrimita indiscreta escapase, Evelyn se apresuró a tirar de la campanilla. Tras la puerta aguardaba un estirado mayordomo que las saludó como un auténtico mandamás del ejército a sus soldados.

—Querríamos entrevistarnos con el coronel Darwin, si no es demasiada molestia —estaba explicando Evelyn, cuando Anne dejó de repasar al hombre de cabeza a pies y prestó atención.

—Nos trae un asunto de suma importancia. Algo que él personalmente está investigando para lady Evelyn —añadió Julianna, entregando sus tarjetas.

—Si son tan amables de pasar a la biblioteca.

El interior de la mansión era tan suntuoso como el exterior. La casa gritaba, eso sí, la total ausencia de manos femeninas. Colores sobrios y correctos, falta de flores, simetría por doquier… En un par de minutos, Evelyn ya había modificado en su mente la decoración completa de la sala donde aguardaban. Cuando más entusiasmada estaba pensando en el estampado de las nuevas cortinas, un hombre mayor, con gafas y un respetable mostacho, apareció en la puerta

seguido de una doncella con servicio de té.

—Lady Evelyn, vizcondesa, señorita Hagstings, es un placer conocerlas. Soy Sigfrido Well, el secretario del coronel. ¿En qué puedo ayudarlas?

Los ojos de Evelyn fueron incapaces de ocultar su desencanto.

—Tenía una cita con el coronel —mintió con descaro y su más creíble cara de inocencia—. Está haciendo averiguaciones a mi favor en un asunto familiar de suma importancia, me pidió una entrevista para ponerme al tanto.

La expresión del hombrecillo fue de extrañeza.

—La verdad, no sabría decirle, el coronel se encuentra de viaje.

—¿De viaje? —repitió Evelyn, como un eco ansioso.

—En efecto. Un asunto oficial lo mantendrá apartado de Londres al menos durante una semana —aclaró, con prudencia—. Le informaré de su visita y pido mil perdones en su nombre, no me explico qué ha podido pasar. Estoy convencido de que el coronel concertará otra cita para cuando…

Evelyn se inclinó hacia delante, tiritando de impaciencia y con los ojos húmedos.

—¡No puedo esperar!

Las tres personas presentes en la sala quedaron impresionadas con su vehemente reacción.

—Por favor, señor Well, se lo suplico. Es un asunto de extrema urgencia, de vida o muerte…

—Se trata del paradero del teniente Sommerset —la auxilió Julianna, con calma—, al parecer lo dieron por desaparecido pero su rastro oficial se ha borrado del mapa.

—El coronel es el único que puede averiguar si aún vive, ¿lo comprende? —gimió Evelyn, a punto de echarse a llorar. Y esta vez no era fingido.

El secretario del oficial sacó un pañuelo impecable del bolsillo y se secó las gotitas de sudor de la frente. Visiblemente perturbado.

—Yo…, no sé cómo podría ayudarlas…

—¿Sabe, por casualidad, si el coronel abrió un expediente formal de búsqueda? —planteó Julianna, ganándose miradas de admiración por parte de Anne Hagstings.

—Con unas simples notas nos bastaría, señor —suplicó Evelyn, uniendo sus manitas en actitud de rezo—, cualquier dato que el coronel haya podido recabar sería valioso. Por lo que más quiera, se lo ruego, necesito saber… Le juro que esta incertidumbre conseguirá que enferme de gravedad.

—Lady Evelyn no puede esperar a la vuelta del coronel, espero que lo comprenda.

—Vizcondesa, milady… Tengo las manos atadas. En ausencia

del…

—Está sometida a mucha presión, necesita saber algo. Poca cosa, algún dato que haga más llevadera la espera —insistió Anne, con su dulce voz casi infantil.

—¡Déjenos ver el expediente! —reclamó Evelyn, a la desesperada.

Anne tuvo la impresión de que el bigote del señor Well se erizaba desde las puntas.

—¿Cómo dice?

—Déjenos conocer los resultados de esa investigación, señor. A fin de cuentas, el coronel ya había citado a lady Evelyn para informarla sobre la misma cuestión —lo alentó Julianna, fingiendo serenidad.

El señor Well miró agobiado en todas direcciones.

—Por favor… —rogó Evelyn en un gemido.

—Se lo imploramos, señor Well —corearon Julianna y Anne con énfasis—, tenga misericordia de una chica prometida, con la salud pendiente de un hilo, considérelo su buena obra del mes.

—Del año —puntualizó Evelyn, enjugando una lagrimita completamente falsa.

—Francamente, mis respetadas damas, no sé yo si resulta procedente…

—Me ayudaría muchísimo, señor Well. Muchísimo. No imagina cuánto —insistió Evelyn, decidida a no abandonar aquella mansión sin la información que precisaba.

—Va a enfermar de los nervios —remató Anne con un gemido lastimero.

El anciano agitó conmovido la cabeza. Acto seguido se puso en pie.

—Tengan la bondad de aguardar un instante. Voy a buscar ese informe.

Y mientras el señor Well salía por la puerta con su leve cojera y sus reparos, las tres damitas intercambiaron una pícara mirada de triunfo.

Capítulo 23

Lo cierto es…, que el quid de la cuestión
se encuentra en las Tierras Altas

Los cuatro se acodaron en la extensa mesa de caoba de la biblioteca, a fin de revisar los documentos reunidos por el coronel con ayuda de sus asistentes. No eran abundantes, sobre todo informes de rastreo en hospitales de campaña y otros destinos. Finalmente, una serie de datos sueltos sí llamaron la atención de Evelyn.

—El teniente se licenció con honores…, ¿hace nueve meses y medio?

—Según consta, eso parece —confirmó el secretario, volviendo a subirse las gafitas.

—Y solicitó traslado a Edimburgo, al destacamento de las Tierras Altas —continuó leyendo Evelyn.

—¿El teniente Sommerset se encuentra en Escocia? —Julianna se mostró incrédula.

—Todo apunta a que sí. Incluso disponemos de una dirección, creo recordar…

Tratando de pasar por desinteresada, Evelyn anotó en su memoria las referencias de la dirección, convencida de que sus amigas harían lo mismo. Luego dobló cuidadosamente los documentos y se los devolvió al señor Well con la más cándida de sus sonrisas.

—Voy a pedirle un último favor, señor. Por nada del mundo querría privar al coronel de la satisfacción de informarme acerca de todo esto de propia mano. Es posible que su inesperado viaje haya truncado nuestra reunión, pero me inclino a pensar que organizará otra en cuanto regrese. No le diga que hemos estado aquí. Y sobre todo, no le diga que ya conozco los pormenores. Quiero escucharlo, considerarlo y que sienta que sus esfuerzos son valiosos cuando se lo agradezca.

—Como guste, lady Evelyn.

—El coronel no merece menos. Y usted es una gran persona, señor Well, no se figura cuán gratificante ha sido su ayuda. Nos marchamos ya.

Dentro del carruaje, de vuelta a Herrick House, los ánimos nada tenían que ver con el entusiasmo previo a revisar el expediente. Aquello era una auténtica hoguera.

—No puedo creerlo… No solo está vivo, ¡el muy miserable se ha instalado en Escocia! ¡Sin enviarme una carta, sin comunicárselo a nadie, ni a sus padres! —rugió Evelyn, a punto de tirarse del rubio cabello.

Julianna sacudió la cabeza en una negativa.

—No estoy completamente segura de que la familia ignore su paradero. Llamadme desconfiada, pero me cuesta creerlo. Más bien pueden estar cubriendo su mentira.

—Entonces los Sommerset están demostrando ser unos abominables embusteros —escupió furiosa lady Evelyn—. Esto es ofensivo, denigrante, imperdonable.

—Contente —aconsejó Julianna, con cordura—, no te lances a especular, Evelyn, por el momento desconocemos los detalles.

—¿Qué piensas hacer a continuación? —quiso saber Anne, con voz débil y estremecida.

—Esperar a que el coronel vuelva de ese viaje tan inoportuno, desde luego. Y hablar con él. Puede que conozca más datos que no se encuentran en los documentos, algo que como dice Julianna, lo explique todo.

La conmoción de lo inesperado las mantuvo en silencio el resto del viaje. Evelyn no recordaba haber estado tan furiosa nunca en toda su vida. ¿Qué había detrás de todo aquel embrollo?

La espera hasta que el coronel Darwin estuvo de regreso fue espinosa y terrible. Evelyn vio pasar los días en permanente estado de nervios, desquiciada y de mal humor. La ofensa del teniente Sommerset no presentándose nada más licenciarse tenía que deberse a algo. Algo grave. ¿Lo habrían herido y desfigurado? ¿Se habría convertido en un lisiado tullido? A ciencia cierta se trataba de una desgracia semejante. Por fin recibió la deseada nota en la que el coronel la citaba en Hyde Park, el mismo día de la semana y a la misma hora en que ella lo había dejado esperando. Quizá fuera un sutil reproche.

Quizá.

Pero el justificado enojo de John no iba a detenerla. Se vistió con su mejor traje de día y le pidió a su doncella que la acompañase. El corazón galopaba rabioso mientras se dirigían al lugar de encuentro. Vista desde lejos, la apuesta e imponente silueta del coronel vestido de uniforme, causó un revuelo de mariposas en su vientre.

—Lady Evelyn. —La recibió con una cortés reverencia.

Ella alargó su mano enguantada en seda para que él la besara, mirándole, entretanto, con toda la intención.

—Antes que nada, permítame disculparme por no haber acudido aquel día a nuestra cita. Mi primo el vizconde y su esposa se presentaron por sorpresa, de vuelta de su luna de miel. Me fue imposible zafarme de tan importante acontecimiento.

Las personas rara vez miran directamente a los ojos de otra por un período prolongado de tiempo. Hay algo intenso e íntimo en ello, más provocador incluso, que tocar. Pues así la observó John. Devorándola. La potencia de aquellos ojos negros hacía que se sintiera completamente desnuda, a su merced. Cierto que desde que ambos habían revelado sus auténticas identidades, el trato había perdido frescura, naturalidad y ese punto de salvaje locura que los dominaba cuando se pensaban malhechor y criada. Pero la atracción entre ellos seguía siendo tan demoledora como al principio.

—No tiene importancia. Solo pensé que tendría más interés en saber de su prometido, del que demostró tener.

Por supuesto. El hiriente sarcasmo. El reproche velado. No podía ser de otro modo. Evelyn dio el primer paso por el sendero del parque. La doncella les siguió a varios metros de distancia.

—Y lo tengo, lo tengo, no le quepa duda.

—Supongo que lo echa de menos.

—No lo tome a mal, es más una cuestión práctica que romántica: debo saber si continúo prometida para decidir qué hacer a continuación, se trata de mi vida y mi futuro, no es algo tan imposible de entender. Dígame, por favor, qué ha averiguado.

Evelyn se preparó para la mención de Edimburgo. Meditó qué reacción fingiría ante John. ¿Ofendida? ¿Desencantada? ¿Humillada? ¿Rabiosa? ¿…Aliviada?

Sin embargo…

—El teniente Philip Sommerset consta como desaparecido y las desapariciones son complicadas de rastrear. Tenemos referencia de varios naufragios, barcos con tropas que nunca llegaron a puerto. Quizá falleció, permítame que lo exponga de este modo tan crudo, quizá no, y vive en algún punto lejano, puede que América, y le sea imposible regresar…

Evelyn puso todo su empeño en no desvelar su asombro por la alteración de los hechos y seguirle la corriente al coronel.

—Quizá ha perdido la memoria y vive feliz en una casita soleada en alguna parte, sin acordarse de Inglaterra, ni de quién es, ni de que yo existo…

Conforme lo expresaba en voz alta, Evelyn entendió las muchas probabilidades de que su teoría fuese cierta. ¡Sí! ¡Podría ser! Philip sin memoria, convertido en otra persona a resultas de una herida, una

conmoción, un trauma de guerra. ¿Qué tal si verdaderamente había olvidado su identidad y su pasado? Eso explicaría que tampoco hubiera contactado con sus padres. Esa debía de ser la explicación a su inconcebible proceder.

Cuando escapó del sopor de sus pensamientos, el coronel Darwin la observaba con una intensidad devastadora. Se sintió pequeña e indefensa ante el ataque de un poderoso depredador por cuya proximidad, sin embargo, suspiraba.

—Dudo que nadie pueda olvidar que existe después de haberla conocido —susurró ronco—. Yo no puedo.

Una frase que fue como la caricia de un chal de seda.

—Es usted muy…, galante, coronel.

Él se inclinó un poco más sobre ella. La respiración de Evelyn se agitó entrecortada y su cerebro se olvidó al instante de la presencia de la doncella y de la gente paseando por el parque. Entrecerró los ojos, se perdió en su aroma y se vio transportada a la noche mágica en que la besó con pasión frente al bosque.

—Rozar de nuevo esos labios se está convirtiendo en una auténtica obsesión. Estoy a punto de volverme completamente loco.

Evelyn retrocedió un paso con los ojos muy abiertos y un tirón inhumano en el centro del deseo. Habría dado su título y su fortuna por encontrarse a solas con John, por poder demostrarle cuánto lo detestaba por haberla engañado, por haberse burlado, por haberse propasado…, con un beso que durase una eternidad.

Lo necesitaba para respirar.

—Creo que es suficiente por hoy, me temo que debo regresar a casa cuanto antes —musitó con atropello.

El coronel se irguió para responder con una reverencia seca y formal. Repentinamente serio y ceñudo en su papel de hosco militar, arrepentido de haberse dejado llevar.

—Encantado de verla, lady Evelyn. Si lo necesita, puedo expedir un certificado oficial que declare la desaparición de su teniente para que las familias puedan actuar en consecuencia. Espero de todo corazón que este placer de compartir algo de tiempo con usted, se repita en breve.

—Consideraré lo del certificado, debo consultarlo con mi padre. En cualquier caso, no olvide contactar conmigo si llegase a averiguar algo más.

Dio media vuelta y se aferró a su doncella para desaparecer lo antes posible. Sus malditos ojos desobedientes se negaban a despegarse de John y el nudo de su garganta se apretó conforme se alejaba.

Por segunda vez John Darwin le había mentido.

Capítulo 24

Lo cierto es…, que a un puñado de
damas valientes no hay quien las detenga.

—No podemos decir que viajáis a Edimburgo para que Jul conozca las Tierras Altas —consideró Henry Spencer, con la mandíbula apretada—. Tía Prudence ya sabe que viajó con sus tíos hace meses. Se lo contó la señora Wimsey con todo lujo de detalles.

—Podríamos argumentar que te encantó pero necesitabas repetir el viaje con jóvenes de tu edad —propuso la rubia Evelyn, sin perder el entusiasmo.

—Tienes que ayudarnos, Henry. Esto es importante —rogó Julianna, mientras doblaba una delicada camisola.

Los dos se encontraban en el dormitorio de Evelyn, planeando el modo de escapar de la estricta vigilancia y control de los condes para poder visitar Edimburgo y hacer las tan precisas averiguaciones alrededor de Philip.

—El coronel te ofreció un certificado que da al teniente por oficialmente desaparecido. Quizá un documento así sería suficiente como para dar por cancelado el compromiso y buscarte otro esposo.

—No es definitivo, Henry, y por eso mismo entraña peligro. Imagina que Philip tuviera la ocurrencia de regresar cualquier día, dentro de varios años, cuando yo ya esté casada y con hijos. Sería una situación muy embarazosa, una complicación para las familias.

—Además está el asunto de tu honor. El teniente Sommerset tiene que dar la cara y ofrecer una explicación —añadió Julianna, un poco enfadada.

—Eso suponiendo que sea capaz de reconocerme. Estoy convencida de que ha perdido la memoria, no veo otra explicación posible…

Entre las dos jóvenes preparaban un pequeño baúl para Evelyn, anticipándose al hecho de que les permitieran viajar. Alguien llamó con suavidad y los nudillos a la puerta. Los tres contuvieron el aliento y Evelyn envió el baúl tras la cama, de un puntapié.

—Es mi tía —identificó con un suspiro de alivio—. ¡Pasa, tía Gertrud!

La mujer apareció en la estancia con una amable sonrisa. Evelyn acudió a recibirla y le tomó las manos con ansioso afecto.

—¿Me habías llamado, sobrina?

—Sí, tía, necesitamos su ayuda. Es muy importante. Debemos viajar a Edimburgo cuanto antes.

Gertrud pestañeó confusa, buscando respuesta en los rostros tensos de su sobrina, el vizconde y su esposa. Pero solo encontró más interrogantes.

—¿A…, Edimburgo?

Evelyn se mordió el labio inferior.

—Relativamente cerca. A Newcastle.

—¡Evelyn! ¿En pleno invierno? ¿Con un frío polar y los caminos embarrados? ¿Con quién? ¿Para qué?

—Es una larga historia y madre no puede enterarse.

—Evelyn…

—Tienes que ser nuestra cómplice, tía, convencer a madre para que no ponga impedimentos. Podemos decir que estoy melancólica, que mi salud necesita de un cambio de aires, o todo lo contrario, que las cuatro amigas necesitamos algo de tiempo para compartir juntas…

—¿La duquesa de Richmond también viaja? —se detuvo un segundo Gertrud, inquieta.

—Sí, ha accedido a acompañarnos.

—¿No pueden pasar unos días en algún balneario elegante…? —propuso Gertrud, con impotencia.

—¡Tiene que ser a Newcastle! —se desesperó Evelyn, levantando la voz.

—El tiempo es terrible, hay nieve por todas partes…, el conde pondrá el grito en el cielo.

—A padre solo hay que decirle que el viaje es idea de la duquesa de Richmond —contraatacó Evelyn, con un puchero.

—Te digo que no, sobrina. Mi hermana, tu madre…

Julianna dio un paso adelante dispuesta a acabar con aquella discusión interminable.

—¿Nos promete que guardará el secreto si le contamos la verdad de este viaje?

Tres días más tarde, las cuatro amigas partían rumbo a las Tierras Altas. Dos carruajes enormes, uno perteneciente a la casa Richmond, donde viajaban las cuatro damas y el otro perteneciente a la casa Herrick, cargado con los equipajes y las doncellas. Todos los argumentos que el contrariado duque de Richmond había esgrimido en contra del viaje y a favor del reposo de su mujer embarazada, cayeron en saco roto. Rebeca estaba dispuesta a apoyar a Evelyn en aquella empresa, contra viento y marea. De modo que tanto él como el vizconde, se esforzaron en organizar los mejores alojamientos posibles

para todo el grupo y desearles suerte.

—Con nuestras esposas no se puede —bufó lord Richmond, el ceño fruncido, el músculo de la mandíbula palpitando de frustración—. ¿Cómo es posible ser tan testaruda? Viajar a Escocia en pleno invierno…, embarazada.

El vizconde miró con ojos brillantes la trasera del último carruaje que se perdía en la distancia. Una sonrisa de admiración colgando torcida en su comisura.

—Por eso nos enamoramos de ellas, duque, por eso mismo.

Lord Richmond clavó en su amigo una mirada de hondo reproche.

—Supongo que te es relativamente sencillo disculparlas dado que la salud de Julianna no corre ningún riesgo.

Henry Spencer suspiró antes de pasarle el brazo por encima de los hombros. Estiró un dedo y se lo colocó a Richmond justo delante de la nariz.

—No es únicamente eso, excelencia: atento a mi plan…

El viaje no fue precisamente placentero. Así y todo, contra lo que se temían, Rebeca no acusó más cansancio del que habría soportado en condiciones normales. El estímulo de su objetivo, imaginar el instante en que se hiciera justicia, cuando el teniente Sommerset se enfrentara a su prometida abandonada y le rindiera cuentas, les otorgaba alas. Y cuando finalmente llegaron al alojamiento, les pareció el mejor de los palacios. Cenaron abundante y sabrosa comida casera junto a una cálida chimenea, conversaron y rieron, unieron sus manos de amigas, recibieron por triplicado el agradecimiento de Evelyn y finalmente, se marcharon a dormir.

Había que madrugar. Todo lo que ocurriría en la siguiente jornada era de vital importancia.

Tras desayunar, dejaron a las doncellas esperando en la posada y se trasladaron en un solo carruaje hasta la dirección que las tres habían memorizado en la biblioteca del coronel. Una pintoresca finca situada en mitad del campo.

—Apenas has comido nada —apuntó Rebeca, repasando el rostro de Evelyn, pálido como el alabastro.

—No puedo. Tengo un nudo en la garganta que no me deja tragar. Y otro a la altura del estómago que no me permitiría doblarme, de ser necesario vomitar.

—Espero que la dirección sea correcta —dejó caer Anne, con su acostumbrado hilo de voz.

La reacción de todas fue brusca e inmediata. Se quedaron mirándose unas a otras con miedo en las pupilas. Hasta entonces el plan había avanzado con la inercia del entusiasmo y no se habían

planteado que pudiera ser una equivocación, que el teniente Sommerset pudiera no encontrarse en aquel pueblito, que los datos de la investigación del coronel pudieran contener un error.

Julianna fue la primera en reponerse. Se inclinó hacia Evelyn y le tomó la mano, sacudiéndola, obligándola a centrarse.

—Estará ahí. Lo encontraremos y hablarás con él. Te dará una explicación o descubrirás de algún otro modo qué pasó.

—Hemos venido hasta aquí —añadió Rebeca, acariciando su tripa —, todas nosotras y mi bebé. Sommerset tiene que estar y dar la cara, lo contrario sería un ultraje.

—Y si no está, seguiremos buscando —resolvió Anne, cambiando su tono fúnebre por otro más festivo.

—O aceptaré el certificado de desaparición expedido por John Darwin. Lo que sea con tal de ser libre de una vez por todas.

Capítulo 25

Lo cierto es…, que a pesar de todo y aunque suene a locura,
lo comprendo. Y lo perdono.

El carruaje se detuvo frente a un caserón típicamente escocés. De piedra húmeda y oscura, varias plantas y pequeñas ventanas apretadas. Un hombre robusto, de pelo claro, cortaba leña en el exterior, desafiando las inclemencias del tiempo. Ni siquiera alzó la cabeza cuando los caballos relincharon. Evelyn se dio cuenta de que temblaba violentamente.

—¿Quieres que te acompañemos? —ofreció Rebeca, sin apartar los ojos del caballero.

Evelyn negó con la cabeza, demasiado angustiada para hablar. El cochero abrió la portezuela del carruaje y la ayudó a bajar. Todavía se mantuvo un par de minutos allí de pie, lívida, convertida en piedra, rezando en silencio para que todo acabara pronto.

Inició la marcha hacia el hombre. Con pasos inseguros, tiritando de nervios y de frío bajo su gruesa capa de piel. El hacha se detuvo en el aire y él giró unos iris intensamente azules hacia ella. Y expresó sorpresa. Mucho más que sorpresa. Un asombro capaz de arrebatar la vida. Su boca se abrió formando un círculo perfecto, del que sin embargo, no brotó ni un sonido.

—¡Querido! Entra a almorzar, puedes seguir con eso más tarde…

Acento extranjero. Una mujer de pelo oscuro, abundante y rizado, de grandes ojos color chocolate, vestida con modestia, se acercaba también por el camino contrario, procedente de la casa. Sobre la cadera cargaba un niño pequeño y rubio. Y su mirada voló de Philip a Evelyn, queriendo entender.

—Evelyn… —logró articular él, con mucho esfuerzo.

—¿Esperábamos visita? —gruñó la mujer, desde lejos, repasando con disgusto las lujosas vestimentas de la joven dama.

—Vuelve a la casa —ordenó él, tragando saliva, sin apartar los

ojos de la joven recién llegada. Depositó el hacha en el suelo, junto al tocón, sin mirar lo que hacía.

—Pero…

—¡Que vuelvas a la casa, te digo! —rugió con un vozarrón potente que se abrió paso a través del viento.

La mujer lo miró con furia antes de girar airada sobre sus talones y volver sendero arriba. Las piernas de Evelyn apenas lograban mantenerla. Mantuvo la mirada desesperada de Philip hasta que le fue posible articular algún sonido.

—¿Es…? ¿Es su esposa? —preguntó sin dar crédito.

Philip asintió sin palabras. Solo con un gesto que era también una rendición.

—He removido cielo y tierra hasta encontrarlo. Vengo a liberarlo de su compromiso de matrimonio —siseó ella con voz pastosa—. Aunque bien poca significancia debió otorgarle, puesto que se ha casado usted con otra.

Philip hundió la cabeza en el esternón.

—¿Por qué, teniente? Dígame por qué. Es lo menos que merezco.

La voz de Evelyn, a pesar de sus nervios, resonaba en ecos, dura y resentida. El teniente peinó su abundante cabello rubio con dedos crispados y meneó de nuevo la cabeza, muy avergonzado.

—Ocurrió durante la guerra. Ella me curó cuando estuve herido. Cerca de la muerte. Fue buena y entregada y… Supongo que algo surgió entre nosotros.

Evelyn soportó imperturbable la pausa que se abrió a continuación. Sin replicar. Sin interrumpir. Solo esperando. Demandando más.

En ese momento, se abrió el cielo plomizo y rompió a llover con furia. Ninguno de los dos trató de buscar refugio.

—Quedó encinta. No podía simplemente desentenderme, abandonarla y no cumplir.

Se encogió de hombros bajo la severa mirada de su prometida.

—Me parece honorable, teniente. Y hasta correcto —lo sorprendió Evelyn, sus rizos dorados empapados—. Pero ¿y yo? ¿Y su verdadera prometida? ¿Tanto costaba dar la cara, explicarse y romper el compromiso?

—Nadie lo habría entendido —aseguró él, con un esbozo de sonrisa amarga.

— Las guerras son terribles, cambian las cosas y a las personas. Todo puede pasar y todo debería aceptarse.

—No quería herirla.

—¿Que no quería…? Le esperé dos años. Y le habría esperado toda la vida, ¿es que eso no importa? Mi juventud desperdiciada, mi futuro truncado, mis esperanzas rotas. Viendo cómo otras mujeres a

mi alrededor creaban hermosas familias, mirando a través de la ventana la explanada desierta frente a Herrick House, esperando verlo aparecer en cualquier momento.

—Dicho así, suena terriblemente cruel.

—¡Fue terriblemente cruel! ¡E indigno y cobarde! Vino aquí a ocultarse, seguramente con el beneplácito de su familia que ha resultado ser tan culpable del engaño como usted mismo.

—Evelyn, lo siento.

Ella apretó las manos a los costados hasta formar dos puños. Gruesos regueros de agua helada resbalaron por su traje hasta el suelo.

—¡No basta con sentirlo! ¿Qué hago yo con sus miserables disculpas? ¡No las quiero! ¡Quiero mis años perdidos, quiero mi inocencia burlada, quiero que me devuelva la confianza en el amor que tardaré en recuperar! Quiero…

—Evelyn, querida…, déjalo estar.

Tenía a la dulce Julianna de pie, a su espalda. Sosteniéndola con las manos apoyadas en sus hombros. Transmitiéndole fortaleza y apoyo. Entre lágrimas distinguió también a la duquesa y a Anne Hagstings. Las tres se habían bajado del carruaje, bajo la cortina de lluvia, para acudir en su ayuda.

—Volvamos a casa —susurró Anne, tomándola del brazo.

—No es necesario que se siga escondiendo, teniente Sommerset —sugirió Rebeca, con tono firme—, ni renunciando a sus privilegios como hijo de casa noble. En lo que a lady Evelyn Fowler respecta, es usted un hombre libre no comprometido, así que puede regresar a Londres con su familia si lo desea y dejar de vivir como un fugitivo. Marchémonos, querida. Vas a pillar una pulmonía.

Durante el trayecto de vuelta al alojamiento, nadie despegó los labios. Solo se escuchaban los débiles sollozos de Evelyn. Su particular despedida de Philip Sommerset, de la confiada jovencita que un día fue, de la ilusión de su compromiso con el guapo oficial del ejército. Y sus amigas respetaron su duelo con silencio. Un mutismo lleno de afecto, de amor, de solidaridad y sostén.

La lluvia arreció y era un denso telón cuando el coche se detuvo a la puerta de la posada. Varios sirvientes salieron a resguardarlas con paraguas y en un puñado de pasos apresurados, ya estaban dentro. El gran salón estaba bien iluminado, con muchas velas, y en la chimenea bailoteaban llamas altas, robustas, del color del cabello de Julianna. Olía a asado con especias y a tarta de frutas. Los rugientes estómagos de las cuatro les recordaron que hacía muchas horas que no comían. Una muchacha con delantal y saludables mofletes se acercó sonriente.

—¿Se sentarán las señoras en el reservado, con los caballeros?

Las damas pestañearon desconcertadas. Rebeca estornudó un par de veces.

—Supongo que se confunde —respondió Julianna, con amabilidad —. Solo nos acompañan nuestras doncellas.

—Los caballeros dieron instrucciones para cuando ustedes regresaran —insistió la muchacha, apuntando con un dedo estirado a la mesa más cercana al fuego.

Las cuatro miraron en aquella dirección. Dos hombres grandes y atractivos levantaron sendas copas de vino, brindando en su salud.

—¡Andrew! —exclamó Rebeca, encantada. Otro estornudo.

—¡Henry! —la secundó Julianna, sin dar crédito a tanta felicidad.

Evelyn se secó los restos de lágrimas con el revés de la manga. La duquesa y la vizcondesa ya corrían hacia sus esposos, así que miró a Anne, la única que permanecía a su lado.

—¿Duque? ¿Primo Henry? ¿Qué hacen ellos aquí?

Anne Hagstings le dedicó una sonrisa bobalicona, repleta de azúcar.

—El amor, querida Evelyn, el amor que cuando es auténtico, no soporta las separaciones.

Capítulo 26

Lo cierto es…, que
mi familia guarda secretos.

—Gracias, Fanny, puedes dejarlo aquí. Yo serviré el té.

La doncella abandonó el gabinete de lady Evelyn con una pequeña reverencia. La joven se dispuso a llenar las tazas bajo la atenta mirada de su amiga Anne. Aunque como de costumbre Evelyn trataba de aparentar calma y normalidad, no se le pasó por alto que le temblaban las manos.

—Te sentará muy bien, hace un frío insoportable. Y prueba los bizcochos, la receta es nueva.

—No he venido a tomar té, Evelyn, te envié una nota pero no me respondiste así que he venido personalmente. La duquesa está enferma, debemos visitarla.

—Seguramente es un simple enfriamiento… —Evelyn le restó importancia, con los ojos fijos en la tetera.

— Desde luego, pero está embarazada, puede ser serio. O complicarse…

—En caso de que se complique, cambiarían las cosas.

Anne la miró sin creer lo que oía.

—Rebeca se expuso al viaje y a la lluvia congelada por ti, para consolarte, apoyarte y acompañarte. No me creo que te hayas vuelto tan egoísta.

Evelyn soltó el servicio de té con impaciencia y pestañeó varias veces seguidas.

—Te mentiría si te dijera que me encuentro bien. Estoy aturdida, triste, desconcertada… Mis padres ni siquiera han sabido cómo reaccionar a la noticia. Y eso que les conté que el encuentro con Philip Sommerset había sido fruto del azar. ¿Es que nadie va a tener en cuenta mis sentimientos?

—Lo que ocurrió en Newcastle es espantoso, no voy a negarlo. Pero visitar a una amiga que padece y ha estado ahí para ti cuando lo necesitabas, no es tan difícil. Evelyn, ¿qué es lo que no me estás contando?

—En realidad, yo no le pedí a la duquesa que nos acompañara a Escocia. Fue empeño suyo, puede que por mera curiosidad, dejando de

lado las precauciones obligadas en toda mujer encinta, para mantenerse bien informada de todas mis calamidades.

—¡No puedes estar hablando en serio! Lady Richmond es la persona menos interesada en chismes que conozco, ¡te consta!

—Sí, desde luego, queda claro que se ha ganado de por vida toda tu admiración —refunfuñó Evelyn, llevándose la taza de té a los labios.

Los dulces ojos de Anne se endurecieron por una fracción de segundos.

—¡Y la tuya! ¿O vas a decirme que no la aprecias, no la consideras, que no…!

—¡Es que no puedo! —aulló Evelyn, soltando la porcelana de un golpe. El contenido se derramó por todo el mantel bordado.

Anne dejó de respirar. El rostro de su amiga había palidecido y sus ojos se habían llenado de lágrimas. Cambió de posición para acercarse más a ella.

—Hay cosas que no sabes, Anne, no tienes ni idea…

—Pues cuéntamelas. Cuéntamelas, para eso estoy aquí, ¿por qué odias a la duquesa?

—No la odio. Antes sí, la detestaba, pero no ahora. No la odio, te doy mi palabra. Sin embargo, tampoco puedo…, quererla.

—Evelyn…

—La madre de Rebeca, lady Stone, fue la causante del destrozo de la casa Herrick. Estuvo prometida a mi padre pero sin dar explicaciones, rompió su promesa de matrimonio y huyó a Francia. Poco después se supo que pensaba casarse con otro. Mi padre jamás se recuperó de aquella traición, Anne, la amaba de verdad, con todo su corazón. Mi pobre madre ha sufrido todos estos años el castigo de una cruel indiferencia, siempre a la sombra de la perfecta lady Stone.

Anne inclinó la cabeza, confundida ante la inesperada revelación.

—Es una historia muy triste, pero Rebeca no tiene la culpa de los errores que cometiera su madre en el pasado.

—Es que ella también ha sido el instrumento con el que mi padre me ha torturado desde niña. Rebeca Percy es tan bella, tan inteligente, tan recatada y elegante. Todo el mundo la alababa aun sin tratarla. Rebeca Percy se ha casado con todo un duque, Rebeca Percy espera un hijo, nadie puede salir airoso de una comparación con Rebeca Percy. Mi padre me cambiaría gustoso por ella, no te quepa la menor duda.

—Evelyn, querida…

—¿Entiendes ahora? Después de conocerla, no puedo mentirte, es una gran persona que no merece mi resentimiento. Pero tampoco traicionaré los sentimientos de mi madre convirtiéndome en su íntima amiga. Debo distanciarme de la duquesa de Richmond, se lo debo a la mujer que me trajo al mundo.

—Pero hace un puñado de meses…

—Fuimos muy cercanas las cuatro, lo sé. Y no sabes cómo me arrepiento de permitir que pasara. Y al mismo tiempo, qué feliz me hizo. —Alargó una mano y la posó en el antebrazo de Anne—. Te suplico que no me juzgues, son asuntos de familia que queramos o no, repercuten en nuestra vida, en nuestras decisiones. Jamás volveré a dañar a Rebeca, ni a su reputación, Dios me libre, mantendremos una cordial relación social apropiada a nuestros rangos, seguramente coincidiremos en bailes, fiestas y recepciones.

—No obstante…

—Lucharé duro por no volver a ser lo que éramos. No te aflijas, será sencillo, ella es una dama felizmente casada, pronto se convertirá en madre y sus ocupaciones la mantendrán alejada de todas nosotras. La duquesa ya no necesita acudir a bailes, recuerda que somos nosotras las que aún debemos encontrar marido.

—Francamente, creí que por fin habíamos encontrado un verdadero apoyo de hermanas —gimió Anne, con desconsuelo.

—Quedamos Julianna, tú y yo. Y nada impide que vosotras podáis visitar a menudo a la duquesa. Incluso yo, de tarde en tarde. Eso sí, que sea una relación más cortés y civilizada que fraternal. Mi madre no podría vivir con el hecho de que su hija mayor adore a su enemiga.

—¿La adoras?

Evelyn asintió despacio mientras se mordía los labios. Desde luego que Rebeca se había ganado, sin buscarlo, un hueco muy especial en su corazón. Un rinconcito que ella debía mantener en la más absoluta clandestinidad para no herir a otros.

Anne suspiró. Se encontraba literalmente entre la espada y la pared. Había sido tan dichosa pensando en que los vínculos de aquel grupo de mujeres especiales no se romperían jamás… Dejó su taza sobre la mesa y con un esbozo de sonrisa vencida por la melancolía, se puso en pie y se estiró la falda.

—Creo que debo marcharme ya.

—Anne, no me detestes tú a mí.

—¿Cómo podría hacerlo? Eres mi amiga y lo serás mientras las dos queramos.

—Deséale lo mejor a Rebeca de mi parte. Pero no se lo digas.

Anne volvió a sonreír sin ganas.

—Cuenta con ello.

Evelyn la vio marchar con el corazón encogido. Conocía a Anne, su sensibilidad exquisita, lo permeable que era a la tristeza y al sufrimiento de los demás y contándole la historia de los Herrick, acababa de poner sobre sus hombros un gran peso. Una carga que ella llevaría con dignidad y entereza pero que la haría llorar. Era cierto que entre las cuatro había surgido una magia especial que las unía

como hermanas.

Y Evelyn hubiera dado lo que no tenía por poder salvarla.

Acabó su té en silenciosa soledad. Sintiéndose miserable. Y después escribió una nota dirigida al coronel Darwin.

Capítulo 27

Lo cierto es…, que aún tengo
cosas que agradecerle.

Evelyn aprovechó la conmoción que la noticia del matrimonio secreto del teniente Sommerset había causado en sus padres, para huir a Hyde Park con su doncella. Nadie fue capaz de negarle la escapada, si bien todos ignoraban que iba a reunirse con alguien, mucho menos con un hombre: el coronel.

Tomó asiento en un banco del parque y aguardó con la mirada perdida en la lejanía. Sus emociones en alocado torbellino: desconsolada por Rebeca, impaciente y excitada ante las posibilidades que se abrían con John a partir de entonces. Iban a verse por primera vez, a mirarse a los ojos desde que ella era de nuevo una joven libre y soltera.

Lo vio aparecer a caballo a lo lejos, imponente y marcial. Endiabladamente atractivo, insoportablemente hermoso de cabeza a pies. Desmontó antes de estar demasiado cerca, y su andar elástico y poderoso, el halo de héroe que lo rodeaba, la hipnotizó. Llegó hasta ella con estrellas en los ojos y una reverencia elegante.

—Lady Evelyn, qué placer volver a verla.

—Gracias por aceptar mi invitación, coronel, tenemos que hablar. ¿Paseamos?

Su conformidad fue ofrecerle un brazo que ella prefirió no aceptar en público. A partir de entonces y hasta que John Darwin pidiera formalmente su mano, ella se prometió conducirse con sumo recato y cuidado. No podía, bajo ningún concepto, regalarle a su padre un motivo y que este le negara por tercera vez la felicidad.

Evelyn abrió la boca en un par de ocasiones pero la voz se negaba a salir de su garganta y finalmente, fue el coronel quien rompió el incómodo hielo del silencio.

—¿Cómo están las cosas? ¿Acaso dio ya el conde algún paso favorable con la familia Sommerset? Espero que no juzgue entrometida la pregunta, me preocupo por usted.

Evelyn contuvo el aliento unos instantes.

—Debo darle las gracias, John. Por mentirme con tanto afecto.

Darwin le dirigió una mirada de incomprensión.

—Por su evidente intención de protegerme —aclaró Evelyn, inquieta—. Gracias. Usted sabía la verdadera historia del teniente Sommerset, que había traicionado mi confianza y nuestro compromiso

desposando a otra mujer y sin embargo, prefirió alterar la realidad para que yo no sufriera.

El coronel agachó la cabeza, cazado y turbado.

—Detesto faltar a la verdad. Me pregunto si hice bien.

—Desde luego que lo hizo. Dígame, ese repentino viaje suyo ¿fue quizá a Newcastle, en Escocia?

El coronel asintió con la cabeza. Un poco abrumado por la sagaz inteligencia de Evelyn.

—Viajé en persona para cerciorarme de que el teniente estaba vivo. No esperaba descubrirlo casado; cuando ocurrió, me pregunté qué hacer. No podía confesárselo sin más y romperle el alma.

Ella le dedicó una mirada larga e intensa. Un momento de reflexión que interrumpió con un suspiro.

—Mi alma ya estaba rota, coronel. Ahora me toca recomponerla.

—Lamento todo lo que ha tenido que sobrellevar, es duro descubrir que las personas en quienes confiamos faltan a la verdad de un modo tan poco compasivo.

—Agradezcamos al cielo que por cada ser humano ruin que nos hiere, cruce en nuestro camino a otra persona que lo llene de luz.

—Eso no siempre ocurre. A veces las cosas se tuercen y se vuelven a torcer, como un nudo eterno que no deja de apretarse.

—Lo noto especialmente pesimista hoy, coronel.

—Y yo a usted demasiado resplandeciente como para estar de luto por su matrimonio fallido.

—¿Quién dice que estoy de luto?

—¿No debería estarlo? Pensé que consideraría a su prometido una pérdida irreparable.

—¿Al teniente? —Evelyn dejó escapar una risita suave—. Nada más lejos de la verdad, coronel, no había amor, esa unión la acordaron nuestros padres. Lo que siento se parece más al alivio.

—Entonces es probable que el señor Sommerset esté dándose golpes contra la pared de su elegante mansión, en Bath.

—O saltos de alegría. No olvide que ahora tiene un nieto.

—Quién sabe —reconoció John, en un murmullo ronco.

—No dejan de ser nuestros parientes lejanos, incluso podríamos coincidir algún día en alguna celebración; pero en lo que a mí respecta, el teniente Philip Sommerset y toda su circunstancia están fuera de mi vida. No quiero ni oír mencionar su nombre.

—Deséele, si puede, toda la felicidad posible —le recomendó el oficial, con una sonrisa canalla—, le traerá paz y serenidad.

—No sé si soy tan bondadosa como usted sugiere. Fue mezquino y egoísta aunque ellos lo disfracen de honorabilidad. No le discuto que cumplir con esa pobre mujer deshonrada fue correcto. Pero no a costa de dejar mi futuro en el aire. De no ser por usted…

Se detuvieron en mitad del camino, junto a una bella fuente de piedra. La doncella de lady Evelyn miró azorada en otra dirección. Aunque la postura y los ademanes entre el apuesto coronel del ejército y su señorita eran de todo punto decorosos, entre los dos flotaba una energía especial, envolvente, bravía, que tenía mucho de pecaminosa.

—No hay nada que agradecer. Le consta que habría hecho eso y mucho más.

—Si se atrevió a colarse en Herrick House solo para devolverme una pulsera… —bromeó ella, rebajando la tensión del momento.

—Solo para tener el placer de volver a verla.

—Es usted todo un héroe.

—Eso dicen las malas lenguas. —Las manos de John, colocadas a su espalda, se apretaron.

—Sepa que me he informado acerca de sus logros en la milicia. Es un alto cargo cubierto de méritos y condecoraciones, respetado por todos sus hombres, con dotes de mando naturales. No debe de ser fácil conseguir que en circunstancias de peligro extremo la gente te obedezca.

—Cierto. Ante el riesgo el ser humano tiende a desquiciarse, a perder la cabeza, a actuar a ciegas olvidando la prudencia. Y te ves obligado a dominar tanto tus terrores como los de quienes están a tu cargo. Un alto mando es siempre responsable de sus hombres.

—¿Y por qué no sigue en activo? No veo que lo hirieran, no es usted ningún lisiado, diría que todo lo contrario.

Los jugosos labios de John se curvaron suavemente con el halago.

—¿Recuerda la persona de la que le hablé? ¿Esa que me había amado por encima de todas las cosas con el sentimiento más puro que puede existir?

Evelyn arrugó el entrecejo, contrariada. Pero asintió con cortesía.

—Me refería a mi madre. —Evelyn concentró en él su aliviada atención. Parecía mortificado—. Hizo todo lo imaginable por su hijo, estaba enferma y arriesgó su vida para que yo naciera, le debía más de lo que comúnmente se debe a una madre. Pero cuando su dolencia se agravó yo estaba demasiado lejos, participando en una misión. El deber siempre por encima del deseo, es lo que nos enseñan desde muy jóvenes en la academia militar. El deber siempre por encima —repitió con amargura—. Ni siquiera estuve aquí para enterrarla.

—Lo lamento mucho, coronel. Pero debe perdonarse, ser indulgente consigo mismo, solo cumplía órdenes.

—Al poco tiempo de aquello caímos en una emboscada de las fuerzas enemigas. Lady Fowler, no la aterrorizaré con detalles pero vi morir ante mis ojos uno a uno a todos mis hombres. Jóvenes que apenas habían empezado a vivir. Hombres buenos y honrados con familias a las que alimentar. Gente que lo estaba dando todo por su

país sin apenas recibir agradecimiento en pago. Murieron de formas espantosas…

Su voz se quebró en algo muy cercano a un sollozo. Evelyn entendió las causas de su profundo pesar.

—Sobreviví de milagro, aunque tardé varios meses en recuperar la cordura y lo tomé como una señal y una segunda oportunidad, era hora de dejarlo y reconducir mi existencia a la de un civil normal. Pero…

—No debe de ser sencillo.

—Es extremadamente complicado. Detesto ser militar, actuar como un hombre de armas y sin embargo, es todo lo que soy. Veo transcurrir los días, uno tras otro, enfrentándome a esa dualidad. Cuando se convierte en un monstruo demasiado voraz, me refugio en las tabernas de los arrabales donde nadie me conoce, ni me adula, ni se cuadra al verme. Donde el vocerío, el caos y el olor a vino rancio me hace olvidar la intachable disciplina del ejército de Su Majestad y aquellos meses encarcelado en poder del enemigo.

Evelyn se apiadó de él, de su sufrimiento. ¿Qué podía hacer para curar sus heridas salvo amarlo con desesperación? No solo era un hombre decente, tenía alma, un espíritu sensible. Caminó muchos metros sin despegar los labios, respetando su dolor, venerando la valentía de haberse abierto en canal para ella.

—¿Sigue deseando besarme?

John quedó desconcertado ante el súbito giro de la conversación, ante la osadía de la joven aristócrata. Sin embargo, ni todas las reglas de educación del mundo conocido habrían podido contener su apasionada respuesta:

—No lo dude ni por un instante.

—Entonces espero que volvamos a vernos muy pronto, coronel. ¿Me visitará?

—Cuanto antes, Eve —prometió, con un seductor susurro.

Evelyn notó que un delicioso estremecimiento recorría su espalda. Como las alas de un millar de mariposas danzando juntas sobre el mapa de su piel.

—Ya puede llamarme así de nuevo. Ahora somos libres.

—Libres —repitió el coronel, como un eco.

—Libres de continuar lo que se inició frente al bosque. —Evelyn se ruborizó ante su propio atrevimiento—. Se hace tarde, debo regresar a casa.

John se distanció un paso. Solo uno. Lo justo para reclinar la cabeza sin apartar ni un segundo los ojos de ella. Imaginando cómo sería rodear su cintura sin pedir permiso y atraerla hacia sí, despacio, bebiendo a sorbos el placer de su proximidad, de su perfume. Rozar apenas su dulce boca con los labios, recorrer la línea de su mandíbula

para luego descender al cuello. Tan leve la caricia, que resultara casi dolorosa. Un beso que prometiese el comienzo de algo, pero que por alguna causa anunciaría más bien un final. Un adiós sin palabras en cada pequeño movimiento.

Fue a decir algo, pero prefirió callar. Se lo guardó para sí en el fondo del alma.

Su alma…, que también estaba rota.

Evelyn Fowler y John Darwin se separaron con una despedida tan gentil como inofensiva, en mitad de un parque rodeados de gente que caminaba, bajo un cielo plomizo y opaco que amenazaba lluvia. Encaminándose uno y otra, sin haberse puesto de acuerdo, en direcciones contrarias. Ninguno se percató de las pupilas de halcón que los espiaban desde las sombras.

Los ojos de la venganza. Los encendidos ojos de Penélope Waterman que ya tramaba cómo desquitarse.

Capítulo 28

Lo cierto es…, que descubrir cosas horribles del pasado, nos parte en dos el corazón.

Evelyn jamás soportó un «castigo» de encierro con mejor talante.

Tras conocerse la noticia de la ruptura de su compromiso, los condes de Herrick le prohibieron asistir a ningún tipo de baile, fiestas o reuniones nocturnas a donde acudieran jóvenes solteros. Podía tomar el té con sus amigas y otras damas pero debía reservarse unas semanas como mínimo para no causar escándalo. Y aunque Penélope Waterman se encargó de amargarle la existencia enviándole varias notas en las que le advertía que perdería la temporada, Evelyn no podía dejar de sonreír.

No necesitaba exhibirse. Ni acudir a bailes estúpidos a coquetear con muchachos más estúpidos aún. Su corazón ya había elegido y se trataba de un hombre de verdad, un semidiós de pies a cabeza, un hombre de honor que calentaba y hacía hervir su sangre, con cuyo roce se erizaba su piel. No le importaba estar recluida un tiempo tras los muros de Herrick House si la recompensa después era un feliz matrimonio con John Darwin.

Solo anhelaba volver a verlo.

Pero después de más de dos semanas sin noticias, la impetuosa personalidad de Evelyn se puso en movimiento y trazó un plan por su cuenta: le hablaría a su madre del coronel, sutilmente, como una mera posibilidad y le pediría que lo invitase a tomar el té para que pudieran conocerse. Estaba convencida de que tanto ella como tía Gertrud quedarían deslumbradas por su porte y su carisma. Y de ahí a autorizar que empezara a visitarla, solo habría un chasquear de dedos.

Sin embargo, esa mañana tampoco conseguía encontrar a su madre, por más vueltas que daba.

—La señora condesa ha salido al jardín, milady —supo decirle, por fin, una criada—, acompañada de la señora Dowson. No, no a esos —la corrigió cuando la vio dirigirse a la puerta.

—¿A los jardines traseros, entonces? —se extrañó Evelyn.

—Sí, milady.

La zona de las huertas. La más apartada y la menos transitada. No acertaba a explicarse qué predilección podría tener su madre por aquel terreno inestable lleno de polvo, agujeros y malas hierbas. Así y todo, salió a buscarla.

Por más que caminó en todas direcciones no logró dar con ellas. Sus pies se dirigieron sin pensar hacia el cobertizo. El nudo de recuerdos en la boca del estómago se apretó hasta convertirse en una punzada dolorosa. Tuvo la sensación conforme se aproximaba, de que el olor de John la rodeaba queriendo poseerla. Unas voces algo amortiguadas interrumpieron su ensoñación. Evelyn se detuvo y prestó atención.

—Querida, lamento mucho ver que te sientes tan desdichada. Al margen de nuestras diferencias, eres mi hermana, sabes que me importas, me preocupas y te quiero. —Era la voz de su tía Gertrud, apostada tras la choza. Evelyn se movió guiada por un pálpito. Se acomodó entre la hierba y se mantuvo a la escucha casi sin respirar. Tras una breve pausa, Gertrud prosiguió—. Pero es mi deber de hermana mayor recordarte que estás cosechando ni más ni menos que lo que sembraste, Prudence. ¿A qué exigir amor? Sabes que ese hombre jamás te amó, nunca debiste meterte entre los dos.

Se oyó un largo gemido lastimero.

—Lady Stone y Armand se amaban profundamente. Y en esa clase de amor los lazos son tan fuertes que nadie consigue romperlos del todo. Debiste tenerlo en cuenta cuando los forzaste a cancelar su compromiso.

—Yo amaba a Armand —sollozó Prudence. Evelyn llevó una mano al corazón para impedir que siguiera golpeando de aquel modo infame—. Con toda mi alma.

—Eso no es suficiente, ya ves que no bastó. Él ya tenía al amor de su vida, adoraba a lady Marian, no tenía ojos ni espacio en el corazón para nadie más. Tu comportamiento fue mezquino, hermana.

Prudence volvió a gemir en voz baja. Evelyn podía imaginarla sacando un pañuelo inmaculado, enjugándose las lágrimas. ¿A qué se refería su tía con «comportamiento mezquino»? Su madre era cualquier cosa menos eso: considerada, elegante, toda una señora condesa.

—Fuiste muy afortunada, lograr que lady Marian confiase en ti y en tu historia de que Armand te había comprometido… —retomó Gertrud. Ahora el tono de su voz se había endurecido, ya no era tan dulce y complaciente.

—¡Éramos amigas!

El latido del corazón de Evelyn se disparó sin remedio. Cubrió la boca con las manos para impedir que escapara ningún sonido. Lo que estaba oyendo era tan monstruoso como difícil de creer.

—¡Precisamente por eso! Te aprovechaste de su afecto. Hacerla creer que su prometido te había deshonrado y que debía cumplir y casarse contigo, fue una crueldad. Ella pudo enfrentarlo, buscar explicaciones, pudo haber dejado en evidencia tus maquinaciones y

tus mentiras. Si no lo hizo fue porque en nombre de vuestra amistad, te creyó sin poner en duda ninguna de tus acusaciones. —Otra larga pausa en la que Evelyn sintió que se mareaba—. Creí que a madre le daría un ataque mientras se decidía si lady Marian rompía o no su compromiso sin descubrirte ante Armand. Y después, cuando se determinaba si tras el rechazo y la desaparición de ella, el conde te aceptaba o no como esposa sustituta. Padre y madre creyeron en serio que estabas deshonrada. Su sufrimiento fue espantoso…

—Por fortuna todo acabó bien —sentenció Prudence, con voz ronca.

A Evelyn le sonó como el graznido de un cuervo.

—No del todo, ya ves, no has gozado de un instante de paz y tranquilidad desde entonces. Eso, suponiendo que tengas conciencia y que te haya dejado dormir tranquila todos estos años.

—No has venido para cavar más honda mi tumba, ¿o sí?

—He venido para recordarte tus pecados, Prudence, esos que tú te niegas y nadie más puede recriminarte porque los escondes. Es hora de acabar con esto y conquistar la paz, si es que eso aún es posible.

Hubo un pequeño hueco de silencio tan tenso y tan negro que Evelyn se estremeció.

—No pretenderás que confiese todo lo que hice…

—Has envenenado a tu hija, ¿es que no sientes ninguna lástima por ella? ¡La has engañado! Y en cuanto a Armand… El conde está enfermo de tristeza y de melancolía, ha perdido las ganas de vivir.

—Sí, es evidente que desde que lady Stone falleció, desea fervientemente reunirse con ella en el otro mundo —fue la réplica de Prudence, saturada de odio y desdén.

Dos gruesas lágrimas rodaron por el bonito rostro de Evelyn.

—¡Pues dile la verdad antes de que sea demasiado tarde! Dile que ella no lo rechazó, cuéntale que tu mejor amiga huyó a París con el corazón roto, que tú misma se lo rompiste, solo porque cometió el error de creerte y confiar en ti.

—Eres malvada, hermana. Para destruirme no necesitaba tu visita, podías haberte quedado en tu mísero pueblecito olvidado. Siempre te ha carcomido la envidia.

—¿A mí?

—Desde luego. Fuiste incapaz de soportar que me casara con un conde. Y sigues sin soportarlo.

—No es a mí a quien la envidia ha emponzoñado el alma, Prudence, no fui yo la que envidiaba el intenso amor entre Herrick y mi amiga más cercana. Tampoco la que vendió su destino al diablo con tal de separarlos.

—Deberías estar de mi lado. —El reproche sonó como un latigazo —. Eres mi sangre.

—¿Cómo estarlo? Si no te reconozco, hermana, estás desquiciada, obsesionada. Has conseguido transmitir a tu marido esa obcecación ridícula acerca de lady Rebeca… ¡Insinuar que esa joven sea hija del conde no tiene ningún sentido!

—¡Podría ser! —aulló Prudence. Y a oídos de su perturbada hija, fue el grito de una demente.

—Pero no lo es. No coinciden las fechas. Y no hay más que mirarla. En cuanto a sugerir que Evelyn no lo sea para provocar sus celos…

Evelyn Fowler estuvo a punto de desplomarse al suelo al escuchar aquello. Le ardieron los ojos empapados en lágrimas y una aguda punzada traspasó sus sienes.

—Pensé que despertaría su interés por mí, si lo convencía de que era deseable para otro hombre… —gimoteó Prudence en un tartamudeo. Cada letra de cada palabra se clavó en el corazón de Evelyn como pequeñas puñaladas.

—Has estado tan equivocada toda tu vida, hermana…

—¡Déjame sola! No me haces ningún bien. Permitir esta visita ha sido un total desacierto.

—¿Permitir? ¿Acaso la sangre de tu sangre debería pedir permiso para verte, condesa?

—Cuando vienes a hacerme trizas el corazón, ni pidiendo permiso te admitiría.

—De acuerdo. Prepararé el equipaje y partiré cuanto antes.

—Y nunca regreses. —Fueron las últimas palabras de despedida de Prudence Herrick.

Evelyn se agazapó en las sombras, entre los matorrales, sobrecogida, incapaz de reaccionar a todo lo que acababa de revelarse ante sus oídos. Vio pasar de largo a su tía Gertrud, llorando desconsolada, y deseó poder ir tras ella para confortarla. Y de camino buscar consuelo para sí misma. Pero estaba allí, convertida en piedra y arena contra la pared de la destartalada choza, sabiendo que su madre, aquel horrible ser humano que acababa de descubrir que era, todavía tenía que abandonar su escondrijo para volver a la casa y podría verla.

Se cubrió la cara con las manos, resbaló hasta quedar en cuclillas en el suelo, hundió la cabeza entre las piernas y lloró con amargura en soledad hasta que anocheció.

Capítulo 29

Evelyn necesitó tres días para reponerse de la impresión. Tres largas jornadas eternas durante las cuales no necesitó fingir una indisposición, no abandonó la cama y todas sus comidas fueron servidas en sus aposentos si bien, las bandejas regresaban a la cocina tan intactas como habían salido.

¿Era posible tanta retorcida maldad? ¿Era cierto que su madre sembró en su padre la ridícula sospecha de que Rebeca pudiera ser hija suya, mientras que ella, su legítima descendiente, lo era de otro hombre? ¿Su propia madre fue capaz de señalarla como hija del adulterio y el pecado con tal de suscitar los celos de su esposo?

Solo pensarlo le provocaba náuseas.

Al día siguiente del altercado en los huertos, Gertrud Dowson abandonó Herrick House, pálida y ojerosa, sin demasiadas explicaciones aparte de que ya se ausentaba de su hogar más tiempo del debido y que sus obligaciones la reclamaban. Cuando pasó por el dormitorio de Evelyn a despedirse, la joven deseó desde el fondo de su alma poder sincerarse, confesar que las había oído hablar, que ahora que conocía el terrible secreto de su madre, amaba a su tía y a su padre mucho más. Que se sentía sucia, cómplice de su odio, de algún modo indigna. Sin embargo, guardó silencio. Se limitó a abrazarla fuerte, rogando porque aquel abrazo bastase para comunicar lo que sentía. Todo lo que la ahogaba y que tardaría en sacar de su interior.

Una hora después de que Gertrud Dowson saliera por la puerta, lady Evelyn se levantaba y se vestía para cumplimentar una visita que ya no admitía demora. Por desgracia, en la escalera se topó con su madre, con la que no cruzaba una frase desde hacía tres días. Para Evelyn, mirarla a la cara fue como enfrentar el rostro de una bruja.

—¿A dónde crees que vas, jovencita?

—A visitar a la duquesa de Richmond —silabeó con firmeza—. Está enferma y es por mi culpa, por acompañarme a ese viaje…

—Una total y absoluta insensatez en su estado, claro está. Pero no podemos esperar menos de alguien como ella.

Evelyn bajó la cabeza, apretó los dientes y descendió otro par de escalones, dispuesta a salir, le pesara a quien le pesase.

—Deje de ofenderla, madre, ya está bien.

—¿Vuelves a defenderla? —espetó Prudence, desde arriba, asomada a la barandilla—. Una vez más te recuerdo que tu deber es estar con tu familia, con tu madre, no con una…

Evelyn giró bruscamente sobre sus talones y le clavó unas pupilas encendidas en fuego.

—Madre. Ni para bien ni para mal. No se atreva a volver a

mencionar el nombre de lady Richmond en mi presencia.

No se quedó lo suficiente como para disfrutar del desconcierto de Prudence. Para cuando la condesa consiguió cerrar la boca, su hija ya estaba dentro del carruaje.

—Discúlpame no haber venido antes, querida Rebeca, te lo suplico, discúlpame si puedes.

Lo peor ya había pasado, según la informó el duque. Ahora, tanto Rebeca como el bebé estaban fuera de peligro pero después del viaje a Escocia, la duquesa había sufrido una fuerte pulmonía que pudo ser fatal. Aún estaba en cama por mandato del médico y a pesar de sus protestas, el duque de Richmond en persona vigilaba que las órdenes se cumplieran a rajatabla.

—No te dejes impresionar por el decorado —rio Rebeca, su voz aún bastante rasgada —, en esta casa son todos unos exagerados, empezando por mi amantísimo esposo.

—Nada de exageraciones, ha estado realmente enferma —aclaró el duque, apostado a la cabecera de su cama—, aunque en toda mi vida haya conocido a nadie más terca que ella. —Se inclinó y besó con ternura la frente de su esposa. Luego su mano acarició casi por instinto su abultado vientre—. Voy a ordenar que os sirvan té. Os dejo solas para que chismorreéis a gusto.

Antes de abandonar el dormitorio, les guiñó un ojo. Su buen humor fue una burbuja de oxígeno que aligeró el ánimo de Evelyn. Sonrió a su amiga mientras le tomaba la mano.

—Me siento tan culpable, no haber venido antes a verte ha sido algo que difícilmente me perdonaré.

—No te inquietes tanto, querida, sé que has estado angustiada, ya me informaron Julianna y Anne, y estoy de acuerdo: lo que descubriste en Escocia destrozaría a cualquiera. El teniente actuó con absoluto egoísmo, protegiendo sus intereses y su honor y el de su familia, sin pensar en ti.

—Tú siempre tan generosa y dispuesta a perdonar —musitó Evelyn, admirada—. Todo eso es cierto, estos días he deseado morirme. Pero igualmente debí venir. ¿Qué tal te encuentras? Tus mejillas ya muestran algo de color.

—Solo me preocupaba el bebé, que mi estado fuese a afectarlo de alguna manera pero los dos estamos bien, él crece saludable y fuerte, eso dice el doctor.

—Me alegro. Lamento coincidir con los sermones del duque pero no debiste viajar, fue una temeridad en tu estado.

Rebeca levantó una mano y la movió en el aire, restando importancia al hecho.

—La vida es para vivirla, Evelyn.

—Y para cometer errores que deberemos enmendar más tarde —completó la joven rubia, con aire pensativo—. ¿Te importaría hablarme acerca de tu madre? —añadió tras una larga pausa. La duquesa pestañeó tomada por sorpresa.

—¿De mi madre…?

—Sí. No sé si sabes que ella y padre estuvieron comprometidos.

La expresión de Rebeca, plácida hasta entonces, se contrajo levemente.

—Todo eso forma parte de un pasado doloroso.

—¿Lo dices por los motivos por los que se rompió el compromiso?

Los cristalinos ojos de lady Richmond volvieron a brillar suaves.

—No viene al caso hablar de eso ahora, han pasado mil años. Todo el mundo se equivoca y comete deslices.

Evelyn apretó los labios y sujetó las lágrimas bien fuerte.

—Supongo que lady Stone sufriría lo indecible pensando que padre la había traicionado comprometiendo a otra. Su mejor amiga, ni más ni menos.

Rebeca la interrogó curiosa con la mirada.

—¿Sabes de toda esa historia?

—Digamos que no hace mucho abrí los ojos a una verdad que me estuvieron negando toda la vida. Que por casualidad descubrí una espantosa mentira que creí y alimenté desde que tengo uso de razón.

—Madre amaba al conde con desesperación. Fue su primer amor, esa verdadera devoción de juventud, los sentimientos que te marcan y no se olvidan jamás. Con el tiempo logró perdonar su ofensa, mucho me temo que a costa de torturarse día y noche. Pero no diría que consiguió olvidarlo.

Evelyn jugueteó con la mano de Rebeca, con sus finos dedos largos, sonriendo con tristeza.

—Padre aún la adora. Ni la ha olvidado ni la olvidará mientras sus ojos permanezcan abiertos o siga respirando.

—Quizá olvidó que en esta sociedad nuestra los errores se pagan caros —sentenció la duquesa, con dureza.

—¿Y si te dijera que no hubo traición entre ellos? ¿Que los dos fueron víctimas de un engaño que desgarró sus vidas?

Rebeca la miró sin entender.

—Padre nunca puso sus ojos sobre madre estando prometido a la tuya. Mucho menos, se habría atrevido a ponerle una mano encima.

—¿Entonces…?

Evelyn necesitó de unos segundos para recuperar la compostura. Para ser capaz de repetir aquella maldad que desde lejos la ensuciaba.

—La condesa de Herrick se lo inventó todo. Para separarlos —expuso con amargura.

Rebeca ahogó una exclamación de sorpresa.

—Al hombre de quien se había encaprichado y a su mejor amiga. Sin dignidad y sin decencia, sin límites, sin escrúpulos.

—¿Estás segura?

—Ojalá no fuese cierto. Las oí hablar y confesarlo. A ella y a mi tía Gertrud a la que por cierto, ha echado de Herrick House sin contemplaciones. Madre no quiere que nadie avive el recuerdo de sus crímenes.

Rebeca se mantuvo en silencio. Finalmente, tras muchos minutos de tenso silencio, suspiró y miró hacia el techo decorado de su habitación. Una lágrima resbaló mejilla abajo.

—¿Lo has visto, madre? Él te amaba y siempre te respetó. Eso que tú sospechabas era cierto, un hombre como Armand no podía romperte el alma de aquella forma. No te equivocaste.

En ese instante, algo dentro de Evelyn estalló en mil pedazos. Incapaz de soportar más la tensión, dejó que el llanto fluyera sin barreras.

—Gracias —oyó murmurar a Rebeca.

Alzó la cabeza y sus ojos se encontraron.

—¿Gracias por qué?

—Porque no ha debido resultarte fácil abrir así tu cofre de secretos. Manchar la reputación y el buen nombre de tu madre. Pero a través de mí le has regalado paz a la mía.

Evelyn apretó la mano de Rebeca.

—¿Te das cuenta de que podíamos haber sido hermanas?

—Me habría encantado crecer a tu lado —aseguró la duquesa, un segundo antes de que las doncellas las interrumpieran con el servicio de té.

Una mirada cómplice entre ambas, una sonrisa compartida, un último apretón de sus dedos trenzados y una promesa de fidelidad para el resto de sus vidas.

Eso se juraron.

Capítulo 30

Lo cierto es…, que el tiempo pasa y
no te veo llegar.

Después de aclarar las cosas con Rebeca, el pecho de Evelyn volvió a florecer. Quizá quedaba una conversación pendiente con su madre. Otra con su padre que, por culpa de las malas artes de su esposa, recelaba de que ella fuese realmente su hija. Ahora entendía muchas cosas. En Herrick House nada había cambiado. Pero todas aquellas cuestiones no serían entonces, más adelante. Necesitaba tiempo para encontrar la ocasión, las palabras, los reproches y el perdón. De momento no se sentía preparada ni dispuesta.

Necesitaba un abrazo de John. Verlo, recibir la luz de su profunda mirada, saberse querida y apreciada por el que sin duda más pronto que tarde, se convertiría en su esposo. Que volviera a ser el John salvaje, atrevido y un poco desvergonzado con el que conversaba en la choza a la luz de la luna de invierno, ese hombre sensible que la enseñó a escuchar el susurro de los árboles en la noche. Lo prefería al riguroso y correcto coronel, imponente de uniforme pero menos cercano, más inaccesible.

No obstante, ver pasar los días como carruajes en línea, sin saber de él, ni una nota, mucho menos una visita como había prometido era algo que la desconcertaba por completo. Avisó a su doncella y se entrevistó con ella en la intimidad de su dormitorio, a puerta cerrada.

—¿Recuerdas esa dirección en un barrio poco recomendable de Londres que me diste?

La jovencita puso los ojos en blanco.

—Sí, milady, cómo olvidarlo.

—Necesito que envíes a algún mozo de confianza. Hay una taberna detestable, creo que se llama «Green Parrot». Que hagan el favor de preguntar allí por el coronel Darwin.

—¿Allí? ¿Por el coronel…? —Evelyn cortó de cuajo su protesta

con una mirada—. Sí, milady, como mande milady.

—Y envía a un lacayo a su casa. Te daré la dirección. Necesito saber si el coronel se encuentra en Londres o ha tenido que viajar. Si está bien de salud o se encuentra postrado en cama al borde de la muerte…

—¡Milady!

—Averigua todo cuanto puedas. Y pronto. Es importante.

Todas sus pesquisas acabaron en saco roto. Por la taberna hacía mucho que no pasaba. Nadie lo había visto. Su mayordomo informó que no se encontraba de viaje, tampoco enfermo. ¿Entonces? ¿Qué le impedía venir? ¿Qué le impedía visitarla, cortejarla, ahora que por fin se había convertido en una dama soltera? Ella había creído sinceramente que le gustaba, él le había demostrado interés, le había hecho promesas.

¡Diantre, la había besado! ¿A qué se debía aquel repentino giro de los acontecimientos?

Un millón de dedos helados arañaron su estómago cuando se planteó que John podía, simplemente y por alguna causa terrible, no querer verla.

Envió varias notas a casa del coronel que no recibieron respuesta, aunque tampoco fueron devueltas. Incapaz de seguir soportando aquella incertidumbre un día más, Evelyn corrió a refugiarse y a buscar consejo a casa de su amiga Anne Hagstings, acompañada de Julianna, a fin de decidir qué hacer a continuación.

—Es mejor que hablemos aquí —explicó con nerviosismo y los ojos húmedos—. En casa las paredes oyen y tienen ojos. Madre aún no sabe nada acerca del coronel, no me he atrevido a insinuarle…

—Pero ¿dónde se mete? —se desesperó Julianna.

Evelyn se estremeció al tratar de encogerse de hombros.

—Daría lo que no tengo por saberlo. Qué lo retiene, qué lo aleja de mí, qué nos distancia. Después de tantos meses desperdiciados esperando a Philip no quiero que la historia se repita. No estoy dispuesta a esperar a otro hombre indeciso y cobarde.

—Evelyn… —la frenó Anne, escandalizada por su creciente furia.

—Creo que estamos sacando conclusiones precipitadas…, una vez más —apuntó Julianna, con intención— y ya sabemos a dónde conduce eso, ¿verdad, Evelyn? Hay que descartar cualquier motivo razonable antes de culpar al pobre coronel.

—El coronel Darwin no tiene nada de pobre, os lo aseguro —mascó Evelyn, con cierto resentimiento—. Me escribió una carta preciosa donde desnudaba sus sentimientos y me prometía un futuro juntos. Pero de eso hace ya semanas, no se ha vuelto a comunicar.

—Tienes que hablar con él, del modo que sea. Y salir de dudas —resolvió Anne, uniendo las manos—. Eso sí, querida, manteniendo la

prudencia y el recato, no puedes exigirle que te corteje.

—En caso de que tras una mínima investigación lo declaremos culpable, lo desterraremos para siempre de nuestras vidas —añadió Julianna de buen humor, tomando con delicadeza su taza de té—. Pero no antes.

—Sería injusto —la apoyó Anne.

Evelyn asintió lastimeramente con la cabeza. Su ceño fruncido se fue suavizando poco a poco gracias a la sensatez de sus amigas. Justo lo que necesitaba.

—Está visto que en esta historia es a mí a quien le toca arriesgarse. Una vez más.

Las dos damas la miraron con una chispa de suspicacia en las pupilas. Evelyn les dirigió un pestañeo interrogante.

—¿Qué? —espetó.

—¿No puedes esperar a que John haga un movimiento? ¿Permitirle que te revele qué está ocurriendo por propia iniciativa? —censuró Julianna con delicadeza—. No te lo tomes a mal, Evelyn, pero tu impetuosidad puede conseguir que el hombre al que amas se sienta avasallado.

Evelyn no dudó ni un segundo su respuesta. Sus ojos brillaron húmedos y emocionados.

—Jamás me siento a esperar porque no sé cómo hacerlo, porque nunca he tenido un hombre que me cuide, me proteja y haga las cosas por mí. Ni siquiera mi padre. Estoy acostumbrada a que si quiero algo, tengo que pelearlo por mí misma.

Se apostó frente a la mansión del coronel, cobijada en un coche de alquiler para no ser detectada, convencida de que no tardaría en verlo salir y podría abordarlo. Pero no fue rápido. Ni sencillo. Evelyn se aburrió muchísimo y en dos ocasiones se quedó dormida dentro del carruaje. De modo que en la mañana del tercer día, se hizo acompañar por Anne, suplicándole que vigilara con ella y que no le permitiera, bajo ningún concepto, dar una cabezada.

En menos de dos horas desde su llegada, el apuesto coronel atravesó el umbral de su casa rumbo a la calle. Con el ceño fruncido, los deseables labios apretados, la espalda demasiado rígida, como si el peso que cargaba sobre sus hombros le resultara insoportable.

—¡Vamos! ¡Tienes que salir y seguirlo! —la apremió Anne, mucho más ansiosa que ella. Con solo atisbarlo de lejos, Evelyn se había quedado paralizada— ¡O lo perderás!

—Tienes razón. —Se sacudió la angustia de encima—. Deséame suerte.

—¡Olvidas la sombrilla! —Anne se la tendió a través de la

ventanilla—. Por si tienes que atizarle.

Con ella bien sujeta, Evelyn saltó del coche y cruzó la calle a la carrera, arrastrando con la cola de su hermoso vestido todo el polvo del camino. No le importó lo más mínimo: sus pupilas fijas en aquella espalda ancha y poderosa, en el recuerdo de su abrazo y sus labios, en la firme decisión de no perder al hombre al que deseaba.

—¡Coronel Darwin! ¡Coronel! ¡John!

Él se giró, tan sorprendido como atractivo. El cruce de miradas entre ellos fue más bien la colisión de dos grandes barcos en altamar. Por un segundo, ninguno de los dos logró reaccionar ni hablar.

—Lady…, Evelyn —tartamudeó, indeciso.

El bonito rostro de la joven mostró una decepción casi dolorosa.

—¿Lady? ¿Ya no soy simplemente Eve?

El que John agachase la cabeza no la hizo concebir esperanzas, precisamente. Temió que algo no marchaba como debiera.

—Necesito hablar con usted, es muy importante.

—Ahora mismo iba hacia las oficinas —trató de excusarse él, señalando un punto en la lejanía—, debo asistir a una reunión y mi cochero se encuentra indispuesto, me disponía a tomar un coche…

—Puedo llevarlo en el mío —se adelantó ella, interrumpiéndolo —. Le aseguro que no voy a marcharme y rendirme sin más después de que lleva semanas ignorándome.

—¿Ignorándola? ¿Cómo iba yo a ignorarla? —No había ni pizca de desafío en el tono de su voz. Ni siquiera parecía querer defenderse. Evelyn solo detectó abatimiento y tristeza y se preguntó la razón. Sin embargo, se resistió a que tal sospecha rebajase el nivel de su enfado.

—¿Cómo le llama entonces a no responder a mis mensajes? ¿A evitar verme?

—Evelyn… Estoy tratando de…

—Prometió que me visitaría —añadió ella, sin controlar su ansiedad—. Le estuve esperando.

El torrente de reproches de la joven era imparable. John aspiró hondo y se centró en mantenerse sereno.

—Evelyn, se lo ruego.

—Suba al coche. Está usted poniéndome en evidencia aquí, en mitad de la calle.

Por fin, John se dejó arrastrar de mala gana hasta el carruaje. La sorpresa de Evelyn fue mayúscula al comprobar que su amiga Anne no se encontraba en el interior. Aprovechó que el coronel se acomodaba para interrogar al cochero.

—¿Qué ha sido de mi amiga, señor? Estaba dentro del coche hace un momento.

—La señorita ha tomado otro carruaje y me ha dicho que tenía prisa —informó el hombre, con una sonrisa amable.

Evelyn suspiró. No se merecía las amigas que la vida le había regalado.

—Gracias por el mensaje. Por favor, vaya a la dirección que le indicará el caballero.

Enfrentados demasiado cerca en un espacio cerrado, pequeño y tentador, Evelyn se preparó para recibir las disculpas del que se convertiría en su prometido. Dispuesta a mantenerse inflexible un lapso de tiempo razonable, para luego concederle coqueta su perdón. Y quizá sellarían su primera disputa con un tierno beso…

—¿Entonces? —Lo animó a empezar—. No disponemos de un trayecto demasiado largo, se lo advierto.

—Evelyn. Yo quería visitarla…

—Eso ya me lo dijo —repuso áspera—. Dígame más bien por qué no lo ha hecho.

Vio cómo la nuez del coronel subía y bajaba por su hipnótico cuello, cuando tragó saliva.

—Eve, por el momento no puedo pretenderla. No puedo permitir que nos vean juntos y a solas. No puedo hacer nada de lo que Dios sabe que desearía con toda mi alma.

¿Cómo? Evelyn tomó aire con exagerada fuerza.

—¿Y la razón es…?

—Voy a arreglarlo, Evelyn, voy a solucionar todo esto que está ocurriendo pero necesito tiempo.

La mirada de ella perdió todo el desafío y se hizo implorante. John notó la punzada de dolor que se le clavaba en el centro del pecho. Iba a lastimarla y mucho.

—¿Qué está ocurriendo? Por favor, sea franco—rogó ella—, no me decepcione como hizo el teniente Sommerset.

—Estoy prometido —anunció John con la mandíbula apretada, tras una larga pausa.

Evelyn dejó de respirar en el acto.

—¿Cómo dice?

—Estoy prometido —repitió una vez más, sangrando cada letra de la frase.

—¿Con quién? ¿Quién es ella?

—¿Qué más da de quién se trate? Lo importante es que es una circunstancia que nos impide estar juntos, un obstáculo que he de solventar.

Un súbito mareo hizo que todo alrededor diera vueltas en la cabeza de Evelyn. Aquello no podía estar pasando. La confesión de John era una pesadilla, seguro. Enseguida abriría los ojos rodeada de doncellas y los gritos de sus hermanas menores y reiría aliviada al comprobar que nada tenía que temer, que su adorado coronel seguía perteneciéndole… Pestañeó deseando que al abrir los ojos la escena se

borrase. Pero se mantuvo igual. Estática y atormentándola.

—¿Cuándo…? —balbuceó con la boca seca.

—Hace unos pocos días. Todo ha sido muy rápido. Y muy inesperado.

John le dirigió otra de aquellas miradas largas y turbadoras.

—Me diste tu palabra y la vas a pisotear —lo acusó Evelyn, tratándolo sin formalidad ni respeto, ahogándose en rabia y en dolor.

—Te juro por lo más sagrado que no ha sido mi decisión ni mi deseo. Asuntos graves de familia me obligan.

—¡Explícame cuáles! —exigió ella con un grito quebrado, a punto de romper a llorar.

John agachó la cabeza y el aire dentro del carruaje se tiñó de pesar, se hizo irrespirable.

—No vale la pena, en serio. No vale la pena. Permíteme, al menos, conservar la poca dignidad que me queda. Tú mejor que nadie deberías entender las muchas obligaciones que un hijo se ve compelido a asumir en contra de su voluntad…

—Entonces se trata de una cuestión de honor.

—No del mío, pero sí. En cierto modo.

—No es que hayas deshonrado a ninguna jovencita. —Evelyn arrastró las palabras.

—Desde luego que no —se defendió él, con ardor.

—No sería tan imposible. —Ahora la voz femenina era afilada y cortante. Estaba tan herida que quería ofenderlo, golpearlo con los puños en el pecho sin detenerse. Pero tampoco podía volverse loca sin montar un escándalo que alertara al cochero—. Cuando me recibías de noche, a solas en el cobertizo, poco te importó mi reputación o si nos veían. Por no mencionar tu osadía al besarme.

—¡Evelyn! ¿Vas a echármelo en cara? ¡Todo eso ocurrió porque te amo! —exclamó John, entre dientes, con desgarro— Y a cada segundo que me reste de vida pongo por testigo de que no arrepiento de nada. En absoluto. Ni por un solo instante.

—Ojalá pudiera creerte. —Con el mango de la sombrilla golpeó el techo del carruaje para indicarle al cochero que parase. Enseguida se detuvieron con un suave tirón—. Baja del coche.

Él se quedo un momento perplejo. Mirándola a los ojos con intensa desolación.

—He dicho que bajes del coche. ¡De inmediato!

Capítulo 31

Lo cierto es…, que las arpías siempre
encuentran su más cruel oportunidad.

John apretó con furia el mango de su bastón mientras veía alejarse el coche: una cabeza de león de plata, el bastón que Evelyn Fowler le había regalado. Maldita mujer impetuosa y poco razonable, ¡no lo había dejado hablar! No le había permitido hacerle juramentos ni calmarla con promesas tranquilizadoras. Había sacado sus propias conclusiones y su cólera indomable había hecho todo lo demás.

Sacudió la cabeza, aturdido. Quizá era mejor así, de momento, hasta no ver de qué manera arreglar el cataclismo que sin querer, había desencadenado su padre. Hasta no ver si tenía solución. Lo peor que podía hacer por Evelyn era prometerle una luna que estaba fuera de su alcance y no le traería jamás. No le rompería de nuevo el corazón como ya se lo habían roto.

No lo haría. Él era un hombre con todas las letras, no un pusilánime como el teniente Sommerset.

Pero tampoco iba a rendirse, ella merecía que luchase hasta el final. Si estuvo prometida a un cobarde patán incapaz de pelear y defender su amor, él no era de esa clase de hombres. Se lo demostraría. A ella y al resto del mundo. Porque si bien a John Darwin no se le daban bien los discursos, sus decisiones una vez tomadas, eran inamovibles. Y jamás había tenido antes un incentivo tan poderoso: se había enamorado.

Evelyn y su alma rota en incontables pedazos se refugiaron en la soledad y el silencio. Se aisló durante más de ocho días, si bien contestó todas las notas que sus amigas le enviaron con la mayor amabilidad y atención, solicitándoles comprensión y apoyo. Entre lágrimas, relató lo sucedido a Julianna y esta se encargó de poner al tanto a las demás. Cuando las tres se reunieron en uno de los salones de Coventwood, solo se escuchaba el tintineo de la porcelana, el crujir de la seda y algún que otro suspiro entrecortado.

—Es terrible, terrible, una espantosa noticia —se lamentó Anne, agitando la cabeza.

—¿Cómo es posible que nuestra querida Evelyn tenga tan mala suerte? —Esta vez fue Julianna la que intervino.

La duquesa se mantenía estática, mirando a lo lejos con aire ausente, hondamente preocupada.

—Son demasiadas heridas sin apenas tiempo para curarlas, pobre Evelyn. Primero, el desengaño con el miserable de Sommerset y ahora esto. —Apretó los labios al recordar una tercera y aún más dolorosa que no mencionaba: la horrenda revelación respecto a su madre.

—Por lo que sabemos, el coronel Darwin estaba realmente interesado en ella, sus expectativas no eran ninguna fantasía —apuntó Julianna, con pesar—. Y eso que la imaginación de mi querida prima y su velocidad son temibles.

—¿Cómo ha podido prometerse a otra con tanta rapidez? —Anne seguía sin dar crédito a lo ocurrido—. Estoy más que convencida de que el coronel es un hombre íntegro que jamás habría dado falsas esperanzas ni coqueteado con nuestra Evelyn, de estar interesado en otra dama.

—Tiene que haber una razón que explique lo que ha pasado —convino la duquesa, con voz sombría.

—Sea cual sea esa razón, y aunque la averigüemos, no mitigará su sufrimiento.

Todas cayeron por un buen rato en un melancólico mutismo que se pegó a las paredes como la niebla espesa de medianoche. Finalmente, Anne lo desbarató con un gemido.

—Mañana tarde estamos invitadas a tomar el té a casa de Penélope Waterman. Las cuatro. ¿Creéis que querrá venir?

—Al menos lo intentaremos —Julianna sonrió—. Le beneficiará entretenerse.

A Evelyn le costó mucho decidirse y aún más vestirse para salir. Pero animada por sus amigas que se presentaron en Herrick House dispuestas a no aceptar un no por respuesta, puso todo su empeño. Solo Rebeca, conocedora ya de la aversión que la condesa le tenía, planteó una excusa y quedó en verse un poco más tarde, directamente en casa de los Waterman.

Cuando la joven hija del próspero banquero salió a recibirlas, empaquetada en plumas como un gallinero teñido de azul, todas sus reverencias, elogios y cumplidos se dirigieron, en primer lugar, a lady Richmond.

—¡Duquesa! No imagina lo feliz que me hace que por fin haya decidido aceptar mi invitación. Tenía tantas, tantas ganas de saludarla personalmente…

Rebeca inclinó con elegancia la cabeza y replicó al agasajo sin comprometerse demasiado. Los ojos de Penélope resplandecían de un modo exagerado.

Alicia Pettigrew también estaba presente. Las damas se repartieron sin hablar los sillones Chippendale que poblaban la sala y las doncellas sirvieron una abundante merienda en mesas engalanadas para la ocasión.

—¿Se celebra algo, señorita Waterman? —se atrevió a preguntar Anne—. La veo tan elegante y todos estos manjares y tantos adornos…

Los redondos mofletes de Penélope se arrugaron con una risita traviesa.

—Algo de eso hay, señorita Hagstings, es usted muy sagaz. Pero demos tiempo al tiempo, disfrutemos de la tarde y de esta deliciosa reunión. Las noticias llegarán en su momento.

Charlaron de temas intrascendentes, del tiempo, de los últimos bailes, fiestas y reuniones anunciadas, de los últimos rumores acerca de posibles nuevos compromisos de jóvenes damas conocidas y hasta de arte. Sin embargo, ninguno de los temas tuvo el atractivo suficiente como para que Evelyn Fowler despegase los labios. Se sentía abrumada y pesada, aturdida, le costaba respirar y solo se mantenía erguida por pura educación.

—Está usted muy callada, lady Evelyn —apreció Alicia Pettigrew, observándola con interés—, y muy pálida, realmente no tiene buen aspecto.

Evelyn no pareció hacer el menor esfuerzo por disipar las dudas de la señorita Pettigrew. Julianna acudió veloz en su ayuda.

—Mi prima se encuentra convaleciente de una pequeña indisposición. Sepa que ha venido por cortesía hacia su persona, señorita Waterman.

—¡Oh, qué amable! Y cuánto lo siento. ¿Algún catarro? ¿Un enfriamiento? Espero que no se trate de algo más serio —quiso saber la anfitriona, batiendo sus pestañas.

—¿Penas de amor, quizá? No sería de extrañar, teniendo en cuenta lo sucedido con el teniente Sommerset —sugirió Alicia, con un tonillo de fingida pesadumbre en la voz.

Los ojos de Evelyn se levantaron con rapidez. Húmedos y perdidos.

—Oh, eso. —Penélope tomó con gusto el testigo que le pasaba su cómplice—. No es, desde luego, un tema agradable de comentar pero…

—Tiene usted toda la razón, señorita Waterman —la cortó Rebeca, con aspereza—, no es un tema agradable de comentar. Ni mucho menos apropiado, por deferencia a lady Evelyn, dado que se encuentra presente.

Penélope apretó los labios con disgusto mientras la boca de Evelyn se curvaba en un esbozo de sonrisa de agradecimiento, dedicada a su amiga.

—Cierto, duquesa, muy sensato de su parte. Centrémonos mejor en la noticia que quiero compartir con todas ustedes. —Las repasó una a una, con una amplia sonrisa de oreja a oreja y los ojos lanzando chispitas de colores—. ¿Preparadas? ¡Estoy prometida!

Si esperaba que alguien, al margen de su encopetada Alicia, hiciera aspavientos de asombro o lanzase exclamaciones de felicidad, debió de llevarse una gran desilusión. Las damas invitadas se limitaron a sonreír con diplomático civismo y lady Evelyn, ni siquiera eso. No se dio por aludida.

—¡Qué fabulosa noticia! —palmoteó Alicia Pettigrew, mostrando un júbilo casi teatral— ¿Podemos saber quién es el afortunado?

—Sí, señorita Waterman, díganos de quién se trata —se interesó Anne, sin que en realidad le importase en absoluto.

Penélope Waterman entrecerró los ojillos y sus tirabuzones color miel bailotearon encantados sobre sus redondos hombros.

—Van a permitirme que lo guarde en secreto…, solo de momento. Padre piensa celebrar una fastuosa fiesta donde lo anunciaremos y lo haremos público. Espero que puedan controlar su curiosidad hasta entonces.

—No sé si conseguiré dormir todos estos días… —confesó la duquesa, con ironía.

Julianna se aguantó una carcajada.

—Es usted muy mala, señorita Waterman, ¿cómo se le ocurre dejarnos así? —le reprochó, con un puchero bien ensayado.

Encerrada en su burbuja de felicidad, Penélope no pareció notar la burla que flotaba en los comentarios de sus invitadas. Al contrario, quedó convencida de que las había impactado con la noticia de su próximo matrimonio. Así que comió y bebió a dos carrillos, a su salud y a la de la envidia que seguramente las corroía. Cuando las damas decidieron marcharse, empezó el ritual de despedidas y buenos deseos. Penélope se deslizó hasta Evelyn, ligeramente apartada del resto del grupo y la tomó afectuosamente del brazo.

—Querida lady Evelyn, alégrese, le dispensaré un trato preferente; con usted voy a ser franca, ya que tengo entendido que conoce a mi prometido. Me dará su palabra de que guardará en la más absoluta discreción el dato que voy a revelarle.

—No es necesario… —intentó frenarla Evelyn.

—Oh, sí, estoy convencida de que se alegrará usted tanto de saberlo…, se alegrará por los dos. El coronel Darwin es quien ha pedido mi mano y padre se la ha concedido encantado. El coronel John Darwin —especificó, por si quedaba alguna duda—. ¿Recuerda cuando me preguntó por él y ambas dimos por hecho que se trataba de un ancianito? ¡Cuánto nos equivocábamos! Es el hombre más seductor que conozco.

La sonrisa tirante que Evelyn se esforzaba por mantener se borró de inmediato. Como un mal recuerdo o un gesto equivocado. Sintió un latigazo helado bajar por su espalda. Todo su cuerpo se puso tirante y deseó que la mano de dedos cortos de Penélope no hiciera contacto con su brazo porque seguramente, acababa de notar el impacto pavoroso de sus palabras.

—Lo considero un caballero honorable —consiguió decir en un balbuceo.

—¿A que sí? Sé que la ayudó a localizar a su esquivo prometido. John es un sueño hecho realidad, un poco serio pero mucho más que un hombre perfecto, ¿no le parece?

Evelyn asintió despacio, incapaz de responder. La voz se negaba a abandonar su garganta repentinamente seca.

—Querida, nos marchamos —reclamó Rebeca desde lejos, notando que algo no iba del todo bien.

En perfecta sincronía, Julianna se adelantó, la sujetó por la cintura y un brazo, previendo su tambaleo, y evitó que resbalara al suelo. Anne se entretuvo en entretener a Alicia Pettigrew con una animada cháchara. En menos de diez minutos habían abandonado la casa como quien huye de las mismísimas puertas del Averno.

Capítulo 32

Lo cierto es…, que no pienso dejar
que las cosas se queden como están

—¡Con Penélope! No puede ser… ¡Con Penélope Waterman! —aulló Evelyn, desesperada— ¡Con esa… esa…!

—¿No tenéis la sensación de que nos ha invitado a venir solo para restregarnos su compromiso por las narices? —aventuró Anne, con un gemido.

—Y con el pretendiente de Evelyn, nada menos —farfulló Julianna, enfurecida—. ¿De dónde diablos ha salido ese acuerdo?

—Esa mujer, además de horrible es astuta y maquiavélica —describió Rebeca, con un gruñido sordo.

—No deseo conocer los detalles —sollozó Evelyn, desinflándose de repente—. Solo me quiero morir. Y cuanto antes.

—¿Soy la única que ve algo sospechoso en este compromiso tan imprevisible como acelerado? —insistió Julianna, frunciendo el ceño.

—No, querida, qué vas a ser la única —coincidió Rebeca, entre dientes—. Es algo que sin duda pensamos todas.

—No se va a la guerra, no lo destinan al continente, o a las Américas… Va a casarse con alguien a quien conozco, tendré que encontrármelo en todos los bailes a los que asista. En las cenas, el teatro, en la ópera… —Evelyn rompió a llorar sin consuelo—. Me quiero morir, ¡me quiero morir! —repitió con agonía.

Sus tres amigas entrecruzaron miradas preocupadas.

—No te vas a morir, nada de morirse. Tienes que buscarlo y hablar con él —aconsejó Rebeca, resuelta, tras meditarlo un instante.

—No puedo verlo, no puedo enfrentarlo, ¿cómo podría pedirle…?

—Él te ama, Evelyn, te ama a ti —apuntó Anne, con fervor.

Evelyn la miró un segundo antes de volver a cubrirse el rostro con el pañuelo mojado.

—¡Pero se casa con Penélope Waterman!

—Por alguna razón extraña que toca descubrir —indicó Julianna—. ¿No piensas que pueda verse forzado por alguna causa? Si podemos ayudar, lo ayudaremos.

—A librarse de esa zorra hinchada y envidiosa —completó la duquesa, escogiendo sus insultos con la exquisita elegancia que la caracterizaba.

Todo aquel consuelo expresado en ánimos, coraje y valor, el respaldo que le otorgaban unido al sarcasmo y la ironía de sus inteligentes amigas, lograron que Evelyn esbozara una sonrisa.

—¿Y si no hay ningún motivo oculto? —preguntó con mucho temor— ¿Y si simplemente…, la ama?

Rebeca y Julianna se encogieron de hombros al mismo tiempo, meneando la cabeza como si la simple idea les hiciera reír.

—Entonces le enviaremos una corona de flores —decidió Rebeca, sin vacilar.

Anne pasó un dedito por la mejilla de Evelyn.

—Pero ahora, seca esas lágrimas. Hay que trazar un plan de los tuyos y debes estar dispuesta.

Para lady Evelyn Fowler y su carácter indomable, lo mejor era siempre lo más directo. No sabía andarse con rodeos. Ojalá el coronel volviera a comportarse como el bribón descarado que conoció en los arrabales en lugar de esgrimir la formalidad extrema de un militar de rango. Vestir su uniforme lo convertía en otro hombre, reservado, concienzudo y sometido al deber, sin embargo, era un hecho que no podía cambiar. De manera que volvió a acechar frente a la mansión de John Darwin, agazapada dentro de un carruaje que nadie podía identificar. Cuando lo vio salir, fúnebre y ceñudo, como solía estar últimamente, no dudó un instante en correr tras él. Perseguirlo y reclamarle. Independientemente del decoro, su mente solo acertaba a procesar ese mandato.

Los ojos de John, no obstante, reflejaron algo muy cercano al temor cuando la descubrieron. Diminuta e inofensiva con su sombrero, entre tantas capas de tela gruesa, bajo una fina lluvia que amenazaba con convertirse en nevada.

—Evelyn, ¿qué haces aquí? Vas a coger frío…

—Eso no me importa. Te advierto que no me iré hasta que no me expliques qué haces prometido a Penélope Waterman.

John puso los ojos en blanco.

—¿Dónde está tu doncella?

—He venido sola.

—¿Por qué diablos has hecho eso? Con ella presente, podríamos ir a algún sitio a tomar un té. No puedo pedirte que entres en casa…

—Deja de ser tan atinado y correcto. El John que me salvó la vida y me pegó contra la pared del callejón no lo era.

Evelyn lo apartó de un manotazo y se coló bajo su brazo

ligeramente levantado. Cuando él volvió a enfocar su imagen, ella subía muy dispuesta los escalones de entrada a su mansión.

—¡Evelyn! No puedes entrar ahí… ¡sola!

La joven no se molestó en responderle. John se sacudió el pasmo de encima y la siguió a toda prisa. Él no era el único perplejo ante la desenvoltura de la joven dama, a su mayordomo estuvo a punto de darle un pasmo. Trató de hacerse cargo de su abrigo, pero Evelyn lo ignoró adentrándose en el enorme vestíbulo.

—¿Alguna sala donde arda un buen fuego y podamos tomar un té caliente o una copa de brandy? —reclamó ella, con descaro—. Realmente creo que la ocasión lo merece.

—Evelyn, conseguirás que me vuelva loco —masculló el coronel, entre dientes.

Pero señaló una puerta con una mano y ella avanzó digna como una reina, hasta acomodarse en el primer sofá que encontró disponible.

—¿Necesitas que te repita la pregunta? —preguntó con acidez, mirándolo fijamente a los ojos.

—Desde luego que no, ¿cómo te has enterado?

Evelyn soltó una risa que era más bien un rugido.

—¡Ja! Ella misma se encargó de ponerme al corriente. ¡Conozco a Penélope! Por eso he creído que mi deber era…, venir y advertirte.

—¿Advertirme? —John cerró la puerta de la sala, sin darse cuenta de que lo hacía en las narices del lacayo que venía cargado con la bandeja de brandy.

—¿Por qué? ¿Por qué ella? Entre todas las jovencitas casaderas de Londres y sus alrededores… —Volvió a mirarlo incrédula, los ojos enrojecidos de disgusto— ¿Por qué precisamente Penélope Waterman?

John se negó a sentarse. Dio un par de vueltas a la habitación, frenético, como una fiera atrapada.

—Deja de preguntar, Eve, no me atormentes.

—¿Que deje de preguntar? Entonces explícamelo tú. Haz que entienda cómo es que has acabado prometido con esa abominable mujer o te juro por todos mis antepasados Herrick que levantaré cada adoquín del suelo de cada calle de esta ciudad hasta averiguarlo.

Darwin la miró como si el mundo conocido terminase en ella, en su brillante cabello rubio, en sus ojos azules que lo interrogaban con una desesperación que su voz enmascaraba.

—Solo quiero protegerte.

—¡No me protejas! —estalló ella—. Ni del escándalo, ni de mí misma. —Giró sobre el asiento sin levantarse, persiguiéndolo con la mirada a él, que no paraba de caminar y moverse—. Alivia mi sufrimiento, cuéntame qué te ha atado a ese compromiso de la noche a la mañana cuando se suponía que ibas a cortejarme, o perderé la

cabeza de tanto conjeturar ridiculeces.

John se detuvo junto a una enorme estantería de roble macizo plagada de libros. Apoyó el antebrazo y dejó caer sobre él la cabeza.

—Es…, difícil. Vergonzoso…

—Nadie te está escuchando —señaló Evelyn, con un hilo de voz—, solo yo.

—Precisamente. La mujer a la que amo.

Evelyn levantó la barbilla, luchando contra las lágrimas.

—La mujer a la que vas a abandonar y que merece saber por qué.

El coronel Darwin se dejó caer en un asiento. Era la viva imagen de un hombre completamente vencido, arruinado, sin ganas de vivir.

—Lo resumiré en pocas palabras: mi padre debe una cuantiosa suma al señor Waterman. Hace años tuvieron negocios juntos pero mi padre decidió cortar con aquella especie de sociedad poco rentable. El caso es que acaba de encontrarse con una inmensa deuda, contraída, al parecer, durante el tiempo en que ambos todavía eran socios. Mi padre no puede hacer frente a ese pago, así que decidieron… —Sacudió la cabeza sobre el pecho, acalorado—. En fin, a él le consta que jamás tuve interés real por mujer alguna, pensó que no supondría un gran sacrificio…, y este matrimonio lo arreglará todo.

Evelyn abrió los ojos con desmesura.

—¿Quieres decir que te han vendido para saldar una deuda?

Las palabras de Evelyn, es especial cuando pronunció «vendido» sonó como un siniestro cañonazo en aquella habitación.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo los caballeros permiten ese tipo de tratos? —insistió, al comprobar que el coronel no reaccionaba.

—Si está de por medio el honor de una familia, un caballero acepta lo que sea, por terrible e infame que parezca —explicó John, masticando cada sílaba.

Capítulo 33

Lo cierto es…, que todo esto que me cuentas
tiene tan poco sentido que querría olvidarlo
de inmediato para pensar que es una broma.

Evelyn pensó que resbalaría del asiento al suelo sin poder evitarlo. Se aferró al brazo del sofá hasta que sus nudillos se blanquearon, incapaz de hablar, de replicar nada coherente. Aquella sórdida historia le parecía una fábula grotesca, algo que John le contaba para hacerla reír.

No obstante…, bastaba mirar el rostro del coronel para entender que no se trataba de ninguna broma. Evelyn no quería oír lo que él tuviera que decir y sin embargo, allí estaba, convertida en piedra, convencida de que no huiría hasta saberlo todo.

—Os prestaré el dinero, mi primo el vizconde, mi amigo el duque… Lo conseguiré, no importa cuánto sea.

—Olvídate de eso. Mi padre no lo aceptaría. Jamás.

—Pero ¿por qué a costa de tu felicidad?

John suspiró y escondió la mirada, mordiéndose el labio inferior. Aun encontrándose en circunstancias tan adversas, por encima de la angustia, los ojos de Evelyn no pudieron evitar perseguir hipnotizados el movimiento. ¿Cómo explicarle que el concepto que su padre tenía del matrimonio distaba del amor verdadero y el romanticismo para acercarse más a la idea de negocio? ¿Cómo hacerle entender que hasta que la conoció, él compartía esa misma idea?

—Mi padre es un hombre muy estricto y ya anciano, sin ilusiones desde que madre murió. Dedicó su vida por entero a mí y jamás me ha pedido nada. Solo esto.

—Entonces nos casaremos y usaremos el capital que me corresponde como dote pero por favor, deshaz ese compromiso.

—Eso sería muy poco honorable. Por decir algo.

—¿Es más honroso casarse para eliminar lo que se debe?

—Al menos es más común —gruñó John entre dientes.

—Alguien como Penélope no es digna de ti.

La voz del coronel al responder estaba manchada de

desesperación.

—Será que no todas tienen la fortuna de ser tan hermosas como tú.

—¡Santo cielo! ¡No hablo de su apariencia física, no me juzgues tan frívola! Es mala, tiene el corazón oscuro… ¡Te hará vivir una existencia desgraciada!

El coronel Darwin miró despacio a la mujer que había conseguido conquistar su alma y que contra todos sus deseos, le estaba prohibida. Aquella jovencita rubia, de apariencia frágil e inocente, que en su interior escondía un auténtico polvorín. La de la mirada desafiante, las frases afiladas, los gestos cortantes. La del corazón juguetón y coqueto. La dama que se moría por abrazar y besar, por hacer suya. Eternamente suya. La destinataria de todas sus promesas, la que calentaría sus sábanas y recibiría hasta la última de sus caricias al amanecer. La mujer que había elegido, aún sin ser consciente de ello, para compartir su vida. No solo alguien con un corazón oscuro haría desgraciada su existencia. Bastaba que no fueran ella.

Lo solucionaría. Iba a solucionar todo aquel embrollo. Aunque le costara la vida, no permitiría que lo separaran de ella. Evelyn se merecía que le demostrasen cuánto valía su amor, a lo que un hombre estaba dispuesto con tal de no perderla. Pero debía pensar cómo. Hacerlo sin deshonrar a su padre, ni al apellido de su familia. Necesitaba meditar y con ella delante no podía pensar en otra cosa que no fuera envolverla fuerte con los brazos y besarla hasta que terminase el día.

—Evelyn… Márchate.

—Pero…

—Es mejor acabar con esto cuanto antes. Además de doloroso, resulta muy humillante. Para ambos.

Evelyn se puso en pie y dio un paso vacilante en dirección a John, que volvía a estar apalancado contra aquella estantería robusta y lujosa. Pero la tristeza infinita que descubrió en sus pupilas la hizo retroceder. Su furia se aplacó al instante. Se le acabaron las ideas geniales, las soluciones mágicas. Sintió que la ilusión se le moría dentro de las entrañas. Miró al suelo cubierto por una gruesa alfombra azul. Parpadeando contra el ardor que sentía en los ojos.

—De acuerdo. Si es eso lo que deseas…

—¡No! —gimió él, ahogando un grito— ¡No es lo que deseo, claro que no es lo que deseo! Pero no me quedan opciones.

—No quieres buscarlas —lo acusó sin fuerza en la voz, ni en la mirada.

John apretó los puños hasta que le fue imposible ir más allá. Él era un hombre de acción, no se le daban bien las palabras, las explicaciones se le atascaban en la garganta y se negaban a salir. Pero

la amaba. La amaba y lucharía por hacerla su esposa. ¿Cómo? Aún no lo sabía. Pero guardaba muy dentro la certeza de lograrlo.

¿Por qué no podía ella confiar un poco en él?

—¡Maldita sea, Evelyn! ¿Por qué no puedes entenderlo?

—Porque te amo —le aclaró, con voz estrangulada—. Porque sé que tú me amas. Y todo esto es tan injusto que preferiría morir frente al palacio de Buckingham, delante de todo Londres, antes que aceptarlo.

Escogió omitir el resto de sus pensamientos. Aquel tropel de sentimientos amargos que le bullían dentro y la despedazaban sin piedad no podían ver la luz. Ni siquiera soportaba mirarlo a los ojos. Amarlo con aquella ansia desbocada y renunciar a él por una causa tan tonta. ¿Podía imaginar peor ni más cruel castigo?

Al día siguiente, el servicio de Herrick House recibió un inmenso ramo de nomeolvides dirigido a lady Evelyn, que se encontraba encerrada en su dormitorio, con la única compañía de Julianna y Anne Hagstings. Cuando las jóvenes entraron en el cuarto, encontraron a su amiga frente a la chimenea, preocupantemente pálida, con la mirada perdida entre las llamas.

—Supongo que no ha sido una buena noche —adivinó Anne, en un susurro. Julianna la miró y asintió en silencio.

—¿Qué noche es buena desde que supe…? —respondió Evelyn, sin apartar los ojos del fuego.

Entonces, una doncella llamó a la puerta para entregar las flores y ella supo, sin necesidad de leer la tarjeta que lo acompañaba, quién las enviaba.

El dolor la partió en dos, incrementó su llanto. Incapaz de hacerse cargo del regalo, fue la señorita Hagstings quien lo recibió.

—Las nomeolvides representan el amor verdadero —explicó, emocionada.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hace? —gimió Evelyn, fuera de sí.

—Porque él también está sufriendo y quiere que lo sepas.

Evelyn dejó a Anne con el ramo entre los brazos y se arrojó sobre la cama, cubriéndose la cabeza con los almohadones de plumas.

—¿Hay algo que podamos hacer para ayudar? —sollozó Julianna, consternada.

—El señor Darwin no admitirá dinero prestado, eso es asunto zanjado, lo sabemos —les recordó Anne.

Julianna acarició con suavidad el brazo de Evelyn.

—Tienes que comer algo, querida, tienes que reponerte. ¿Recuerdas lo que me decías cuando estuve enferma?

La joven rubia asomó desde debajo de todas aquellas colchas de

seda bordada. Con los ojos hinchados y el cabello convertido en una maraña indecorosa.

—Tú estabas enferma de verdad. Yo solo he perdido las ganas de vivir por culpa de un compromiso absurdo, fruto de una venganza.

—El padre de tu coronel considera deshonroso que le presten dinero para saldar su deuda —resumió Julianna, pensativa—. Considera mucho más honorable «vender» a su hijo para quedar libre. Uno de tantos comportamientos ingleses que no acierto a entender.

—Queda tranquila, no eres la única que no lo comprende —la apoyó Anne.

—No obstante, si fuese el propio acreedor quien saldara la deuda… —propuso Julianna, con aire misterioso.

Evelyn volvió a salir de su agujero y se la quedó mirando con curiosidad. Anne hizo otro tanto. Un silencio de catedral se apoderó del dormitorio.

—¿A qué te refieres?

—A que puede que haya una solución para este enredo. ¿Queréis oírla?

Capítulo 34

Lo cierto es…, que no estoy
renunciando a nada. Ni rindiéndome siquiera.

—¿Por qué, padre, por qué? ¿Cómo no se le ocurrió consultármelo antes?

John Darwin paseó su frustración y toda su impotencia por la biblioteca alfombrada. Los puños apretados, la mandíbula tensa. El músculo que le palpitaba cuando se enfurecía, latiendo como un corazón. En el Chester frente a él, su padre lo miraba con un aire de incomprensión en los ojos. Era evidente que no acababa de entender por qué su hijo se había tomado tan mal aquella solución magnífica y tan habitual.

El coronel, por su parte, esquivaba mirarlo. Un solo vistazo a su padre bastaba para desmoronarlo: viéndolo allí, tan anciano y vulnerable, tan convencido de no haber dañado a nadie, el alma se le inundaba de ternura, no lograba irritarse en su contra.

—Escuche, padre… —John movió las manos que le temblaban ligeramente—. Tiene que haber otro modo.

—El propio señor Waterman me ofreció la solución. Unir nuestras casas a cambio de olvidarse de esa deuda maldita que nos llevaría a la ruina. No me pareció mal, hijo, es lo que hacen todas las familias de buen apellido.

—Nosotros no somos todas las familias.

—Desde luego que no, solo quedamos tú y yo, ni siquiera somos una familia de verdad.

John se acuclilló ante el anciano y le tomó las manos arrugadas con afectuoso cariño.

—No diga eso, padre. Mientras nos tengamos el uno al otro somos familia, la mejor de todas. No olvide que madre sigue ahí, acompañándonos.

—Y estaría orgullosa de este matrimonio, estoy convencido.

—Yo por el contrario no estoy tan seguro. Si madre mira dentro de mi corazón…

—John, nunca pensaste en casarte, era algo que no te importaba lo más mínimo, ¿qué implicaciones podría acarrear? Sigue con tu vida

tal cual la llevas, solo que con una esposa que, el cielo lo permita, te hará compañía en la vejez.

—No lo entiende, padre. —La voz grave del coronel se quebró en un sollozo apagado—. Ya hay una dama a la que pensaba cortejar. Existe una dama a la que amo y a la que deseo convertir en compañera de por vida. Siento no haberlo puesto al corriente con la suficiente premura como para evitar este despropósito.

El anciano señor Darwin meneó la cabeza, desconcertado. Su hijo le soltó las manos y fue a servir un par de copas que mitigaran su histeria.

—¿Un matrimonio por amor? No te confundas, John, esa es la peor maldición, la más cruel. No te la busques y te la asegures tú mismo. El día que tu madre nos dejó para siempre, mi alma voló con ella y aquí solo permanece un cascarón hueco sin ningún valor, que no siente ni padece. Es cómodo que la persona con la que convives no sea el centro mismo de tu existencia. Cómodo y conveniente. Una especie de seguro de felicidad.

John alargó la copa a su padre que vaciló antes de aceptarla. A continuación se sentó a su lado.

—Los años que usted compartió con madre, esos sí que fueron felices. Muchos, pocos, da igual, lo que importa es compartirlos con la persona que arranca una sonrisa de tus labios y un brillo audaz de tus ojos. Ese ser que hace que despertar cada día merezca realmente la pena. —Se puso súbitamente en pie—. Tengo que arreglar esto, padre, no renunciaré a la mujer a la que adoro ni pienso casarme con esa desconocida.

—No te atreverás a pasar por encima de mi honor y pisotearlo.

—Saldaremos esa deuda.

—¿Cómo?

—Venderé esta casa. Buscaré dinero debajo de las piedras si es preciso. Pero no la perderé a ella por un ridículo conflicto de intereses.

Los ojos del anciano Darwin se abrieron con desmesura antes de recorrer los rincones de su querida biblioteca con unas pupilas cansadas que amenazaban llanto.

—La casa es lo único que nos queda…, de lo que fuimos.

—El presente es lo que importa, padre. Buscaremos un alojamiento más modesto. De todas formas, esta mansión es demasiado grande para nosotros dos.

—Olvidas que pretendes traer una esposa a vivir contigo.

Por primera vez desde que aquella desagradable charla había comenzado, los labios del coronel se curvaron en un esbozo de sonrisa.

—Si usted la conociera, padre… Evelyn sería feliz incluso

viviendo en una choza en medio de los huertos.

Eran las once en punto de la mañana cuando lady Evelyn Fowler, vestida con sus mejores galas, se presentó en la mansión del señor Waterman pidiendo ser recibida en nombre de su padre, el conde. Con semejante tarjeta de visita no había familia ni patriarca en Londres que se negase a atenderla.

El octogenario señor Waterman, propietario de las patillas más largas que Evelyn había visto nunca, estaba sentado tras su despacho pero salió a saludarla con premura y una reverencia. El título del condado de Herrick abría de par en par las puertas, se dijo Evelyn satisfecha. El caballero le ofreció asiento frente a la agradable chimenea y té con tartaletas de melocotón. Cuando por fin los dejaron solos, Evelyn se aclaró la voz con una tosecilla.

—Le agradezco que me dedique parte de su tiempo, señor Waterman, sé que es un hombre ocupado y no le quepa duda de que tanto mi padre como mi primo, el vizconde Rothgar, futuro conde de Herrick, también le estarán muy agradecidos. Tenía que verlo y confirmar con usted una información preocupante —agregó, escogiendo con sumo cuidado la última palabra.

—Estoy a su entera disposición, lady Evelyn.

—Dicho de otro modo, el asunto que me trae hoy aquí es tremendamente delicado, señor Waterman, antes de iniciar nuestra charla querría saber que cuento con su absoluta discreción.

Diríase que las orejas del hombre se estiraron de pura curiosidad ante tanto preámbulo.

—Puede contar con ello, mi querida lady Evelyn. Soy un hombre de negocios, sé guardar secretos, lo que conversemos no saldrá de entre estas paredes.

—Necesito que me detalle los pormenores del compromiso entre su hija, mi estimada amiga Penélope, y el coronel John Darwin.

Cerró su demanda con una deliciosa y cándida sonrisa. El desconcierto más absoluto se apoderó del rostro del señor Waterman. Sus pobladas cejas se arquearon con sorpresa. Evelyn volvió a la carga: —No tema desmenuzar el asunto aunque lo considere…, digamos escabroso. Es importante, enseguida entenderá usted el porqué.

Capítulo 35

Lo cierto es…, que tenemos
un trato estupendo, ¿verdad?

—La verdad, explicarle algo así a una dama es una situación ciertamente incómoda —balbuceó el caballero, esquivando su mirada.

Evelyn decidió darle un empujoncito.

—Tengo entendido que el padre del coronel le adeuda una fuerte suma de dinero. En libras —deletreó, con total seguridad.

—Compruebo que está bien informada.

—Pronto entenderá que debo estarlo. Dígame, señor Waterman, ¿fue nuestra querida Penélope quien le solicitó o propuso este, llamémosle arreglo? ¿Un matrimonio en pago de la deuda?

El señor Waterman se frotó la frente, luego el cuello. Tosió, sorteó por segunda vez sus ojos. Y finalmente, muy turbado, asintió.

—No entiendo qué tiene eso que ver, lady Evelyn.

—Señor Waterman, adoro a su hija, somos buenas amigas desde hace mucho —deslizó con voz de miel—, motivo por el que me veo obligada a entrevistarme con usted y aclarar ciertos aspectos incómodos de ese compromiso. Debe saber que el coronel John Darwin me dio su palabra con promesa de matrimonio hace tiempo, que su honor de caballero está comprometido y que por lo tanto, no puede casarse con otra.

El rostro redondo del señor Waterman perdió el color para transformarse en una hoja de blanco papel. Y los pelillos de sus patillas bailotearon de horror.

—¡Oh, cielos! —exclamó, casi como si se estuviera ahogando en el río.

—Sí, cielos. Entenderá que sea importante determinar de quién surgió la propuesta, ya que si fue el propio coronel quien lo sugirió…

—No, no, fue Penélope —se apresuró a aclarar el señor Waterman —, fue mi hija quien lo refirió. Y se lo trasladé a mi antiguo socio, el padre del coronel. Me pareció…, nos pareció buena idea.

Un ramalazo de alivio recorrió el cuerpo de Evelyn de arriba abajo, como un confortable baño caliente que te repone en pleno invierno.

—Señor, no quisiera ser portadora de tan mala noticia tratándose de mi amiga. Mi padre, el conde, está dispuesto a que el coronel cumpla con su juramento y no me deshonre. Dispuesto —recalcó,

regodeándose en su mentira.

—Claro, claro… Lo entiendo.

—Usted como padre haría lo mismo.

—Puedo suponer lo mucho que se disgustaría el conde ante la noticia —tartamudeó el caballero, con la frente perlada de gotitas de sudor.

—Oh, sí, sí, ni lo imagina. —Evelyn acompañó sus palabras con un gesto grandilocuente—. Nada más oír los rumores se puso furioso.

El señor Waterman se apresuró a abandonar el asiento y a servirse una copa bien colmada de whisky. Se la bebió de un trago y se sirvió otra más. Evelyn lo acompañó desde su butaca, con un sorbito de té.

—De hecho, pretendía visitarle él mismo y reclamarle, pero lo convencí de que no sería necesario llegar tan lejos siendo Penélope tan buena amiga mía; sé que es usted un hombre razonable.

—Me temo que mi hija no lo sea tanto —musitó, pasándose un dedo por el cuello apretado de la camisa—, estaba bastante encaprichada con esta historia.

Evelyn fingió no haberlo oído.

—En otro orden de cosas, tampoco es justo que pierda usted el importe de su deuda, en eso el conde está de acuerdo. De manera que la familia Herrick se encargará de satisfacerla. Hasta el último penique.

El señor Waterman movió la cabeza agobiado, sin articular palabra. Los ojos desorbitados de aprensión, adivinando, probablemente, el ataque de furia de su mimada hijita después de aquello. Evelyn curvó los labios en una sonrisa malévola que ocultó enseguida.

—Para evitarle enfrentamientos con el conde, que cuando se pone de mal humor es temible, si me lo permite, yo misma le traeré el dinero.

—Estooo…, bueno…

—Eso sí, usted debe prometer por su honor de caballero que cancelará ese compromiso imposible en cuanto lo reciba.

—Pero mi hija Penélope…

—Invente cualquier excusa. Todo menos que la querida Pe se entere de que en realidad, el hombre que cree su prometido ya estaba previamente obligado frente a otra. Sería muy desagradable. Y mucho menos, que a nadie se le ocurra permitir que el asunto trascienda a la esfera pública. ¿Dónde quedaría la reputación de mi estimada amiga si esto se supiera? Por suerte aún no se ha hecho ningún anuncio oficial, ¿verdad que no?

—Nnno… Nnno.

—Entonces hemos llegado a tiempo —resolvió lady Evelyn, feliz, soltando la tacita de té, poniéndose en pie tras alisar su falda.

Alargó una mano estirada que el señor Waterman miró como si se tratara de una cobra real.

—Recuerde que el único modo de salvaguardarlo de los demonios del conde de Herrick es que usted guarde silencio. Ni una palabra de esto a nadie, señor. Le traeré su dinero cuanto antes. Solo debe aguardarme y recibirme cuando regrese.

El caballero accedió a estrecharle la mano, hondamente extrañado por el gesto, impropio de una señorita de su posición y finura. Pero estaba demasiado aturdido como para analizar nada.

—Nos vemos dentro de muy poco, señor Waterman. El nuestro es un trato estupendo que lo liberará de muchos quebraderos de cabeza. Créame.

A Evelyn Fowler solo le faltaba cantar y bailar sobre las puntas de sus zapatos cuando abandonó la mansión Waterman. Ni todos los miles de libras de aquel hombre, ni sus prósperos negocios ni sus bancos, habían vencido al poder de un título de conde. Había procurado mencionarlo todo lo posible, gozando al comprobar cómo se agitaba el señor Waterman en cada ocasión, con solo escucharla.

Tan dichosa iba, imaginándose ya en brazos de su atractivo coronel, que no se percató de la presencia de Penélope, con la que de milagro no se cruzó al salir. La hija del propietario de la mansión asomó la cabeza, intrigada, por la puerta de la sala en la que su padre permanecía de pie, como un pasmarote, sin hablar con nadie y completamente solo contemplando la pared.

—¿Padre? ¿Ocurre algo? ¿Qué hacía lady Evelyn aquí? ¿Ha venido a buscarme?

—Pasa, hija, pasa. Y cierra la puerta. Tenemos que hablar.

Veinte minutos más tarde, los que el señor Waterman necesitó para encontrar las palabras precisas, Penélope gritaba como una desquiciada, corriendo por toda la sala, arrojando cojines contra las paredes y algún que otro jarrón hindú valioso que acabó hecho añicos.

—¡No! ¡No! ¡Y mil veces no! ¿Cómo has podido permitirlo?

—Entiéndelo, hijita, si el coronel Darwin le prometió algo a lady Evelyn antes de…

—¡Me lo habría dicho! Te está engañando, padre, esa víbora te está engañando. —Apuntó con un dedo estirado la puerta por la que Evelyn se había marchado. Su padre parpadeó desconcertado.

—¿Víbora? Pensé que erais amigas…

—Lo éramos. Hasta que los títulos se le subieron a la cabeza y empezó a considerarme demasiado poco valiosa como para mantener nuestra amistad. Ahora, lady Evelyn Fowler prefiere codearse con duquesas.

—Hasta cierto punto es comprensible…

—¡Padre!

—Hija, los títulos pesan, es el triste escenario de esta sociedad nuestra. —Hundió la mirada en el suelo—. No voy a discutir con un conde, no tendría la menor posibilidad.

Penélope apretó los dientes y los puños. Hasta los bucles de su moño se sacudieron de rabia.

—¡Pero padre!

—Ni una palabra más acerca de este tema. —El señor Waterman frenó a su impetuosa hija con una mano alzada—. Aguardaré a que lady Evelyn cancele la deuda y después daremos el siguiente paso. Nuestra familia recuperará el dinero…

—¡No pienso renunciar a John…! —gritó histérica.

—Y a ti te buscaré otro prometido. Debe de haber alguien interesado por alguna parte.

Capítulo 36

Lo cierto es…, que por cada trampa
que tú me pongas, yo soy capaz
de esquivar otras cien.

Penélope Waterman cerró la puerta de la sala con un portazo capaz de sacar las bisagras de sus goznes. Lo peor de todo es que no había nada que pudiera hacer, si obligaba a su padre a enfrentarse al conde de Herrick se montaría un escándalo del que su familia saldría muy mal parada. No le quedaba más salida que usar el ingenio. La maldita lady Evelyn no se saldría con la suya. Después de haber conseguido vengarse de sus desprecios y arruinarle la vida robándole al hombre al que amaba, Penélope no se dejaría vencer en el último asalto. Avisó al mayordomo y al ama de llaves y se reunió con ellos a escondidas.

—Confío en ustedes y en su absoluta lealtad a esta familia —comenzó su sermón. Los mandamases en la jerarquía de la servidumbre se apresuraron a asentir con las cabezas—, por eso les hago partícipe de una prohibición que deberán trasladar al resto del servicio, siendo absolutamente discretos al respecto. La salud de mi padre está en juego. Y toda nuestra fortuna. Sus empleos, esta casa, el futuro de todos. Atiendan: es de vital importancia que no se permita la comunicación entre lady Evelyn Fowler, la hija del conde de Herrick, y mi señor padre. ¿He sido clara?

El mayordomo sacudió la cabeza en sentido afirmativo y sin poner trabas. Pero el ama de llaves requería, por lo visto, de más detalles.

—Pero señorita…

—¡Bajo ningún concepto y de ningún modo! —repitió Penélope, alzando la voz, a punto de perder los estribos—. Ni visitas, ni mensajes, ni cartas.

—Pero ¿y si…? —insistió la mujer vestida de negro.

Penélope le lanzó una mirada de enojo, deseando atizarle en la cabeza con un candelabro para que cerrase de una vez el pico y dejara de incordiar.

—Entenderán que no pueda ni deba explicarles los pormenores. Esto es una instrucción. No —rectificó—, una orden, es una orden. Y de ustedes y de su silencio depende el bienestar de esta familia. Padre no debe saber nada, madre tampoco. Solo nosotros tres. Pero deben

ustedes controlar cualquier intento de acceso de esa maliciosa mujer a mi padre. Él no debe verla ni recibir ninguna nota que provenga de ella o de la casa Herrick. ¿Entendido?

—Sí, señorita —aceptaron a coro.

—Y no se atrevan a desobedecer —los amenazó, clavando una intimidante mirada en el ama de llaves—, porque les aseguro que tengo cómo enterarme.

La mujer se estremeció.

—Le pido disculpas, señorita.

—Es todo. ¿A que esperan? Pueden irse.

La mujer y el mayordomo inclinaron respetuosamente las cabezas en un ensayo torpe de reverencia y se retiraron. Penélope Waterman giró sobre sus talones y se contempló en el enorme espejo de marco dorado, con la expresión de un gato saciado de crema de leche.

—Eres lista, Penélope. A ver cómo se las arregla ahora la desesperada lady Evelyn para hacerle llegar a padre el dinero de la deuda. A ver quién puede más de las dos. A ver…

A partir de ese momento, rematar con éxito su plan se convirtió, para Evelyn, en una difícil cuesta arriba. Reunir la suma fue pan comido. Era alta, suficiente como para que muchas familias subsistieran varios años, pero bastó comentárselo a Julianna y al primo Henry, para que al día siguiente los abultados fajos de billetes estuvieran a su disposición. Sin embargo…

Le extrañó que las innumerables cartas que envió al señor Waterman proponiendo concertar una cita, o anunciando su visita, quedaran sin respuesta. Ni corta ni perezosa se plantó en la puerta de su casa. Sorprendentemente, todo se volvieron excusas e impedimentos y jamás llegó a entrevistarse con él.

—¿Se habrá arrepentido de nuestro acuerdo?

Julianna y ella tomaban chocolate caliente en el invernadero, rodeadas de plantas de invierno de sutil perfume y de una suave humedad exótica. La persecución de Evelyn «contra» el señor Waterman se prolongaba ya casi por espacio de una semana, temía empezar a parecer una maníaca demente a ojos de todos.

Julianna negó pensativa con la cabeza y sus brillantes rizos rojos bailaron con ella.

—¿Por qué iba a echarse atrás? Si se tragó el cuento de que el coronel estaba comprometido contigo con carácter previo, debe de querer cobrar su deuda. No hay demasiados motivos por los que no desee recibirte. No. Tiene que haber otra razón.

Volvieron a quedarse en silencio y enseguida las dos levantaron a un tiempo la cabeza. Los ojos repentinamente despiertos, las ideas

súbitamente claras.

—¡Penélope! —dedujeron a dúo.

—Ella ha debido manipular a los criados para impedir que te reúnas con su padre —recapituló Julianna, con firmeza.

—Eso significaría que está al tanto de lo que ocurre y eso que le advertí al señor Waterman…

Julianna restó importancia al hecho, dejando caer una mano.

—Bah, ese pobre hombre asustado seguramente no encontró otra manera de enfrentarse a la fiera de su hija que contándole la verdad.

Evelyn se mordió el labio y luego sonrió perversa.

—¿Así que esta era tu pequeña venganza, Pe? Maldita zorra glotona y deslenguada…

—¡Evelyn! —rio Julianna, cubriéndose la boca con los finos dedos. Pero el cambio de expresión en el rostro de Evelyn cortó de cuajo su diversión.

—¿Y si nos equivocamos? ¿Y si Pe no tuviera nada que ver? ¿Y si realmente el señor Waterman ha decidido romper nuestro acuerdo y se niega a liberar a John?

—Si es así, cuanto antes lo sepas, mucho mejor para todos.

—Lo que parece claro es que en su casa no lograré verlo…

—Podríamos pedirle a Henry que concierte un encuentro y salde este conflicto de una vez por todas —propuso Julianna, con buena fe. La idea horrorizó a su amiga.

—No, ni Henry ni ninguna otra persona de esta familia cuya presencia pueda avergonzar o humillar al señor Waterman. El asunto debe llevarse con la mayor discreción; debo ser yo, es lo que le prometí.

La pelirroja suspiró arrinconada.

—Entonces…

—¡Evelyn! ¡Julianna! ¡Venid, venid pronto!

La revoltosa Sienna apareció corriendo, abriendo de par en par la puerta del invernadero, con las mejillas arreboladas por el esfuerzo. Una ráfaga de aire helado se coló en el interior y las besó de forma muy desagradable.

—¡Buenas noticias! —anunció, radiante.

Evelyn se estremeció de pies a cabeza, sacudida por el frío.

—Cierra esa puerta, por amor del cielo, vamos a congelarnos.

—¡Tenéis que subir a casa! ¡Cuanto antes! —Los ojitos color chocolate de la preciosa Sienna relampaguearon—. ¡La tía Elisabetta y los primos Spencer! ¡Acaban de llegar!

Evelyn lo ignoraba pero John Darwin se puso en marcha de inmediato. Echó mano de todos sus contactos, hizo uso hasta del más

insignificante de sus conocidos para extender la noticia de que la mansión familiar, lujosa y situada en un envidiable enclave del centro de la ciudad, estaba a la venta. Contrariando los deseos de su padre, sintiendo muy hondo el pinchazo del remordimiento ya que aquella casa era el lugar predilecto de su difunta madre en el mundo. Jamás imaginó que sus hijos, si alguna vez los tenía, no se criasen entre sus muros.

Pero si su padre había cometido un error, era su tarea enmendarlo.

Debía pelear por Evelyn, por el amor que sentían, por la posibilidad de un futuro juntos. Si no lo hacía no le quedaría nada y difícilmente podría perdonarse a sí mismo.

Paladeó el café que acababa de servirle un camarero en White´s y sus ojos apesadumbrados se perdieron a través de la ventana, buscando la escasa luz del exterior. Un día de invierno cualquiera en la urbe más neblinosa del mundo occidental. Una voz desconocida lo trajo de vuelta.

—¿Coronel Darwin? ¿Me permite?

Era un hombre de impecable vestimenta, mediana edad y pelo ligeramente canoso al que nunca antes había visto, mucho menos por el club. Le hizo un gesto con la cabeza que ni siquiera pretendía ser amable y el caballero tomó asiento en su mesa y atrajo la atención del camarero para ordenar una copa.

—Me alegro de haberlo encontrado, al fin —sonrió.

John lo miró con curiosidad. Sus modales eran exquisitos, su actitud abierta, confiada y afable. Y en su boca flotaba una permanente sonrisa que nada tenía de arrogante o ladina.

—Disculpe, ¿nos conocemos?

—Algo así sería difícil puesto que acabo de llegar de las Américas. Me llamo Samuel Tommer y quiero hacerle una interesante propuesta.

Capítulo 37

Lo cierto es…, que necesito
un cómplice cuanto antes.

Herrick House se convirtió en una fiesta.

Para suplicio de la condesa Prudence, desde que la caravana de Spencers aterrizó en la mansión, todo el mundo parecía divertirse, se oían risas por los pasillos, el sepulcral silencio se había quebrado y su plantel de criados, antes lo suficientemente ocioso como para adivinar sus necesidades antes incluso de que surgieran, se hallaba al completo saturado de encargos, idas y venidas de dormitorio a gabinete y vuelta a empezar, amén de paseos interminables desde los carruajes cargados de equipaje, al interior de la casa. Carcajadas, conversaciones en voz alta, ojos que lanzaban destellos… ¡Qué molesto!

Lo que peor llevaba la madre de Evelyn era que su familia, especialmente su marido, fuera feliz al margen de ella y sus directrices. De modo que puso en marcha su mejor arsenal de quejas y achaques para retirarse y evitar el tormento. Nadie la echó demasiado en falta, su hija mayor, su bastión de apoyo, llevaba esquivándola desde que descubrió su verdadera cara y la sombría historia que ocultaba bajo las faldas. Y a Prudence, que le otorgaba gran relieve a los buenos casamientos y a los futuros asegurados, le resultó muy sencillo creer que el cambio en el ánimo de su hija se debía a su desengaño con el teniente Philip Sommerset y a sus expectativas matrimoniales frustradas.

A Evelyn le convenía que fuera así. De modo que no la sacó de su error.

Rodeada por un encantador bullicio, la joven abrazó a su tía Elisabetta con tanta fuerza como si se acabara el mundo.

—¡Tía, tía, querida tía! —La apretó fuerte, escondiendo la cara en el hueco de su hombro, aspirando su delicioso perfume francés.

Elisabetta Fowler se sorprendió ante tanta efusividad.

—Sobrina, ¿te ocurre algo malo?

—¿Malo? ¡No! ¿Es malo que me alegre mucho de verte?

La dama dejó ir una risa alegre y cantarina.

—Me temo que te cansarás de soportarme a partir de ahora, pequeña.

Tras ellas, Sienna y Diana jugueteaban con sus primos gemelos, los escandalosos Jurian y Varian, intercambiando dulces y regalos.

—Será todo un placer teneros en Herrick House, tía, ya era hora.

—Francamente, pensé que esperaríais a que Henry heredara el título para mudaros.

Aquella voz de hielo enfrió el entusiasmo reinante en el salón. Prudence había esperado paciente a que el conde se retirara a descansar para hacer su pomposa aparición. El vizconde y Julianna, que se encontraban de visita en casa de los marqueses de Astor, no tardarían en llegar. Elisabetta la observó conteniendo, seguramente, una grosería.

—Mi querida Prudence, no estoy muy dispuesta a esperar ese aciago momento, sería como celebrar con una invasión familiar el fallecimiento de mi hermano favorito.

—Invasión… —Prudence miró las florituras del techo—, qué acertada palabra para este escenario.

Se hizo el silencio. Hasta los más jóvenes captaron sin problema la intención de la afilada frase. Elisabetta sonrió con paciencia y mucha dulzura.

—Estimadísima cuñada, no olvides que fui yo, no tú, la que nació entre las paredes de Herrick House.

—¿Tomamos un refrigerio? —interrumpió la inteligente Sienna, tratando de limar las asperezas de aquella insoportable tensión.

—¡Qué buena idea! —aplaudió su hermana— Todavía queda mucho para la cena…

—¡Madre! ¿Ya habéis llegado? —El vizconde Rothgar apareció en aquel instante, con su preciosa mujer pelirroja del brazo—. Pensé que no llegabais hasta mañana.

—Convence a tus hermanos, si eres capaz, de que sigan esperando. Ven aquí, Julianna, deja que te abrace…

—Qué grata sorpresa, lady Elisabetta. —La joven respondió a la cariñosa muestra de afecto de su suegra y a continuación, se dedicó a saludar a todos sus cuñados. Incluido el esquivo Rhys, que se había mantenido apartado, ojeando los libros de las estanterías.

—Hemos venido de avanzadilla, hermano —anunció jovial Cassian, palmeándole la espalda al futuro conde—. A partir de mañana empezarán a llegar los coches con el resto de nuestros enseres.

Prudence dejó escapar un gemido de espanto.

—¿Sabéis ya dónde vais a instalaros? —se interesó Henry, haciendo caso omiso de los aspavientos de la condesa.

—El tío Armand nos ha asignado todo el ala este de la mansión —explicó Lucien, con los ojos brillantes.

—Lo convertiremos en el reino Spencer —rieron los gemelos, a coro, lanzando los puños apretados hacia el techo en señal de victoria.

—¡Qué divertido! —aplaudió Diana, recibiendo una mirada

sancionadora de su madre.

—Una trinchera de guerra, eso es lo que parecerán esos aposentos en breve —farfulló Prudence entre dientes.

Por descontado, nadie se molestó en responderle.

—Yo me quedo en mis habitaciones de siempre, hijo —prosiguió Elisabetta, con calma—. Me traen recuerdos de la niñez.

—De eso hace ya una eternidad, querida, ¿cómo es que tienes memoria bastante? —se sorprendió Prudence, pestañeando muy rápido.

—¿Comemos algo, cuñada? —fue la cortés respuesta de lady Elisabetta, que incluso la mortificó tomándola del brazo—. Ardo en deseos de comprobar las excelencias de tus cocineras, a ver qué nuevas normas podría encomendarles. Para su mejora, Prudence —le propinó unas palmaditas traviesas en el antebrazo—, siempre para su mejora. Porque si a los chicos no les gustan sus recetas, estaba pensando en traerme a mi propio cocinero… —Observó divertida la mueca de horror de la condesa y contuvo una carcajada— ¡Es broma, querida! Relájate.

Después de la cena, que transcurrió entre risas y frases amables, incluyendo alguna que otra intervención del propio conde, la familia pasó a uno de los salones grandes y los gemelos Spencer, idénticos entre sí, virtuosos del canto y del piano y el violín respectivamente, los deleitaron con un recital. Blandamente recostada en un diván, relajada por primera vez en muchas semanas, Evelyn disfrutaba del ambiente festivo. Tener a los seis hermanos Spencer en casa, a su tía más querida y a una de sus mejores amigas, todos conviviendo bajo el mismo techo era un magnífico regalo. El bálsamo ideal para sus profundas heridas. Arrancaba una etapa distinta y más favorable en su vida y por más que le pesara a su madre, todos estarían más contentos.

Se dejó arrullar por las voces combinadas de sus primos, dos increíbles artistas pese a su personalidad rebelde, compleja y algo pendenciera. Jurian y Varian iban a romper muchísimos corazones en Londres de ahí en adelante, pensó. ¿Cuál de sus fascinantes cinco primos solteros podría encajar con Anne? Sus ojos viajaron de uno a otro, sin detenerse. Los gemelos, descartados. Las opciones eran el sensato y responsable Cassian, el estudioso y callado Rhys o el misterioso Lucien.

Sonrió ante el desafío que se le ponía por delante.

Porque Evelyn, querida lectora, si aún no lo has descubierto, adoraba los retos.

Se levantó despacio, sin dar demasiadas pistas y aprovechando el

alboroto del final del recital y la entrada de las doncellas con las bandejas de licores y el té, tomó asiento junto a Cassian.

—Primo, necesito tu ayuda. Y es cuestión de vida o muerte.

El guapo joven la miró con los ojos muy abiertos. Perplejo por la intensidad de la súplica. Pero antes de que pudiera articular palabra, tenían encima a los gemelos, rodeándoles el cuello con sus fuertes brazos y besando su mejilla.

—Si nuestra primita necesita ayuda, aquí estamos para servirla —ronroneó Jurian, con un guiño seductor.

—Ni se os ocurra. —Riendo, Evelyn se liberó de su cepo—. Con vosotros cerca, las cosas no podrían acabar más que en tragedia. Es una misión delicada donde la discreción es vital —agregó en un susurro.

Los gemelos cruzaron una mirada de desencanto, bufando antes de desaparecer tras una bandeja de copas de brandy. Quizá el requisito «discreción» los había desanimado.

—¿De qué se trata? —retomó Cassian, en voz baja.

—No puedo contártelo aquí. —Evelyn miró recelosa en torno. Todo el mundo parecía estar disfrutando de la reunión—. Ni siquiera el primo Henry puede enterarse. Mucho menos Julianna.

—Vayamos a la biblioteca, allí podremos conversar con mayor libertad.

—Buena idea, primo. Además de insoportablemente agraciado, eres muy listo.

Se deslizaron fuera de la habitación sin siquiera ser vistos. A puerta cerrada, las risas y las amenas charlas aún se oían desde el pasillo que se encontraba en el más absoluto silencio. Evelyn hizo una seña a su primo para que la siguiera y juntos se dirigieron a la estancia donde reinan los libros.

Capítulo 38

Lo cierto es…, que
los problemas caen del cielo

—Necesito que me ayudes a encontrarme con alguien —espetó Evelyn, nada más entrar, cuando Cassian ni siquiera había dispuesto de tiempo para cerrar la puerta.

El joven Spencer se apoyó contra la madera, con los ojos como platos.

—¿A encontrarte con alguien? ¿Acaso estás teniendo una aventura clandestina, prima?

Las mejillas de Evelyn se pusieron como tomates maduros. No era propio del juicioso Cassian sacar aquellas conclusiones tan precipitadas como erróneas.

—Por descontado que no se trata de eso, ¿cómo has podido pensarlo siquiera?

—Si necesitas de una carabina para reunirte con alguien a escondidas…

—No es exactamente así —lo cortó ella.

—Dices que mi hermano Henry no puede enterarse, ni siquiera su esposa, que es tu amiga del alma… ¿Es mucho preguntar en qué diantres estás metida, querida?

Evelyn abrió la boca para responder pero por encima del respaldo del sofá que tenían a unos cuatro metros de distancia, surgió una mano, grande y varonil, que se agitó en el aire y la hizo sobresaltar.

—¡Cielos!

—Voy a rogaros que os detengáis ahora. —Rhys Spencer asomó por detrás del sofá, con un libro en la otra mano—. Antes de que sea demasiado tarde y oiga algo confidencial que no debiera.

Superado el susto, Evelyn acudió a la carrera hasta su otro primo y tomó asiento a su lado. Cassian la imitó pasados unos instantes.

—No digas tonterías, Rhys, tú eres tan confiable como Cassian. A los gemelos no puedo pedirles ayuda sin que acaben promoviendo el escándalo de la temporada, ya los conocéis. En cuanto a Lucien, no se me habría ocurrido pedirle ningún favor, es siempre tan misterioso…

Cassian y Rhys cruzaron una rápida mirada repleta de significados que Evelyn no entendió en absoluto.

—Solo puedo confiar en vosotros dos. ¿Estáis preparados? Os

contaré toda la historia.

Antes de que pudiera iniciar el relato, Cassian la detuvo levantando las manos.

—¿Brandy para todos?

Evelyn y Rhys se miraron antes de asentir al unísono. Una vez que tuvieron cada uno su copa entre los dedos y brindaron por lo que Cassian bautizó chistoso como «el secreto de Evelyn», la joven se estremeció de dicha y complacencia.

—Qué alegría tan enorme teneros en casa de ahora en adelante. Veréis…

Media hora más tarde, los dos Spencer estaban al tanto de la historia de amor de su prima, de la deuda del padre de John Darwin y de las sucias trampas de Penélope Waterman para impedir su pago. Rhys abrió y cerró repetidamente el libro que aún mantenía cerca en una especie de tic nervioso. Cassian, por su parte, sacudió un par de veces la cabeza, pensativo.

—¿Crees que dará resultado? —indagó, con desconfianza.

—No tiene por qué fallar. Lo más complicado, que era enredar al señor Waterman para que aceptara el trueque, está hecho. Ahora únicamente espera su dinero para dar ese compromiso matrimonial por cancelado. Prepararemos un contrato donde todas sus obligaciones al cobrar, queden bien claras. Pero no lo recibirá jamás si no consigo verlo ya que su pérfida hija se ha encargado de poner todas las trabas posibles.

—No diré que es una mala idea —evaluó Rhys, consiguiendo que los ojitos azules de Evelyn se iluminasen—. Pero no contéis conmigo.

—¡Rhys! —gimió la joven, desencantada.

—¿Por qué no lo abordas en el parque, cualquier día, mientras pasea?

—Semejante cantidad de dinero no puede entregarse en la calle a plena luz del día, no somos rateros —protestó Evelyn entre dientes.

—No me gustan esas contrariedades, líos, engaños… Llamadlos como queráis —rechazó Rhys con un ademán de disculpa—. Bastante tengo con los míos.

—¡Son por una buena causa! —le rogó Evelyn, de nuevo.

El seductor Rhys se mantuvo firme en su decisión.

—Entrometerme en embrollos ajenos no va con mi forma de ser. Hazme caso, prima, alguien como yo pondría en peligro todo tu plan.

—Por favor…

—Yo lo haré.

La voz de Cassian sonó contundente y liberó a Evelyn de todas sus angustias.

—¿Estás seguro, hermano? —dijo Rhys, entrecerrando los ojos.

Evelyn tuvo la tentación de ahogar a su primo más joven bajo la pila de cojines.

—¡No lo desanimes! ¡Solo necesito que actúe de salvoconducto para poder entrar!

—Es que el plan no está exento de riesgo —calibró Rhys, sesudo —. Además, ¿tienes la total certeza de que el coronel estará de acuerdo con el resultado? ¿Acaso lo has discutido con él, como principal interesado?

Buena pregunta. Por descontado, a Evelyn ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—No, claro que no. Todo esto lo hago por su bien. Lo libero de un destino espantoso al lado de esa morsa con lazos y le permito volver junto a la mujer que ama.

—Yo no estaría…

—¡Rhys! ¡Por amor del cielo! ¡Calla! —gruñó Evelyn, desesperada.

Su primo le mostró las palmas extendidas, en clara señal de rendición.

—Como gustes. Si tan segura estás de que funcionará y mi aguerrido hermano te apoya, solo me resta desearos toda la suerte del mundo.

—Eres un gallina cobardica —lo insultó ella, medio en broma, aliviada porque al menos junto a Cassian había una salida.

—Lo admito —repuso Rhys, sin ofenderse—. Querer evitar catástrofes no debería considerarse pecado.

John Darwin deslizó la yema del dedo por el borde de su vaso. Una vez apurado el café y ante el imprevisible interés de la conversación, se había animado a pedir un brandy.

—No sé nada de minas, señor Tommer —reconoció con un bufido suave—. Lo mío es y ha sido siempre, la estrategia militar. Aunque ahora me limite al papeleo de oficina. Al fin y al cabo, alguien tiene que hacerlo.

Samuel Tommer se inclinó sobre la mesa.

—Lo suyo es comandar ejércitos, coronel. Y lo hace a las mil maravillas —repuso con admiración—. No crea que el suyo es un talento tan común, conducir a un montón de hombres que seguramente aprecian su vida y tienen familias que los esperan, a misiones que a menudo implican la muerte. Y convencerlos de que lo hagan con ganas. Con afán y con honor. Que entreguen su vida por un ideal que ni siquiera comprenden. Eso es mérito suyo, coronel, de nadie más.

Darwin se quedó meditando lo que acababa de oír. Un discurso demasiado parecido a las frases que una vez Evelyn le había dedicado. Era posible que ambos tuvieran razón, que algo en su carácter tuviese el poder de arrastrar voluntades, la capacidad de alumbrar el camino a seguir cuando el resto andaba perdido. Puede que después de todo, aún valiese para algo más que para vestir un uniforme y desatender a los que amaba, o renegar de él y comportarse como un vulgar borracho de cantina.

Quizá hubiese una salida, un sol al final del despiadado camino.

—Y eso, permítame expresarlo así, es lo que busco, coronel Darwin. —Samuel Tommer picotéo varias veces el tablero de la mesa con la punta del dedo—. Alguien tan estimulante para los que sudan y se esfuerzan, como honesto, íntegro y decente. Hay mucho dinero en juego y desde luego, no he venido desde tan lejos sin haberme informado antes.

—¿Cómo supo de mí?

—En nuestra bien avenida comunidad de la ciudad de Nueva York, prácticamente todos somos de origen británico. El primogénito de mis estimados vecinos, los señores Robinson, sirvió bajo sus órdenes en su regimiento. Es un chico avispado y fornido. Habla maravillas acerca de usted. Confieso que sus largas peroratas sembraron en mí una fascinación que pocas personas han conseguido, coronel, y el deseo ferviente de conocerlo.

John Darwin agachó la cabeza un poco abrumado. Nunca se había sentido cómodo con la coba y el agasajo.

—Pues bien, ya me conoce. Pero de ahí a convertirme en su socio…

—No tiene por qué saber nada de minas, señor mío, para eso ya tenemos un equipo de seis ingenieros que se encargarán de los detalles técnicos. Usted solo tiene que dejarse aconsejar por ellos y hacer lo que mejor se le da: organizar y emitir órdenes.

El coronel soltó un bufido y apuró su copa de licor.

—John —cuando Samuel se tomó la libertad de prescindir de formalidades, el coronel lo percibió más humilde que nunca. En sus pupilas no brillaba ni chispa de codicia, por el contrario, una entregada admiración—, le juro que nada de lo que usted haya visto y considerado duro es equiparable al oficio de minero. Esos hombres se dejan el pellejo y los pulmones bajo tierra, arrancándole el mineral, las gemas, a las entrañas del terreno que pisamos. Enferman, mueren, apenas ven la luz del sol. Procuramos que sus salarios sean generosos pero nada paga ese tipo de vida miserable. La mayoría mueren jóvenes.

—¿Están previstos sueldos para las viudas y los huérfanos?

—Desde luego que sí. Nuestros mineros son nuestra fuerza, el

motor de nuestra industria. Y tiene mi palabra de que no solo cuidaremos de ellos: la explotación de esas minas traerá una inmensa riqueza y prosperidad a la zona. En cuanto a usted…, ni usted ni su descendencia tendrán que preocuparse por el dinero el resto de su vida.

John Darwin soltó un gruñido. El señor Tommer se puso respetuosamente en pie.

—Le ruego que se lo piense. Puede visitarme en mi hotel, estamos abriendo unas oficinas cuya puesta en marcha me gustaría que supervisara. Eso sí, antes debe aceptar el reto que le ofrezco, consideraría todo un honor dejar mi negocio en sus manos cuando regrese a Nueva York. Estoy dispuesto, incluso, a darle una fuerte suma como anticipo a sus ganancias. Y como incentivo para que me diga que sí.

Capítulo 39

Lo cierto es…, que una copa de brandy
o dos, ayudan, ¡vaya si ayudan!

Ocupando los números treinta y siete y treinta y ocho de la calle St. James, a un tiro de piedra del Palacio, se erguía orgulloso el club White´s, uno de los más prestigiosos centros de reunión de caballeros distinguidos de la ciudad.

—Quién iba a pensar que la casa del chocolate de Francesco Bianco llegaría tan lejos —comentó Cassian, asomando la cabeza por la ventanilla del carruaje, regodeándose con la gloriosa arquitectura del edificio—. Salgamos. Trata de actuar con naturalidad.

—¿Naturalidad? —rugió Evelyn, pisándole los talones.

Cassian apoyó el bastón en el suelo y controló el impulso innato de ayudarla a bajar.

—Rezo a todos los santos porque esto salga bien. Recuerda que eres todo un duque, mantente calladita, la cabeza alta pero no demasiado. No te quites el sombrero…

—¡Basta ya! —siseó ella—. Acabarás poniéndome histérica.

Cassian inclinó la cabeza en un asentimiento mudo y se dirigió a la entrada, donde los porteros se apresuraron a recibirlos.

—¿El sombrero y la capa, señores?

—Tengan los míos. Disculpen a mi amigo el duque de Angles —sonrió, recurriendo al primer nombre que se le pasó por la mente—, es extranjero y bastante friolero. No hace mucho que desembarcó y su entusiasmo por conocer nuestro afamado club era de tal calibre que no he podido contenerlo. Pero me temo que se encuentra bastante destemplado, trataré de arreglarlo con un buen brandy digno de White´s.

Disfrazada de hombre, con un frondoso bigote postizo y un abultado maletín a cuestas, Evelyn se escabulló entre los sorprendidos encargados, que se quedaron boquiabiertos con la capa y el sombrero de Cassian Spencer en las manos.

—No creo que haya sido demasiada buena idea dejar fuera de todo esto a mi hermano Henry. Llegar acompañados del futuro conde, miembro excelente de la congregación, nos habría allanado el camino —cuchicheó él, junto al oído de su prima—. He tenido que

contentarme con interrogarlo acerca de los nombres de los empleados más destacados. No me atrevería a jurar que no haya sospechado algo.

—Temí que tratara de disuadirme —replicó ella entre dientes.

—¿Bromeas? —Esta vez, Cassian alzó ligeramente la voz—. A mi hermano el vizconde le fascinan las aventuras. Y no podría imaginar mejor baza que haber contado también con mi buen amigo el duque de Richmond…

—¿Conoces al esposo de Rebeca?

—Solo de la boda de mi hermano. Creo recordar que me lo presentaron un segundo.

Evelyn rodó los ojos, ofuscada.

—¿Buen amigo, dices? Menuda familia de farsantes estamos hechos.

Sin que la joven dama se percatara de ello, habían llegado a la zona de bar. Entonces entendió que su sagaz primo se había valido de la conversación para distraerla y que atravesar aquel salón plagado de mesas y caballeros bebiendo, jugando cartas y parloteando, no se convirtiera en un suplicio inaguantable.

—¿Estás segura de que el señor Waterman se encuentra hoy en el club?

—Ordené a un mozo que controlase sus horarios, sus idas y venidas durante casi diez días. Es un hombre aburrido de costumbres regulares. A estas horas está dentro de este edificio, te lo puedo asegurar —resumió Evelyn, satisfecha de su efectividad.

—Bien, busquémoslo y acabemos con esto cuanto antes. Empiezo a arrepentirme de haberme dejado convencer.

Contaban con la dudosa ventaja de que Cassian Spencer, aun siendo miembro reconocido del club, al no vivir hasta entonces en Londres de forma permanente, apenas si pasaba por la sede y nadie contaba con la suficiente familiaridad como para interrogarlo más allá de meros saludos corteses. Eso sí, constaba que su cuota de filiación de doce guineas anuales había sido puntualmente satisfecha, así como su pertenencia a una de las familias mejor consideradas. Ordenó dos copas de brandy y acto seguido, pasó a ocupar una mesa esperando que les sirvieran, con el desparpajo de quien se mueve por las altas esferas a diario. Evelyn situó el maletín junto a sus pies.

—Esto es un recinto sagrado, querido amigo —manifestó Cassian en voz muy baja, sin apartar los ojos de las pupilas asustadas de su prima—, tan sagrado que si una mujer osara poner un pie en White´s, cabría esperar que fuera socialmente condenada a las llamas del infierno.

El camarero llegó hasta ellos con la bandeja y el licor. Miró a

Evelyn con disimulo y extrañeza.
—¿El señor no prefiere dejar su sombrero y la capa…?
—Su excelencia es extranjero —lo interrumpió Cassian—, no se esfuerce en hacerse entender, Hilton, no le comprende una sola palabra. Y seguramente lamenta estar aún un poco destemplado y aturdido por culpa de un largo viaje con muchos inconvenientes.
El llamado Hilton lo repasó con una pizca de desconfianza. Evelyn se encogió dentro del traje oscuro, deseando desaparecer. El bigote falso le provocaba un picor insoportable en el labio superior pero no podía rascarse.
—Como guste el señor. —Impresionado por el título de Angles, dedicó otra reverencia, aún más profunda, a Evelyn—. Excelencia…
—Solo hemos venido a que mi amigo el duque compruebe que todas las grandezas que le conté acerca de las instalaciones y de este magnífico remanso de paz que es White´s, son ciertas. Su excelencia planea trasladarse a Londres en breve y es muy probable que gocemos de la generosa aportación de un nuevo socio.
Remató su presentación con un pícaro guiño, haciendo referencia muda a la ingente fortuna que puede que poseyera el extraño hombrecillo de manos enguantadas. El camarero hizo una gentil reverencia y volvió raudo a su puesto.
—De momento vamos bien —musitó Evelyn, con la respiración entrecortada.
—Bébete el brandy. —El primo Spencer levantó indolente un dedo— ¡Hilton!
El hombre corrió de nuevo a su costado. Cassian hizo un gesto con la mano para que se inclinara y poder hablar en susurros.
—Me gustaría saber si el señor Waterman se encuentra hoy en el club. Tengo un mensaje importante que trasladarle de parte de mi tío, el conde de Herrick. ¿Sabe si por causalidad…?
—En la salita de música, señor.
Cassian sacó una libra bien doblada del bolsillo de la levita y la hizo volar, como por arte de magia, de la palma de su mano a la de Hilton.
—Qué acertado está mi hermano el vizconde al alabarlo, Hilton, usted siempre tan servicial. Tráigame otro brandy, por favor.
El camarero inició su rítmico paseo hacia la zona de bar, más contento que unas pascuas. Los despiertos ojos claros de Evelyn dieron un repaso a los alrededores. Nadie los espiaba, ni siquiera los analizaba por encima de lo normal pese a su estrambótico aspecto. Le quedaba claro que en un ambiente masculino era mucho más sencillo pasar desapercibido que cuando estás rodeada de damas.
Volvió a centrar su atención en Cassian.
—No te dediques a emborracharte, primo, a ver si se nos escapa

el señor Waterman…

—En este bendito edificio, que yo sepa, no hay salidas traseras. Necesitamos calmarnos. Yo, me refiero a mí. Tú no. Tú con una copa vas más que servido, compañero.

Con el ceño fruncido y los dientes apretados, la joven contempló cómo el aromático alcohol se desplazaba por la garganta de su pariente. La mortificaba la posibilidad, aunque fuera remota, de fallar en su intentona. No tendrían una segunda oportunidad, no al menos en White´s. Una pantomima como aquella no podrían repetirla. Y el señor Waterman era una seta que apenas salía a ningún sitio. En cuanto Cassian apoyó la copa vacía de vuelta en la mesa, hizo ademán de levantarse.

—¿Has acabado ya? ¿Sabes dónde está la salita de música?

Cassian sujetó su muñeca y la obligó a frenarse.

—Con calma. Coge el maletín. Sonríe. Así, despreocupado. Con aire de hombre de mundo.

—¿Qué aspecto se supone que tiene un hombre de mundo? ¿Tienen mi estatura?

—Hay hombres muy valiosos de todas las medidas. Por aquí, mi estimado duque de Puturrú de Fuá.

—¿Putu… qué?

Cassian estiró un brazo señalando las molduras del techo y el labrado de las maderas nobles, como si se tratase de un guía experto en la decoración del club y le estuviese mostrando algo.

—Solo trataba de imprimirle un poco de humor a la tensa situación.

—Debí suponer que siendo hermano de los gemelos y de Henry, tu personalidad adolecería de algún rasgo chistoso por mucho que lo escondas —calificó ella, en un gruñido—. ¿No se supone que me llamaba Angles?

—Mira, la salita de música. —Cassian apuntó a una puerta cerrada que abrió de inmediato. Era una estancia enorme y pese a lo que Evelyn esperaba, no se oyó melodía alguna.

—¡Por fin! —resopló aliviada.

—¿Preparada?

—Desde luego que sí. No. ¡Cielos! Las piernas no me sujetan.

—¿Quién es el señor Waterman? ¿Lo conoces lo suficiente como para distinguirlo?

Las pupilas de Evelyn recorrieron el espacio, veloces como el rayo. En su rostro se dibujó un rictus de absoluta certeza.

—Aquel de allí, junto a la ventana, fumando.

—¿El gordito bonachón?

Evelyn se encogió de hombros.

—A la vista queda que no pasa hambre. Lo de bonachón lo

comprobaremos en breve.

—Déjame llevar la batuta, duque de Putu…

—No vuelvas a repetirlo —lo cortó, con un rugido de leona—, no te atrevas.

Cassian Spencer se cubrió la boca con una mano para evitar que la risa escapara, seguramente era fruto de los nervios, ni siquiera él entendía cómo era capaz de hacer bromas en aquellas circunstancias. Evelyn le propinó un suave empujoncito.

—Puedes marcharte, solo necesito que me desees suerte. Pero evita que el señor Waterman te vea. Esto debo solventarlo en solitario.

—¿Qué supones que pensará cuando te vea así disfrazada? Va a darle un ataque.

—Entenderá hasta qué punto he tenido que esforzarme para reunirme con él, gracias a las conspiraciones de su fastidiosa hijita.

Que Cassian no las tenía todas consigo era evidente para cualquiera que estudiara la expresión de su rostro. Aunque conociendo la terquedad de su prima, no iba a obstinarse y discutir. Hizo un ligero asentimiento con la cabeza.

—Estaré ahí fuera, en el bar. Si me necesitas o la cosa se complica, llámame. Siempre podemos decir que se trataba de una broma, una apuesta familiar… —se frotó la sienagobiado—, no sé. Menudo lío has montado, querida prima.

Por fin la dejó sola. Y en el instante en que Evelyn, superando sus nervios, pensaba abordar al padre de Penélope, un brazo poderoso la agarró de la capa y la retiró de la circulación. La joven se vio arrastrada fuera de la sala, tras unos gruesos cortinajes y de ahí conducida medio en volandas a una pequeña habitación junto a las escaleras, que parecía un almacén.

¡La habían descubierto!

Capítulo 40

Lo cierto es…, que salvar el honor
de un caballero no es tarea simple
ni exenta de complicaciones.

Muerta de miedo por las repercusiones que tendría su disparatada incursión en un club de hombres, enfrentó la iracunda mirada de su captor con una temeridad que ignoraba de dónde salía. Al reconocer aquel rostro crispado, enmudeció.

—¡John!

El coronel la repasó de pies a cabeza con los ojos fuera de las órbitas.

—¿Qué demonios haces en White´s? —cuchicheó— ¿Quién diablos te ha vestido de este modo? ¿Qué está pasando, por todos los infiernos?

Evelyn hizo lo imposible por ocultar la pequeña maleta a su espalda y por olvidar tanta blasfemia junta.

—Es… He venido con mi primo. Uno de mis primos. —Trató de zafarse de su cepo y mostrarse ofendida—. Me empeñé en conocer el club y… ¿Qué ocurre? ¡Es todo una broma!

—¿Cómo que una broma? —John se peinó angustiado el cabello con los dedos—. Eres una insensata, Evelyn, no puedes estar aquí, si te descubren…

—Estaré acabada como señorita, lo sé. —Rodó los ojos y miró resignada al techo—. Ten por seguro que las represalias me traen sin cuidado desde el punto y hora que el hombre del que estoy enamorada va a casarse con otra —subrayó con encono.

John dio un paso atrás y la soltó como si abrasara.

—Eso está a punto de cambiar.

—¿El qué? ¿El catastrófico asunto de tu compromiso?

—Si estoy aquí es precisamente para saldar la deuda de mi padre con el señor Waterman y deshacerme de la obligación para con su hija.

La bonita cara de Evelyn se iluminó como si los rayos de la luna brillaran solo para ella. Habría gritado de felicidad de no ser porque se veían forzados a hablar en susurros.

—¿Conseguiste el dinero?

—¡Por supuesto que sí! —gruñó John, todavía muy enfadado— ¿Pensabas que iba a quedarme de brazos cruzados? ¿A perderte o

dejarte ir sin luchar?

Ella lo observó con la boca abierta y unas infinitas ganas de abrazarlo.

—Francamente, creí que…, que te habías rendido.

John la reprendió con aquellos ojos negros imposibles de soportar. Ardientes, amonestadores, puede que enfadados, pero llenos de adoración.

—Eso nunca. Está claro que aún tienes que conocerme más a fondo, pequeña Eve. Y ahora, necia del demonio, márchate, sal por las escaleras antes de que alguien te vea. —La empujó en dirección a la salida. Ella se resistió cuanto pudo.

—Mi primo, mi primo Cassian…

—¿Dónde está?

—En el bar, aguardando mi regreso.

—¿Puedes explicarme el motivo de colarte en la sala de música?

Evelyn tragó saliva más que dispuesta a seguir con su mentira.

—Quería… quería verla.

John se llevó las manos a la cabeza y luego la sacudió con los ojos medio cerrados.

—Algún día, una de tus demenciales aventuras te saldrá cara. Y esa familia tuya, que en lugar de aconsejarte te alienta… —Volvió a tomarla del brazo—. Agacha la cabeza, que no se te vea el rostro. Vamos en busca de tu primo y prométeme que abandonaréis el club en menos de cinco segundos. Y ese bigote, fuera cuanto antes.

Evelyn se dejó llevar. Con un delicioso hormigueo de excitación subiéndole desde el vientre hasta las mejillas donde explosionó en forma de rubor.

—A la orden, mi coronel.

Los hermanos Spencer estuvieron riéndose tres largos días cuando supieron de la aventura de Evelyn y Cassian, con un final levemente modificado: ella contó que en el último instante, el señor Watermann se había ausentado de la sala de música en compañía de otros dos caballeros y que no pudo seguirlo. Eso explicaba que hubiese vuelto con el dinero intacto y la misión sin cumplir.

Incluso así, a todos les había hecho muchísima gracia.

Por supuesto, los gemelos le recriminaron que no hubiese contado con ellos, y en el divino rostro de Rhys notó una especie de arrepentimiento por no haber participado. Lucien aplaudió su arrojo y la indudable sangre fría de su hermano mayor. En general, todos los que podían enterarse de lo que había sucedido se enteraron, y lo celebraron como una auténtica fiesta, por todo lo alto.

—Si llegara a saberse que mi refinada y aristocrática prima ha

puesto un pie en White´s… —Henry se limpió las lágrimas de risa que le rodaban cara abajo—, te forzarían a pasar el resto de tu vida en el campo, criando gallinas.

—Evelyn, eres increíble —se admiró Julianna, sirviéndole un poco de té—. Por favor, regimiento Spencer —miró risueña uno a uno a sus cuñados—, discreción máxima al respecto. Si este episodio llegase a oídos de la condesa de Herrick…

—¡Ni siquiera de mis hermanas! —advirtió la joven rubia, con un deje de preocupación.

Todos los presentes alzaron sus manos a modo de juramento solemne.

—Trataremos de olvidar el suceso cuanto antes —prometió uno de los gemelos, entre carcajadas contenidas.

—Pero antes de olvidarlo, cuéntanos otra vez qué aspecto tenía la prima Evelyn con ese bigote postizo, Cassian —se desternilló el otro, tomando un par de pastelillos de té.

Evelyn le arrojó un cojín de plumas a la cara, que Varian cazó en el aire sin ninguna dificultad. La joven dama suspiró feliz, inundada por una gratificante sensación de orden y calma.

—Es maravilloso estar así, en familia, todos juntos.

—Una familia extensa que además, se apoya —añadió Henry, pasándole un brazo por la cintura a su adorable mujercita.

—Cómo me alegro de que os hayáis mudado a Herrick House. Conseguiréis que acabe considerándolo un hogar de verdad —declaró Evelyn, embargada de emoción.

Cassian y Lucien la abrazaron sin previo aviso, cada uno por un costado y Evelyn se sacudió, riendo, bajo sus cosquillas. Pasado un rato, Rhys se escabulló con un libro en la mano, seguramente camino de la biblioteca o de algún rincón tranquilo dentro de la casa, donde ardiera un buen fuego y pudiera disfrutar de la lectura en soledad. Su espíritu independiente, calmado y solitario ya tenía bastante de agradecimientos y confraternización por aquel día.

Cuando unos nudillos prudentes golpearon la puerta, todos callaron de forma abrupta y se miraron conteniendo la respiración. Henry paseó su mirada por el grupo y les hizo una leve señal afirmativa con la cabeza.

—¡Adelante!

Por suerte no se trataba de lady Elisabetta ni tampoco de la temible condesa de Herrick. Solo era un lacayo, abrumado por la multitud familiar, que traía una nota. Se detuvo frente a Evelyn y la saludó con una ligera reverencia.

—Para usted, milady.

Evelyn tomó el papel y lo desdobló con dedos nerviosos bajo la atenta mirada de todos sus primos y de Julianna. De repente, al ver la

firma del remitente, se le había secado la garganta. Y la boca. Un pellizco desagradable le apretó el estómago: el coronel Darwin le solicitaba una entrevista. Imperdonable haberse dejado llevar por el alborozo familiar, olvidando su encontronazo en White´s del que por supuesto, nada había mencionado.

Evelyn levantó la mirada. Por alguna razón que no acertaba a comprender, el lacayo aún seguía allí, en pie, esperando.

—Tráigame papel y pluma —solicitó—. Debo escribir la respuesta.

El joven lacayo carraspeó nervioso.

—El coronel Darwin aguarda en el salón dorado, milady.

—¿Está aquí? —corearon todos a una.

El corazón de Evelyn se lanzó a un galope desenfrenado. Por un momento sintió el tamborileo de sus latidos, la presión de su sangre en los oídos. Estaba allí, en Herrick House. ¿Eso era bueno o… no tan bueno?

—Dígale que voy enseguida.

—¿Se habrá enterado de lo que tramabas? —sugirió Cassian, repentinamente serio.

—Ha venido, de manera que por lo visto, llega la hora de la verdad —sentenció Lucien, encogiéndose cómicamente de hombros.

No era ninguna broma. Julianna abandonó el asiento junto a su esposo y se acomodó en el sofá de Evelyn, pálida y momentáneamente paralizada. Le tomó las manos y se las frotó con afecto.

—Todo va a ir bien.

—Si ha venido a buscarme es porque ya se ha enterado de mis fallidos intentos porque fuera un hombre libre —balbuceó Evelyn, sin atreverse a elevar la voz.

—Esperemos que su intención sea agradecértelo con fervor —apuntó Cassian, sirviéndose un vaso de whisky—, es lo menos que cabe esperar después del riesgo que te has atrevido a correr por su causa.

—El coronel Darwin no me pidió nada —se apresuró a aclarar Evelyn—, todo fue idea mía. Y fui tan torpe que ni siquiera pude entregar el dinero.

—No te lo discuto, querida, pero tu intención era sacarlo de esa cárcel espantosa llamada Waterman. Así que desde cierto punto de vista…

—Ánimo —le susurró Julianna, seguido de un beso en la mejilla.

Evelyn se puso en pie conteniendo la respiración. Se alisó la falda y paseó los ojos atemorizados por aquel nutrido grupo de hombres guapísimos.

—Deseadme suerte, primos. Jul…

Capítulo 41

Lo cierto es…, que aquí acaba nuestro camino juntos.
Quizá mañana volvamos a encontrarnos.

El salón dorado no solo se llamaba así por el tono metálico y deslumbrante de sus ornamentos y sus grandes espejos. También por el color irrepetible de la luminosidad que se colaba por los ventanales. Los rayos del sol incidían sobre aquella parte de la casa en un ángulo especial y la luz se derramaba de forma mágica, tiñéndolo todo de puro oro. Por desgracia, aquel día era plomizo y gris, no entraba nada del exterior que no fuera gélido y tampoco había nada que celebrar, habida cuenta la expresión hosca del rostro de John, su ceño fruncido, su mandíbula palpitante.

Evelyn se frenó en la misma puerta del salón nada más cerrarla, incapaz de dar un solo paso más, intimidada por su poderosa energía destructiva.

—¿Puedes explicarme de un modo en que lo entienda qué demonios ha pasado? —le espetó sin presentar antes sus respetos.

La joven decidió que lo mejor de todo era hacerse la tonta.

—No sé de qué me hablas. ¿Qué ha pasado dónde?

—Algún misterioso benefactor tuvo a bien ofrecerse a satisfacer la abultada deuda de mi padre —resumió en pocas y aceleradas palabras —, a cambio de que yo quedara libre del compromiso con la señorita Waterman.

Evelyn puso los ojos en blanco.

—Dios sea alabado. Aunque supongo que no fue necesario puesto que tú ya habías reunido la suma…

—En efecto —rugió sin apartar de ella los ojos—, no hizo falta. Pero sospecho que me adelanté por muy poco.

—Entonces, si todo se resolvió a tu gusto no sé qué hacemos discutiéndolo… —Evelyn trató de sonar despreocupada, jovial incluso. Estaba a punto de ofrecerle una copa cuando John habló otra vez.

—¿Puedes asegurarme que no has tenido nada que ver? —la presionó, con evidente enfado.

Ella avanzó unos pasitos inseguros, mordiéndose un labio. Se

sentó en una butaca tapizada en seda color champán y lo miró con su expresión más inocente.

—¿Aparte de alegrarme mucho de que vuelvas a ser un caballero disponible y soltero, te refieres?

De dos zancadas, John se colocó a su altura. Colocó las manos en los reposabrazos y se inclinó sobre ella, envolviéndola con su energía sin tocarla. Apenas unas pulgadas de aire entre sus bocas.

—¡Evelyn! No juegues conmigo.

—¿De qué me acusas? ¿Qué tendría que ver yo con ese intento de milagrosa solución caída del cielo?

—Porque el señor Waterman me ha contado con pelos y señales que así es. Y porque me topé contigo disfrazada de caballero en un club donde las mujeres tienen prohibida la entrada y que casualmente, frecuenta el acreedor de mi padre. Por eso.

Los ojos de Evelyn se agrandaron por la sorpresa. Decidió ser prudente y sortear de puntillas el comentario acerca de White´s.

—Ya te expliqué lo de White´s, se trataba de una apuesta entre primos, absurda y peligrosa, lo admito, pero en esta casa somos así. Muchos nos llamarían excéntricos.

Con un suspiro que era más bien un gruñido, el coronel se incorporó y se distanció unos pasos.

—No te creo.

—Estás en tu derecho —admitió ella, muy digna. Lo que en su momento consideró un plan audaz del que sentirse orgullosa, ahora le provocaba una vergüenza inconfesable. Pero no quería mentirle a John, no podía—. ¡De acuerdo! ¡Confieso que lo hice! ¡Sí, lo hice, intenté resolver ese asunto por mi cuenta para liberarte! ¿Es que sientes que has traicionado algo o a alguien? Debo entender que pagaste la deuda, deshiciste el entuerto del compromiso, ahora eres libre y al final no he intervenido.

—La saldé, en efecto —silabeó cortante—. Yo. Con fondos que obtuve por mi cuenta. Como debe ser. Sin tu intervención. Pero no puedes dejar de inmiscuirte en todo, ¿verdad, Evelyn? Te mueres por posar tus preciosos deditos en lo que otros tejen, trastear y manejar sus hilos, no confías en la capacidad de la gente para solventar sus propios problemas.

—Yo… Yo…

—Hay una cosa vital en la existencia de un hombre, especialmente si se es un oficial del ejército, y se llama honor —silabeó él, encendido de coraje.

Estaba claro que no podía seguir manteniendo el engaño. John ya barajaba con certeza su intromisión. Y por lo visto, no se la agradecía.

—¿Honor? —explotó— ¿Por honor pensabas echar a perder tu vida entera? Reconoce que cediste al acuerdo de tu padre, ¡al menos

en un principio lo hiciste!

—Lo que conlleve el sacrificio es lo de menos, Evelyn. Un día, un mes, la vida entera… ¡Él había dado su palabra!

La joven no pudo contenerse por más tiempo. Saltó de su asiento con los puños apretados y la ira creciente de quien se está decepcionando. Y mucho.

—¡Te usó para pagar una deuda que por fortuna, ya no existe! ¿Qué problema tienes, John?

—Mi problema se llama Evelyn Fowler. Te has valido de tu apellido, del poder inmenso de tu familia para intentar manipular mi vida.

—Otros te manipularon antes, puedes estar seguro de ello. Cubriendo el pago de una deuda que no te pertenecía con tu matrimonio, Penélope Waterman solo buscaba vengarse de mí. Porque me negué a congraciarla con la duquesa de Richmond, porque se siente agraviada y repudiada. Porque es una auténtica… ¡imbécil!

—¿Acaso sabía esa dama que nos amábamos? —se exasperó John, levantando las manos por encima de su cabeza.

—De alguna manera debió de enterarse, o nos vio juntos paseando, conversando…. Créeme, John, la conozco. Creí que de verdad habíamos perdido lo que teníamos, por eso y solo por eso quise intervenir. Solo intenté ayudar —agregó tras una pausa, con voz entrecortada.

John Darwin dejó caer la cabeza sobre el pecho. Agotado. Exhausto. Vencido por una batalla contra sí mismo que no podía ganar.

—Lo siento, no puedo aprobar lo que has hecho.

—¿Qué he hecho? ¿De qué me estás acusando? ¿Debería sentirme ofendida?

—Eve… Sé de lo que eres capaz, hasta dónde llegarías.

—No. No lo sabes —se revolvió ella, furiosa—. Quise liberarte, sí, aunque no lo logré. ¿Tienes la más remota idea de las barbaridades que me vi empujada a hacer para intentarlo? Lo comprometí todo, John, todo. Mi reputación, mi honra, el buen nombre de mi familia, ese apellido poderoso que tú ahora te permites el lujo de despreciar. ¡Todo! ¿Y sabes qué? No me importó arriesgar porque merecía la pena. Tú, nuestro amor, eso que sentíamos el uno por el otro merecía la pena.

John Darwin sacudió la cabeza y su desordenado cabello oscuro se movió con él. Caminó rabioso por toda la habitación.

—¡No entiendes que era yo quien debía resolver el asunto! —Se apuntó al pecho con los pulgares— ¡Yo! Esa deuda era problema mío y de mi padre, era mi nombre, no el tuyo, el que aparecía implicado en un compromiso que queríamos cancelar. ¿Con quién crees que estabas

tratando? ¿Con otro cobarde? ¿Pensabas que no pelearía, que no sabría salir airoso?

—Tú parecías… resignado. No me dijiste una palabra…

—¡Porque no podía jurarte que pagaría esa maldita deuda hasta no tener el dinero en mis manos, Evelyn! Porque no quería darte falsas esperanzas, ilusionarte con un futuro que podría no hacerse realidad y ver cómo otra vez se te partía el corazón. Yo no soy Philip Sommerset, Eve, no escondo la cabeza en un agujero cuando las cosas se ponen feas. ¡Saco la espada y peleo! Sin embargo, mi experiencia en la guerra me ha hecho prudente: aquí —apoyó la mano abierta sobre el corazón— sabía que lo resolvería. Lo tenía decidido. Pero ignoraba el cómo y el tiempo que tardaría, si surgirían obstáculos. Y conozco tu impaciencia. No hablé porque no quería implicarte, porque mi deseo era mantenerte al margen.

Evelyn contuvo las lágrimas que empujaban bajo sus párpados queriendo rodar. El pulso le latía muy deprisa y por primera vez en su corta vida se arrepentía en el alma de su impetuosa insensatez.

—Lo siento.

John le dio la espalda. Furioso. Desencantado.

—Eres terrible. Esa necesidad tuya de controlarlo todo a tu antojo…

—De acuerdo, tienes razón, la tienes. Pero ¿no piensas perdonarme? —insistió ella, estupefacta— ¿Ahora que está todo solucionado? ¿En nombre de ese ridículo honor masculino que ni siquiera entiendo, vas a rendirte? ¡Maldito cabezota!

—¿Maldito cabezota yo? ¿Y qué me dices de ti? ¡No puedes salirte siempre con la tuya! —rugió él, con los puños apretados.

Sin embargo, sus ojos ya contaban otra cosa. Al mirarla, sus pupilas brillaban de excitación, la repasaban con embeleso y rebosaban entrega y pasión.

—Creí que te alegrarías de que lo intentase, que lo tomarías como una prueba de amor. —Los ojos de Evelyn se habían llenado de lágrimas—. Me convencí de que nos reiríamos juntos de este nuevo disparate mío y que solo serías capaz de ver el feliz futuro que nos aguarda. Pero no.

—Evelyn…

John avanzó un paso en su dirección. Ella retrocedió otro tanto para alejarse.

—Por lo visto me equivoqué.

—No, no te equivocas, me complace tu preocupación, claro que me…

—¿Pretendes que te crea? Por el orgullo de tu familia me abandonaste. Aunque fuera solo un momento, John, ¡un segundo! Pensaste en la promesa de tu padre y la asumiste como propia. Y por

tu orgullo de hombre que se niega a aceptar ayuda, accedes a perderme de nuevo. Veo que no solo a las mujeres nos imparten esa educación errónea y desacertada que únicamente conduce a la desdicha.

—De acuerdo. —Caminó hasta ella antes de que pudiera reaccionar y le tomó las manos. A pesar de la viva chimenea que ardía a sus espaldas, estaban heladas. Ella se estremeció—. Tú te equivocaste, yo me equivoqué. Empecemos de nuevo, desde cero. Lo siento, te he increpado, me ofusqué, estaba contrariado, abochornado… No quería que las cosas se solventaran así.

—¿De qué otro modo podrían haberse resuelto? Tú pensabas casarte con Penélope Waterman, no ibas a buscar ninguna salida, es lo que me diste a entender, no me mientas.

—¡No! ¡Ni por un solo instante pensé en ceder y casarme con esa mujer! Solo iba a hacer lo correcto —repitió él, con gravedad—. E iba a hacerlo por mis propios medios. De otro modo no me habría sentido un hombre merecedor de tu amor y del respeto de mi padre.

Evelyn retiró las manos de su tentador contacto y las puso a buen recaudo. Sus ojos afligidos, desalentados, rodaron hasta encontrar el suelo.

—Lo siento. No puedo entregar mi vida a alguien si no considera como primera opción que luchar por mí es lo correcto. Y que no se deja ayudar porque se piensa en posesión de la verdad absoluta.

—Comparto tu opinión, es posible que no te merezca —admitió el coronel, con dolorosa entereza—, pero no pongas jamás en duda lo que siento por ti.

—O lo que alguna vez sentiste o creíste sentir —lo corrigió ella, con saña.

John alzó los ojos y le mantuvo firme la mirada. Por más años que viviera, el embrujo de aquella mujer lo mantendría cautivo hasta el segundo final en que dejase de respirar.

—Lo que siento. Y que sentiré, sin ninguna duda, hasta el día de mi muerte. Busqué el dinero, saldé la deuda, compré mi libertad y todo lo hice por ti. Pero te da igual, tener la razón es lo único que te importa.

Evelyn supo que deseaba decir muchas cosas, que necesitaba decirlas. Sin embargo, una espiral de emociones intensas, crueles, atrapó su garganta impidiéndole respirar. Ni en sus peores pesadillas habría pensado que todo acabaría tan mal, de un modo tan hiriente y triste.

—Tus órdenes deben ser siempre acatadas sin rechistar, ¿verdad, coronel? Y los asuntos se solventan como tú mandas. El resto es intromisión. Márchate —musitó, caminando despacio hasta la puerta y abriéndola para que el coronel pudiera salir.

—Eve…

—Creo que hemos terminado, señor, gracias. Le deseo toda la suerte del mundo —remarcó el tratamiento distante y formal— y un matrimonio feliz, ahora que en cierto modo gracias a mí, puede casarse con quien desee.

John todavía aguardó unos instantes, sorprendido con el desenlace, esperanzado conque ella cambiara de opinión. De que los ojos azules, grandes y expresivos, le sonrieran de nuevo. Había cumplido con su deber viniendo, reivindicando la dignidad de su nombre, pero las reglas, la obligación, los juramentos y la honorabilidad eran conceptos militares que carecían de valor cuando te arrancaban del pecho lo que más amabas. Quizá había cometido un terrible error.

John se preguntó si después de aquello sería capaz de seguir viviendo.

Golpeó el suelo con su bota, inclinó la cabeza y salió sin mirar atrás. De haberlo hecho, nada habría podido impedir que la tomara entre sus brazos y la besara hasta robarle el alma. Antes de alejarse de ella para siempre, con un suspiro, exigió un esfuerzo imposible a su corazón para que volviera a latir.

Capítulo 42

Lo cierto es…, que hoy es el primer día de mi nueva vida. Vivámoslo.

Las ilusiones de Evelyn se habían roto en mil pedazos y no obstante, no habría podido pedir mayor consuelo que el que le ofreció la rama Spencer de su familia. El modo en que todos compartieron la herida de su desencanto no la hizo más pequeña aunque sí más llevadera. En los siguientes días, Lady Evelyn Fowler tomó muchas decisiones pero mostrarse ante la alta sociedad de Londres como una damisela abandonada, desgarrada por el sufrimiento, no fue una de ellas. No podía permitir que comprobar su estado sirviera de alivio al orgullo triturado de Penélope. Confiaba en que John volvería a su estado habitual de ermitaño inexplicablemente oculto en las tabernas de los arrabales, y que el cielo quisiera que no se lo cruzara en ningún salón de baile o reunión social.

Porque si lo tenía delante, podía suceder cualquier cosa.

—No permitiré que Penélope piense que, a pesar de todo, ha ganado —gimoteó, sentada en su butaca preferida, en la terraza de invierno, rodeada por sus amigas, incluida la duquesa de Richmond que no había dudado en visitar Herrick House, arriesgándose a un desagradable encuentro con la condesa, que por fortuna no tuvo lugar.

—Procura pensar solo en ti —le aconsejó Rebeca, con ternura— mucho antes y por encima de lo que la señorita Waterman pueda o no sentir.

—Estoy convencida de que el coronel terminará cambiando de parecer —musitó Anne, hondamente impresionada—. Te ama, Evelyn, no lo pongas en duda.

—Y lo que intentaste hacer no era tan grave, a fin de cuentas —apuntó la duquesa tendiéndole un pañuelo—. Seguro que todo queda en una simple pelea de enamorados.

—Tienes que pensar qué vas a decirle cuando vuelva a pedirte perdón —le aconsejó Julianna, expresando en voz alta lo que todas pensaban.

Pero Evelyn seguía siendo la más terca de las cuatro.

—No va a volver —se obstinó—. Me detesta porque me metí donde en su opinión, no me llamaban. Y está en lo cierto.

—¿Y si no fuera tan orgulloso como tú? —la retó Rebeca, con un guiño desenfadado.

—¡Yo no soy orgullosa! —Las tres se miraron antes de soltar una carcajada— ¡No lo soy! Mirad el disparate que cometí por librarlo de las garras de esa bruja.

—Y de paso, le diste bien fuerte en la bocaza a ella —destacó Julianna, con una sonrisa perversa—. Eso también se llama orgullo, querida.

—Ya sabemos cómo eres, Evelyn, y te queremos —la sorprendió Anne.

—Con todas tus virtudes y tus defectos —completó Rebeca.

No cabía duda, estaban las tres confabuladas. No obstante, la miraban con tanto agrado y cariño que Evelyn sintió ganas de llorar.

—No me hagáis reír —les suplicó con un puchero—, se supone que estoy enferma de melancolía.

—No, no lo estás. —Rebeca se encogió de hombros.

—Sabes que lo tienes loco de amor, que tarde o temprano volverá rogando —prosiguió Julianna, paladeando un sorbito de chocolate—. Y suponemos que no quieres ponérselo fácil.

—De otro modo, dejarías de ser la Evelyn que conocemos —puntualizó Anne, con firmeza.

—¿En serio pensáis que volverá? —preguntó Eve temerosa. Todas asintieron con un brioso cabeceo—. De acuerdo, dejemos que sufra entonces —concedió al fin—. Aceptaré que pida mi mano pero no le resultará sencillo, tendrá que ganársela. Vive acostumbrado a dar órdenes y a que las cosas se hagan como su señoría dispone. Y el resto de la humanidad, que se limite a obedecer sin siquiera respirar.

—No te excedas con los obstáculos —aconsejó la timorata Anne—, podría renunciar y salir corriendo…

—¿Renunciar? —repitieron Rebeca y Julianna a dúo— ¡La ama!

Evelyn hizo un gesto simpático con la cara, al tiempo que ladeaba la cabeza.

—Me ama, ya lo has oído. Insistirá aunque lo desprecie, hasta que le diga que sí. Y durante todo ese tiempo yo seré una dama digna que se niega a rebajarse.

—Evelyn… —La expresión de Anne Hagstings seguía siendo de intensa preocupación.

Evelyn la calló levantando una mano.

—No me prives del divertimento; no pienso morirme de tristeza, no lo haré.

Capítulo 43

Lo cierto es…, que
el que la hace, la paga.

El coronel Darwin llevaba día y medio encerrado en su gabinete, devolviendo intactas las bandejas de comida y bebiendo sin parar. Tanto su mayordomo como el bueno de su secretario procuraban no alejarse de la puerta con la esperanza de que John la abriera de un momento a otro para poder considerarlo «resucitado».

Pero estaba tardando. Demasiado.

—Nunca había visto al coronel tan afectado por nada. —El compungido Sigfrido Well se subió por enésima vez las gafitas.

Church, el mayordomo, asintió.

—La historia con esa dama le ha partido el corazón.

—¿Qué dama?

El hombre puso los ojos en blanco, camino del techo.

—Usted siempre tan despistado, Well. Si la conoce, la joven rubia que vino buscando…

En ese momento se abrió de un golpe la puerta y el coronel Darwin, en toda su portentosa estatura, apareció tambaleante.

—¿Se puede saber qué hacen aquí, chismorreando como dos viejas cotillas?

—Estamos preocupados por usted, señor, hace mucho que no come —le explicó su mayordomo, con sumisión.

Una risita burlona y la enorme mano de Darwin se posó en su nuca y la palmeó un par de veces.

—Tranquilo, Church, no voy a morirme de hambre.

—Y sobre todo, deje de beber —le recomendó su secretario, con cautela—, ha acabado con las reservas de brandy de la bodega.

John hizo un amplio gesto de desinterés con las manos.

—Mientras quede whisky escocés… ¿Qué harían ustedes si fueran coroneles condecorados de los ejércitos y se hubiesen enamorado de una mujer que hace lo que le viene en gana y considera un pasatiempo desafiar su autoridad?

—Supondría un reto portentoso, señor —se atrevió a murmurar Sigfrido.

—Un reto… —repitió pensativo el coronel. Dio una palmada al aire que los sobresaltó a ambos—. Necesito escuchar música, ver gente, seguir bebiendo. ¿Qué invitaciones recientes tenemos, Church?

—Hay un baile esta noche, en la mansión Obercome…

—Esa condesa anda siempre de fiesta —gruñó el coronel—, ¿es que no se dedica a otra cosa? Prepare mi ropa, acudiré a disfrutar de la hospitalidad de tan ilustre dama.

—Debo recordarle que en su momento no confirmó su asistencia, señor.

Darwin le dedicó una mirada torcida.

—¿Eso importa?

Church se aclaró incómodo la garganta.

—Debería, señor.

—Soy un hombre de honor comprometido y aparentemente inútil al que una joven dama intenta solventar los problemas. ¿Qué podría importarme que alguien se incomode por presentarme sin avisar? A fin de cuentas, estoy invitado.

Church y Well cruzaron una mirada de angustia. Aquella alegría y sociabilidad exageradas no eran propias de su señor. Ni siquiera era normal que tuviera la lengua tan suelta.

—Quizá no se encuentre usted en las mejores condiciones para…

El coronel se llevó un dedo a los labios y lo mandó callar.

—Le aseguro que soy capaz de consumir mucho más alcohol del que ahora mismo llevo en las venas. ¿A qué espera, Church? Prepare mi mejor traje.

Mortificadísimo viendo los traspiés de su señor, el mayordomo cumplió con su cometido. Nadie logró convencer al coronel de que calentase el estómago con algo de sopa antes de salir. Y los suspiros atribulados se sucedieron de criado en criado conforme lo veían subir, con cierta dificultad, al carruaje.

Una vez dentro, John se acurrucó en una esquina, aspirando el confortable aroma a piel de los asientos. Una idea peregrina cruzó su mente y golpeó dos veces el techo del coche para que se detuviera. Sacó la cabeza por la ventanilla y observó al cochero que, desde el pescante, esperaba instrucciones.

—Al «Green Parrot». No tengo ganas de invitados estirados y copetes.

Aquella noche, la entrada de Evelyn en la mansión Obercome fue triunfal. Se sentía más poderosa que nunca, con la certeza de pertenecer a un clan que la respaldaba y mataría por ella. Una sensación de unión y seguridad que jamás le habían transmitido sus padres. Ahora su familia eran los Spencer y sus dos hermanitas. Si cerraba la mente y dejaba fluir las emociones, también la asaltaba aquel nudo de sentimientos encontrados en relación a su padre. Nadie podía negar que el conde nunca le demostró amor, ni compasión, ni una pizca de ternura siquiera. Sin embargo, ahora conocía la hondura

y los verdaderos motivos del dolor en su alma, la forma en que había sido manipulado y engañado incluso en torno a su paternidad. Y no solo sentía lástima por él. También se consideraba traicionera y mentirosa por no abrirle los ojos, descubriéndole toda la verdad.

—Espero que Anne me haya hecho caso y asista —le estaba diciendo Julianna, bajito al oído, cuando Evelyn volvió a la realidad.

En un batir de pestañas, la joven rubia recuperó todo su acostumbrado ímpetu.

—Desde luego. Tenemos que conseguir emparejarla con alguno de los primos Spencer.

—Bueno, Rhys se parece como una gota de agua a mi Henry. Con tan solo unos años de diferencia —dejó caer Julianna, a modo de propuesta.

—Por desgracia, Rhys es un libertino amante de la independencia y las faldas. Tan fogoso como reservado. Si se casara con Anne no se dirigirían la palabra más de quince minutos en todo un año.

La joven pelirroja soltó una risa alegre. Aquella descripción se ajustaba demasiado bien a su propio marido al que adoraba. Excitante y provocador.

—Lucien resulta demasiado misterioso, la intimidaría. Y los gemelos…, me dan miedo hasta a mí. Creo que Cassian sería una buena elección. Es cumplidor, noble y todo lo equilibrado y sensato que cabe esperar de un Spencer.

—¡Pero mírenla! ¡Si ha tenido el atrevimiento de venir!

Al oír aquella frase tan poco amable dirigida a su persona, Evelyn giró para encarar a Penélope Waterman. Lucía peor que nunca, con los mofletes hinchados rabiosamente rojos, y un traje cargado de lazos enormes que la engullían por completo. La repasó con desdén de cabeza a pies y a continuación, desplegó de un tirón su abanico y sonrió.

—Señorita Waterman, qué agradable sorpresa.

La otra estiró un dedo y fue a soltar un improperio. Evelyn fue más rápida y le atizó en la punta de la uña con un golpe seco de abanico. Penélope retiró la mano de inmediato, con una exclamación de agonía.

—Cuidadito con lo que piensa decirme, señorita Waterman. Le advierto que vengo bien amparada y que este no es el lugar más adecuado para que salgan a relucir sus vergüenzas.

—¿Las mías? —aulló la muchacha.

—Las suyas, Penélope. Tramposa, indecente, chantajista… Julianna, querida, ¿se me olvida algo?

—¿Quizá malcriada, egocéntrica, acaparadora? —sugirió la veneciana, con aire inocente.

Evelyn deslumbró a la sala con una increíble sonrisa de triunfo.

—Y codiciosa. Eso es, codiciosa del hombre ajeno. —Inclinó la cabeza hacia delante para aproximarse a la oreja de Penélope—. Debería sentir vergüenza.

—Creo que el sur de España está precioso en esta época —irrumpió Rebeca, uniéndose al grupo. Penélope Waterman la observó con los ojos desorbitados de terror—. Yo de usted consideraría mudarme un tiempo, señorita. Y meditar acerca de tan innoble comportamiento, sea sensata.

—Puede que la vida acabe dándole su merecido —dijo Evelyn, con el tono meloso de quien promete un fabuloso regalo—. Conmigo lo hizo.

—Yo de usted intentaría recuperar a la persona amable que una vez fue. —Anne Hagstings apareció a su espalda, increíblemente preciosa con su vestido blanco bordado de perlas, tomando a Julianna del brazo.

Eran cuatro mujeres formando un muro inexpugnable. Cuatro damas unidas por lazos de amistad y afecto tan reales y tan profundos que defenderse unas a otras se convertía en prioridad. Penélope no había tenido jamás algo así. Apretó los dientes, las lágrimas acudieron a sus ojos y en un par de segundos, no era capaz de ver dónde pisaba.

—Disculpen… —Empezó a retirarse con la cabeza gacha.

—Disfrute de la fiesta, señorita Waterman. Una nunca sabe si será la última —la despidió Julianna, agitando coqueta su abanico de plumas color crema.

La vieron perderse entre el gentío, convencidas de que escaparía lloriqueando a su casa sin pensarlo dos veces, a destruirle por completo la noche a su padre. Pobre Penélope. Estaba a tiempo de rectificar, ojalá lo hiciera.

Dentro de la mesura que las convenciones sociales exigían, las cuatro amigas se tomaron de las manos y soltaron grititos de satisfacción. Evelyn las miró una por una, con los ojos como estrellas azules.

—¿Os he dicho ya lo mucho que os quiero?

Capítulo 44

Lo cierto es…, que esta noche me apetece bailar.
Escuchar música y buscar pelea.

Cuando Cassian pidió un baile a Anne, Evelyn sintió que flotaba en una nube de felicidad. Rebeca y Julianna, por su parte, disfrutaban de la música y la danza con sus respectivos esposos. La prima favorita de los Spencer no concedió ninguna pieza salvo a caballeros de su propia familia y tras saborear los pequeños manjares expuestos en las mesas y varias copitas de ponche, optó por salir a la terraza de invierno donde la afluencia de invitados era menor, a cambiar de aires y a disfrutar un poco del silencio. A Penélope no habían vuelto a verla en lo que restó de noche. Recordando su cara de espanto y los enormes lazos de su horrendo vestido, a Evelyn se le escapó una risita traviesa.

Sus amigas, sus primos… ¡Qué afortunada era! Empezaba a ser consciente de ello. Miró hacia el cielo donde centelleaban los luceros y fijó sus ojos en una estrella particularmente brillante.

—Sé que me observa, lady Stone, no sea severa, se lo ruego. Entendería que estuviera enfadada conmigo —susurró, emocionada—. Fui cruel e injusta con su querida hija, la odié sin razón todos estos años. ¡Y a usted! Cómo maldecía su nombre cuando lo escuchaba. La juzgué equivocadamente solo porque confiaba en que mi madre no mentía, que era una buena persona, víctima de sus maquinaciones, cuando lo cierto es que todo se había dado la vuelta…

—¿Hablar sola es su nuevo método de demencia, lady Evelyn?

Antes de girarse a enfrentarlo, a Evelyn ya se le había detenido en un brinco el corazón. La persona a quien más deseaba tener acababa de aparecer, se encontraba a su espalda, tan inconvenientemente cerca que el calor que desprendía su cuerpo traspasaba la tela de sus ropajes. Se mordió nerviosa el labio inferior, preguntándose a toda velocidad cuál debía ser su actitud frente a John Darwin.

Se dio la vuelta muy despacio, sin prisa y sin impaciencia. Fingiendo que su presencia casi la incomodaba. Y adornó la cándida mirada que le dedicó con un acelerado batir de pestañas.

—¿Cómo dice, coronel?

Repasó con embeleso cada rasgo de su varonil rostro. Aquella sonrisa irónica y tirante que desapareció enseguida, como una mueca pasajera, su mirada provocadora, sus turbadores ojos negros. Evelyn

no pudo contener las emociones bulléndole en el vientre, a punto de marearla. Milagrosamente, mantuvo la compostura.

Ante su obstinado silencio, John dejó escapar un gruñido de frustración.

—Pensé que estaría contrariada por nuestra última discusión.

—¿Y que no lo esté le molesta? —lo retó ella, con tono desafiante — ¿Esperaba que me encerrase en Herrick House a llorar su desprecio?

—Eve, yo no la he despreciado —replicó él, con una vehemencia que la impresionó.

—Ha despreciado la buena voluntad de mis actos, que viene a ser lo mismo.

El coronel se distanció un par de pasos de ella y se movió furioso dentro de un espacio muy pequeño. Parecía a punto de tirarse de los pelos.

—¡Las cosas no son así! ¡No quiere entenderlo! ¿Por qué es usted tan sumamente obstinada?

Ella olisqueó el ambiente. Los labios de Darwin desprendían un erótico aroma a brandy caro y si se fijaba bien, su cabello desordenado estaba más enmarañado que nunca.

—Coronel, disculpe que le pregunte, ¿está borracho?

Él no respondió. Se limitó a clavarle una mirada inclemente, un mensaje mudo de pasión, promesas oscuras y caricias lujuriosas. La piel de Evelyn reaccionó al instante, erizándose como un campo de trigo bajo la brisa del verano.

—¿Ha venido a la fiesta…, bebido? —insistió la joven, sorprendida por su audacia.

El rostro crispado y duro de John se dulcificó en el instante en que sonrió. Una sonrisa triste, cargada de pesar.

—¿De qué te extrañas? Así me conociste, borracho en una taberna, perdido, bueno para nada, desencantado con la vida que me había tocado llevar. Y lo cambiaste todo, maldita sea, desde el momento en que te puse los ojos encima y me devolviste esa mirada iracunda y azul, en el instante en que pensé que me devolverías el favor de salvarte el pellejo con una bofetada, caí rendido a tus pies. Eres rebelde, insumisa e impertinente. Eres insoportable, provocadora y peligrosa. Una inconsciente que se arroja de cabeza al peligro. Pero te importa de verdad la gente a la que quieres; por eso te amo.

Evelyn tragó saliva. Estaba preparada para muchas cosas pero no, desde luego, para aquella apasionada declaración de amor. Las palabras de John sonaban arrancadas directamente de muy adentro, del fondo de sus entrañas. De ese lugar íntimo y profundo a donde solo va a parar lo significativo. Su plan, su maquiavélica intención de atormentarlo durante semanas, estalló en el aire en mil pedazos.

Él levantó una mano despacio y la acercó, como si fuera a rozar su mejilla. Pero la dejó caer sin tocarla.

—John…

—Sé que no soy capaz de explicarte cómo me siento. Que no puedo hacer que lo entiendas. Que no eres un caballero del ejército y cuestiones como el honor, la disciplina y la hombría te son ajenas…

Evelyn hubiera querido disponer de la libertad absoluta de posar sus dedos enguantados en seda en sus deseables labios para frenar sus reproches. Pero no estaban solos. Atrás habían quedado sus gloriosas noches en el cobertizo a solas frente al bosque, con los árboles y el viento de invierno como únicos testigos de aquello que sentían.

—John. Calla.

—Eve…

—¡Prima! ¡Prima Evelyn!

John y Evelyn se distanciaron de un salto, momentáneamente roto el encanto del instante. Era Varian, uno de los gemelos, pálido y agitado. Parecía llevar buscándola un buen rato, su expresión al localizarla fue de urgente alivio.

—Debemos regresar a casa cuanto antes. Es el tío Armand, está muy enfermo.

En el trayecto de vuelta a Herrick House, Evelyn cerró los ojos y se obligó a rememorar los días previos en que había visto sonreír a su padre más que en toda su vida juntos. La llegada de su hermana favorita, Elisabetta, y de sus sobrinos Spencer le había insuflado savia a su ánimo apagado, a sus días muertos. Y ahora, repentinamente, enfermaba de gravedad después de sufrir una especie de colapso o algo parecido mientras conversaba con la condesa.

¿Conversaba? Evelyn podía apostar sin temor a perder, a que habían discutido. Con acritud, amargura y muchos reproches, como era habitual entre ellos. Y de nuevo se sintió desleal por no haber tenido ya esa confesión que tanta paz y bien podría llevar al alma de su padre. Solo le pidió al cielo y a lady Stone que le concedieran tiempo para enmendar su error, que no fuera demasiado tarde.

Sintió la mano de su primo Rhys sujetar la suya, sus largos dedos entrelazarse con los suyos y lo miró con asombro. Ni siquiera había sido consciente de que el esquivo Rhys acudiera a la fiesta de la condesa Obercome.

—Todo irá bien, no te preocupes —le susurró, con aquella voz grave y hermosa que tan raramente escuchaban.

Evelyn asintió con la cabeza y sus lágrimas, retenidas con fuerza hasta entonces, se derramaron en tropel por sus mejillas, cayendo sobre su falda de seda como una lluvia de otoño. Entonces, el carruaje

frenó con una suave sacudida.

Habían llegado.

Capítulo 45

Lo cierto es…, que los pecados graves
no pueden pasarse ocultos toda la vida.

Cuatro horas antes.

El conde de Herrick miraba arder el fuego en la enorme chimenea de su estudio. Ese lugar privado y sagrado, lleno de libros, de objetos preciados a donde nadie más que él, su ayuda de cámara y el mayordomo, tenían permitido el acceso. Simplemente lo contemplaba. Ausente, maravillado ante el poder de algo tan aparentemente frágil. Una gruesa lágrima de la que ni siquiera fue consciente, resbaló desde el ángulo de su ojo y rodó hasta el suelo como una gota de rocío. Llevaba allí muchas horas, desde que la parte ruidosa y joven de la familia, engalanada de fiesta, se había marchado hacia la mansión Obercome y su hermana Elisabetta se había retirado a sus aposentos, dejando antes sobre su mejilla el regalo de un beso mimoso.

No sabía dónde se había metido Prudence, tampoco le importaba.

Por eso le extrañó tanto verla aparecer en el umbral de la puerta. Indecisa, sin decidirse del todo a hablar o no. A entrar o a desaparecer cerrando de nuevo la puerta.

—¿Te apetece una copa de licor, querido? —dijo finalmente.

Armand giró la cabeza y la miró sin responder, extrañado por sus atenciones. Ella, en lugar de ofenderse, sonrió tensa.

—He ordenado que te la sirvan y te la he subido igualmente, te ayudará a dormir.

—Gracias —gruñó hosco, volviendo la vista a las llamas.

—Armand, querido…

—Preferiría estar solo —le advirtió, antes de que siguiera adentrándose en la habitación. La condesa dio un par de pasitos vacilantes y se detuvo.

—¿Es cierto que has mandado venir a los abogados?

—No creo que tal hecho sea de tu incumbencia.

—Lo es si piensas introducir modificaciones en tu testamento que afecten a mis tres hijas. ¿Es a favor de tus sobrinos?

—Es posible que haga algunos cambios. Te lo ruego, deja de sonsacar a mi hermana.

—Elisabetta solo es buena guardando los secretos que le

interesan. Ha debido de disfrutar restregándome esta información por la cara. —Avanzó otro poco hasta colocarse a su espalda—. ¿Acaso no tienen bastante con haberse mudado? Se han apropiado de nuestro hogar como si les perteneciera…

—Es que les pertenece. Herrick House es el hogar de mi familia, el de Elisabetta, el de todos nuestros antepasados comunes. Ella nació y se crio entre estas paredes. Es injusto que sus hijos no hayan podido gozar hasta ahora de los privilegios que supone vivir aquí.

—Pero…

—A mi muerte nadie va a quedar desprotegido, hay fortuna suficiente y espacio en esta mansión para todos. Por favor, déjalo estar.

—No pienso permitir…

—Prudence, basta de quejas y recriminaciones. Me duele la cabeza, estoy cansado. —Su voz así lo probaba—. No deseo discutir contigo una vez más.

—A cualquier cosa que te pasa por delante le concedes más valor que a tu esposa y a tus hijas. Me pregunto si habría sido igual de haber tenido idéntica descendencia, pero con tu amadísima lady Stone.

Entonces sí. Al oír mencionar a Marian, Armand volteó la cabeza y traspasó a su esposa con unas pupilas resentidas, frías como el acero.

—Seguirás ensuciando su nombre con tu boca pecadora hasta el día que te mueras —espetó entre dientes—. ¿Es que no has hecho ya suficiente daño?

—¿Daño? ¿Yo? ¿Yo que he sido una víctima de tu desdén todos estos años? ¿Yo que…?

El conde de Herrick dio un brusco golpe en la mesita cercana, se puso en pie de un salto y la condesa brincó, retrocediendo asustada. Él la acorraló contra una enorme mesa de caoba repleta de libros.

—Te desdeñé cuando debí haberte matado con mis propias manos. ¿Es que no sabes al menos estar agradecida?

—¿Qué clase de atrocidad estás diciendo? ¿Qué disparates te han metido tu hermana y tus desquiciados sobrinos en la cabeza?

—En una cosa tienes razón, Prudence, la llegada de mi familia ha sido una bendición. Las cosas van a cambiar mucho de ahora en adelante.

Sin necesidad de saber los detalles, lady Herrick se sintió amenazada. En su posición social, en su fortuna, en el respeto que le profesaba la gente de Londres, en todos los oropeles que adornaban su mundo aparentemente ideal.

—Ah, así que ellos son tu familia. ¡Qué importantes! Me atrevería a preguntar a qué categoría pertenecemos entonces tus hijas y yo.

—Va siendo hora de poner coto a tus mentiras, que sepas lo que

yo sé. Lo que llevo tantos años callando por la paz de esta casa.

A Prudence se le paró literalmente el corazón. El tono de voz del conde ya no era un hilo débil, vencido y agotado, se había enfriado hasta convertirse en hielo y cortaba. No hacía falta preguntar, ella lo sabía, su intuición ya la había avisado. No obstante, preguntó.

—¿Qué es lo que sabes?

—¿De verdad creías que tus sucios ardides iban a quedar en la sombra para siempre? ¿Que no iba a descubrir el modo innoble en como jugaste con mis sentimientos, con mi vida, con la de Marian? ¿Cómo nos engañaste a los dos para salirte con la tuya?

—Yo… No sé de qué me estás hablando —balbuceó la condesa.

—Sí, lo sabes, condesa, lo sabes muy bien. Eres culpable de todos los cargos. Hiciste y deshiciste a tu antojo con dos personas que se amaban y cuyo único pecado fue haber confiado en ti.

«¡¡Lo sabía!!»

Por un instante tan corto como un latido apresurado, el arrojo de Prudence se derrumbó con estrépito. Su rebeldía, la maldad que la mantenía en pie luchando. Eran demasiados años aparentando, cubriendo falsedades, midiendo sus frases para no revelar sus terribles secretos. Envenenando gota a gota a su hija mayor para disponer de una aliada en quien apoyarse. Dejarse ir de una vez por todas, admitir sus errores, llorar hasta vaciarse y descansar en paz, se le antojaba una deseable perspectiva.

Sin embargo, se recompuso antes de convertirse en alguien vulnerable a quien pudieran pisotear sin miramientos. Levantó la barbilla y lo provocó con rabia.

—Y si tan importante era toda esa historia tuya, ¿por qué la has callado hasta ahora?

—He callado porque me importan mis hijas. Sí, esas a las que piensas que desprecio, incluso a la que marcaste con la sospecha de no ser mía, son lo único que me ha mantenido con vida todos estos años de agonía y tristeza. Sin embargo, basta de silencio. Evelyn va a saberlo todo, todos tus pecados de mi propia boca.

Un remolino de ansiedad rodeó a Prudence, le apretó las costillas, el cuello, hasta impedirle respirar con normalidad.

—¡No! ¡Evelyn no! ¡Déjala fuera de esto!

—Dejemos que siga creyendo en ti, ¿verdad? —ironizó el conde, con desaliento—. Eres diabólica, Prudence, perversa y malvada, el ser más egoísta que he tenido la desgracia de conocer…

Lady Herrick aulló como un animal herido. Se movió desde donde estaba con una rapidez pasmosa. Llegó hasta el enorme escritorio del conde, tomó un abrecartas afilado y con ojos desorbitados de demente, se lo apoyó en la garganta, junto a la vena que palpitaba con furia. Y apretó.

—¡Me mataré! ¡Me mataré si lo haces, te lo juro! No permitiré que mi hija me odie…

—Si tu hija te odia será porque te lo has ganado. Paso a paso. Suelta ese abrecartas, Prudence.

Ella aumentó la presión y una gota gruesa rojo carmín brotó de su piel.

—¡No! ¡No pasará, no lo permitiré…!

Armand Herrick la miró con un gesto de agotamiento extremo.

—Has perdido el juicio, te harás daño, ¡suelta eso…!

No llegó a concluir la frase. Con una exclamación de dolor se crispó su rostro. Armand se llevó la mano al pecho y trató en vano de sujetarse a algún mueble antes de desplomarse al suelo. Conmocionada y petrificada, ahogando un grito de espanto, Prudence soltó el abrecartas y apenas si acertó a rozar su brazo, sin fuerzas ni tiempo para impedir que su esposo cayera sobre la alfombra. Se arrojó de rodillas al costado del conde, tanteó su ancho torso con dedos temblorosos, tocó su frente, sus manos, le desabrochó el corbatín.

No respiraba. O al menos, eso le pareció.

—¡Ayuda! ¡ayuda! —gritó desesperada— ¡Holmes! ¡Holmes! ¡Señora March!

Capítulo 46

*Lo cierto es…, que las cosas que arden
hay que sacarlas a la luz antes de que
nos consuman por completo.*

El dictamen de los médicos no fue muy alentador, por eso Evelyn sintió que el mundo se derrumbaba a sus pies. No podía perder a su padre antes de haberlo recuperado. Toda una vida distanciados, envueltos en mentiras retorcidas que habían destrozado su relación impidiéndole florecer. Y ahora que lo sabía todo… No, no podía ser tarde. Alzó los ojos al cielo y dos lágrimas cristalinas brotaron de sus ojos azules mientras rezaba.

El bullicio reinante en la casa en las últimas semanas parecía haberse desvanecido. Todo era mutismo y frialdad ahora. Miradas furtivas, conversaciones en susurros apenados, cabezas gachas, prudencia, ojos que habían perdido su brillo. Preocupación.

—Milady. —Una criada interrumpió sus abatidos pensamientos—. El coronel Darwin está aquí, ha solicitado verla.

Una llamita de calor y esperanza se encendió en el corazón de la joven. El anuncio la hizo sonreír confiada.

—Dile que venga, lo recibiré aquí, en el invernadero. Y sírvenos más té.

—Como ordene, milady.

Se había atrevido a volver. A Herrick House. A visitarla, con todo lo que ello implicaba. Probablemente estaba al tanto del estado de su padre y trataba de ofrecerle algo de consuelo. ¿Mera cortesía o quizá más? De repente, Evelyn fue consciente de la intensidad de lo que sentía por aquel hombre, más bien de lo que John la hacía sentir. Algo cálido e impaciente que igual la abrumaba que le daba vida. Un deseo carnal imparable mezclado con admiración la llenaba por dentro, como un festín a un hambriento. De John sacaba fortaleza, esperanza y deseo de luchar por un futuro mejor.

Sintió que empezaba a comprender cómo se sentía él ante su comportamiento exigente.

Contempló cómo entraba, taciturno y serio, irresistible vestido de

uniforme, llenando el espacio, apoderándose de sus miedos, confortándola con su sola presencia. Como si extendiera a su alrededor una capa gruesa que la protegiera de todo mal, igual que hizo aquella noche en los arrabales. Entonces entendió que no lo dejaría escapar. Que no podía permitirse dejarlo ir. John era la recompensa que le mandaba Dios a toda una vida de penalidades.

—Bienvenido a Herrick House —saludó ella con dulce suavidad —. Esta vez por la puerta delantera, como corresponde a todo un coronel.

Los labios de John dibujaron un leve atisbo de sonrisa que desapareció enseguida. Continuaba de pie, disciplinado, íntegro, esperando.

—He venido a interesarme por el estado de lord Herrick. Y por usted —añadió tras una incómoda pausa—. ¿Cómo se encuentra?

Ella le hizo una seña gentil para que se sentara. La doncella entró en ese momento y les sirvió el té, para desaparecer con una callada reverencia a continuación. John tomó asiento tras pensárselo un segundo.

—John… Permíteme volver a ser Eve.

—Para mí serás Eve mientras viva —aseguró él, con visible emoción.

¿Qué le contaban las negras pupilas del coronel? Evelyn trató de leerlo, traducir su mensaje para no cometer más errores.

—Lord Herrick está grave, los médicos nos han advertido que debemos prepararnos para cualquier desenlace. —Suspiró hondo—. Y necesito hablar con él antes de perderlo, contarle algo trascendental que le afecta antes de que sea demasiado tarde.

—No lo retrases —aconsejó John, con gravedad—. Yo también era de esa clase de personas.

—¿De qué clase?

—De las que se pasan la vida guardando lo que sienten bien adentro. Ahí, en lo profundo, donde nadie pueda encontrarlo. Fingiendo despreocupación cuando estás atormentado. Bebiendo en tabernas, rodeado de marineros y criminales, porque te sientes vacío.

—Ocupándome de la vida de los demás porque aborrezco la mía —completó Evelyn, con aire ausente.

John Darwin levantó hasta ella unos ojos llenos de promesas cálidas.

—Es una equivocación. Caminar y vivir así es un error absurdo que cuesta caro. Créeme, no merece la pena.

—¿Significa eso que has cambiado de opinión respecto de mis intromisiones y de tu esencialísimo honor? —En el tono de su voz flotaba un halo innegable de ansiedad.

—En parte. Lo suficiente como para reírme de mis escrúpulos,

arrojarme a tus pies y pedirte una oportunidad. —Hundió la cabeza contra el esternón. Su voz se convirtió en un susurro ronco, acariciador—. Sé que no es el momento indicado pero lo que siento por ti me arde en la boca.

Evelyn se puso en pie. Él la imitó y quedaron frente a frente. Cerca. Muy cerca.

Deseándose con una violencia dolorosa, imposible.

—Abrázame, John, si puedes. Solo abrázame.

Nunca en toda su vida había necesitado algo tan desesperadamente. Se arrojó en sus brazos y el coronel la recibió, envolviéndola, sin reparar en dónde estaban, en el peligro que supondría ser descubiertos, en que aquella proximidad indecorosa y prohibida podría marcar el destino de Evelyn para siempre.

—Sabes que te amo. —El soplo de su aliento lamió el cuello de ella.

Evelyn se estremeció, arrullada por la caricia.

—¿Eres capaz de perdonar que me entrometiera? Antes de que me respondas, te confesaré que haría lo mismo una y mil veces.

Por toda contestación, él la apretó más fuerte contra sí, sus fuertes dedos entrelazaron los mechones de su cabello rubio y la besó con dulzura en la coronilla. Como a una niña a la que deseara proteger por encima del bien y del mal. Por encima de sí mismo, de los principios y de los límites de toda su existencia.

—Olvídate de eso, yo ya lo hice.

—Llevo toda la vida enfrentándome sola a los problemas. Nunca conocí las bondades ni la protección de una figura masculina que se preocupara por mí, que se adelantase a lo que pudiera dañarme para eliminarlo. Si necesitaba algo tenía que pelear por mí misma para conseguirlo, no estoy acostumbrada a que nadie lo haga por mí.

—Ahora me tienes.

—Ahora te tengo. Pero tardé en entender que te necesitaba, que podía confiar en que tú me allanarías el camino, que contaba con un compañero y un hombro donde apoyarme. He sido impetuosa, he tomado decisiones que te concernían sin consultarte, me dejé llevar por mis arrebatos… Solo te pido que me perdones.

—Como tú dijiste, prefiero mirar hacia delante, al futuro que quisiste abrir para nosotros con tu plan disparatado. —Se distanció, aunque sus bocas seguían lo bastante próximas como para turbarlos. Una mano enorme y nervuda, inusitadamente cálida, acarició la mejilla de la joven—. Habla con lord Herrick, serena su espíritu y el tuyo, no te guardes nada dentro. Yo volveré mañana.

Se despidió con un simple beso en los labios. Robado, ligero como una pluma, prometedor. Y el alma y el corazón de Evelyn vieron cómo unas cuantas heridas abiertas, viejas y muy dolorosas, se cerraban.

Evelyn pasó mucho rato escondida en el invernadero después de que John se marchara. El remolino de emociones anidado en su vientre, un sinfín de suspiros, recuerdos que la hicieron llorar. No obstante, se secó las lágrimas, apuró de un sorbo la taza de té ya frío y con una resolución que le había costado conquistar, subió la escalera hacia la zona de dormitorios. En el descansillo superior se cruzó con el peor obstáculo imaginable: su madre.

—¿A dónde vas?

Evelyn respondió sin mirarla. Desde que el conde había sufrido el ataque, tolerar a Prudence se le hacía casi insoportable, convencida como estaba, de que era la culpable del incidente.

—A ver a padre.

La condesa la atrapó por un brazo y tiró de ella sin contemplaciones. Evelyn se sacudió para escapar del zarandeo.

—¡No se te ocurra molestarlo! Está descansando.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —Traspasó a su madre con unos ojos llorosos pero cargados de determinación—. No lo sabemos, ¿verdad? Tengo que verlo y hablar con él antes de que ya no pueda escucharme. No me quedaré con esto dentro. —Se señaló el pecho.

Todas las alarmas se encendieron en el cerebro de Prudence. Persiguió a su hija, que seguía caminando hacia el dormitorio principal de la casa. Todos sus intentos por frenarla fueron en vano.

—Padre, tengo que contarle algo. Algo importante —anunció la joven, con voz temblorosa en cuanto entró en la estancia.

Prudence trató de sujetarla de nuevo, pero Evelyn logró esquivarla y acercarse a la cama. Solo ardían varios candelabros colocados en esquinas estratégicas y el fuego de la gran chimenea. El resto eran penumbras.

Por primera vez desde que Evelyn recordaba, el cuerpo inerte de su padre reaccionó al sonido de su voz. Armand giró la cabeza hacia ella, mostrando como podía, interés por escucharla.

—Conseguirás que se altere, agravarás su estado. Tendrás la culpa de… —la amenazó trémula su madre, desde atrás.

Evelyn ignoró sus funestos augurios, tomó un escabel y se sentó junto al enorme lecho. Tomó la mano marchita de su padre, inesperadamente tibia.

—Padre, es importante que me escuche… Se trata de lady Stone.

Capítulo 47

Lo cierto es…, que los secretos duelen
porque los pecados pesan sobre la espalda.

Viéndose descubierta, la condesa de Herrick escapó del dormitorio de su esposo antes de que Evelyn iniciara la charla. Le faltó el valor para asistir sin más a aquella escena que sería el principio de su fin: no sabía lo que Evelyn quería contarle a su padre pero sí que este aprovecharía la ocasión para ponerla a ella al corriente de sus delitos. Y su hija no la perdonaría jamás, daba igual el modo en que ella tratara de defenderse.

Estaba acabada.

Quizá fue el mismo terror a lo que pasaría lo que la impulsó a no esconderse del todo. Se quedó en el pasillo, recorriendo histérica el espacio arriba y abajo, retorciéndose las manos, despachando a todos los miembros del servicio que se acercaban a atenderla o a interesarse por si necesitaba algo. Cuando la puerta se abrió y vio aparecer a Evelyn, pálida y derrotada, dejó de respirar.

Se le cruzó por delante y la interrogó con ojos ansiosos. Evelyn le clavó unas pupilas brillantes de ira.

—¿Lo sabía?

—¿De qué hablas? —tartamudeó Prudence.

—¿Todos estos años padre sabía lo que usted hizo y no le reprochó nada?

—¿Qué era eso tan trascendente de lo que querías hablarle?

—Quise contarle una historia oculta y triste pensando que la ignoraba, pero no fue necesario. Padre se me adelantó.

La condesa tragó saliva. Evelyn pudo ver cómo temblaba su garganta por el esfuerzo.

—Tú… ¿Quién te contó?

—¿Su mezquino comportamiento con lady Stone y padre? ¿Su inexcusable falta de lealtad? ¿Sus mentiras? Desde luego que sí, conocía la historia.

—¿Quién te lo contó? —insistió la condesa, atragantada—. Elisabetta…

—Las oí —la cortó Evelyn, antes de que siguiera culpando a inocentes—; oí cómo tía Gertrud se lo echaba en cara en los huertos.

Sé que por esa causa se marchó de Herrick House, usted la obligó a que se fuera. Fue déspota y cruel con su propia hermana solo porque la obligó a mirarse de frente.

—No estoy rodeada precisamente de almas caritativas —se quejó Prudence, esquivando su mirada juzgadora.

—¿Cómo puede ser tan injusta? Usted destruyó la felicidad de padre y de lady Marian con engaños y enredos, sin la menor compasión. Padre lo averiguó hace tiempo y no obstante, no la echó de casa, no la repudió, ¿y aún se queja? Madre, no se merece el respeto que le ha demostrado esta familia.

Prudence luchó contra su creciente sensación de vergüenza y mortificación.

—Todo lo que hice lo hice por amor. Tú no puedes entenderlo porque es un sentimiento que jamás has sentido.

Un silencio pavoroso rodeó las últimas palabras de la condesa. Evelyn notó la garganta tan tensa que le dolía y cuando habló, su voz se confundió con un murmullo.

—Se equivoca, madre, una vez más se equivoca. Sí lo he sentido, lo siento, el más puro y verdadero. El amor solo es amor si es hermoso y noble. El amor no destruye, no rompe ni quema. El amor nos hace grandes y mejores. Pero usted no sabe vivirlo.

La condesa no se movió. Su joven hija la contempló un instante casi con pena. Luego se recogió la falda y escaleras abajo, desapareció.

El sol se ocultaba tras la hilera de árboles en una suerte de crepúsculo adorable. El aire perfumado que provenía del bosque los abrazaba como algo vivo. Hacía más de quince minutos que Evelyn y John se mantenían tomados de la mano sin despegar los labios, mirando la masa verde que bailaba al son de la brisa. Su cita clandestina en Herrick House, allí, en los jardines traseros, junto a las huertas cerca del lindero con el bosque. Su lugar inolvidable y común.

—Creo que aquí fui feliz por primera vez en mi vida —confesó él, haciendo trizas el silencio.

—Para arrancar de cero como me pediste, teníamos que volver a donde todo empezó —sonrió Evelyn, girándose a mirarlo.

—Creo que has olvidado que hubo un momento anterior, nuestra concurrida taberna, ese lugar tan encantador y entretenido de sublime y exquisito ambiente…

—En efecto —lo cortó ella, con simpatía—: he preferido borrarla para siempre de mi memoria. Aunque fuese allí donde nos vimos por primera vez.

John se colocó a su espalda, posó sus grandes manos sobre los hombros de ella y la atrajo hacia sí, transmitiéndole su calor.

—Cuántas cosas extraordinarias pudieron pasar en ese cobertizo. Todavía no entiendo cómo contuve las ganas.

La giró entre sus brazos. Su mirada la desnudó del todo y la joven se esforzó en fingir que no tenía el estómago revuelto bajo el brillo de aquellos ojos. Tanto que tuvo que desviar la vista de su cara.

—¿Aún las sientes?

Evelyn se encogió cuando los labios de John rozaron uno de sus párpados con un beso. A continuación, el otro.

—Me devoran, Eve. En cuanto te tengo cerca no puedo respirar.

—¿Resulta muy indecoroso y altamente inmoral si confieso que me pasa lo mismo?

—Al diablo las reglas —farfulló él—. Al infierno con ellas. Con el honor, con las trabas a la felicidad.

Un búho ululó bajo la luna que acababa de hacerse visible. Evelyn se arrebujó entre los brazos del hombre que le robaba el sueño.

—¡Al diablo! ¿Te das cuenta de que ya casi hablo como una auténtica tabernera?

—Eve…

—¿John?

—¿Quieres…, querrías ser mi esposa? ¿Compartir mi casa, mi destino como hombre de negocios, nuestros hijos? ¿Quieres, Eve? Dime que sí.

La joven se perdió en su mirada profunda, oscura como la noche que descendía sobre ellos. Sonrió y para John fue como ver aparecer el sol entre las estrellas.

—Sí, sí quiero. —Lo besó—. Juntos. —Una nueva caricia en la comisura de los labios—. Para siempre.

Y llegó el auténtico beso, el encuentro donde sus lenguas enloquecidas bailaron una danza eterna y febril, conversaron en un lenguaje que solo ellos entendían. Cuando se saciaron, John arrancó un instante los labios de los suyos y le lamió encendido el cuello. Evelyn se mordió la lengua para no gemir. Dos cuerpos que ardían, se buscaban y se palpaban tras encontrarse. Al interrumpir el beso ambos jadeaban.

Ninguno mencionó la choza aunque a los dos se les pasó por la mente.

—Si te pido que me acompañes a un sitio, ¿vendrías? —suplicó Evelyn, en un murmullo dulce y muy íntimo.

—Claro que sí, mi amor. ¿A dónde?

—A Coventwood. A cerrar de una vez por todas los círculos que siguen abiertos en esta historia.

FIN

Y en Noviembre…

Cuarta entrega de la serie «Guante de seda»

Prólogo

*Un, dos, tres. La carta que perturbó
la paz del hogar Hagstings.*

«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera»

—La princesa Casilda subió a cubierta…

En otras circunstancias, Anne se habría encarnado en la propia Casilda y habría sentido la brisa marina como un beso en el rostro. Real. Normalmente, vivía las historias de aventuras que leía a sus hermanos con la misma pasión y entrega de sus novelas románticas. Pero aquel día tuvo la feliz ocurrencia de dejar entreabierta la puerta de la sala, y el incesante ir y venir de criadas alborotadas quién sabe por qué motivo, deteniéndose en grupos y cuchicheando, la tenía por completo desconcentrada.

Y aquel lamentable pensamiento recurrente: *«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera».*

También.

—Protegida del frío con una hermosa capa de armiño, miró la luna. En ese momento, todas las estrellas empezaron a moverse como si estuvieran bailando… —prosiguió. Luego pasó la página del libro.

—¡Las estrellas no pueden bailar! —la interrumpió Charles, el mayor de sus hermanitos.

James, el menor, que atendía a la narración de Anne embelesado, con los ojos como platos, propinó un codazo a su hermano para que se callara.

—¿Queréis que siga? —les preguntó Anne muy seria, imitando los gestos de una institutriz especialmente antipática.

—¡Siiiiiiii! —exclamaron James y Charles a coro. Ella sonrió.

No eran más que dos bribonzuelos de menos de diez años y a Anne le gustaba tomarles el pelo. Fijó la mirada en las primeras líneas de la nueva página, pero un inesperado revuelo aún mayor de criadas en el recibidor, cruzando el espacio en una y otra dirección con mucha prisa, la distrajo por segunda vez.

—Cuando las estrellas se reagruparon alrededor de la luna, la princesa observó que entre todas habían formado la figura de una espada —prosiguió pasados unos segundos.

—¿La habían dibujado los ángeles? —quiso saber James, con su

deliciosa voz infantil.

—En efecto. Aquella espada trazada en el cielo era una señal… —Más alboroto en el vestíbulo. Más criadas reaccionando agitadas al chisme que parecían transmitirse unas a otras. Más caras de asombro, más manos tapando bocas abiertas. Anne sintió un aguijonazo de curiosidad en mitad del estómago.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué era todo aquel bullicio?

—Anne, ¿cuándo sale el capitán pirata?

La joven sacudió la cabeza para volver a centrarse en el cuento. Iba a resultar francamente difícil acabarlo.

—Ya, ya va. Justo entonces, cuando la princesa entendió que el mensaje que estaba recibiendo era que luchara por su libertad contra el malvado pirata que la tenía cautiva…

—¿Con la espada? —se desconcertó James, con los ojos azules muy abiertos.

—Sí, con la espada. No la del cielo, otra de verdad, de las que pinchan y cortan. Tenía que pelear para volver a ser libre…

—Pero las princesas no saben luchar con espadas —les recordó el joven Charles con un gesto desdeñoso.

—No todas las princesas se pasan el día mirándose las enaguas —les advirtió Anne, cerrando el libro y levantando un dedo estirado. Aquel trasiego de la servidumbre por delante de la sala donde ella se encontraba, la tenía desquiciada.

—Hazme caso, James —apuntó Charles, muy serio, con aires de hombrecito de mundo—, Anne intenta engañarnos: las princesas no saben usar espadas.

Anne Hagstings no pudo soportar la incertidumbre ni un instante más.

—¡Harriet!

La criada se apresuró a apartarse del agitado grupo que murmuraba en voz baja y a obedecer la llamada de su señorita. El apretado ramillete de muchachas de uniforme en el que hasta entonces cuchicheaba, se disolvió como el humo.

—Dígame, señorita.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo?

La chica se llevó las manos al rostro y sus ojos lanzaron un descomunal destello de entusiasmo.

—Ay, señorita…

—¿Me lo vas a contar?

—¡Sigue con la historia! —demandó Charles que, pese a todas sus protestas, estaba muy interesado en comprobar si la princesa era o no capaz de enarbolar una espada contra el perverso lobo de los mares.

—Id a jugar un rato —les indicó Anne, con una cariñosa sonrisa—. Debo ocuparme de algo importante.

—Pero Anne…

La joven frenó sus protestas con un aleteo de su mano.

—Os prometo que os leeré la historia antes de dormir. Ahora, id a jugar.

Los chiquillos abandonaron la sala de mala gana y protestando entre dientes. Anne volvió a interrogar a Harriet con sus expresivos ojos claros.

—Ha llegado…, ha llegado algo, señorita.

—¿Algo como qué?

La muchacha se retorció los dedos de las manos, muy nerviosa.

—Eso debería decírselo la señora Sheldom.

Anne asintió con la cabeza y dosis interminables de paciencia.

—Pues dile que venga y me saque de dudas.

No hizo falta avisarla, porque el ama de llaves apareció en aquel momento por detrás de Harriet. La criada marcó su huida con una reverencia y desapareció como alma que persiguen los demonios. La señora Sheldom traía en la mano un hermoso sobre dorado, con la reverencia de quien traslada una joya valiosa.

—Esto es lo que tiene a todo el mundo tan revolucionado, señorita. —Se la entregó con una inequívoca mueca de entusiasmo contenido, poco habitual en una mujer que jamás expresaba nada.

Sin perder un segundo, Anne sacó la carta del sobre, excitadísima. Tras leer por encima las líneas de exquisita caligrafía, no pudo evitar una exclamación de asombro.

«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera»

—¡Señora Sheldom! ¿Ha visto esto?

El ama de llaves agitó la cabeza complacida, con una sonrisilla histérica colgada de las comisuras.

—¿Lo saben mis padres?

—Por supuesto, señorita, han sido informados en cuanto llegó.

—¿Y qué han dicho?

La alegría se borró del rostro de la enjuta mujer.

—Tengo entendido que los señores no piensan variar sus planes, señorita Anne.

La bonita cara de Anne se crispó con incredulidad. Se puso en pie de inmediato, y con la carta en la mano salió de la estancia pasando por delante del ama de llaves.

—No puede ser…

—¡En la sala de música, señorita! —indicó la señora Sheldom, cuando ya la perdía de vista.

En efecto, los señores Hagstings se encontraban, como de costumbre, en la sala de música, entregados a puerta cerrada a su mayor pasión: él interpretaba hermosas melodías clásicas al piano y su

virtuosa esposa cantaba con su distinguida voz de soprano. No interrumpieron la pieza cuando vieron entrar a su hija, como tampoco hicieron demasiado caso de sus frenéticos aspavientos. Se limitaron a indicarle que tomara asiento y aguardase.

A Anne no le quedó más remedio que resignarse.

«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera» retumbó una vez más en su mente.

—Excelente, querida, ex-ce-len-te —alabó el señor Hagstings, una vez hubieron concluido, tomando la mano de su esposa para besarla.

—Padre, madre… —se atrevió a interrumpirlos la joven. Ellos dejaron de mirarse con el embeleso de unos recién casados por un segundo, y fijaron la mirada en la carta que Anne agitaba en el aire.

—Imposible, querida —fue la respuesta de su madre—, tenemos seis recitales en Viena. Seis, ni más ni menos.

—Pero… ¡madre! ¡Esto solo pasa una vez en la vida!

La señora Hagstings levantó pomposamente una mano para acallar las protestas de su hija.

—Lo sé, lo sé. Lo entendemos. Es una oportunidad única.

—No obstante, debemos viajar —completó su esposo, con el buen humor de quien te gasta una broma—, esos compromisos llevan meses cerrados.

Anne apretó los labios hasta hacerse daño. Sus dedos se incrustaron en el hermoso papel dorado.

«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera»

—Yo no voy a dejarlo ir.

Si sonó a amenaza, sus padres no lo entendieron así. Sin prestarle atención por más tiempo regresaron a su afición favorita, con una nueva canción de alegre tonadilla. Anne salió de la sala dando un portazo. Algo absolutamente inusual en ella, siempre tan comedida y discreta.

GRACIAS por leerla.

Si te ha gustado, me ayudarás a difundirla dejando un comentario en Amazon.



Completa tu colección con los otros TÍTULOS de la SERIE:

TUS SECRETOS Y LOS MÍOS:
Enlace Universal: mybook.to/tussecretosylosmios
https://amzn.to/3A0l6GD

SERENDIPIA STARK

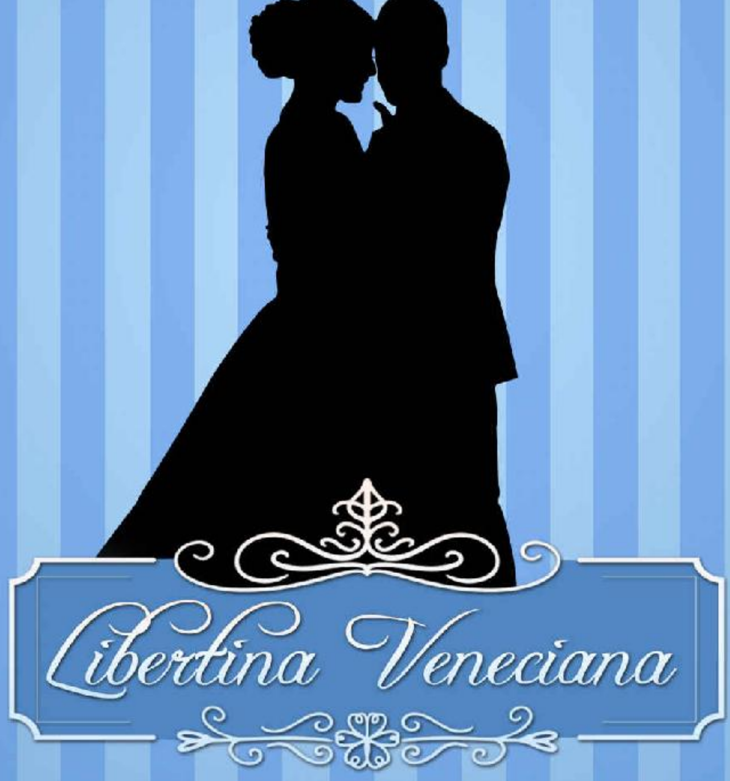


Serie Guante de Seda I



LIBERTINA VENECIANA:
Enlace Universal: mybook.to/libertinaveneciana
https://amzn.to/3bDaC6T

SERENDIPIA STARK



Serie Guante de Seda 2



Agradecimientos

Y como no hay dos sin tres, damos por terminada esta y nos adentramos en la escritura y creación de la última entrega de la serie. Algo que ha sido posible porque la habéis apoyado, lector@s, con vuestro amor y vuestras recomendaciones. Me permitiréis que mencione a un grupo especial, compañer@s que además son ávid@s lector@s, comparten tu promo, te recomiendan y te retuercen la oreja si hace falta, sin ruborizarse. A mi Lorraine, mi Jo, mi Pepe, mi Noni, mi Dubli… Porque todos sois míos, os llevo dentrito dentro, de lo agradecida que estoy.

Y a mis lectoras cero, que sacan tiempo de donde no lo hay, que consumen historias a velocidad endemoniada pero con una eficacia que raya lo sobrehumano, Marie, Jo, Marisa. Os quiero y os ADMIRO. Mucho, muchísimo.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Alma Rota» de entre toda la oferta actual. Que haya sido de nuevo mi libro el elegido, que por azar o por magia haya caído en tus manos y hayas tenido la amabilidad de dedicarle parte de tu tiempo, que te hayas permitido enamorarte, sonreír o disfrutar, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con la próxima entrega de la serie, porque es la última.

Eso sí, vendrán muchas más historias, personajes y amores de cuento de hadas. Y todas las escribiré pensando en ti. Como veis, los nombres de los hermanos Spencer han sido un homenaje a la saga ACOTAR que me ha devuelto la fe y el amor por la fantasía.

Si te ha hecho disfrutar, aunque solo sea un poquito, te agradecería en el alma que dejases un comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. De nuevo con todo el corazón, gracias.

Por favor, deja aquí tu comentario:

mybook.to/tussecretosylosmios



Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.

Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales? Te advierto que son muy divertidas ;)

INSTAGRAM: @serendipiastarkescritora https://www.instagram.com/serendipiastarkescritora/?hl=es

FACEBOOK: Serendipia Escritora

https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/

Table of Contents

SERENDIPIA STARK



Serie Guante de Seda 4

DELICIOSO GRANUJA

Serie «Guante de seda» IV

La serie «Guante de seda» está compuesta por **4 novelas autoconclusivas,** ambientadas en el Londres de la **Regencia.**
Si adoraste los Bridgerton, si disfrutas el romance histórico y el mundo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.
Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en mis redes sociales: **INSTAGRAM: @serendipiastarkescritora FACEBOOK: Serendipia Escritora**

Código ASIN: B0BN674BJ8

LONDRES,
último mes de invierno.
1816

Capítulo 1

Un, dos, tres. La carta que perturbó
la paz del hogar Hagstings.

«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera»

—La princesa Casilda subió a cubierta…

En otras circunstancias, la fantasiosa Anne se habría encarnado en la propia Casilda y habría sentido la brisa marina como un beso en el rostro. Real. Normalmente vivía las historias de aventuras que leía a sus hermanos con la misma pasión y entrega que sus novelas románticas. Pero aquel día tuvo la feliz ocurrencia de dejar entreabierta la puerta de la sala, y el incesante ir y venir de criadas alborotadas quién sabe por qué motivo, deteniéndose en grupos y cuchicheando, la tenía por completo desconcentrada.

Y aquel lamentable pensamiento recurrente: *«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera»*.

También.

—Protegida del frío con una hermosa capa de armiño, miró la luna. En ese momento, todas las estrellas empezaron a moverse como si estuvieran bailando… —prosiguió. Luego pasó la página del libro.

—¡Las estrellas no pueden bailar! —la interrumpió Charles, el mayor de sus hermanitos.

James, el menor, que atendía a la narración de Anne embelesado, con los ojos como platos, propinó un codazo a su hermano para que se callara.

—¿Queréis que siga? —les preguntó Anne muy seria, imitando los gestos de una institutriz especialmente antipática.

—¡Siiiiiiiii! —exclamaron James y Charles a coro.

Ella sonrió.

No eran más que dos bribonzuelos de menos de diez años y a Anne le gustaba tomarles el pelo. Fijó la mirada en las primeras líneas de la nueva página, pero un inesperado revuelo aún mayor en el recibidor, de criadas cruzando el espacio en una y otra dirección con mucha prisa, la distrajo por segunda vez.

—Cuando las estrellas se reagruparon alrededor de la luna, la princesa observó que entre todas habían formado la figura de una espada —retomó pasados unos segundos.

—¿La habían dibujado los ángeles? —quiso saber James, con su deliciosa voz infantil.
—En efecto. Aquella espada trazada en el cielo era una señal… —Más alboroto en el vestíbulo. Más criadas reaccionando agitadas al chisme que parecían transmitirse unas a otras. Más caras de asombro, más manos tapando bocas abiertas.
Anne sintió un aguijonazo de curiosidad en mitad del estómago.
¿Qué estaba pasando? ¿Qué era todo aquel bullicio?
—Anne, ¿cuándo sale el capitán pirata?
La joven sacudió la cabeza para volver a centrarse en el cuento. Iba a resultar francamente difícil acabarlo.
—Ya, ya va. Justo entonces, cuando la princesa entendió que el mensaje que estaba recibiendo era que luchara por su libertad contra el malvado pirata que la tenía cautiva…
—¿Con la espada? —se desconcertó James, con los ojos azules muy abiertos.
—Sí, con la espada. No la del cielo, con otra de verdad, de las que pinchan y cortan. Tenía que pelear para volver a ser libre…
—Pero las princesas no saben luchar con espadas —les recordó el joven Charles con un gesto desdeñoso.
—No todas las princesas se pasan el día mirándose los encajes de las enaguas —les advirtió Anne, cerrando el libro y levantando un dedo estirado. Aquel trasiego de la servidumbre por delante de la sala donde ella se encontraba, la tenía desquiciada.
—Hazme caso, James —apuntó Charles, muy serio, con aires de hombrecito de mundo—, Anne intenta engañarnos: las princesas no saben usar nada peligroso.
Anne Hagstings no pudo soportar la incertidumbre ni un instante más.
—¡Harriet!
La criada se apresuró a apartarse del agitado grupo que murmuraba en voz baja y a obedecer la llamada de su señorita. El apretado ramillete de muchachas de uniforme en el que hasta entonces cuchicheaba, se disolvió como el humo.
—Dígame, señorita.
—¿Se puede saber qué está ocurriendo?
La chica se llevó las manos al rostro y sus ojos lanzaron un descomunal destello de entusiasmo.
—Ay, señorita…
—¿Me lo vas a contar?
—¡Sigue con la historia! —demandó Charles que, pese a todas sus protestas, estaba muy interesado en comprobar si la princesa era o no capaz de enarbolar una espada contra el perverso lobo de los mares.
—Id a jugar un rato —les indicó la joven, con una cariñosa sonrisa—. Debo ocuparme de algo importante.

—Pero Anne…
La primogénita de los Hagstings frenó sus protestas con un aleteo de la mano.
—Os prometo que os leeré la historia antes de dormir. Ahora, id a jugar.
Los chiquillos abandonaron la sala de mala gana y protestando entre dientes. Anne volvió a interrogar a Harriet con sus expresivos ojos claros.
—Ha llegado…, ha llegado algo, señorita.
—¿Algo como qué?
La muchacha se retorció los dedos de las manos, muy nerviosa.
—Eso debería decírselo la señora Sheldom.
Anne asintió con la cabeza, un suspiro y dosis interminables de paciencia.
—Pues dile que venga y me saque de dudas.
No hizo falta avisarla, porque el ama de llaves apareció en aquel momento por detrás de Harriet. La criada marcó su huida con una reverencia para desaparecer como alma que persiguen los demonios. La señora Sheldom traía en la mano un hermoso sobre dorado, con la reverencia de quien traslada una joya valiosa.
—Esto es lo que tiene a todo el mundo tan revolucionado, señorita. —Se la entregó con una inequívoca mueca de entusiasmo contenido, poco habitual en una mujer que jamás expresaba nada.
Sin perder un segundo, Anne sacó la carta del sobre, excitadísima. Tras leer por encima las líneas de exquisita caligrafía, no pudo evitar una exclamación de asombro.
«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera»
—¡Señora Sheldom! ¿Ha visto esto?
El ama de llaves agitó la cabeza complacida, con una sonrisilla histérica colgada de las comisuras.
—¿Lo saben mis padres?
—Por supuesto, señorita, han sido informados en cuanto llegó.
—¿Y qué han dicho?
La alegría se borró del rostro de la enjuta mujer.
—Tengo entendido que los señores no piensan variar sus planes, señorita Anne.
La bonita cara de Anne se crispó con incredulidad. Se puso en pie de inmediato y con la carta en la mano salió de la estancia pasando por delante del ama de llaves.
—No puede ser…
—¡En la sala de música, señorita! —indicó la señora Sheldom, cuando ya la perdía de vista.
En efecto, los señores Hagstings se encontraban, como de costumbre, en la sala de música, entregados a puerta cerrada a su mayor pasión:

él interpretaba hermosas melodías clásicas al piano y su virtuosa esposa cantaba con su distinguida voz de soprano. No interrumpieron la pieza cuando vieron entrar a su hija, como tampoco hicieron demasiado caso de sus frenéticos aspavientos. Se limitaron a indicarle que tomara asiento y aguardase.

A Anne no le quedó más remedio que resignarse.

«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera» retumbó una vez más en su mente. Anne bajó los párpados y sacudió los dedos en el aire como si espantara una mosca.

—Excelente, querida, ex-ce-len-te —alabó el señor Hagstings, una vez hubieron concluido, tomando la mano de su esposa para besarla.

—Padre, madre… —se atrevió a interrumpirlos la joven. Ellos dejaron de mirarse con el embeleso de unos recién casados por un segundo, y fijaron la mirada en la carta que Anne agitaba por encima de su cabeza.

—Imposible, querida —fue la respuesta de su madre—, tenemos seis recitales en Viena. Seis, ni más ni menos.

—Pero… ¡madre! ¡Esto solo pasa una vez en la vida!

La señora Hagstings levantó pomposamente una mano para acallar las protestas de su hija.

—Lo sé, lo sé. Lo entendemos. Es una oportunidad única.

—No obstante, debemos viajar —completó su esposo, con el buen humor de quien te gasta una broma—, esos compromisos llevan meses cerrados.

Anne apretó los labios hasta hacerse daño. Sus dedos se incrustaron en el hermoso papel dorado.

«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera»

—Yo no voy a dejarlo ir.

Si sonó a amenaza, sus padres no lo entendieron así. Sin prestarle atención por más tiempo regresaron a su afición favorita, con una nueva canción de alegre tonadilla. Anne salió de la sala dando un portazo. Algo absolutamente inusual en ella, tan comedida siempre, tan educada y discreta.

Capítulo 2

Un, dos, tres. Una charla decisiva
que no podía esperar ni un minuto más.

Los golpes en la puerta de Coventwood sonaron tan a deshoras y tan desesperados, que el señor Carson acudió a abrir con un pellizco de angustia en la boca del estómago y la funesta certeza de que nada bueno podía llegar pasadas las siete de la tarde. No se esperaba a las dos figuras que aguardaban a la intemperie y a las que hizo pasar de inmediato, nada más identificar a la muchacha.

—¡Lady Evelyn…!

—¿Está la duquesa? —quiso saber la joven, con cierta precipitación.

Carson observó al hombre vestido de uniforme que la acompañaba y lo reconoció en el acto. Lo saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Coronel Darwin…

—Señor Carson —respondió John, con su voz grave y marcial—. Lady Evelyn Fowler tiene cierto…, interés en entrevistarse cuanto antes con la…

—¡Evelyn! ¡Coronel Darwin! —Rebeca apareció en el vestíbulo en aquel momento. Su estado de nueva esperanza empezaba a ser ya evidente— ¡Qué agradable sorpresa! Extrañas horas para una visita, ¿ocurre algo?

Evelyn corrió hasta ella, tomándole ambas manos con las suyas. Rebeca leyó miedo, desesperanza y urgencia en sus ojos sin la menor dificultad.

—Mi padre se está muriendo, Rebeca. Necesito que me acompañes.

Dicen que los buenos amigos destacan porque en los malos momentos no hacen preguntas. Y lady Richmond pertenecía a esa categoría. Se demoró el tiempo justo para cubrirse del intenso frío exterior con una capa, y de darle instrucciones al mayordomo para que el duque no se preocupase al regresar de su despacho y no encontrarla. En menos de diez minutos, Rebeca, Evelyn y John Darwin estaban de nuevo en el carruaje rumbo a Herrick House. Sobrecogidos y mudos.

Guiado por el mayordomo de la mansión, el coronel decidió esperar

educadamente en la biblioteca de la planta baja, permitiendo a las dos damas subir al piso superior en absoluta intimidad. Pero la mala fortuna quiso que al final de la escalera se toparan con la condesa: hacía días que Prudence vigilaba la puerta del dormitorio de su esposo agonizante como un perro de presa. La expresión de su rostro al distinguir a la duquesa de Richmond junto a su hija mayor fue una indescriptible mezcla de incredulidad, cólera y pánico.

—¿A dónde crees que vas, jovencita?

Obviamente, la agria pregunta se la dirigió a Evelyn. A la duquesa solo le dedicó un brevísimo atisbo de mirada que no se atrevió a mantener. La joven rubia apartó a su madre sin ningún reparo, abriendo paso para que Rebeca pudiera avanzar.

—Vamos a ver a padre. Antes de que sea demasiado tarde.

—¡No te lo permitiré! —se opuso lady Herrick, con los ojos desorbitados— ¡No con…, ella!

—Apártese, madre. —La voz de Evelyn resonó contra las paredes, fría como un témpano—. Esta vez no se saldrá con la suya.

La condesa se vio obligada a contemplar con horror cómo su hija y la duquesa de Richmond traspasaban el umbral de la habitación del conde, cerrando la puerta tras ellas. Estuvo tentada de pegar la oreja y quedarse escuchando pero no se atrevió, su osadía no llegaba a tanto, no fuese un criado a sorprenderla en tan indigna actitud. Salió corriendo pasillo adelante y se encerró en su propio dormitorio, temblando como una hoja.

Evelyn se aproximó a la cama con pasitos cortos, seguida de cerca por su amiga. La respiración del conde era pesada e irregular, como si le costase un mundo continuar vivo. Evelyn instaló una silla junto al lecho para que Rebeca se acercara y ella tomó otra en el lado contrario.

—Padre… —Le tomó una mano con absoluto respeto—. Padre, Rebeca está aquí, ha venido a visitarlo.

La mención del nombre de la duquesa causó un suave estremecimiento en el cuerpo del enfermo. Pero las fuerzas no le alcanzaron para abrir los ojos.

—Es Rebeca Percy, padre, la hija de lady Stone —insistió Evelyn, a media voz.

—Marian… —logró balbucir el conde, con mucho esfuerzo.

—Sí, padre, la hija de Marian está aquí. Hay muchas cosas que debemos…, que deben ustedes hablar.

Armand Fowler, conde de Herrick abrió los ojos. Y como si una mano invisible guiase sus movimientos, giró la cabeza hacia el lado de la cama donde se encontraba Rebeca. Sus pupilas cansadas se encontraron con los brillantes ojos azules de la duquesa. Rebeca le tomó decididamente la mano libre y se la apretó con afecto.

—¿Cómo se encuentra, milord?
El conde respondió al apretón de manos con un gesto similar. Y luego, dedicó otro, algo más débil a su hija.
—Marian…
—Rebeca sabe lo mucho que lady Stone lo amaba, padre. Le revelé la verdad de todo lo ocurrido, espero que pueda perdonarme —explicó Evelyn, emocionada.
No pudo continuar, las palabras se atascaron en su garganta como una fría piedra de río.
—Madre nunca dejó de creer en usted, milord —la sucedió Rebeca—. Es cierto que necesitó de muchos años para que el dolor de las heridas se cerrara. Cuando padre ya había muerto… Ella nunca quiso admitir lo que sentía por usted mientras estuvo vivo, lo respetaba demasiado. Fue un buen hombre que la amó con toda su alma y jamás permitió que nos faltase de nada. Sin embargo, ha de saber que su corazón le pertenecía a usted. Solo a usted.
—Mi adorada… Marian. —Los ojos del conde seguían solo entreabiertos pero sus párpados se agitaban al empuje de las lágrimas. Terminaron rodando por sus mejillas y su hija se encargó de enjugarlas con la punta de los dedos.
—Fue terrible e injusto lo que ustedes dos sufrieron, el modo cruel en que los separaron e impidieron que fueran felices —silabeó Evelyn, sin poder contener el resentimiento—. Madre fue tan egoísta como despiadada.
Por unos instantes, en el dormitorio en penumbras tan solo se oyó el tictac de un gran reloj de pared. El peso de los recuerdos parecía haberse adueñado de cada rincón.
—Ha transcurrido toda una vida, de poco sirve lamentarse, no podemos cambiar ese pasado tan triste que les tocó vivir juntos —prosiguió Rebeca—. Pero si le sirve de consuelo, tenga la certeza de que madre se marchó de este mundo atesorando su recuerdo y bendiciendo su nombre.
—Tú… ¿tú…? —pronunció el conde, casi de forma inaudible.
—No soy su hija, milord. Sé que le han hecho sospechar que madre se escondiera en París porque estaba encinta, pero no es cierto. Míreme, basta mirarme. No soy su hija, aunque no me habría importado. —Rebeca nunca había sido tan sincera en toda su vida. Acarició la mano tibia de Armand, se la llevó a la mejilla—. Quédese tranquilo. Todo está bien, en paz. Madre lo perdonó todo antes de decirnos adiós.
—Marian… —empezó el conde. Pero el llanto le impidió continuar.
Evelyn suspiró apesadumbrada.
—Padre, no se agote, se lo ruego, no intente hablar.
—Marian nunca…, fue pasado. Siempre…, siempre fue…, mi presente. Aún puedo…, sentirla. Cada segundo…, de…, cada día. Aquí, dentro

del pecho.
—Ella me decía lo mismo de usted, milord —recordó Rebeca con dulzura. Besó la marchita mano del anciano, la presionó contra el rostro y luego la acomodó sobre las sábanas, junto a su costado—. Ahora debería dormir un poco.
—Gra…, gracias…, hija mía.
Y no se dirigía a Rebeca, sino a Evelyn. La joven alzó los ojos notando que le faltaba el aire. Hizo todo lo posible por retener las lágrimas.
—Gracias…, por traerla.
—Padre…
El conde de Herrick cerró los ojos con un jadeo entrecortado. Evelyn contempló con pavor su cuerpo inerte, sin embargo, Rebeca se apresuró a tranquilizarla con un gesto amable y una sonrisa hipnótica de las suyas.
—Duerme. Dejémosle descansar.

Capítulo 3

Un, dos tres. Las madres casamenteras
nunca dejan de tejer líos formidables.

—En efecto, lady Rothgar. Creo que sería una magnífica idea. Hablándole con franqueza, hasta siento cierto resquemor porque no haya partido de mí la sugerencia.

La señora Hagstings tomó otro sorbito de té aromatizado. Estar allí, en Herrick House, rodeada de satén, lujo y pastelillos franceses, sentada con la hermana del conde, la hacía tan feliz como a una pequeña abeja una flor en primavera. Y la sutil propuesta que acababan de escuchar sus oídos era pura melodía de pianoforte.

—A partir de ahora soy responsable de cinco buenos y ventajosos matrimonios, señora Hagstings. Cinco hijos solteros son una pesada carga para cualquier madre, supongo que puede imaginarlo. Máxime si se es viuda. Mis hijos son encantadores, nobles y están bien educados, pero no son nada dóciles. Esto va a ser una guerra sin cuartel.

—No sabría cómo agradecerle que me haya hecho venir. Y que haya pensado en mi preciosa Anne para tan noble propósito.

—Su hija Anne es una jovencita prometedora, llena de virtudes. Además, una de las mejores amigas de mi sobrina Evelyn y de la vizcondesa. Ciertamente, no podría tener en mente a una candidata más apetecible, todo quedaría en familia. Una madre con una responsabilidad como la mía, siempre debe tener una solución lista para cada aprieto.

—Lo complicado será decidir con quién. Con cuál de los cinco, me refiero.

Elisabetta hizo un gesto con las cejas para indicar que estaba por completo de acuerdo.

—Si le soy sincera y la maternidad no me ciega, le diría que los gemelos, Varian y Jurian, están descartados. Son demasiado impulsivos, vehementes, apasionados. Rebeldes, desvergonzados.

—No siga, milady, por favor, no siga —suplicó la señora Hagstings,

ruborizada hasta la raíz del cabello.
—Son…, qué decirle, señora Hagstings. Los adoro, son mis hijos, pero las pobres esposas que carguen con ellos, de seguro tendrán el cielo ganado.
La señora Hagstings pestañeó, algo intimidada, con los ojos muy abiertos.
—En cuanto a Rhysand y Lucien…
—¿Qué ocurre con ellos?
—Son…, ¿cómo expresarlo? Reservados, enigmáticos; me pregunto si serían capaces de ganarse de algún modo la confianza de una dama.
—¿Acaso son… desleales? —indagó la señora Hagstings, con escándalo.
Lady Rothgar soltó una risita divertida.
—No, no, por favor, no me malinterprete. Los Spencer son honorables hasta el hueso, no le quepa duda. Todo lo honorables que cabe esperar que sean siendo tan ricos y atractivos, señora mía. Mi hijo Rhys es sin duda el más apuesto de los cinco. Pero tan callado, discreto y cuidado de sus asuntos que lo apodamos «el fantasma». Sospecho que baraja una larga lista de amoríos, pero con el revuelo que levantan los demás, siempre se las arregla para pasar desapercibido. Solo le interesan los viajes, la diversión y me temo que no se toma nada en serio cuestiones como el amor. En cuanto a Lucien…
—¡Cielos! ¿Ese también? —gimió la señora Hagstings, adivinando lo que se avecinaba— ¡Nos estamos quedando sin opciones!
—No se altere. Tenemos a Lucien, es mucho más amable y considerado en el trato con las damas. Pero comparte con su hermano el desinterés por los lazos matrimoniales. Sobre todo, por las obligaciones que conlleva. Y esto nos conduce directamente a…
—¿A…? —La señora Hagstings contuvo la respiración, con un trozo de galleta atorado en la garganta.

En cuanto la señora Hagstings y su hija Anne llegaron a Herrick House, se separaron. Mientras que la madre fue conducida al salón dorado para tomar el té y cambiar impresiones sobre algún tema misterioso con la vizcondesa viuda, su hija subió las escaleras con la elegancia que la caracterizaba, entusiasmada por poder pasar un rato con su querida amiga Evelyn. La encontró sentada frente al fuego, con el servicio de té ya dispuesto en una preciosa mesita de palisandro, esperándola.
—¡Has tardado mucho en venir! —le reprochó con cariño, mientras la estrechaba.
—Cuando padre y madre empiezan con sus ensayos, la vida en casa se paraliza. ¡Es absurdo! Me alegró tanto recibir tu nota y saber que la

salud del conde se recupera a pasos agigantados que no veía el momento.
—Sí, Anne, hasta los médicos se preguntan qué ha pasado. Ha sido como un milagro. La visita de Rebeca, su presencia, la charla acerca de lady Stone que compartió con padre, se convirtió en la mejor medicina.
—Evelyn…, ¿tú también la has recibido? —se interesó Anne, con timidez, tras una breve pausa que Evelyn empleó para colmar de té las tazas.
La joven Fowler la miró sin comprender del todo.
—¡La invitación! ¡El Baile de Primavera en Buckingham! —aclaró la señorita Hagstings, temblando de excitación.
La respuesta de Evelyn, para su desconcierto, fue bastante tibia.
—¡Ah, eso! Sí, la hemos recibido.
—Creí que me daría un soponcio cuando abrí el sobre y… ¡Padre y madre no piensan asistir! —declaró crispada—. Por esas fechas se encontrarán en Viena, con sus recitales, y no están dispuestos a aceptar ninguna alteración en su programa.
—Bueno, lo cierto es que yo tampoco asistiré —le hizo saber Evelyn, más pendiente de una arruga de su falda que de la expresión de horror de su amiga.
—¡No puedes estar hablando en serio! ¿Cómo que no vas?
—Anne, padre mejora cada día que pasa. ¡Ha vuelto a hablarme! Me trata como una hija después de tantos años deseándolo. Necesita compañía, cuidados, y yo necesito, más que nunca dedicarle tiempo y recuperar lo que no tuvimos. Mi padre debe conocerme.
—Lo entiendo, pero… ¡Es la fiesta de primavera! ¡Es Buckingham!
—Madre ha desaparecido —espetó Evelyn, con el ceño fruncido.
Anne se llevó la mano a la boca para cubrírsela.
—¿Desaparecido…?
—Después de la visita de la duquesa, cuando la evolución de padre empezó a ser evidente para todos, hasta para ella. Recogió sus cosas, llenó sus baúles y en compañía de su doncella, abandonó la mansión sin despedirse de nadie. Creemos que se ha marchado a Willaston, con la tía Gertrud.
—¿Tan lejos?
—Es la única familia que le queda. Espero por su bien que la soporte, porque cuando tía Gertrud estuvo visitándonos discutieron y no acabaron precisamente en buena lid.
—Cuánto lo lamento.
—El primo Henry está confirmando que efectivamente se encuentre en Willaston, es lo más probable. —Una súbita sonrisa borró la pena de su bonito rostro, como si acabara de decidir que no quería malgastar más tiempo pensando en cosas tristes—. Y como John ya ha pedido mi

mano a padre, ¡solo cabe esperar su total mejoría para iniciar los preparativos de la boda!
—¡Qué emocionante!
—Como ves, querida amiga, motivos más que suficientes para no acudir a ningún evento, ni siquiera al Baile de Primavera de la realeza. Ando en extremo ocupada.
Anne bajó los ojos a su regazo, apesadumbrada. Y durante un buen puñado de minutos no hizo otra cosa que beber té y sorber sus angustias de cuando en cuando.
—¿Estás muy decepcionada?
Anne negó con la cabeza en un intento de parecer, si no feliz, al menos no todo lo abatida que en realidad estaba.
—Evelyn, estás prometida, te vas a casar. Julianna y Rebeca ya son damas casadas. Solo quedo yo que, como sabes, tengo ciertos impedimentos para arrastrar a los caballeros a la locura…
—¡No digas tont…!
—¡Necesito ir a ese baile! Es una gran oportunidad. Quizá mi última oportunidad.
—Y no te la vas a perder, te acompañarán mis primos. Y le pediré a tía Elisabetta que vaya también. Y es posible que Julianna y el primo Henry quieran hacernos el favor de asistir, no te prometo nada…
Anne levantó una mano con un gesto suave para que Evelyn dejara de hablar. Se sentía fatal, abrumada por armar tanto barullo.
—Lamento que vayamos a molestar a un montón de gente que no está en absoluto interesada en ese dichoso baile, solo porque yo necesito encontrar marido. Me hace quedar en una posición ridícula, humillante.
—No digas eso. Los primos Spencer jamás dejan escapar una oportunidad de divertirse. Me lo agradecerán, no te quepa la menor duda.
Anne dejó la tacita sobre la mesa con un sentido suspiro.
—Creo que será mejor que volvamos ya a casa, se hace tarde. Avisaré a madre, sus buenas migas con lady Rothgar les garantizan jornadas de interminables charlas.
Evelyn miró a su amiga con infinita ternura. Anne era tan candorosa, delicada, la perfecta imagen de una virginal debutante. ¿Cómo podía tener una opinión tan pobre de sí misma?
—Te quiero, Anne. Y no sufras. Este es tu año, te lo prometo, acabarás casada.

Capítulo 4

Un, dos, tres. La posibilidad de
una boda doble nos enloquece a todos.

Anne sonrió sin acabar de creérselo y bajó la escalera hasta la planta principal. Desde fuera se escuchaban las animadas risas de su madre y la hermana del conde, pese a que las puertas del salón estaban cerradas. Guiada por un instinto fisgón muy poco habitual en ella, Anne se apostó junto a la entrada, sin llamar, espiando un poquito.

—A mi hijo Cassian. —Era inequívocamente la voz de la vizcondesa—. Sensato, razonable, inteligente, tiene un carácter apacible y templado. Estoy convencida de que se convertirá en un apoyo valioso para su esposa cuando la tenga.

—Y es también increíblemente apuesto —completó la señora Hagstings, con un estremecimiento de placer.

—Lo es. Está mal que yo lo afirme siendo su madre, pero… Sí, señora Hagstings. Dadas las circunstancias y el carácter de nuestra querida Anne, me atrevo a afirmar que hemos dado con la mejor opción.

Anne abrió con desmesura los ojos y retrocedió un paso, asustada al comprobar que su persona y futuro eran el centro de la conversación de las damas. No solo eso, ¡debatían un posible compromiso entre ella y alguno de los hermanos Spencer! Su corazón se lanzó a una carrera desenfrenada que ella trató en vano de apaciguar, apoyando la mano en el pecho, controlando el sofoco.

—Cierto es que carece de la belleza impactante de Rhysand, por ejemplo, pero a diferencia de él, Cassian no desaparece días completos sin que tengamos noticias de su paradero, ni su carácter es tan especial. Mucho me temo que Rhysand se enrede con demasiada facilidad en líos de faldas. Es muy viril —añadió bajando la voz, convirtiéndola en un susurro confidencial.

—¡Oh! —fue lo único que acertó a exclamar la señora Hagstings.

Pegada a la puerta como una vulgar cotilla, Anne sintió que el vello se le erizaba ante el eco pecaminoso de aquella palabra.

—Tengo entendido que usted y su marido piensan viajar por Europa una temporada. Es fabuloso. Porque mi hermano Armand se está recuperando prodigiosamente de su letargo, pensábamos que lo perdíamos, señora Hagstings. Una y otra circunstancia nos conceden el tiempo necesario para que los chicos se conozcan y si descubren que tienen cosas en común…, podríamos organizar la boda en cuanto el conde pueda levantarse y hacer vida completamente normal. ¿Qué le parece?

¿Qué le podría parecer tan maravilloso y redondo plan a la señora Hagstings? Pues bien, bien y mil veces bien. Su sonrisa se ensanchó hasta rozarle las orejas.
—No veo el momento en que nos convirtamos en familia, querida vizcondesa.
—Llámeme Elisabetta, se lo ruego. Mi sobrina Evelyn y el coronel Darwin se casarán en cuanto mi querido Armand recupere la salud. Hasta podríamos celebrar una boda doble, ¿qué le parece?
—Estoy a punto de desmayarme por la emoción, milady…, Elisabetta —confesó la señora Hagstings. Y el tono jovial de su voz así lo probaba—. A partir de hoy soy Jane, ahora que casi somos familia.
Las piernas de Anne temblaron y tuvo que sujetarse a la pared para no desplomarse. Madre no la había advertido, en absoluto, en cuanto a la intención de aquella entrevista con la vizcondesa. Se aclaró la garganta con una tosecilla y golpeó la puerta con los nudillos. Hora de interrumpir los planes casamenteros de la matriarca de los Hagstings, recomponerse y regresar a casa.

El carruaje de vuelta a Belgrave rezumaba entusiasmo por culpa del desmedido contento de una de sus ocupantes. La más joven, sin embargo, observaba de reojo a su madre, paralizada de espanto.
—La veo muy feliz, madre, ¿alguna buena noticia?
Jane Hagstings entornó los ojos como un gato que ronronea con la panza llena.
—Lady Rothgar y yo hemos estado hablando de arreglos de cara a tu matrimonio con uno de sus hijos. —Abrió una pausa, pero para su sorpresa, su hija no se inmutó y continuó mirándola con un interrogante en las pupilas—. Hemos llegado a la conclusión de que Cassian sería perfecto para ti, querida.
—Solo porque los demás son un horror, en especial ese tal Rhys o Rhysand, o como quiera que lo llamen.
—¿Has estado escuchando tras la puerta?
—Por supuesto que sí, madre. Ha sido casi sin querer, pero… Sí.
—No puedo creerlo, Anne, no es propio de ti. Elisabetta tiene una magnífica opinión de tus modales, de tu actitud y carácter, no querría…
—No se desvele, madre, no haré nada para que milady varíe de opinión. Pero hablaban de mi vida, entenderá que la relevancia del asunto justifique tan innoble comportamiento.
La señora Hagstings suspiró todo lo profundo que le permitieron sus pulmones.
—Sencillamente, nos hemos visto obligadas a descartar a los hermanos Spencer con una personalidad más indomable, dado que tu carácter…

Anne sintió que estaban a punto de herirla donde más dolía.
—¿Qué le pasa a mi carácter?
—Querida, seamos sinceras, muy aventurera no es que seas.
—¡Santo cielo, madre! ¿Y quién quiere una esposa aventurera? A la vizcondesa estuvieron a punto de agriarle el carácter pretendiendo que fuese recatada, comedida y casi invisible. Es lo que buscan los hombres…, es justo lo que soy.
—Anne… —Jane tomó la mano de su hija y la palmeó con afecto. A continuación le tomó la otra y la miró directamente a los ojos—. Tú eres un ángel bondadoso, hija mía, sumisa y fácil de doblegar. Y no permitiré, si puedo evitarlo, que te cases con alguien que no te respete debido a tu docilidad. Un hombre que se aproveche de la fortaleza de su carácter para hacerte de menos y manejarte a su antojo. Por encima de mi cadáver.
Anne pestañeó tomada por sorpresa. Jamás se le hubiera ocurrido ver las cosas desde aquel punto de vista. Como tampoco habría pensado que su distraída madre pusiera su felicidad por encima de un casamiento provechoso. Se sintió invadida por un enorme agradecimiento.
—Gracias, madre. Tiene usted toda la razón.
—Te quiero casada y a ser posible, feliz, mi niña. La vizcondesa viuda te acompañará al baile de primavera en Palacio. Aprovecha esa oportunidad de oro para acercarte a Cassian.
—Pero… ¿y él?
Una palmadita de su madre en las manos, calmó su exaltado ánimo.
—Ella aleccionará a su hijo en los mismos términos. Confía.

A partir de aquella trascendental toma de decisiones, en la mansión Hagstings todo se volvió algarabía. Por un lado, los señores preparaban con afán su viaje a Viena, con docenas de bultos y baúles haciendo cola por los pasillos. Por otro, Anne repetía excitada sus visitas a la modista, acompañada de su madre solo en la primera de ellas y por su doncella en las siguientes, al objeto de confeccionar el más delicado vestido de fiesta, un sueño de tul y seda azul pálido bordado con perlas y cristalitos tallados, que convertiría a la pequeña y tímida Anne en una estrella fugaz, centro de todas las miradas.
Nadie imaginaba lo que estaba a punto de suceder.
Desde luego que se convertiría en el foco de atención absoluta de todo Londres y sus alrededores. No cabía duda.
Pero no nos adelantemos, querida lectora. No nos adelantemos.
En sus escasos ratos libres y durante las noches en que no conseguía dormir, Anne se sorprendía tratando de recordar los rasgos faciales de Cassian Spencer, al que apenas había visto de cerca en un par de

ocasiones. No era el vizconde, pero tenía ese mismo aire irresistible y seductor común en todos los hermanos Spencer. Y era alto y bien formado, con abundante cabello oscuro y ojos profundos. Realmente se sentía muy afortunada por poder convertirse en su esposa. Emparentaría por ambos lados con Evelyn y con Julianna. ¿Qué destino podría dibujar la vida que brillara más?

Cuando llegó la noche del esperado baile de primavera, los señores Hagstings habían partido dos días antes. Uno de los carruajes de Herrick House se detuvo frente a la mansión y Cassian Spencer, elegantemente vestido, descendió de él para ayudar a Anne a subir. El corazón de la joven palpitaba con tal fuerza cuando permitió que él tomara su mano enguantada en seda, que temió que pudiera oírlo. Una vez dentro del carruaje, acompañados tan solo de lady Rothgar, la tensión del ambiente no contribuyó a tranquilizarla.

—¡Cielos, Anne! ¡Estás preciosa! —alabó la hermana del conde de Herrick—. Ese vestido te sienta de maravilla, ¿a que parece un verdadero espíritu celestial, Cassian? ¿Querido?

Cassian pareció regresar de un largo viaje por las alturas. Sonrió tenso, asintió, y la corta sonrisa que consiguió dedicarle desapareció al instante.

Capítulo 5

Un, dos, tres. Llegamos a la gran avenida con el Palacio Real al fondo. ¿Qué pasará esta noche?

—Sí, madre, está bellísima.

Anne se ruborizó ante el halago y bajó tímidamente la cabeza, jugueteando con su abanico.

—Podrías aprovechar la oportunidad para solicitarle algunos bailes, hijo —prosiguió Elisabetta—. La señorita Hagstings podría apuntarlos en su carné y reservártelos por anticipado. Puede que una vez en Palacio, acceder a sus favores se convierta en tarea difícil.

Remató sus palabras con una sonrisilla maliciosa que, por lo visto, hizo poca mella en su hijo que volvía a estar demasiado distraído.

—Oh, sí, sí, magnífica idea. ¿Me reservará unos cuantos bailes, señorita Hagstings?

«¿Unos cuantos? ¿Cuántos exactamente?»

—¿Digamos… dos? —agregó, al ver que ninguna de las damas aportaba soluciones.

Lady Rothgar frunció el ceño.

—¿Dos? ¿Por qué tan pocos?

—Madre, llegaremos juntos a la gala, más de dos se consideraría escandaloso.

La hermana del conde se quedó meditando un segundo.

—No creo que en vuestro caso tal detalle resulte demasiado problemático.

—Moriría antes de comprometer la reputación de la señorita Hagstings —confesó Cassian con ardor. Y por primera vez desde que lo escuchaba hablar, embelesada, a Anne le sonó por completo sincero.

—Yo no… —intentó decir.

Pero la arrolladora madre de los Spencer ya tenía en mente otra salida.

—Procuraremos reorganizarnos antes de entrar, entonces. Los gemelos custodiarán a nuestra querida Anne y tú vendrás conmigo. Daría algo valioso por saber si tus otros dos hermanos han decidido o no, venir a última hora. Cacé a Rhysand convenciendo a Lucien de asistir a no sé qué fiesta horrible en sabe Dios qué tugurio. —Abrió con gracia el abanico y espantó los calores del disgusto—. Estos dos chicos son

imposibles.
Cassian sonrió con disimulo. A Anne le quedaba muy claro el profundo afecto que se tenían entre hermanos. Habría querido al menos despegar los labios, dedicarle una frase ingeniosa, ¿una palabra, tal vez? Sin embargo, sus nervios desquiciados no se lo permitieron. Julianna, Rebeca o Evelyn habrían convertido el trayecto hasta Palacio en una verdadera oportunidad de cortejo y seducción. Ella, en cambio, se había transformado en piedra. Una estatua inmóvil y muda. Inútil e insípida a no poder más.
Cuando el carruaje dibujó la última curva y enfiló la gran avenida iluminada más allá de cualquier fantasía irreal, con el Palacio Real engalanado al fondo, Anne sintió que le faltaba el aire.
—¿Le ocurre algo? Está usted temblando.
Era Cassian, que por primera vez se dirigía a ella de forma espontánea, sin que su estimulante madre lo espoleara. Y parecía interesado con franqueza.
—Estoy…, emocionada —logró decir Anne, con mucho esfuerzo.
Cassian le dedicó una amable sonrisa pecaminosa.
—Es comprensible, señorita Hagstings. Todo irá bien, nos divertiremos.

De haberla dejado elegir, Anne habría traspasado el umbral de Palacio del brazo de Cassian Spencer. Pero conforme a las directrices de la vizcondesa viuda, debía hacerlo flanqueada por los ruidosos gemelos. Jurian y Varian eran dos espectaculares ejemplares de caballero que no dejarían indiferente a ninguna dama aquella noche. Pero no estaban destinados a convertirse en su esposo. Eran habladores e impetuosos, difíciles, cuando no imposibles, de manejar. Una vez fuera del carruaje, antes de que Anne pudiera darse cuenta, los tenía uno a cada lado con una sonrisa socarrona en los labios, ofreciéndole el brazo para avanzar con la comitiva. Los ojos de Anne miraron con nostalgia unos metros más adelante, donde Elisabetta caminaba tomada del brazo de Cassian.
El fuerte brazo de Cassian.
Y suspiró.
—¿Está nerviosa, señorita Hagstings? —se interesó uno de los gemelos.
Incapaz de distinguirlos, a Anne la abochornó preguntarle cuál de los dos era, de modo que prefirió quedarse con la duda y no pasar por tonta.
—Un poquito, debo confesarlo —admitió, con un hilo de voz.
—Uno no tiene a diario el honor de penetrar tan a fondo en las entrañas de la realeza —comentó el otro, de evidente buen humor—.

Por cierto, soy Jurian.
Y le guiñó un ojo. Anne sonrió con recato, tratando de memorizar algún rasgo que le permitiera no confundirlo con su gemelo. No lo encontró. A cada minuto que avanzaban los relojes se sentía más aturdida y torpe. Quizá no hubiera sido tan buena idea acudir al baile después de todo…
—Haga el favor de entregarme su invitación, señorita Hagstings —pidió el Spencer que había hablado primero, es decir, Varian—. Me ocuparé de entregarlas todas juntas a la entrada.
Un escalofrío insoportable recorrió la espalda de Anne y la sacudió como a una hoja de papel.
—La…, ¿invitación?
—La invitación al baile. Démela, yo me encargo.
Los engranajes del cerebro de Anne se movieron a toda velocidad; repasaron uno a uno todos sus pasos ya desde antes de abandonar la mansión Hagstings. ¿La invitación? Era posible que descansara contra el espejo, sobre su tocador. La había colocado allí para mirarla y soñar cada noche.
¡No recordaba haberla cogido!
—No…, no sabía que había que traerla. Yo… —Hurgó frenética en su pequeño bolso, sin ningún resultado.
La fila avanzó peligrosamente hacia el grupo de lacayos vestidos de gala que comprobaban la identidad de cada invitado antes de permitirle pasar.
—¡Oh, Dios mío! —gimió Anne, considerando la desgracia una señal del destino para que saliera huyendo.
—¿En serio no la tiene? —Varian cruzó una mirada impaciente con su gemelo.
—No creo…, haberla traído —se rindió Anne, con los ojos húmedos—. Me quiero morir.
—Sería muy inconveniente que se muriese ahora, señorita Hagstings —le indicó Jurian, demasiado serio—. Quedaríamos en evidencia.
—Pero no traigo la invitación y sin la invitación… —Anne miró con ojos desorbitados a la pareja justo delante de ellos, entregándole la suya al lacayo. Eran los siguientes, disponía del tiempo justo para salir corriendo y con un poco de suerte, que nadie se enterase de su imperdonable descuido—, no me permitirán entrar.
Varian le rodeó un brazo con el suyo y la empujó para que caminase. Las suelas de los zapatos de raso de Anne parecían haberse quedado pegadas al suelo.
—Olvida que viene en compañía de dos Spencer. Esta familia siempre inventa alguna trampa para salir adelante, somos gente de recursos, usted no se quedará sin fiesta.
—Pero…, pero… —Anne se percató de que pese al frío empezaba a

sudar y que apenas si podía controlar su respiración entrecortada.
Cerró con fuerza los ojos deseando esfumarse. Lo que mal empieza peor acaba, se dijo. Julianna y el vizconde ni siquiera habían llegado, ¿qué cabía esperar de unos recién casados que apenas sabían respirar el uno sin el otro? Debía desaparecer cuanto antes. Aquella velada amenazaba catástrofes. Anne Hagstings se sintió terriblemente desvalida, solo quería llorar y salir de allí. Y volver a llorar, sin ningún freno. No obstante, cuando separó los párpados, Jurian y Varian departían con los lacayos con insultante calma, perfectamente dueños de la situación, como si no enfrentasen un verdadero problema.
—No sabe de quién se trata, no tiene usted ni la menor idea —cuchicheaba Varian, con el aire interesante de quien maneja secretos de Estado.
El lacayo pestañeó molesto y a la vez, sorprendido. Y ¿un poco intimidado?
—Por supuesto que no necesita mostrar su invitación, debe dejarla pasar —remató Jurian, haciendo una señal con el mentón en dirección a Anne.
Ella se mantuvo erguida pero en silencio, tratando de entender qué ocurría.
—Es la prometida del siguiente destinatario en la línea sucesoria —siseó Jurian, como si le estuviera entregando al lacayo el más valioso de sus secretos—. ¡Por todos los santos! ¿Sabe cuál será la reacción de su excelencia si se entera de que no le han permitido pasar?
—Traer la invitación es una formalidad obligada… —balbuceó el lacayo, mirando de soslayo a Anne, casi con miedo.
—¡No para ella, hombre de Dios! —Varian fingió exasperarse— Es la prometida de uno de los hombres más importantes de Inglaterra, después de nuestro amadísimo Rey y del príncipe Regente.
Anne pudo ver con claridad cómo el pobre hombre tragaba saliva. Mintiendo, la desfachatez y soltura de los gemelos era impresionante. Sonaba tan cierto que hasta ella empezó a creérselo.
—Permítanme consultarlo.
El lacayo voló abandonando su puesto para reaparecer pocos minutos después. Durante su ausencia nadie movió un músculo. Especialmente tras la advertencia entre dientes de Jurian:
—Quietos, chicos. Pareced regios y disgustados. Sobre todo usted, señorita Hagstings. Hágase la ofendida, puede que estén observándonos.
—Será un grandísimo honor contar con la presencia de la señorita esta noche en Palacio —canturreó el lacayo, mucho más tranquilo, como un verso aprendido de memoria.
Inclinó medio cuerpo a modo de reverencia y no volvió a erguirse hasta que ellos estuvieron dentro. Ni siquiera recordó pedir las


invitaciones a los gemelos Spencer.

Capítulo 6

Un, dos, tres. Un baile es
todo cuanto puedo ofrecerte.

Una vez superado el lujoso vestíbulo que cruzaron a toda velocidad, Anne reparó en que llevaba rato sin respirar. Giró sobre sus talones y enfrentó a los gemelos con la mayor expresión de temor e incredulidad que estos habían visto en su vida.

—¿¡Han…, han perdido ustedes el juicio!?

—Somos unos genios. —Los hermanos hicieron chocar sus puños en el aire.

—¿Cómo han podido engañar a ese hombre con tanto descaro?

—No me diga que habría preferido quedarse en la puerta y perderse todo esto.

—Les digo que quizá hubiera sido más correcto no asistir al baile si no recordé traer…

—¡Chisss! Calle, o toda nuestra argucia habrá sido en vano —la silenció Varian, mirando con interés el animado ambiente.

—Si nos atrapan ahora, nos pondrán de patitas en la calle y será toda una deshonra —completó Jurian, con sorna.

—Puedo imaginar el ataque que le daría a nuestra pobre madre —prosiguió su hermano. Todo en los gemelos parecía programado para que conversaran a dúo, alternándose a la hora de combinar sus frases. Anne sintió que la cabeza le daba vueltas y que se le llenaba de aire y serrín.

—Por no mencionar la vergüenza de nuestra familia. Ya veo los titulares, dos Spencer expulsados con deshonor del Palacio Real… —Jurian dibujó un puchero con sus adorables morritos.

—¡Basta! —Anne detuvo el evidente juego con las manos en alto—. De acuerdo. Aceptaré su…, su arriesgada estratagema. Y les doy las gracias. —Suspiró agobiada—. Por favor, ¿sería mucho pedir que buscaran a lady Rothgar?

«Antes de que me desmaye aquí mismo» le faltó añadir.

—Por ahí viene, con el querido y siempre respetado Cassian. Ni una palabra de esto a ninguno de los dos —alertó Varian, sin dejar de sonreír. ¡Qué innegable talento el suyo para la farsa!— . Madre nos encerraría un mes y nuestro rígido hermano mayor… Quién sabe lo

que podría ocurrir con nuestras asignaciones.
A partir de ahí las cosas se sucedieron con increíble rapidez. Excesiva para el conmocionado ánimo de Anne. Con toda la parafernalia y el boato que cabía esperar, hizo acto de presencia la reina Carlota, acompañada de su hijo Jorge, príncipe de Gales y Regente. Se llevó a cabo la interminable ceremonia de las reverencias, se inauguró el primer baile y finalmente, cuando Anne pensaba que no soportaría ni un segundo más de protocolo, estalló la fiesta como tal.
—Empieza la música —gorjeó feliz la hermana del conde, conforme se aproximaba, abanico en mano—. Cassian, querido, ¿sacas a bailar a la señorita Hagstings?
Los ojos de Cassian parecían muy lejos de allí y desde luego, no estaban posados en ella. Anne se giró para buscar el objeto de su atención, pero entre tanta gente le fue imposible distinguir nada.
Los gemelos se inclinaron al unísono en una solemne reverencia.
—Habiendo cumplido con nuestra misión, madre, con su permiso nos retiramos.
—Tratad de averiguar si Lucien y Rhysand han venido finalmente —fue el último encargo desesperado de Elisabetta—, o si Henry y Jul…
Anne se preguntó si sus gemelos a la huida habrían alcanzado a escucharla. La petición de Cassian la sacó a rastras del limbo en el que se había refugiado.
—Señorita Hagstings, ¿me concede este baile?
Por fin algo de calma y normalidad.
El caos se apaciguaba y las cosas parecían ocupar su lugar cuando, todavía muy nerviosa, Anne se entregó a los fornidos brazos de su pareja de baile y dio los primeros pasos al son de la melodía. La vizcondesa se retiró discreta a un recodo, mirándolos con expresión satisfecha.
Por primera vez desde su llegada, Anne pudo disfrutar del entorno. Las magníficas paredes cubiertas de cuadros y tapices valiosos, los labrados del techo, los miles de velas iluminando el espacio con su tenue resplandor dorado, el perfume de las guirnaldas de flores que cubrían cada rincón. Todo aquello era un sueño. Cassian Spencer era un sueño, pero… Sus ojos no se habían posado en ella ni un mísero instante. De nuevo percibió que buscaban algo en la lejanía. Algo que, desde luego, no era su persona.
—¿Es la primera vez que viene a Palacio? —curioseó con torpeza, pensando enseguida que era una pregunta estúpida, carente de interés.
—Lo cierto es que no —aclaró él—, acompañé a padre de niño durante una audiencia.
—¿Quiere eso decir que…, conoce al Rey?
Cassian dejó ir una leve sonrisa que a Anne le pareció arrebatadora.
—Yo no diría tanto: lo vi de lejos.

Otro giro al compás de los violines. Otra reverencia, otro roce de manos que estimuló los sentidos de Anne pero que a Cassian no pareció afectarle en exceso. La joven persiguió la dirección de su mirada. ¿Cuál de las damas que danzaban a escasa distancia era el objeto de sus deseos? Porque pasados unos minutos ya no le cabía duda de que el hermoso Cassian buscaba a alguien con anhelo contenido en las pupilas.

Inmediatamente se sintió incómoda. Algo que sobra y que se encuentra por fatalidad en el lugar equivocado.

Había sido una estúpida al pensar que Cassian Spencer no tendría ya un interés anidado en el corazón, una joven dama mejor que ella, que lo hiciera suspirar. Si había accedido a bailar no era más que por imposición materna. Puro compromiso. Se distrajo un segundo, lo bastante para perder pie. Estuvo a punto de tropezar y caer, y solo la pronta reacción de Cassian sujetándola, logró evitarlo. Ella se distanció cuanto pudo, sintiendo que muy a su pesar, los ojos se le llenaban de lágrimas. Deseaba con toda su alma que la pieza llegara a su fin para correr a esconderse en el último rincón de la estancia, donde nadie pudiera verla. Hasta los acordes le chirriaban discrepantes en los oídos, cuando hacía tan solo un rato, le parecía música tocada por los mismos ángeles.

Por fin los violines cesaron. Hubo un pequeño revuelo de cambio en la pista de baile. Anne quiso aprovechar el receso para desaparecer, liberando así a Cassian de sus insípidos y molestos cargos.

—Debo buscar a su madre, no es cortés dejarla sola demasiado tiempo —musitó mirando las baldosas del ilustre suelo.

—Bailemos la siguiente pieza —fue la sorprendente propuesta de Cassian.

Su propósito era evidente: agotar cuanto antes los bailes obligatorios y después huir para no volver. Ojalá hubiera tenido la osadía de sus amigas para escupírselo a la cara.

—No, señor Spencer. Se lo agradezco, pero estoy algo cansada.

—¿Le traigo una bebida? ¿Ponche? ¿Un poco de vino?

—Haré compañía a su madre —repitió ella, sin darle respuesta.

—Vaya, pues. Buscaré algo de beber para las dos.

Era amable. Y guapo. Decente, aunque en aquel momento ella deseara estrangularlo. Y muy cortés. Vestía de maravilla y olía como los dioses. Tener su atención y su devoción debía de ser todo un regalo de los cielos. El caso es que ella no los tenía, los planes de lady Rothgar y de su madre no eran más que humo vacío si Cassian ya había depositado sus afectos en otra.

—¿Ocurre algo, querida? —La madre de los Spencer dejó de mover el abanico en cuanto la vio aparecer. Se disculpó con la dama con la que conversaba y tomando a Anne del codo la condujo hasta un pequeño

sofá donde se acomodaron—. Está muy pálida, ¿acaso se ha mareado? ¿Dónde se ha metido Cassian?
—Ha ido a por unas limonadas. O Ponche. O agua. Vizcondesa…
—¡Oh! Aquí vienes. —En efecto, con una rapidez inesperada, Cassian ya regresaba con dos copas de algo fresco y burbujeante que bien podría ser champán—. Espero que no le hayas susurrado nada atrevido cerca del oído a nuestra estimada señorita Hagstings. La noto muy turbada.
—Madre, ¿cómo se le ocurre?
Otra vez esa mirada inquieta repasando las caras alrededor. Buscando a alguien. Con la esperanza de encontrarla. El gesto, del que Cassian no era siquiera consciente, se le clavó a Anne como un puñal entre las costillas.
Les entregó ceremoniosamente las bebidas y antes de que su madre pudiera reclamarle más atenciones, desapareció entre los invitados murmurando una excusa.
Anne apretó los labios, mortificada.
Elisabetta también debió de sospechar algo porque pese a su acostumbrada locuacidad, se mantuvo en sombrío silencio, espiando los movimientos de su hijo por el salón. En cuanto comprobó que solicitaba un baile a una joven agraciada de espesa cabellera oscura, bufó.
—Hombres.
—Milady, no se torture —le rogó Anne, afligida—. Es posible que su señor hijo ya haya entregado el corazón…
—Paparruchas. Estos muchachos apenas si han tenido tiempo de estrechar lazos con nadie en la ciudad, si prácticamente acabamos de llegar. Un par de travesuras a lo sumo…
Era evidente que estaba enfadada. Contrariada al menos. Anne se preguntó si por perderla a ella como miembro de la familia o porque su hijo le llevase la contraria. Le gustaba la vizcondesa viuda, le hacía una enorme ilusión emparentar con ella. Y con Evelyn y Julianna. Si no podía ser con Cassian y los gemelos y el horrible libertino Rhysand estaban descartados…, quizá no fuese un total disparate probar con Lucien.
¿Por qué no?
Tan embebida estaba en sus pequeños planes románticos, que no se percató de que alguien se aproximaba y se inclinaba con respeto ante ella. Tampoco del alboroto que se formó a su alrededor.
—Estimada señorita, ¿tendría la amabilidad de concederme este baile?
Anne levantó los ojos muy despacio hasta encontrarse con los del caballero que la invitaba. Eran verdes y afectuosos, de largas pestañas rubias. Precedían a un rostro agraciado y tan saludable como si viviera en el campo. Un joven alto al que la levita, seguramente

confeccionada a medida y con las mejores calidades, sentaba mejor que bien.

Una avalancha de imágenes asoló la memoria de Anne. Su mano enguantada cubrió su boca con asombro.

—¡¿Tú?!

Capítulo 7

Un, dos, tres. Un feliz encuentro,
de todo punto inesperado.

Tomada por la cintura, Anne se vio arrastrada en volandas hacia el centro del área donde los exclusivos invitados danzaban y parecían flotar, sin apenas percatarse de que la gente se abría creando un pasillo para ellos. Que todos los ojos se clavaban descaradamente fijos en sus rostros, en su peinado, escrutaban su vestido, el garbo con el que sus pies giraban sobre sí mismos o el modo más o menos atrevido como el caballero rodeaba su talle al sujetarla. Anne apenas si acertaba a encontrar el aire que necesitaba para llenar sus pulmones y no desmayarse.

—¡¿Jimmy?! ¿De verdad eres tú?

El guapo joven rubio entornó los ojos al sonreír. Una nube de murmuraciones subió de la multitud perfumada, a los techos.

—El mismo que viste y calza. También soy el que se moría de curiosidad por conocer a la dama que asegura ser mi prometida.

De algún modo casi místico, todas las piezas encajaron en la mente de Anne y una vez abrió la boca, no consiguió que volviera a cerrarse. Enrojeció, embargada por una vergüenza espantosa. Hundió la cabeza en el pecho porque no soportaba la presión de la mirada de Jimmy y tampoco sabía cómo defenderse.

—Oh, cielos. No me digas que eres…

—En efecto. El siguiente aspirante al trono en línea sucesoria —afirmó, gozando del placer de verla perpleja.

—Pero eso…, ¿cómo? ¿Cuándo ha ocurrido?

—Bueno —tiró sutilmente de ella y la obligó a describir una pirueta. A pesar de las distracciones, Anne la ejecutó a la perfección—, digamos que siempre debe existir alguien dispuesto por si, los santos no lo quieran, le ocurriese alguna desgracia a nuestro Regente que, por ser demasiado joven, aún no tiene hijos.

—¿Y qué tiene eso que ver…?

—¿Conmigo? Una suerte de lamentables pérdidas y sospechas de posible enfermedad futura en algunos candidatos, han tenido a bien colocarme en la posición que actualmente ocupo. Es el motivo por el cual todos nos observan con tanto afán.

Entonces sí.
Solo entonces Anne fue consciente de la expectación que despertaba allí, en mitad del espacio, bailando entregada con el que para ella no era más que su mejor amigo de la infancia: Jamie Wellford, seguramente ya a aquellas alturas, duque de Norfolk.
—¿Cómo has tenido la osadía de presentarte como mi prometida?
Anne no fue capaz de responder a aquello. Sintió que las mejillas le iban a explotar por el golpe de sangre y que los ojos le ardían. No obstante, a juzgar por el tono de su voz, Jamie no parecía ofendido, ni siquiera contrariado, más divertido que otra cosa.
—¿Imaginas lo que habría pasado si de veras llego a tener una prometida presente en este mismo baile?
—No quiero ni pensarlo —musitó ella, pensando en voz alta.
—Cuando mi guardaespaldas me informó de la llamativa circunstancia, me apresuré a bajar, dispuesto a buscar a esa dama mentirosa pero audaz y hacerle los honores. Jamás de los jamases habría supuesto que eras tú. ¡Anne! Mi pequeña y querida Anne Hagstings, la joven más dulce y temerosa que he conocido nunca.
—Por supuesto, no he sido yo, excelencia. —El cuerpo de Anne se ablandó, como si fuese a perder el sentido de un momento a otro. Jamie la sujetó con más fuerza—. Mi carácter no ha cambiado tanto desde que no nos vemos. Ha sido una broma de mal gusto por parte de mis acompañantes…
—¿Y cuánto hace que no nos vemos?
—Siglos —calculó ella, sin atreverse a mirarlo.
—Exagerada. Y no me llames excelencia, por todos los santos. Para ti soy Jimmy, el de siempre.
—No podría. Ahora… —Un gesto de él con la cabeza ladeada, frenó sus protestas. Hasta le permitió sonreír más aliviada— ¿Por qué razón dejaste de escribirme?
«¿Zoquete?»
—Nos hicimos mayores, Anne. Lo suficiente como para que mis tutores me lo prohibieran. Consideran indecoroso e improcedente mantener correspondencia con una joven dama si no tengo intención de cortejarla. Y está terminantemente prohibido cortejar a nadie si no ha sido previamente aprobada por las autoridades competentes.
—¿Entonces…, sigues soltero?
—De momento. Me mandaron a Eton y allí ha transcurrido mi vida, entre lecciones y amables colegas, alguno mucho más disoluto que yo mismo. Confieso que he aprovechado el tiempo cuanto me ha sido posible.
—¡Jimmy! —le regañó con escándalo.
Él soltó una carcajada que sonó muy familiar.
—Aquí la tenemos de vuelta, mi recatada Anne, mi delicada mariposa

que huye de los detalles escabrosos. Tal y como te recuerdo. También he viajado mucho. Por todas partes, podría decir.
—Jimmy…
—Dime.
—Creo que me he serenado lo bastante como para confesarte… —Se atragantó con sus propias palabras.
—No te interrumpas, conseguirás matarme de un ataque de intriga.
—Que me alegro tantísimo de volver a verte…, que, de no estar aquí ahora, en Palacio, rodeados por toda esta gente que nos mira y nos espía…
—Si no estuviéramos aquí, ¿tú…?
—Te daría un abrazo.
Jimmy echó atrás la cabeza para reír de nuevo. En ese instante, la pieza llegó a su fin y los bailarines se distanciaron con una reverencia. Jimmy no le pidió un segundo baile.
—Eres adorable, mi pequeña mariposa.

Cuando Anne regresó junto a lady Rothgar, escoltada por el duque que, tras besar sus nudillos e inclinarse galante ante la dama de más edad regresó a sus deberes, la hermana del conde de Herrick no acertaba a sacudirse el pasmo. Abrió y cerró el abanico sin llegar a reaccionar.
—¿Podemos hablar de lo que acaba de suceder? ¿De qué conoce usted a lord Norfolk?
—Éramos amigos en la infancia —repuso Anne, sin querer darse importancia—. Inseparables. Los mejores.
—¡Amigos! ¡Cielos! Tiene un amigo en las más altas esferas, hoy día todo el mundo se refiere a él como «el heredero».
—Bueno, para mí es y será siempre Jimmy. Incluso acaba de otorgarme su real permiso para que continúe llamándolo así.
—Entonces es que piensan seguir viéndose más allá de este encuentro casual. ¡Menuda sorpresa! ¿Sabía usted de la elevada posición de…, su amigo?
Anne se encogió elegantemente de hombros.
—Me constaba que era hijo del duque de Norfolk y heredero del título. Sabía que estaba emparentado con la familia real, como la mayoría de los duques, pero…, no. Esto no me lo esperaba.
—Las líneas de sucesión monárquicas son tan rígidas como impredecibles. Bastan un par de buenas epidemias de fiebre infecciosa para que te encajen una corona entre las orejas por sorpresa. —Elisabetta marcó una pausa que empleó en suspirar muchas veces, observando cómo los invitados seguían encontrando fascinante a la joven desconocida que había disfrutado del primer baile con «el

heredero»—. Estando así las cosas… Entiendo que el acuerdo al que llegamos su madre y yo respecto de un compromiso con alguno de mis hijos…

—¡Oh, no, lady Rothgar, no! Jimmy no…, quiero decir, no podría ver a Jimmy de otro modo más que como a un hermano. Tampoco lo imagino a él considerándome de otra forma.

La vizcondesa la miró con suspicacia.

—Entonces, ¿podemos seguir adelante con nuestros planes a pesar de lo que acabo de presenciar?

Anne pensó en Cassian. Y en la joven morena con la que justo ahora bailaba y a la que miraba con embeleso. Estuvo a punto de negarse. Pero enseguida, la oportunidad llamada Lucien revoloteó por encima de su cabeza y la hizo sonreír.

—Por supuesto, milady. Todo sigue adelante.

Capítulo 8

Un, dos, tres. Una agradable
conversación de futuro para el desayuno.

En la mesa del desayuno de los Fowler-Spencer, todo era jolgorio y conversaciones cruzadas, girando en torno a la gran sorpresa del baile de Primavera: la señorita Hagstings concediendo la primera pieza al heredero. Cómo, de qué y desde cuándo se conocían. Antes de que cargasen sobre la espalda de Evelyn la misión de averiguarlo todo, lady Rothgar apaciguó los ánimos contando lo que sabía.
—Así que amigos de la infancia. —Lucien movió la cabeza, incrédulo.
—¿Piensa cortejarla? —quiso saber uno de los gemelos, mientras untaba abundante mantequilla en la tostada.
—Por supuesto que no. La señorita Hagstings, por encantadora que resulte, no está a la altura del duque, socialmente hablando. —La dama frunció los labios arrepentida de sus palabras. Las reglas jerárquicas sociales eran lo que eran, pero en su opinión, Anne resultaba tan adorable—. Además, asegura y, yo la creo, que sería incapaz de verlo con otros ojos distintos al del afecto fraternal.
—Por ahí se empieza, madre —rio el otro gemelo, separando la silla de la mesa para abandonarla.
Ahora, para satisfacción de todos, el conde de Herrick bajaba a desayunar, almorzar y cenar cada día con la familia y había insistido en que su primogénita se sentara a su izquierda, reservando su derecha, como de costumbre, a Henry Spencer, su sobrino mayor y heredero.
—¿Madre no va a volver nunca más?
La vocecita de Diana, pese a su inocencia, retumbó como un cañonazo en medio de la sala. Elisabetta agitó incómoda su servilleta.
—Está visitando a la tía Gertrud —informó Henry con tono distendido, sirviéndole té a su esposa.
—¿Se ha confirmado? —preguntó la vizcondesa viuda, casi entre dientes.
—La propia señorita Dowson respondió a mi carta. Lady Herrick está bien, saludable y… razonablemente contenta.
Por supuesto, nadie creyó eso último. La condesa era una de esas personas incapacitadas por naturaleza para sentir cosas buenas.

—Pero ¿no piensa regresar nunca más? —insistió Diana, ganándose una mirada de reproche por parte de su hermana Sienna.
—Sí, cariño —la serenó Julianna, con una apacible sonrisa—, está haciendo compañía a su hermana, es saludable que la familia pase tiempo junta. Volverá antes de que puedas echarla de menos.
La niña arrugó el entrecejo, apretó la boca y a regañadientes se concentró en su desayuno. Sienna la observó como si no pudiera creer lo que veía.
—En cualquier caso, qué desconsiderada al desaparecer de ese modo —murmuró Elisabetta, indignada.
El conde de Herrick alzó una mano que era todo un ruego dirigido a su hermana.
—Eli, déjalo estar. Todos estamos más tranquilos sin Prudence por los alrededores. Si quiere volver, que vuelva, esta es su casa. Si prefiere quedarse en Willaston… Tampoco sería mala idea. Lo siento por Gertrud, es una santa.
Los Spencer y los Fowler rieron a coro. Sin trabas y sin contención.
—Volviendo al tema que nos ocupa —Lucien rompió el silencio que tras las carcajadas se había hecho un poco tenso—, ¿la señorita Hagstings ha dejado de estar disponible? No me queda nada claro.
Lo que sí quedó claro para todos, fue la mirada ladina que dirigió a su hermano mayor, Cassian. Este soltó un gruñido.
Elisabetta aprovechó la intervención de Lucien para coger carrerilla en un asunto que le parecía de principal interés.
—A propósito de lo que quiera que ocurriese en ese baile, es importante que me lo expliques, Cassian, exijo que me cuentes con todo lujo de detalles…
Su hijo la miró con un mohín de agotamiento y a continuación, fusiló a su hermano menor con dos pupilas como dos balas.
—Madre, bailé con ella tal y como me pediste.
—Solo una vez —se exasperó la dama.
—Le ofrecí también el siguiente, pero me rechazó. Me dijo que estaba cansada, que prefería sentarse a tu lado y hacerte compañía.
—Deberías haber insistido.
Cassian miró uno por uno a todos los ocupantes de la mesa buscando apoyos. Pero las cabezas se hundieron en los platos casi al unísono, parecían aguantar la risa. Ni una palabra en su defensa. Solo los ojos inquisitivos de su madre permanecían a la espera.
—¿No te parece? —repitió lady Rothgar, con afán.
—Madre…
—¿Puedo saber quién es esa joven morena con la que sí decidiste esforzarte un poco más?
Estaba tardando la pregunta, por descontado. Cassian puso los ojos en blanco.

—Es la señorita Fairfox —desveló de mala gana.
Evelyn sufrió un sobresalto.
—¿La señorita Fairfox? ¡No! Esa estúpida engreída… —Se mordió la lengua al recordar que Henry, sentado frente a ella, había flirteado un poco con la mencionada señorita antes de enamorarse de Julianna y que si no recordaba mal…, Amelia Fairfox no era morena sino rubia.
—La menor de las Fairfox —especificó Cassian, de creciente mal humor—. La señorita Rose Fairfox.
La hermana del conde agitó en el aire su servilleta con febril vehemencia.
—¡Basta! Me da igual cómo se llame. Te encomendé encarecidamente el cortejo de Anne Hagstings. ¿Qué es lo que no entendiste?
—Me gustaría conocer a Rose —manifestó Cassian muy serio. Y no sonó precisamente a que pidiera permiso.
—Pero la señora Hagstings y yo ya habíamos acordado…
—Me gustaría conocer a Rose, madre, si no es mucho pedir —volvió a insistir Cassian, en un tono que no admitía réplica.
Elisabetta abrió la boca y la volvió a cerrar, contrariada pero sin decir palabra. Lucien soltó una risita indiscreta desde el otro extremo de la larga mesa.
—Creo que tu misión de buscarle un marido a la hija de tu amiga se está convirtiendo en tarea imposible.
—¿Por qué dices eso? —espetó la vizcondesa, sintiéndose arrinconada.
—No te atrevas a hablar mal de mi amiga —advirtió Evelyn, con el dedo estirado, muy pendiente de su próxima intervención.
Lucien se encogió de hombros con un gesto travieso.
—Seamos francos, no resultará sencillo. Esa joven dama es bonita pero bastante aburrida.
—¡Aburrida! —corearon juntos los gemelos.
—No es cierto. —Se oyó una voz grave y poderosa.
Todas las caras giraron hacia Rhysand que seguía más pendiente de su plato que de la concurrencia.
—¡Vaya! Pero si nuestro hermanito se ha dignado a hablar —rio burlón Varian.
—La señorita Hagstings encarna el perfecto ideal de esposa. Es elegante, refinada, tiene modales, sabe cuándo debe callar y cuándo debe sonreír. No carece de cultura y cierto buen gusto. No sé qué más pretendéis pedirle a una mujer con la que te piensas casar.
Por un par de segundos todos permanecieron mudos. Y asombrados con el alegato de defensa del díscolo Rhys.
—Pareces conocerla muy a fondo —dijo Cassian, con ironía.
Rhys se sirvió otra taza de té. Todo en su actitud gritaba «parsimonia» y hasta cierto desinterés por lo que respiraba a su alrededor.
—No creo haber cruzado jamás una palabra con ella, ni pienso

hacerlo. Pero pertenece al círculo de amistades de nuestra prima y soy bastante observador.
—Es lo bueno que tiene ser callado —completó Lucien, con una chispa de mofa.
Lady Rothgar se llevó las manos a la comisura de la boca. En su mente de madre atormentada empezaba a tomar forma una idea un tanto disparatada, pero…
—¡Rhysand! Ignoraba que tuvieses una opinión tan elevada acerca de la señorita Hagstings. ¿Acaso tú…?
Rhys se estremeció ante el anhelo esperanzado que creyó detectar en el tono de voz de Elisabetta.
—Ni en sueños, madre. Quítate esa idea de la cabeza. No me casaré en la vida, si puedo evitarlo.
—Pero hijo…
—Hay suficientes Spencer disponibles para satisfacer las expectativas de medio Londres. Olvídalo. Y por favor, evitemos sacar las cosas de quicio. Tan solo apuntaba que para un caballero dispuesto a casarse —recalcó—, Anne Hagstings es una opción tan buena y aceptable como cualquier otra.
La hermana del conde giró sobre su asiento buscando con ojos ansiosos al dueño de la casa.
—Armand, di algo.
—¿Qué puedo decir? Veo que mis sobrinos tienen meridianamente claro lo que desean.
Evelyn observó el tono jocoso de su padre y la expresión relajada de su rostro. No recordaba haberlo visto así nunca, podía jurar que Armand Fowler no se había divertido tanto desde que dejó de ser niño.
—Tengo que casar a esa jovencita —suspiró lady Rothgar—. Del modo que sea. Adquirí un compromiso con su madre y como que me llamo Elisabetta Fowler que pienso cumplirlo. Y vosotros, hijos míos, no me dejaréis en ridículo.

Capítulo 9

Un, dos, tres. Visitas y cortejos
de todo punto imprevisibles.

—¿Y la princesa Cosilla no se convirtió en capitán pirata? —chilló el pequeño Charles.

Anne tomó la servilleta y limpió las manchas de chocolate alrededor de la boca de su hermano.

—Casilda, Charles. La princesa Casilda —corrigió con mucha paciencia.

Echaba de menos a sus padres. Terriblemente. Hasta que regresaran y los salones se llenaran otra vez de música y voces cantarinas, estaba sola en aquella casa enorme, rodeada de servidumbre, con un ama de llaves y una doncella que vigilarían su comportamiento y su virtud, con la única compañía de sus hermanos pequeños.

¿A quién podía contarle la magia de su reencuentro con su mejor amigo de la niñez? Ni que decir tiene que había enviado nota a sus amigas para reunirse cuanto antes, pero estando casadas dos de ellas y prometida la tercera, sus muchos compromisos sociales y personales no facilitaban la elección de una fecha que conviniera a todas.

Anne empezaba a sentirse una paria desventurada y proscrita. Incluso empezaba a preguntarse si le resultaría factible encontrar un caballero que quisiera casarse con ella. Cassian Spencer estaba evidentemente interesado en alguien más y su hermano Lucien, dueño de un temperamento más intrépido y resuelto, le parecía inalcanzable.

Al menos de momento.

Dos agitadas doncellas irrumpieron en el comedor, tan desquiciadas y con los rostros tan descompuestos que consiguieron que Anne se olvidase por un momento de todos los infortunios que rumiaba.

—¡Señorita! ¡Señorita!

—¡Ay, señorita!

Anne se las quedó mirando bastante desconcertada. Las dos parecían a punto de un buen ataque de nervios.

—¿Sucede algo?

Las doncellas cruzaron una mirada de infantil ilusión. Les brillaban los ojos como a los niños en Navidad y se retorcían frenéticas las manos.

—Tiene usted una visita.

—¿Una…, visita?
Una de las doncellas asintió con la cabeza y la otra, aprovechando la ausencia de los señores y del ama de llaves, se saltó el protocolo, corrió a los ventanales y apartó las gruesas cortinas para que su señorita pudiera ver lo que pasaba en la calle.
Anne abrió dos ojos como dos soles de verano.
—¿Qué es eso?
Había una larguísima fila doble de lacayos uniformados desde la calle a la puerta de la mansión. Todos sostenían algo en las manos: cajas con vistosos lazos de colores, inmensos ramos de flores caras, bombones y hasta un adorable minino blanco como la nieve.
—¡Es el Rey! —aulló el pequeño James, palmoteando.
—No digas bobadas, James, ¿cómo va a ser…?
—Lord Norfolk desea verla, señorita —anunció en ese momento el mayordomo.
Anne nunca sabría de dónde había salido.
Con el rostro resplandeciente de alegría, la joven abandonó la mesa del desayuno y corrió en dirección al vestíbulo. Allí esperaba encontrar a Jimmy. Pero con lo que se topó nada más salir del comedor fue con una especie de muro impenetrable, negro como el humo de un caldero envenenado: Anne chocó con un cuerpo más duro que inesperado (e inesperado lo fue un rato) y estuvo a punto de caer de espaldas sobre su trasero.
El desconocido hizo gala de unos increíbles reflejos al rodear su cintura con la suficiente premura como para impedir la caída. Anne se sujetó a sus brazos y muy en contra de su voluntad se lo quedó mirando. Para ser sinceros, todo lo que había o se oía alrededor dejó de existir mientras se zambullía en el poder arrebatador de aquellos ojos color zafiro. Era imposible no fijarse en ellos puesto que era lo único visible en el caballero.
«¿Caballero?»
—Buenos y soleados días, mi querida Anne. —Jimmy entró por la puerta con su arrebatadora sonrisa, devorando el espacio a grandes zancadas, con aires de felicidad absoluta. Entregó el sombrero y el abrigo al mayordomo de los Hagstings y quedó atónito ante la comprometida pose de Anne—. Veo que ya has conocido a Jun.
Con una tosecilla histérica, Anne logró incorporarse y alejarse lo suficiente como para repasar la extraña indumentaria de aquel personaje.
—¿Jun?
—Mi guardaespaldas.
El hombre era muy alto. Y sus hombros y espalda eran fornidos y poderosos. Caderas estrechas, piernas largas. Iba íntegramente vestido de negro, con un atuendo al estilo de los guerreros orientales. Un fajín

ancho marcaba su atlética cintura, los pantalones amplios se cerraban dentro de sus botas también negras y cubría su cabeza con algo parecido a un turbante que envolvía su rostro al completo, dejando libres solo los ojos. Penetrantes y peligrosos. La mirada estremecida de Anne recorrió la espeluznante espada curva de grandes dimensiones colgada a su espalda. Él inclinó la cabeza ante ella a modo de saludo.
Anne sufrió una sacudida que la recorrió de cabello a pies. Impresionada, asustada, fascinada.
—¿Podrías ofrecerme algo de té? Estoy destemplado.
Anne había olvidado que Jimmy estaba allí, plantado delante de ella, esperando. Con un séquito interminable de sirvientes colmados de regalos y todo el servicio de la mansión familiar conteniendo el aliento. Agitó la cabeza para despejar su cerebro embotado y pensar qué hacer a continuación. Comenzó marcando una reverencia, no podía olvidar quién era ahora Jamie Wellford, duque de Norfolk.
No podía.
Pero sin previo aviso, su amigo la agarró por los hombros y la obligó a interrumpir el ceremonioso saludo. La puso en pie, bien estirada, y la estrechó en un abrazo tan afectuoso como sorpresivo.
A la gente le faltó aplaudir. Anne quiso que el suelo de la mansión familiar se la tragara.
—Vamos a desayunar algo, Annie, me muero de hambre. —Jimmy le pasó un brazo por los hombros como a un colega cualquiera, y la empujó en dirección al comedor.
Charles y James permanecían en el umbral, mirando a Jun con ojos como platos, mudos por primera vez en sus cortas vidas.
—Dottie, por favor, llévate a los niños al cuarto de estudio y avisa a su institutriz —pidió Anne a la doncella, con voz estrangulada.
Hizo caso omiso de sus lloros y protestas, entró en la sala, encargó más té y pastelillos recién hechos y cerró la puerta para evitar cotilleos o la vuelta de sus hermanitos. El séquito al completo, incluido el temible guardaespaldas, quedaron fuera. Giró hacia Jimmy que ya se había acoplado en la silla del señor Hagstings y se dejó caer desfallecida contra la pared.
—¿Qué haces aquí?
—He venido a visitarte —explicó como si fuera evidente —. Y de paso te he traído algún que otro presente.
— Jimmy…, no puedes hacer eso.
—¿Por qué no? —Estiró el brazo y cogió dos galletas—. Puedo hacer lo que quiera, soy un duque. Y tú, mi prometida —le guiñó un ojo—, ya te encargaste de hacerlo público en el baile.
—¿Público? ¿Cómo que público? ¡Se dijo en privado, nadie debió enterarse! Olvídate de eso de una vez, fue una broma estúpida solo porque olvidé llevarme la invitación.

—Pues yo por el contrario pienso que es una idea excelente. Me divirtió mucho. Especialmente, ver el rostro de indignación de Jun ante tu desfachatez.
—¿El rostro? —repitió Anne con una evidente nota de sarcasmo en la frase.
«El heredero» se encogió de hombros.
—Bueno, es una manera de hablar, lo conozco bien, sé leer la furia en sus pupilas. Fue muy divertido. Si no te sacó de los pelos de Palacio fue porque le rogué que no lo hiciera.
Anne contuvo la tentación de dedicarle a la puerta tras la que se apostaba el guardaespaldas una intensa mirada de reproche. Se aclaró la garganta medio dormida con un carraspeo.
— No puedes presentarte aquí como si nada, Jimmy, ¡no puedes pasearte por las calles de Londres como un ciudadano más!
—¿Acaso no tengo derecho a caminar libremente?
A juzgar por su tono desenfadado en exceso, Anne tuvo la impresión de que su amigo tenía ganas de broma y le tomaba el pelo. Ninguna de sus advertencias parecía minar su entusiasmo desbordado.
—¡Perteneces a la realeza! Eres…, eres ese que todo el mundo llama pomposamente «el heredero».
Jamie se incorporó y apoyó las manos sobre la mesa, irguiéndose en su dirección. Por primera vez desde su llegada, un brillo de seria gravedad centelleó en sus pupilas y el tono de su voz se hizo menos burlón.
—Mi queridísima Anne, me encuentro en esta posición por puro azar del destino. Y bastaría un dictamen médico que liberara a los que me preceden de la posibilidad de un desequilibrio mental incapacitante…, para librarme de tan aciago destino.
—No… ¿No quieres ser rey?
—Por supuesto que no. ¿Quién querría?

Capítulo 10

Un, dos, tres. Una intención oculta que quizá
no tengamos más remedio que desvelar.

Anne meditó un segundo. En medio minuto era capaz de elaborar una lista de al menos doscientos nombres de conocidos de su familia que entregarían su alma al diablo con tal de ascender al trono. Pero claro, Jimmy nunca había sido de esos.

Aunque su amistad se remontase a los primeros años de vida cuando ambos eran solo unos niños y únicamente las trazas básicas de la personalidad están dibujadas, él jamás ambicionó otra cosa que el afecto, las risas, el perfume de las flores. Juegos sencillos, canciones y paseos por el campo. Realmente fueron años estupendos en los que su vínculo se hizo inseparable.

Algo más tranquila tras la impresión de su llegada, Anne se animó a tomar asiento junto a él. Unos nudillos golpearon la puerta y al concederles la joven paso, dos doncellas cargadas con grandes bandejas repusieron todo lo que faltaba en la mesa y mucho más. Ella se resignó a tomar otro té. Antes de que la puerta se volviese a cerrar, pudo ver la amenazante silueta de Jun apostado junto a la entrada al comedor, repasándola con desconfianza. Se le erizó el vello de los brazos.

— ¿Por qué motivo llevas guardaespaldas? ¿Es por tu posición?

—Tras Jun hay una larga historia que contar. Es necesario, vital, dirían muchos: vigila por mí, me acompaña a todas partes, revisa las estancias antes de franquearme el paso, hasta dormimos en aposentos contiguos. Mi posición requiere de cierta protección, es evidente. No obstante, lo más grave y la causa más obvia, es estar recibiendo amenazas de muerte desde mi señalamiento.

—¿Amenazas de muerte? —se horrorizó ella— ¡Jimmy! ¿Recibes amenazas?

—Es algo corriente en estos casos, pero no por ello las tomaremos a la ligera. Estos bollitos son deliciosos. ¿Me pasas la mermelada? Esa no, la de frambuesas. Gracias.

Anne obedeció con un movimiento mecánico.

— Dadas las circunstancias, no te veo muy preocupado, la verdad.

—Confío en Jun por completo. Es un luchador maestro, maneja con soltura puñales, sables, espadas y todo tipo de armas de fuego. Artes marciales, pelea cuerpo a cuerpo. Es ágil y silencioso como un gato,

fiero como el más sanguinario de los leones.
Los párpados de la joven aletearon impresionados.
—¿De dónde ha salido ese hombre tan peculiar?
—Fuimos compañeros de escuela en Eton. Más que compañeros, casi hermanos. Ciertas vivencias compartidas forjaron entre nosotros unos lazos que van más allá de la mera amistad.
—¿Es extranjero?
—Se formó como guerrero en Corea y Japón.
Anne asintió despacio con la cabeza. Luego miró a Jamie y sonrió.
—Me alegro entonces de que esté a tu lado. Me tranquiliza.
Los ojos del joven la recorrieron con ternura.
—Y yo me alegro de haber recuperado a mi amiga del alma tras tantos lustros. ¿Sabes que todavía conservo la muñeca que me regalaste?
—¿La del vestido azul? ¡No puedo creerlo! Era horrorosa…
—La guardo como un tesoro. Escondido, pero un tesoro. Por cierto, desearía hacerte una propuesta.

Dos horas más tarde, Jamie, el sinestro Jun y todo el séquito desaparecieron de los alrededores de la mansión Hagstings tan eficaz y rápidamente como habían aparecido. Ello no impidió que todos los vecinos fueran testigos de la real visita con su correspondiente despliegue de medios, lo que convertiría a la familia en el centro absoluto de todos los chismorreos durante demasiado tiempo. A su padre iba a disgustarlo mucho cuando se enterase, pensó Anne.
Sin embargo, lo que más la preocupaba era otro asunto bien distinto. Escribió tres notas idénticas a toda prisa y las envió de mano de tres criados diferentes para que se recibieran cuanto antes. Luego se sentó frente al fuego a darle mimos al gatito que Jamie le había regalado.
—Tendremos que ponerte un nombre —le susurró—. ¿Qué tal Jun? Suena tan exótico…

Atendiendo al estado de buena esperanza de la duquesa, la reunión se celebró en Coventwood. Las tazas y los platillos se agitaban inquietos. Las sedas de los vestidos crujían y susurraban canciones infinitas. Las cuatro amigas siempre eran felices si estaban juntas; aunque el tema a debatir fuese un poquito espinoso, como en aquella ocasión.
—Así que Jamie te ha invitado a almorzar en su casa de Londres —repitió Julianna, para que no quedase ninguna duda.
Anne asintió, afligida.
—No veo qué hay de malo en ello —opinó Evelyn—. Por todos los santos, es un simple almuerzo, nada de lo que escandalizarse, no van a estar solos…
—Muestra una relación demasiado estrecha entre ellos, podría

perjudicar la reputación de Anne —comentó Rebeca, con sensatez—. No olvidemos que el duque es, hoy por hoy, el personaje donde se concentra el foco de todas las atenciones. Y es un joven soltero.
—Son amigos desde pequeños —replicó Evelyn, con su acostumbrada pasión—. ¡La suya es una familiaridad por completo inocente!
—Me pregunto si es así como se entendería desde fuera —insistió Rebeca, ceñuda —. Ya no son unos niños, son adultos responsables de sus actos. Anne es una joven casadera que debe conducirse con prudencia si no quiere quedar marcada.
—¿Aconsejas que no debería aceptar, duquesa? —gimió Anne. Un nudo atravesado en su pecho, las ideas atascadas en la mente y las palabras en la garganta. De la noche a la mañana todo se había vuelto confusión.
Rebeca le tomó la mano y le dio unos golpecitos cariñosos.
—Sé que te cuesta alejarte del que fue tu mejor amigo, ahora que habéis vuelto a encontraros.
—Aseguro por el buen nombre de mi familia que Jamie es de todo punto inofensivo —juró Anne, al borde de las lágrimas—. En esa época nos convertimos uno en el mejor apoyo del otro. No deseo renegar de ese sentimiento casto, puro y bueno.
—¡No lo hagas! —aullaron Julianna y Evelyn a coro.
La duquesa les dirigió a ambas una mirada de censura. Anne, en cambio, alzó los ojos colmada de esperanza.
—Es injusto que deba cortar con algo que no hace daño a nadie. Por descontado que no deben dar que hablar, ni exponerse en situaciones comprometidas, pero verse, disfrutar de tiempo juntos… —relató Julianna, fiel a su naturaleza ardiente.
—Si estás destinada a casarte con un Spencer, ese tipo de habladurías, en caso de que se dieran, pueden traerte sin cuidado.
La participación de Evelyn le robó a Anne toda su recién adquirida confianza.
—A propósito de eso…, necesito que me ayudes… Con Lucien.
Evelyn pestañeó tomada por sorpresa.
— ¿Lucien? ¿Desde cuándo Lucien? Creí haberte oído decir que el elegido era Cassian.
—Tu primo Cassian ha puesto sus ojos en otra persona. —Evelyn arqueo las cejas, exasperada—. Y no pienso obligarlo a nada.
—Santo cielo, la tal Rose. Le harías un favor quitándole de encima a esa señorita Fairfox. Conociendo a su hermana mayor, la más joven no puede ser ninguna santa.
—En cualquier caso, es su elección y debo respetarla.
—Nuestra Anne siempre tan considerada —alabó la duquesa, estrechando un poco más la mano que retenía entre las suyas.
—Cuenta conmigo. Desde hoy mismo empezaré a sonsacar, a espiarlo

y trataré de averiguar qué se trae entre manos… ¡Y otra idea aún mejor! —Evelyn centelleó como una estrella varada en mitad de un jardín— ¿Qué tal si pasas unos días en Herrick House ayudándome con los preparativos de mi boda? Es solo un pretexto, claro.

La boquita de Anne se alargó en una ancha sonrisa, dejando a la vista sus preciosos dientes blancos.

—Sería fabuloso…

—Es una magnífica idea —las animó Julianna—, conmigo funcionó.

—No se hable más, entonces. —Evelyn dio una palmada de satisfacción—. En cuanto al almuerzo con el heredero…

—Pienso asistir —decidió Anne, súbitamente valentonada, deseando hacer algo arriesgado cuanto antes para que todos, empezando por sus amigas, dejasen de considerarla una timorata—. Puedo manejarlo; para mí Jimmy no es más que otro hermano muy querido.

Capítulo 11

Un, dos, tres. Un seductor lacayo
que viene a recogerme.

—Señorita, un carruaje la espera en la entrada.
Anne se removió muy nerviosa en su sofá. Llevaba casi media hora vestida y dispuesta. Esperando. Preguntándose una y mil veces, dudando si hacía bien exponiéndose de aquel modo solo por disfrutar de un rato con un viejo amigo.
No, se corrigió. Con «su» viejo amigo. El mejor. El único.
Sintiéndose algo más acertada en cuanto a su decisión, suspiró, se estiró la falda al tiempo que se incorporaba y cuando sus ojos volvieron a mirar al frente, chocaron contra un portentoso borrón negro que la observaba con curiosidad. A Anne se le detuvo un instante el corazón. Se llevó la mano al pecho para detener aquel galope insoportable.
—¿La he asustado?
La voz era ronca y oscura. Se deslizaba profunda como una mancha de miel sobre un vientre liso y desnudo. Era un sonido que incitaba al peligro, al abandono y al deseo. Un sonido que reverberaba en los oídos de Anne de un modo perturbador.
—No…, no le esperaba.
—Lord Norfolk me envía a escoltarla.
Habló desde su postura rígida como una estatua de piedra fría. Sin moverse un milímetro. Sin tenderle una mano como habría hecho un caballero. Evidentemente, aquel guerrero oriental no era ningún caballero, no al menos de los que ella conocía.
Anne hizo una leve inclinación de cabeza y pasó por delante de Jun, camino de la salida. El carruaje del duque la esperaba en la puerta y fue el lacayo quien la ayudó a subir.
Para su desconcierto, Jun subió al carruaje a continuación, tomando asiento frente a ella, apropiándose de todo el espacio disponible. ¿Iba a tener que soportar su gélido escrutinio, su inquietante silencio todo el trayecto?
Despejó los nervios con una tosecilla y miró a través de la ventanita.

—La temperatura es bastante agradable. Para ser todavía invierno, me refiero.
La respuesta fue una especie de gruñido que la joven no supo interpretar.
—¿Hace mucho que conoce a lord Norfolk? Él me dijo que fueron compañeros en Eton.
— Así es.
—¿Pero usted es inglés?
—No creo que mi procedencia tenga demasiado interés, señorita Hagstings.
Anne cerró la boca por un rato. Era capaz de sentir la imparable energía de aquel hombre llenando el carruaje, apoderándose de todo el aire respirable, de su capacidad de negarse a sentir cualquier tipo de interés por nada vivo.
—Usted…, ¿usted siempre va cubierto? ¿No se descubre nunca el rostro?
Los ojos zafiro la perforaron convertidos en una rendija. Anne se encogió en su asiento.
—Tiene usted una interminable cadena de preguntas impertinentes.
—Qué grosero.
—Yo podría decir qué entrometida.
—Solo trataba de ser amable, de hacer más ameno el viaje.
—Soy un ferviente amante del silencio —rugió—. Y de la intimidad.
—Puedo imaginarlo. Lo que no sé es qué tiene en común con Jimmy, no puedo entenderlo, él no deja de parlotear ni un solo segundo.
—Precisamente por eso. Sería terrible que fuésemos dos los parlanchines y nos avasalláramos pretendiendo robarnos el turno y hablar primero.
Dicho esto, Jun giró la cabeza y se dedicó a mirar tercamente el paisaje. Anne entendió el mensaje sin demasiada dificultad. Por algún motivo ella no era del gusto del guerrero, parecía detestarla. Suspiró bajito y se prometió no volver a despegar los labios.
Ni a dirigirle su atención.
No obstante, quince segundos más tarde volvía a mirarlo de reojo.
¿Cómo serían los labios de Jun bajo aquella máscara? ¿Finos, carnosos? ¿Jugosos y sonrosados? Lo mejor de todo era que podía imaginarlos a su antojo.

De vuelta a Belgrave, Anne se mantuvo cabizbaja y en silencio. Sin embargo, cuando cedió a la tentación de alzar la mirada, cazó a Jun observándola en dos ocasiones.
A la tercera no pudo contenerse.
—¿Se puede saber qué mira con tanta curiosidad?

—Me congratula comprobar que también sabe estar callada.
—Le congratula —repitió Anne, ofendida—. Querrá decir que de algún modo retorcido y malvado le alegra verme preocupada.
—¿Por qué habría de estar preocupada?
—¿Sabe usted cuáles son las intenciones de Jimmy con respecto a mí?
Su pregunta a bocajarro consiguió que los ojos azul zafiro se abrieran con sorpresa. De no haber estado tan consternada, Anne se habría sentido orgullosa por su logro.
—Me dirá que no tiene ni idea —adivinó malhumorada.
—Acierta.
—Y que si lo supiera tampoco me lo diría.
—Vuelve a acertar.
—Lo noto distinto. A Jimmy. No parece el que era.
—Es natural, llevan ustedes muchos años sin tratarse.
—Me refiero a que parece…, pretender algo…, como…, como…
—¿Seducirla?
Anne enrojeció violentamente.
—No cabría buscar deducción más alejada de la verdad —se mofó Jun, esquivando su mirada.
—¿No se ha dado cuenta de cómo me ha tratado durante el almuerzo? Se me acercaba en exceso. Ha intentado rozar mi mano ¡dos veces! Ha tenido usted que verlo, se ha pasado toda la comida haciéndonos de carabina.
—No he notado nada parecido —se obstinó él.
—Si sabe algo al respecto debería decírmelo, señor Jun. Especialmente porque yo no siento por Jimmy, quiero decir, por lord Norfolk, más que un profundo afecto fraternal.
—La naturaleza de sus sentimientos no es algo que me incumba.
—Debería. Y dado que es usted un amigo cercano igual que yo lo soy, dado que ambos lo apreciamos de tiempo atrás…, quizá nosotros también debiéramos crear algún lazo de afecto o amistad. Por su bien.
Jun la miró desde detrás de su máscara con algo cercano al horror.
Anne se sintió hondamente insultada. Así y todo, dispuesta a sacar algo en claro de todo aquel embrollo, prosiguió como si la presión de los ojos del guardaespaldas no la afectara.
—Todos esos regalos que trajo el otro día, su invitación de hoy, y ha insistido en que volvamos a encontrarnos para pasear por Hyde Park en un par de mañanas. ¿A qué viene tanto interés? Ya sé que no va a decírmelo pero permita al menos que me desahogue, estoy en mi derecho.
Cualquiera habría jurado que debajo de su embozo, Jun sonreía. Anne volvió a la carga.
—Sería muy cortés por su parte que accediera a ayudarme. Para saber, al menos, cómo tratar a lord Norfolk y no incurrir en ningún…,

malentendido del que más tarde nos podamos arrepentir.
El hombre vestido de negro soltó un pequeño gruñido.
—Relájese, señorita Hagstings. No tiene nada que temer por parte de lord Norfolk.

Con paso ligero y media sonrisa, el señor Carson franqueó la entrada a lady Evelyn Fowler a Coventwood y acto seguido, la anunció a la duquesa. Rebeca soltó el libro que leía junto al fuego y se levantó para recibir a su amiga. Después de besarle las mejillas, miró con extrañeza el ramo que traía entre las manos.
—¿Ahora me traes flores? —rio— ¿Acaso estás cortejándome?
—No me lo tomes a mal, no son para ti. —Evelyn echó un rápido vistazo a las alfombras y a la punta de sus zapatos—. Rebeca, vengo a pedirte un favor muy especial.

Capítulo 12

Un, dos, tres. Algo que
ni en sueños esperábamos ver.

Durante el camino en carruaje hasta Amschel House y una vez allí, en los jardines, hasta la zona donde lady Stone y sus antepasados estaban enterrados, un lugar hermoso y pacífico, rodeado de sauces llorones y matorrales de lilas, las dos damas conversaron bien poco. Una intensa emoción las sobrecogía y especialmente Rebeca, respetó la abstracción de su amiga que había pedido visitar la tumba de lady Marian para poder llevarle flores.

—Es algo que debí hacer mucho antes —susurró, cuando enfilaron el caminillo cubierto de finos copos de nieve—. Se lo debía a la memoria de tu madre y me lo debo a mí misma.

—Ella sabe lo que sientes, Evelyn, mamá lo sabe todo —la consoló Rebeca, tomándola cariñosamente del brazo—. Por favor, te lo ruego, deja de atormentarte.

—Hay cosas que no me perdonaré mientras viva. No es cuestión de suplicar clemencia a nadie, soy yo. Yo y mi propia alma herida y rota.

—Me alegro tanto de que tu padre haya recuperado la salud. —Al cambiar de discurso, Rebeca se cuidó de usar su tono más alegre para disipar las nieblas de aquel momento.

Evelyn sonrió a medias, asintiendo.

—Tienes que venir a tomar el té en cuanto te sea posible, se alegrará de verte; es otro hombre completamente distinto. Ahora no vive aislado, no se encierra en su dormitorio a devorar libros y a alimentarse en solitario. Comparte la mesa y el bullicio constante que causan mis primos lo divierte como a un chiquillo. Siempre pensé…

Frenaron en seco sus pasos. Contuvieron el aliento, las preguntas y las exclamaciones, al divisar una figura postrada ante la tumba de lady Stone, con flores silvestres en las manos, agitándose convulsa bajo el llanto. Evelyn y Rebeca cruzaron una mirada de absoluto desconcierto.

—¿Es…? —balbuceó la duquesa, perpleja.

—Es mi madre, sí. La hacía en Willaston, con su hermana. No…, no puede ser.

—Evita que nos vea, no quebrantemos su intimidad. —Rebeca arrastró

a Evelyn del codo, apartándola del camino y de la vista desde el sepulcro. Las flores que la joven rubia cargaba se desparramaron en el suelo, sobre el manto de la nieve recién caída.

Agazapadas y medio escondidas, ralentizaron hasta la respiración. No se atrevían a profanar con ningún ruido el silencio sagrado de aquella mañana, ni el recogimiento de Prudence frente a la tumba de su antigua amiga. La vieron levantar una mano y rozar la lápida con la punta de los dedos enguantados.

—Marian…, vengo a pedirte piedad. Misericordia. Perdón. Si yo fuera tú no me lo daría, así fuera tu súplica la más desgarrada. Pero por suerte para los tuyos, tú siempre fuiste mejor persona que yo. Fui desleal, ambiciosa y perversa. Te traicioné. Engañé al conde, destruí vuestra vida y vuestra felicidad para ganar la mía. Pero si a eso podemos llamarle castigo, no he conocido un solo instante de paz en todos estos años. Mis hijas no son fruto del amor. Jamás conocí lo que es sentirse esposa deseada, ni respetada.

«Mi corazón no es puro, Marian, nunca fue brillante y blanco como el tuyo, es oscuro y estaba cerrado al amor. Yo te amaba y te detestaba. Te idolatraba y envidiaba tu perfección, lo que tenías, lo que eras. No fui capaz de alegrarme con tus triunfos que, en nombre de nuestra amistad, debí hacer míos.»

Lady Herrick se atragantó con los sollozos y por un instante pareció ahogarse. Desde su escondite, Evelyn retuvo el aire en los pulmones sin saber cómo expulsarlo sin gritar. La escena era desgarradora y cruel, sentía que allí espiando violaba, una vez más, la privacidad de su madre en un momento irrepetible.

La condesa se enjugó las lágrimas y cayó de rodillas junto a la tumba.

—No me queda nada por lo que vivir. Mis hijas, mi esposo, me detestan. Mi pobre hermana me compadece. Me he quedado sola, Marian. Si siguieras viva serías la única que me acogería y me abriría los brazos, algo que, desde luego, no merezco. Tampoco me queda honor. Ni rastro, solo una mancha que perdurará más allá de mi muerte. Pero ¿qué puedo hacer para cambiar el pasado?

«No me perdones, querida amiga, yo no lo haría. Sin embargo…, tenía que venir, tenías que saber que me arrepiento de lo que hice. No soy digna ni de haber nacido. Y que Armand te recuerda cada día y que cada suspiro suyo sigue perteneciéndote.»

Las dos jóvenes resistieron aún un rato fuera de la vista, observando de lejos el sufrimiento de Prudence que, por primera vez en su vida, parecía real y sincero. La condesa no volvió a hablar, sus labios no se despegaron, solo lloraba y lloraba en silencio. Un triste murmullo de pesadumbre y remordimiento. Sobre sus cabezas, el cielo se abrió y suaves copos de nieve del tamaño de diminutas luciérnagas cayeron cubriendo las copas de los árboles, el borde superior de la lápida de

lady Stone, los hombros de las tres damas y finalmente, el suelo.
Rebeca tomó a Evelyn de la mano y la ayudó a moverse, a romper el bloqueo que la mantenía paralizada. Y juntas recorrieron a pasos cortos la distancia que las separaba del lugar donde lady Herrick continuaba arrodillada. La energía de una presencia a su espalda la alertó y la hizo girar el rostro.
Congestionado.
Bañado en lágrimas. Lacerado.
Diferente a siempre.
Y pese a la sorpresa de encontrarse frente a ellas, no consiguió articular palabra. Sus ojos enrojecidos e hinchados viajaron de su hija a la lápida de su antigua amiga. Y de ahí a la mirada turbada y fría de lady Richmond.
—Lo siento —consiguió decir al fin. Sonó entrecortado y débil—. No tengo derecho a estar aquí.
Rebeca no le concedió réplica alguna. Prudence se incorporó con bastante dificultad.
—Ya me marcho —aseguró con la mirada hundida en el suelo.
Evelyn dio un paso adelante.
—Madre, madre, vuelva conmigo a casa.
La sonrisa con la que lady Herrick le respondió estaba llena de tormento. Negó lento con la cabeza y se enjugó una lágrima.
—Mi boda es en un mes, madre —insistió Evelyn, nuevamente.
—Asistiré. Estaré aquí con tu tía Gertrud para verte y acompañarte. No voy a perderme el único momento feliz que, por mi culpa, has tenido en la vida, pero después me marcharé de nuevo.
Evelyn fue a protestar, sin embargo, su madre alzó una mano pálida y helada para disuadirla.
—Estaréis todos mejor sin mí. No sufras, hija —un último vistazo al nombre de Marian Stone grabado en la piedra clara—, me llevo el alma más ligera, menos rota.
Sus ojos viajaron temblorosos hasta Rebeca, cuyo pecho subía y bajaba con dificultad conteniendo las emociones.
—No voy a pedir su perdón, duquesa, porque en su generosidad me lo concedería y no lo merezco. Destruí la vida de su madre y la del padre de Evelyn por egoísmo, movida por la envidia y el rencor. Recibí mi castigo, ahora estoy sola y olvidada.
—Madre… —trató de intervenir Evelyn.
—Es lo que me corresponde —la interrumpió la condesa—. Y por favor, si me está permitido suplicarle algo, no amoneste a Amelie por haberme permitido entrar. Ella conoce bien nuestra desgraciada historia.
La duquesa de Richmond mantuvo apretados los labios. Sus ojos húmedos contaban lo que su boca callaba: tanto dolor atascado por

años, tanto sufrimiento innecesario, mentiras, engaños y medias verdades. Tantos reproches que no era sencillo lanzar, ni siquiera permitir que resbalasen tímidos, caídos como por casualidad. La mirada compartida con la condesa de Herrick fue demasiado larga para no significar muchas cosas. No había nada que no fuera una voluntad dispuesta a todo en aquellos ojos azul cielo cuando respondió.

—No se preocupe, lo tendré en cuenta. Vaya con Dios.

Su frase atravesó crujiendo la nevada, las matas de lilas, el bosque alrededor.

Prudence inclinó la cabeza ante Rebeca, tomó un instante las manos de su hija, las acarició con las yemas de los pulgares y después, recogiendo el bajo de su vestido, desapareció sendero arriba.

Evelyn se tambaleó a riesgo de desvanecerse. Rebeca le sirvió de apoyo.

—Permítele atravesar en solitario su particular duelo —recomendó la duquesa, a media voz—. Estoy convencida de que lo necesita.

Capítulo 13

Un, dos, tres.
A la sombra de los cipreses.

El escaso sol reinante a mediados de abril parecía haberse concentrado con generosidad sobre Hyde Park aquella mañana.

—Mi estimada Anne. —Lord Norfolk abrió los brazos en señal de afectuoso saludo—. Cuánto me alegra que hayas decidido aceptar mi invitación. Un paseo y un poco de charla en este día tan aburrido nos vendrá bien a todos.

Anne habría querido que no se diera tan alegremente por sentado que sus días eran un fastidio vacío de interés. Sus ojos azules viajaron sin querer al rostro embozado en negro de Jun, severo y estirado, con su amenazadora arma blanca característica, protegiendo las espaldas de Jimmy a un par de metros de distancia. Tal y como su doncella le cubría a ella las suyas. Repasó con temor los alrededores. La gente miraba y con disimulo, cuchicheaba.

—Sí, a todos —repitió como un eco un poco estúpido.

—Permíteme que te presente a mi buen amigo Patrick Grey. En realidad, hace las labores de secretario, pero como ya sabes, por posición y también por temple, me agrada rodearme de personas cercanas en las que pueda confiar. Mi equipo de trabajo lo constituye una buena tropa de apreciados colegas.

Anne fue consciente entonces de que ni siquiera se había percatado de la presencia de una figura más en el grupo. Un joven de abundante cabello trigueño y vivos ojos del color del chocolate, con dos simpáticos hoyuelos en las mejillas que se marcaban al sonreír. La estaba saludando. Azorada, sintiéndose un poco torpe como de costumbre, Anne se apresuró a entregarle su mano.

—Encantada, señor Grey.

—Lo mismo digo, señorita Hagstings. Cómo me alegra conocerla por fin, después de que lord Norfolk me haya hablado tanto de sus correrías juntos.

«¿Correrías? Aquello no sonaba demasiado adecuado en una dama» se dijo Anne.

—¿Caminamos? Aprovechemos esta racha de tiempo apacible, nunca se sabe cuánto tardará en llover —propuso Jamie, tomando a Anne del brazo.
—Si tal cosa ocurre, nos refugiaremos en alguna parte a degustar un té caliente —fue la alegre sugerencia de Patrick.
—Veo que es usted de esas personas que siempre sacan lo positivo de cualquier circunstancia —alabó Anne, iniciando la caminata—. Incluso de la lluvia inglesa.
—Quiero creer que sí —respondió Grey, con una seductora sonrisa.
—Créeme, lo es —intervino Jamie, susurrando junto a la oreja de Anne, lo bastante alto como para que lo oyeran todos—. Jamás encontrarás a nadie tan optimista y permanentemente alegre como nuestro Patrick.
El señor Grey se colocó a su costado, en el extremo contrario al que ocupaba Jamie, y tanto Jun como la doncella de la señorita se mantuvieron unos pasos por detrás.
El guerrero enmascarado no se había molestado en despegar los labios. Ni una palabra. Ni siquiera se había dignado a saludarla. Anne se preguntó si debería sentirse ofendida y si por casualidad, el motivo de malestar en el feroz luchador oriental sería verse ridículo paseando de aquella guisa por el parque.
No, rectificó.
Aquel hombre pisaba con demasiada seguridad como para que le afectase la opinión de nadie. Y parecía orgulloso de pertenecer al clan o estirpe guerrera a la que debiera tan peculiar indumentaria. Era su sello de identidad, su estandarte, y lo lucía con supremo orgullo.
—Como ya sabes, la señorita Hagstings y yo nos conocemos desde niños. Jugábamos y cometíamos pequeñas fechorías todo el tiempo —narró Jamie a Patrick, con una sonrisa soñadora—, ante nuestras familias y a escondidas. Éramos realmente inseparables.
—Para mí, Jimmy…, quiero decir lord Norfolk, ha sido siempre como el hermano que no tuve —se apresuró a matizar Anne.
—Claro, claro, puedo entenderlo —repuso el señor Grey con su tono amable—. Las relaciones que se forjan en la niñez rara vez son comparables a otras que surgen alcanzada la edad adulta.
Y reforzó su afirmación con una pícara mirada dedicada a Jamie Wellford. Este recogió el testigo de la conversación.
—Por favor, Anne, dejémonos de formalidades en privado. ¿Lord Norfolk? Santo cielo, querida, después de tantos años…, llámame Jamie.
«Después de tantos años…, sin vernos» especuló Anne para sí.
—O Jimmy —rio Patrick.
—Prefiero evitar ese nombre para que tú no te mofes, maldito Grey —replicó Jamie, frunciendo los labios con simpatía—Opino que el día es

inmejorable para disfrutar del lago y de las barcas. ¿Un paseo?
No había terminado de sugerirlo cuando ya había salido corriendo hacia la orilla del Serpentine, gesticulando e impartiendo instrucciones al encargado de las embarcaciones. Cuando el resto del grupo lo alcanzó, «el heredero» lo tenía todo atado y listo, de modo que giró hacia ellos con una infantil sonrisa emocionada entre los labios.
—¡Vamos a remar!
La distribución en las barcas fue un poco extraña. Por indicación de Jamie, en la primera se acomodarían él mismo, su hosco guardaespaldas, la señorita Hagstings y la doncella de esta. En la segunda embarcación, el pobre Patrick Grey en solitario, condenado a un cordial ostracismo. Aunque no entendió muy bien el reparto, Anne no quiso intervenir: era hasta cierto punto lógico que, rodeada de caballeros como estaba, la acompañase su doncella; en cuanto a la principal misión de Jun, era proteger al duque de todo mal, de manera que ignoraba de qué otro modo podría haberse distribuido tanta gente.
Así y todo, imaginar al señor Grey remando sin compañía pero sin perder su agradable sonrisa y buen talante, la enterneció.
—Jun, por favor, ayuda a la doncella de la señorita Hagstings a embarcar.
La voz de Jimmy con su correspondiente orden, la sacaron del sopor en el que se encontraba. Ni se había dado cuenta del terror absoluto con el que su doncella miraba el lecho del lago y la indecisión y temblor con que movía adelante y atrás sus pies, sin decidirse a subir. Para perplejidad de todos, sin previo aviso, el corpulento Jun tomó a la muchacha en brazos y de una zancada la colocó en el interior de la barquichuela. A Anne le pareció una escena sacada de una novela romántica, apasionada y lo suficientemente atrevida y falta de recato como para inflamarle los sentidos.
Jun depositó con cuidado a la doncella en un extremo de la barca. La joven se quedó jadeando impresionada, sin poder apartar sus desconcertados ojos del guardián. A continuación, Jun extendió una mano en dirección a Anne que lo meditó un segundo antes de entregarla.
—Siéntate ahí, querida. —Jamie señaló el asiento justo delante del lugar que ocupaba la doncella. Él se sentó enfrente y Jun se colocó a su espalda—. Seré yo quien reme.
Anne tragó saliva. Le bastaba mirar al frente para que su atención se desviara a Jun, su cabeza sobresalía por encima de la del duque. ¿Por qué diantre estaba tan inquieta? No había nada comprometedor en aquella situación, Jamie y ella eran solo amigos, buenos amigos desde la infancia y llevaban suficientes carabinas como para desalentar a las

chismosas más virulentas.
Entonces, ¿qué era lo que la hacía estremecer sin compasión alguna? ¿Qué emoción extraña y atrapada le apretaba como un nudo la boca del estómago?
—Hace un día espléndido para estar tan reciente la entrada de la primavera, ¿no te parece, querida Anne? —Jamie soltó un instante un remo y le tomó la mano, propinándole unas palmaditas afectuosas.
El cuello de Anne giró y sus ojos viajaron temerosos hasta los de su doncella, para comprobar si había sido testigo de la caricia. Pero la muchacha estaba demasiado embelesada contemplando la formidable estampa del luchador oscuro, de pie ahora, en perfecto equilibrio, los brazos cruzados sobre el pecho. Lentamente, con una sonrisa forzada, Anne retiró la mano del alcance de lord Norfolk. Sin acusar el rechazo, él volvió a remar como si nada hubiera pasado.
—En efecto, muy buen día —balbuceó ruborizada—. Diría que hasta agradable. Claro que no querría saber cómo se sentiría alguien que cayese al lago con esta temperatura.
—¿Recuerdas aquella vez que caí de cabeza al abrevadero de los caballos en las cuadras de tu casa de campo, en pleno invierno?
Gracias a aquella inocente pregunta, los nervios de Anne se esfumaron y su memoria la transportó muchos años atrás, a un tiempo mágico e infantil, de todo punto inocente. De inmediato se sintió más cómoda. Más como siempre. Soltó una cristalina carcajada, aunque cuando dejó de reír se encontró con la penetrante mirada de Jun, traspasándola.
«No me reprendas, no me estoy riendo de tu señor» le habría gustado gritarle. Sin embargo, todo lo que hizo fue esquivar con sumo trabajo aquellas pupilas de acero.
—¡Por todos los santos! Cuántos recuerdos guardo de aquella casa, Anne, de no haber sido por las temporadas que tu familia pasaba en ella jamás nos habríamos conocido.
—Amaba aquella finca —reconoció ella, con un suspiro melancólico.
—Qué tristeza que tu padre decidiera venderla. Ese fue el principio de nuestra dolorosa separación.
—Padre y madre viajan continuamente. Padre consideró que con la propiedad de Belgrave bastaba y que mantener una casa tan grande a la que nunca íbamos era un despilfarro absurdo.
—Te aseguro que de no haber sido yo un muchacho inútil en las fechas en que se puso en venta, la habría adquirido. Sería un magnífico homenaje a nuestros años juntos.
Anne decidió hacer algo para relajar aún más el ambiente.
—Sepa, señor Jun, que su amigo lord Norfolk trepaba a los árboles como un auténtico gato montés.
Sin intención de agradarla, Jun refunfuñó algo incomprensible desde su extremo de la barcaza.

—Debo aclarar entonces, que mi querida Anne se apostaba en la base y lloraba con tanto escándalo y desconsuelo que me obligaba a descender antes de poder disfrutar de las vistas.

—¡Era arriesgado! ¿Y si resbalabas? Te habrías abierto la cabeza.

—Y yo te importaba lo suficiente como para temerlo —afirmó Jamie, repentinamente serio, mirándola con obsesiva fijeza.

Anne sonrió con dulzura, perdida en sus deliciosos ojos verdes.

—Me importabas. Sí.

Capítulo 14

Un, dos, tres. Una propuesta que puede cambiarlo absolutamente todo.

Tras la casi confesión de Anne, porque a eso sonó su respuesta, se abrió el silencio. Un mutismo un poco tenso que consiguió relajarse cuando la barca, ya bastante alejada de la orilla y de las zonas más concurridas del lago, se cruzó con la del señor Grey. El joven levantó la mano y la agitó en el aire a modo de saludo. Jamie respondió con brío.

—Voy a acompañar a Patrick en el camino de vuelta, Anne, espero que no te moleste. Hay unos asuntos oficiales que debo despachar con él, ganaríamos mucho tiempo.

—Oh, sí, claro —Anne no supo negarse. La figura solitaria en la barquita le provocaba mucha compasión—, ve con él. No es justo, lleva solo todo el paseo.

Las embarcaciones se aproximaron, Jamie besó los nudillos enfundados en seda de su querida amiga y a continuación, con una agilidad envidiable, saltó junto a Patrick. Jun se apresuró a ocupar su puesto frente a los remos.

Y frente a Anne.

Demasiado cerca. Demasiado perturbador.

A espaldas de Anne, su doncella gimió.

La señorita Hagstings empujó sus pies todo lo que pudo bajo el asiento, tratando de evitar cualquier roce con los del guardián. Sus botas negras y las fuertes piernas ocupaban todo el espacio, sus rodillas la acariciaban sin querer. Las pupilas de Jun se detuvieron un segundo en Anne y a continuación, se concentró en mover con vigor los remos hasta el momento en que tocaron la orilla.

—Hemos llegado —rugió—. No se muevan, las ayudaré a desembarcar.

Afianzó las palas en su lugar, se irguió en toda su altura y se acercó a Anne. Las manos de ambos buscaron confusas un instante dónde colocarse: las de él, cercando su cintura sin rozarla siquiera, las de Anne sus antebrazos.

—No se le ocurra tomarme en brazos —siseó la joven, angustiada—, todo el mundo nos mira.

—No sufra, no pensaba hacerlo.
Jun saltó al embarcadero y desde allí tendió su mano enguantada en cuero. Anne apoyó apenas los dedos, interrumpiendo el contacto cuanto antes, mientras que su doncella aferró los antebrazos del luchador con cierta ansia y atrevimiento.
A pocos metros, la barca donde Jamie y Patrick conversaban animados acababa de atracar. Los dos jóvenes saltaron a tierra.
—Una excepcional jornada —suspiró el duque—, ¿no te parece, Anne? ¿Te has divertido?
—Muchísimo —sonrió ella, todavía ruborizada, ni sabía el porqué.
—¿Qué te parece mi prometida, Patrick? ¿No es la joven más adorable y encantadora que has tenido el gusto de conocer en el último año?
La frase de lord Norfolk, incluso su galantería, la sobresaltó. Sus ojos lo buscaron angustiados, rezando para que nadie hubiera escuchado semejante inconveniencia.
—No tiene gracia, Jamie, no deberías gastar ese tipo de bromas donde puedan oírte.
El duque se encogió graciosamente de hombros mientras que Patrick seguía riéndose.
—Lamento tener que recordarte que ya antes otros la gastaron. Y en público, nada menos.
Seguía insistiendo con el mismo argumento que, para colmo, ni siquiera era cierto. Solo lo había escuchado el lacayo de recepción, se dijo ella. Y la persona con la que hubiese consultado, que todo indicaba que pudiera ser Jun. Por alguna retorcida razón a Jamie le divertía o le convenía verlo de aquel modo y, a costa de repetirlo y repetirlo, conseguiría transformarlo en cierto.
—Jamie… Solo oírlo me estremezco. Te lo suplico… Olvida esa mofa estúpida que puede crearnos muchos problemas. Especialmente a mí.
Jamie se inclinó ante ella sin perder la sonrisa traviesa. Tomó su mano y la besó.
—Volvamos a vernos en un par de días, querida. Pasearemos a caballo, tengo una sorpresa para ti. Jun pasará por la mansión a recogerte.
Anne quedó boquiabierta. Por lo visto los planes estaban cerrados sin haberla consultado siquiera. Ciertamente disfrutaba mucho de la compañía del duque y apenas si disponía de otro entretenimiento ahora que todas sus amigas tenían pareja y sus padres andaban de viaje. No obstante…
—Duque, yo…
—A las diez en punto de la mañana.
—Es posible que pase unos días en Herrick House, en compañía de lady Evelyn Fowler. Debo ayudarla con los preparativos de su boda…
—No hay inconveniente, te recogeremos allí donde te encuentres. Te

quiero, Anne, no lo olvides, sigues siendo mi amiga favorita.
La joven rubia se mordió el labio. No podía responder a tanto afecto con enojo, sería desconsiderado. De modo que se rindió y asintió mostrando felicidad.
—Ha sido todo un placer conocerla, señorita. Espero que coincidamos en muchas más ocasiones —se despidió el señor Grey, besando sus nudillos con una cortés reverencia.
Anne se encomendó a los cielos para que al guardián de Jamie no se le ocurriera despedirla. Por fortuna, el antiguo alumno de Eton no era muy partidario de alardear de modales en público. Se limitó a golpear el suelo con la suela de su bota como si ella fuese un general al que debía rendir cuentas, dar media vuelta y desaparecer tras el duque y su secretario.
Anne permaneció paralizada en el mismo sitio, asistida por su doncella.
—¡Qué hombre, señorita! No sabía que existieran hombres así —exclamó la muchacha, borracha de admiración.
Anne la observó casi con disgusto.
—¿Te refieres al protector del duque?
—¿Ha visto cómo me ha…?
Anne desplegó su sombrilla con un tirón brusco.
—Ni siquiera se le ve la cara, podría ser feo de calamidad. Es hora de regresar a casa. La institutriz de los niños debe haber perdido ya la cabeza, pobre mujer.
—Sí, señorita.

Mientras se disponían para el almuerzo, Anne atendió una nota de Evelyn que había llegado mientras se encontraba fuera. Su contenido la emocionó más de lo que podía expresar con palabras.
¡Confirmaba la estancia de una semana en Herrick House! Con la excusa de la boda y el plan secreto de lograr que Lucien Spencer se fijara en ella. El corazón de Anne golpeó fuerte contra sus costillas, le costaba respirar.
—Dígale a la señora Sheldom que venga —instó al lacayo que servía la comida—. Charles, devuélvele el tenedor a tu hermano. ¡Ahora mismo!
Una bola de miga de pan voló por encima de la mesa, seguida de risas infantiles contenidas. Anne Hagstings puso los ojos en blanco. El ama de llaves entró a toda prisa en el comedor.
—¿En qué puedo servirla, señorita?
—Dígale a mi doncella que prepare mis cosas. Pasaré alrededor de una semana en Herrick House, con la hija del conde. Anda demasiado atareada con los preparativos de su boda y me necesita. Llame a la

segunda institutriz y adjudique otra doncella más para el cuidado de estos dos granujillas mientras me encuentro ausente.
—¿Te vas de viaje a la India con el guerrero ninja? —preguntó James, con los ojos muy abiertos y la boca llena.
—Traga —fue la escueta respuesta de Anne.
—No es de la India, viene del Japón —lo corrigió Charles, con aires de sabelotodo.
—Ah, vaya —se burló Anne—, ¿cómo y desde cuándo es que sabéis vosotros de los guerreros ninja?
—Lo hemos buscado en los libros de padre, en la biblioteca —repuso James, orgulloso.
—Existen desde el siglo XV y si les pagas bien, matan a quien tú quieras.
—¡Charles!
—Es verdad, hermana. ¿Piensa asesinarte?
—¿O no te mata porque es tu amigo? ¿A quién piensas matar tú? ¿Por eso vas con él?
—No —bufó agotada—, no voy con él. Visito a mi amiga Evelyn que se va a casar en menos de cuatro semanas y tiene mucho trabajo que hacer. Necesita ayuda.
—Entonces el guerrero… —refunfuñó Charles, haciendo un puchero.
—Si me dais vuestra palabra de que mientras no esté en casa vais a portaros como dos auténticos caballeritos, a mi vuelta pediré a mi amigo que vuelva a traer a su guerrero ninja para que os enseñe su espada. ¿Os parece bien?
James y Charles rompieron a gritar y aplaudir, sin poder dominar su entusiasmo.
—Solo si me dais vuestra palabra.
Los dos niños levantaron con solemnidad la mano derecha. James se tragó lo que tenía en la boca antes de prometer:
—Tienes nuestra palabra de futuros guerreros ninja, hermana.
—Es un juramento —ratificó Charles, muy serio.

Capítulo 15

Un, dos, tres. Una cena
algo embarazosa.

—¡Mi querida Anne! ¡Ya pensaba que no vendrías!

Anne permitió que el criado la despojara de su gruesa capa, del sombrero y del manguito. Acababa de llegar a Herrick House exhausta y absolutamente congelada. Su baúl desapareció diligente escaleras arriba con destino al dormitorio que le habían adjudicado.

—Ha sido complicado organizar la buena marcha de la casa en mi ausencia, con mis hermanos pequeños y sin la presencia de mis padres. Pero no me habría perdido estos días aquí contigo por nada del mundo.

—Ven, entra. Henry y Julianna han acudido a una invitación de los marqueses de Moore. Espero que vuelvan antes de irnos a dormir. Los demás estamos cenando.

La sola idea de enfrentarse a todos los hermanos Spencer, a lady Rothgar y al conde sentados a la mesa, la paralizó. Evelyn tiró de su mano sin entender qué la retenía.

—No quiero…, interrumpir —consiguió decir con un tartamudeo gracioso, al tiempo que su mano volaba al cabello encrespado por la humedad.

—Estás preciosa —adivinó Evelyn— y no interrumpes. Estábamos todos deseando que llegaras.

—Ay, Evelyn…

La hija del conde se colgó del brazo de su amiga, riendo sin parar.

—Comprobarás que esta familia anda últimamente muy relajada, me temo que la de las normas es lady Prudence y nos estamos tomando un descanso. Pierde esos miedos, come algo delicioso, disfruta…, dedícale un par de batidas de pestañas a nuestro tentador Lucien.

—Creo que no podré tragar ni agua.

Evelyn se negó a dar alas a los temores de Anne. Al contrario, siguió forzándola a avanzar hasta que sus dos siluetas se recortaron en el umbral de la puerta del comedor. Como la tímida joven se temía, todos los ojos, incluidos los de Cassian, rodaron hasta ella y se hizo el silencio.

—Bienvenida, señorita Hagstings. —Elisabetta fue la primera en romper el hielo recién creado—. Qué alegría tenerla por fin en Herrick House.

—Lamento muchísimo llegar tarde, deben excusarme…
—Bah, paparruchas —habló el conde, de inmejorable humor—. Cassian, cambia de sitio y permite que la señorita Hagstings tome asiento junto a Evelyn.
Anne levantó las manos tratando de evitar que su llegada importunase a alguien que ya estaba sentado y comiendo, pero Cassian fue mucho más rápido que sus disculpas. En dos segundos, Anne ya estaba acomodada a la izquierda de su amiga, con un exquisito plato lleno por delante.
—Adelante, continuemos —los animó el conde, cargando el tenedor—. Vino, por favor.
—¿Se sabe algo de la fecha del regreso de sus padres, Anne? —quiso saber la vizcondesa viuda, con esmerada cortesía.
—Me temo que no, lady Rothgar. Solo puedo decirle que los recitales están siendo un enorme éxito y que están muy complacidos.
—Me alegro, me alegro. No puedo decir que disponer de más tiempo no me parezca positivo. —Combinó el final de su frase con una rápida mirada a su hijo Cassian.
—¿De más tiempo para qué, madre?
El sarcasmo que flotaba en aquella pregunta hirió a Anne como la caricia de un puñal afilado. Quedaba claro que en aquella mesa todos conocían, o al menos sospechaban, los truculentos planes de milady y su madre para casarla con uno de los hermanos Spencer. Los componentes de aquella envidiable familia no guardaban secretos, a la vista estaba el trato cercano y cariñoso que se profesaban. Y la pregunta que Rhys Spencer acababa de soltar sobre el tapete estaba plagada de segundas intenciones.
Lo que no pudo prever fue la reacción de la vizcondesa, a la que no se le despeinó ni un cabello.
—Para cerrar el compromiso matrimonial de la señorita Hagstings, por descontado, Rhysand. ¿Tienes algo que aportar al respecto?
—Dios me libre —rezongó el joven, escondiendo la risa.
—No te resultará difícil encontrar un hombre dispuesto a tomarla como esposa, madre. La señorita Hagstings es encantadora y le sobran virtudes —expuso Lucien, con tono pausado y amable—. Si no recuerdo mal, Rhys se encargó de señalarlo el otro día.
Los ojos desencajados de Anne buscaron las pupilas del apuesto Rhysand que, por descontado, siguió atendiendo a sus cubiertos, cenando sin prestarle la menor atención. ¿Estaban entre todos burlándose de ella? ¿Acaso Lucien le tomaba el pelo sin ninguna piedad afirmando aquello?
—Bueno, ya está bien, primos —intervino Evelyn, mirándolos severa de uno en uno—, estáis incomodando a Anne con tanta palabrería y tanta mofa. Tened en cuenta que ella no pertenece a una familia tan

numerosa e insolente como la nuestra y no está acostumbrada a vuestras salidas de tono.
—Cualquiera en su lugar se sentiría incomodada, cierto —corroboró Elisabetta.
—Insisto en que nuestra querida Anne es muy capaz de desenvolverse entre las bromas e ironías de los hermanos Spencer sin ninguna dificultad —volvió a intervenir Lucien.
Anne lo miró con una mezcla de admiración y agradecimiento. La abrumadora presencia de los atractivos Spencer la intimidaba, le ardían las mejillas, sentía una presión casi dolorosa en el pecho, una emoción que la envolvía y le impedía hablar y cuyo nombre, seguramente, sería timidez. En una palabra, le faltaba «coraza».
Se limitó a sonreír.
—Las chanzas de mis sobrinos llegan a ser molestas —admitió divertido el conde—, pero mentiría si no reconociera la alegría de vivir que contagian.
—Y eso que los gemelos están inusualmente callados —siseó Elisabetta, entre dientes.
—Faltaría más, madre, respetamos muchísimo a la señorita Hagstings —aseguró Varian, en su particular tono burlesco.
—Sobre todo desde que sabemos que es la prometida del «heredero» —completó Jurian, remarcando el título e intentando mantener la compostura sin conseguirlo.
Lady Rothgar pestañeó a toda velocidad.
—¡Oh, vamos, Varian! —exclamó Evelyn, empezando a enfadarse—. Dejad de una vez esa ridícula bromita, no tiene ninguna gracia.
—Vais a tener que disculparme. —En ese momento, Rhysand se puso en pie y apartó la servilleta. Anne se recreó en su altura, en su porte y en su seductor rostro donde no parecía tener cabida una sonrisa—. Me temo que debo ausentarme, me espera una cita.
El resto de los hermanos lo jalearon con unos silbidos y risas muy parecidos a los que se escucharían en una taberna del puerto. La vizcondesa puso fin al vulgar bullicio con un par de frases airadas.
—Que te diviertas, hermano —desearon los gemelos a coro, mientras Rhys salía del comedor sin conceder más explicaciones.
—Este hijo mío… —La madre de los Spencer no remató la frase. Cargó su tenedor y con un movimiento elegante, se lo llevó a la boca.
A partir de ahí, todo se volvió normalidad. Lo que cabía considerar normalidad, claro está, tratándose como se trataba, de los Spencer.

Anne dio un montón de vueltas en la cama sin conciliar el sueño. Julianna y su esposo habían regresado de su visita a tiempo de que las amigas se reunieran en el saloncito del gabinete a conversar un rato

mientras degustaban una infusión endulzada con miel para dormir mejor.

Era evidente que a ella el contenido de la taza no le había hecho ningún efecto.

Decidió bajar a la biblioteca en busca de alguna novela con la que entretenerse mientras el sueño llegaba. Con buenas palabras dignas de una señorita educada, maldijo su suerte: se supone que había venido a Herrick House para poder pasar tiempo cerca de Lucien y lograr que el joven se fijara en ella. Y ya la primera noche se estaba asegurando cansancio, una palidez mortal y ojeras enfermizas, cuando debía lucir fresca como una rosa. Descendió escalón a escalón hasta la planta baja sintiéndose como una ladrona, una intrusa en casa ajena, aunque por fortuna todos dormían y solo alguien del servicio se encargaba de mantener encendida la gran chimenea de la estancia.

Anne entró sin cerrar la puerta y se recreó en las altas estanterías llenas de libros hermosos y en el olor que despedían. Gracias a Evelyn conocía la ubicación de los libros de aventuras y las novelas románticas. Empujó la escalera con ruedas hasta allí y recogiéndose los bajos de su largo camisón ascendió para elegir uno.

En aquel momento, algo parecido a un estrépito se oyó en el vestíbulo, seguido de un leve portazo tras el cual, el silbido del viento helado del exterior enmudeció.

Anne dejó de respirar.

Capítulo 16

Un, dos, tres. Intentonas
crueles a medianoche.

Se quedó paralizada, todavía en lo alto de la escalera, con el libro contra el pecho, temiendo ser descubierta. Las incursiones nocturnas en la casa donde una está invitada no son, bajo ningún concepto, propias de una dama de buena familia.

Rhysand Spencer entró como un vendaval en la biblioteca, cerrando la puerta a sus espaldas, y sin quitarse siquiera el abrigo se dejó caer con un rugido sobre uno de los sofás, una mano rozando el suelo, el antebrazo contrario cubriéndole los ojos. Enseguida su respiración se hizo suave y rítmica. Como un zumbido suave y atrayente.

Anne colocó con sumo cuidado un pie en el siguiente peldaño de la escalera. Sujetándose con una mano y sin retirar la mirada del caballero desplomado frente a la chimenea. Otro pie. El siguiente escalón. Ligera y silenciosa. Sin provocar ni el menor sonido. Ya estaba casi en el suelo, podría salir corriendo y nadie se enteraría de que había estado allí.

Sin embargo, se detuvo en la base de la escalerilla, poseída por un reflejo incontrolable. La luz anaranjada del fuego contra los labios de Rhys, prácticamente lo único de su rostro que quedaba a la vista, era hipnótico. Su corazón enamoradizo dio un vuelco.

—¿«6 rosas en mi jardín»? —la sobresaltó la voz ronca del joven, sin modificar ni una pulgada su postura— ¿Cómo puede perder el tiempo con semejante título? —Se incorporó repentinamente despejado—. Le buscaré otro.

Anne comprobó con ojos desorbitados que el libro que apretaba contra su pecho era efectivamente ese que el acababa de nombrar. Sus temores crecieron hasta lo inimaginable cuando Rhys se puso en pie y de una sola zancada se colocó frente a ella. Retrocedió un pasito.

—No se moleste, no…, hace falta.

—Alguien tendrá que educarla.

El intenso aroma a brandy que despedía el cuerpo de Rhys la impregnó entera. Su lengua, ligeramente danzarina por los efectos del

alcohol, sus ojos brillando de un modo cegador. El primo Spencer estaba feliz y borracho como una cuba.
Anne pensó en no replicar a su malintencionado apunte, pero le escocía tanto el continuo sarcasmo de que los hermanos parecían hacerla objeto, que levantó la barbilla con un gesto desafiante y lo miró con descaro a las pupilas.
—¿Sugiere que no estoy bien educada?
—Sugiero que, con libros como ese, le falta información real acerca del mundo que deberá enfrentar.
Anne Hagstings reculó otro paso. Rhys avanzó la misma distancia y ella empezó a sentirse absurdamente acorralada.
—Usted no tiene ni idea…
—Oh, sí, señorita, yo tengo idea acerca de muchas cosas. Por ejemplo, ¿la han besado alguna vez?
La osadía de Rhys la dejó sin palabras. La perfecta boquita de Anne se abrió sin conseguir que nada brotara de su garganta. En los pecaminosos labios de Spencer se dibujó una sonrisa torcida y canalla que la desquició.
—En lugar de responderme se ruboriza hasta la raíz del cabello, una lástima. Y la prueba evidente de que no está usted preparada para disfrutar del cortejo.
—Los cortejos…, ¿se disfrutan?
—¿En serio está preguntándome algo tan tonto?
Antes de que ella pudiera pensar siquiera en replicar, Rhys se abalanzó y le tomó la cintura con ambas manos. Luego movió una, muy lentamente, y le arrebató el libro arrojándolo sobre una mesa lejana con increíble puntería. Acto seguido, su mano regresó al talle de la dama que apenas si lograba respirar. Bajó la cabeza, buscó su rostro con el de él. Una proximidad demasiado tentadora, Anne notó el violento tirón del deseo en el vientre. La punta de la nariz de Rhys acarició la punta de la suya y el gemido que escapó de los labios de la joven le incendió a él la sangre.
Anne nunca había tenido a un hombre tan cerca. Jamás había compartido el aliento con otra boca. Aquel latigazo implacable en el triángulo entre sus piernas, la tentación de dejarse llevar, el envolvente y narcótico aroma a licor…
—Si un hombre la trata así…
—¿Sí…?
Fuera estalló una tormenta. Un trueno apocalíptico iluminó la escena por un segundo e hizo retumbar los cristales de los ventanales. Rhysand dejó de sujetarla, de tocarla, de tentarla. La soltó y se alejó dos pasos. El helor que recorrió el cuerpo abandonado de Anne no podía describirse con palabras.
—Si un hombre la trata así, aléjese cuanto antes. No busca nada

bueno. —Inclinó la cabeza en un gesto de despedida demasiado galante para lo que acababa de suceder—. Buenas noches, señorita Hagstings, que descanse.
Salió de la biblioteca dejándola allí, a punto de desvanecerse, turbada y sola. Con un nudo de sensaciones intensas en el estómago, por completo desconocidas. Anne se dijo a sí misma que el temblor de las manos era por el frío y el temor que le inspiraban las tormentas. Y tuvo que repetírselo con insistencia, porque sus piernas se negaban a moverse.

Cuando Evelyn llegó como una tromba a despertarla, seguida por dos doncellas que se dedicaron a descorrer cortinas y abrir ventanas, Anne se escondió bajo las sábanas pidiéndole al cielo desaparecer. Estaba tan avergonzada por lo sucedido la noche anterior… No solo por lo que Rhysand Spencer hubiera podido pensar de ella y el tormento insufrible de tener que cruzarse con él a partir de entonces, a todas horas. La trastornaba lo que ELLA había sentido estando en sus brazos. Por el azote de deseo febril que la habría empujado, de haber podido, a morder sus labios, a beberse el aroma del brandy curado directamente de su lengua y su boca.
Cosas, pensamientos, anhelos que Anne Hagstings no había tenido en toda su existencia y que, desde luego, no deseaba, ni sabía manejar.
Ajena a sus preocupaciones, su amiga se sentó en la cama, a su lado.
—Vamos, querida, tras la tormenta espantosa de la noche hace un día precioso y tengo planes para ti y para Lucien.
—Estoy un poco mareada —se excusó Anne, todavía bajo las mantas. Y no mentía.
—Eso se pasa con una buena taza de té caliente y unos panecillos recién horneados. No podemos permitir que tu tiempo en Herrick House se consuma sin lograr avances. Lucien debe conocerte mejor y quedar prendado de la clase de persona adorable que eres. ¿Y por qué no? También Cassian.
Los ojos desorientados de Anne aparecieron en escena, todavía tapada hasta la nariz.
—¿Cassian? Creí que lo habíamos descartado, incluso lady Rothgar debe de haberlo eliminado de sus planes.
—¿Solo porque ha compartido un poco de su atención con la repelente señorita Fairfox? Créeme, es impensable que las hermanas sean tan distintas la una de la otra. Y no me gustan. Nunca me gustaron, desde que Amelia revoloteaba de continuo tratando de cazar a Henry. Son igual que arpías hambrientas.
—Pero a Cassian le agrada —adujo Anne, con pesar.
—A los hombres les deslumbran las damas bonitas y las Fairfox, por

mucho que me desagrade admitirlo, no son feas. Pero enamorarse es otra cosa, Anne, mucho más intensa, más profunda, más incontrolable que una mera atracción. Y no te hablo de la elección de esposa, ahí entran en juego criterios más estrictos aún.
—Lo último que desearía es entrometerme. Tú misma me aconsejaste que una jamás debe poner los ojos en un caballero que ya entregó su corazón a otra persona.
—Cierto. —A Evelyn la irritó un tanto tener que rendirse—. Pero no hay pruebas de que vaya a pedir su mano y el primo Cassian sigue siendo la mejor opción. Lucien es reservado, demasiado misterioso. Aunque mi tía se esfuerza en cubrirlo, sé que desaparece durante días sin dar explicaciones, en eso se parece a Rhys, cuya vida privada es un misterio para toda la familia.
La mención del nombre del tercero de los Spencer le puso a Anne el vello de punta.
—Quizá estamos buscando en el lugar equivocado, Evelyn. Me honra que tu tía haya pensado en mí como la esposa ideal para alguno de sus hijos, pero me temo que…
—Deja que pase esta semana. —Las pupilas de Evelyn soltaron un destello—. Permite que se obre la magia de la convivencia. Y luego volveremos a tener esta misma conversación y sacaremos conclusiones. Por dolorosas que puedan resultar.
Caramba. No sonaba demasiado alentador.

Capítulo 17

Un, dos, tres. Rodeados de flores
se desvelan tantas verdades…

—¿Para qué quieres que revisemos los arreglos florales? No es tarea de hombres —se quejó Lucien, con la taza de té en el aire.
—Precisamente por eso te acompaña la señorita Hagstings —lo acorraló Evelyn, muy satisfecha de su astucia.
—Nosotras podemos ir también —ofreció Sienna, con entusiasmo.
—Vosotras tenéis cita con la modista. Debéis procurar que vuestros vestidos sean los más espectaculares de la boda —las disuadió Evelyn, agradeciendo tener un motivo para quitarlas de en medio y que no estorbasen.
—Madre se está encargando de las flores —se resistió Lucien, que estaba especialmente guapo aquella mañana.
Anne escondió los ojos sobre el tablero de la mesa. Qué incómodas le resultaban aquellas imposiciones que evidentemente, los Spencer no aceptaban de buen grado. Por fortuna, Rhys no había aparecido en el desayuno, algo que concedía cierta tregua a sus desquiciados nervios. Cada vez que su pérfida memoria repasaba las sensaciones de la noche anterior…, dos dulces botones se endurecían bajo la tela de su escote, reclamando impensables caricias.
—Deseo colaboradores con un gusto un poco más atrevido —prosiguió Evelyn—. Por favor, primo…
Por lo visto, el efecto de los morritos de su pariente favorita era casi inmediato. El rictus de Lucien se suavizó.
—¿Por qué yo?
Lady Evelyn tenía, como de costumbre, lista su respuesta.
—¿Encargarías un detalle tan delicado a alguien como los gemelos?

Anne se vistió para la ocasión siguiendo los consejos de Julianna y Evelyn. Incluso accedió a colorear sutilmente sus mejillas y a cambiar de peinado. Sus esfuerzos dieron fruto, a juzgar por la expresión

sorprendida de Lucian cuando la recibió al pie de la escalera. Salvando sus muchos temores a quedar casi a solas, con la única guarda de una doncella invisible y muda, el trayecto hasta la floristería no fue una sucesión de silencios embarazosos, todo lo contrario. Lejos de la presión familiar, esa que aplastaba los pulmones y el escaso brío de Anne, Lucien se reveló como un conversador amable dado a la galantería y ella aprendió a disfrutar.

«A disfrutar del cortejo».

—No es que no me sienta honrado de que mi prima me confíe estos asuntos —comentó, mientras ayudaba a Anne a bajar del carruaje—, al contrario, demuestra una confianza en mi criterio de la que yo mismo carezco.

—Se subestima usted, señor Spencer.

—Llámeme Lucien, se lo ruego. Somos demasiados señores Spencer en casa.

La joven Hagstings notó una explosión en la boca del estómago. Trató de pasar por alto la temperatura que acumularon sus mejillas al oír aquello.

—Si usted es tan gentil de llamarme Anne…

—Decidido pues, Anne. Al fin y al cabo, es una amiga muy cercana de la familia, casi otra prima más.

Anne habría querido disponer del coraje y la impetuosidad de Evelyn o de Julianna, o de la fría serenidad de Rebeca para aclarar que no deseaba ser considerada precisamente como una prima. Pero eso era algo que ella jamás haría.

El encargado del invernadero donde se cultivaban las flores más hermosas y delicadas de Londres y sus alrededores, el preferido de todos los novios, les salió al encuentro.

—Coronel Darwin, encantado de recibirle. Permítame decirle que su prometida es aún más bella de lo que cuentan los rumores.

—Me temo que está usted en un error, caballero. No soy el coronel sino Lucien Spencer, primo de la novia. Le presento a la señorita Hagstings, amiga íntima de la familia. Venimos a preseleccionar los arreglos florales según le habrán indicado.

El hombre sacudió la cabeza, confuso y azorado.

—Les ruego me disculpen, especialmente usted, señorita. Pensé…

—No hay problema. —Lucien puso fin al incidente con una sonrisa elegante—. Condúzcanos, por favor, al invernadero.

No cabe duda de que a Anne le habría hecho inmensamente feliz ser la prometida real de aquel caballero apuesto y alto que se movía con soltura por entre los callejones floridos. Suspiró bajito para que nadie pudiera oírla, especialmente la doncella que le pisaba los talones y con la que no tenía la menor confianza. Tras unos minutos de información variada, el encargado del negocio los dejó a solas para que pudieran

decidir con libertad. Lucien descartó los dos primeros arreglos y señaló el tercero, arqueando las cejas a modo de pregunta.
—El color verde es el favorito de Evelyn. —Anne apuntó con el dedo al arreglo dispuesto en quinto lugar—. Y el rojo es el color predominante en el uniforme del coronel. Unos cuantos lazos rojos en este, los representaría a ambos con bastante…, poesía.
Lucien sacudió la cabeza gratamente impresionado.
—Vaya, Anne. Con la cantidad de años que hace que conozco a mi prima jamás se me ocurrió preguntarle por su color favorito. En cuanto al detalle del uniforme…, lo veo de lo más acertado. Acaba de revelarse usted como una valiosa asesora en estas cuestiones.
—Por favor, no agregue que seré la esposa perfecta para alguien algún día. —Lo cierto es que Anne creyó pensar, pero lo hizo en voz alta. Cuando se percató de que Lucien la había escuchado quiso correr a esconderse tras las grandes macetas de arbustos y quedarse allí hasta el anochecer.
—Lo diría, sin duda, porque es lo que pienso —la sorprendió él, mirándola de frente.
—Es un poco…
—¿Denigrante? La entiendo, Anne. Ustedes las damas están sometidas a tanta presión con esto del casamiento… Resulta harto desagradable que, si está o no prometida o si va a estarlo, sea el único asunto de interés que las rodea pasados los diecisiete años.
—Quién fuera hombre en esta época, ¿verdad? —añadió ella, con una sonrisa triste.
El hermano del vizconde Rothgar asintió comprensivo.
—Gozamos de importantes libertades, sería de necios negarlo.
—En especial la de elegir si se casan o permanecen solteros, qué gran destino. Pueden mantenerse por sí mismos sin depender de nadie.
—Mentiría si le dijera que tengo algún interés por buscar esposa. El matrimonio de nuestro hermano mayor nos concede a los demás un muy amplio margen de movimiento. En cuanto a Cassian, se le ve seriamente interesado en la señorita Fairfox. Imagine que pide su mano y también se casa, sería maravilloso.
—¿Maravilloso? —Anne no podía fantasear con nada más terrible.
—Los cuatro hermanos menores quedaríamos prácticamente emancipados de la tediosa obligación matrimonial por muchos años.
Ese era el resumen perfecto de una auténtica desgracia. Dos hermanos Spencer casados y el resto volando en libertad sin intención alguna de prometerse. Anne no supo qué replicar ni qué cara poner. Lo que realmente quería era morirse allí mismo.
—Mis amigas ya están casadas o prometidas y se retiran de la vida social. Mi posición es bastante inestable, ¿qué me queda? ¿Qué puedo hacer en solitario, por mi cuenta? Dios me libre de obligarlas a asistir

a aburridos bailes y fiestas que aborrecen, solo porque yo necesito relacionarme y ellas sienten lástima.
—No diga eso, Anne. Estoy convencido de que antes de que acabe el año estará usted prometida. Nuestra señorita Hagstings no necesita de una temporada completa para triunfar. Entonces… —señaló el arreglo floral propuesto por Anne—, ¿este?

Capítulo 18

Un, dos, tres. Un interesante
paseo a caballo, de lo más revelador.

Después de haber descansado algo mejor aquella noche, el carruaje enviado por Jamie se detuvo para recogerla en la puerta de Herrick House. Anne tuvo la sensación de que la vida la llevaba en volandas de una situación a otra sin ningún control por su parte, siempre rodeada de caballeros galantes y atractivos…, que no buscaban nada romántico con ella. La sorprendió que cuando el lacayo que acompañaba al cochero en el pescante se bajó para abrirle la portezuela y ayudarla a subir, echase de menos la imponente presencia de Jun. Que lo que duró el trayecto, sola en el interior forrado en seda del coche, fuese incapaz de separar los ojos del asiento que él ocupó la última vez, deseando poder verlo.

El impacto de las fantasiosas novelas que le atrapaban el alma por las noches.

Fascinación. Misterio. Temor.

¿Deseo?

¿Qué le inspiraba el enigmático caballero negro? ¿Por qué no lograba sacárselo del pensamiento? ¿Por qué era lo último en lo que pensaba al acostarse y lo primero que le venía a la mente al despertar?

Anne no deseaba semejante tormento. Cuanto más, si no entendía las extrañas razones que lo alimentaban. Con toda probabilidad, el que pareciera un personaje escapado de una de sus novelas unido a su fogosa imaginación, fomentaban aquel interés.

—Hemos llegado, señorita.

La voz del lacayo, la mano extendida reclamando la suya, la puerta del carruaje ya abierta, el inmenso parque abriéndose frente a ella en todo su verde esplendor y varios pares de ojos fijos en sus movimientos, la trajeron de vuelta a la consciencia.

—¡Querida Anne! ¡Te has retrasado! —Jamie descabalgó con agilidad y se acercó con una sonrisa interminable y los brazos abiertos—. Tu regalo empezaba a impacientarse.

—¿Mi…?

Hasta entonces, la atención de Anne estaba concentrada, aún contra su voluntad, en la alta figura vestida de negro a caballo, en su capa larga con capucha cubriéndole la cabeza, en su mano enguantada sujetando

las riendas de la montura de Jamie. Pero se forzó a desviarla hacia la derecha donde un impresionante ejemplar blanco nieve relinchó como si protestase por ser ignorado.

Un caballo hermosísimo con un enorme lazo rosa en el cuello que, en mitad del parque, era imposible que pasara desapercibido.

Anne Hagstings deseó poder esfumarse como una columna de niebla invernal. Que el corcel era un presente dirigido a ella, podían verlo todos los londinenses que paseaban por los alrededores. Más que suficiente para disparar las habladurías y todo tipo de rumores. Anne cada vez encontraba más riesgo y menos inocencia en dejarse ver con Jamie en público. La gente los miraba y murmuraba. Cierto era que con admiración y hasta con respeto. Todo el mundo quería saber de la prometida del «heredero», alguien que, desde luego, puede que existiera, pero no era ella.

—¿No te gusta?

Anne no quería ser descortés. De verdad que no quería. Pero su lengua se negaba a conceder el agradecimiento que el detalle merecía. Ni siquiera lograba fingir que estaba emocionada.

—¿Acaso ya no montas? Sepan que la señorita Hagstings se nos reveló como experta amazona desde muy niña —explicó al resto del grupo: Patrick Grey y Jun—. Incluso cabalgaba a horcajadas sin necesidad de silla.

Grey soltó una alabanza que la hizo enrojecer, en tanto el guardián de negro se mantenía impasible ante la noticia, tal que si le importase menos que la temperatura en el sur de Francia.

—De eso hace ya muchos años. —Anne acarició el cuello del caballo. El animal frotó mimoso el hocico contra su brazo—. Lamento haber perdido toda la práctica.

—Hoy es un buen momento para recuperarla. Vamos, Anne, se nos hace tarde, tengo dispuesto el almuerzo en el bosquecillo junto al lago para dentro de dos horas.

Así fue como sin que nadie le consultara, nuestra querida señorita se vio subida en el «regalo», recorriendo a caballo el sendero más amplio que conducía a la zona frondosa. Patrick Grey avivó el paso de su montura hasta colocarse a su derecha.

—Tendrá que ponerle un nombre —dijo risueño, refiriéndose al corcel.

—Mucho me temo que lord Norfolk tendrá que llevárselo de vuelta a sus caballerizas. En nuestra casa de Belgrave no disponemos de establos ni espacios parecidos. Ese es el principal motivo de haber abandonado el hábito de montar.

—Compruebo que lo menciona con pesar.

Anne asintió abatida. Un puñado de pajarillos trinaron muy cerca de su cabeza.

—Era una de las cosas que más amaba en la vida. La sensación de libertad de una buena cabalgada, el aire besándome el rostro… Creo que nací para ser una chica de vida campestre. Disculpe. Creo que me he dejado llevar por el sentimiento.
—Sentir es una gran virtud, señorita Hasgtings. Sentir con todo el cuerpo, no solo con el corazón y con el alma. Sentir de pies a cabeza. Usted era feliz en su casa de campo y de seguro florecería regresando a ella.
—Lamento que algo así ya no sea posible.
—Siento una viva curiosidad por sus pequeñas aventuras con el joven Jamie de aquella época. ¿Querrá contármelas?
Anne esbozó una sonrisa, cada vez más calmada.
—¿Qué puedo decirle? Éramos inseparables. Jimmy arrojaba piedrecitas al cristal de mi ventana al amanecer para avisarme y escaparnos al bosque; más de una vez acabamos embarrados porque resbalé a un lodazal e intentó rescatarme sin demasiada maña; jornadas enteras recolectando moras en el bosque que luego convertíamos en tartas…
Patrick Grey dejó ir una de sus amables carcajadas.
—Puedo imaginar al duque ejerciendo de pinche en la cocina.
—No, no podría. Debe cerrar los ojos y verlo vestido con el delantal de la cocinera, la nariz manchada de harina y los ojos brillantes.
—Qué niño tan encantador.
—Absolutamente adorable, puede jurarlo.
—No es difícil advertir el profundo afecto que se tienen.
—Jimmy fue mi único amigo. Y yo la suya. Él hijo único, yo sin hermanos de mi edad. Las permanentes ausencias de mis padres no facilitaban el que yo hiciera amistades. De algún modo, Jimmy se convirtió en toda mi vida.
¿Por qué Anne sintió de repente que deseaba haber compartido todos aquellos recuerdos con Jun en lugar de con Patrick? El guardián era otro amigo no tan reciente del duque, aunque también más cerrado y bastante menos hablador. Atrayente pero poco tratable. Su caballo y su infranqueable silencio los seguían de cerca, Anne adivinó que lo habría oído todo sin dificultad ya que podía sentir en la nuca la presión de su mirada.
El ruido de los cascos de un caballo al galope interrumpió tanto sus fantasías como la pacífica charla con el señor Grey. Era Jamie, llegado quién sabía de dónde, ni siquiera se había percatado de su desaparición. Se colocó al costado de Patrick.
—Grey, ¿te importaría? Acaba de surgir un asunto urgente que tratar contigo, te daré instrucciones que deberás cumplimentar de inmediato. ¿Me permites, Anne?
«¿Otra vez?»

Con una distinguida inclinación de cabeza, Anne frenó a su caballo para quedarse más retardada y concederle espacio.
—Si no te conociera sospecharía que tratas de emparejarme con tu guardaespaldas —cuchicheó medio en broma—. Siempre acabo en su compañía.
Jamie abrió dos ojos con desmesura y a continuación soltó una distendida carcajada.
—Patrick, atiende por favor, es importante…
El duque acababa de adelantar su caballo ignorando que la insinuación de Anne había quedado sin réplica. El escalofrío que recorrió la espalda de la joven al notar la majestuosa presencia de Jun a su lado, le probó que seguía embrujada por el exotismo de aquel hombre.
—Buenos días, señorita Hagstings, no he tenido oportunidad de saludarla antes.
«Oh, sí, sí la ha tenido. Es solo que ha preferido desaprovecharla y no hacerlo».
—¿Disfruta del paseo?
—No soy una gran amazona, pero sí, puede estar seguro de que sí.
Mordiéndose la lengua, omitió que se suponía que abandonar tan groseramente Herrick House, donde se alojaba como invitada, tenía como razón única pasar tiempo con Jamie. Pero estaba convirtiéndose en costumbre alternar con todos los demás caballeros menos con él.
—¿Tiene usted apellido, Jun? —indagó de repente, con un desparpajo que la sorprendió hasta a ella— ¿Jun y qué más?
—Jun Fudo. —Las palabras bailaron tentadoras en su voz grave y un poco ronca.
—Cielos, qué peculiar. ¿Qué significa?
—Jun puede traducirse como «hombre obediente». Fudo significa «fuego». En japonés.
—Es… Hermoso.
—¿De verdad se lo parece? —Un levísimo atisbo de sonrisa en sus ojos —. Creo que no es un nombre adecuado para oídos ingleses.
—Alguien con ese nombre ha de estar por destino, consagrado a proteger y brillar.
—¿Brillar? —repitió él con una chispa de burla en el tono.
—El fuego. Las llamas centellean e hipnotizan, cautivarte sin que puedas impedirlo es su mayor virtud.
Cuando manifestó esto último, Anne miraba al horizonte, perdida más allá de sus ideas, y Jun guardó silencio. La joven casi podía imaginarlo frunciendo el ceño bajo su misteriosa máscara oscura.
—Anne, querida, disculpa a este ajetreado funcionario del gobierno que debe inmiscuir a su secretario en sus ratos de ocio y perder su valioso tiempo resolviendo cuestiones oficiales. Detesto descuidarte de

este modo.
Era Jamie, de nuevo a su flanco. Con el pelo rubio alborotado por el vientecillo de primavera y los ojos llenos de estrellas.
—Debes venir a tomar el té con mamá, acaba de llegar a mi residencia en Londres. Se alegrará lo indecible de volver a verte y no cabrá en sí de gozo cuando le desvelemos que eres mi prometida. —Remató la inesperada frase con un guiño.
El estómago de Anne se encogió de angustia. Y aunque el duque no volvió a mencionar el asunto de «su compromiso» el resto de la jornada, ella fue incapaz de dormir también aquella noche.

Capítulo 19

Un, dos, tres. Un anuncio indeseado
que se convierte en oficial.

El desayuno en la casa Herrick, las comidas y todo tipo de reuniones en torno a la mesa en general, eran divertidas y bulliciosas, estaban consiguiendo que los días del conde revivieran. La familia Hagstings no es que fuera demasiado rigurosa en las normas de protocolo interno, charlaban y reían, pero por una simple cuestión de números no se parecía en nada a aquello.

Mientras tanto los Fowler como los Spencer intercambiaban impresiones, la mayoría relativas a los preparativos de la boda y varias bromas pesadas en cuanto al valor del coronel al haber escogido a Evelyn como compañera, Anne se permitió abstraerse y repasar las incidencias de la noche anterior, cuando el insomnio por la preocupación creciente que le causaban las constantes referencias de Jamie a ella como «su prometida», la empujó a abandonar el lecho y vagar por la casa en busca de distracciones. Quizá un poco de leche caliente que la ayudara a conciliar el sueño.

O un libro. Pero se negó a regresar a la biblioteca, el recuerdo de lo ocurrido entre aquellas paredes ardía candente en su memoria y le erizaba la piel. A tal punto la desquiciaba, que oír un ruido en la distancia que no pudo identificar, fue acicate suficiente para salir de estampida y encerrarse de nuevo en su cuarto.

No fuera a ser Rhys Spencer, de nuevo alterado a causa del brandy y la juerga.

Ahora lo tenía allí, en la mesa del desayuno, relativamente cerca, tan tranquilo, tan en paz, con aquella apariencia inofensiva a la par que seductora. Como si no fuese un pervertido poco honorable, indecoroso, que dos noches atrás le había mostrado su cara más oscura: la del peligroso libertino sin freno. Pendiente del contenido de su plato y de nada más. Como si las risas y las frases ingeniosas de los gemelos, de Julianna y Evelyn, incluso de Henry y la vizcondesa viuda, fueran lluvia de otoño que cae tras los ventanales. Otro tanto se podía decir de Lucien, salvo que este le había dedicado un afectuoso y cortés saludo nada más verla entrar.

¡Vaya con los dos enigmáticos hermanos Spencer! Tal para cual.

Cuando Evelyn la informó de que por la tarde se había convocado una tertulia para el té a la que acudirían algunas invitadas, la señora Wimsey, tía de Julianna, entre otras damas, Anne tenía más ganas de esconderse bajo una mesa que de exponerse a una reunión de murmuradoras. Pero su amiga estaba poniendo mucho interés en organizar eventos para su homenaje y distracción, ser desagradecida estaba fuera de toda expectativa.

De modo que se vistió con sus mejores galas de día y acompañó a lady Evelyn y a la joven vizcondesa al salón rosado, donde los criados habían dispuesto un florido servicio de té y emparedados, tanto dulces como salados, con claras referencias a la primavera, incluso en la porcelana elegida.

La duquesa de Richmond, cuyo avanzado estado de gestación la fatigaba más que de costumbre, ocupaba un pequeño sofá tapizado en raso. Las tres amigas se dirigieron hacia ella y se repartieron los asientos a su lado. Nada más verlas entrar, Elisabetta interrumpió su animada conversación con Dorothea Wimsey y otras dos damas, para tomar una copa de cristal y golpearla traviesa con una cucharilla.

—Ya estamos todas. ¡Atención, atención!

Se creó un respetable silencio, algo que parecía imposible entre todas aquellas mujeres tan animadas.

—Mis queridas damas, las he emplazado aquí esta tarde y me agradaría decir que no se trata de un té cualquiera. Ni siquiera es una reunión con tertulia al uso. Es mi intención compartir con ustedes importantes buenas nuevas que me han alegrado el corazón. Nuestra querida vizcondesa Rothgar aquí presente —apuntó a Julianna—, esposa de mi hijo mayor y para mí, con el permiso de su tía, una hija más…, espera su primer bebé.

No hubo dama que no abriera desorbitadamente los ojos o se llevara las manos a la boca para contener las exclamaciones, o ambas cosas. Julianna recibió tres miradas como tres flechas disparadas que eran una mezcla entre asombro y reproche. Despegó los labios para explicarse, pero Elisabetta se le volvió a adelantar.

—Acaba de enterarse. Ya sé que no te he concedido oportunidad de comunicárselo antes a tus amigas, Julianna, querida. —Desvió la mirada hacia la derecha de la joven pelirroja—. Evelyn, deja de fruncir el ceño, ha sido mi culpa, me enteré cuando la informaba el doctor y no he podido contenerme.

Rebeca fue la primera que se arrojó en los brazos de la pelirroja y le llenó la cara de besos. Las felicitaciones volaron por toda la estancia. Evelyn y Anne también la abrazaban, cuando la afilada voz de la vizcondesa viuda las convirtió en hielo:

—Y no solo contamos con esa magnífica noticia que tiene a mi hijo literalmente loco de entusiasmo. Nuestra estimada señorita

Hagstings…, ¡está prometida!
El corazón de Anne dejó de latir justo en aquel momento. Sus miembros petrificados no acertaban ni a girar el cuello para poder interrogar a lady Rothgar con unas pupilas llenas de miedo.
—Y no a cualquiera. El duque de Norfolk está en línea directa de sucesión al trono y si los candidatos previos son rechazados por sospecha fundada de enfermedad…
—Mental o demencia… —completó con diligencia otra de las invitadas.
Elisabetta asintió con un ademán de triunfo y un carraspeo.
—Podría ser nombrado rey. Quién sabe.
La habitación empezó a dar vueltas alrededor de Anne. Tuvo que tomar asiento y sujetarse bien a los brazos de la butaca para no desplomarse. ¿Qué diablos acababa de anunciar la hermana del conde? ¿De dónde había salido aquello? Ella debía saber que no era cierto.
—Les confieso que tenía la secreta ilusión de que la señorita Hagstings, cuyas virtudes son más que indiscutibles, se casara con uno de mis hijos, pero he de reconocer que la posibilidad de convertirse algún día en reina es mejor, mucho mejor.
—¡La corona! ¡La corona de tus predicciones! —siseó Evelyn, perpleja, al reparar en el detalle.
Anne quería negarlo. Con rotundidad. A gritos. Sacarla de su error. A Evelyn, a todas. Pero no podía ni tragar saliva. Sin embargo, ver la avalancha de rostros curiosos, las pupilas excitadas y más de una silueta que se movía en su dirección, la sacudió y rompió a llorar con desconsuelo. Esquivando a las damas que se acercaban a felicitarla, corrió huyendo del salón del té. Escaleras arriba como si la persiguiera un matarife.
Evelyn, Julianna y Rebeca la persiguieron sin dudarlo un instante.
En su dormitorio, Anne sollozaba boca abajo sobre la cama. Sus tres amigas se repartieron el espacio. Rebeca le acarició el cabello con la punta de los dedos.
—¿Qué ocurre, Anne? ¿Qué es lo que pasa?
—¿Cómo ha podido mi tía divulgar semejante cosa? —se dolió Evelyn, con voz estrangulada— ¿Quién se lo ha contado?
—Es un chisme que suena por todas partes —las informó Julianna, pesarosa y afligida.
Las tres, incluida Anne, la observaron con horror.
—¿Cómo no nos lo has comentado antes? —la recriminó Evelyn, con los ojos húmedos.
—No quise darle ningún crédito pese a oírlo por todas partes.
—¡Es mentira! —gimió Anne, devastada— ¡No hay ningún compromiso entre Jimmy y yo! No somos más que buenos amigos y lo

que circula…, se ha convertido en un rumor maligno que destruirá mi futuro.
—¿Cómo ha podido pasar? —refunfuñó Evelyn, todavía sin acabar de creerlo—. Esto se nos ha ido de las manos antes de entenderlo siquiera.
—¡Os lo advertí! ¡Os avisé de que pasaría! —aulló Anne, antes de volver a esconder la cara regada en lágrimas entre los almohadones.
Los ojos pesarosos de Evelyn y Julianna se centraron en Rebeca. La sensata duquesa había sido la única que recomendó prudencia en lo que todas consideraron, en su momento, un pasatiempo inofensivo.
—No te lo tomes tan a mal, Anne —susurró Juliana, forzándola a incorporarse—, ser la prometida de un duque en línea directa de sucesión al trono te hará más atractiva a ojos de todo el mundo, te lloverán pretendientes.
—¡No quiero que deseen casarse conmigo por vanidad! ¡No soy un premio que arrebatarle a otro caballero más ilustre! Si alguien estaba realmente interesado en mí, de un modo honesto… —y sin entender bien el motivo pensó en los hermanos Spencer—, ante esta noticia se retirará de inmediato.
Las tres amigas suspiraron a la vez.
—Es evidente que debes aclararlo, querida —le recomendó Rebeca con suavidad.
—Y la mejor forma de hacerlo es hablar directamente con lord Norfolk. Él es quien debe poner fin a esas murmuraciones —apuntó Evelyn.
Con mucho esfuerzo y casi sin ver nada, Anne se sentó en la cama. Pasó los dedos varias veces por las mejillas para secarlas.
—Iré mañana mismo —resolvió, tragándose el disgusto—. A su residencia aquí en Londres. No pienso dejar que pase ni un solo día más.

Capítulo 20

Un, dos, tres. Detalles vitales que
quedan repentinamente claros.
Y que desearía no haber descubierto.

Anne no anunció su visita. Tampoco se entretuvo en comprobar si la madre del duque se encontraba o no en la casa. Estaba demasiado enfadada, desquiciada, furiosa, como para pensar con buen juicio. Se limitó a entrar como un torbellino avasallando a la servidumbre a la que consiguió alarmar, a preguntar por el duque y a buscarlo de habitación en habitación hasta dar con él.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Ojalá jamás se le hubiera ocurrido poner los pies en aquella mansión.

Ojalá pudiera dar marcha atrás al reloj para deshacer el entuerto.

Medio segundo antes de empujar la puerta, Jun surgió de entre las sombras y la aferró por un brazo. Un suave tirón demasiado cortés que no impidió que ella siguiera adelante.

—Señorita Hagstings, no… ¡Anne!

Tarde. Fue tarde.

Tarde para evitar que ella descubriera al duque de Norfolk de pie en mitad del despacho, rodeado por los pasionales brazos de Patrick Grey, besándolo en la boca con un ansia desbordada que Anne solo había imaginado leyendo novelas románticas.

Se llevó la mano al pecho con sofoco, los ojos desorbitados contemplando a ambas figuras, las pupilas febriles de ellos devolviéndole una mirada de remordimiento. Y de nuevo la intervención de Jun Fudo que no solo la arrastró lejos de allí, sino que con un puntapié cerró la puerta y liquidó el asunto.

—Quíteme las manos de encima —silabeó Anne, con voz entrecortada —. Por favor…

—Permítame conducirla al jardín. Se lo ruego.

—Qué…, ¿qué está pasando?

—Salga conmigo. Vamos, salga —insistió Jun, sin satisfacer su angustiosa curiosidad.

—No… No debería haber visto eso.

Anne estaba aturdida. Las lágrimas acudieron a sus ojos, se preguntó si deseaba que aquella puerta volviera a abrirse y el rostro afable y atractivo de Jamie le dedicara una sonrisa tranquilizadora y unas palabras de consuelo..., para sacarla de su error.

Patrick Grey.

Sus miradas clandestinas. La dulzura de su carácter, su persistente presencia en todos los paseos y reuniones. La sensibilidad de Jamie desde niño. Su afinidad, sus gustos compartidos, su felicidad al jugar con sus muñecas… Las piezas empezaban a encajar en su mente con una facilidad pasmosa.

¿Cómo había podido estar tan ciega?

Jun Fudo la había sacado de la mansión. Con inesperada delicadeza, de un modo protector, diligente y eficaz, se hizo cargo de la situación y la ayudó a acomodarse en un banco en un recodo apartado de los jardines, a salvo de miradas indiscretas. Logró que la respiración de la joven se fuera calmando simplemente manteniéndose allí, presente, a a su lado con una rodilla apoyada en el suelo, sin presionarla con discursos ni frases hechas.

—Jamie…, ¿está enamorado? —quiso saber finalmente Anne, cuando le fue posible hablar.

Bajo el tejido negro que cubría su rostro, Jun asintió despacio.

—Profundamente.

—No he sabido verlo. Debería…, yo debería…

El dedo índice de Jun cerró sus labios. Pese al cuero de su guante que preservaba la piel, Anne se estremeció al sentir el contacto.

—No se culpe de nada. Con franqueza, él necesita de su ayuda y sin embargo…

—¡Anne!

Jamie apareció frente a ellos, una mueca de desesperado sufrimiento crispando su rostro. Al tiempo que Jun se erguía y se distanciaba apenas unos metros, el duque se arrodilló ante su amiga y le tomó las manos con vehemencia.

—Lo siento, lo siento. Quería contarte, no deberías haberte enterado así.

—Jamie…

—Le amo, Anne, amo a Patrick con toda el alma, no sé si puedes entenderlo, si te horroriza o sientes rechazo, ignoro si soy capaz de expresar lo mucho que…

La blanca mano de Anne voló temblorosa hasta hundirse en su cabello. Lo revolvió y lo acarició del mismo modo que lo hacía con sus hermanos pequeños. Una luz dulce y serena había sustituido a la anterior, sobrecogida, en sus ojos.

—*Shhh*, Jimmy, está bien, todo está bien. El amor es hermoso en cualquiera de sus facetas, no tienes que justificarte.

—Anne… —Lord Norfolk rompió a llorar con la cabeza apoyada en el regazo de la joven.

Jun se adelantó unos pasos y se posicionó delante, al objeto de taparlos de la vista de cualquiera que pudiera pasar por los

alrededores.
—…Pero no quiero pensar que me hayas utilizado —subrayó Anne, con súbita frialdad.
Jamie alzó el rostro anegado en lágrimas, tragó saliva y sin soltar las manos de su amiga, tomó asiento a su lado. Se secó las mejillas con torpeza y una brusquedad poco usual en sus refinadas maneras.
—No querría que pensaras eso, Anne, pero ¿cómo podrías si yo también lo pienso? —Hipó para tranquilizarse—. Cuando Jun me avisó de que una invitada había cometido la osadía de presentarse como mi prometida en el baile de Primavera, lo tomé como lo que era, una simple travesura. Enseguida quise conocer a la artífice de semejante insolencia. Y nada más lejos de mi pensamiento, me encontré contigo, con mi amiga de la niñez, el ser más adorable del que guardo memoria.
Norfolk se tomó un respiro. Había soltado las manos de Anne y ahora trenzaba y retorcía sus propios dedos en algo cercano a la agonía.
—A partir de ahí todo corrió solo, se desbocó: necesitaba una fachada que me hiciera parecer respetable, que escondiera del mundo mis…, mis inclinaciones naturales. Fingir estar comprometido con una joven dama, aunque solo se sustentara en rumores, me beneficiaba. —Su voz había ido convirtiéndose en un sonido gutural, entrecortado.
—Y decidiste usarme sin desvelarme nada.
El reproche de Anne retumbó tan duro como el acero en el aire. Tanto que Jun se giró desconcertado a comprobar si seguía siendo ella. Jamie hundió avergonzado la cabeza en el pecho. Su arrepentimiento era evidente y sin embargo, Anne se mantuvo firme.
—Si me lo hubieras dicho, si me lo hubieras contado, te habría ayudado igualmente, Jimmy, soy yo, Anne, ¡somos como hermanos! ¡Te quiero!
El duque cubrió su rostro con las manos abiertas.
—Lo sé, lo sé, me equivoqué.
—Todas esas citas perfectamente calculadas, los paseos por el parque, la presencia de Patrick, tus excusas para disfrutar de su compañía… Yo te habría servido gustosa de cortina de humo, no lo dudes ni un instante.
—Anne, te lo ruego, perdóname, dime que eres capaz de perdonarme. Sigo necesitando tu ayuda.
Ella suspiró. Podía sentir la decepción en forma de latidos golpeándole las sienes.
—Me lo imagino. Aunque necesito que sepas que me has herido, no merezco que me utilizaras como a una cualquiera, soy tu amiga fiel, Jimmy, probablemente la mejor confidente que tendrás hasta el día en que abandones este mundo.
—Tienes mi palabra de que será por poco tiempo —aseguró él,

apresurado, la boca seca—. Tengo un plan, sé cómo resolver todo esto. Pero es vital ganar algo de espacio y semanas para prepararlo.
Anne volvió a asentir. Esta vez con un movimiento repetitivo y mecánico de cabeza que no parecía estar controlado por ninguna orden racional. Su corazón la empujaba a ofrecer ayuda incondicional. Su mente la alertaba de un peligro devastador aún sin forma.
—Ve a consolar a Patrick. Debe de estar muy afectado por que os haya descubierto. Dile que no tiene nada que temer de mí, que estoy con vosotros, que guardaré el secreto y os asistiré en lo que pueda.
Jamie atrapó las manos de Anne y besó con fervor sus finos dedos.
—Eres un ángel, Anne, mi ángel. Gracias, gracias, no sé cómo dártelas.
Tras lo cual, se incorporó de un salto y desapareció de su vista en menos de un parpadeo. Jun regresó junto a ella, tomó asiento lo bastante cerca como para que el calor de su cuerpo entibiara el frío que el desengaño había volcado sobre Anne. Sus ojos brillaron una vez más, mirándola llenos de tormentas y mares violentos.
—Anne, ¿me permite un consejo?
—Adelante. Aunque no sé si me arrepentiré tras escucharlo.
—Sabe que aprecio a lord Norfolk, que para mí es como un hermano más, que le debo mucho, pero… No debería haber cedido.
Anne lo observó con una tristeza infinita en sus delicadas facciones. Su pelo rubio lanzaba destellos bajo el sol de primavera y sus inocentes ojos claros parecían pedir refugio. Jun sintió que el pecho se le encogía al tiempo que el tamaño de su corazón se desbordaba.
—No es más que un cortejo fingido, solo una farsa, no le hará daño a nadie —aludió ella, llevándose una mano a la comisura de la boca—. Y como bien ha afirmado Jimmy, durará poco.
—Cuídese.

Capítulo 21

Un, dos, tres. Volver a empezar,
algo que siempre es posible.

El intento de sonrisa de ella fue patético y contaba a las claras que estaba muy lejos de conseguir cuidarse o de saber cómo hacerlo.
—Lo intentaré.
—Permítame escoltarla.
—Hoy no hace falta que me acompañe a casa, no se moleste, dispongo de mi propio carruaje.
—Insisto. Tómelo como una súplica. —¿Una súplica? ¿Acaso aquel guerrero oscuro sabía suplicar? Anne pestañeó incrédula—. Me sentiré aliviado si puedo…
—¿Consolarme durante el trayecto? —lo interrumpió ella, adivinando el resto de la frase—. Con franqueza, Jun, no pensé que fuera usted capaz de tanta compasión.
Jun Fudo la tomó del codo y la guio a través de los jardines hasta la salida de la mansión, donde esperaba el coche de los Herrick. Sin quebrar el absorbente silencio que había mantenido durante todo el camino, la ayudó a subir.
—Su reacción… —comenzó una vez estuvieron acomodados y el carruaje en marcha.
—¿La considera desacertada?
—Me ha sorprendido. Al contrario de lo que cabía esperar no he visto en usted escándalo, ni crítica o juicio, ha sido abierta de mente, comprensiva y generosa.
—Mentiría si le dijera que me lo esperaba. Soy lo suficientemente tonta como para que todo me haya tomado por sorpresa, pero…
—Jamie le importa —concluyó Jun, refiriéndose al duque por primera vez por su nombre de pila.
Ella cabeceó asintiendo.
—A mí también —admitió él, en tono confidencial—. Está usted demostrando ser una verdadera amiga, leal y sincera.
—Si oyó mi conversación con el señor Grey sabrá que Jimmy se convirtió en la persona más importante de mi vida y así ha seguido siendo a lo largo de todos estos años, aunque no nos hayamos encontrado ni haya tenido, siquiera, noticias suyas. Tengo decenas de cartas sin respuesta y otras tantas que no llegué a enviar, no obstante,

mis sentimientos por él se han conservado tal cual los vivía a los diez años.
—Algo que no es sino prueba de su nobleza. Pero Anne…, ¿me permite llamarla Anne?
La señorita Hagstings se encogió de hombros y no solo su actitud, también su respuesta, dejó a Jun momentáneamente fuera de combate.
—Haga lo que le plazca —fue lo que dijo.
—Temo que salga usted herida, perjudicada de algún modo con esta historia.
Anne levantó la barbilla con inusitada fiereza.
—Señor Jun, soy mujer, no tengo vida propia, ni expectativas ni sueños más allá de casarme y tener descendencia. Por desgracia, las decisiones de mi madre tendrán más peso en mi futuro que las mías propias, suponiendo que fuera capaz de hacer alguna elección con sensatez y acierto.
—Quiere decir, si fuera capaz de enamorarse por su cuenta.
—Y evitar un matrimonio concertado, sí. Esto lo hago por Jimmy. Si con este… —se detuvo a escoger la palabra—, este teatro lo ayudo a salvar ese amor suyo, lo daré por bien empleado. Los compromisos matrimoniales pueden romperse, no es lo natural pero sucede todos los días; supongo que el duque tiene previsto que yo rompa el nuestro más adelante y es probable que mis amigas tengan razón, que todo esto me convierta en un trofeo codiciado para otros caballeros, ya que el gran duque ha posado en mí sus ojos.
A Jun no le pasó inadvertida la inmensa carga de amargura y cinismo que trasmitía su voz. Su mirada, lo único visible en su persona, dejó entrever una honda preocupación. Era como si escondiese un terrible secreto que estaba a punto de confesar, pero controlase la tentación. Finalmente, se limitó a decir:
—Puede que no sea tan sencillo.
—Si no lo es, me enfrentaré a la dificultad y creceré como persona. Es hora de dejar de ser la pusilánime Anne de la que todos se compadecen.

Dos días más tarde, Anne se encontraba recuperada de la impresión sufrida y le había dedicado a la espinosa cuestión el tiempo suficiente de meditación y reflexión como para tomar decisiones. A sus amigas les confió una suerte de verdad a medias, enmascarada de modo que la intimidad del duque quedara a salvo: les refirió el desquiciado enamoramiento de su amigo en favor de una dama de clase social inferior cuya unión no sería jamás aprobada, y que permitir que se rumoreara que ella era la ilustre prometida, no era más que una

argucia para ganar tiempo.
No se detuvo a especular si tres mentes agudas y tan despiertas como las de Rebeca, Evelyn y Julianna, la habrían creído o no. Se contentó con comprobar que eso parecía.
En cuanto a Jimmy, respondió a sus múltiples notas pidiendo disculpas en varios idiomas, con una en la que lo invitaba a continuar con el plan, sin alteraciones. En cuanto acabase su estancia como invitada en Herrick House, reanudarían sus paseos y cabalgadas por Londres, sus reuniones para tomar el té, donde ella jugaría a ser la perfecta carabina que la pareja precisaba.
Y sin saber bien las razones, su corazón y su alma desearon que aquella dulce rutina regresara cuanto antes. Quizá tuviera claro que nada tenía que hacer con los sobrinos del conde, que los bienintencionados intentos de Evelyn por acercarla a Lucien no habían dado ningún resultado. Que el capricho de lady Rothgar de verla emparejada con su hijo Cassian no saldría adelante. El caso es que no deseaba permanecer allí por más tiempo, sintiéndose el blanco de todas las miradas y comentarios, al menos de momento.
No obstante, todavía quedaba por salvar un importante escollo. El baile.
Sí, Herrick House había organizado un baile en honor a lady Evelyn y el coronel Darwin, para que pudieran despedirse de la soltería y Anna Hagstings se encontraba de ánimos para cualquier infortunio menos para aquel. Sin embargo, poco importaba lo diminuta e invisible que se sintiera, la ansiedad que le provocaba hallarse en presencia de los hermanos Spencer que solo veían en ella a una niña pequeña de la que burlarse.
Especialmente el indecoroso y provocativo Rhysand.
Tenía que asistir. Y hacerlo algo así como «enloquecida de dicha».
Anne miró su reflejo en el espejo del tocador y se infundió valor con un profundo suspiro. Estaba bonita, muy bonita. Casi hermosa, podría haber pensado de no ser tan humilde. Sus amigas se habían esmerado en acicalarla y destacar sus virtudes físicas al vestirla para la que sería, de momento, su última fiesta en Herrick House.
—No vas a encogerte hasta desaparecer como siempre —se amonestó a sí misma—. No vas a permanecer callada escondida en un rincón. No vas a impedir que tu brillo sea visible. No vas a ser la de siempre, Anne Hagstings, acordamos que el momento de cambiar había llegado. Se acabó.
Con un golpe de dedos, apretó el cierre de su pendiente de zafiro. La piedra azul lanzó un destello del mismo color de sus ojos.
—¿Estás lista, Anne? Tenemos que bajar, Rebeca y Julianna ya nos esperan en el salón de… ¡Estás preciosa!
Anne giró sobre sus talones con una amplia sonrisa jugueteándole

entre los labios. Desde la puerta, Evelyn la repasaba con orgullo de pies a cabeza.
—¿De veras lo piensas?
—Si mis primos no caen rendidos a tus pies es que son estúpidos, querida, guapos pero ciegos y muy estúpidos.
—¿Sabes una cosa? Voy a disfrutar de esta fiesta como si mi vida acabara esta noche. No voy a rogar la atención de nadie, tampoco me entristeceré por la falta de ella. Bailaré si me lo piden y si eso no ocurre, conversaré con las damas, admiraré la gracia y el donaire con que danzan los demás. Me niego a sentirme miserable, mi valía no depende de lo mucho o lo poco que logre cautivar al resto del mundo.
Con un nudo de admiración en la garganta, Evelyn caminó lo suficiente como para ponerse a su altura. Le tomó las manos y fijó en sus ojos dos pupilas emocionadas.
—Bien dicho, amiga. No puedo describir con palabras lo que me complace oírte hablar así.
—Tarde o temprano tenía que ocurrir, Evelyn. Teniéndoos a vosotras cerca, un día u otro tenía que dejar de ser la mojigata que acababa avergonzándome siempre.
—Ya vaticinó el cartomante que llevas una aventurera escondida en tu interior.
Anne guiñó un ojo juguetón.
—Y ya sabes lo que se rumorea por ahí, puede que hasta sea la prometida de un duque con muchas posibilidades de convertirse en rey.

Capítulo 22

Un, dos, tres. Bailemos, bailemos
hasta desfallecer, insignes invitados.

—Ha venido mucha gente —se entusiasmó Anne, al entrar en el gran salón de Herrick House del brazo de su amiga.

—La mayor parte de ellos, vecinos y conocidos de la familia. Mira, allí está John. Debo decir que no esperaba que su relación con padre fuese tan satisfactoria y estrecha.

En efecto, John Darwin, el orgulloso novio, acompañado de su progenitor, un anciano cuya imagen debilitada y bondadosa despertó al instante los mayores sentimientos de compasión en Anne, departían animadamente con el conde de Herrick y su hermana, la vizcondesa viuda. A la llegada de las dos jóvenes damas, los caballeros saludaron y John atrajo a su prometida hacia sí con un abrazo nada decoroso alrededor de su esbelto talle.

En presencia del conde.

Todo un escándalo que, sin embargo, celebraron con júbilo.

Anne miró alrededor. La estatura de los hermanos Spencer, muy superior a la media, los hacía fácilmente visibles entre la multitud. Divisó a Julianna y al vizconde describiendo círculos al compás de la música en la zona de baile, mirándose embelesados a los ojos. Y a los duques de Richmond conversando con envidiable complicidad en un pequeño sofá para dos. Se miraban a los ojos, susurraban secretos que acariciaban con aliento sus cuellos, y reían. Todavía formando parte del grupo familiar, los ojitos de Evelyn y de su prometido eran dos luceros de un cielo de verano.

Eso quería Anne para su vida y su futuro. Estaba más que decidida a no conformarse con menos. Que a partir de entonces, las migajas no estuvieran hechas para ella.

—¿Le molesta si me siento aquí, a su lado?

Antes de que la joven que la miró con desconcierto pudiera responder, Anne se apoderó de la silla vacía junto a Rose Fairfox. Desplegó su abanico y lo agitó en el aire.

—Un poco de calor con tanto bullicio, ¿no le parece? —Tomando valerosa la iniciativa, Anne arrancó una charla informal.

—Sí, sí, es cierto, señorita…

—Hagstings. Anne Hagstings, soy una antigua amiga de la familia.
—Encantada, soy Rose Fairfox.
—Es fantástico que la gente se divierta tanto en honor a los flamantes futuros novios.
—Al cercano matrimonio, sí, qué emocionante. ¿Ha dicho Hagstings…? —La señorita Fairfox se quedó meditando un segundo y a continuación, los ojos oscuros se le abrieron como platos— ¿No será por casualidad…?
Anne siguió moviendo el abanico con elegante parsimonia y no satisfizo su curiosidad.
—¿La prometida de…, «el heredero»?
Anne simuló ocultar una sonrisa intrigante.
—Bueno, sería precipitado por mi parte afirmar algo así. Le aseguro que los que cuentan que estamos prometidos, solo rumorean sin demasiado fundamento.
—¿Pero piensa pedirla en matrimonio? ¿Pronto? ¿Cuándo? —La agitación entrecortaba la respiración de Rose, observando a Anne como quien observa a su mayor ídolo.
—Confidencialmente le diré, señorita Fairfox, que pese a que nuestro afecto es real, el duque de Norfolk no me ha declarado su amor por el momento.
—Bueno, se comenta que está muy interesado.
—Podría decir que mantenemos una relación cercana y sincera, llena de buenos deseos, y en eso no mentiría. Nos conocemos desde hace siglos.
La expresión de total arrobo de la señorita Fairfox ante su historia, la enterneció.
—¿Y qué me cuenta de usted, señorita? No creo recordar que hayamos coincidido antes.
Las mejillas de la joven enrojecieron al esquivar los inquisitivos ojos de Anne. ¿Podría ser que se hubiera topado con alguien aún más asustadiza y tímida que ella?
—No se extrañe. He de confesar que asisto a bien pocos eventos.
—¿Me juzgaría entrometida si le pregunto la razón? Es usted una joven bonita en edad casadera con la obligación de dejarse ver, que diría mi madre.
—La mía emplea exactamente la misma frase.
Ambas rompieron a reír.
—Mi hermana menor lo hace todo un poco… complicado —admitió por fin.
—¿Son ustedes tres hermanas? —quiso saber Anne, confusa.
—No, solo dos. Mi hermana Amelia y yo. Ella es un año más joven.
«¡Vaya!»
—No he tenido el gusto de hablar con su hermana, pero estaba

convencida de que la menor era precisamente usted.
—Podrá hablar con Amelia siempre y cuando ella decida que quiere que ocurra. No me juzgue mal, señorita Hagstings, es mi hermana y la quiero, pero…
—¿Tiene un carácter un poco difícil? —la ayudó Anne, con cortesía.
—Justo eso. Es impulsiva y arrebatada, está acostumbrada a salirse con la suya. Supongo que, incapaz de colocarme a su altura, acabé conformándome con ser la invisible vieja solterona a la que nadie ve por más que mire.
Anne cambió de postura para estudiarla mejor. Rose era preciosa, la suya era una belleza clásica y serena, con brillantes bucles castaños rodeando su carita en forma de corazón. Los grandes ojos siempre sorprendidos y una figura admirable.
—¿Cómo puede decir eso? —se escandalizó al oírla desmerecerse de aquella forma.
—Señorita Hagstings, mi hermana se las ha apañado siempre bastante bien para robarme la atención de cualquier caballero en el que me atreva a poner los ojos, con solo una batida de pestañas.
Si Anne ya detestaba a la tal Amelia Fairfox por referencias de Evelyn, en aquel momento deseó poder borrarla del mapa de un plumazo y enviarla dando tumbos a África del Sur.
—Avasalladora… —masculló entre dientes—. ¿Está hoy aquí?
Rose asintió con un ligero aleteo de su cabeza.
—Tengo miedo, mucho miedo de que note lo que siento por él…
—¿Por…, él?
—El señor Spencer. Cassian Spencer.
La expresión de Anne viró a dulce y mucho más relajada.
—Yo de usted dejaría de preocuparme. Me consta que los sentimientos de ese caballero en relación a su persona son lo suficientemente serios como para no torcerse en cualquier dirección que no sea la suya, Rose, menos por la acción malintencionada de nadie. Ni siquiera de su propia hermana.
—¿Lo cree así? —El rostro apagado de Rose se iluminó como una bengala.
—Puede estar segura de que sí.
Y entonces, alguien interrumpió su apasionada cháchara. Un hombre alto y apuesto que se inclinó ante ellas y que, con un poco de suerte, no habría oído nada de lo que comentaban ya que, con el ruido y la distancia, el rumor de las voces llegaba enmarañado y no se acertaba a distinguir las palabras.
—¿Me concede este baile, señorita Fairfox? ¿Le importaría, señorita Hagstings? Prometo regresar y pedirle el siguiente, como invitada que es, de la casa Herrick.
—Encantada, señor Spencer. Vaya, señorita Fairfox, baile y disfrute.

Conforme se alejaban, Anne sintió un extraño regocijo en el estómago, una sensación grata y burbujeante al ver la emoción con la que Rose se dejaba conducir del brazo de Cassian y el embeleso casi imposible de disimular, con el que él la miraba.
A Anne se le escapó un pequeño suspiro de complacencia.
Lo que duró la pieza musical, la joven dama se mantuvo en el mismo lugar, en solitario. En lugar de huir buscando un grupo en el que refugiarse como otras veces, se mantuvo erguida y sin perder ni un instante la sonrisa que adornaba su cara. Disfrutó viendo bailar a los demás, sin sentirse infeliz, ni discriminada, mucho menos fea o poco interesante. Latía algo nuevo dentro de ella, no sabía qué era ni cómo llamarlo, pero le transmitía paz. Una suerte de seguridad en sí misma de la que hasta entonces carecía.
Después de todo, algo bueno estaba surgiendo de aquella rocambolesca historia con su amigo de la infancia y su común sarta de mentiras.
—Y ahora, señorita Hagstings, tras agradecerle su amabilidad, ¿me concedería el siguiente baile?
Anne se sacudió el sopor y miró a Cassian Spencer, solicitando su mano. Junto a ella, de nuevo acomodada en su silla, la señorita Fairfox no conseguía ocultar su desbocada alegría ni sus mejillas como cerezas. Anne aceptó con un cortés ademán, tras cruzar una mirada cómplice con la joven morena.
—He tenido oportunidad de charlar con la señorita Fairfox, señor Spencer.
—Cassian, Anne, por todos los santos, eres como de la familia.
—De acuerdo, Cassian. Es una joven encantadora. Dulce y prudente. No cabe duda de que será una esposa perfecta. Y está sinceramente enamorada de usted.
Cassian pareció sobresaltado. Avanzó dos pasos a la derecha, uno a la izquierda, y giró alrededor de Anne al compás de los violines.
—¿Se lo ha dicho?
—No ha hecho falta. ¿A qué espera para pedir su mano, hombre de Dios?
Cassian Spencer parpadeó aturdido. Los consejos de la señorita Hagstings, por lo habitual poco dada a dispensar recomendaciones, resonaban en sus oídos como una sintonía honorable y leal, algo en lo que se podía confiar a ciegas.
—Yo…
—Usted se derrite cuando la mira, hasta yo he podido darme cuenta de eso. Y debería dar un paso adelante antes de que su espantosa hermana trame algo para fastidiarlo.
—¿Tal cosa puede ocurrir?
—No le quepa duda —declaró Anne, muy firme—. Está decidida a

casarse antes y por delante de su hermana mayor, del modo que sea. Hágame caso, es por su bien.

Una ligera reverencia por parte de ambos marcó el final de la danza.

—No sabría expresarle lo mucho que agradezco su consejo, Anne. Lo pondré en práctica antes de lo que piensa.

—Por favor…

Se dirigieron de nuevo hacia donde los esperaba Rose, impaciente y con los mofletes aún arrebolados. Cassian pensaba ofrecerse a traerles algún refrigerio, cuando su hermano Lucien hizo acto de presencia con dos limonadas, una en cada mano.

—Me temo que solo traigo bebidas para estas encantadoras damitas, hermano, tendrás que arreglártelas por tu cuenta. Salvo que la adorable señorita Hagstings me conceda este baile, en cuyo caso, puedes quedarte su refresco y todos contentos.

Capítulo 23

Un, dos, tres. Una joven dama tan solicitada para bailar que no conoce el descanso.

—Deseo concedido, señor Spencer.
—Lucien, Anne, ya le pedí que me llamara Lucien.
Ella se encogió graciosamente de hombros.
—Es algo que me cuesta, discúlpenme, los dos. Señorita Fairfox, considero que la dejo en buenas manos.
—He visto lo que ha hecho con Cassian y su enamorada —comentó Lucien, en susurros, una vez iniciado el baile.
Anne sufrió un sobresalto involuntario.
—No me asuste, ¿qué se supone que he hecho?
—En lugar de enfadarse, sentirse humillada u ofendida, montar una escena de celos como habría hecho cualquier otra dama de las que conozco, ha sido amable y conciliadora. Incluso les ha aconsejado a ambos con la intención de acercarlos y ha animado a mi torpe hermano para que se declare de una vez.
—¿Cómo sabe todo eso? —se espantó Anne, halagada en el fondo.
Lucien se inclinó sobre su cuello para hablar sin que nadie más lo oyera.
—Soy un auténtico experto en el arte de escuchar a escondidas.
Un extraño presentimiento en forma de temblor sacudió el cuerpo de la joven al oír aquello.
—Soy del parecer que si dos personas sienten algo fuerte e irresistible la una por la otra… —tartamudeó dejando el final de la frase en el aire.
—¿Fuerte e irresistible? Señorita Hagstings, qué apasionada suena.
A pesar de todo su nuevo arrojo y su valentía recién nacida, Anne no pudo evitar sonrojarse.
—Leo muchas…, novelas.
—Eso está bien. Mi hermano Rhysand afirma que agitan la imaginación y el espíritu.
La sonrisa se congeló en el rostro de Anne cuando Lucien mencionó al Spencer más diabólico y disoluto.
—Seguramente él también las lee. A escondidas y más tarde lo niega —refunfuñó entre dientes.

Sorprendido ante su agudo ingenio, Lucien estalló en carcajadas. Luego colocó la mano rozando apenas su talle y la hizo girar, siguiendo las pautas de la pieza de baile.
—No me cabe la menor duda. ¿Por qué será que tengo la sensación de que mi hermano Rhys no acaba de gustarle?
—No me pregunte cosas que no puedo responder, Lucien, tómelo como un favor.
Hablando del rey de Roma…
—Mi querido hermano me concederá el gran honor de robarle la pareja, ¿verdad que sí?
—¿Desde cuándo robar es algo honorable? —espetó Anne, malhumorada, antes de pensar siquiera en controlar su lengua.
—Hermano, aguarda a que acabem… —quiso sugerir Lucien.
La realidad era, ¿quién podía contra Rhys?
El joven se escabulló de algún modo ágil y hasta elegante entre los dos, girando con ellos y usurpando el lugar de Lucien en la siguiente pirueta. Sin perder el buen humor ni el brillo acostumbrado de sus ojos, Lucien se retiró con una grácil aunque breve inclinación de cabeza.
—Creo que beberé algo para refrescarme —fueron sus últimas palabras antes de perderse en el tumulto.
Anne apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea que trasmitía incomodidad. En su opinión, Rhysand la estaba «tocando» demasiado y la sujetaba demasiado cerca.
—¿Se divierte, señorita Hagstings?
—Me divertía hasta que lo vi llegar —masculló ella, tratando de no mirarlo.
Las pupilas del joven Spencer poseían una fuerza infrahumana capaz de atravesar muros y cuerpos macizos. Ella no era una excepción: la potencia de su energía era tal que en su presencia Anne se sentía tan vulnerable como desnuda.
Rhysand chasqueó la lengua.
—Es posible que haya interrumpido un momento especialmente íntimo entre usted y mi hermano. Si es así, acepte mis disculpas, no sabe cuánto lo siento.
No, no lo sentía. La burla flotaba en su tono igual que la espuma de mar adorna las crestas de las olas. Anne deseó ser gladiador, como poco, para poder atizarle un buen puñetazo a aquella cara arrogante y perfecta que la observaba desde su pedestal, creyéndose por encima del bien y del mal, como perdonándole la vida.
—¿Cree que no me he dado cuenta de cómo lo mira? Sus ojos de embeleso la traicionan, señorita Hagstings.
Anne aprovechó un giro en la danza para intentar escapar. Pero la enorme mano de Rhys atrapó su muñeca y de un tirón no demasiado

delicado, volvió a pegarla a su cuerpo. Por segunda vez, más de lo que el paso de baile precisaba.
—Le aconsejo que abra los ojos antes de decepcionarse: mi hermano Lucien no tiene ninguna prisa en tomar esposa. Usted ha debido de pensar que, puesto que su historia de amor con Cassian no parece bien encaminada, Lucien podría ser una alternativa tan aceptable como otra cualquiera.
¡Demonios! ¿Acaso aquel hombre maldito le leía el pensamiento?
Lo más atroz era que, echándole en cara sus propios actos lograba herirla en lo más profundo sin siquiera elevar la voz, sin perder las formas; manejaba para insultarla del modo más descortés, el mismo tono que emplearía para piropearla.
—Eso no nos deja en buen lugar a los Spencer, Anne, es un modo un poco…, cruel de tratarnos, no somos intercambiables.
—¿Cruel? Resulta irónico que precisamente usted hable de crueldad.
—Le recomiendo que busque marido fuera de Herrick House ya que aquí nadie tiene excesivo interés en casarse y usted es deseable y preciosa. Detestaría verla perder el tiempo. Seguramente no me cree, pero me gustaría verla desposada.
—Con otro —rugió Anne, mirándolo por primera vez, con fuego en los iris.
—Casada y feliz.
—Entonces dígaselo a su madre. Entre ella y la mía tejieron mi destino. Desde luego no fui yo la que cayó rendida de amor a los pies de los cinco hermanos más engreídos y menos recomendables que existen por los alrededores.
Spencer le respondió con una sonrisa lobuna bastante peligrosa.
—No piensa eso de nosotros. Sea franca, en realidad no lo piensa.
La pieza de baile que a Anne le estaba resultando eterna, llegó a su fin. Su mente torturadora se empeñaba en reproducir a toda velocidad lo compartido aquella noche de tormenta con Rhys en la biblioteca. Y ya no eran imágenes, estas se habían diluido hasta desaparecer. Solo quedaban sensaciones. Sacudidas que le ponían la piel de gallina y contra todo recato, los pezones duros. Se inclinó a modo de despedida deseando huir, pero de nuevo la garra de Rhys se lo impidió.
—No se marche, lo estoy pasando extremadamente bien, señorita Hagstings. Concédame otra pieza.
El siguiente baile era un vals.
¡No! ¡Cielo santo, mil veces no!
La sola idea de verse envuelta por sus brazos la horrorizaba. Una negativa tembló en los labios de Anne, pero para cuando acertó a pronunciarla, la música había empezado y tenía el cuerpo de Rhysand comprometidamente pegado al suyo. Lo despreciaba. Le repugnaba que en un puñado de frases lanzadas sin el menor esfuerzo, hubiera

hecho pedazos su seguridad recién conquistada. Gracias a él, ahora Anne Hagstings bailaba con el cuerpo bien erguido y el alma encogida como un papel quemado.
Puso toda la voluntad en no sentir su calor. En no mirar el brillo de su cabello a la luz de las velas, ni aquellos ojos claros y penetrantes, tan turbadores. No quería sentir nada por él, absolutamente nada que moviera su corazón, ni bueno ni malo, porque tampoco deseaba odiarlo. Ser inmune tanto a sus muchos encantos como al veneno de su atractivo y sus palabras, eso quería.
¿Pero cómo lograr que se obrara tal milagro?
La sorprendió que Rhys Spencer llevara demasiado tiempo callado, sin zaherirla, aunque aquello iba a cambiar de inmediato. El tiempo que ella empleó en martirizarse dándole vueltas a las ideas, él lo utilizó en planear otra maldad aún peor y convertir su voz en un susurro intimidante.
—Dado que usted, señorita Hagstings, al parecer nunca reacciona a los estímulos como todos esperamos que lo haga, ¿qué tal si la beso hasta que pierda el aliento solo para ver en qué mejilla me abofetea?
La boca de Anne hizo varias intentonas de improperio antes de ser capaz de hablar.
—Es usted…, detestable.
—Bonita palabra. Consigue que suene…, dulce. *Shhh* —la apretó más contra sí. La respiración de Anne inició un viaje al galope con destino ignorado—, no hemos acabado el vals, sería una tremenda descortesía dejarme aquí plantado en mitad del salón. Me pondría en ridículo.
A juzgar por su provocadora sonrisa torcida, aquella dudosa posibilidad le preocupaba poco o nada.
—Lo desprecio tanto que necesitaría tres vidas para demostrárselo. Cómo lamento su parentesco tan cercano con una de mis más queridas amigas.
Los labios de Rhys se aproximaron al cuello de Anne, a la zona sensible bajo la oreja. Al hablar, su aliento correteó por la suave piel femenina causando estragos.
—Eso es porque no me conoce usted bien.
La joven dama arqueó la espalda todo lo posible para distanciarse. Su voz y sus labios temblaron visiblemente cuando lanzó su súplica:
—Deje de burlarse de mí, se lo imploro.
El desalmado juego mental de Rhys llegó a su fin de forma abrupta cuando reparó en las pupilas húmedas de Anne. Como si nunca antes hubiese visto de verdad aquellos dos pozos azul cielo, sin fondo y sin rencor, llenos de inocencia, que le desgarraron el corazón. Mortificarla era acuchillar a un cervatillo indefenso mirándolo a los ojos.
Se borró su sonrisa socarrona.
Se endureció su rictus.

Se envaró su cuerpo adosado al de Anne, que vibraba. Ralentizó su respiración mirándola sin descanso hasta que llegaron los últimos acordes del vals.

Entonces la soltó como si quemara. Inclinó la cabeza en una reverencia seca antes de alejarse.

—Lo lamento. No me ruegue, señorita Hagstings, soy yo quien debe solicitar su perdón, disculpe esta incalificable parodia mía, era puro entretenimiento sin malicia.

Entendió que Anne no podía replicar como él se merecía, que las lágrimas estaban a punto de rodar por sus mejillas y era su culpa: había traspasado y quebrado la línea de la piedad.

Y aunque Rhys Spencer no era un hombre habituado a justificar sus actos y en aquella ocasión tampoco lo hizo, el latigazo de su propio arrepentimiento sí le golpeó feroz la espalda.

Se odió a sí mismo. Se odió por los dos. Aborrecía haberla hecho llorar.

Capítulo 24

Un, dos, tres. Es hora de regresar al hogar…,
y a las felices rutinas de siempre.

—No pienso perdonarte esta huida, Anne, no es justo, ni siquiera has dejado transcurrir la semana que acordamos.
—Puedo volver más adelante, cuando las cosas estén en orden. Acércame esas enaguas, por favor. Y el chal y las chinelas.
Evelyn la ayudaba con el baúl. Seleccionando y doblando prendas. Sin doncellas que incordiaran en el dormitorio, para poder charlar a gusto y en libertad. Rebeca y Julianna, ambas embarazadas, participaban de la escena sentadas en un diván tapizado de vivas flores, envolviendo con esmero las joyas.
—¿Has intimado con Lucien? ¡No hemos tenido tiempo! —se desesperó Evelyn, sin darle opción a contestar.
—Lucien es un caballero amable, correcto, apuesto…
—Ponle todos los adjetivos buenos que se te ocurran —rio Julianna, envolviendo el joyero de Anne, ya lleno, en unas piezas de seda—, le encajarán a la perfección.
—Pero no es para mí —concluyó Anne, sin perder su tibia sonrisa.
—¿Por qué no es para ti? —recalcó Evelyn, enfurruñada.
—No está interesado en casarse, eso es todo. Nos caemos bien, hemos sentado las bases de una amistad confiable.
—Una amistad confiable… ¡Uff! —Evelyn puso los ojos en blanco.
—Mirad lo hinchados que tengo los pies —se quejó Rebeca, levantando el bajo de sus faldas para mostrarlos—. Pronto, gracias al pequeño heredero Richmond, no seré capaz siquiera de caminar.
—Quítate los zapatos y deja que te los masajee —se ofreció Julianna.
—¿En serio? —No había terminado de decirlo cuando ya se había descalzado, presionando un talón contra el otro. Subió un pie enfundado en seda y Julianna se apresuró a acomodarlo sobre su regazo—. Cielo santo, Julianna, qué habilidad con las manos, no me extraña que tengas a tu esposo tan contento.
Todas olvidaron por un segundo sus desvelos y solo se dedicaron a reír.
—Debo volver a casa cuanto antes —prosiguió Anne, afligida, después de un rato—. Dejé desatendidos a mis hermanos, soy una hija

horrible.
—¿Desatendidos? —se mofó Rebeca—. Tienen a todo el servicio de la mansión Hagstings pendiente de ellos.
—Vigilándolos y mimándolos —completó Evelyn, ayudándose de una pequeña sacudida de cabeza.
—Di más bien consintiéndolos. —Anne meneó la cabeza, contrariada —. En ciertas cosas soy la única a la que obedecen, la encargada de imponer un mínimo de disciplina a esos dos pequeños demonios. Además…
Ahí se interrumpió. Fingió estar muy ocupada decidiendo en qué posición colocaba las prendas dentro del baúl para ahorrar espacio. Pero sus amigas no necesitaban muchos más detalles para adivinar qué rondaba su cabeza.
—Debes retomar tu apoyo a la farsa de lord Norfolk —concluyó Rebeca, en un tono un poco sombrío.
—¿Te ha contado en qué consiste su plan para que ese amor imposible suyo triunfe? —quiso saber Julianna, aún con el pie derecho de Rebeca entre las manos.
—No —fue la escueta respuesta de Anne.
—Me parece tan romántico que luche así por la persona que ama — exclamó Evelyn, con aires soñadores poco usuales en ella. Miró una a una a sus tres amigas—. ¿Qué? ¿No os parece romántico?
Rebeca y Julianna cruzaron una mirada significativa.
—Piensa mucho todo lo que haces, Anne —aconsejó la duquesa—. Y sobre todo, no te dejes enredar, sé prudente, no te metas en líos.

Podía decirse que en la mansión Hagstings todo seguía, más o menos, en su lugar. A falta de un par de jarrones valiosos que habían perecido durante un partido de pelota de los pequeños dentro de la casa, y que Anne rezaba porque su madre no echara de menos, todo el mundo estaba vivo y gozaba de buena salud. El ama de llaves y su doncella incluso se extrañaron de que volviese antes de lo previsto.
—Debería haber disfrutado de la vida social que le ofrece Herrick House, señorita —recomendó esta última mientras colocaba su ropa de vuelta a los armarios—. La temporada está en su punto álgido y no hará nada de provecho aquí encerrada donde nadie puede verla. Debería estar bailando sin parar, luciéndose en esos grandes salones llenos de caballeros ricos, guapos e interesantes.
Anne replicó con una sonrisa y un arqueo de cejas lleno de paciencia.
—A no ser que…
—¿A no ser qué? —repitió Anne, algo intrigada.
—Que sea verdad eso que dicen por ahí, señorita. —La doncella ahogó una risita nerviosa.

—¿Y se puede saber qué es lo que comadrean las chismosas?
—Que el heredero ha caído rendido a sus pies y piensa pedir su mano en breve.
La señorita Hagstings escondió el rostro arrebolado. Sostener aquella tremenda mentira le provocaba tanta vergüenza, que con sus reacciones la hacía parecer verdad.
—Veamos qué pasa con el tiempo —replicó sin comprometerse.
Y así fue como conforme avanzaba triunfante la primavera, Anne Hagstings reanudó sus paseos a pie y a caballo, incluso en barca, por Hyde Park, a la vista de todo el que quisiera fisgonear. Exponiéndose a ojos críticos, juzgadores y a comentarios bien o malintencionados. Iba acompañada no de una, sino de dos carabinas, nada menos: el rígido guardaespaldas del duque y su cumplido secretario. Nadie discutía que la virtud de la joven estaba más que bien protegida. Y no cabe duda de que a toda la alta sociedad, en especial a las grandes damas, les resultaba muy excitante y entretenido observar cómo día a día evolucionaba y se iba fortificando aquella prometedora relación.
Lord Norfolk y la señorita Hagstings sonreían, tomaban té, conversaban mucho y muy relajados, y quedaba claro que se entendían. Eso tan conveniente, no necesitaban fingirlo.
Pero el amor romántico sí.
Lo cierto es que en cuanto se sabían a salvo de miradas indiscretas, intercambiaban las parejas como si bailaran, y Patrick y Jamie jugaban a departir asuntos oficiales mientras se miraban con devoción y aprovechaban los rincones más sombríos para rozar sus manos. Siguiéndolos a poca distancia con aire distendido y casual, nunca se sabía a ciencia cierta quién podía andar espiando, Anne caminaba junto a Jun, apocada y torpe al principio, más natural y confiada con el paso de los días; hasta sus silencios se fueron espaciando y haciéndose más cómodos, casi familiares.
—¿No le alegra el corazón verlos tan unidos? —El mentón de Anne señaló al par que caminaba unos metros por delante.
—Mentiría si dijera que creo que lo tienen fácil.
—Es usted un pesimista, Jun Fudo. Y alguien con un nombre como el suyo no puede temerle a nada, ni al destino siquiera.
—No temo. Me duele pensar que no pueda disfrutar su historia de amor como merece.
Anne habría jurado que nunca antes percibió tanta ternura en la ronca voz del guerrero. Prefirió seguir mirando hacia adelante, a la vereda de piedrecillas húmedas, controlando el impulso de buscar sus ojos, no fuese a encontrar algo dulce a lo que aferrarse.
—Veo que no soy la única que quiere a Jimmy como si fuese un hermano —murmuró con reverencia.
Él tardó un segundo más de la cuenta en responder.

—Ya se lo dije. Son muchos años juntos. No desde la niñez como ustedes, pero nuestros vínculos de algún modo también son irrompibles.
—¿Y podría desvelarme ese fascinante secreto que los ata de por vida?
Jun golpeó una piedrecita con la puntera de la bota. Tomar la decisión y abrirse, parecía costarle un mundo entero. Finalmente, bufó.
—No creo que sea fascinante, más bien aterrador. Mientras estuvimos internos en Eton admitiré que no fuimos alumnos pacíficos —reconoció con una risita—. Crecimos volviendo locos a nuestros tutores y cuidadores, saltando de travesura en travesura, salvando el pellejo de puro milagro. Pero cuando cumplimos dieciséis años el riesgo en los entretenimientos fue a más.
—Supongo que bebían a menudo —aventuró Anne, divertida.
—Confieso. Muy a menudo. Tentábamos a la suerte y al destino. Continuamente.
—¿Y…?
—Una noche como otra cualquiera…, Jamie Wellford me salvó de una muerte segura.

Capítulo 25

Un, dos, tres. Hay que hacer algo y ¡rápido!

A Anne se le escapó un gemido instintivo de espanto.

—Me bebí una botella entera de brandy francés de la mejor calidad. Se la había robado a mi padre durante las últimas vacaciones y se suponía que la disfrutaríamos juntos Jamie y yo. Sin embargo, él no se encontraba bien aquella noche, estaba mareado y le dolía la cabeza. Así que, reunidos en su cuarto, mientras charlábamos, apuré en solitario hasta la última gota. Jamie se ausentó un minuto para ir al baño y a su regreso me encontró…

Jun marcó una pausa dramática y disfrutó de los ojos desencajados de Anne y de su deseable boquita abierta con pavor.

—Colgando de la cornisa a más de seis pisos de altura —finalizó.

—¿De…, la cornisa? —balbuceó ella, horrorizada.

—Debí de abrir la ventana para que entrara el aire y no sé qué fuerzas del infierno me impulsarían a pasearme por el alero del tejado, haciendo equilibrios hasta que resbalé.

—¡Cielo santo!

—No había tiempo para pedir ayuda y Jamie arriesgó su vida saliendo por la ventana para rescatarme. Sobre todo, teniendo en cuenta que estaba enfermo y mareado, que ni siquiera veía por dónde pisaba.

Los ojos asustados de la joven volaron hacia la espalda de su amigo que caminaba, conversaba y sonreía feliz, ajeno a todo.

—¡Pudieron morir los dos!

—En efecto, así es. Le debo estar hoy aquí, respirando, paseando a su lado, señorita Hagstings. De modo que por infame que me resulte lo que me pida, siempre que no comprometa la vida de un inocente…

—Nunca le dirá que no —entendió ella.

El intrigante Jun Fudo no dio más explicaciones. Ahí acabó su relato, de forma un tanto abrupta, y quedó sumido en un silencio enigmático que Anne se resistió a romper. Lo miró de soslayo mientras caminaban. Su alta e imponente figura vestida de negro, su capa larga hasta el suelo con la capucha echada atrás, sobre la espalda, como solía despejarla cuando no estaban rodeados de gente. Ahora al hablar sonaba más humano. ¿Lo era? Anne no diría que accesible, pero sí una

pizca más cercano.
Entonces, como quien abre una ventana y recibe en la cara el golpe inesperado del aire, la joven cayó en la cuenta de que su anhelo por retomar sus reuniones con Jamie y su grupo podía traducirse en necesidad, sí, auténtica necesidad de estar cerca de Jun. Saboreando su incipiente acercamiento. Deseando forjar una amistad.
No se atrevía a pensar si algo más, aunque la atracción que le provocaba era tan avasalladora como innegable. ¿Por qué se ponía nerviosa con solo verlo?
Tenía que averiguarlo.

Cuando lord Norfolk la invitó a su residencia en Londres a tomar el té con su señora madre, la inocente señorita Hagstings no vio demasiadas razones para desconfiar. Lady Harriet la conocía desde niña, sabía de lo próximo, fraternal y genuino de su relación con su único hijo y se alegraría muchísimo de verla, de eso estaba convencida. Le preguntaría por la salud de sus padres, por sus abuelos desgraciadamente ya fallecidos, por sus hermanos pequeños, un par de intercambios corteses y ahí quedaría todo.
Desde luego, ni se le pasó por la imaginación que la duquesa sacara a relucir asuntos matrimoniales, mucho menos de boda inminente.
Después de los recibimientos y saludos de rigor, ambas damas tomaron asiento en sendos divanes. El duque lo hizo en un butacón tapizado en terciopelo rojo que quedaba frente a ellas. El servicio dispuso varias teteras y una variedad tal de pasteles que Anne se vio incapaz de elegir solo uno. Sus ojos pasearon golosos de un plato a otro.
—En su último viaje a la india —aclaró la madre de Jamie—, mi primo Edward nos surtió de toda clase y especie de tés exóticos. Incluso nos mostró la ceremonia que se sigue para su preparación. Huelga decir que tratamos de que el servicio de esta bendita casa la aprendiera, pero fue en vano, solo logran que el té sepa horrible.
—De modo que hemos vuelto al método tradicional —resumió Jamie con una sonrisa traviesa—. ¿Pastel, Anne? ¿Limón, frambuesa, ciruelas, grosellas?
—Un poco de pastel de limón estará bien —aceptó ella, un poco cohibida.
Anne se había esmerado por lucir recatada y bonita en aquella extraña cita. Llevaba puesto un vestido rosa que destacaba el color de sus mejillas y sus rizos rubios recogidos con pequeñas perlas enmarcaban su rostro con delicadeza. Las manos enfundadas en finos guantes de encaje se movían cuidadosas alrededor de la porcelana.
Lady Harriet, duquesa de Norfolk, por su parte, parecía haber firmado

un pacto con el diablo que la libraba de envejecer. Estaba tal y como Anne la recordaba de su niñez, quizá alguna arruguita fina en el óvalo, vestida de seda verde a juego con sus chispeantes ojos que la miraban radiantes. Con franqueza, el reencuentro había sido muy emotivo.

—Por cierto, querida Anne, he hablado con mi modista de confianza aquí en Londres. Imagino que tu madre tendrá la suya, pero no podemos esperar a que regrese de su largo periplo para iniciar los encargos.

Anne interrumpió el bocado que estaba a punto de dar y la miró sin comprender.

—Tu ajuar, querida niña —se alborozó Harriet removiendo el azúcar dentro de la taza con un brío capaz de quebrarla—, y el vestido de novia. Algo tan importante no puede dejarse al azar ni ocuparse de ello de cualquier manera a última hora. Las prisas son tan malas consejeras…

—¿El vestido de…?

El corazón de Anne decidió dejar de latir en aquel mismo instante. También se bloqueó su cerebro y dejó de pensar. ¿Para qué hacerlo, si debía de estar muerta? ¿Qué locura acababa de escuchar? ¿Qué era exactamente lo que acababa de decir la madre del duque?

Aquello se les estaba yendo de las manos.

Rodó las pupilas buscando apoyo en Jamie, pero lo encontró insultantemente tranquilo, degustando su té a sorbitos sin alterarse lo más mínimo, mientras que Anne apenas respiraba sin saber cómo salir del atolladero.

—Creo que…, debería aguardar la vuelta de mi madre. De otro modo no me lo perdonaría —se opuso con un hilo de voz.

—Bueno, ya lo hablaremos. No estaríamos ofendiendo a nadie si nos dedicamos a ver algunos bocetos sobre las últimas tendencias en París, ¿verdad que no?

La rigidez del cuello de Anne hizo que negar, incluso con refinamiento, le costara demasiado tiempo. Por fin, tras apurar sin prisas su taza y acabar el trozo de tarta que le habían asignado, Jamie pensaría que era momento de rescatarla porque se puso en pie con una pirueta grácil.

—Madre, ¿te molestaría si te robo a nuestra querida Anne por un rato? Me muero de ganas de mostrarle tus tesoros del invernadero.

—Oh —se ruborizó la dama—, está mal que yo lo diga, pero me tienen tan orgullosa…

—Entonces, con tu permiso, nos ausentamos.

La señorita Hagstings salió al jardín a trompicones. La capacidad del duque para mantenerse impasible la ofuscaba aún más. ¿Acaso no habían ido demasiado lejos?

—¿Qué está pasando aquí? —lo abordó, silabeando entre dientes, en

cuanto se vieron a solas— ¿Qué hace tu madre hablando de novias, ajuares y vestidos?
—Cálmate, Anne, cálmate.
—¡No puedo calmarme! ¿La has oído? Pretende hacerme un traje. Tu madre pretende que nos casemos… ¡De verdad!
—Mi madre cree lo que cree el resto del mundo.
Anne dio un par de vueltas frenéticas sobre sí misma.
—¿Y eso te parece bien?
—No hay otro modo, Anne. Si queremos que las cosas salgan como pretendemos…, ya sabes: la única forma de impedir que un secreto se sepa es no contarlo.
—Jamie…
—Ven al invernadero, te aseguro que merecerá la pena. —La tomó con amabilidad del hombro y tiró suave de ella.
Anne se dejó arrastrar, por completo confusa, gritando mentalmente entre marañas de ideas, que no tenía la menor intención de disfrutar contemplando plantas.
—Una cosa es mentir a la gente y otra muy distinta engañar a tu propia madre —censuró más enfadada—. A ella no puedes, no debes…, ¿imaginas la terrible decepción que se llevará cuando descubra que esto no es más que un burdo teatro?
—De momento es preciso conducirnos así, Anne. —Norfolk cerró a su espalda la puerta del invernadero, la miró y suspiró. La serenidad había desaparecido de su talante, ahora parecía agitado y ensombrecido—. Entiendo que ha llegado el momento de contarte la siguiente fase del plan.
—¿Siguiente fase? —repitió ella, con un gritito agudo.
—Sí. El plan que me permitirá huir lejos, donde nadie me conozca, para poder disfrutar de la vida y del amor de Patrick hasta mi último aliento. No me queda otra salida: debo fingir mi muerte, Anne.

Capítulo 26

Un, dos, tres. La siguiente fase de
un plan que es un auténtico despropósito.

Anne estuvo a punto de caer redonda al suelo. Se le nubló la vista, le temblaron las piernas y se tambaleó lo suficiente como para que Jamie se abalanzara a sujetarla.
—No puedes estar hablando en serio —balbuceó sin fuerzas.
—Jamás en lo que llevo de vida he hablado más en serio que ahora.
Anne se apartó de él casi con miedo. Recolocó sus rizos alborotados y con la mano en el pecho trató de recuperar el ritmo de su aliento.
—Me cuesta creer que estés planeando algo tan monstruoso.
—Es el único camino posible, el único. Si quiero convertirme en alguien invisible, sin nombre ni referencias familiares, mucho menos políticas, sin cargas hereditarias y sin obligaciones para con la corona, debo desaparecer. Desaparecer del todo y para siempre.
—Pero tu madre…
—Sabrá la verdad a su debido tiempo. Anne, entiéndelo. Llevo mucho preparando este plan, no es el primer paso que doy. ¿Por qué piensas que me dejo ver continuamente con un experto luchador enmascarado que me cubre las espaldas y que no pasa, bajo ningún concepto, desapercibido?
—Porque has recibido…, amenazas…, anónimos…
—De muerte. En efecto. Y me he encargado de que todo el mundo que debe saberlo lo sepa. Por esa razón nadie se extraña de ver a Jun a mi lado día y noche.
—Sin embargo…, esas amenazas no existen —dedujo ella, boquiabierta.
—Aciertas de nuevo. Jamás he recibido ninguna, Dios y san Jorge me protejan. Pero era necesario extender el rumor y hacerlo creíble para cuando demos el paso definitivo.
—Se supondrá que quien te coaccionaba ha cumplido con sus amenazas.
Jamie dio una palmada satisfecha en el aire. Mientras él parecía flotar en dicha, Anne apenas si discernía la realidad de la fantasía. ¿Realmente estaban teniendo aquella estrambótica conversación?
—Jun, ¿lo sabe?
Lord Norfolk asintió con un cabeceo.
—Oh, Jimmy…
—También tiene sus reservas. Pero Jun no está enamorado, no se enamorará nunca, él no es de esa clase de hombres, sus objetivos en la vida son otros, no podría entenderme.
La mención de Jun Fudo hizo que el vientre de Anne se contrajera en un espasmo involuntario y que sus manos sudaran.
—Sin ti nada de esto será posible, querida Anne, debes seguir siendo mi coartada.
La joven se alejó unos pasos, se perdió por entre las grandes palmeras exóticas con las manos cubriéndole el rostro. De algún modo se sentía

sobrepasada, aturdida, desbordada; sin embargo, sus ideas continuaban muy claras.
—Jamás pensé retirarte mi apoyo, Jimmy. No obstante, esto es realmente grave.
—Hay más —avanzó él colocándose a su costado. Anne lo miró con temor—. Si queremos hacer aún más real el supuesto peligro en el que me encuentro…
—¿Sí…? —Los enormes ojos azules de Anne lo miraron interrogantes.
—Tenemos que secuestrarte.
Le costó unos segundos reaccionar. Bastantes. Demasiados.
—¿Cómo dices? —Anne sacudió la cabeza.
—Un secuestro. La prometida del duque, un rescate cuantioso…
—¡Has debido de perder el juicio! —Reculó dos pasos— ¡No!
—No te pasará nada, Anne, es parte de la representación.
—¡He dicho que no! ¿Te has parado a pensar en lo que todos los que me quieren sentirían pensando que mi vida está en peligro? ¿Pretendes hacer sufrir a mi familia?
Jamie agachó la cabeza, un poco abochornado. Era evidente que cegado por su entusiasmo, no había reparado en tal consecuencia. Alzó las manos con las palmas expuestas en claro gesto de rendición.
—De acuerdo. Olvidemos lo del secuestro.
—Por descontado que lo olvidaremos. Jimmy, cuidado, esto puede escapar de tu control.
El duque se removió enseguida, otra vez muy contento. Sujetó a su amiga por los antebrazos y la condujo hasta el rincón perfumado de las peonías, a un banquito de madera donde se sentaron.
—Está todo previsto, deja que te cuente los detalles, te parecerá muy apasionante.
Las pupilas de la dama se dilataron con pavor.
—No sé si debería permitírtelo…
—¿Dónde está la Anne aventurera y aguerrida que recuerdo?
—Se quedó colgada para siempre de alguna rama en un árbol alto, seguramente la invadió el pánico a bajar a tierra.
—He contactado con un artesano inventor en Suiza. Fabrica unos ingenios con resina, huesos humanos y otros materiales misteriosos cuya fórmula se niega a desvelar…
La joven señorita Hagstings alzó una mano enguantada y temblorosa.
—Espera, ¿has dicho huesos…, humanos?
—Los toma…, de los cementerios.
Por un puñado de segundos, las densas plantas alrededor se convirtieron en simples manchas verdes. La joven se aferró al respaldo del banco para no oscilar aturdida y caer.
—Oh, Jimmy, qué sacrilegio, eso no puede ser verdad.
—Se asegura de que son huesos antiguos, muy antiguos —trató de

justificarse.
Anne sacudió espantada la cabeza.
—¡Igualmente suena espeluznante!
—Sé cómo suena. La importancia del asunto lo requiere.
—Por favor, no sigas, no ahondes en pormenores —rogó la señorita Hagstings a punto de desvanecerse—, me estoy mareando.
—Bien. Esos…
—Engendros —se adelantó ella, con la boca seca.
—Engendros que fabrica —cedió de mala gana—, pueden pasar muy bien por restos humanos tras un incendio.
—No puedo creer lo que estoy oyendo, dime que todo es una broma. O una pesadilla, pero que voy a despertarme.
—Ojalá pudiera. Soy consciente de que suena horrible pero la estratagema cubrirá a la perfección el rastro de nuestra huida.
—¿Cómo piensas…?
—Tenemos una pequeña propiedad en Highgate Hill, en medio del bosque. Fue en sus tiempos una especie de residencia de verano que ya nadie usa y lo tengo habilitado como mi estudio de pintura.
—¿Pintas? ¿Desde cuándo?
—No soy ningún virtuoso de los pinceles; sin embargo, he procurado que todo el mundo sepa que ese lugar existe y que lo visito con asiduidad. A nadie le extrañaría demasiado que un edificio diminuto, deficientemente conservado, donde se almacenan disolventes y otras sustancias inflamables vuele por los aires.
Anne permaneció muda, tratando de imaginar la pavorosa escena. Esforzándose por entender qué movía a Jimmy, a su viejo amigo Jimmy, a fantasear tan alegremente con piezas de ajedrez tan aterradoras.
Claro, el amor. Un motor que a ella le resultaba en cierto modo desconocido.
—¿A dónde…, a dónde pensáis ir? —quiso saber, transcurrida la pausa.
—Madeira.
—¿Portugal?
—Allí estaremos a salvo. Nadie nos conoce y nadie nos conocerá. Adoptaremos identidades falsas y comenzaremos una vida juntos, desde cero.
Muy a su pesar, a Anne se le escapó un esbozo de sonrisa.
—Suena romántico.
—Lo es.
—Si bien todo lo demás me parece un auténtico disparate.

Capítulo 27

Un, dos, tres. El interior de los carruajes permite, sin duda, vivir momentos emocionantes.

Gran parte del trayecto de vuelta a la mansión Hagstings lo hizo Anne en completo silencio. Bloqueada por el torbellino de emociones, los detalles de todo lo que acababa de desvelarle Jimmy le giraban sin parar en la mente. Debía de tener los nervios desquiciados, tan pronto sentía ganas de reír como de llorar. Frente a ella, observándola callado, Jun Fudo respetaba el duelo de su particular estado de ánimo.

—Tiene usted un corazón enorme —dijo finalmente, como si las palabras le picaran en la lengua y no pudiese contenerlas por más tiempo.

Anne alzó la mirada y se encontró con dos pupilas dilatadas y brillantes que centelleaban con algo cercano a la admiración. Jun sonaba sincero y acababa de elegir justo la frase que ella necesitaba para reconfortar su alma apaleada.

—Es la primera vez que alguien necesita mi ayuda, no voy a negársela. Si le soy franca, señor Jun, nunca he sido útil a nadie, no sirvo para nada.

Él se inclinó ligeramente hacia delante, quedando muy próximos el uno del otro.

—¿Se puede saber por qué dice algo tan estúpido? —la regañó, enfadado.

—No es más que la verdad, no se altere. Y por favor, deje de mirarme así.

—¿Cómo la miro? —La pregunta resbaló de sus labios como miel derramada.

—Como si estuviera dentro de mi cabeza y conociera todos mis pensamientos. Como si no pudiera esconderle nada. No lo haga.

Tras una mirada que duró mucho más de lo necesario, con movimientos lentos y cadenciosos, Jun desenrolló una cinta ancha de seda negra que le cubría la muñeca a modo de puño. La estiró cuando la tuvo entre los dedos.

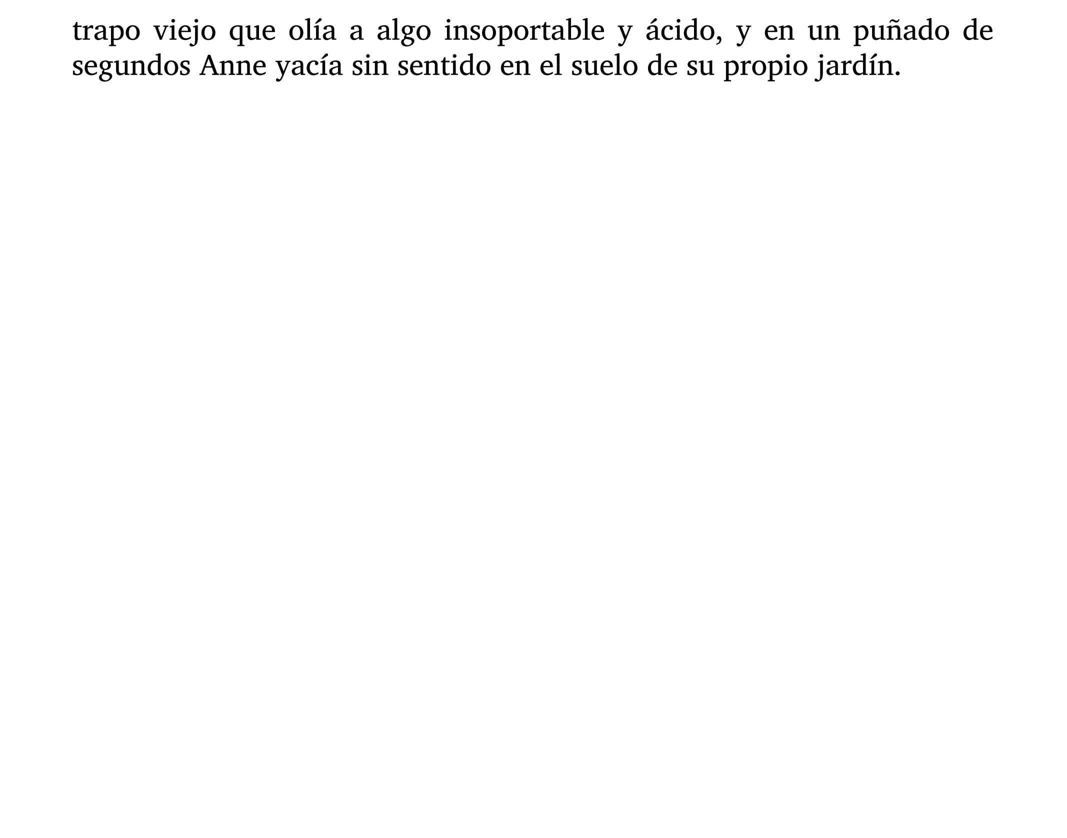
—¿Me permite?
Ella no sabía a qué se refería y sin embargo fue incapaz de negarse. Él se adelantó hasta quedar sentado apenas en el borde del asiento, sus piernas casi enredadas con las de Anne. Ella sintió una presión insoportable en las costillas mientras él colocaba la venda sobre su rostro tapándole los ojos.
—¿Qué…? —musitó ella, sin llegar a rematar la pregunta.
—*Shhh*.
Un segundo más tarde, las enormes manos del guerrero apresaron su cara con una delicadeza sobrenatural, una ternura infinita, al tiempo que la caricia de sus labios rozaba la frente de Anne. Al entrar en contacto con él, una calidez extraña la traspasó hasta los huesos. Ya la habían besado en la frente antes, muchas veces. A diferencia, jamás había sentido aquel calambrazo que la sacudió por entero, que se aferró a su vientre, al triángulo entre sus muslos, a sus pechos; que descompasó su respiración para convertirla en agitado jadeo. Los labios masculinos estaban calientes y húmedos, recibir su toque fue como envolverse completamente desnuda en seda templada. Fue un beso inocente en la frente que, sin embargo, se propagó como un relámpago por cada terminación nerviosa alcanzando cada pulgada de su cuerpo y lo tensó. El corazón le palpitó enloquecido. Tan acelerado e impetuoso que no entendió cómo él no lo escuchaba en el reducido espacio que era el interior del coche.
Cuando dejó de sentir su aliento pegado a la piel, Jun retiró la cinta que le cubría los ojos. Anne pestañeó, todo estaba igual que antes. Su boca tapada, su rostro al completo salvo la franja alrededor de la mirada, fuera de la vista.
—Hice un juramento —susurró él, sin dejar de observarla.
—¿Qué clase de juramento?
—Cuando nos forman en la lucha oriental, en artes marciales, cuando nos convertimos en sagrados ninjas juramos que ningún humano, jamás, nos verá el rostro. Si lo permitimos quedaremos deshonrados para siempre.
La mano de Anne voló sin pedir permiso hacia el rostro oculto de Jun. Sus dedos quedaron atrapados en los pliegues suaves de la tela oscura antes de que, con un escalofrío, los retirase. Si bien impidiéndole alejarse demasiado, la mano enguantada de él capturó la suya en el aire y la sujetó con devoción. Cuero negro y encaje blanco impidieron que sus pieles se reconocieran como habrían deseado, pero el intenso calor que ambas emanaban se fundió hasta licuarse.
Ninguno articuló una sola palabra, no era preciso.
A Anne no se le pasó por la mente escapar de su caricia, la mantuvo viva y la disfrutó sin querer recordar que una joven dama soltera no debía, bajo ningún concepto, permitir aquel tipo de extralimitaciones

por parte de un caballero, mucho menos estar a solas con él como ella estaba. Y si algo semejante sucedía, su obligación era huir escandalizada cuanto antes.
Con Jun todo fluía natural. Habían ido conociéndose sin intimar, acostumbrándose uno a la voz, a la presencia del otro, hasta echarse en falta si no se reunían. De la demoledora realidad de todo aquello fueron conscientes en aquella gota de tiempo compartido, mágica e irrepetible.
El carruaje se detuvo frente a la mansión Hagstings y Anne solo fue capaz de sonreír. Diría que bajo su máscara, Jun sonrió también antes de abrir la portezuela del coche, salir y ayudarla a bajar.
—Hasta pronto. —Por primera vez desde que lo conocía, Jun se llevó sus nudillos a donde se supone que quedaban los labios y los besó con respeto.
—Hasta pronto, señor —se despidió ella en un dulce murmullo.

Durante la cena Anne estuvo ausente. Flotando cerca del techo, alrededor de las grandes lámparas de araña del comedor, como un hada diminuta. Conteniendo el júbilo que la embargaba, respondiendo distraída a los comentarios de sus hermanos pequeños. Sin poder disimular la sonrisa permanente, rememorando en bucle las sensaciones que el tierno beso de Jun le había regalado.
¡Tenía que compartirlo cuanto antes con sus amigas!
Un lacayo entró en la estancia portando una bandejita de plata con una nota.
—Un mensajero ha traído esto para la señorita —anunció con una reverencia.
Anne tomó extrañada el papel y lo desplegó para leerlo. Notó que le faltaba el aire al distinguir el nombre de Jun en la firma, en una caligrafía algo temblorosa en tinta color azul. Lo plegó de nuevo y lo guardó en el bolsillo de su vestido.
—De acuerdo, puedes retirarte.
—¿Es una carta de amor del príncipe? —la abordó James, con la boca llena de pastel de carne.
—¿De qué príncipe? —Anne puso los ojos en blanco.
—El príncipe con quien te vas a casar para convertirte en reina —le explicó Charles, colmado de paciencia.
Anne aguantó la risa.
—No voy a casarme con ningún príncipe. Soy una dama guerrera que piensa viajar por todo el mundo viviendo aventuras peligrosas.
—Pero la señora Sheldom dice… —protestó James con un puchero.
—Da igual lo que diga la señora Sheldom. El duque de Norfolk no es ningún príncipe y solo es mi amigo. Un buen amigo.

—¿Y el guerrero ninja que lo acompaña sí es un príncipe venido de Japón?
El corazoncito de Anne soltó un crujido.
—Tampoco. Siento desilusionaros.
—Queremos que tú seas reina, así nosotros sí que nos convertiremos en príncipes.
—Mal futuro veo yo en vuestra realeza si no coméis y os vais a la cama a vuestra hora. Basta de cháchara y acabad lo que tenéis en el plato.
—¿Nos leerás un cuento para dormir esta noche?
—Prometido. Solo si os coméis las verduras y el postre sin rechistar.

De algún modo, Anne logró repartir el poder de sus ojos entre las líneas del libro que leía a sus hermanos y el reloj que colgaba de la pared. Tenía una cita. Una cita con Jun en los jardines traseros de su casa que la tenía excitada hasta lo insoportable. Si bien es cierto que a juzgar por el tono de la nota no parecía un encuentro romántico, más bien una entrevista urgente y necesaria para discutir algo relativo a su común amigo, el duque de Norfolk, la perspectiva de encontrarse con el luchador a solas, pasado el atardecer, la entusiasmaba.
Cuando los chicos estuvieron dormidos, Anne les acarició los suaves rizos y les besó la frente. A continuación regresó a su cuarto, tomó una capa de viaje que la protegería del frío del anochecer y cuidándose mucho de ser descubierta, bajó las escaleras, accedió a las puertas traseras y escapó con el corazón en un puño.
El cielo encapotado mermaba la escasa luz que aún se resistía al avance de la noche. La temperatura, mucho menos cruda que en invierno, no dejaba de ser desapacible. Anne apretó el abrazo de su capa mientras avanzaba a buen paso hacia el muro norte que marcaba los límites de la propiedad Hagstings.
«Es urgente que nos encontremos esta noche, a las 7, en su casa, junto a la linde norte. Se trata del duque, por favor, no falte»
¿Era posible haber encontrado el amor verdadero en un guerrero enmascarado cuyo rostro desconocía? ¿Por qué la hacía sentir tantas cosas enmarañadas a las que era incapaz de poner nombre y con tanta intensidad? ¿Cuál era la razón de que deseara entregarse a él sin condiciones, sin pensárselo dos veces?
Un chasquido como de una rama al partirse llamó su atención y la sacó a empujones de su mundo de fantasías románticas. Miró alrededor, pero al parecer, seguía sola.
—¿Señor Jun? ¿Jun? ¿Es usted?
No alcanzó a ver nada, a oír nada más. Unas manos callosas, grandes y violentas la atraparon por detrás, cubrieron su nariz y su boca con un



trapo viejo que olía a algo insoportable y ácido, y en un puñado de segundos Anne yacía sin sentido en el suelo de su propio jardín.

Capítulo 28

Un, dos, tres. Esto no es, en absoluto,
lo que habíamos acordado, milord.

—Pienso recorrer el mundo entero. En barco y con todos los lujos, como un gran señor.

La voz sonó igual que el graznido de un cuervo hambriento.

—Lo primero que haré yo será comprarme un caballo. Y una granja.

—¿Granjero? Altas expectativas tienes, O´Connell.

Un coro de risas roncas y medio rotas a continuación, cascadas por el efecto de los licores baratos y el humo.

—Granjero con caudales —rugió ofendido el interesado—. Y muchos criados.

La cabeza de Anne daba vueltas y dolía tal que si hubiera recibido un golpe seco. Sentía náuseas y un sabor desconocido y amargo le empapaba la lengua. A duras penas consiguió incorporarse. Estaba tirada en el suelo y le punzaba todo el cuerpo. Tardó en percatarse de que sus manos estaban fuertemente maniatadas con una soga basta que le rasgaba la piel. Parpadeó aturdida hasta que sus ojos lograron abrirse del todo. Era noche cerrada y la habían apoyado contra un árbol a escasos metros de una hoguera con unos cinco o seis hombres alrededor, cuyas siluetas rodeadas de sombras se desdibujaban en la corta distancia. Chillando, compartiendo sueños, frases y risotadas.

—Cuando consigamos todo ese dinero pienso salir de la maldita Inglaterra para no volver jamás.

—¿A las colonias? —aventuró otro— ¿América?

—O la India. Es una buena opción. Un caballero inglés que fume puros siempre será bien visto y recibido en la India.

—¿Tú un caballero? —Más carcajadas lanzadas al aire brumoso de la noche—. Deja de soñar, Kevin Wistly, deja de soñar.

—Señor… Por favor…, señores…

La vocecita de Anne interrumpió la animada tertulia. Los cinco hombres giraron las cabezas de mala gana en su dirección y uno de ellos se puso en pie.

—¡Anda! Si la princesita se nos ha despertado. ¿Quieres un poco de

agua, reina?
—Un poco de agua… Sí, estaría…, estaría bien, gracias.
Uno de los que se mantenían sentados alargó un cuenco de madera a su compañero y este abandonó el círculo para acercarle a la joven el preciado líquido. Se acuclilló ante ella, con una mano áspera le retiró el cabello enmarañado de la cara, y pegó el cuenco sucio a su boca. Olía raro.
—Bebe.
—Si pudiera…
—Bebe —repitió, mucho menos amable.
—Si pudiera soltarme las manos —rogó ella—. Duele mucho.
El tipo empezó a impacientarse.
—¿Quieres beber o no?
—Sí, sí. —Anne obedeció y sorbió cuanto pudo del cuenco. Tenía la garganta mucho más reseca de lo que había supuesto en un principio.
—Despacio, despacio, reina, vas a ahogarte y muerta no nos sirves de nada.
Cuando acabó, la mayor parte del agua había resbalado y se había malgastado sobre la pechera de su vestido. Anne levantó las manos atadas.
—Le aseguro que esto no es necesario.
—Claro que lo es. —El hombre la miró divertido—. Eres una prisionera y los prisioneros, o se atan bien fuerte, o se escapan.
—Esto…, ¿es un secuestro?
—Algo así ¿no? —coincidió el maleante antes de echarse a reír.
Todos los que seguían junto al fuego lo secundaron.
Pese a su confusión, Anne ató cabos. El enredo empezaba a encajar.
Así que después de todo, lord Norfolk había seguido adelante con su descabellado plan del secuestro figurado, aun en contra de su voluntad.
—¡Oh, Jimmy, Jimmy! Pienso matarte en cuanto te ponga la vista encima.
No se lo perdonaría mientras viviera. Había abusado de su afecto, de su lealtad y confianza, del apoyo incondicional que ella le había ofrecido. ¡Era indigno! Hacerla pasar por todo aquello…. ¡Y su familia! ¿Qué pensaría su familia al saberla desaparecida? Gracias al cielo que sus padres se encontraban fuera de Inglaterra y sus hermanos eran todavía demasiado pequeños como para comprender. En cualquier caso… Una violenta llama de irritación le subió desde el estómago. Intentó erguirse sobre sus rodillas sin conseguirlo del todo.
—Oiga, sé de qué va todo esto, insisto, no es preciso que me mantengan atada. Si tengo que colaborar colaboraré, pero sepan que…
Anne se interrumpió. Los cinco desconocidos atendían su sermón con

los ojos abiertos y manifiesto interés. Tenían mal aspecto, estaban sucios y andrajosos y el hedor que desprendían le llegaba a la nariz.
—… el duque no cuenta con mi consentimiento para llevar a cabo esta treta.
—¿Tu consentimiento? —se extrañó uno. Enseguida todos rompieron a reír. Sus carcajadas eran un sonido estridente y desagradable, como de cristales rotos.
Anne no se dejó amilanar.
—Sé que ustedes estarán recibiendo un buen pago por sus servicios, pero sepan que están cometiendo un error, yo no estoy de acuerdo…
—El pago no lo hemos recibido todavía, reina, pero confiamos en obtenerlo cuando antes y que será jugoso y abundante. En cuanto a nuestros servicios… Si te empeñas en llamarlos de ese modo, no seremos nosotros quienes te desengañemos.
Sin captar del todo la ironía que flotaba en su tono, la joven estiró las manos atadas y las colocó frente a la nariz del tipo que le había dado de beber.
—Desátenme. Hablaré con el duque cuanto antes. Recibirán su recompensa pero hay que poner fin a esto…
Una ruda bofetada le cruzó la cara, la paralizó y la dejó sin habla. La dama sintió cómo su mejilla se inflamaba por segundos y un hilillo de sangre tibia corría desde su labio.
—¡Siéntate de una vez y deja de parlotear y dar órdenes!
—Vuelve al fuego, Kevin, se te enfría la cena —chilló uno de ellos, desde la hoguera.
—¡Maldita sea! —renegó otro, escupiendo a un lado—. Mujeres. ¡Odio secuestrar mujeres! No ves el momento de cobrar el rescate y quitártelas de encima. —Se incorporó muy despacio y arrastrando los pies se acercó a Anne que permanecía muda, desencajada de terror. Agarró su cara con una sola mano mugrienta y la obligó a mirar en dirección al fuego. El fulgor de las llamas iluminó sus rasgos como una palmatoria—. Encima son bonitas y deseables aunque tienes prohibido tocarlas. —Empujó su cara lejos, con desprecio. Anne temió que le quebrara el cuello—. Lo dicho, una desgracia.
No le ofrecieron de comer. Nadie reparó en que conforme avanzaba la noche estaba quedándose helada. Siguieron a lo suyo y se olvidaron de ella, abandonada al pie del áspero tronco, aterida, muerta de miedo, dolorida, confusa y muy asustada. Preguntándose por qué se comportaban de ese modo brutal con ella cuando se suponía que todo lo que tenían que conseguir es que «pareciera» un secuestro, sin más.
No entendía la necesidad de maltratarla.
¿Acaso…? Se estremeció de pavor.
—No, Anne, no —se dijo entre dientes con el estómago revuelto—, ni lo pienses siquiera. Te lo prohíbo.

Sin embargo, las miradas de soslayo que de cuando en cuando recibía desde el redondel en torno a la hoguera, eran hostiles, estaban llenas de hambre y ferocidad. Tanto que tuvo que desviar los ojos para no verlas. Se acurrucó encogida sobre sí misma, agazapada en la capa que aún olía a hogar.

O el plan había salido mal, sus integrantes a sueldo se habían rebelado y habían decidido pedir un rescate real por devolverla con vida… O desde el principio aquello había sido tan auténtico y tan cruel como el ulular de los búhos en el bosque y el hecho de que ella siguiera respirando.

—Agárrala y súbela al carro. Es hora de marcharnos.

Un bulto oscuro se precipitó contra Anne y dos garras espantosas la atraparon como si fuera un saco de bellotas. La joven pataleó y se retorció para liberarse, sin ningún éxito.

—¿Dónde me llevan? Por favor —sollozó—, ¿dónde me llevan?

—Tápale la boca con una mordaza —espetó otro de los forajidos—. Alguien podría oírla en el barrio y no queremos más problemas.

Por encima del terror que la dominaba, Anne reunió valentía suficiente como para hacer la gran pregunta.

—No…, ¿no les ha pagado el duque para que…, finjan secuestrarme?

Al grupo de malhechores le dio un nuevo ataque de risa. El que la sujetaba volvió a dejarla en el suelo sin ningún miramiento, se agachó y le colocó la cara demasiado cerca. Anne se mareó con el olor de su aliento.

—Tu duque tendrá que aflojarse el bolsillo, y bien a fondo, si quiere recuperarte intacta, florecilla.

Las mismas manos roñosas toquetearon sus suaves mejillas y Anne se apartó con un gesto evidente de repugnancia. El bandido alzó una mano para abofetearla de nuevo.

—¡No vuelvas a tocarla! —rugió el que parecía llevar la batuta—. Si estropeas la mercancía ninguno de nosotros cambiará de vida y O ´Connell nunca tendrá su condenada granja.

Capítulo 29

Un, dos, tres. Cuando una dama sueña con aventuras propias de novelas románticas, piensa que nunca se harán realidad.

—Supongo que se trata de una broma, ¿verdad que sí? —Con rayos en las pupilas, el duque agitó el papel de carta lleno de lamparones, en el aire—. Decidme que se trata de una broma de mal gusto. ¡Decidlo!

El mensajero que la había entregado lo miró apesadumbrado. Jun dio un paso firme adelante.

—Me temo que no, excelencia. Según informan el ama de llaves y el mayordomo de la casa Hagstings, la señorita Anne lleva día y medio desaparecida. ¡Y no nos hemos enterado hasta ahora!

Jamie sondeó los ojos de su amigo: destilaban desesperación.

—Porque es ahora cuando nos exigen su rescate.

—Tengo que encontrarla y traerla de vuelta a casa —bramó Jun, con dureza.

El duque abandonó su asiento y dio un par de vueltas sin rumbo por toda la estancia. Al igual que Jun Fudo, parecía a punto de saltar por uno de los ventanales, solo que el ninja se mantenía estático y rígido, haciendo gala de un absoluto y envidiable control, mientras que él parecía a punto de sufrir una ristra de convulsiones.

—¡Pagaré! —aulló Jamie, fuera de sí—. El dinero no me importa. ¡Pagaré lo que haga falta con tal de que nos la devuelvan sana y salva!

—Esa es la cuestión —señaló Jun con intensa amargura— ¿Qué nos garantiza que no le harán daño? Permíteme interrogar hoy mismo a todo el servicio de la mansión Hagstings, rastrear los últimos movimientos de Anne, las personas con las que habló antes de desaparecer. Si doy con la menor pista tienes mi palabra de que la seguiré hasta encontrarla.

—No obstante, estoy dispuesto a pagar lo que me pidan. El doble, el triple, si fuera necesario.

El guerrero aseguró el broche que cerraba su capa. La espada curva brilló afilada a su espalda y la corta colgando de su cintura. Sus ojos color zafiro soltaron un destello peligroso.

—Responde entonces a la misiva de rescate. Ganarás tiempo mientras

yo me muevo.
—Jun…
El ninja giró con agilidad sobre sus talones desde la puerta. Ya tenía la mano apoyada en el picaporte.
—Suerte. Tráela de regreso.
—Eso no lo dudes ni por un instante, Norfolk, no lo dudes.

Cuando Anne abrió de nuevo los ojos, deseó desde lo más profundo de su ser no haberlo hecho. A las arcadas provocadas por el miedo y por el ungüento que hubieran usado para narcotizarla, al agudo dolor repartido por cada fibra viva, se sumaban los miembros entumecidos por la humedad y el frío y el no sentirse las manos, inmovilizadas sabe Dios si por días. Desde que abandonaran el bosque, Anne había perdido la noción del tiempo y solo conocía la incertidumbre, el pánico, el hambre y el padecimiento. Apenas si se acercaban a ella para bajarle la mordaza un rato y ofrecerle un poco de agua y un mendrugo de pan duro que debía ablandar antes de masticar y tragar, pero que al menos la mantenía viva y respirando.
En las últimas horas solo era capaz de llorar en silencio.
Lo que percibía alrededor había disparado sus temores: al parecer la habían trasladado a un cuartucho en un edificio de la ciudad, seguramente algún barrio de los arrabales, apartado y poco recomendable, a juzgar por el vocerío que llegaba desde la calle: vendedores ambulantes, precios baratos y madres llamando a gritos a sus hijos; peleas, discusiones entre vecinos plagadas de insultos y palabras malsonantes.
¿Quién iba a encontrarla allí? Y lo más importante, ¿seguiría viva al día siguiente?
Su torturada memoria le trajo fugazmente el recuerdo de Jun Fudo. La sensación de calma y seguridad que le había regalado con un simple e inocente beso en el carruaje. De que con él a su lado, se había sentido protegida e intocable por primera vez en su vida.
No podía ser más necia ni estar más equivocada. Nadie estaba protegido de todo mal para siempre. Mucho menos ella.
Envuelta en debilidad, volvió a dormitar o a perder el conocimiento.

Una furiosa sombra negra golpeó con los pies el cristal de la ventana desde el exterior, y lo hizo añicos. Los fragmentos volaron en todas direcciones y el apretado grupo de bandidos que contaba dinero y forjaba planes para conseguir aún más en torno a la desvencijada mesa, se disgregó tomado por sorpresa. Uno de ellos se apresuró a guardar con urgencia los billetes en el saco y lo aseguró con un nudo, mientras los otros cuatro sacaban sus armas y se enfrentaban a la alta

figura enmascarada en seda oscura que acababa de colarse en mitad del cuchitril.
Al reconocer a Jun, Anne gimió y se encogió contra la esquina. Su corazón dio un salto mortal dentro del pecho cuando él le dirigió una veloz mirada, solo para comprobar que estaba bien. Ella asintió con los ojos anegados en lágrimas.
La mano de Jun viajó casi con parsimonia hasta la empuñadura de la espada que colgaba de su espalda, mientras que con la otra libre asía la más corta del cinturón en una suerte de cruce de brazos que parecía una danza. Dibujó mandobles encadenados en el aire, primero con la espada más larga para atraer la atención de los malhechores y distraerlos, a continuación con la más corta que, acto seguido y sin dar tiempo de reacción a nadie, se clavó en el vientre de uno de ellos y en el costado del segundo, hiriéndolos de muerte.
Los forajidos cayeron al suelo con un alarido animal, sujetándose las heridas que sangraban copiosamente. Los otros dos encañonaron al desconocido con sus pistolas, aunque Anne pudo comprobar cómo temblaban.
Jun se movió como un gato. Tan silencioso y tan rápido que a la escasa luz de los velones resultaba imposible verlo, mucho menos anticiparlo. Aquellos criminales, tan violentos como burdos, no tenían ninguna oportunidad contra un luchador experto que cambiaba de posición cual columna de humo, jugando con ellos como un felino con un roedor antes de devorarlo, esquivando las balas sin aparente dificultad, mientras sus pistolas parecían disparar a ciegas. Los proyectiles acabaron incrustados en las viejas paredes, en los maltrechos muebles, en el suelo. Anne se cubrió la cabeza con los brazos y se arrastró reptando hasta un camastro cercano, tratando de buscar refugio debajo, de forma que Jun no tuviera que preocuparse por ella y se centrara en defenderse.
Todavía tenía los pies al descubierto, cuando notó que dos manos enérgicas aferraban sus tobillos y de un tirón, la sacaban de su guarida. Jun se la cargó al hombro y se encaramó a la ventana rota por la que había entrado. Antes de abandonar la casucha camino de los tejados, Anne pudo ver a sus raptores heridos, sangrando sobre el desgastado entarimado del suelo y a lo lejos, cerca de la puerta de salida, al único rufián que se había ocupado de poner a salvo el dinero del rescate, con un arma de fuego en la mano.
Trató de advertir a Jun, pero la mordaza le impidió articular nada que no pareciera un gemido. El disparo retumbó en las paredes, el suelo y las viejas ventanas deshechas en pedazos, antes de que Jun saltara al tejado del edificio de enfrente. Y de ahí al siguiente. Y al siguiente. Y otro más.
Sus largas y flexibles piernas parecían volar cuando alcanzaba un

alero tras otro con ella a cuestas sin apenas hacer ruido.

En el aire había silbado un segundo disparo pero cuando sonó, ellos se encontraban ya muy lejos del cuartucho, probablemente una buhardilla, donde habían custodiado a Anne durante el secuestro. La joven trató de sujetarse a la capa de Jun para lograr un poco de estabilidad y sus manos atadas se humedecieron con algo caliente y pringoso. El ninja dio un último salto, guardó la espada corta en su vaina de la cintura y se detuvo.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras retiraba la mordaza con dulzura y le desataba las manos.

Anne no respondió. Se arrojó en sus brazos llorando con desconsuelo. Se aferró a sus anchos hombros y se permitió sentir en cada fibra el abrazo de él cuando tras un titubeo, se decidió a devolvérselo. Así se mantuvieron unos minutos, agazapados fuera de la vista, ocultos tras unas robustas chimeneas. La enérgica mano de Jun se enredó en su cabello y le acarició el cráneo tras fijar la espada curva en su vaina.

—¿Cómo me has encontrado? —sollozó ella— ¿Cómo?

—Es una larga historia… Habrá tiempo de contarla.

Anne presintió por su voz entrecortada que algo no iba del todo bien. Su deseo habría sido quedarse pegada a aquel torso poderoso el resto de sus días pero se obligó a distanciarse para repasarlo. Los ojos de Jun ahora parecían ligeramente desenfocados y el mínimo movimiento de Anne al interrumpir el abrazo, lo llevó a tambalearse.

—¿Ocurre algo?

—No es nada —jadeó él—. Salgamos de aquí.

A la luz de un rayo de luna, Anne se miró las manos empapadas. Terrorífico rojo carmesí. Sangre.

Y no era suya.

Capítulo 30

Un, dos, tres. Huida a través de
los tejados del viejo Londres.

—¡Estás herido!
—Bajemos de los tejados… —insistió él, volviendo a agarrarla de la mano.
Anne lo frenó como pudo.
—No puedes seguir saltando de este modo y menos aún cargar conmigo. Te lo suplico, deja que te revise.
Él sujetó los dedos de ella que pretendían retirar su capa.
—Tenemos que abandonar los tejados y alejarnos. Cuanto antes —ordenó, sílaba a sílaba, respirando entrecortado entre palabras.
—De acuerdo. —Anne no se atrevió a llevarle la contraria. A fin de cuentas, acababa de arriesgar su vida y probablemente de acabar con la de cuatro hombres, por salvarla.
Jun la sujetó fuerte de la cintura, se colocó al borde del alero y se dio impulso. Anne rodeó su cuello con los brazos, cerró los ojos impresionada por la altura y por el hecho de que él pareciera disponer de alas. Aterrizaron a salvo en el siguiente tejado aunque no le pasó por alto el largo jadeo de dolor del ninja, ni que tuviera que sujetarse con una mano a una baranda de hierro para no precipitarse al vacío.
—No sigas saltando, por favor, Jun, no sigas soportando mi peso; bajemos a la calle ya —le susurró ella entre lágrimas—. Te aseguro que ese bandido prefiere huir con el dinero a perseguirnos en solitario y acabar visitando a Dios, como sus compinches.
Cruzaron una mirada y pese a ser el hombre más terco y obstinado que había conocido desde el día de su nacimiento, Jun la sorprendió cediendo. Trepó un poco más arriba, la afianzó nuevamente contra su costado y se deslizó con destreza fachada abajo hasta posar los pies de ambos en la calle. Anne no pudo resistirse a soltar un hondo suspiro de alivio.
Jun volvió a trastabillar y ella le pasó los brazos por la cintura para equilibrarlo.
—¿Dónde estamos? —quiso saber.
—Lejos, a las afueras de Londres, en la zona norte —respondió Jun, con mucho esfuerzo. Dejó caer su peso sobre una rodilla y luchó por recuperar el aliento.
— Pediremos ayuda.

—Hay que seguir, poner distancia…
—Necesitas un médico. Ya nadie va a capturarnos.
—Abandonemos al menos estas callejuelas. Por aquí abundan los forajidos sin escrúpulos y —sus ojos esbozaron una triste sonrisa al ponerse nuevamente en pie—, me temo que ahora mismo no soy el mejor paladín que puedas buscar.
Anne rodeó por segunda vez la cintura de Jun con sus brazos y permitió que él se apoyara ligeramente en ella. Miró al cielo negro, ni una estrella, oscuro como agua emponzoñada. Debía de ser muy tarde, ni los tugurios de mala muerte donde los borrachines festejan hasta el amanecer estaban abiertos. No se oía un alma en aquellas callejuelas tenebrosas en las que el hedor y la mugre parecían haberse apoderado de todo.
—Amanecerá en unas tres horas —informó Jun en un murmullo apagado, como si le leyera el pensamiento.
—Entonces saldremos de este barrio antes de que el sol nos ponga al descubierto. Pero mientras ese instante llega, debes descansar. —Anne olisqueó el aire. Tanteó la recia madera de una puerta que, al empujarla sin demasiado brío, cedió—. Dado que no podemos encender fuego, aquí estaremos calientes.
Era una suerte de cuadra comunal, con unos ocho, quizá diez jamelgos de mal pelo que dormitaban felices. El aire caldeado olía a paja fresca y a boñigas secas. Jun cayó de rodillas sin fuerzas para seguir erguido. La piel de Anne se erizó al oír a lo lejos el repiqueteo de los cascos de un caballo que se aproximaba.
—Alguien viene, Jun, pueden vernos —tiró de él con toda su energía —, ponte en pie, vamos, hay que esconderse.
Desesperada ante la posibilidad de ser descubiertos, lo arrastró como pudo dentro del establo. El guerrero herido se dejó conducir sin poner impedimentos y después de atrancar la puerta, Anne siguió remolcándolo hacia las cuadras del fondo. De un par de paredes colgaban dos candiles oxidados, con gruesas velas que arrojaban una luminosidad tenue y neblinosa.
—Hay otra puerta trasera, saldremos por ahí cuando toque. —Acomodó a Jun sobre un montón de paja que crujió bajo su peso y corrió hasta la segunda salida para inspeccionarla—. Da a un callejón muy estrecho, no creo que lo utilicen, por ahí apenas caben los caballos.
—Lo tendrán como huida de emergencia en caso de incendio.
Anne regresó junto a Jun que había estirado las piernas y respiraba ruidosamente con cierta dificultad. Estaba empapado en sudor y con la mano bañada de sangre se sujetaba la zona baja del hombro.
—¿Puedo… mirar?
Por toda respuesta, él apartó el miembro enguantado con el que

ejercía presión. Anne se estremeció al ver la tela negra tan mojada. La herida estaba detrás, casi a la altura del corazón, aquel maldito le había disparado por la espalda cuando ya saltaban por la ventana.

—Has perdido mucha sangre. Hay que evitar que siga saliendo.

Tomó el puño de Jun y sin preguntar, desenrolló la seda que lo ceñía. Con la larguísima y resistente cinta, envolvió la zona herida apretando cuanto pudo.

—¿Hay orificio de salida? —jadeó él.

—No lo veo —repuso ella, tras comprobar que la tela delantera seguía intacta.

—Entonces la bala sigue dentro. Hay que sacarla. —Hizo amago de incorporarse, pero Anne lo obligó a tumbarse de nuevo.

—Lo hará un doctor, en casa de Jimmy. Buscaremos un coche de alquiler en cuanto salgamos de aquí. A estas horas no encontraremos ninguno y sería una locura tratar de llegar caminando. Jun, te lo ruego, solo un par de horas, necesitas descansar.

Él entrecerró los ojos, vencido por el agotamiento.

—Parece que sangras menos —observó ella, esperanzada.

—Has fabricado un buen torniquete. Yo…

No terminó la frase.

Su cabeza reposó cayendo a un lado y enseguida su respiración se hizo más rítmica, menos agitada. Anne no podía apartar sus ojos de él. Le tomó una mano entre las suyas, diminutas en comparación, y la apretó con afecto.

—Gracias por salvarme, gracias por arriesgar tu vida por mí, Jun Fudo, gracias.

Llevó la mano del ninja hasta su cara y apoyó en ella la mejilla. Dos gruesos lagrimones corrieron desde sus ojos. Estaba exhausta, rota por dentro, pero no cerraría los párpados ni un segundo, estaba dispuesta a velar su sueño hasta que llegase el momento de escapar. Tras acomodar la gran mano enguantada en su regazo, sus dedos volvieron al rostro de él, a los pliegues de fina tela que ocultaban sus rasgos. Los ojos cerrados los circundaban largas pestañas negro azabache que seguramente, proyectarían hermosas sombras sobre sus pómulos. Ardía en ganas por descubrirlo, conocer a aquel por el que ya sentía cosas prohibidas, el misterioso personaje en el que pensaba cada noche antes de quedar dormida y cada amanecer nada más abrir los ojos.

Lentamente, con el corazón latiendo desaforado, desenrolló la cinta de la otra muñeca, se la colocó a conciencia alrededor de los ojos asegurándose de no ver nada y se inclinó sobre Jun conteniendo el aliento. A tientas, sus finos dedos apartaron el embozo que cubría su rostro y palparon sus facciones desnudas: su mandíbula cuadrada, sus altos pómulos, sus labios llenos.

Y sin meditarlo ni razonar, bajó la cabeza y dulcemente, lo besó.
Sus labios eran tal y como ella los había dibujado en su febril imaginación: jugosos y deseables, pecaminosamente suaves, tentadores. Ardían y aun así, rozarlos fue un placer inusitado que sacudió a la joven de pies a cabeza. La vergüenza hizo arder sus mejillas: estaba aprovechándose de un hombre que no podía defenderse, experimentando gracias a él los secretos del amor. Su primer beso, su experiencia dorada.
¿Sentiría Jun algo parecido a lo que sentía ella?
No es de los que se enamoran, nunca lo hará, su vida es otra, había dicho Jimmy.
Anne sintió que se le partía en dos el corazón. Apartó una lágrima díscola con la punta de los dedos, volvió a robarle al destino una pizca de felicidad acariciando aquella boca irresistible con la suya en un sensual movimiento de vaivén y a continuación, restauró a su estado natural la máscara que lo ocultaba del mundo, antes de librarse de la venda.
—Jun…, mi amor.
Lo miró de nuevo, suspiró mientras se recreaba en su imagen codiciada y perfecta. Luego usó la segunda venda para ajustar aún más el torniquete. Parecía dar resultado, la herida apenas si sangraba ya. Se acurrucó a su lado, gozando del intenso calor que desprendía, de su olor, de la fortuna de tenerlo unas horas solo para ella. Evitó cerrar los ojos para no rendirse al cansancio.
—Señorita Hagstings, me has salvado —murmuró él con voz rasposa, pasado un rato.
Anne se sobresaltó. ¿Cuánto hacía que estaba despierto? ¿Habría sentido los besos mientras se los robaba? ¿La habría escuchado llamarle «amor»? Sus ojos continuaban cerrados, a todas luces parecía dormido. No obstante, ella quiso desvanecerse bajo el suelo del establo, evaporarse como una gota de perfume que cae entre la hierba y desaparece. Tragó saliva e hizo lo posible por no moverse y cuando respondió, lo hizo en voz tan baja que apenas fue audible.
—No, Jun Fudo, hombre obediente que arde: tú me has salvado a mí. De tantas cosas que ni siquiera las imaginas.

Capítulo 31

Un, dos, tres. Todo parece volver
a la normalidad y una boda se avecina.

Mucho antes de que amaneciera, para no correr riesgos, Jun y Anne abandonaron las cuadras, después de haber removido bien la paja para ocultar las manchas de sangre y no despertar alarmas. Él caminaba a trompicones pero erguido, nadie que no lo conociera pensaría que le ocurría nada extraño. Convenientemente cubiertos los dos con sus capas y capuchas sobre el rostro, como dos fantasmagóricas figuras escapadas de una novela de terror. Tratando de aparentar normalidad, salieron a una calle más ancha y lo que parecía el inicio de una plaza de mercado. Se subieron al primer coche de alquiler que se dejó ver y en menos de una hora estaban sanos y salvos en la mansión Norfolk.

Mientras los criados conducían a Jun a su dormitorio y el histérico mayordomo se ocupaba de avisar al médico, Jamie abrazó a Anne con riesgo de asfixiarla, y repasó su vestido mugriento hecho jirones, su cara sucia, las manchas de sangre y la expresión desencajada de su bello rostro.

—¡Gracias al cielo! Temí que esta pesadilla no tuviera un final feliz. —Comprobó que la mirada de Anne no se apartaba de la puerta por la que Jun acababa de desaparecer—. Ya hemos mandado aviso a tu casa de que estás a salvo. ¿Te encuentras bien? —la interrogó con ansiedad.

Ella asintió.

—El doctor tiene que salvarlo. Jun…, está malherido, le dispararon.

—Jun estará bien, es el hombre más fuerte que he conocido y el médico ya lo atiende —la tranquilizó Jamie—, quiero que te examine también a ti.

—No hace falta —sonrió apenas—, estoy entera, tienes mi palabra.

—Permíteme insistir… Y tomemos un poco de té caliente.

Incapaz de seguir contradiciéndolo, sin energía para oponerse y con el desasosiego que le provocaba la incertidumbre acerca del estado de Jun, apretándole como un nudo en la garganta, Anne se dejó hacer. Aflojó los músculos tensos y permitió que su amigo y la madre de este le demostraran con palabras y hechos toda la preocupación que los había mantenido en vela desde que se inició la pesadilla del secuestro.

Pasaron horas. Muchas horas. Y las pupilas apesadumbradas de la joven no se retiraban de aquella puerta cerrada hasta que por fin, después de una eternidad, el doctor y sus asistentes se dejaron ver interrumpiendo el animado parloteo de Jimmy.
Bendita interrupción, pensó Anne, poniéndose en pie de un salto.
—El paciente se encuentra descansando, excelencia. —Por suerte, el médico era portador de buenas noticias—. He extraído la bala y suturado las heridas. Era grave, no obstante, se trata de un hombre sano y sorprendentemente resistente, se recuperará en pocos días.
—¿Podemos entrar a verlo?
—No lo fatiguen demasiado —indicó tras asentir.
Jamie y Anne corrieron como los chiquillos que recordaban ser, compitiendo por ser el primero en alcanzar el cuarto de Jun. Harriet, mucho más aliviada, se dedicó a dar instrucciones al servicio acerca del almuerzo.
—Parece que por aquí todo vuelve a la normalidad y podremos comer como Dios manda después de tantos días de angustia —se felicitó la buena mujer con un profundísimo suspiro de alivio.
Lord Norfolk y Anne colocaron un par de sillas muy cerca del lecho donde Jun, de nuevo completamente embozado con ropa limpia, descansaba. Sus ojos habían recuperado el brillo de la vida y parecía sonreír al verlos.
—Condenado Fudo, qué susto me has dado —farfulló Jamie, en tono jocoso.
—Me temo que acabar conmigo no es tan sencillo, amigo. —Desvió sutil la mirada—. Señorita Hagstings, ¡qué pelo tan horrible!
Ella se llevó instintivamente la mano a los desastrosos bucles enredados. La palabra horrible debía de quedarse muy pero que muy corta para definir su aspecto de pordiosera arrastrada por media ciudad. Pero los ojos de Jun reían y estaba vivo, no podía pedirle más a la fortuna, ya se adecentaría más tarde, si ni siquiera había pensado en lavarse la cara…
—Mírala bien, Norfolk, porque es la mujer más valiente que vas a conocer —alabó, clavando en ella sus pupilas de un modo que se le hizo insoportable—. En ningún momento perdió el control, me apartó a rastras de la calle para que no nos descubrieran y fabricó el mejor torniquete que he visto en años.
Anne bajó la cabeza sonrojada hasta la raíz del cabello. Turbada pero dichosa.
—Se está excediendo con sus halagos, señor Jun —musitó.
—Eso nunca —replicó él con voz grave—. Probablemente no sea capaz ni sepa agradecerle todo lo que hizo por mí.
—Fue usted el que sufrió penalidades y resultó herido por rescatarme…

Lord Norfolk carraspeó divertido.
—Tengo la acuciante sensación de que sobro en este momento.
—Ni se te ocurra —lo cortó Anne—. Necesito saber cómo disteis conmigo, cómo me localizasteis, qué rescate te exigieron pagar. Tenéis que contarme.
—El dinero no tiene la menor importancia. —Jamie negó con la cabeza.
—Cuéntamelo todo —repitió ella insistente.
El duque suspiró hondo y se centró en hilar la historia desde el principio.
—Gracias a que tienes un lacayo muy chismoso que espía tu correspondencia y la lee antes de entregarla… —los ojos de Anne se abrieron como lunas de agosto—, sí, Jun descubrió e investigó el lugar donde te apresaron.
—Seguí el rastro hasta el bosque, al punto donde acampasteis e hicieron fuego —explicó el luchador. Anne lo recordaba con una nitidez torturadora—. Gracias a ello supe que te custodiaban seis hombres. Pero a partir de ahí las huellas se perdían en la parte vieja de la ciudad.
La joven dama asintió consternada. Jamie retomó la narración.
—Entonces recibí una carta infame con una caligrafía imperdonable exigiéndome tu rescate. Y el buen juicio de Jun me aconsejó responder dejando entrever que estaría dispuesto a pagar lo que fuera, incluso muy por encima de lo que me pedían…
—Una simple trampa para tentar a su ambición —aclaró Jun, con desagrado—. Si se convencían de que era posible sacar más dinero por ti en un futuro en lugar de aquella única cantidad, se esmerarían en mantenerte con vida y yo ganaría tiempo para buscarte. Porque después de haberles visto la cara dudo que planearan permitirte seguir respirando.
Anne sufrió un estremecimiento que la hizo pedazos por dentro. Realmente había corrido un peligro inimaginable, más allá del que había presentido y solo el sacrificio de Jun la había salvado de las garras de una muerte casi segura.
Lord Norfolk se puso en pie y deambuló sin rumbo por el amplio dormitorio, masajeándose el puente de la nariz con dos dedos. Todos, no solo Anne, habían soportado una tensión horrible. Llegó hasta el rincón donde, apoyadas contra la pared, relucían las espadas de Jun; tomó una, la más corta, y la agitó en el aire. Acto seguido, con un gruñido, volvió a dejarla en su lugar.
—Pese a no haber un anuncio oficial de nuestro compromiso, aun siendo solo rumores, mira lo que ha sucedido, te he puesto en peligro, Anne, algo que no me perdonaré mientras viva. Me niego a exponerte por más tiempo. Hay que adelantar la siguiente fase del plan, seguir

esperando sería un grave error que podemos pagar caro. Y desde luego, no me refiero a dinero.
Las palabras se atascaron en la garganta de la joven. Su tez se puso mortalmente pálida.
—¿Estás hablando de…, del incendio?
Jamie sacudió la cabeza en varias ocasiones. Jun y Anne intercambiaron una larga mirada de preocupación.
—No puede ser —alegó ella con calma—. Ahora mismo no puede ser.
—¿Por qué no? —Norfolk regresó corriendo junto a la cama. Sujetó a la joven por los brazos y la zarandeó un poco desesperado, como si sacudiéndola consiguiera hacerla entrar en razón—. Anne, lo haremos, será terrible pero saldremos del paso. Estallará el escándalo, vendrán unas semanas espantosas donde todo serán especulaciones, juicios y críticas y tú tendrás que fingir que prácticamente te sientes viuda. Pero las aguas no tardarán en volver a su cauce, la opinión pública y hasta la corona aceptarán lo inevitable y se resignarán. Buscarán otro heredero, se olvidarán de mí…, y por fin todo habrá acabado.
—No puede ser, Jimmy —repitió ella, paciente—, salvo que desees arreglártelas sin mi intervención: mi amiga lady Evelyn Fowler se casa la semana próxima y como comprenderás, es un evento al que no puedo faltar.

Capítulo 32

Un, dos, tres. Compartiendo del mejor modo esos últimos instantes

—Estás preciosa, Anne, con ese vestido azul bordado en plata pareces una perla recién salida de una ostra —canturreó Julianna, recolocándole un bucle que colgaba sobre la frente—. Si se descuidan le harás sombra a la propia novia.

—No digas eso ni en broma —se escandalizó ella—, hoy es el día de Evelyn, su día grande, nada puede eclipsarla. Además, ¿cuándo se me ha ocurrido a mí hacer sombra a nadie?

Rebeca la miró largamente y le sonrió con cariño.

—Deberías ser más indulgente contigo misma, pequeña muñequita. ¡Coronel!

Sobresaltadas, las tres amigas se apresuraron a parapetarse ante la puerta del dormitorio de Evelyn como una barrera de protección infranqueable. Estaban en Herrick House, donde se celebraría la boda, y el flamante novio de uniforme acababa de aparecer donde menos correspondía.

—No puede verla —advirtió Anne, con voz aguda—, no puede ver a la novia antes de la ceremonia o atraerá la mala suerte.

John Darwin sonrió con los ojos lanzando destellos. Lucía tan apuesto e irresistible como debían de verse los príncipes azules si pudieran escapar de los cuentos de hadas. Aquella mirada tormentosa y pasional en sus ojos negros, tan arrebatadora y tan suya, volvería locas de seguro a las damas invitadas.

—Su lealtad hacia mi futura esposa las honra, no obstante, sepan que no pretendo espiarla —sacudió la cabeza entre azorado y divertido—, temo que lo que me ocurre sea más prosaico y bastante menos romántico: me he perdido en esta inmensidad que es Herrick House.

—Yo le acompañaré con sumo gusto, coronel. —El vizconde Rothgar apareció procedente de las escaleras. El flamante esposo de Julianna les arrancó miradas de admiración y a la pelirroja, un hondo suspiro de deseo anticipando el pasional encuentro que se regalarían aquella noche—. En realidad, los seis hermanos Spencer actuaremos como sus

cicerones en el día de hoy. Tenga la completa certeza de que no lo descuidaremos ni un solo segundo.
—Vigila que no vuelva a extraviarse cerca de las habitaciones de la novia, querido —recomendó Julianna, con una chispa de malicia.
Henry y John desaparecieron, charlando animados. Era evidente que los nervios del coronel, de ordinario templados por su experiencia en la batalla, tiritaban de entusiasmo aquel día. Las tres amigas se miraron intercambiando sonrisas.
—¿Entramos ya? —sugirió Rebeca, impaciente.
—Entramos. Últimos instantes de soltería compartidos con…
—Con su madre, si no les importa.
Las jóvenes giraron sorprendidas por la voz autoritaria que les llegaba desde el corredor. Lady Prudence, lujosamente ataviada para la ocasión pero con el semblante más triste y también más sereno que le habían visto jamás.
—Lady Herrick, bienvenida. —Anne saludó con una ligera reverencia. Las demás inclinaron la cabeza sin saber bien qué esperar de aquella impredecible dama.
—Señorita Hagstings, duquesa, vizcondesa…, creo que debo darle la enhorabuena por su reciente estado de buena esperanza —celebró, deteniéndose en Julianna. Luego sus ojos opacos se desviaron hasta Rebeca—. En cuanto a usted, querida duquesa, veo que ya solo es cuestión de tiempo. Las noto radiantes, tendrán ocasión de comprobar que los hijos son portadores de muchas alegrías. Si bien los padres no siempre somos capaces de expresar agradecimiento por tal regalo como deberíamos —agregó con intensa amargura—. ¿Me permiten unos minutos a solas con mi hija?
—Desde luego, pase, se alegrará tantísimo de verla —balbuceó Anne, aturdida.
La condesa golpeó la puerta suavemente con los nudillos y en cuanto escuchó la voz de Evelyn concediendo permiso, la empujó sin vacilaciones para entrar. La encontró de pie ante el enorme espejo veneciano regalo del conde en su décimo-octavo cumpleaños, contemplándose emocionada vestida de blanco. Al distinguir la figura de su madre a lo lejos, Evelyn sufrió un sobresalto.
—¡Madre! ¡Ha venido!
Prudence caminó acelerada hasta ella y le tomó las manos, dejando que sus ojos se recrearan en cada detalle del magnífico atuendo nupcial.
—Te prometí que este día estaría aquí, acompañándote y jamás pensé en incumplirlo. Estás…, pareces un ángel, Evelyn. Estoy tan orgullosa de ti…
Sin permitirle acabar la frase, la joven se lanzó a sus brazos. Notó que su madre temblaba cuando ella apretó el gesto.

—No se te ocurra llorar o arruinarás el maquillaje. —La condesa la empujó ligeramente y le revisó la cara—. Te he traído algo, el objeto prestado que debes llevar y que perteneció a tu abuela y a tu bisabuela antes que ella y de ahí hacia atrás en el pasado, a todas las mujeres de nuestra familia.

De su bolsito sacó un resplandeciente broche de diamantes en forma de estrella envuelto en seda, que enganchó del vestido de la novia, cerca del escote. Era una joya majestuosa que pareció acaparar al instante toda la luz disponible en la estancia.

—Yo no lo llevé en mi boda, por eso te lo entrego. Gracias al cielo no lo mancillé con mi mala suerte.

—Madre…

—Puedes entregárselo a tu hija cuando llegue el momento. O a la próxima de tus hermanas que se case —repuso como si no hubiera oído nada—, aunque en ese caso deberá ser solo un préstamo: debe regresar a ti.

—Madre, es precioso. —Frente al espejo, la fina mano de Evelyn acarició la superficie rugosa de la joya—. No sabe cómo le agradezco que haya venido. ¿Ha visto a padre?

La condesa asintió con un movimiento pausado.

—Somos capaces de comportarnos civilizadamente, máxime en un día tan importante como este. Lamento comprobar que el conde parece haber rejuvenecido desde que me marché, se ve que mi ausencia lo beneficia.

—Madre, por favor, no empiece…

Prudence acarició con recogimiento un mechón de cabello de su hija.

—No tienes nada que temer. Hoy será un día inolvidable para todos. Por cierto, tu coronel es todo un príncipe de fantasía, hija mía. ¿De verdad le amas?

—Con todo mi corazón y hasta el último día de mi existencia. Y él a mí.

—Sois afortunados…

—¡Sobrina! ¿Puedo pasar?

La puerta del dormitorio había vuelto a abrirse, esta vez tímidamente, no del todo.

—¡Tía Gertrud!

La novia se distanció del espejo y de su madre, atravesó la sala y abrazó a su tía.

—Ahora que os tengo aquí a las dos, mi felicidad es completa —aseguró mirándolas a ambas, sosteniendo las manos de las hermanas Dowson entre las suyas.

—Tus amigas esperan verte, parecen impacientes —le recordó Gertrud con una sonrisa traviesa— y llevan ahí fuera un buen rato, custodiando tu puerta; te advierto que tienes a dos embarazadas, una

de ellas bastante avanzada.
Evelyn se enjugó una lagrimita con la punta de los dedos.
—Dígales que entren tía.
—Nos vemos en la ceremonia, hija mía. —Prudence besó despacio sus nudillos antes de liberar su mano.
Las hermanas Dowson abandonaron el dormitorio tomadas del brazo y las tres amigas de la novia irrumpieron en tromba, excitadas y nerviosas, haciendo mucho ruido.
—¿Todo bien con tu madre? —quiso asegurarse Rebeca.
Evelyn asintió sin hablar. Estaba demasiado emocionada.
—¡Oh, Evelyn! Estás tan…, tan preciosa —alabó Anne, cubriéndose la boquita con las manos—. Creo que voy a llorar.
—No sé si controlaré estos nervios míos —reconoció también Julianna, con los ojos empañados.
Evelyn levantó un dedo estirado en el aire.
—El gimoteo está prohibido, tenéis que ser las más bonitas de la fiesta. Y también las más animadas, de eso me encargo yo —añadió con un gesto pícaro que nadie supo interpretar hasta que la vieron abrir un cajón y mostrar la botellita de whisky que ya conocían de otras ocasiones. Las cuatro rompieron a reír—. Un sorbito cada una a salud de la novia…
—¡No podemos! —protestaron a coro Rebeca y Julianna.
—Solo un sorbito pequeño, ¡solo uno! —insistió Evelyn. La duquesa y la vizcondesa cruzaron una mirada interrogante mientras se acariciaban las barrigas.
Con un movimiento sorpresivo, Anne arrebató la petaca de las manos de Evelyn y la alzó en el aire poniendo fin a la discusión.
—No hay problema. Yo, vuestra solterona más querida, brindaré por las cuatro. En honor a la novia y en nombre de Rebeca Percy, duquesa de Richmond… ¡Salud! —Se echó un amplio trago al coleto. Mucho más largo de lo que nadie juicioso podría considerar conveniente.
—No digas tonterías, no eres ninguna solterona —la contradijo Julianna, entre risas.
—Cuando toda esta pantomima del duque acabe, te lloverán pretendientes. No sabrás qué hacer con tantos —coincidió Evelyn, palmoteando.
—Eso sí, aquí nos tienes a nosotras para ayudarte a elegir —completó Rebeca.
—Cuando ese momento llegue lo hablaremos, no antes —cortó Anne, volviendo a agitar la botellita de plata en el aire—. En honor a la novia y en nombre de Julianna Donne, vizcondesa Rothgar, futura condesa de Herrick… ¡Salud!
Un segundo trago, esta vez mucho más profundo. Evelyn trató de quitarle el whisky pero resultó imposible: Anne fue capaz de correr y

esquivarla por todo el dormitorio hasta que la novia se rindió.
Y por tercera vez…
—En honor a la novia y en nombre de…, la novia, ¡salud!
—¡Anne, por amor del cielo! ¡Llegarás ebria a la ceremonia! —advirtió Julianna, sin poder contener las carcajadas.
—Dejadme que disfrute, amigas. Hoy es un día mágico en el que sin embargo os miro y siento que soy la única a la que nadie ha querido de momento. —Interrumpió con un gesto gracioso los intentos de protestas de las demás—. Estoy convencida de que eso va a cambiar pero mientras pasa…, hoy pienso divertirme sin que nadie me lo impida. En honor a la novia y en nombre de Anne Hagstings, la solterona aventurera… ¡Salud! ¡Oh! Se ha terminado.
—¿Te has bebido todo el whisky? —se horrorizó Evelyn, que no sabía si reír o llorar.
Anne la miró sin hablar, desde una sonrisa bobalicona llena de felicidad.
Unos nudillos golpearon la puerta que se abrió a continuación. Era la señora March, el ama de llaves. Repasó la imagen de Evelyn con una mueca de orgullo y complacencia.
—Es la hora, milady. Todos aguardan.
Las cuatro jóvenes damas suspiraron.
—Tu príncipe azul te espera —apuntó Rebeca emocionada—. Creo que es la primera vez que veo al coronel tan nervioso.
Evelyn contuvo la risa. Pensar en su futuro esposo dibujó una tierna sonrisa en sus ojos.
—Los dos estamos acostumbrados a mandar. Nuestra vida en común resultará todo un reto, ¡qué divertido!

Capítulo 33

Un, dos, tres. Acudamos a la boda más
embarazosa del año, con los invitados más osados.

Durante la ceremonia, que fue emotiva y preciosa, Rebeca y Julianna sujetaron a la tambaleante Anne, una a cada costado, para que no se desplomase. Una vez los novios, ya convertidos en esposos, cruzaron el pasillo alfombrado bajo una lluvia de pétalos, todos los invitados se reunieron en el gran salón de baile a disfrutar del banquete y la fiesta. Ni la duquesa ni la vizcondesa tenían planeado dejar de vigilar a Anne ni alejarse de ella, hasta que Lucien Spencer hizo aparición para pedirle un baile.

—¿Yo? —Anne se señaló a sí misma, por completo despistada.

Julianna la ayudó a levantarse.

—Anne acepta bailar, Lucien, de hecho, está encantada.

Flotando entre los brazos de tan seductor caballero, la señorita Hagstings se trasladó a la zona donde la orquesta amenizaba la danza de los más apasionados. Los compases iniciales de la pieza y las primeras piruetas supusieron para ella un duro desafío, se veía incapaz de recordar los sencillos pasos del baile. Lucien la observó con curiosidad contenida.

—¿Ha bebido usted, Anne?

—Puede que…, un poco. Un poquito. Pero ha sido en honor a la novia —justificó, roja como una cereza.

Él dejó escapar una risita afectuosa.

—Ha hecho bien. Hoy es un día de celebración sin tregua.

Anne describió un giro un tanto inseguro y Lucien procuró sujetarla mientras se inclinaba en una obligada reverencia.

—Sin tregua, qué grata expresión. Me alegra que piense así. Ojalá pudiéramos aplicar ese «sin tregua» a cada ocasión. Como dice nuestra querida Julianna, en Inglaterra vivimos amordazados con demasiadas normas.

—*Shhh*, baje la voz o provocará una catástrofe política —avisó él, con una carcajada en las pupilas.

El siguiente paso los dejaba frente a frente, con las manos extendidas

ante la cara del otro, tapándola sin rozarla, dejando libre solo el tercio superior. Los ojos de Anne danzaron con ella, alegres y risueños hasta que… Detectó una visión demasiado familiar. Dio un respingo, retiró la mano y se alejó de Lucien con expresión aterrorizada.
—¿La he pisado sin querer?
—No…, no, me he…, lo siento, creo que me he mareado.
—Apartémonos de aquí entonces, hay demasiado tumulto. Siéntese y le traeré un ponche, una limonada, cualquier cosa con la que pueda refrescarse.
Anne tartamudeó algo embrollado que de lejos recordaba un agradecimiento y en cuanto perdió de vista a Lucien, se encargó sin ayuda de dos copas de champán helado que tragó sin respirar, una tras otra. El lacayo que las servía la miró con escándalo.
Lucien Spencer se aproximaba con dos vasos en las manos. Aquellos ojos azul zafiro… Los había visto antes. Muchas veces, vaya si los había visto, los llevaba clavados en el centro del alma. ¿Podría ser que…? ¡Qué locura! ¿Cómo iba Lucien a ser...?
¡Cielos! Estaba ya demasiado cerca.
—Señor Spencer, haga el favor, baile conmigo.
Rhysand Spencer acababa de cruzarse por delante, probablemente sin siquiera detectarla, y ahora se veía arrastrado por Anne hasta el centro del salón, donde menos espacio quedaba y más se apretaban los invitados. La miró confuso y desconcertado.
—No permita que su hermano Lucien se me acerque, por lo que más quiera —suplicó ella, con labios temblorosos.
Rhys reaccionó, como era habitual en él, con aquella amabilidad bañada en sarcasmo que tanto la molestaba.
—Tenga la seguridad de que mi hermano no tiene planeado causarle ningún daño.
Tal y como sonaba, a Anne no le cupo otra interpretación más que «no eres lo bastante importante como para que se moleste en pensarlo». Sin embargo, ella estaba demasiado resuelta o quizá demasiado asustada como para dejarse impresionar.
—No esté tan seguro. —Enfrentó con fortaleza su mirada— ¿Y si el señor Spencer…, el otro señor Spencer tuviera, digamos, una doble identidad que todos desconocen?
Rhysand estuvo a punto de dejar ir una carcajada. La contuvo a duras penas.
—Señorita Hagstings, está usted como una cuba.
Ella se estiró cuanto pudo y lo miró desafiante.
—Qué feo eso que acaba de decir, señor. Las damas nunca estamos como cubas. Todo lo más, nos achispamos ligeramente de un modo delicado.
—Entonces, ¿su peregrina teoría acerca de mi hermano es fruto de

su…, delicado achispamiento?
—No me cree, ¿verdad? Debe de imaginar que conversa con la timorata y virginal Anne de antes pero ya no soy la misma persona, han pasado cosas, cosas horribles…
—Razón por la cual usted ha dejado de ser virginal —concluyó él, con aire burlón.
Anne le propinó un pisotón en el centro del empeine, lo más salvaje que pudo. Rhys no se quejó siquiera. Al contrario, compuso un gesto cómico y la miró agradablemente sorprendido.
—Si no estuviéramos a la vista de todos lo abofetearía. Es lo que merece por inmoral, grosero, indecoroso, imprudente...
Rhysand puso fin a la retahíla de insultos con una sonrisa seductora.
—Deduzco que continúa siéndolo. Virginal, me refiero. Mis disculpas.
—Por descontado que continúo siéndolo. Creo que…, que…, quiero vomitar…
Rhysand la sujetó del brazo.
—Vamos al invernadero.
Por encima de su malestar, Anne le lanzó una mirada torcida de sospecha.
—¿Otro con el invernadero?
—¿Otro?
—¿Por qué diablos todo el mundo se empeña en llevarme al invernadero?
Spencer bufó exasperado.
—Me trae sin cuidado el invernadero o los jardines, ¡necesita usted aire fresco, por Dios santo, mujer! ¡Cuántos inconvenientes!
Anne se vio conducida en volandas por el salón de baile hasta las enormes puertas que comunicaban con la terraza. Por el camino, las miles de velas de los relucientes candelabros y las flores frescas que adornaban los rincones, se emborronaron y le hicieron guiños simpáticos.
—¿Mejor? —se interesó Rhys, todo cortesía.
Anne aspiró una larga bocanada de aire y siguió caminando en dirección a la escalera que comunicaba con los jardines. Describiendo eses, con los pies un poco torpes. Spencer se apresuró a seguirla y a sujetarle la muñeca y el codo del brazo derecho con intención de enderezarla.
—¿No le parece que los atardeceres de Herrick House son lo más hermoso que han visto sus ojos? —lo interrogó ella, de repente, mirando al horizonte.
Rhysand tuvo que admitir que, en efecto, así era.
—Tenga cuidado, no baje por ahí —la alertó. Ella, por supuesto, no le hizo ningún caso—, podría tropezar y caerse.
—Ya he advertido a su prima que hoy es el día en que me permitiré

tomarme todas las licencias —anunció con desparpajo y la lengua trabada. Rhys aguantó la risa mientras la veía internarse en la zona de matorrales florecidos—. Pienso hacer lo que me plazca sin pensar en las consecuencias. Sepa que su hermano Lucien está de acuerdo.

—Ah, ¿ahora acepta sus consejos? ¿Mi hermano Lucien no era peligroso? —la retó él con un ademán mordaz.

—Qué sabrá usted de peligros. Si yo le contara que hace unos cuatro días…

—¡Agáchese!

De un brusco tirón seco alrededor de su cintura, Rhysand la dejó sentada de culo en el suelo, sobre la hierba. Aturdida y lastimada.

—Pero ¿cómo se atreve…?

—*Shhh*, van a vernos. ¿Quiere que todo el mundo chismorree que la han pillado a solas con un caballero en el jardín y la señale y la comprometa?

Anne vio pasar un grupito de invitados, charlando y riendo, de seguro con intención de visitar el invernadero. Solo cuando desapareció el riesgo tomó conciencia de lo comprometido de la situación: despatarrada sobre la hierba, demasiado cerca del tentador Rhysand Spencer, en un área del jardín sumida en penumbras. Tardó en convencerse de que la mano que él le ofrecía era un apoyo para ponerse en pie.

Hipó. La aceptó.

Pero el efecto del alcohol pudo más que su precario equilibrio. Trastabilló, cayó de bruces y arrastró con ella a Rhys que trataba de impedir el derrumbe. Los dos rodaron sin freno por el terreno inclinado hasta que la amenaza de unos densos arbustos de rosas Tudor alertó a Rhysand de tal modo que, sujetando a Anne por hombros y talle, logró contorsionarse y esquivarlos.

Quedó a horcajadas sobre ella. Jadeando. Sus bocas a media pulgada de distancia.

—Las rosas —explicó él a media voz—. Las espinas.

No le concedió turno de réplica. Rhys devastó la boca de Anne con desenfrenada y febril pasión. Un beso exigente, intenso, profundo y largo, al que ella acabó respondiendo de igual forma en cuanto separó los labios, y la lengua de Rhysand penetró sin pedir permiso para conquistar sus más íntimos rincones.

Capítulo 34

Un, dos, tres. He cometido un
gran pecado. Mi error no merece perdón.

El largo gemido de placer que Anne enterró en la garganta de Rhys fue la señal involuntaria para que él arrasara con su escaso autocontrol y sus manos recorrieran el cuerpo femenino con ansia. Los largos dedos acostumbrados a explorar la piel de una mujer, a confundirla y a hacerla gozar, buscaron el cuello de Anne, el triángulo de su base, la sensible zona bajo las orejas. Y mientras sus osados besos no se interrumpían logrando arrancarla de este universo, consiguiendo que su cuerpo combustionara bajo su peso, sus manos descendieron por el delicado sendero de sus clavículas hasta alcanzar el borde del escote.
«Me tomaré todas las licencias. Lo que me plazca sin pensar en las consecuencias».
Anne notó el tirón en sus pezones, el latigazo salvaje desde el centro de su placer, en el interior de su vientre, y se arqueó para recibirlo. Había cerrado los ojos y decidido dejarse llevar cuando su turbulenta mente le recordó que se trataba de Rhysand: el canalla, libertino e irrespetuoso Rhysand quien la tocaba y la hacía arder. Ahogó un jadeo y volvió a la realidad, empujando fuerte con las dos manos para quitárselo de encima. El sopor de la borrachera milagrosamente superado.
—¡Déjame en paz! Pero ¿cómo te atreves…?
No lo miró mientras huía corriendo. No supo si como de costumbre, se burlaba de ella con aquella sonrisa fanfarrona colgada de la comisura que la hería y la humillaba. Tampoco si pretendió responderle o detenerla. No quería saber, no quería que le interesara nada de lo que él tuviera que decir. Solo deseaba escapar de su embrujo y del estado de letargo y ausencia de voluntad al que, por lo visto, era capaz de conducirla con solo chasquear los dedos.
Justo antes de alcanzar la terraza al final de la escalinata, Rhysand la superó agarrándola por el antebrazo. Pero con un habilidoso quiebro, Anne se zafó de su cepo. Entró en la sala de baile como quien huye de una manada de lobos y la bofetada de perfume a flores y calor

humano la recibió tal que si entrara en otro mundo. Se refugió en un rincón medio escondida tras los cortinajes, con la mano apoyada en el pecho agitado que subía y bajaba a toda velocidad.
¿Qué…, demonios acababa de ocurrir?
Aún sentía las manos de Rhys por todo el cuerpo gritando que le pertenecía. El sabroso aroma de su aliento. Había estado a punto de dejarle hacer con ella lo que gustase, había traicionado el amor que sentía por Jun con…, ¡con un hombre detestable y horrible!
No volvería a probar una gota de alcohol en lo que le quedaba de vida.
—Anne, ¿va todo bien?
Era Lucien. Caminaba hacia ella con semblante intranquilo. Su cerebro exhausto se lo figuró vestido de negro de pies a cabeza, embozado. Pero fue apenas un instante, el espejismo desapareció enseguida. No se entretuvo en averiguar si su preocupación era o no sincera. Escapó para escabullirse entre los invitados que bailaban alborozados una cuadrilla, allí donde pudiera pasar más desapercibida. Pero en el otro extremo de la sala también la aguardaba el peligro. El brazo de Rhys envolvió su cintura aprovechando la naturalidad de un paso de baile y antes de poder reaccionar, se encontraba en la hilera con los demás bailarines y él al frente. Clavándole sin piedad una mirada de reproche.
—¿Por qué me persigue? —resopló Anne, dominada por el pavor.
—No la persigo, pero quería pedirle perdón y usted no me lo permite. Quería hacerlo desde el principio de la fiesta.
—¿Acaso no desea disculparse por lo ocurrido en el jardín? —siseó histérica, cuando el baile la hizo coincidir cerca de su oreja.
—No. Bueno, por eso también. Sin embargo, me causó un gran pesar disgustarla la noche del baile de fin de soltería. Yo… He de reconocer que me comporté como un patán bruto y desconsiderado.
Los ojos de Anne lo recorrieron incrédulos y asustados. Era cierto, su humillante comportamiento, sus burlas de aquella noche la hicieron sufrir. No obstante, no eran nada comparado con el modo como se había sobrepasado en el jardín. ¿Por qué no lo lamentaba? O al menos, ¿por qué no lo lamentaba al mismo nivel? No eran afrentas comparables salvo…
Salvo que el señor Spencer la considerara cómplice de su pecado y no una víctima. Tan responsable de lo que había sucedido entre los rosales como él. Tragó saliva esforzándose en ocultar la angustia que la ahogaba.
— De acuerdo, lo perdono. Ya tiene lo que tanto desea. ¿Puedo irme?
—No. —Un nuevo tirón del brazo que devoró la mínima distancia lograda entre ellos, haciéndola desaparecer.
Anne apretó fuerte los dientes.

—Está usted demasiado acostumbrado a obtener lo que se le antoja cuando se le antoja, señor Spencer. Pero no será así conmigo. Sepa que estoy prometida al duque de Norfolk…
—¡Qué gran noticia! ¿Y cómo es que mucha gente, incluyéndome a mí, no lo sabe todavía? —la interrumpió irónico.
—Porque aún no se ha hecho el anuncio oficial pero llegará en breve. Y la boda se celebrará enseguida. Estamos perdidamente enamorados.
—Perdidamente —repitió él, enarcando una ceja.
—Eso mismo, señor. Y ahora, permítame ausentarme. Me provoca usted dolor de cabeza.

Jamie dio un mordisquito a la galleta y paladeó complacido su sabor. Observándolo, cualquiera imaginaría que atravesaba la etapa más plácida y serena de su vida. Anne, por el contrario, respiraba con dificultad, bloqueada por la inquietud. Se había desplazado hasta la residencia del duque en Londres con la esperanza de hacerle cambiar de parecer, algo que ahora se le antojaba ilusorio.
—Debe de haber otro modo menos peligroso. Si en vez de precipitarte nos concedieras un poco de tiempo lo hallaríamos —insinuó una vez más.
—No correré ningún riesgo. Y aunque lo corriera —Jamie se inclinó hacia adelante—, estoy enamorado, Anne, y por tanto, desesperado.
—Es una locura.
—Es una salida. Te lo suplico, deséame suerte. Un criado me ayudará a trasladar pinturas y disolventes en gran cantidad, se convertirá sin sospecharlo en mi principal testigo y este anillo colocado en los dedos del humanoide… —hizo girar el grueso sello de oro con el escudo de la familia sobre su meñique—, facilitará la identificación.
Anne lo miró con intensidad. Sus ojos azules apagados y tan tristes como un día sin pájaros ni sol. Dejó salir un suspiro entrecortado.
—Veo que no hay nada que pueda hacer para disuadirte.
—Me temo que no lo hay. Sin embargo, deberías alegrarte por mí, por lo que me aguarda tras este desagradable paso.
—Esto es entonces una despedida. —Ella se mordió el labio inferior y depositó la taza de té, aún llena, en la mesita.
—Te escribiré y vendrás a vernos. No tan pronto como para levantar sospechas, pero pronto.
—Jimmy… —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Por fin vio claro que él trataba de transmitirle una seguridad que tampoco sentía. Estaba convencida de que cada noche y cada mañana, Jimmy también rezaba para que nada en aquel insensato plan, fallase.
—Te quiero, Anne, te quiero muchísimo.
Se pusieron en pie casi a un tiempo y se fundieron en un abrazo

interminable. Tan lleno de amor, promesas y cosas buenas que no hicieron falta palabras para decirse cuánto se importaban y el infinito valor que tenían el uno para la otra.

—Norfolk…

Interrumpieron la muestra de cariño después de que la voz grave de Jun se destacara desde el umbral de la puerta. Su figura menos insolente, la mirada perdida y desenfocada: el guardián también sufría y se preparaba del modo que podía para perder a su amigo.

—El criado te espera fuera, con el coche. En el baúl van almacenadas las garrafas de disolvente y las pinturas. Lo demás… —prosiguió tras buscar la palabra correcta—, ya lo tienes en Highgate Manor. Yo…

Jamie vaciló un instante. Alargó la mano y aferró el fuerte antebrazo de Jun.

—Ven aquí.

El duque de Norfolk se arrojó en los sorprendidos brazos de su amigo. El hombre al que una vez salvó la vida y que había jurado proteger la suya.

—Misión cumplida, compañero —Jamie palmeó su ancha espalda. El nudo de emoción apenas le permitía hablar—, misión cumplida. Te toca descansar.

Tenía a Anne frente a él, por encima del hombro de Jun. Los ojos de Jamie lanzaron un mensaje mudo que seguramente se refería al guerrero pero que ella no supo interpretar.

Capítulo 35

Un, dos, tres.
Esto es una despedida.

—No puedo creer que Jimmy haya salido por esa puerta para no volver —repuso Anne, con voz estrangulada y los ojos petrificados mirando la salida.

De repente todo había cambiado. Y estaba a solas con Jun en la sala. Insegura y temblorosa. Lo sintió moverse a su espalda y giró ensayando una atolondrada sonrisa.

—Ahora que nuestro amigo desaparece usted queda libre para reanudar su vida —manifestó, aparentando una alegría tan falsa como fuera de lugar.

Los ojos zafiro se clavaron en ella. Bañados por un brillo opaco.

—Así es. Anne, necesito que hablemos.

No estaba dispuesta a permitírselo. No se dejaría embaucar con palabras dulces y promesas apasionadas. Aquel sentimiento imposible que la golpeaba desde dentro no podía seguir creciendo o la destruiría por completo. Apretó los puños y los ocultó a los costados para que él no notase su frustración y su insoportable dolor.

—Puede viajar si lo desea, volver a Japón, recorrer el mundo —lo interrumpió, animada.

—Anne… —Jun dio un paso adelante.

Ella retrocedió dos.

Por enésima vez esquivó sus ojos: no podía soportar el inmenso poder que tenían sobre ella. Tampoco deseaba alimentar la idea de que bajo aquellos ropajes negros se escondía Lucien Spencer. ¿Debía arrojarle a la cara su descubrimiento? ¿Desenmascararlo? ¿Y si estaba equivocada y quedaba en ridículo? Era un riesgo demasiado alto que no podía correr.

—Le envidio, señor Jun, no imagina cuánto. Envidio esa libertad suya, la capacidad de decidir la dirección que tomarán sus pasos y le deseo toda la suerte que merece.

—Debe saber…

La joven cortó la frase antes de que fuera demasiado tarde.

—No hay nada que quiera o necesite saber. Usted me salvó la vida, de algún modo torpe yo salvé la suya, podría decirse que estamos en paz. No nos debemos nada.
Sin despedirse, sin mirar atrás, sin dejarse envolver por sus poderosos brazos como habría deseado, muerta por dentro, Anne Hagstings huyó de la residencia Norfolk como alma expulsada del Paraíso.

Trató de calcular el tiempo que llevaba en casa, tomando té, intentando bordar, oyendo a lo lejos las risas de sus hermanitos en el cuarto de juegos, espiando sin ningún interés las idas y venidas de los criados… Y le resultó imposible. Había perdido de nuevo la noción del tiempo y eso que esta vez estaba a salvo, resguardada y bien segura. Era su cerebro atormentado, que no dejaba de girar.
Tenía que hacer algo. Tenía que desbaratar aquel error.
Si Jimmy desaparecía también perdía a Jun. Para siempre.
Existían otras vías, soluciones que el duque no se había molestado en plantear: podían hacer realidad aquel compromiso de cartón, contraer matrimonio, aparentar. Podían vivir un enlace falso, la mayoría de los matrimonios lo eran. Jimmy podría gozar de la compañía de Patrick, incluso en el lecho, si se conducían con discreción y elegían con esmero los miembros del servicio. Ellos se dejarían ver en sociedad como una pareja enamorada y comprometida, pero en la intimidad ambos serían libres para amar a quien quisieran. Muchos lo hacían.
Podía, debía funcionar.
Jun. Jun Fudo.
No iba a perderlo. No sin haber descubierto antes qué sentía por él. Y lo más importante, si era correspondida.
Como no disponía de caballerizas regresó en carruaje a la residencia Norfolk. Era absurdo preguntar por Jimmy, sabía que debía de andar ya en Highgate Manor poniendo en marcha su macabro plan y sin embargo, lo hizo. Al mayordomo, al lacayo y a la duquesa que acudió a recibirla con cara de confusión.
—Présteme un caballo, lady Norfolk —rogó con premura y el rostro descolorido—, es cuestión de vida o muerte.
—Pero ¿ocurre algo malo? —se agitó la dama, sin entender nada.
—Présteme un caballo.
Tenía que llegar antes de que todo volara por los aires y lo consumiera el fuego. Impedir la marcha de Jimmy. Hacerle entender que podían triunfar sin causar tanto sufrimiento. ¿Cuál sería la reacción de la candorosa Harriet cuando le notificaran que su hijo, su único vástago, un joven noble y prometedor en la flor de la vida, estaba muerto?
Quedaría inconsolable. Despedazada para siempre.
Ser una amazona demasiado diestra sin ninguna práctica, le pasó

factura: cuando alcanzó los límites de Highgate Hill y desmontó, le dolía todo el cuerpo. Empujó la verja de la mansión, que cedió a su paso con un chirrido pero sin impedimento, y ató al caballo al primer árbol que se topó en el jardín, bien lejos del edificio. Ascendió el senderillo que conducía a la hermosa casa rodeada por un espeso e inquietante silencio. No vio monturas ni coche.

—¿Jimmy? —La puerta no estaba cerrada— ¿Jimmy estás aquí?

No obtuvo respuesta. Estar en mitad de un bosque y no escuchar el trino de ningún pájaro resultaba profundamente perturbador.

Cruzó el hermoso vestíbulo de solería de ajedrez y se adentró en lo que parecía un enorme salón. La escasa claridad de un día mortecino se colaba por los amplios ventanales dotando al entorno de un aspecto fantasmagórico nada tranquilizador.

—¿Jimmy?

Seguía estando sola. Únicamente sus pasos resonaban contra el suelo. Y el palpitar enloquecido de su corazón que empezaba a acelerarse. Fuera se levantó un viento devastador, la casa entera pareció crujir. En un rincón de aquella sala interminable se había dispuesto un estudio de pintor, con muebles repletos de tinturas, tarros con pinceles y lienzos en blanco. Sobre el suelo, contra la pared, se apoyaban algunos bocetos apenas garabateados y un par de paisajes concluidos. Mientras observaba con temor la monstruosa cantidad de recipientes apilados en un rincón y el tamaño de estos, su pie chocó con algo duro. Anne miró temerosa hacia abajo.

El humanoide.

La aberración que harían pasar por restos humanos cuando…, cuando… Oyó un siseo que no supo identificar.

El engendro provocaba menos miedo de lo que ella había supuesto en un principio, era una especie de muñeco grande, exactamente de la misma altura y proporciones del duque, sin rostro, de facciones lisas en un material engrasado similar a la madera. En el dedo meñique de la mano derecha distinguió el sello ducal. Al parecer, todo estaba listo y preparado. El recuerdo de lo que contenía la marioneta, auténticos huesos humanos cubiertos de resina y otros materiales la estremeció con violencia. Retrocedió asqueada.

Y de nuevo aquel siseo llegó a sus oídos. Cerca de las garrafas llenas de algún líquido amarillento. El siseo previo a la destrucción.

¡Todo aquello estaba a punto de volar en pedazos!

Se recogió el bajo de la falda para correr mejor y se dirigió hacia la salida. Pero segundos antes de poder atravesar la puerta, un golpe de viento la cerró con un estrépito infernal. De nada sirvieron sus esfuerzos tratando de abrirla, se había encajado. En parte por la potencia del golpe, en parte por su poco uso y su lamentable estado.

Con las dos manos atrofiadas sobre la manija que empezaba a

desprenderse, los ojos de Anne volaron al fondo, a la sala desde donde el angustioso silbido se hacía más y más audible.
Soltó el picaporte que quedó medio colgando y corrió al extremo contrario del edificio. Bajo la enorme escalera se abría un portón doble de cristales que conducía a las cocinas. Desde allí podía ver los árboles del bosque sacudiéndose bajo el azote del viento como almas en pena. No había puertas, o al menos ella no consiguió verlas.
Una primera explosión la dejó sorda.
Agarró lo primero que encontró, una silla, y golpeó el vidrio del ventanal más grande hasta que se rompió en pedazos. Con el temor de una segunda explosión más fuerte y destructiva sobre los hombros, se encaramó a la ventana, limó las temibles puntas de cristal roto a base de patadas para cortarse lo menos posible y saltó fuera. Corrió cuanto le dieron las piernas alejándose de la casa, buscando dónde refugiarse en caso de que el edificio saltara por los aires.
Sin embargo, allí no había más que árboles y matorrales bajos.
Uno de sus pies desapareció en un agujero. Profundo y al parecer, con bifurcaciones, porque una vez que entró no le fue posible sacarlo. Sintió el mordisco de un dolor agudo en el tobillo y cayó de bruces contra el suelo terroso. A sus espaldas, el grueso del material inflamable cumplió finalmente su cometido y parte de la casa explosionó convirtiéndose en cuestión de minutos en la mismísima antesala de los infiernos.

Capítulo 36

Un, dos, tres. Muchas
malas noticias que enfrentar.

—¡Ha despertado! ¡Por fin ha abierto los ojos!
Aquella voz anhelante y bien timbrada le resultó familiar. Quiso enfocar la mancha que se movía ante ella, aunque le resultó imposible.
—Anne, Anne, ¿me oyes?
No llegó a responder pero sí intentó moverse. Y una insoportable punzada en el pie le recordó la madriguera en el suelo, la caída, el incendio de Highgate Manor. Por segunda vez encaró las dos figuras

que, inclinadas sobre la cama, le hablaban.
—¡Madre! ¡Padre! ¿Cuándo han vuelto?
Parecieron muy contentos de que los reconociera. Anne pensaba a toda velocidad, los engranajes de su cabeza volaban. ¿Qué hacer? ¿Cómo comportarse? ¿Había logrado el plan de Jimmy un rotundo éxito? ¿Qué sucedió en realidad?
—Anticipamos el regreso cuando recibimos carta de lady Norfolk comunicándonos la tragedia. La señora Sheldom nos escribió también…
—¿La tragedia?
La pregunta brotó natural de sus labios y el tono de ignorancia que la acompañaba, también. Solo después de articularla fue capaz de medir el beneficio que podía reportarle fingir que no recordaba nada. Los señores Hagstings acababan de cruzar una mirada ansiosa.
—Hija, ¿qué pasó?
—¿Qué pasó dónde?
—En Highgate Manor.
—Es el estudio de pintura de Jimmy —musitó como si fuera lo único que tenía sentido.
—¿Qué hacías allí?
—¿Estuve allí? ¿Cuándo? ¿Qué le pasa a mi pie?
—Te encontraron en el bosque, desvanecida sin sentido, con un tobillo dislocado dentro de una madriguera de topos. Llevaste un caballo que tomaste prestado de la duquesa y que, por cierto, se le ha devuelto de una pieza —relató con gravedad el señor Hagstings.
Anne puso empeño en que la expresión de su rostro no contara nada.
—No recuerdo. Es posible que fuese a ver pintar a Jimmy… ¿Sabía que me había reencontrado con él después de tantos años, madre? ¿No le parece un milagro?
La señora Hagstings suspiró con pesar. Su marido optó por retirarse de la cama y dejar que su esposa jugara con las palabras y también con las malas noticias.
—Bueno, no lo supimos hasta que regresamos a Londres. Todo lo que sucedió en nuestra ausencia fue de veras muy inesperado. ¿Qué recuerdas del incendio?
—¿Qué incendio?
El señor Hagstings regresó afligido, trotando a toda prisa.
—No creo que sea necesario ni conveniente contarle todo justo ahora.
—¿Qué es lo que tenéis que contarme? ¿Me he dado algún golpe en la cabeza? ¿Por qué no recuerdo nada de lo que pasó?
Lo decía y al mismo tiempo rezaba a todos los santos por el perdón de su alma, que las sucias mentiras que estaba soltando y que pensaba mantener no la condenaran al fuego eterno. Se dijo a sí misma que eran por una buena causa, para evitar implicar a más personas en algo

que debía relegarse al olvido cuanto antes.
—Verás, hija… Sabemos lo cercana que fue siempre tu relación con lord Norfolk.
—Jimmy, madre —la corrigió, con una pequeña sonrisa—. Para nosotros siempre fue Jimmy.
—El joven Jimmy ha crecido y se convirtió en un hombre —puntualizó el señor Hagstings con cara de circunstancias.
—No me explico cómo se las apañó ese querubín con sonrisa de miel para quedar tan cerca de ocupar el trono. El caso es… —prosiguió su esposa, volviendo a atrancarse.
—Se desencadenó un incendio en esa residencia de los Norfolk en Highgate Hill y…
—Todo apunta a que el duque se encontraba allí, pintando.
—¿Y…? —Sintiéndose terriblemente culpable, Anne los animó a continuar.
—Lo siento, hija, han encontrado sus restos entre los escombros de la casa. Al parecer… —Un sollozo frenó a la señora Hagstings que se vio obligada a sacar su pañuelo y cubrirse el rostro.
Anne se preguntó, atormentada, cómo habría recibido la cruel noticia la pobre duquesa, pobre Harriet.
—Pereció en el incendio.
Miró a su padre. Despacio. Luego a su madre. Como si no entendiera lo que le estaban contando. Mejor simular que estaba conmocionada que pretender llorar de mentira.
—¿Lo has comprendido, Anne? Jimmy ha muerto —anunció su madre, con voz entrecortada.
—No puede ser —balbuceó Anne, cuando lo que de verdad sentía era un inmenso alivio porque todo hubiera salido bien.
Ahora solo necesitaba recibir carta desde Madeira y los cabos estarían atados para siempre. ¿Sabría Jun algo de Jimmy? Jun…
—¿Pueden… Pueden dejarme sola un rato?
Sus padres la estudiaron sobrecogidos.
—¿Estarás bien?
—Necesito descansar. Por favor.
Con semblante demudado, los señores Hagstings accedieron a marcharse. Viéndolos cerrar la puerta del dormitorio, Anne bajó los párpados y pidió perdón a Dios por su maldad durante tres horas. Hasta quedarse dormida.

Pasó dos días completos en aparente limbo, sin salir de su habitación, comiendo lo indispensable para no fallecer, sin cruzar palabra con nadie. Lo verdaderamente trágico es que aquel estado de ánimo no lo fingía, se sentía en letargo, hueca, inanimada, envuelta por una

demoledora tristeza, como si se hubieran cerrado de golpe las puertas de un brillante futuro para no volver a abrirse jamás. Le faltaba el aire, le faltaba su amigo, pero sobre todas las cosas le faltaba Jun. Ahora sí tenía claro que se convertiría en la tía solterona de sus sobrinos y de los hijos e hijas de todas sus amigas. Solo que difícilmente, sin él a su lado, podría ser también la aventurera.

—Señorita, la duquesa de Richmond y la vizcondesa Rothgar desean verla.

Anne sonrió a la criada con aire ausente y la autorizó con un levísimo gesto de su cara. En menos de tres minutos, Rebeca y Julianna estaban en el saloncito, sentadas frente a ella, observándola con cautela. Un rato más tarde estaban al tanto de la peripecia casi completa. Les costó reponerse de su estupor.

—¿Te encuentras bien? —se interesó la duquesa observando fijamente a su amiga—. Pareces conmocionada.

—Es entendible que lo esté —dedujo Julianna ante la falta de respuesta de Anne—, son demasiadas emociones, cualquiera en su lugar…

—Así que ese era el fabuloso plan de tu duque para salirse con la suya —refunfuñó Rebeca, con la mandíbula apretada—. Qué despropósito.

—¿Sabes si él y su amada llegaron a buen puerto?

Los ojos cansados de Anne se posaron en la dulce Julianna, en su pelo rojo brillando como ascuas a la luz del día.

—Espero que me escriban pronto. Rezo cada noche porque así sea.

—Estás decaída —apuntó Rebeca, acariciándole la mejilla.

Anne enredó sus dedos con los de ella.

—Sin fuerzas, desanimada, deprimida —reconoció con un hilillo de voz—. Pensé que me costaría un mundo aparentar sufrimiento y miradme, no sé si serán los remordimientos, tengo ganas de llorar a todas horas. Supongo que se acerca el momento de visitar a la duquesa de Norfolk y consolarla. Espero saber hacerlo.

—Pobre mujer, qué crueldad —criticó la duquesa, afligida.

Les sirvieron té, chocolate y un sinfín de pasteles y galletas que nadie miró con demasiado interés. Julianna tomó un sorbito de infusión y lanzó una mirada compungida al pie en alto de Anne, aparatosamente vendado.

—¿Puedo preguntarte qué diablos hacías en Highgate Manor en el momento del incendio? ¿Acaso perdiste el juicio y decidiste saltar al centro mismo del torbellino?

—Pensé que no sería tarde para hacer recapacitar a Jimmy. Imaginé que de algún modo podía parar todo esto. —Sonrió muy triste—. Lo sé, soy una estúpida.

—En cualquier caso, si él y su enamorada están felices y a salvo en algún lugar lejano, podemos considerarlo toda una victoria —resumió

Rebeca, observando a su amiga con curiosidad. Tras una breve pausa añadió—. Anne, mírame a la cara y no me mientas, ¿sufres de mal de amores?

La pregunta las desconcertó a todas.

—¿Es posible que sientas algo por ese duque tuyo?

Anne agitó la cabeza para negar, ya que las palabras decidieron no salir de su boca. La duquesa disponía de una suerte de poder mágico espeluznante con el que le leía los pensamientos y revolvía y hurgaba en su interior.

Aunque no hubiese acertado del todo; una equivocación que iba a corregir de inmediato:

—No, claro —Rebeca afianzó sus ojos claros en ella—, no se trata del duque.

Capítulo 37

Un, dos, tres. Mal de amores
y peores noticias.

—¿El guardaespaldas? —aventuró Julianna, con cara de pasmo— ¿El hombre que te rescató del secuestro?

El hombre que bien podría ser uno de los primos de nuestra querida Evelyn, se dijo Anne, apretando fuerte los párpados, deseando que no fuera cierto.

¿O sí?

—¿Te has enamorado de él? —presionó Rebeca, con gravedad.

La señorita Hagstings hundió la cabeza, ruborizada hasta lo insoportable.

—No ha ocurrido nada entre nosotros.

«Si exceptuamos un par de indecorosos besos robados cuando no podía defenderse».

—Oh, Anne. —Julianna se llevó la mano enguantada a los labios.

—Simplemente me acostumbré a tenerlo cerca, es todo —zanjó Anne, más repuesta—. Nada de lo que debáis preocuparos.

—Créeme —insistió Julianna—, reconozco esos síntomas. Y los llevas uno a uno pintados en la cara.

—Pasarán —aseguró Anne, con obstinación.

—¿Dónde está él ahora?

La joven Hagstings se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe. ¿En el otro extremo del mundo? No es hombre de familia, Rebeca, es un guerrero. No se arrodillará ante una dama con un anillo en las manos para pedirle matrimonio. Ya me lo advirtió Jimmy, Jun no es de esos.

—¡Duquesa, vizcondesa! Cómo me alegra verlas. —La señora Hagstings se adentró por sorpresa en la sala, como un pajarillo feliz que revolotea recién huido de su jaula—. Les agradezco en el alma que hayan tenido el detalle de visitar a mi Anne. Su padre y yo no hallamos el modo de animarla.

—Necesito tiempo, madre —suplicó la joven, retorciéndose las manos en el regazo.

—¿Se sabe algo más del incidente? ¿Cuál fue la causa de la explosión? —Rebeca apuntó con la barbilla al diario que la señora Hagstings sostenía en las manos.

—Precisamente. Las investigaciones oficiales han concluido que fue un fatídico accidente, los productos acumulados en la casa ardían con facilidad y el viento huracanado de aquel día contribuyó a animar el fuego. Claro que también estaban todas aquellas amenazas que por lo visto recibía el duque… —Suspiró hondo—. Qué tremenda desgracia, un hombre tan joven, con tanto por vivir… ¿Habrá sido un atentado?

La dama tomó asiento junto a su hija y le secuestró una lánguida mano.

—Es posible que el querido Jamie no hubiera llegado a reinar jamás, su puesto en la sucesión dependía del dictamen de los médicos y del Parlamento respecto a la idoneidad de los hermanos del Regente, pero… Si al final hubieran resultado descartados todos ellos, mi Anne se habría convertido en ¡reina de Inglaterra!

A todas las recorrió un escalofrío pavoroso por la espalda. La señora Hagstings dio unas palmaditas en la mano de su hija.

—Se rumorea que las probabilidades de que ocurriese eran bien altas. No en vano, la gente empezó a llamarlo «el heredero». —Sacudió la cabeza como si no creyera lo ocurrido—. Al menos se ha hecho justicia. Ese individuo intrigante vestido de negro que lo acompañaba a todas partes ha dado con sus huesos en la cárcel.

Anne sufrió un respingo.

—¿Por qué razón? —se sublevó con un grito algo más agudo de lo normal.

Su madre la contempló extrañada.

—Bueno, creo que está claro. Descuidó su cometido e incumplió sus deberes. El único sentido de su presencia era proteger al heredero y es evidente que no lo hizo. Lo castigarán duramente por ello. No puedo decir que no lo merezca.

Las tres amigas intercambiaron una rápida mirada de angustia.

—Le pediré a mi esposo que averigüe algo más al respecto —musitó Rebeca.

Y Anne supo que le estaba haciendo una promesa que pensaba cumplir.

—Estos extranjeros… —La señora Hagstings meneó la cabeza con desaprobación—. ¿De dónde lo sacaría el desdichado duque?

Con la ansiedad convertida en un nudo que le presionaba la garganta, a la mañana siguiente tras una interminable noche en vela, Anne se decidió a visitar a lady Harriet, la madre del duque. Preguntándose qué encontraría al cruzar el umbral de aquella casa.

El ambiente era sombrío. El silencio sepulcral e intimidante. El servicio parecía moverse flotando sobre el suelo, sin rozarlo. Anne fue conducida al gabinete privado de lady Norfolk, donde ardía un fuego

saludable que ella observaba con insistencia. Estaba vestida de oscuro y al verla llegar los ojos le soltaron un destello.

—Mi querida niña…

—Milady. Disculpe la tardanza, debí venir a verla mucho antes pero…

La dama agitó una mano en el aire y le indicó que se sentara. Las doncellas se apresuraron a servir té. En esta ocasión, té inglés ordinario, sin más variedad ni florituras.

—No es necesario que te excuses. Me basta con mirar tu cara. Estás pálida y demacrada. Bebe un poco de té, entrarás en calor. Esta primavera está resultando un poco más fresca de lo habitual.

Anne se dejó hacer, planteándose si las reglas de la cortesía las llevarían a discutir la temperatura y el tiempo de Londres hasta que decidiera marcharse. La duquesa le entregó su taza de fina porcelana con un suspiro.

—Es todo tan extraño, tan inhabitual… Echo de menos las conversaciones de Jamie, su risa por estos pasillos. Sus baladas al piano. Sin él la casa parece una cripta.

Lo dijo en voz baja, arrastrando las frases, si bien sonaba más melancólica que devastada. Pasado un rato de silencios incómodos, sin poder contener más la impaciencia, Anne se animó a disparar.

—Jimmy… Jamie me dijo que usted…, lo sabría con el tiempo.

Lady Harriet le dedicó una mirada sagaz.

—¿Lo sabría?

—Que…, acabaría contándoselo. ¿Se lo contó? ¿Lo sabe?

—¿Lo sabes tú?

Anne sonrió aliviada y Harriet la secundó con una palmada en el aire.

—¡Gracias al cielo! Podemos dejar el teatro. Te he visto tan afectada que temí…

—También lo echo de menos, es todo.

Lady Norfolk cambió de asiento entusiasmada y tomó las manos de Anne entre las suyas. Parecía otra persona, de repente le brillaban los ojos y sus mofletes se habían llenado de color.

—Pronto podremos visitarlo. Ya me ha escrito, te menciona en su carta.

—¿Le ha escrito? ¿Y está… están bien?

—Los dos. Perfectamente felices. Mi hijo me puso al tanto del plan antes de llevarlo a cabo y que Dios me perdone, pero tanto él como Patrick cuentan con mi bendición.

—Me consuela oírlo. Nada me habría herido más que encontrarla sumida en la desesperación llorando a un hijo muerto.

—Convendrás en que el método fue un tanto extremo… Pero mi Jamie es testarudo y muy tenaz. Cuando algo se le mete entre ceja y ceja… Una lástima, pudo haber llegado a rey.

—Lo que él desea es una vida tranquila, a salvo de críticas y miradas

indiscretas, duquesa. Jamie ha conquistado lo que siempre buscó, el anonimato, la libertad y el amor verdadero.
—Cierto. —La venerable dama quedó mirando al vacío con un centelleo de orgullo en las pupilas.
—Sin embargo, ese desafortunado asunto del señor Jun… —apuntó Anne, con voz temblorosa.
—¡Oh, santo cielo, sí! ¡Qué injusticia tan grande! Ese hombre es inocente, ¿cómo han podido encarcelarlo?
—Si Jamie se enterase…
—¡No puede enterarse! —aulló Harriet con el rostro crispado de angustia—. Se empeñaría en volver para aclarar las cosas, ya lo conoces; y echaría por tierra toda la patraña, tanto sacrificio invertido habría sido para nada.
El pellizco que oprimía el corazón de Anne haciendo que lentamente se desangrara, apretó un poco más.
—Tiene usted razón. Pero hay que hacer algo por ese pobre hombre, no podemos quedarnos de brazos cruzados.

Capítulo 38

Un, dos, tres. Abrir los ojos.
Un terrible regalo que podría evitarse.

—Deje de mirarme como si pensara que estoy loca, duque. Por lo que más quiera.
—Lo que más quiero es mi esposa y el hijo que está en camino. Y en nombre de ambos le aseguro que nada más lejos de mi pensamiento, puede estar tranquila. —Andrew Wellesley se inclinó hacia ella dentro del carruaje—. Rebeca me lo ha contado todo.
—¿Todo? —repitió Anne, escandalizada.
—Todo. Y debo decir que me admira su temple, señorita Hagstings, es usted asombrosa. No se sonroje, debe empezar a acostumbrarse a recibir cumplidos. Los merece todos.
—Vamos, duque, le consta que no he hecho nada que cualquiera de nosotras cuatro…

—No habría hecho —concluyó él, complacido—. No cabe duda de que son ustedes cuatro mujeres excepcionales. Deberían escribirse libros acerca de sus vidas. ¿Está nerviosa?
—Un poco.
—La veo temblar. Una cárcel no es lugar agradable y menos para una dama. Tampoco le concederán mucho tiempo, aprovéchelo bien. ¿Conoce a fondo al señor Jun Fudo?
—¿Qué quiere decir con «a fondo»? —preguntó ella, con una sacudida.
—Si le constan su lealtad, honradez y buenos sentimientos.
—Le confirmo que están fuera de toda discusión o duda —defendió Anne, apasionada.
El duque de Richmond apretó los labios y asintió.
—Sabemos que se comportó como un valiente cuando la rescató de aquellos malnacidos. Qué episodio más espantoso, todo sucedió tan rápido que apenas tuvimos tiempo de reaccionar.
—Pudo morir —alegó Anne, como principal argumento.
—Debe de haber una explicación para que no se encontrara en su puesto cumpliendo con sus obligaciones el día de la desdicha.
—La hay. Quiero decir, también estoy convencida de que debe de existir.
Lord Richmond le lanzó una mirada suspicaz.
—Tengo la sospecha de que me oculta usted algo, señorita Hagstings. Pero no tema, no pienso interrogarla.
—Se lo agradezco.
—Compartir mi vida con Rebeca me ha enseñado mucho acerca del respeto y la empatía. Solo sepa que, si me necesita para algo, incluida una confidencia, me tiene a su entera disposición. Hemos llegado. ¿Preparada?
—Una nunca está preparada para este tipo de experiencias —susurró sin fuerzas.

El interior del tosco edificio de piedra era lóbrego y frío como el hielo. Poco importaba que tras sus muros explotara intensa la primavera. Allí dentro siempre reinaba el más sanguinario de los inviernos. La mermada iluminación disponible provenía de unas antorchas colocadas en hierros contra la pared, que arrojaban lenguas anaranjadas sobre el interior de las celdas. El duque se despidió de Anne en el cuartucho que hacía las veces de despacho del gobernante, advertido por adelantado de la visita de la dama, gracias a los contactos de Richmond en las altas esferas.
—La espero aquí, departiendo con el señor Bean. No dude en llamarme si le hago falta.

Ella quiso responder una galantería, pero aquel nudo infame en el estómago y en la garganta, no la dejaba respirar. Iba a ver a Jun. No en las mejores circunstancias, pero volvería a verlo.
No imaginaba ni por asomo lo que la esperaba.
Como guardia le asignaron un soldado armado hasta los dientes que se colocó firme cual columna a la entrada donde el lúgubre pasillo se estrechaba. El tipejo que la condujo hasta el calabozo del ninja le recordaba a sus raptores. Misma facha, mismo olor, mismo pelo grasiento y uñas roñosas. El carcelero se detuvo en seco, apuntó a las rejas de metal oxidado y levantó el mentón.
—Dispone de quince minutos. Ni uno más.
Se retiró por un corredor lateral y Anne se enfrentó a la verdad con el corazón encogido. Jun estaba arrodillado en el suelo, sentado sobre sus talones, mirando algo invisible en la pared frontal. Iba vestido con sus ropajes de siempre pero las telas que solían cubrir su cabeza y rostro habían sido retiradas. Su cabello oscuro, abundante y rebelde a la vista.
—Dígame qué le han hecho —musitó destrozada—. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita un médico? ¿Por qué le han descubierto el rostro?
Él no se inmutó ni cambió de postura cuando habló.
—Estoy deshonrado. Jun Fudo está deshonrado. Para siempre.
Lentamente abandonó su posición de rezo sobre la piedra helada. Se puso en pie y tras unos instantes de meditación, volteó para mirarla. Tenía los ojos llenos de lágrimas.
¡Rhysand Spencer!
¿¡Rhysand!?
Anne se tambaleó a punto de caer al suelo. Él se abalanzó contra la puerta y aferró con violencia los barrotes de la celda sin apartar de ella los ojos. Intentó tocarla pero Anne retrocedió buscando una distancia que la salvara de sí misma y de la escena que se le dibujaba delante de los ojos. Las pupilas húmedas, las piernas temblorosas, el corazón a punto del colapso. Apenas respiraba, no podía pensar. Estaba aturdida, como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza del que no conseguía recuperarse.
—Me has engañado —balbuceó desolada—. Todo este tiempo has sido tú. Y te has reído de mí, de mi inocencia, de mi ignorancia.
—Anne… estás equivocada.
—No puedo perdonarte, no me lo pidas. Ni se te ocurra pedírmelo.
—Anne, tienes que escucharme.
—No quiero saber nada de ti, ni volver a verte en toda mi vida. —Cada palabra le ardía como hielo en la lengua y sacarlas fuera era como tragar pedazos de cristal roto.
—¡Traté de explicarte y no me lo permitiste! —se desesperó Rhys, la agonía estallándole en el rostro.

—Te ayudaré a salir de aquí y después de eso habremos terminado —dijo ella con claridad y firmeza.
Rhys inclinó la cabeza al tiempo que alzaba una mano. Grande, cálida, poderosa.
—No, Anne, no te inmiscuyas.
—Les diré a todos que obedeciste órdenes, que el propio duque te prohibió acompañarlo porque deseaba estar a solas con su prometida. Conmigo.
—No se te ocurra confesar algo así, quedarías marcada para siempre.
Una sonrisa amarga como la hiel le cruzó la cara a Anne, igual que un fantasma.
—Ya lo estoy, aquí dentro —se señaló el corazón—. Tengo heridas que no sé cómo cerrar, ni siquiera sé si tienen cura.
—Anne, te lo suplico.
—No te mereces estar aquí cuando tu único crimen ha sido pretender ayudar a un amigo. Aunque a mí no me hayas dispensado el menor respeto.
Rhys hundió la cabeza y la volvió a levantar. Por un instante fue como si las sombras de aquella celda se retorcieran a su alrededor y amenazaran con engullirlo.
—Anne, no digas nada, no intervengas, no te impliques.
Ella mantuvo la expresión imperturbable. Lejana y vacía. Indescriptiblemente triste.
—Si puedo sacarte de aquí diré lo que haga falta. Saben que estuve en Highgate Manor, no descubro nada nuevo.
—No disponen de nada con lo que poder incriminarte, no te encontraron dentro de la casa. Pudiste ir con la intención de advertirle para salvarlo. Pudiste ir acompañada de una doncella que se asustó con la explosión y huyó. No existen testigos, podrías contar lo que quieras, no tienes por qué confesar que ibas a verte con él allí a solas y arruinar tu reputación.
—Lo haré o mi conciencia no me permitirá vivir en paz. Siempre les dije a mis amigas que sería su adorable solterona. Ahora les demostraré que no me equivocaba —remató con una sonrisa de honda pesadumbre.
Le habría gustado confesarle a gritos que se entregaba para salvarlo porque lo amaba, cualquier cosa con tal de garantizarle una vida en libertad, porque no podía consentir aquella acusación injusta en su contra que lo destruiría. Pero su burla, su persistente mentira, lo que creía haber sentido por él… Aquello que no era sino un espejismo ridículo, la hería. Era una dentellada fiera en mitad del pecho, ahí donde anidan las emociones más sensibles. Algo afilado y cruel se las había arrancado de cuajo.
Rhys estiró por segunda vez el brazo entre las rejas buscando tocarla.

Anne se puso fuera de su alcance.
—Anne, por favor, déjalo estar.
—¡Se acabó el tiempo! —rugió el centinela, brotando de entre las sombras.
—¡Anne!
—Vamos, señorita, la llevo de vuelta al despacho del señor Bean.
—Antes deseo hablar con el juez encargado de este caso.
— ¡Anne!
—¿Con el juez? —El carcelero se encogió de hombros—. El director verá qué puede hacerse.
—¡Anne, no! —gritó de nuevo Jun.
Pero todo lo que vio fue la espalda de la joven y su delicada cadencia al caminar.
—Hasta nunca, señor Jun —murmuró ella, sin girarse, en un susurro de terciopelo.
Salió al pasillo camino de la salida. Mareada, todavía incrédula, deseando la muerte. Con razón aquellos ojos, el porte y modo de moverse, le resultaban familiares. Malditos Spencer. Solo que no era uno, era el otro.
Había estado cerca.
Se abrió una puerta y se dio de bruces con Cassian acompañado de Lucien. Quedaba claro que venían a visitar al prisionero. Ninguno logró disimular su sorpresa al verla allí. Ni siquiera reaccionaron, abrieron ojos y boca hasta parecer estatuas y luego, nada. Anne los miró muy despacio. Primero a Cassian, luego a su hermano menor. Con los labios apretados en una fina línea rosada y los ojos llenos de estrellas amargas.
—Enhorabuena, caballeros. Ustedes sí que saben guardar un secreto.

Capítulo 39

Un, dos, tres. No sé cómo decirlo
para que quede claro: no quiero verte.

Los días podían sucederse maravillosos, que a Anne Hagstings poco le importaba. No conseguía verlos, mucho menos disfrutarlos. La molesta lluvia que deslucía los placenteros paseos por la ciudad y el parque se iba espaciando conforme avanzaba la primavera, pero la joven dama se obstinaba en mantenerse encerrada tras las paredes de la casa familiar. Se colocaba la labor de costura en el regazo y dejaba pasar las horas muertas sin enarbolar la aguja. Sostenía la novela de turno entre sus finos dedos y leía unas cien veces seguidas la primera frase de la página abierta, sin avanzar. Bebía té mecánicamente sin paladear su sabor.

Anne tenía un nombre para aquel estado: se había dejado robar el alma. Era un ser humano hueco y sin espíritu, desalmado en el más estricto sentido literal del término.

Y de todo lo sucedido ella era la única responsable. Por amar a ciegas.

Un día tras otro, Jane Hagstings revoloteaba a su alrededor con aire consternado, sin querer presionarla ni interrogar demasiado, sin sonsacarle conversación a la fuerza, ni obligarla a comer. A Jane le gustaba pensar que no era de esas madres sobreprotectoras que asfixiaban a sus hijos con recomendaciones y exagerados mimos. Pero el estado catatónico de Anne, que ni siquiera la visita de sus amigas había logrado animar, le quitaba el sueño.

—Hija, ¿te importa si tomo el té aquí, a tu lado?

La joven la miró con desgana. Estaba junto al ventanal, observando el exterior a través de los visillos traslúcidos. Ver sin ser vista, el lema de toda su vida.

—No sé para qué pregunta, madre, si ya se ha instalado.

—¿Te sirvo una tacita? Te calentará por dentro…

—No tengo… De acuerdo —se resignó al verla manos a la obra—, sírvala.

—Cariño, entiendo que has perdido a una persona muy importante.

Las amistades que fraguamos en la niñez nos marcan en lo profundo. Además, cuando conociste a Jamie no te sobraban amigas, precisamente.
—*Hum* —gruñó su hija, sin más detalles.
—Y no se puede obviar lo romántico y novelesco de reencontraros después de tantos años y que vuestro afecto y consideración mutua siguieran intactos.
—*Hum*.
La señora Hagstings carraspeó agobiada. Encadenó un sorbito de té con otro hasta haber consumido media taza. Entonces la posó en la mesita.
—Me imagino que la posibilidad no solo de casarte por amor sino de llegar a ser reina…
—Madre —la interrumpió Anne, girando los ojos hacia ella; una reacción que Jane consideró positiva en un principio—, si piensa por un segundo que la perspectiva de convertirme en reina, princesa o marquesa me desvela, es que no me conoce en absoluto.
—No me refería a eso, querida. Pero ¿a quién le amarga un dulce?
—A mí. —Anne volvió a su parálisis, mirando desenfocada la ventana —. Y a Jimmy. Él nunca quiso ser rey, lo detestaba. Era un hombre sencillo que adoraba la discreción, una vida lejos del sometimiento a las obligaciones y no ser reconocido ni vigilado.
—Me estás malinterpretando. Lo que quiero decir es que muchas cosas increíbles que pudieron haber pasado y que serían el sueño de cualquier jovencita casadera, quedaron en agua de borrajas tras… Y es natural que te sientas decepcionada.
—¿Decepcionada? —Anne pensó en Rhysand. En Jun. En lo que había sentido cuando le vio la cara y lo comprendió todo. En el modo en que su corazón se abrió en canal por la mitad. Prácticamente había escuchado el crujido del desgarro, el dolor infinito—. Sí, madre, es una buena palabra. Supongo que estoy decepcionada.
—Pero te tienes que recuperar, no podemos permitir que enfermes. Hay bailes y fiestas a las que estás invitada y que…
—Creo que este año podemos dar por acabada la temporada.
«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera».
Había sido una premonición.
—¿Cómo dices eso? Pronto cumplirás los veintiuno…
—Y podré por fin convertirme en una solterona —repuso Anne, con una amplia sonrisa intrigante entre los labios.
Su madre ladeó la cabeza, como un perro que escucha un sonido extraño.
—¿Estás siendo sarcástica?
—Ni siquiera sé qué significa esa palabra.

—Lo estás siendo. Bebe, querida —señaló la taza de té abandonada entre las manos lánguidas de su hija.
—Quema.
—Ya no. Bebe.
Anne se llevó sin rechistar la taza a la boca, pero Jane habría jurado que cuando volvió al plato tenía exactamente el mismo contenido. Se puso en pie y estiró su falda de tafetán azul oscuro con un gemido quejumbroso.
—En fin. Sabes que no es mi intención obligarte…
—Disculpe, señora. —Una criada hizo aparición en la sala—. El señor Spencer desea ver a la señorita.
Jane Hagstings hizo un gesto animoso de interés.
—¿Cuál señor Spencer? —concretó Anne, con tono afilado.
—El señor Rhysand Spencer.
¿¡Un posible pretendiente que borrara las penas de su hija y curase su maltrecho corazón!? ¡Albricias! Poseída por el espíritu de la esperanza, Jane Hagstings fue a dar permiso complacida pero su malencarada hija se le adelantó.
—Dígale que no estoy.
—Pe…, pero ¡Anne!
—Que se vaya —insistió aún más firme.
La señora de la casa dirigió a la muchacha una mirada con la que rogaba compasión. La criada prefirió no tomar partido, hizo una pequeña reverencia y acató la orden.
—¿Por qué? ¿Por qué le has dicho que se vaya? Es hijo de lady Rothgar y lady Rothgar y yo hablamos antes de mi viaje…
Anne se puso en pie con toda la templanza que le permitieron sus nervios desquiciados. Se desembarazó del té y miró a Jane con ojos tibios.
—Sé lo que la vizcondesa y tú tramasteis, madre. Podéis olvidarlo cuanto antes.

El tercer sobrino del conde de Herrick se reveló como el hombre más tenaz e insistente que conocieran los ocupantes de la mansión Hagstings. A partir de aquella infructuosa audiencia, acudió a diario, mañana y tarde, a la sagrada hora del té, insistiendo en su petición de entrevistarse con la hija mayor de la familia. Sin ningún éxito, todo hay que decirlo. La señorita Anne Hagstings, a la que cualquiera hasta aquel momento habría definido como asustadiza y blanda de carácter, se mantuvo firme cual mástil de navío en su decisión de rechazar al visitante sin que los ruegos y pataletas de su señora madre la impresionaran lo más mínimo.
—Anne, hija mía, entiende que estás siendo terriblemente descortés —

le recordó su padre aquel día en la mesa del desayuno.
Anne acababa de despachar al lacayo que había aparecido con su bandejita de plata y la nota firmada por Rhysand Spencer a su atención. Sin leerla.
—No sé cómo decirlo para que quede claro —se enrocó la joven, mirando a su padre con algo cercano a la desesperación—: no quiero verlo.
La señora Hagstings contuvo un sollozo e hizo señas a su esposo para que lo dejara correr. Era evidente que forzándola no iban a conseguir nada.
—Ese joven atento, apuesto y de buena familia ha debido de cometer una falta imperdonable para que lo trates de ese modo.
—Lo suyo no son faltas, son pecados mortales —gruñó ella entre dientes.
El señor Hagstings aguzó la oreja porque no se había enterado de nada.
—¿Cómo dices?
—Que no es de mi agrado, padre. Y ahora, si me disculpan, deseo retirarme a mi dormitorio. Me duele la cabeza.
Fue subir la escalera y sentir la mordedura del arrepentimiento. Le sucedía cada día, cada tarde, después de alejarlo, de golpearlo con su desprecio. En lugar de sentirse complacida por su evidente superioridad y halagada por el incuestionable interés de Rhys y su persistencia, el rechazo le dejaba mal sabor de boca y dolor de corazón. No sabía cómo manejar aquello y salir indemne. Lo que sí sabía es que lejos de aquel hombre peligroso, libertino y estafador, estaría más segura.
Más segura quizá. Pero ¿más feliz?

Capítulo 40

Un, dos, tres.
Lo que consigue tu recuerdo.

Anne se encerró en su habitación y sacó papel y tinta del escritorio. Lo dispuso todo como siguiendo un arranque imparable y desenfrenado, para escribirle a Jun. Sería una nota corta, nada demasiado amable, mucho menos zalamero. Le pediría, le rogaría, no, mejor, le exigiría que dejara de molestarla. De venir hasta su puerta con absurdas pretensiones porque ella no pensaba perdonarlo mientras le quedase un aliento de vida en el pecho.

Se aclaró la garganta como si fuese a dar un discurso.

«Estimado Jun…»

Se interrumpió. No, nada de estimado. ¿Cómo que estimado? Odioso, detestable, infame y fastidioso. Sin embargo, aquel hombre le había salvado la vida. Y le había demostrado dedicación y afecto que, aunque finalmente resultaran ser falsos, en su momento le parecieron sinceros. No podía insultarlo si se refería a él como Jun. Jun Fudo era su amor imposible, su caballero de brillante armadura, su héroe.

«Señor Spencer…»

Demasiado impersonal, podría estar refiriéndose a cualquiera de los seis hermanos. Si aquella nota caía en las manos equivocadas se armaría un buen lío.

«Sepa, señor Rhysand…»

¡Diablos!

Soltó la pluma de un golpe contra la mesa y la tinta color verde esmeralda salpicó todo el papel de carta. Iba a resultar que escribir una sencilla nota que pusiera fin a todo aquel sufrimiento, no era tarea para gente normal. Requería de dotes y virtudes que era palpable, ella no poseía. Como Evelyn, que podía injuriarte gravemente y convertirte en piedra con una sola mirada de aquellos ojos enormes, sin perder la sonrisa y sin que se le moviera un pelo. O Rebeca, que podía cantarte las verdades más dolorosas mirándote cara a cara, sin perder la compostura. O Julianna, que enganchaba de las greñas a su oponente antes de darle oportunidad de replicar y seguía

siendo encantadora.
Ella no era así. Era la pequeña Anne, la timorata, la invisible, la diminuta Anne. La que jamás sabría cómo rebelarse y hacerse valer aunque la pisotearan.
Aunque con Rhysand, mejor dicho, *contra* Rhysand, estaba haciéndolo bastante bien.
Abandonó la silla y se puso a dar vueltas frenéticas por el amplio dormitorio. Después de atravesarlo cruzó su gabinete privado y de vuelta a su nido cálido. Se dejó caer de espaldas sobre la cama y fijó los ojos en los pliegues del dosel.
Maldita suerte la suya. El hombre del que se había enamorado hasta las enaguas no era más que un impostor con un lado oscuro que no iba precisamente vestido de negro. ¿Cuál de sus dos identidades sería la real? ¿Cuál se correspondería con su esencia? ¿La del bravo, diestro y noble guerrero oriental o la del miserable, libertino y burlón sobrino del conde?
Poco a poco, como un mal veneno, Jun se le había metido bajo la piel. La mirada ardiente de aquellos ojos la embrujó y ahora que tenía la desgracia de haber constatado la insoportable belleza del resto oculto, sería incapaz de apartarlo de su memoria. Aquel cuerpo elástico y perfecto que la atrapó y la cubrió, exponiéndose pero distanciándola del peligro; su cercanía cuando saltaron de tejado en tejado en aquel barrio de los arrabales. Su preocupación por protegerla a toda costa aun cuando estaba gravemente herido… Se erizó la delicada piel de su cuello. De sus brazos, del interior de sus muslos.
La sensación que le dejó en la boca aquellos pocos besos robados…
Anne dejó escapar un suspiro emocionado que no dejó de sorprenderla. ¿Qué era lo que la tenía tan…, alterada? ¿Por qué aquel mordisco en el vientre, en el pecho, entre las piernas, en los…, pezones?
Llevó la mano titubeante al escote y con la punta de los dedos repasó el borde, allí donde la tela besaba la piel. Entrecerró los ojos recreando su imagen. Curiosamente, no la del guardián enmascarado cuyo único rasgo humano visible eran los ojos, sino aquel momento dentro de la celda, entre sublime y fatídico, en que Rhysand Spencer se había volteado a rostro descubierto para mirarla.
Para clavar en ella sus pupilas como si el mundo alrededor se derrumbara.
El suave pellizco contra los pezones se apretó y Anne soltó un jadeo. ¿De dónde había venido aquel calambrazo de placer exquisito que le había calentado el cuerpo? Llevó el dorso de la mano a la mejilla. Ardía. Guiada por un instinto inexplorado, casi animal, sus pies se apoyaron contra la cama, sus piernas se separaron y Anne se cubrió el rostro con uno de los almohadones para que nadie pudiera escucharla.

Actuando por su propia cuenta, siguiendo los dictados de la necesidad más primaria, sus dedos esbeltos traspasaron la ropa interior y se centraron en su zona más íntima.
Esa en la que debía de estar prohibido pensar siquiera.
Fue mucho más allá de pensarla.
Su intimidad se volvió jugosa y ella retozó con aquellos pliegues húmedos. El roce le arrancó un gemido de la parte más profunda de la garganta. Anne lanzó atrás la cabeza y arqueó la espalda cuando el dedo empezó a moverse, la mano libre sobre el vientre, de ahí a los pechos endurecidos, ansiosos. Temblaba. Todo su cuerpo se estremecía en una violenta tensión que parecía capaz de romperla en dos. Estaba mojada allí abajo, muy mojada. Y su respiración agitada ya no era más que un jadeo desesperado.
No podía más. No podía soportar aquel escalofrío de placer infinito por más tiempo. Abrió la boca para gritar justo cuando alcanzaba el clímax y el punto álgido…
Alguien llamó entonces a la puerta y Anne dispuso del tiempo imprescindible para saltar del lecho, recomponerse, formar una bola enorme con todos los papeles de cartas frustradas emborronados y esconderlos en un cajón. Una criada entró con una profunda reverencia. Anne rezó a todos los santos porque no advirtiera su respiración entrecortada, su pelo revuelto y las mejillas y labios rojos como cerezas maduras.
En realidad no tenía nada que temer, la chica miraba a la alfombra.
—Señorita, la vizcondesa…
No pudo continuar: La cabellera color fuego de Julianna apareció por detrás como un hada del bosque apartando arbustos. Se abrió paso haciendo a un lado a la criada.
—¡El bebé! ¡Anne, el bebé de Rebeca está llegando!

Capítulo 41

Un, dos, tres. La llegada del pequeño lord
nos toma desprevenidos.

—Se ha adelantado, no lo esperaban hasta dentro de dos semanas —explicó Julianna, propinando un fuerte tirón a la lazada del vestido de Anne—. Listo. Estás preciosa, podemos irnos.

—No me he adecentado el cabello —protestó Anne, aún sin recuperarse del todo de la desgraciada interrupción.

—Estás bien así, hay un largo trecho hasta Conventwood y no querría perderme ese momento extraordinario por nada del mundo. Mi coche aguarda en la puerta. —Se la quedó mirando un instante antes de abandonar el cuarto— ¿Te encuentras mal? ¿Tienes fiebre? —Le palpó la frente con la mano—. Estás muy roja.

Anne logró encontrar el modo de escabullirse y cuando Julianna quiso darse cuenta, ya estaba bajando la escalera. Evitó encararla.

—Estoy bien, un poco destemplada, eso es todo.

En la gran mansión de los Richmond todo era alboroto. Y no precisamente festivo. Cuando Julianna y Anne llegaron sin resuello al final de la escalera de la primera planta, el duque recorría las salas contiguas al dormitorio de la duquesa, al borde del frenesí, perseguido a ras de los talones por el señor Carson, cargado con una bandeja y una taza grande.

—Tómese esto, milord, le sentará bien.

Andrew Wellesley frenó en seco y se lo quedó mirando entre incrédulo y exasperado.

—¿Agua de azahar, señor Carson? ¿Agua de azahar?

—Es un remedio antiguo pero eficaz contra los nervios. Está usted muy atribulado, milord, debe calmarse.

Desde dentro de la habitación se escuchó un aullido de dolor. El duque se precipitó contra la puerta sin atreverse a abrirla.

—¿Ha nacido ya?

—No, milord. No se preocupe, todo va bien encaminado —se oyó responder desde dentro.
—Tráigame un brandy, señor Carson.
—Pe…, pero…
—Servido con generosidad. ¡Julianna, señorita Anne! Menos mal que han llegado. El bebé ha decidido nacer casi dos semanas antes de tiempo, me siento tan inútil…
El mayordomo, acongojado, les preguntó si deseaban tomar algo y tomó el camino escalera abajo con su bandeja y su agüita de azahar desperdiciada, dispuesto a regresar cargado de licores.
—Debe estar tranquilo, duque —repuso Julianna, con su amable sonrisa de siempre—. Imagino que ya se lo han recomendado.
—¡Todo está a punto! —Uno de los médicos asomó la cabeza por la puerta. Se le veía exultante con la perspectiva del nacimiento y su enorme bigote pareció cobrar vida propia—. ¿Las damas desean acompañar a la duquesa?
—¡Sí! —aceptaron Anne y Julianna a coro.
Justo antes de desaparecer dentro de la habitación, la vizcondesa giró la cabeza y contempló al inconsolable esposo.
—Vamos, duque, atrévase. Venga con nosotras, será un momento que no olvidará.
—¿Entrar…? ¿Ahí? ¿Yo? —Se descompuso solo de pensarlo.
—Sé que no es una costumbre muy inglesa pero Rebeca agradecerá tenerlo a su lado. No tenga miedo.
Andrew resopló, se armó de valor y dio una zancada que lo colocó en mitad del dormitorio de su adorada esposa. Julianna ya estaba junto al cabecero, tomándole una mano. Él corrió a tomarle la otra y a apretarla de modo que no olvidara que se encontraba allí, reconfortándola.
El aspecto de Rebeca Percy, agotada y sudorosa, era sin embargo el de una mujer hermosísima. Amelie, su ama de llaves de Amschel House, secaba las perlas de sudor de su frente. El duque se perdió en los ojos de la mujer a la que idolatraba.
—Estoy aquí, cariño, no temas. Estoy aquí y no pienso irme —recalcó anticipándose a las protestas del doctor.
Ella trató de sonreír, asintió con mucho esfuerzo y ejerció presión con ambas manos.
—Ahora, duquesa, respire hondo y cuando le indiquemos… —comenzó uno de los médicos con aire concienzudo.
—¡Empuje! —indicó el otro.
Rebeca hizo lo que le pedían. Lo que le pedían el cuerpo y la naturaleza, más bien. Apretó fuerte los dientes, las manos con las que se aferraba a su esposo y a sus amigas y empujó cuanto pudo.
—Bien, bien, ¡muy bien! —El doctor la detuvo con un gesto de su

mano alzada.
—¿Está todo… en orden? —quiso saber el duque, temeroso.
—Progresa adecuadamente, milord. Un par de empujoncitos más…
Lo interrumpió un nuevo grito de los labios de la duquesa.
—Como el parto se ha presentado antes de tiempo… —musitó Amelie, sin poder ocultar su angustia.
—No hay de qué preocuparse —los alentó el doctor—, el pequeño lord está impaciente, es todo. Vamos, duquesa, un último esfuerzo.
Después de que Rebeca aullase en agonía, lo siguiente que se oyó fue un cuchicheo apresurado en la zona de sus piernas oculta bajo las sábanas y el llanto a pulmón de un bebé perfectamente sano. El doctor lo tomó en brazos, una asistente envolvió el pequeño bulto con unas tocas finamente bordadas y se lo entregaron a su padre. El duque de Richmond miró embelesado a su hijo antes de retornar al cabecero de la cama y ponérselo a su esposa sobre el pecho, a la altura del corazón.
Los dos lloraban. Julianna, Anne y Amelie sacaron sus pañuelos, embargadas por la emoción.
—Mira nuestro hijo. ¿No es precioso? —murmuró Andrew, secándose las lágrimas con la manga de la levita.
—Es el niño más guapo del mundo —sollozó Amelie, sonándose ruidosamente la nariz.
—Enhorabuena, Rebeca, has sido una valiente —aplaudió Julianna, besándole la frente helada a su amiga.
—Estaré a tu lado cuando sea tu hora —prometió lady Richmond, dejando que los diminutos deditos de su hijo se enredaran en los suyos.
—Nuestra Evelyn jamás se perdonará no haber estado hoy aquí con nosotras —hipó Julianna, con las mejillas coloradas.
—¿Qué nombre habéis elegido? —quiso saber Anne, que estaba a punto de ponerse a dar saltos y a bailar por toda la estancia.
—Nos gusta muchísimo Rhysand —miraron a dúo a Julianna. Anne se quedó rígida—, como el hermano menor del vizconde. Pero finalmente hemos decidido que se llamará Ralph, como nuestros padres.
—Los dos coinciden en llamarse igual —explicó Richmond— y de seguro están ahora en alguna parte, juntos y celebrando el nacimiento de su primer nieto.
—Ralph es un gran nombre —alabó Anne, mucho más aliviada.
Rhys no.
Rhys era un nombre peligroso. Un nombre que se te pegaba a los labios y te absorbía la vida; un nombre para caballeros que partían corazones.
Los doctores se aproximaron al emotivo grupo, sin querer molestar

demasiado. Uno de ellos se frotaba enérgicamente las manos en una toalla de hilo.

—Deberían retirarse para que la duquesa pueda descansar. Nosotros nos encargaremos de atenderla.

—Y hemos de asear al bebé —recordó una de las asistentas de uniforme, colocándose junto a los duques para que se lo entregaran—. Será solo un instante, excelencia, enseguida lo tendrá de nuevo en sus brazos.

Richmond cedió a su hijito de mala gana, no sin antes besarle la frente y besar a su esposa. Apenas si podía articular palabra.

—¿Podría quedarme? —preguntó con timidez Amelie.

La duquesa asintió con brío y le tendió una mano a la mujer que había sido como su segunda madre.

—¡Celebrémoslo con…, una taza de té o dos! —El duque caminó hacia la salida en el que, sin duda, se había convertido en uno de los días más felices de su existencia—. ¡Carson! ¿Todavía está disponible ese agua de azahar? ¡Azahar para todos!

Capítulo 42

Un, dos, tres. Encuentros fortuitos
o no tan fortuitos.

—Paseemos un rato —ordenó la señorita Hagstings a su doncella—. No me muero precisamente de ganas de volver a esa tediosa casa vacía.

—Dicen que lloverá más pronto que tarde, señorita.

—Aprovechemos entonces y vayamos al parque.

—¿A Hyde Park?

—No. A Hyde Park va todo el mundo. A otro lugar más íntimo y discreto. Visitaremos los jardines de Vauxhall.

—Quedan apartados, señorita, al otro lado del río.

Anne se preguntó si encontrar pegas que poner a todo formaba parte de la formación básica para convertirse en doncella.

—Para eso tenemos un cochero, ¿no te parece?

Volvían de lo que debería haber sido una divertida jornada de compras en la zona de Bond Street. Guantes de seda nuevos, adornos brillantes para el pelo y un par de chales bordados. Dos abanicos, papel de carta perfumado con lavanda, tinta y nada para el dolor insoportable que seguía latiéndole en el corazón.

Para eso, por desgracia, no encontraba antídoto.

Durante el trayecto se mantuvo absorta en lo que veía a través de la ventanilla. Rememorando el mágico momento del nacimiento del pequeño lord. A partir de ahora, aquel glorioso milagro apartaría aún más a Rebeca y a su esposo, el duque, de la vida social obligatoria si eras soltera. Del mismo modo, Julianna, que esperaba su primer hijo y el vizconde, vivían felices en Herrick House rodeados de su bulliciosa familia, bien entretenidos sin necesidad de acudir a ningún baile, fiesta o reunión. En cuanto Evelyn y el coronel regresaran de su viaje de luna de miel se unirían a ellos.

Y entonces, ¿qué haría ella?

«La temporada llega a su fin y la señorita Anne Hagstings continúa soltera» le retumbó en la cabeza.

¿Vagabundear sola de salón en salón mendigando la atención o el reconocimiento de algún caballero lo suficientemente digno como para aspirar a su mano? Solo imaginarlo le provocaba escalofríos. No

quería ir a ninguna parte sin sus amigas. No pensaba crear nuevos lazos ni conocer a otras mujeres, ya sabía lo que rondaba en el mercado de las jovencitas casaderas: auténticas brujas maléficas disfrazadas de persona.

Descendieron del carruaje y sus pensamientos siguieron por los mismos derroteros. Es posible que su doncella comentase algo acerca de la implacable humedad o de las bellas rosas florecidas, pero sus frases le llegaron difusas y como lejanas. No estaba prestando la atención necesaria.

—Señorita Hagstings. Qué agradable coincidencia.

Tembló de pies a cabeza al oír aquella voz grave, seria y formal que la atravesó como un dardo envenenado. Miró, casi con pavor, al hombre que se tocaba el ala del sombrero y la saludaba con una elegante inclinación.

—¿Coincidencia, señor Spencer?

—Por descontado. —Rhys le dedicó una sonrisa arrebatadora, una de esas con las que solía atrapar a las damas sin concederles ninguna oportunidad de salvación. Y se colocó a su lado, adecuando su paso al de ella, como si tuviese intención de acompañarla.

—¿Me vengo a pasear al jardín más apartado y menos conocido de Londres y casualmente —remarcó la palabra con resentimiento— me topo con usted?

—No estará insinuando que la espío.

—Puede imaginar que viniendo de usted, no me sorprendería lo más mínimo.

Antes de que él siguiera arrinconándola con palabras hechizadoras que no quería escuchar, Anne trató de escabullirse, pero Rhys le cortó el paso estirando tanto su brazo izquierdo como su largo bastón.

—Ni lo sueñe. No piense que dejaré que dé media vuelta y desaparezca. No monte un escándalo —la aleccionó con formalidad—, camine relajada y feliz, departa con el primo de una de sus mejores amigas como si fuese lo más entretenido de la semana. No tema, llevamos carabina. Irradiemos recato e ingenuidad. Pero por todos los demonios que danzan en el infierno, va usted a escucharme. —Su tono se endureció visiblemente al llegar a la frase final.

A la joven se le encogió el estómago. Tenerlo allí, tan cerca, después de todo lo que había batallado para esquivarlo, la turbaba hasta lo insoportable. Y estaba más apuesto que nunca, con su levita azul oscuro, sus pantalones y botas altas negros, y su camisa blanca con chaleco de seda bordada.

—No sé por qué debería…

—Porque merezco explicar mis razones. Luego puede condenarme si lo desea.

—Desconozco todas las razones posibles, pero dudo que exista alguna

que lo exculpe.
Él hizo como si no la hubiera oído.
—No le desvelé mi identidad porque lo tenía prohibido.
—Ah —exclamó Anne, tratando de sonar desinteresada—, el juramento.
—Sí, el juramento. No lo tome a broma. Cuando un ninja actúa de guardián está obligado a convertirse y comportarse como una sombra. Sin ser, sin identidad.
Ella se obligó a mirar al frente, siempre al frente. Al caminillo, a los árboles, cualquier cosa que no fuera aquel rostro insoportablemente perfecto y a sus pupilas fogosas.
—Así que no era un invento suyo, después de todo.
—Claro que no —rugió Rhys, ofendido.
—¿Jun Fudo existe?
—Desde luego que sí, es el nombre sagrado con el que renací tras mi formación como guerrero.
Durante los minutos que siguieron a la confesión de Rhysand, los dos jóvenes se dedicaron en cuerpo y alma a pasear, escondiendo en lo más profundo los sentimientos que les palpitaban a superficie, bajo la piel.
—No se sienta tan especial, señorita Hagstings, ocultárselo no fue nada personal. Tampoco lo sabían mi madre o mi tío, mis hermanos gemelos, Henry o mis primas. Ni lady Norfolk. Únicamente Jamie y por supuesto, mis dos hermanos mayores Cassian y Lucien, porque apadrinaron mi nombramiento. Es curioso que usted sospechase que uno de ellos era yo.
—Sí, debió de parecerle de lo más cómico. Así que un agente al servicio de Su Majestad, doble identidad, misiones peligrosas, oculto en la sombra… De ahí las desapariciones sin explicación alguna durante días, que tanto inquietaban a su madre.
—No le quepa duda, prefiero pasar por granuja y libertino a traicionar mi sagrado juramento.
«Granuja delicioso, en todo caso» pensó ella, más aplacada.
—Algo de verdad habrá en esa fama suya —gruñó ella.
—Algo de verdad hay —reconoció él, cediendo a una chispa de buen humor.
—Supongamos que le creo y que doy por buenas todas sus excusas…
—No son excusas —refutó Rhysand con la mandíbula apretada.
—Supongamos que las acepto. —Anne se detuvo y con el corazón en un puño, se atrevió a mirarlo a los ojos. Parecía atormentado—. ¿Hacía falta tratarme tan mal? ¿Ser tan inhumanamente cruel? Dígame, ¿qué le hice para merecerlo?
—Seguramente no hallé otro camino para protegerme.
—¿Protegerse?

—Ignorarla y mantenerme alejado fue lo más conveniente en el caso de Jun Fudo. Provocarla para que fuera usted quien me evitara, mi escudo como Rhysand Spencer.

—No entiendo a dónde quiere ir a parar…

Mentira, sí que lo sabía. Solo que no se atrevía a considerarlo verdad. Quería oírlo directamente de sus propios labios.

—Evité a toda costa caer en sus redes —aclaró Rhys con aspereza.

Ella arqueó las cejas de un modo adorable.

—Yo no tiendo trampas, no puede estar hablando en serio.

—Lo hago, no lo dude ni por un instante. Esa densa tela de araña que usted tejía sin saberlo con sus sonrisas tímidas, sus mejillas ruborizadas, sus ojos azul mar siempre sorprendidos, con su enorme corazón generoso, el arrojo que muestra cuando toca defender a alguien que le importa. Todas esas virtudes que posee. Hace usted imposible no enamorarse, señorita Hagstings. Perdidamente —añadió con toda la intención.

Las mejillas de Anne se colorearon y ardieron. Por ese orden. ¿Le estaba diciendo que se había…, enamorado? ¿De ella?

—Y una vez que por fin me ha permitido explicarme, le doy las gracias de todo corazón y me retiro. No volveré a molestarla.

«¿Cómo?

¿Iba a marcharse? ¿Así, sin más? ¿Después de haberse vaciado de aquel modo sublime?»

—Ha sido un placer, señorita Hagstings. —Se inclinó cortés—. Le ruego me dispense por todas las veces que he osado importunarla en la paz de su hogar. Sobre todo, mis disculpas a su mayordomo. Creo que estuve a punto de volverlo loco.

Capítulo 43

Un, dos, tres. Porque por alguna causa maravillosa ya no soy la misma.

Un mes. Treinta días después de aquello. Demasiados sin saber de él. Después de su insistencia acudiendo a la residencia Hagstings cada día ¡dos veces! solicitando verla. Después de haberla abordado en el parque y haberse despachado a gusto, después de haber insinuado que albergaba sentimientos verdaderos por ella, ahora parecía habérselo tragado la tierra.

Y era terrible.

Porque al escuchar sus razones Anne había entendido que su enfado, si bien era lógico, debía suavizarse, que muchos aspectos de aquella historia estaban, por más que ella detestase la idea, justificados.

Rhys Spencer cargaba con el peso de una doble identidad. Y había creado un personaje alrededor del menos misterioso, del más expuesto, que era el sobrino del conde. A nadie podía extrañarle que un joven tan atractivo y seductor ante el que aleteaban todos los ojos y los abanicos bateaban enloquecidos, fuera un mujeriego y viviera como un libertino. Era el disfraz perfecto. Respecto a Jun, era una figura exótica, misteriosa y desconocida que apenas si revelaba nada de sí mismo, incluido el nombre, y cuya presencia la explicaba la excentricidad del duque.

Rhysand la había tratado con desdén, conformes; se había burlado de ella, sí. Pero no había motivos para pensar que hubiese maldad en el fondo de sus palabras. ¿Era cierto que solo pretendía alejarla porque…, porque sentía algo que iba más allá de su control?

¿Podría ser que se hubiese enamorado? ¿Un hombre como él de una mujer como ella?

Anne bufó irritada.

La había envuelto con frases bonitas. Piropeando su sonrisa, el color de sus ojos o su valentía. Y la treta, si es que lo era, había funcionado. Ahora estaba confusa y se moría de ganas por tenerlo delante, porque volviese a declararle su amor para poder aceptar con una provocadora

caída de pestañas… Y sin embargo, al aguerrido señor Spencer parecía habérselo llevado el viento.
Anne Hagstings se sentía ansiosa y felizmente embaucada.
¿Tal extraña mezcla podía darse? Era evidente que, en su caso, sí.
—Madre, salgo a dar un paseo. Es un terrible pecado no disfrutar de este tiempo tan benévolo.
La dama levantó los ojos del interesante libro de aventuras pirata que devoraba.
—¿Cómo dices?
—¿Está leyendo…? —Anne dio un paso al frente y Jane se apresuró en poner la novela fuera de su alcance— ¿Está leyendo los libros de cuentos que les reservo a los niños?
La señora Hagstings estuvo a punto de negar con total desfachatez.
—Son… distraídos —admitió finalmente.
—Y pasionales, madre, pasionales —calificó Anne, en un susurro.
Su madre gimió con escándalo.
—¡Querida!
—No la juzgo. Me he dado cuenta de que la vida es una aventura maravillosa, solo hay que reunir las agallas suficientes como para gozarla antes de que se esfume y nos deje con las manos vacías.
La señora Hagstings se quedó mirando a su hija desde el diván tapizado en raso rojo manzana del Edén. Con una sombra de tribulación en las pupilas.
—Hablas… raro.
—Me preparo para convertirme en la solterona de la temporada —expuso con irónico humor—. Ya que no puedo ser el diamante…
—No digas eso, hija mía. Todavía nos queda el año próximo.
—Por suerte no tengo hermanas menores que puedan resultar perjudicadas por mi soltería, madre. James y Charles se casarán sin problema cuando llegue el momento así que… Puedes soltar todo ese aire que acumulas en los pulmones.
—Lo dices como si no te importara.
—Es que no me importa. —Anne acabó de colocarse los guantes, empujando dedo a dedo con una picardía que su madre jamás antes había detectado en ella. Hasta la veía más… ¿Alta? ¿Pudiera ser?—. No es ninguna tragedia, madre. Os tengo a padre y a ti, a los niños, a sus esposas cuando se casen, a mis insustituibles amigas, a sus adorables esposos y a todos sus hijos. ¿Puedo quejarme? No tendría ningún derecho.
—Todas las jovencitas desean…
—Debe de ser que no me parezco a la mayoría de las jovencitas y en lo más hondo de mi pecho late un corazón ávido de aventuras. Dice el duque de Richmond que somos cuatro mujeres extraordinarias; y estoy de acuerdo. ¿Me acompañas? Voy a Gunter´s a tomar un sorbete.

—¿Sola? —respingó la señora.
—Con mi doncella —bufó Anne, con aburrimiento.
—No tardes, querida.
—¿De verdad no te apetece acompañarme? Luce un sol espléndido.
—Creo que me quedaré…, leyendo.
De un plumazo, la joven lo entendió todo. No entendía cómo no se había fijado antes en las mejillas arreboladas de su madre y en su respiración algo agitada.
—Ah, claro. Los piratas. Que los disfrutes.
En opinión de su madre, que persiguió sus movimientos hasta verla salir por la puerta, Anne se despidió con una alegría excesiva. Obviamente la prefería a esa joven apática y muerta en vida que había sido hasta semanas antes, no obstante, no saber a qué se debía aquel permanente nerviosismo, una cierta ansiedad, como si en cualquier momento fuera a estallar en pedazos, la intranquilizaba.
¿Estaba su hija tan conforme con su probable condición de solterona como pretendía hacer ver? Ciertamente, tenía sus dudas.

Gunter´s Tea Shop, en Berkeley Square era el lugar de moda al que todo el mundo acudía con el buen tiempo a degustar helados, té, café y sorbetes. Como las abejas a las flores, lo mejorcito de la refinada sociedad del centro de Londres se dejaba ver en sus coquetos veladores y el ambiente, en general, era de lo más agradable y distendido.
Si bien es cierto que meses atrás a Anne Hagstings no se le habría pasado por la cabeza acudir sin compañía, más allá de la obligada presencia de su doncella, ahora lo hacía con total desparpajo y las miradas reprobadoras que otras damas pudieran lanzarle la traían sin cuidado. Pedía su consumición, invitaba a la muchacha que la escoltaba a sentarse, cosa que ella, por norma, rechazaba con timidez, y gozaba del libro que estuviera leyendo en aquel momento. Bebía y leía. Leía y fantaseaba. Fantaseaba y observaba. Observaba y comprobaba cuántas jóvenes le recordaban a la Anne Hagstings apocada e insegura que siempre fue.
Por fin la pequeña oruga se había convertido en mariposa, puede que el mundo alrededor no se percatase del cambio, pero ella así lo sentía. Después de mucho temer que no ocurriría, el poder inmenso de sus amigas, su vitalidad y su coraje la habían contagiado y la habían hecho crecer. Eso por no mencionar la última reunión que había tenido lugar en Coventwood, con el pretexto de celebrar en la intimidad la vuelta de la flamante señora Darwin de su luna de miel, donde las tres amigas casadas discutieron sin tapujos y con la mayor desvergüenza sus secretos de alcoba, haciendo que Anne necesitara

sales en dos ocasiones. Pero ¡santo cielo, lo que había aprendido!
La joven cerró los ojos sonrojada, pero sonriendo. Efectivamente, hubo un antes y un después en su vida tras esa tarde memorable. Ahora solo necesitaba que Rhysand Spencer dejara de hacerse el inaccesible y regresara para cortejarla de un modo formal, haciendo honor a los sentimientos que decía tener.
Sin embargo…, ni rastro. Ni noticia. Ni chisme ni rumor. Y eso la tenía del todo desquiciada.
—¡Buenas tardes, señorita Hagstings! Menuda sorpresa, ¿cómo usted por aquí?
Anne dejó de respirar en el mismo instante en que Rhys apareció de la nada, como convocado por su deseo, y se sentó en su mesa, demasiado cerca, sin esperar a ser invitado. La sonrisa diabólicamente tentadora, amplia y relajada. Su actitud depredadora y segura. Sus ojos dulces, serenos. La joven abrió la boca seguramente para decir algo, solo que se olvidó a mitad de camino y volvió a cerrarla. Todas las mujeres del salón de té colocaron sus ojos bien enganchados en aquel impresionante ejemplar de caballero que las había llevado a hiperventilar a coro.
—Cuánto…, cuánto tiempo, señor Spencer —fue todo lo que acertó a decir Anne, cerrando cuidadosamente el libro.
—He estado ocupado, esa es la verdad. —Se explicó con total desenfado, al tiempo que hacía una seña al camarero y pedía un sorbete idéntico al de Anne—. Imagino que ya está al tanto de que mi prima regresó. ¿Le escribió durante su viaje? Han disfrutado tanto de ese recorrido por Europa…
Anne jadeó.
¿Por qué motivo Rhys sonreía feliz todo el tiempo, la trataba como a una buena amiga, y el ardor de sus ojos flameantes de deseo de aquel encuentro en Vauxhall parecía extinguido?

Capítulo 44

Un, dos, tres. Al parecer, todo
lo nuestro se esfumó en el aire.

—Me escribió, en efecto. Y no solo eso: ya hemos tenido el placer de reencontrarnos y cambiar impresiones cara a cara.

—La noto feliz. A mi prima, me refiero. ¿No le parece, señorita Hagstings?

El camarero dejó el sorbete del señor sobre la mesa, en una preciosa copa de cristal tallado y desapareció siguiendo las más estrictas normas de la discreción.

—Se aman mucho. Y el coronel es un gran hombre y sabe tratarla, tendrán un matrimonio duradero y dichoso.

—¿Y usted, señorita Hagstings? ¿Cuándo piensa casarse?

Anne oyó bombear su corazón enloquecido, el pulso latiéndole desenfrenado en las sienes. Parecía mentira lo poco que necesitaba aquel hombre para descentrarla y que su osadía se derrumbara como un castillito de tierra seca. Ese no era precisamente el tipo de pregunta que se le hace a la mujer por la que sientes algo romántico.

—No tengo ni idea, señor Spencer —replicó ella, tratando de mantener la calma—. De momento no he hecho planes.

—Yo me marcho en breve, espero. Tengo previsto visitar Asia y las colonias de América.

Anne se dijo a sí misma que la oleada de desesperación que acababa de invadirla escuchando aquello, debía quedar oculta en las sombras. ¡Oculta!

—¿Durará mucho ese periplo suyo? —quiso saber, con voz estrangulada.

—Unos seis meses, como mínimo. Luego volveré para casarme.

Lo expresó como si contar con ella fuera el último de sus pensamientos.

—Casarse… —A Anne se le cerró la boca, la garganta— ¿Tiene alguna candidata?

—Lo cierto es que sí, querida señorita Hagstings, me alegra su preocupación. Más de una y he de decir que todas son jóvenes damas

muy apropiadas. —Inclinó la cabeza sobre la de ella, travieso, como haciéndola partícipe de una confidencia—. Aprovecharé el tiempo de meditación a solas que me concederá el largo viaje para decidir cuál es la más conveniente.
Anne se puso en pie de un salto. Con el mismo ímpetu del corcho de una botella de champán.
—Ah.
Rhysand la secundó abandonando también su silla. Tomó su mano, besó educado sus nudillos y marcó una ligera y respetuosa reverencia.
—Bueno, no le robo más tiempo. Me alegra haberla visto y en caso de que no volvamos a encontrarnos en muchos meses, sepa que le deseo lo mejor.
—¿Cuándo… piensa marcharse?
—Si no se tuercen los planes, en un par de semanas como máximo.
Fue como recibir un golpe seco en el estómago. Anne no consiguió articular el insulto que tomaba forma en su mente mientras contemplaba al hermoso Rhys inclinarse, con una sonrisa turbadora que sacó a todo el personal femenino de la tetería de su natural estado de recato.
—Ha sido todo un placer compartir estos minutos con usted, señorita Hagstings. Permítame que la invite.
Así fue como se marchó, tal y como había venido. Con el sigilo y la elegancia felina que caracterizaba los movimientos de Jun. Anne se quedó rumiando. Corroída por los celos. No había dedicado ni una sola mención a ellos, a la historia que vivieron juntos, a lo que dijo sentir. Tampoco se había empeñado en ofrecerle más explicaciones de esas por las que antes suplicaba. Se refería a otras posibles esposas como si ella hubiese dejado de existir. Y para colmo se ausentaba y se desvanecía de su vida como un mal sueño.
Quizá fuera lo mejor.
No, qué demonios. ¡No lo era!
Ellos tenían aún asuntos pendientes. Uno, en concreto: descubrir qué sentían realmente y si por casualidad aquello se llamaba amor.
No permitiría que él lo pasara por alto tan alegremente.
Adiós, vida fácil.

El sol les regaló un día radiante y la numerosa familia de Herrick House aprovechó para salir a los jardines a jugar Pall Mall. Mejor dicho, para despellejarse a dentelladas con la excusa del juego y la ayuda de los mazos. Si alguien hubiera querido saber el significado de la palabra «competitivo» solo necesitaba observar de cerca el juego de los hermanos Spencer.
Dado su estado de buena esperanza, Julianna permaneció en la

terraza, a la sombra, en compañía del conde y de su hermana, entretenidos con el espectáculo y unos refrigerios. Las tres hermanas Fowler, Evelyn, Diana y Sienna, el coronel Darwin y los seis gallardos sobrinos de Armand Fowler, conde de Herrick, se enfrentaron sobre la hierba con el ánimo de quien está a punto de decidir el destino del Imperio Británico. Especialmente los gemelos, que no lograban ponerse de acuerdo en si formarían equipo o actuarían como rivales. Mientras lady Rothgar manejaba su aguja de ganchillo a velocidad endemoniada, Julianna ladraba y vitoreaba los certeros pases de su esposo y el conde reía alborozado.

La idílica estampa de un día perfecto.

Un criado acompañó a la recién llegada señorita Hagstings hasta la terraza. Los presentes la recibieron con sumo agrado.

—¡Querida! Venga, siéntese aquí con nosotros —invitó Elisabetta—. ¿Desea beber algo? Hoy hace bastante calor.

Anne acababa de besar a Julianna en la mejilla y de cumplimentar al conde. Compuso una discreta reverencia para la dama que le hablaba.

—Será un placer, milady. Aunque en realidad… —sus ojos recorrieron ávidos el campo de juego hasta localizar al objeto de sus deseos—, lo que desearía es probar ese pasatiempo. Parece divertido.

—Oh, lo es, no te quepa duda. Especialmente si compites en el ámbito de la familia Spencer. Me temo que se lo toman muy en serio, son muy profesionales —remató Julianna con tono de broma.

—Baje, señorita Hagstings —la animó el conde—, baje y pruebe. Tome un mazo de los que quedan en el barril y pruebe suerte. Solo tiene que elegir una bola y hacerla pasar a través del recorrido por… ¿ve aquellos…?

Señalando con el dedo, el conde se esmeró en explicaciones. Evelyn la saludaba y requería su presencia desde la pradera agitando el brazo en alto. Desde un extremo distante, Rhys no apartaba de ella la mirada. Anne se llenó los pulmones y bajó la escalinata.

—¡Ven, querida, ven! —la reclamó Evelyn—. Formaremos equipo. De otro modo no sé cómo podríamos ganarles a estos, se lo toman demasiado a pecho.

—Me temo que será en otro momento, Evelyn. Creo que aceptaré la invitación del señor Spencer…, del señor Rhysand Spencer —concretó Anne—, para que juntos podamos darles una buena tunda.

El rostro de Rhys se crispó en una mueca de sorpresa.

—¿Cómo dice?

—¿Ya lo ha olvidado, señor Spencer? El otro día, en Gunter´s. —Su mirada giró recorriendo todo el grupo para terminar posándose de nuevo en Evelyn—. Nos encontramos por casualidad y fue tan amable de invitarme a un sorbete. Entonces me habló de este juego y de lo divertidas que son sus pugnas familiares.

Cruzó una mirada malévola, plagada de intención, con el desconcertado Rhysand. Por supuesto que no había mencionado el juego en ningún momento, ni había formalizado ninguna invitación. Pero se vio compelido a sonreír y seguirle la corriente como si ella no estuviese soltando la más descarada de las mentiras.

—Oh, claro, claro que sí, señorita Hagstings. Disculpe el olvido.

Ella trotó hasta su costado con el mazo en las manos, moviéndolo amenazadoramente en su dirección.

—¿He de entender que compartimos bola, señor Spencer?

—En efecto, la compartimos, señorita Hagstings.

—¿Me indicará el color?

Las pupilas de Rhys soltaron un destello imposible de soportar.

—La negra.

—Me gusta el negro —recalcó ella.

Capítulo 45

Un, dos, tres. Compañeros
en el juego y en la vida.

Henry Spencer, vizconde Rothgar, dio dos palmadas en el aire.
—De acuerdo entonces, jugaremos por parejas. Vosotros dos, Varian y Jurian, prima Evelyn, tú conmigo y Cassian con Lucien. Coronel Darwin, me temo que le tocan las pequeñas Diana y Sienna.
—Menos mal que no has invitado a la señorita Fairfox —cuchicheó Lucien socarrón, mirando de reojo a su hermano—, me habrías dejado sin compañero.
—¡Saca! —gruñó Cassian, harto de las mofas de sus hermanos. A la pobre Rose debían de pitarles los oídos de continuo.
—Yo sacaré primero —se ofreció Rhysand—, mientras vosotros discutís.
Sin conceder ni un segundo a nadie para que se le adelantara, apuntó con la cabeza del mazo y de un magistral giro de cadera golpeó la bola negra que salió disparada muchos metros hacia delante.
—¡Buen tiro, hermano! —jalearon los gemelos, disponiéndose a cumplir su turno.
—Enhorabuena, señor Rhys —alabó Anne, a media voz—, veo que donde pone el ojo pone la bola.
—Rhys a secas, se lo ruego, sin el señor.
—Quizá prefiera que le llame Jun —susurró ella, acortando distancias.
Rhys alzó la cabeza con brusquedad y le clavó una mirada inmisericorde.
—Ni se le ocurra.
—Entonces déjeme ganar.
En las siguientes tiradas, la bola negra fue avanzando con ventaja. Hasta que Rhys le concedió a su pareja la oportunidad de golpear. El mazo de Anne se sacudió peligrosamente en el aire y descendió como un rayo, demasiado cerca de la cabeza de Rhys. Él dio un salto atrás y lo esquivó por puro milagro.
—¡Tenga cuidado! ¡Asesina! —siseó sin despegar los dientes.
—¡Qué agilidad, señor Fudo! No esperaba menos de usted.
—Deje ya las bromas, señorita Hagstings —gruñó enfurecido—, no tienen ninguna gracia.
—No tema, no va a oírme nadie.

Sin responder a su última provocación, Rhys golpeó la bola y la hizo volar hacia el bosque por encima de las copas de los árboles. Se volvió hacia el grupo fingiendo lamentarlo.
—¡Lo siento! Iré a por ella. Señorita Hagstings…
—Creo que es usted más que capaz de ir solo.
—Son las reglas del juego, es mi pareja, debe acompañarme.
De repente, las tornas habían cambiado y era él quien parecía llevar las riendas de la situación. Anne lo siguió a regañadientes.
—Lo ha hecho a propósito. Ha sacado la bola del campo de juego con toda la intención.
—Es obvio que está enfadada, que tiene algo que escupirme a la cara y será mejor que lo haga donde nadie pueda escucharla. No confío demasiado en su discreción.
—Soy una experta en el arte de mantener la compostura, no lloriquee.
Ya estaban lo suficientemente lejos del grupo que seguía discutiendo a gritos las violaciones del reglamento y la honorabilidad de las trampas.
—De acuerdo. —Se detuvo frente a ella, con las piernas separadas y los brazos apoyados en las caderas—. Dispare.
—Quiero ir con usted —espetó Anne, a bocajarro.
—¿Cómo dice?
—Acompañarle. A todos esos viajes y lugares exóticos que planea visitar. Quiero conocerlos.
—Señorita —esbozó una peligrosa sonrisa—, se ha vuelto usted muy osada.
—A usted más que a nadie le consta. —Avanzó un paso, desafiante— ¿Cuántas damas de mi edad y condición conoce que hayan sido raptadas? ¿Qué hayan saltado de tejado en tejado o arrastrado a un hombre seis palmos más alto que ella por las calles de los arrabales? ¿Que haya participado en una engañifa para desmontar los planes del gobierno y robarle un heredero en sus propias narices a la Corona? Dígame, ¿cuántas?
—Ya le dije, señorita Hagstings, que era usted única.
—¿Soy única y no obstante, pretende casarse sin ningún reparo con alguna jovencita insulsa que solo sabrá lucir joyas y ordenar menús bajo la atenta inspección de su ama de llaves?
La sonrisa de Rhys se amplió, se hizo lobuna y altamente peligrosa.
—¿Estás celosa?
—Estoy decepcionada. Dijiste que sentías algo por mí pero de repente, ¡lo has olvidado!
—¡No querías verme! ¡Lo intenté cien mil veces!
—¡Tenías que seguir insistiendo!
—¿Hasta cuándo?
—¡Hasta que me rindiera y te aceptase! ¡Esas son las reglas del juego!

—Aflojó los puños, apretados como piedras hasta ese instante y lo miró con ojos repentinamente húmedos—. Maldita sea, dime que me amas.
—Dime que deseas que me quede. Que no podrías vivir si estamos separados.
—No pienses que me lo impedirá mi orgullo—lo sorprendió ella—: claro que lo deseo.
—Entonces confesaré que nunca pensé en irme.
Anne abrió mucho sus ojos azules e intentó recular, aunque un firme paso adelante de Rhys se lo impidió.
—Lo de recorrer el mundo y luego casarte…, ¿era mentira?
Spencer ladeó la cabeza y torció la boca en una seductora sonrisa abochornada.
—Lo del matrimonio sí, lo admito; un horrible y deplorable embuste con el único fin de que reaccionaras y te dieses cuenta de cuánto me necesitas y me adoras.
Anne se preguntó si su corazón y su pecho estaban a punto de explotar de sorpresa, indignación o de pura alegría.
—¿Has tenido el valor de tenderme una sucia trampa?
—Te he enredado un poco, al parecer, amenazarte con perderme era el único modo de recuperarte, mi adorada aventurera. Lo reconozco, convencerte ha resultado mucho más difícil de lo que me figuré nunca.
Anne lo miró con ojos entrecerrados, balanceando el mazo de un modo intimidante.
—Eres perverso.
—No tanto como me gustaría serlo cuando te miro. En realidad, necesito pedirte un favor. Uno enorme.
—Dime, lo que sea.
El hermoso rostro de Rhys dibujó un mohín de complacencia, como un gato a punto de zamparse un tazón de crema.
—Lo que sea, qué bien suena eso. Necesito… —adelantó un paso en su dirección—, urgentemente…, que me digas que sí… —avanzó otro. Sus cuerpos quedaron pegados. A Anne le temblaron las piernas cuando el calor que él desprendía la envolvió por entero—, cuando te pida…, que te cases conmigo.
Un movimiento inesperado rodeó su cintura y con un tirón la cosió a su cuerpo insaciable. Se adueñó de cada centímetro de la piel de Anne con solo un pálpito. Ahí estaba todo lo que ella siempre había ansiado sentir cuando leía novelas de amor y aventuras: el hambre insatisfecha, el ardor del deseo, el golpeteo de un corazón acelerado a punto de estallar…
Su nariz rozó un lugar sensible entre el cuello y el hombro. Después sus labios se pasearon por encima y la hicieron vibrar. Anne aflojó la

mano y el mazo resbaló hasta el suelo. Rhysand arrojó el suyo y usó la mano libre para aferrarla con más fuerza. Los ojos color zafiro brillaron con un grito de poder. La sangre de ambos hervía cuando él cerró su boca sobre la de ella y Anne tuvo verdadero miedo de la reacción de su cuerpo, de aquel placer insoportable que amenazaba con consumirla, de no tener ya que frenar sus impulsos puesto que no traicionaba lo que sentía por Jun. Besaba a Jun, abrazaba a Jun, se frotaba indecorosamente contra Jun deseando una mayor intimidad, notando cada uno de sus duros músculos reclamándola, tan dispuesta a entregarse del todo como si de ello dependiese su vida.

Rhys interrumpió el ardiente beso y la miró con descaro.

—¿Esto es un sí, señorita Hagstings?

Anne resopló fastidiada por la interrupción. Quería más, mucho más de aquello. Permaneció reclinada sobre el pecho de Rhys aspirando su calor, su fuerza, su perfume.

—Solo si me permites llamarte Jun y delicioso granuja cuando estemos a solas. En la intimidad.

Rhys ronroneó encantado.

—*Hmm*, intimidad. Creo que contigo a mi lado esa palabra me volverá loco. —Volvió a besarla—. Deseo concedido, mi adorada aventurera. ¿Dónde estábamos?

6 meses más tarde…

La señora Hagstings nunca había cantado mejor que aquel día en la boda de su hija. Y su amantísimo esposo quizá tampoco había interpretado mejor acompañamiento al piano. Ambos pusieron alma, corazón y vida en sus talentos, logrando que los asistentes al enlace, incluidos los novios, se emocionasen hasta la última fibra y agradecieran el recital con un aplauso conmovido.
Fue la actuación apoteósica que daba inicio al banquete y al baile.
Un matrimonio celebrado en pleno mes de diciembre era la seña de identidad de dos contrayentes lo suficientemente temerarios como para casarse rodeados de nieve. Y lo suficientemente enamorados como para que no les importase.
Después de dedicar el tiempo suficiente a los parientes más cercanos y a sus padres, las cuatro parejas se reunieron en torno a una mesa adornada con velas y ramas de acebo. El vizconde Rothgar levantó su copa de champán con un destello de felicidad en las pupilas y el resto no tardó en imitarlo.
—Nunca pensé que mi hermano Rhys se casara. No me lo toméis a mal, habría jurado que es lo bastante rebelde como para no seguir la estela de las tradiciones. Y de haberme dicho que lo haría por amor… Bueno, creo que me habría atragantado de risa. Sin embargo, aquí lo tenemos, enamorado hasta el tuétano de los huesos. Y no podría pensar en nadie mejor que en ti, Anne, querida nueva hermana, para secuestrar su voluntad del modo sublime que lo has hecho. Ni siquiera se ha dado cuenta.
Hizo un movimiento con la copa y todos lo festejaron y bebieron. El duque de Richmond tomó entonces la palabra, una vez que las botellas cumplieron con su misión y rellenaron de burbujas el cristal.
—Todos los aquí reunidos somos hombres difíciles, admitámoslo. El coronel y yo mismo estamos acostumbrados a salirnos con la nuestra. En cuanto a Henry y Rhysand —sonrió socarrón—, son Spencer, todo el mundo sabe de qué pie cojean los Spencer.
Las risas del grupo lo interrumpieron. La duquesa golpeó divertida la copa con una cucharilla para que recuperasen cuanto antes los modales.
—Gracias, mi amor —repuso el duque mirándola como de costumbre, con adoración—. No obstante…, ¿qué decir de estas cuatro extraordinarias mujeres que nos han robado el aliento, que ocupan nuestros deseos y nuestro pensamiento las veinticuatro horas del día? Han demostrado que además de inteligentes y bellas son tenaces,

defensoras de sus familias, magníficas cómplices y compañeras, y mejores ángeles de la guarda. Por vosotras, queridas Anne, Julianna, Evelyn y por supuesto, Rebeca, la esposa perfecta sin la que vivir no tendría ningún sentido.

Una nueva ovación y todos se las arreglaron bastante bien para apurar el champán.

—¿Vamos a hacer un brindis cada uno? —quiso saber Rhysand besando la sien de la novia—. Necesitaremos muchas más botellas…

—Y acabaremos muy perjudicados, somos muchos… —rio John Darwin, cruzando una significativa mirada con Evelyn.

—Pues pedid más champán y ponche para Julianna —intervino la duquesa—. No pienso quedarme con las ganas de decir algo. Esto que llevo dentro…

Se dio la orden y los lacayos lujosamente uniformados se pusieron en marcha. La segunda vez en menos de un año que Herrick House se engalanaba para una ceremonia de tal envergadura.

La duquesa se aclaró la garganta, profundamente emocionada.

—No os desvelo nada nuevo si confieso que pasé una niñez solitaria. Que en las noches de verano cuando el cielo se llenaba de estrellas, las miraba y pedía una hermana. Con todo el fervor del que era capaz a mi corta edad. Fui creciendo y ese anhelo persistía. Seguramente lo pedí de otro modo, con palabras diferentes, pero con idéntica necesidad. El cielo no me la envió jamás. Y me di por vencida. Andrew acababa de entrar a mi vida —desvió hacia él unos ojos enamorados— y en un suspiro arrasó con todo. Cuando ya no esperaba nada de eso que llaman amistad, llegasteis vosotras. Julianna —posó la atención en la vizcondesa, cuyos ojos se llenaron de lágrimas—, sin apenas conocerme te portaste como una auténtica hermana. Peleaste duro por mi felicidad.

—Rebeca… —Impresionada más allá de las palabras, la pelirroja se dejó ir en un llanto imparable que terminó alarmándolos a todos.

—Cálmate, amor mío. —Henry le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí. Los ojos del grupo se concentraron sin querer en el abultadísimo vientre de la vizcondesa—. Apuesto que a Rhys y a Anne no les gustaría acabar esta jornada tan especial de un modo accidentado.

Julianna asintió y se secó las abundantes lágrimas con el pañuelo que su esposo le ofreció.

—Serás mi hermana de sangre hasta el final de mis días —prosiguió la duquesa. Después miró a Evelyn sin perder la sonrisa—. Mi querida Evelyn, la que pudo ser realmente mi hermana si las cosas del pasado hubieran sido de otro modo. Te quiero. Y te admiro. Por lo que has logrado, por lo que conquistaste, por la mujer confiable en que te has convertido. En cuanto a nuestra adorada Anne… —Movió la copa en dirección a la novia—, nuestra niña querida, el espíritu más puro y

más sensible que he conocido. Alguien siempre dispuesta a amparar, a acoger tu dolor y tus penas. Rhys, enhorabuena, te llevas un alma absolutamente mágica.

A esas alturas de los brindis todos estaban más conmovidos que achispados. Las confesiones de unos y otros, el inmenso amor que contenían las dedicatorias hizo mella en los ocho y hasta el coronel Darwin, ahora próspero hombre de negocios, acostumbrado como buen militar a ocultar sus sentimientos tras una fachada inmutable y diamantina, se secó una lágrima díscola a toda velocidad. Su esposa apretó la mano que tenían tomadas.

—He cometido muchos errores —admitió Evelyn con voz trémula—. Trataréis de disuadirme, pero puedo afirmar que durante un tiempo ni siquiera podía considerárseme buena persona. Arrogante, engreída, egoísta y manipuladora. Lo tenía todo. Lo único que me importaba, como bien dijo una vez mi John, era salirme con la mía. Sin embargo, ahí muy dentro de mis entrañas debía de guardar cosas buenas, solo que no era capaz de sacarlas. Fuisteis vosotras, mis maravillosas amigas, mis hermanas de alma, las que desenterrasteis a esta nueva Evelyn por la que juro luchar hasta el día de mi muerte. No me abandonéis jamás, no sabría vivir sin vosotras.

Volvieron a apurar sus copas y a llenarlas en emocionado silencio. Julianna sustituyó el ponche azucarado por agua.

—Tantas burbujas os están volviendo unos sensibleros —se burló.

Algunos consiguieron reír, sin embargo, los hipidos de Anne atrajeron todas las miradas.

—No puedo…, lo siento, lo siento, soy una tonta. No puedo hablar. —Se dejó abrazar por su esposo y se mantuvo así, acurrucada contra su torso mientras Rhysand iniciaba su pequeño discurso.

—Me gustaría ser breve y expresarme en nombre propio y en el de mi turbada esposa. He tenido la gran fortuna de parecerme físicamente mucho a mi hermano Henry, ya que según rumores, él fue el primero en el que mi adorada Anne puso sus ojos. —Henry y Julianna soltaron una carcajada y Anne le propinó un buen codazo en las costillas—. ¡Es cierto! ¡Solo que yo soy mucho más aventurero y valiente que mi hermano mayor! Con él te habrías aburrido, cariño, yo te prometo una existencia llena de excitantes viajes y experiencias inolvidables. Pasión, delirio y todo el amor eterno que sea capaz de darte.

Frente a sus amigos, sin el menor reparo, la besó largamente. Todos soltaron exclamaciones, aplausos, se sucedieron los brindis, las felicitaciones, las muestras de cariño. El coronel, con los ojos húmedos, levantó un dedo antes de hablar.

—Creo que soy, junto con la duquesa, el único de esta perdurable cuadrilla que no tiene hermanos. ¿Podemos hablar del futuro amoroso de cada uno de los vuestros?

FIN

GRACIAS por leerla. Si te ha gustado, por favor, deja una VALORACIÓN o RESEÑA. Me ayudarás muchísimo con ese pequeño gran apoyo a mi trabajo:

El siguiente código QR te lleva directamente a la página de valoraciones de Amazon. Gracias de nuevo.



Agradecimientos

Y hasta aquí hemos llegado con la serie «Guante de seda»: la historia de estas cuatro increíbles mujeres con las que, de seguro, muchas de nosotras nos identificamos. Poco importa que ellas vivan a principios del siglo XIX y nosotras pertenezcamos al XXI. Coincidimos en la manera de amar, en cómo sentimos, vibramos y nos enamoramos. Experimentamos el apego, la devoción y la amistad del mismo modo. Somos todo corazón, somos mágicas y eternas.

Vendrán más protagonistas, más damas increíbles que nos arrastrarán con sus vivencias y más caballeros que nos robarán el aliento. Pero eso será después. Ahora es el turno de enguantar en seda nuestros brazos.

A mis lectoras cero, aportadoras de increíbles mejoras, GRACIAS. Me tenéis tan calada que, con solo una frase suelta al azar, me provocáis toda una tormenta de ideas que siempre conlleva maravillas. Espero con toda ilusión seguir contando con vosotras en próximas series, esto es solo el principio.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Delicioso Granuja» o mejor aún, toda la serie «Guante de seda» de entre la abundante oferta actual. Que haya/n sido mi/s libro/s el/los elegido/s, que haya/n caído en tus manos y le/s hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero de corazón, que te animes con las próximas novelas que esta cabecita loca, momentáneamente anclada en el siglo XIX británico, pueda idear.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases un comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. De nuevo gracias.

Deja aquí tu VALORACIÓN o COMENTARIO:



Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.

Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

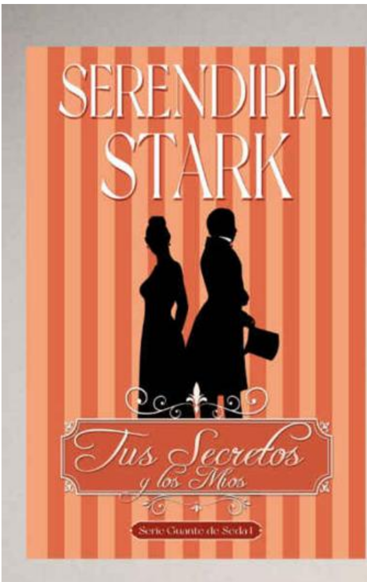
¿Te apetece seguirme en mis redes sociales?

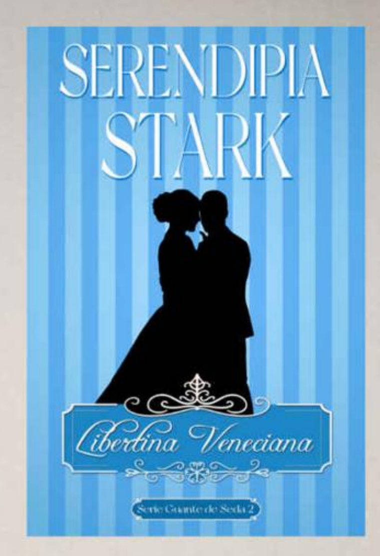
INSTAGRAM: @serendipiastarkescritora https://www.instagram.com/serendipiastarkescritora/?hl=es

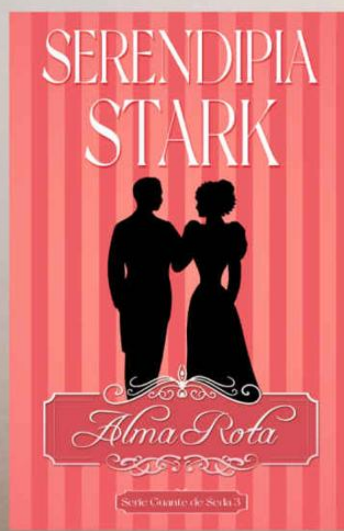
FACEBOOK: Serendipia Escritora

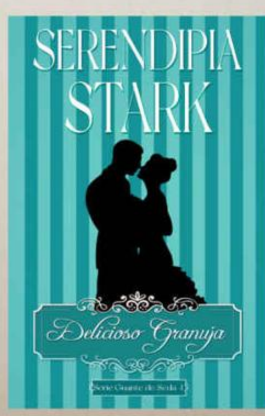
https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/

COMPLETA TU COLECCIÓN CON LOS DEMÁS TÍTULOS DE LA SERIE:

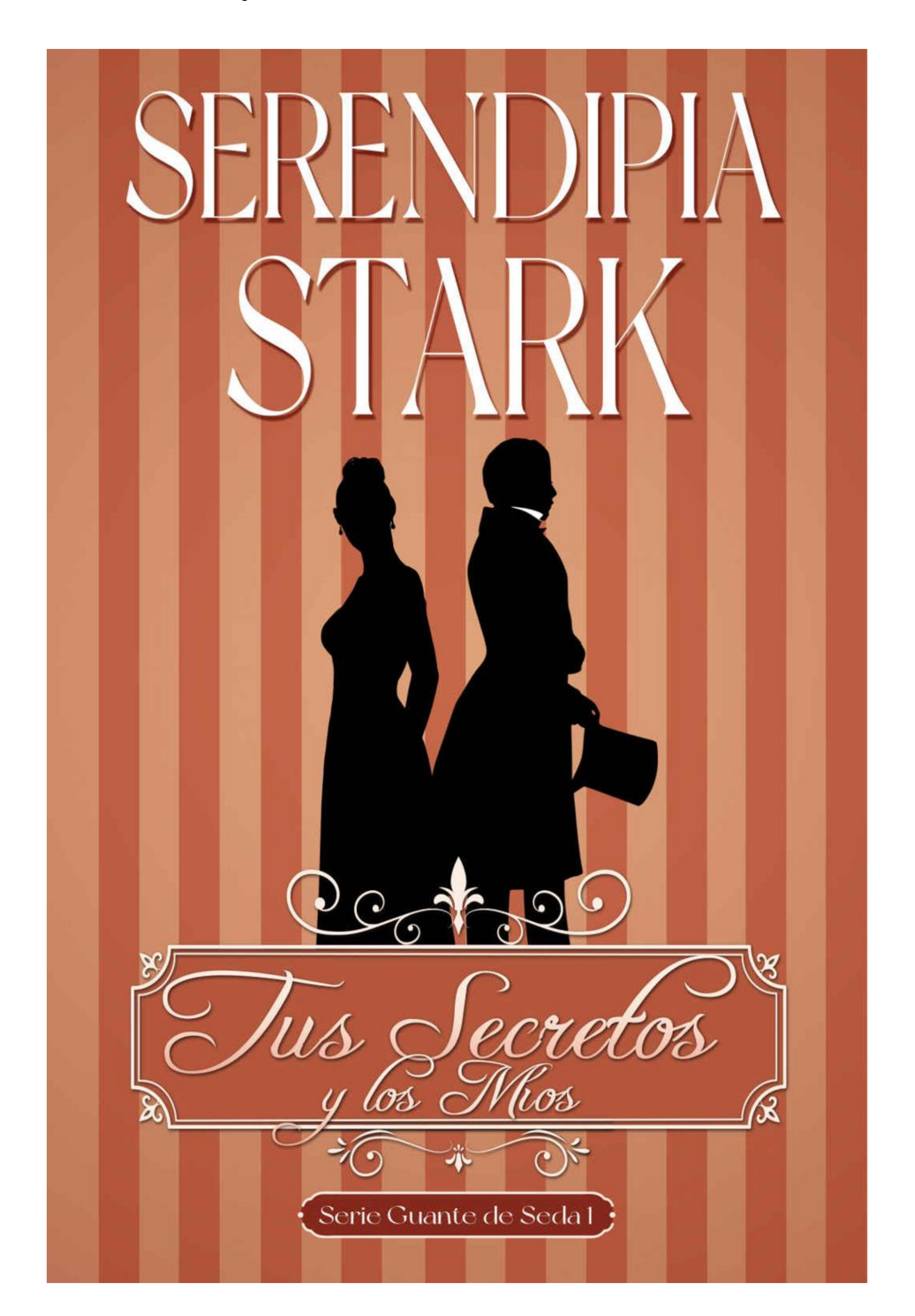

SERENDIPIA
STARK
Tus Secretos y los Míos
Serie Guante de Seda 1

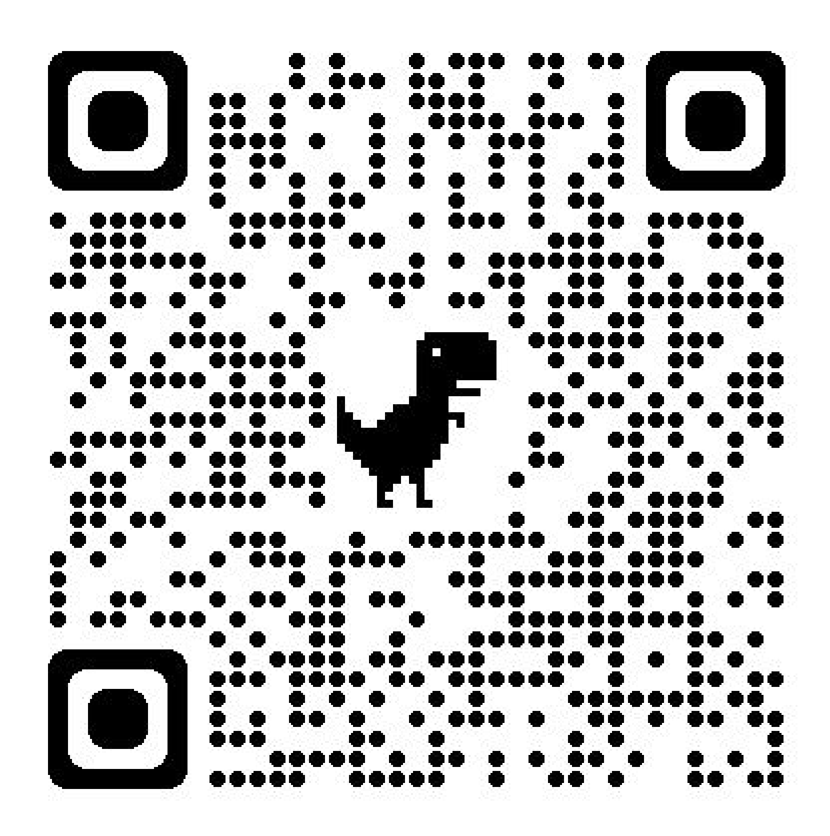

SERENDIPIA
STARK
Libertina Veneciana
Serie Guante de Seda 2


SERENDIPIA
STARK
Alma Rota
Serie Guante de Seda 3


SERENDIPIA
STARK
Delicioso Granuja

«Tus secretos y los míos»





Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/x20xgF

«Libertina Veneciana»

SERENDIPIA STARK



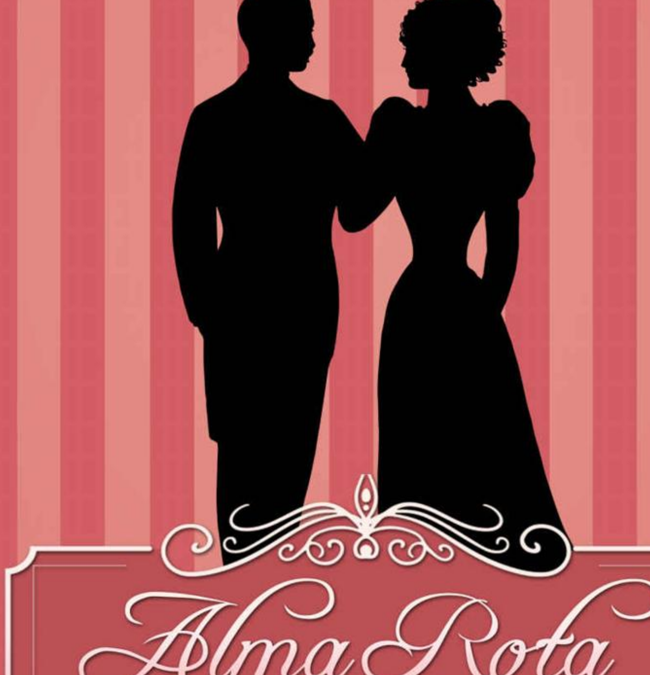
Serie Guante de Seda 2



Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/FioXD8

«Alma Rota»

SERENDIPIA STARK



Alma Rota

Serie Guante de Seda 3



Empieza a LEER GRATIS:
https://acortar.link/WjifpE

Table of Contents